70 AÑOS INEHRM

HECHOS REALES DE LA REVOLUCIÓN

PRIMER TOMO

Alberto Calzadíaz Barrera

BIBLIOTECA INEHRM BIBLIOTECA INEHRM BIBLIOTECA INEHRM BIBLIOTECA INEHRM

GOBIERNO DE MÉXICO

2023 Año de Francisco VILLA

HECHOS REALES
DE LA **REVOLUCIÓN**
PRIMER TOMO

BIBLIOTECA **INEHRM**

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

Secretaria de Cultura

INEHRM

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Director General

HECHOS REALES DE LA REVOLUCIÓN

PRIMER TOMO

Alberto Calzadíaz Barrera

CLÁSICOS DEL VILLISMO

MÉXICO 2023

Portada: Tropas villistas avanzan por las vías dañadas del ferrocarril, *ca*. 1814. Biblioteca del Congreso de Estados Unidos.

Ediciones en formato impreso: Editorial Patria, S. A., 1961, 1967, 1969, 1973, 1980, 1984, 1995.

Primera edición en formato electrónico: 2023, INEHRM (edición fascimilar basada en la edición de 1967 de Editorial Patria).

© Alberto Calzadíaz Barrera.

© Jesús Vargas Valdés, texto introductorio.

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM), Plaza del Carmen 27, Colonia San Ángel, C. P. 01000, Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México. www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

Obra completa: 978-607-549-391-6
ISBN Séptimo tomo: 978-607-549-392-3

HECHO EN MÉXICO

Contenido

NAMIQUIPA, TIERRA DE REVOLUCIONARIOS VII
Jesús Vargas Valdés

FACSIMILAR 1

NAMIQUIPA, TIERRA DE REVOLUCIONARIOS[1]

Jesús Vargas Valdés

[1] "Namiquipa, tierra de revolucionarios", *La Fragua de los Tiempos*, núm. 831, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 13 de septiembre de 2009, <http://erecursos.uacj.mx/bitstream/handle/20.500.11961/1460/Fragua%20831.pdf?sequence=1&isAllowed=y> (Consultado: 21/04/2023).

De los revolucionarios de Namiquipa quedaron en la historia algunos de los nombres porque los registró Calzadíaz Barrera o bien porque los recordaron sus familiares que se quedaron en el pueblo. Algunos de esos nombres son: Félix Chávez, Martín Rivera, Carmen Delgado, José María Espinoza, Gabino Cano, Tadeo Vázquez, Candelario Cervantes, Andrés U. Vargas, José Bencomo, José de la Luz Nevarez, José B. Muñoz, José Rascón, Felícitos Arvizo, Telésforo Terrazas, Luis y José María Calzadíaz, Cruz Chávez, José Licano, Toribio Camarena, Faustino y Francisco Heras, Carmen Ortiz y Pedro Luján.

La mayoría de ellos participaron desde los primeros levantamientos maderistas, incorporándose al ejército de José de la Luz Blanco que fue uno de los que menos bajas registraron. Después del armisticio del mes de mayo de 1911 se regresaron a sus pueblos y casi nada se sabe de lo que hicieron en los dos años siguientes.

Algunos de ellos se unieron a "los colorados" que en 1912 se levantaron contra el gobierno del presidente Madero, fue el caso de José María Calzadíaz y José Rascón, entre otros. Sin embargo, la mayoría no aparecen sino hasta el año de 1913 al lado del general Francisco Villa y después como Dorados de la famosa División del Norte.

De todos los revolucionarios de Namiquipa el más famoso fue el general Candelario Cervantes. La investigadora Elvia Arvizo entrevistó hace poco tiempo al señor Candelario Cervantes, nieto del general y, entre otras cosas, con-

tó que su abuelo era el encargado de comprar las armas y municiones al comerciante Ravel de Columbus, poblado que había prosperado mucho en esos años porque ahí se hacían muchas compras de México, y Ravel era uno de los comerciantes que más vendía.

> Mi abuelo conocía a Ravel y desde años atrás había hecho tratos con ese judío. Cuando regresaron derrotados de Sonora estaban en Casas Grandes y entonces Villa le dijo a mi abuelo que ahí tenía cincuenta mil dólares para que se los llevara al judío como adelanto de una compra fuerte, porque se habían quedado sin nada después de la campaña.
>
> Acompañado de algunos de sus hombres de más confianza fue mi abuelo a buscar al judío, tal como lo había hecho en otras ocasiones, le entregó el dinero y éste a cambio le dio un recibo. Pasó el tiempo y el comerciante no cumplió la entrega del pedido. Entonces Villa despachó a mi abuelo a Columbus para que le exigiera a Ravel que entregara las armas y las municiones o regresara el dinero. No se sabe qué le dijo el judío, pero pasó el tiempo y no entregó ni la mercancía ni el dinero, y fue cuando se decidió atacar el poblado. Mi abuelo fue el más interesado.[1]

Calzadíaz escribió en su libro *Hechos reales de la revolución* que el general Candelario Cervantes había conocido a Ravel en Columbus desde 1913, cuando por órdenes de Villa éste andaba acomodando una buena cantidad de novillos que, junto con Telésforo Terrazas, había recogido de la hacienda de la Bavícora.

[1] N. E. Entrevista a Candelario Cervantes hecha por Elvia Arvizo, historiadora cuyo trabajo se centra en investigación histórica de Chihuahua: <https://www.facebook.com/elviaarvizochihuahua>.

Los de Namiquipa y Cruces se hicieron famosos después de que se formó la División del Norte villista, pues varios de ellos se distinguieron como Dorados, el más famoso de todos por aguerrido y desalmado fue Candelario Cervantes, pero de acuerdo a los relatos y anécdotas que se quedaron en la memoria de estos pueblos, el general Cervantes no era muy bien visto y no tenía liderazgo. Se puede sugerir que los de Namiquipa y Cruces nunca se guiaron o aceptaron a un líder de la región. Había muchas contradicciones entre ellos, incluso se cuenta que el general Cervantes intentó asesinar a Andrés U. Vargas, que figuraba también como uno de los hombres más apreciados por el general Villa.

En la página 143 del mismo libro, Calzadíaz Barrera narró cómo fue que Cervantes asesinó, el 24 de octubre de 1913, a su hermano José María, y aunque no explica la razón, por vía testimonial se sabe que lo hizo como venganza porque José María se había unido en 1912 a las tropas de Pascual Orozco junto con otros jóvenes de Namiquipa que también participaron en el levantamiento contra Madero.

Alberto Calzadíaz tuvo dos hermanos mayores: Luis y José María, pero probablemente éstos eran hijos del primer matrimonio de su padre Procopio Calzadíaz, quien había quedado viudo, casándose en segundas nupcias con Evarista Barrera, madre de Alberto.

Respecto a la forma en que fue asesinado su hermano, Calzadíaz relató que el 24 de octubre de 1913 Candelario Cervantes acudió con algunos de sus hombres a casa de José María, quien se encontraba con su joven esposa, Dolores Ruiz, y sus dos criaturas, una niña de poco más de un año y un niño de pecho. Lo sacó de ahí con engaños, luego se pasó a casa de Bienvenido Barrera y por último a la de José Jiménez. Se llevó a los tres y antes de llegar al "Rancho de gracias", hicieron alto y ahí asesinó a José María; después, en la Ciénega de Uranga, liquidó a José Jiménez y cuando iba a

matar a Bienvenido Barrera, sus mismos soldados abogaron en su defensa.

Junto con Candelario participaron en estos asesinatos: Carmen Ortiz y Pedro Luján, quienes después se convirtieron también en Dorados.

Alberto Calzadíaz Barrera

Desde el domingo 10 de mayo del presente año (2009), cuando recién empezamos con la serie de Namiquipa, hicimos referencia a Calzadíaz Barrera y expresamos la importancia de su obra histórica reunida en más de diez libros dedicados al tema de la Revolución. Desde entonces, de manera recurrente lo hemos citado, pero casi ningún dato biográfico hemos podido ofrecer a los lectores porque la vida y la muerte de Calzadíaz se quedó atrapada en un misterio, o tal vez él mismo quiso pasar desapercibido como otros intelectuales del pueblo, a quienes no les interesa ni el dinero ni la gloria.

Recurriendo a las pistas que él mismo fue dejando en algunos párrafos de sus libros, vamos a tratar de construir lo más aproximado a una biografía, empezando por definir el lugar de nacimiento, dato que logramos conocer gracias a las investigaciones de Elvia Arvizo, quien encontró el acta número 244 de matrimonio de sus padres.

De acuerdo a esa acta localizada en el archivo del Registro Civil de Namiquipa, sus padres fueron Procopio Calzadíaz y Evarista Barrera, quienes se unieron en matrimonio el 29 de julio de 1898, ante el juez Prisciliano Barrera, quien dejó consignado que Procopio, de 47 años, era viudo, que se dedicaba a la labranza y que era originario de la sección de Basúchil, Guerrero; hijo de José María Calzadíaz y Paula Hernández, ambos finados.

De la señorita Barrera quedaron registrados los datos de que tenía 18 años, célibe, originaria de Namiquipa, hija de

Emilio Barrera, también nativo de ese lugar, casado, mayor de edad y dedicado a la labranza.

Con la fecha de matrimonio y con los datos que él mismo escribió sobre su vida, se infiere que Alberto Calzadíaz Barrera nació en Namiquipa, al iniciarse el siglo XX (entre 1900 y 1902), pero tal vez la familia se trasladó unos años a otro lugar del estado y luego se regresaron, pues él mismo afirma que vivió en Namiquipa de los 8 a los 18 años y que ahí le tocó conocer a Francisco Villa así como a varios de sus compañeros.

También escribió que vivió entre el barrio de Arivechi y el de La Hacienda. Estos poblados estaban separados por unos tres kilómetros y a media distancia entre uno y otro se encontraba la casa familiar.

Gracias a su inteligencia y a su prodigiosa memoria, Calzadíaz conservó con precisión y detalle mucho de lo que le tocó observar en su juventud. Según sus propias palabras, no pudo sustraerse a la admiración que producía Villa cuando se le miraba de cerca.

Entre los recuerdos que le quedaron de sus años infantiles contaba que en una ocasión estaba parado en la puerta de su casa a donde Villa había ido a cenar, y que cuando éste se apeó del caballo, se dirigió a él, y mientras le revolvía el cabello con la mano derecha, le decía amigablemente y entre risas: "¿No te quieres unir a mi tropa?... la próxima vez que yo venga, quiero que tengas listas tus cosas porque te vas a ir conmigo".

Otra anécdota relacionada con Villa lo dejó escrito en el prólogo del libro *Hechos reales de la revolución*, donde contó cómo fue que el pueblo de Namiquipa conoció a Villa.

Escribió que el día 18 de junio de 1913, desde muy temprano se había notado cierta actividad en el cuartel de los revolucionarios de Namiquipa, y que en el edificio del ayuntamiento se habían puesto algunas banderas y otra muy

grande en la casa de don Venustiano Torres, que servía de cuartel. Al principio no se sabía por qué todo aquello, pero después corrió por todo el pueblo, como lumbre de pólvora, que estaba por llegar la tropa del general Villa y que ya lo habían ido a encontrar hasta El Terrero, al sur de Namiquipa, los jefes Candelario Cervantes, Hernández y Andrés U. Vargas.

Al llegar el general Villa a la plaza, había mucha gente en las aceras, y deseosa toda de conocerlo, de mirarlo de cerca. Éste se instaló en el edificio del Ayuntamiento y una orquesta de instrumentos de cuerda tocó en el kiosco de la placita, mientras las campanas de la iglesia repicaban sin cesar.

> Ese día, Francisco Villa dejó en el alma de aquella gente humilde la impresión de su presencia. Allí, entre aquella gente, se encontraban todos los de mi familia: mis abuelos, Emilio Barrera y Rosa Vázquez de Barrera, y mis tíos, todos y yo. Recuerdo con exactitud cómo toda aquella gente vibró de emoción cuando la tropa que hacía valla al general Villa exclamó: "¡Viva Villa!" y él, con un ademán de mano, contestó sonriendo.

Así fue como lo conoció cuando tenía aproximadamente doce años y la imagen del guerrillero se apoderó de él para toda la vida: "Fue como una semilla pequeña, como una recia unidad de fuerza, de vida, que fue creciendo y creciendo hasta agigantarse y plasmarse a lo largo de mi vida".

Esta unidad de fuerza de la que él hablaba se plasmó años después en una obra histórica portentosa reunida en más de diez títulos: *El abuelo Cisneros, Hechos reales de la revolución*, obra que originalmente era de dos tomos, pero después se extendió hasta el número siete, incluyendo en éstos *General Martín López...*, *El ataque de Columbus*, *El fin de la Di-*

visión del Norte y *la muerte del general Villa*. También escribió dos tomos de la obra *Villa contra todo y contra todos* y el libro titulado *Dos gigantes: Sonora y Chihuahua*.

Todo lo que él escribió fue natural y sencillo, como los relatos espontáneos que contaban los viejos. No hay nada estudiado ni afectado en sus escritos, según él mismo declaró: fueron surgiendo como fruto de una necesidad muy personal de satisfacer la urgencia legítima de un chihuahuense que no quería que se perdiera en el olvido todo lo que había acumulado en su memoria, todo aquello de lo que había sido testigo o le habían contado con palabra sencilla connotados villistas a quienes había buscado o desde siempre habían sido amigos de mi familia.

Leyendo los libros de Calzadíaz se rebela en cada página la vocación de un investigador natural que en ocasiones falló en lugares, en nombres, en fechas, pero a cambio de ello aportó muchos detalles de lo que él mismo vio, o del testimonio derivado de sus entrevistas.

Calzadíaz fue un precursor de la entrevista, como fuente historiográfica. Podemos apostar a que ningún otro historiador de la Revolución tuvo la fortuna de entrevistar a tantos revolucionarios como lo hizo él. Y no sólo entrevistaba a los protagonistas del villismo, sino también a quienes habían militado en las otras corrientes: carrancistas y obregonistas; así se refleja en cada uno de sus libros.

Calzadíaz empezó a escribir a los 35 años, durante la época en que gobernaba el país el general Lázaro Cárdenas, aprovechando que durante los vuelos que realizaba en su avión por la sierra se llegó a encontrar con personajes muy interesantes y conocedores.

Un rasgo que habla de su calidad humana es que durante los años que se dedicó a realizar esos vuelos comerciales, hubo muchas ocasiones en que, por caridad, trasladó a *gentes* pobres y enfermas a la capital del estado, para su curación,

muchos se quedaron con el agradecimiento y la convicción de que era un aviador humilde que se preocupaba por los pobres.

Respecto al Abuelo Cisneros, él mismo escribió que con motivo de un vuelo al pueblecito de Basaséachic, llevando al doctor Bierce, se había encontrado con el Abuelo Cisneros en Huajumar, donde se aterrizaba. El doctor Ambrose Bierce conocía muy bien a ese personaje de noventa años y estaba muy interesado en escribir su biografía. En virtud del interés literario del norteamericano, Calzadíaz hizo varios vuelos a la región y de esa manera aprovechó para entrevistarlo y recabar datos entre la gente, juntando el material para hacer su primer libro, al que tituló precisamente *El Abuelo Cisneros*.

> La tarea duró más de tres años y creo que nunca se terminó porque el anciano Cisneros era un libro abierto. Cuando se enteró de que yo me estaba documentando para escribir un libro sobre su vida, me ayudó con ciertos datos, pero a regañadientes, entre nuestras charlas, en torno al ambiente geográfico de la Sierra Madre. Pasado y presente [...].

FACSIMILAR

HECHOS REALES
DE LA REVOLUCION

ALBERTO CALZADIAZ BARRERA

HECHOS REALES de la REVOLUCION

PRIMER TOMO

TERCERA EDICION

EDITORIAL PATRIA, S. A.
MEXICO, D. F.
1967

"No hay vocación más hermosa que ser hombre"...

LÓPEZ BERMÚDEZ.

PROLOGO

Calzadíaz y su libro "Hechos Reales de la Revolución"

SE han escrito muchos libros sobre la Revolución y los hombres que en ella figuraron, mas algunos de ellos escribieron alejándose de la verdad, siendo unas veces el prestigio del escritor, amén de unos datos biográficos obtenidos de alguna fuente de información incomprobada, añadiéndose la fecunda imaginación literaria, la cual también completaba la distorsión; otras, sin tener una información exacta y completa, se dedicaban a inventar o suponer, dando como un hecho real sus informaciones para salir adelante. Al fin y al cabo mientras alguien escriba para refutarlos y desmentirlos, ya pasó el tiempo y mientras tanto nuestro escritor ya vendió su libro.

De todos modos no se puede concebir la Revolución en el norte del país sin que venga a la mente inmediatamente el nombre de Francisco Villa, y de los que lo secundaron en sus audaces campañas, haciendo que sus hazañas traspusieran las fronteras mexicanas y los mares dando a conocer al más famoso guerrillero mexicano de sus tiempos.

No es tarea fácil abordar el tema, más sí bien difícil el exponer hechos dé armas en los cuales intervinieron directa o indirectamente aquellos revolucionarios que lucharon para derrocar la dictadura que si bien se originó con los asesinatos del presidente Don Francisco I. Madero y el vice-Presidente Lic. José María Pino Suárez y que no consiguió sino avivar los ideales de la Revolución de 1910.

Fue en Namiquipa, Chih., donde vio la luz primera Calzadíaz, desde los ocho años hasta los dieciocho, allí conoció a Villa y a muchos de sus

acompañantes; todo lo que él vio o conoció retuvo minuciosamente en su cerebro. Gracias a su inteligencia y a su prodigiosa memoria, conserva, clara y precisamente con todos sus detalles, lo que pasaba a su alrededor en sus juveniles años. Desde entonces al ver de cerca al querido como admirado ídolo popular, él no pudo sustraerse a esa atracción tan enorme que Villa ejercía sobre todos los que lo rodeaban; no podía irse con él por sus tiernos años y recuerda que en una ocasión Pancho Villa al apearse de su caballo, estando él parado en la puerta de su casa, donde el guerrillero iba a cenar, revolviéndole cariñosamente con la mano su cabello, le dijo: "¿No te vas conmigo? La próxima vez que venga, te alistas".

La idea de Villa, mejor dicho, la figura de Villa se apoderó de él; fue como una semilla pequeña, pero como recia unidad de fuerza y de vida, y creció y creció hasta agigantarse y plasmarse en esta obra histórica, satisfaciendo así la urgencia legítima de un chihuahuense, que le tocó en suerte ser testigo y conocer a connotados villistas, muchos de ellos bien conocidos y otros, amigos de la familia. Su abuelo Emilio Barrera, amigo de muchos jefes villistas entre ellos Catarino Ponce, Manuel Baca, José de la Luz Nevarez, el Coronel Licón, su padrino de bautismo Don José Muñoz, amigo personal de Villa, y padre del mayor Juan B. Muñoz, connotado villista, etc. Por último él sintió la Revolución, en su propia sangre, pues perdió a sus hermanos, José María y Luis Calzadíaz.

Por eso es que el libro HECHOS REALES DE LA REVOLUCION *de Alberto Calzadíaz Barrera es un libro completamente distinto a todos los que se han escrito antes. Es un libro basado en documentos históricos genuinos. Calzadíaz tuvo la virtud y paciencia, la constancia y persistencia de buscar y obtener una a una encontrando unas veces informaciones, muchas de ellas de primera mano de lugartenientes villistas, y de unos cuantos que gozaban el privilegio de estar a su lado; que vivieron y sintieron en su carne y en su corazón la aventura máxima de la Revolución con la gloriosa División del Norte que derrotó y liquidó al ejército federal, asestando el golpe de gracia al usurpador Victoriano Huerta. Otras veces jefes y oficiales carrancistas, callistas y obregonistas, también confirmaron nombres, lugares, fechas y combates.* DE ESTOS HOMBRES SI SE PUEDE CREER TODO LO QUE RELATAN O HAYAN RELATADO PORQUE NADIE SE LO CONTÓ, PORQUE LO VIERON Y LO VIVIERON.

Se citan nombres, lugares, fechas y acciones de guerra que han sido confirmados por distintos militares, que aún encontrándose en el bando contrario pudieron apreciar el valor, la temeridad, el arrojo y la preparación de elementos especialmente dedicados a las empresas más arriesgadas.

Estos militares que lucharon en el bando contrario, haciendo honor a su profesión, con un alto sentido de justicia y de imparcialidad, reconocen en Villa sus grandes cualidades como soldado, organizador y creador único

en su tiempo de técnicas o tácticas de guerra que tuvieron su sello personal e inconfundible. Francisco Villa fue un hombre valiente, decidido y audaz, dotado de una voluntad y dinamismo inigualables, leal compañero de armas para sus amigos y subordinados a quienes en ocasiones, con un rasgo de paternal afecto, tomaba plazas con el exclusivo fin de libertarlos de la prisión o enviaba a lugares ocupados por el enemigo a médicos de su confianza para atender a los heridos que no estaban en condiciones de ser transportados y que recibieron la propia atención médica en el lugar donde se encontraban.

Estos militares, al declarar con absoluta honestidad hechos que conocieron o presenciaron, se colocan en la posición que sólo pertenece a los hombres grandes que saben aquilatar el valor de otros aunque sean sus enemigos.

Se dan a conocer con documentos irrefutables hechos desvirtuados hasta ahora, como por ejemplo las verdaderas causas del distanciamiento y separación entre Carranza y Villa; la verdadera razón por la cual Villa asaltó Columbus, N. M., etc.

Si bien es cierto que hombres como don Abraham González y Pascual Orozco fueron bien conocidos y de arraigo entre la gente del pueblo y de la sierra, no puede decirse que hayan destacado tan vigorosamente como Villa, quien desde el principio se distinguió y se hizo acreedor a las confianzas de don Abraham González y de don Francisco I. Madero; este último lo supo apreciar y lo defendió contra los ataques de los malquerientes y los enemigos del pueblo, así lo escribió en carta dirigida a "El Paso Times" mientras se combatía en Ciudad Juárez, Chih.

ASI QUEDA ENFATICAMENTE ASENTADO QUE VILLA NO FUERA UN BANDIDO, SINO UN HOMBRE AL QUE LOS ABUSOS, LA INJUSTICIA Y LA MALDAD DE LOS CACIQUES DEL PORFIRISMO LO PUSIERON ELLOS MISMOS FUERA DE LA LEY, SIN MAS DELITO QUE LA DEFENSA DE SU HOGAR.

Desde que Villa comenzó a reclutar gente para el levantamiento de 1910 en el estado de Chihuahua, se reveló con su actividad y dinamismo como organizador, ya que fue de los primeros en reunir más de trescientos hombres en unos cuantos días, lo cual añadido a su conocimiento del terreno, y de ser un buen jinete y ser diestro en el manejo de las armas, le valió el nombramiento de coronel extendido por don Abraham González. Bien pronto una vez que estalló el movimiento revolucionario se distinguió por su arrojo y valor por lo que pronto adquirió el grado de general.

Era tal el magnetismo personal y la atracción y confianza que Villa inspiraba a los que entraban en contacto con él, que éste fue uno de los mejores medios con que contó para que muchos de los revolucionarios incipientes lo buscaran y procuraran quedarse a su lado con simpatía y admiración.

Así fue rápidamente adquiriendo su propia personalidad aumentada por la colaboración espontánea y decidida que algunos jefes le demostraron acercándose a él y presintiéndolo como un gran conductor de hombres, como todo un jefe.

Francisco Villa consciente de lo que significaba la lucha contra la dictadura y sabiendo lo que puede la intriga, la maldad y el personalismo y la desunión que existía entre los heterogéneos elementos revolucionarios, él mismo sintió la necesidad de producirse y de realizar su propio destino, realizando su labor patriótica y revolucionaria. Los siguientes conceptos de López Bermúdez, encajan perfectamente en el sentir de Villa: "Venturosamente dentro de todo ser humano hay un llamado interior que le pide responder a lo mejor de su naturaleza. Para decirlo con la firme visión del místico, todos tienen delante de sus pasos su imagen venidera".

De aquí comienza la trayectoria de esta gesta inigualable, en la cual figuran principalmente los revolucionarios que se citan en esta obra, hombres de resistencia física enorme, soberbios jinetes, hábiles en el manejo de las armas, valientes, abnegados y leales que siguieron a Villa hasta el final de la jornada; muchos de ellos quedaron postergados y los más de ellos cansados, pobres, viejos o enfermos y otros reposando para siempre y que llegaron al final de la jornada y están en paz con sus hermanos de raza y con el Creador.

No tuvieron más recompensa que la de haber cumplido y no importa que por el hecho de haber combatido al lado de Villa y de que Carranza quedó al final en la presidencia de la República, para él mismo tratar de imponer a su amigo y candidato el ingeniero Bonillas, olvidando lamentablemente uno de los principios básicos de la revolución maderista, bandera caída que él falsamente levantó.

Estas personas no deben ser olvidadas, no pueden ser olvidadas, hicieron lo mejor que pudieron, abandonando sus hogares, su trabajo, para enfrentarse desigualmente a la lucha aunque en número pequeño pero al fin y al cabo son una parte del terruño que abandonaron por un ideal, son del pueblo que sufre y que canta, son el corazón de México. Honor y gloria a todos los que combatieron la odiosa dictadura huertista.

Tomemos por ejemplo, al azar, a uno de los hombres de Villa: coronel José María Jaurieta. Era hijo de una familia muy honorable de la ciudad de Chihuahua, fue educado en el Colegio Militar, hizo estudios superiores y dominaba el inglés, tenía don de gentes y pertenecía a esa clase de hombres que por sus merecimientos debe recordársele siempre por su valor, su lealtad y su actuación al lado de un jefe tanto en los días de gloria como en la adversidad.

Estuvo con el general Villa desde el principio hasta el fin y llegó hasta el grado de coronel; él proporcionó al autor valiosas informaciones que

cedió de buen grado, compenetrado de la importancia histórica de la obra que estaba escribiendo y de su capacidad para llevarla a cabo. El coronel Jaurieta, por amarga experiencia, supo aquilatar lo que significaba la rapiña y la piratería: confidencialmente relató hechos históricos al ingeniero Elías Torres quien lo plagió, posteriormente, usando estos datos en libros escritos sobre Villa, a sabiendas de que el coronel Jaurieta manifestó a dicho profesionista estar preparando un libro que se iba a titular "Seis Años con mi General Villa". Murió en México en 1955. Estuvo al lado del Centauro del Norte desde 1914 hasta la muerte de Villa.

Tenemos también a Reynaldo Mata, de Chihuahua, que llegó hasta el grado de teniente coronel luchando bravamente al lado de Villa y cerca de él; fue uno de los seis valientes que cuando Villa fue herido en marzo de 1916, durante el combate de Ciudad Guerrero, Chih., estuvo a su lado en momentos críticos y difíciles.

El coronel Alfonso Gómez Morentín, el general Juan B. Vargas, así como el capitán Francisco Montoya Meléndez, de la brigada Trinidad Rodríguez, el capitán Manuel Machuca, también de la escolta de Villa, capitán Arturo Chavira de la brigada Villa, y el capitán Martín D. Rivera de la brigada Villa y ayudante del coronel Candelario Cervantes, contribuyeron con valiosa información por haber luchado cerca de Villa hasta el final. Yo personalmente conocí al general de brigada Práxedes Giner, que fue uno de los que se formó cerca de Villa desde oficial, luego al lado del general Manuel Madinabeitia que fuera jefe del estado mayor de Villa y el Mayor Juan B. Muñoz que, a pesar de su humildad, es un hombre de leyenda, y cientos de hombres difícil de nombrarlos a todos. Calzadíaz obtuvo valiosa información de ellos y así sería prolijo ennumerar a tantos militares que gustosos colaboraron repetidas veces aportando fotografías, documentos, etc... etc...

Es pues este libro un relato sencillo, pero bien documentado, de episodios reales de la Revolución, abarcando el período de 1910 a 1920. Narra en sus páginas con una fuerza y un colorido tan grande, tan natural, dando a conocer las acciones de hombres valientes, ignorados muchos de ellos, que compartieron su azarosa vida, alternando las victorias y las derrotas, hombres que fieles permanecieron al lado de Villa, hasta que éste se unió al movimiento de unificación revolucionaria de 1920; da a conocer las acciones de unos cuantos hombres que lealmente le siguieron hasta que murió cobardemente asesinado. Nos presenta también a los hombres valientes que se enfrentaron a Villa, nos muestra un Villa distinto, que no se parece al que describen otros escritores, muchos de ellos sin haberlo conocido siquiera. Describe hechos de la revolución maderista, cómo Villa y Orozco planearon el asalto y toma de Ciudad Juárez, Chih. Los motivos de la separación entre Carranza y Villa, la muerte de algunos generales villistas.

Villa llevó a la realidad uno de los ideales del pueblo chihuahuense, oprimido por los terratenientes del régimen porfirista, sabiendo por amarga experiencia de sus incalificables abusos y crímenes, sintiéndolo y pensándolo él mismo, siendo de la misma carne de peón, de hombre de campo como él lo fue; obró sin rodeos y con rapidez, haciendo que el gobernador Chao expidiera un decreto en el cual se confiscaban miles de hectáreas de terreno a las familias Terrazas y los Creel y otorgó parcelas de 25 hectáreas a favor de verdaderos campesinos.

En lo que hace a mí, yo pude apreciar que en mi tierra, Querétaro, que aunque estuvo la mayor parte del tiempo bajo el control del carrancismo, el pueblo todo fue anticarrancista, siendo gente pacífica, trabajadora y eminentemente católica. Cuando llegaron los carrancistas cometieron infinidad de atropellos, encarcelando a personas respetables, humillándolas públicamente, haciéndolas barrer las calles entre la soldadesca, imponiendo préstamos forzosos desproporcionados, amagándolos con fusilarlos, desterrando a mucha gente y quemando los enseres de las iglesias, cerrando los cultos, desterrando y escarneciendo a los sacerdotes, asaltando e hiriendo a mano armada a personas indefensas que habían abandonado sus hogares, para huir de ellos. Se llevaban todo aquello que no les pertenecía (los villistas si tomaban o solicitaban algo de los particulares o del comercio extendían un recibo); esto no sólo sucedía allí sino en todas partes al grado que el pueblo con ingenioso humor, para no decir que se habían robado algo decía como equivalente la colorida y festiva expresión que perduró por largos años, "se lo carrancearon". Sin negar todas las ventajas que haya traído el carrancismo, tuvo también muchas cosas malas: sembró el odio y la desconfianza debido a la impresión causada cuando llegaron y la primera impresión es la que cuenta.

A la llegada de las tropas villistas, su comportamiento fue distinto: impartieron garantías, establecieron la normalidad de vida, ganándose la confianza y la simpatía de todos, al grado que muchas familias de distintas clases sociales, al abandonar la plaza los villistas, se fueron a otras poblaciones a donde ellos iban, temerosos de quedarse y de que los carrancistas a su regreso tomaran represalias; muchos hombres jóvenes, se alistaron gustosos en sus filas, contrastando con el sistema odioso de enrolamiento a la fuerza o "leva" usado por los carrancistas.

Entonces me tocó conocer a Villa con otros paisanos míos que estaban estudiando medicina, estuvieron en el servicio sanitario, después terminaron sus estudios y se graduaron como médicos cirujanos; fueron los señores José María de la Llata y Braulio Guerra; a muchos de nosotros, estudiantes de preparatoria, los carrancistas nos pusieron a ayudar a las curaciones de los heridos en el ex convento de Teresitas, que hasta entonces había sido

colegio particular que ellos transformaron en hospital de sangre; al terminar la Revolución estudiamos medicina algunos de nosotros.

Han tildado de reaccionario a Querétaro, porque no quiso ser carrancista; ¿cómo iba a serlo con el comportamiento de ellos, que con sus desmanes y atropellos sin cuento solamente hirieron al pueblo en lo más sensible de sus tradiciones y su religión, creando un clima de malestar y temor? Recuerdo que entre otras órdenes que dictaron, una de ellas prohibía a los ciudadanos reunirse en grupo después de las nueve de la noche una vez que la campana de catedral daba el toque de "queda", deteniendo y golpeando a los "sospechosos", que encontraban después de esa hora en las calles, las cuales quedaban desiertas. Cuando los villistas llegaron de nuevo a la población, las campanas eran echadas a vuelo y el pueblo en masa, gozoso, salía a recibirlos y a vitorearlos; había tanta gente en las calles que parecía día de fiesta.

Querétaro fue y ha sido liberal. Ahí se gestó una parte de la Independencia de 1810, siempre ha sido un pueblo noble y leal, gente de orden apegada a su trabajo y fiel a sus tradiciones, mas en el momento necesario se ha sabido revelar ante la opresión y la injusticia y ha ofrendado su sangre y sus vidas en combatirlas.

En el norte conocí años después algunos militares de procedencia villista: Manuel Madinabeitia, Práxedes Giner, Eulogio Ortiz, Manuel Mendoza, actualmente generales de nuestro ejército nacional. Y en Chihuahua a Jesús Ríos. En ellos pude apreciar su recia personalidad, y sus cualidades como hombres de guerra, valientes, nobles, leales y esforzados. Estos hombres se formaron al lado de Villa. También tuve oportunidad de conocer en Chihuahua a los doctores Jerome Tríolo, italo-americano, y Andrés Villarreal, que sirvieron con su profesión a Villa. El doctor Villarreal era además compadre del propio general Villa.

Este se encontró rodeado de muchos de sus partidarios, algunos de los cuales le fraguaban traición y muerte a su lado; por eso es que sabiéndolo él, los mandó matar o como sucedió con su lugarteniente general Tomás Urbina, su compadre, quien lo traicionó; una vez probada su infidelidad y perfidia, cuando los jefes le pidieron al Centauro del Norte que condenara a muerte a Urbina, Villa les dijo: —"A ustedes les toca decidir, ustedes saben lo que hacen". Lo alcanzaron y dieron muerte a Urbina.

¡Villa no traicionó a nadie; pero nunca perdonó a los traidores!

Todos los hombres grandes tienen sus errores, igual que los pequeños, mas en éstos se nota menos que en aquéllos que por su magnitud son más notables.

Cuando las pasiones se hayan apagado, al cesar el enturbiamiento por los odios, con la conciencia clara y limpia de partidarismos y rencores, se podrá conocer la verdad sobre Villa, su labor patriótica, su actuación como

soldado y gran guerrillero único en su tiempo, incansable luchador, mal comprendido por muchos todavía, factor decisivo en la contienda revolucionaria que abatió a Victoriano Huerta.

Villa fue todo un hombre y este hombre es de México, su nombre perdurará en su patria y fuera ella, la historia recogerá su nombre, como ahora ya lo recuerda recoge y justifica el gobierno mexicano quien lo ha honrado en actos públicos a través de la secretaría de la Defensa Nacional. Doña Luz Corral ha hablado por él en su libro "Villa en la intimidad". La señora Austreberta Rentería también a su manera ha hablado por Villa. Cuando el general Lázaro Cárdenas llegó a la presidencia de la república, apoyó al general y senador Máximo García quien obtuvo del congreso de la unión que aprobara una pensión para ella que había quedado desamparada. La pensión era raquítica y apenas era suficiente para cubrir las necesidades más urgentes de su vida, pero doña Austreberta no se dejó abatir por la fatalidad que le había quitado su compañero y al padre de sus hijos: reveló su decisión, su carácter y fe en el porvenir y luchó con orgullo y entusiasmo hasta que logró educar y elevar a sus dos hijos que sin alardear ni medrar con el nombre de su padre, con su actuación cívica al honrar a su padre, honran a México; son actualmente dos hombres de provecho, uno es médico cirujano y el otro abogado y representante del pueblo en el congreso de la Unión, y son respectivamente Francisco Villa R., e Hipólito Villa R.

Ninguna obra puede conocerse bien si no se conoce su origen; esto puede aplicarse a los hombres, no se les puede conocer verdaderamente si no se adentra en su pasado, Villa es un símbolo de la mexicanidad, hablar de él es hablar de México. Apelo a la sinceridad del alma nacional que sabrá aquilatar lo que significó para la Revolución y para México PANCHO VILLA.

Hermosillo, Sonora, Primavera de 1958.

DR. JOSÉ DE LA FUENTE RIVEROLL.

Nota Bibliográfica

*Hace escasamente unas semanas que salió a la luz pública un libro que ostenta este título "*HECHOS REALES DE LA REVOLUCION*" por Alberto Calzadíaz Barrera. Un volumen de 295 páginas con numerosos grabados.*

Me interesó a primera vista para cerciorarme si correspondía al título "Hechos Reales de la Revolución", porque la dolorosa verdad en nuestra historia nacional es que está tan deformada, tan adulterada por la mayoría de los que pretenden hacer historia, que sin detenerse en adulaciones al mandatario en turno, nos muestran unos fárragos que sonrojan, y que, esto es claro, un gran porcentaje en su afán de congraciarse, se dedican a esa tarea ingrata, pero más fácil y sobre todo más lucrativa. Y así continúa en pie la frase hecha ya axioma acerca de nuestros anales patrios: "La Historia de México no es más que la de un partido en triunfo". Y de esta guisa el advenimiento de la verdad de muchos de nuestros fastos, tendrán que esperar un largo, muy largo plazo para que resplandezca la verdad.

He leído con detenimiento la obra citada "Hechos Reales de la Revolución" del conocido piloto aviador Alberto Calzadíaz Barrera prologada por el reputado cirujano José de la Fuente Riveroll, ambos residentes en esta ciudad de Hermosillo, y, sin ambages digo, desde luego, que dicha obra consigue arrojar luz, mucha luz sobre tantas incongruencias y hasta solemnes mentiras de personajes de la revolución mexicana, porque, como asiento al principio de esta nota bibliográfica, escritores venales unos, apasionados otros, queman todo su incienso en determinada figura de nuestra historia

nacional, sin recordar la célebre frase del inmortal JOSÉ MARTÍ: *"Más sirve a la patria el que dice la verdad que el que exagera el mérito de sus hombres famosos".*

Hemos encontrado en la obra, primer tomo, un noble esfuerzo para depurar y aclarar muchas consejas revolucionarias, dar a cada quien el lugar que le corresponde, sirviendo así mejor a la patria como lo expresa el celebrado libertador antillano.

El lenguaje es sencillo y el relato es ameno; contiene multitud de fotografías históricas que nunca han sido publicadas.

Obras de esta naturaleza hacen falta en los anaqueles de las bibliotecas donde pueden abrevar nuestras juventudes en ansias de conocer la verdad histórica.

No conocía al caballeroso piloto aviador Calzadíaz como historiador, y a la verdad nos ha sorprendido con sus amenos y verídicos relatos. El autor de esta obra, que constará de tres volúmenes, ha entrevistado numerosos veteranos de la revolución mexicana a veces en las ciudades, otras en apartados villorrios y hasta en las intrincadas serranías de la Sierra Madre, en su afán de desentrañar y aclarar puntos oscuros y hacer esplender la verdad que es única hoy, mañana y siempre.

En mi carácter de historiador, especializado en nuestro querido terruño sonorense, recomiendo con entusiasmo la obra objeto de este esbozo bibliográfico, porque no es una obra más de la Revolución Mexicana sino única en su género, de acuerdo con mi humilde criterio.

Mis felicitaciones muy cordiales al esforzado paladín de la verdad histórica señor Alberto Calzadíaz Barrera por su concienzudo trabajo "HECHOS REALES DE LA REVOLUCIÓN".

Hermosillo, Sonora., a 6 de Julio de 1959.

EDUARDO W. VILLA.

El rebelde que se anticipó a la fecha señalada por el destino para que el humilde tomara venganza contra el fuerte.

Fue el 23 de septiembre de 1894 cuando la prensa de todo el país dio la noticia, de que en la hacienda de Gogojito, en el estado de Durango, había sido vilmente balaceado el distinguido y honorable Sr. D. Agustín López Negrete, miembro de la más alta sociedad del mismo Estado. Se informaba que debido a que había recibido 3 balazós su estado era muy delicado. También se tuvieron noticias de que el bandido, había logrado escapar, internándose en la sierra. La sociedad se encontraba sumamente indignada, por semejante atentado y telegráficamente, de todas partes del Estado, se urgía a las autoridades, que se obrara con toda energía, hasta capturar y dar merecido castigo al criminal que había tenido la osadía de ofender a la sociedad, hiriendo mortalmente a uno de sus más preclaros y distinguidos miembros. Todavía no se conocían los hechos y ya la prensa llamaba bandido al victimario. Era costumbre halagar al fuerte.

La prensa, órgano de los derechos del pueblo, soltó lo mejor de su repertorio, en improperios y adjetivos contra el bestial asesino, pidiendo a las autoridades estatales que destacaran suficientes fuerzas para apresar al bandido. Así sucedía: todo el que se atreviera a ofender en alguna forma a uno de los favorecidos era *bandido.*

Pero, allá en la hacienda de Gogojito se conocieron los detalles de lo sucedido al señor López Negrete, en su brutal realidad. La presencia de las autoridades no se hizo esperar y se puso en claro que el maldito victimario era Doroteo Arango, hijo legítimo de Agustín Villa Arango y de Micaela Arámbula, nacido en San Juan del Río, rancho Río Grande, estado de Du-

rango, el día 5 de junio de 1878, según el registro civil. La verdad de los hechos no se hizo del dominio público. Las autoridades guardaron silencio. Solamente les interesaba capturar al victimario. Y Villa cargó con el anatema de bandido, desde ese día y para siempre.

Dejemos que él mismo nos cuente cómo sucedió lo de aquel hecho. En el año de 1914, siendo Villa Jefe de la División del Norte, le dictó parte de sus memorias, al señor Manuel Bauche Alcalde, que a la sazón era el director de *Vida Nueva* periódico que se publicaba en la ciudad de Chihuahua.

Sucedió que el día 14 de enero de 1914, por la noche, arribó el general Villa a la ciudad de Chihuahua; acababa de ganar la batalla de Ojinaga, Chih., lo acompañaban los coroneles Rodolfo Fierro, Raúl Madero y el teniente coronel Santiago Ramírez, el licenciado Luis Aguirre Benavides y el capitán Benjamín Bustamante que era quien manejaba el automóvil. Al llegar a la "Quinta Josefa", residencia de Villa, lo esperaban muchas personas, entre ellas el señor Bauche Alcalde, quien solicitó una entrevista con dicho jefe. (Es cuando le dictó parte de sus memorias, estando presentes el señor doctor Uranga y el señor Silvestre Terrazas). Sobre Villa se ha escrito mucho, por muchos escritores y sosteniendo por largos años el propósito de desprestigiarlo tergiversando la verdad de los hechos, olvidándose estos señores que aún viven miles de personas que fueron testigos oculares y actores de los hechos de armas al lado de Villa y otros que lucharon en su contra, a cuyo testimonio yo me atengo para afirmar lo que aquí escribo.

He aquí parte de lo que Villa dictó:

«Vivía yo, en 1894, en la hacienda de Gogojito, municipalidad de Canatlán, en el estado de Durango, y era mediero de los señores López Negrete. Mi hogar, cuya jefatura ejercía desde la muerte de mi padre, estaba formado por mi madre, Micaela Arámbula, mis hermanas Martina y Mariana, de doce y quince años, y mis hermanos Antonio e Hipólito.

»El día 22 de septiembre de ese año había yo venido a mi casa de la labor, donde estaba quitándole la hierba, y al llegar se me presentó un cuadro que por sí solo me bastó para hacerme comprender el brutal atentado que se pretendía consumar en las personas de mi familia: mi madre abrazada de mi hermana Martina: ella por un lado y don Agustín López Negrete por otro. Frente a ellas se erguía imperioso don Agustín ¡el amo!, dueño de honras y vidas de nosotros los pobres.

»Con la voz angustiada, pero resuelta, mi madre le decía al amo en aquellos momentos:

—»Señor, retírese usted de mi casa, ¿por qué quiere llevarse a mi hija? No sea usted ingrato...

»Lleno de furor, salí de la pieza y corrí hasta la cercana habitación de mi primo Romualdo Franco; descolgué una pistola, que acostumbraba

tener colgada de una estaca en la pared, y volviéndome apresuradamente, le puse balazos a don Agustín, de los cuales le tocaron tres.

»A los gritos que daba aquel hombre pidiendo auxilio, cinco mozos armados acudieron apuntándome resueltamente.

—»No maten a ese muchacho —les gritó el amo—, llévenme a mi casa.

»Obedecieron los mozos en silencio y tomando al herido en silla de manos le condujeron al carruaje y se lo llevaron rumbo a la casa grande de la hacienda de Santa Isabel de Berros, distante una legua de Gogojito.

»Cuando en mi azoramiento me vi libre, sabiendo que aquel hombre iba muy mal herido, sólo pensé en huir; monté mi caballo, y sin más idea que alejarme, me fui a buscar refugio en la sierra de La Silla, que está frente a la hacienda de Gogojito.

»Mi conciencia me decía que había hecho bien; el amo con cinco hombres armados, con todo el aparato de su poderío, había intentado poner a mi familia, a mi hogar, una contribución forzosa de la honra.

»Aquel arrogante don Agustín era un enemigo menos, aunque me persiguieron como tenía que acontecer.

»Nada me sorprendió, pues, al día siguiente, cuando al bajar cautelosamente de la sierra, me dirigí a la casa de mi amigo Antonio Lares y le pregunté:

—»¿Qué tiene de nuevo? ¿Qué ha pasado con los tiros que le dí al señor don Agustín?

—»Dicen que está muy grave, y ya han mandado de Canatlán hombres para que te persigan.

—»Dile a mi madrecita —agregué yo—, pensando en las represalias a que quedaba expuesta mi familia— que se vaya con mis hermanas al rancho Río Grande.

»Las persecuciones contra mí se desataron formidables. En todos los distritos del Estado se me señaló como un criminal peligroso, y a todos ellos llegó la orden de que se apoderaran de mí, vivo o muerto.

»Yo no tenía un instante de reposo. Forzado a emigrar sin descanso, me pasaba las semanas y los meses cruzando de la sierra de La Silla a la de Gamón. Comía lo que buenamente me deparaba la fortuna, y muchas veces mi alimento era sólo carne asada y sin sal, y acabé por quedarme casi sin ropa y sin zapatos, hasta que un día, en mi inexperiencia, me sorprendieron tres hombres armados a quienes no pude resistir.

»Con toda clase de preocupaciones y todo lujo de crueldades, se apoderaron de mí, y me condujeron a San Juan del Río, internándome en la cárcel, al oscurecer el día.

»Inmediatamente dieron principio las gestiones de las autoridades para juzgarme. El caso, por lo demás era sencillo, sería irremisiblemente fusi-

lado; ya era la orden que el gobierno de Durango había expedido en mi contra. Sabiendo cuál sería el remate de mi prisión, sólo pensé en fugarme y me decidí a vender cara mi vida y me fugué».

Según gente de la región, desde aquel momento, se redobló la persecución contra el delincuente, por todas partes de la sierra y ranchos, donde creían que necesariamente tendría que recalar el perseguido, se apostó gente armada para apresarlo. Los mayordomos de las haciendas instaban a los vaqueros para que dieran cuenta a los rurales en cuanto se avistara el fugitivo. Éste, ayudado por manos ocultas, se hizo de ropa y calzado y armas y se esfumó de la región, yéndose para las haciendas de la región de Balleza, Chih. En esta región lo ayudó el señor Victoriano Dávila, quien años después fue su compadre y a la vez quien lo presentó con don Abraham González a principios del año de 1910.

Así va pasando el tiempo y en el año de 1900 se acerca a la región del Río Grande, con intenciones de ver a su mamá y a sus hermanos, a quienes adora con toda su alma. Años después él contó a sus compañeros este percance:

«Yo le mandaba centavos a mi madre cada vez que podía y tenía. La pobreza en que mi familia se debatía, me llenaba de angustia y en enero de ese año, a pesar de la persecución, que se me hacía, llegué a la casa. No bien había yo llegado, apenas tuve tiempo de abrazarlas, cuando un amigo me gritó, que ya venían los rurales, di a mi madrecita los centavos que llevaba y me fui nuevamente a la sierra. Cuando el hambre me devoraba, me fui acercando a los ranchos con intenciones de buscarme algo qué comer; pero en lugar de comida me encontré con que había gente armada que me quería cazar como lobo. Hay gente muy ingrata, no saben dar la mano al caído».

En la región de La Silla, frente y al sur de Satevó, Chih., hizo amistad con tres hombres que en esa fecha llevaban más o menos la misma vida: Se trataba de Manuel Baca, Andrés Luján y Telesforo Terrazas. Estos tres hombres eran perseguidos por las autoridades porfiristas. Cuando la cosa se les ponía caliente, como ellos decían, se refugiaban en el pueblo de Cruces al norte de Namiquipa; allí no tenían enemigos.

Manuel Baca y Telesforo Terrazas fueron desde aquella ocasión fieles amigos de Villa a quienes todos conocían por el *Güero*. Los dos llegaron a coroneles a las órdenes de Villa, en la revolución. Manuel Baca era nativo de Namiquipa y Terrazas del pueblo de Cruces, del mismo municipio. En dicho lugar era jefe el señor José Muñoz, padre del mayor villista Juan B. Muñoz y siendo él muy joven conoció al *Güero,* pero no supo que se trataba de Villa hasta que en 1910, Baca y Terrazas se lo contaron a su padre. Los tres estuvieron en algunas ocasiones y es cuando Candelario Cervantes, Carmen Ortiz y Pedro Luján conocieron al mencionado *Güero* de quien serían con el tiempo miembros del famoso cuerpo de "Los Dorados" escolta perso-

nal de Villa. Allí, en esa ocasión, se supo, por primera vez, que se trataba de Pancho Villa.

—«Todos lo admirábamos —dice Juan B. Muñoz—, era muy tratable y lo que se dejaba ver en él, era aquel ímpetu y salvaje espontaneidad de que estaba dotado. Esa era la opinión de mis padres, y también lo dicen todas las personas que lo trataron desde entonces. Después, los hechos posteriores comprobaron el acierto en el concepto que del *Güero* nos habíamos formado —dice el ex-capitán villista Miguel Navarez, de la hacienda de Santa Clara, municipalidad de Namiquipa, Chih. Siempre que hablaba con personas de mayor edad que él, ponía mucha atención y nunca hablaba de vulgaridades, era demasiado serio y firme en sus opiniones, nunca contradecía a nadie y era muy raro que hiciera comentarios. Muy humilde y servicial; pero muy hosco en cuanto a comunicar sus planes o ideas. De espíritu conciliador y certero en sus juicios y de voz tonante— "voz de mando", decía el general Juan B. Vargas».

En el año de 1901, se encuentra en Huajotitlán, Chih., donde hace amistad con los Rodríguez —Trinidad, Samuel y Juan. Los tres llegaron a generales en la Revolución, precisamente bajo el mando de Villa.

Ese mismo año, conoce a un señor muy serio que se llamaba José M. Rodríguez, padre del que fuera años después uno de sus grandes generales, José E. Rodríguez. Para esa fecha ya había hecho amistad con el señor Gorgonio Beltrán, de Santa Cruz de Herrera y por estas gentes conoció a Ignacio Parra y Refugio Alvarado, con los cuales anduvo hasta mediados de 1902. Las autoridades porfiristas lo perseguían de contínuo, pero él ya contaba para entonces con la amistad y simpatía de muchas personas de la región, que en muchos casos le ayudaron a esquivar la persecución de los federales y rurales que lo buscaban por todas partes. Naturalmente, que Villa, como él mismo decía a sus hombres años después, tuvo que sufrir la traición de muchas personas que lo denunciaban, gente acostumbrada a besar la mano del látigo que los azotaba— hay mucha gente con demasiada inclinación a lo ruin y cobarde. Contra esta clase de gente, Villa tuvo siempre en su vida, un odio acérrimo; le causaban asco. Muchos fueron, con los años, pagando su felonía y de ahí que se sepa de algunas venganzas que Villa ejerció años después. En cambio, todas aquellas personas que de un modo u otro le tendieron la mano en aquella ocasión, tan dura y tan cruel, recibieron su recompensa y con creces: pues Villa fue con ellos muy generoso. Abundan los ejemplos.

En Satevó, era amigo de un anciano de nombre Aguilar, a quien años después le proporcionó los medios para que se estableciera con una panadería, en Namiquipa. En dicho pueblo, contaba con la amistad de una familia humilde de nombre García, por quien conoció a la vez a la familia López. de esta familia salieron dos de los que con el tiempo llegaron a ser hombres

de su absoluta confianza: generales Pablo y Martín López. En aquel entonces, en ese mismo lugar, había otro joven que también habría de llegar a ser uno de los fogueados al mando de Villa, José Ruiz Núñez.

Dice el general Nicolás Fernández: «Al general Villa yo lo conocí en el año de 1902 en Valsequillo, municipio de Valle de Allende, en el estado de Chihuahua, todavía no había revolución y era yo administrador de las haciendas de los Lozoyas, don Sabás y don Hilario.

»Todavía no se llamaba Francisco Villa; le decían *El Güero*, lo conocí en ocasión de un reparto de ganado que hacíamos en las haciendas para embarcar en Jiménez. Tomás Urbina era caporal y Villa, o sea entonces el *Güero*, era vaquero y lo acompañaba Eleuterio Soto, éste su segundo al iniciarse la revolución. Nos ayudaron en aquellas faenas a seleccionar reses para la venta, y terminado aquel trabajo lo perdí de vista. Era hombre muy de a caballo y conocía el oficio». Esto constituye parte de un relato que el general Fernández le hizo al general Urquizo.

En compañía de Ignacio Parra y de Refugio Alvarado, llega a San Juan del Río, que es donde vivía su mamá. Después de abrazar a todos en su casa le entrega a su mamá una fuerte cantidad de dinero. La señora Micaela Arámbula, su madre, sintió intuitivamente ver a su hijo en malos pasos y lo llamó a solas y le dijo:

«—Tú andas en malos pasos y por ende en malas compañías. ¡Entiéndeme, esto no me gusta! ¿De dónde has tomado tanto dinero?»

Entonces Villa se quitó el sombrero y le habló a su mamá con estas palabras:

«—¡Eh madrecita mía, usted sabe por qué motivos ando yo, como ando. Yo se que nací para sufrir. Eso está en mi destino. Madrecita mía, deme usted su bendición y Dios sabrá lo que hará de mí».

Villa se alejó de su casa sin pensar que sería la última vez que vería viva a su madre. Pasaron unos días y no se supo nada, ni siquiera del rumbo que Villa había tomado en su fuga.

Poco tiempo después, se tuvo noticia de que Villa se había separado de sus compañeros después de haberle dado de balazos a Refugio Alvarado, que aprovechándose de que era de mayor edad que él, lo insultó y Villa que jamás permitió que nadie le ofendiera, lo mató, como luego contó a Ignacio, quien se separó amistosamente.

Mientras tanto su hermano Hipólito y su primo Romualdo Franco, lo buscaban para informarle que su mamá estaba muy grave, y sin medir los peligros, dejó la sierra y se fue a San Juan del Río. Llegó a su casa. Villa personalmente le contó este detalle al coronel José María Jaurieta: «Imagínese mi horror, cuando entré a la casa y vi a mi madrecita tendida en la cama. Estaba muerta y unos candelabros encendidos y en la pieza había lamentaciones. Tan absorto estaba yo en mi pesar que caí de rodillas junto

a la cama y besé las manos de mi mamá. Estaba llorando como un niño cuando oí voces afuera pidiendo ayuda: "Agárrenlo, agárrenlo ¡es él! es Doroteo". Besé a mi madre por última vez y violentamente salí del cuarto. Con una pistola en cada mano, me abrí paso hasta donde estaba mi caballo. En la refriega maté dos hombres».

«Es lo cierto —comentaba Villa años después— yo caminé sin rumbo fijo toda aquella noche. Ya bien dentro de la sierra comenzó a llover, era una lluvia torrencial, con rayos y centellas como nunca había yo visto otra igual. Si los rurales me hubieran perseguido hasta aquel paraje, fácilmente me habrían descubierto; pues los relámpagos eran tantos y tan seguidos unos tras otros, que iluminaban el monte como si hubiera sido de día. Inconsciente me detuve al pie de un encino. Mi caballo quieto permanecía a mi lado, no se asustaba con los truenos y relámpagos; parecía como si él hubiera comprendido mi dolor, mi tristeza. Lloré con todas las fuerzas de mi alma. Señor, decía yo en voz alta, ¿por qué no puedo yo ser como los otros hombres? ¡Ellos con miserias y todo viven felices al lado de sus gentes y yo, sufro tanto! Así estuve casi toda la noche en esas cavilaciones, hasta que me quedé dormido y hasta que mi caballo me despertó, porque yo lo había amarrado a mi tobillo; estaba comenzando a parpadear la mañana, me jaló el caballo y en eso oí voces de gente como que arreaban ganado. Me alejé lo más pronto que pude y cosa rara, ya no sentía tristeza, sino mucho ánimo» Este detalle lo recuerda vivamente el mayor Juan B. Muñoz, porque él lo escuchó del propio general Villa y al igual que el coronel Jaurieta. El general Villa se lo contó al general Enrique León Ruiz en el año de 1921, en Canutillo, Dgo.

El año de 1903 cayó prisionero de las autoridades que lo perseguían, lo internaron en la prisión de San Juan del Río y lo ingresaron en el 14 regimiento de caballería. Aprovechando la primera oportunidad desertó Por varios meses siguió en sus correrías y las autoridades que lo buscaban lo capturaron y en esta ocasión fue internado en la penitenciaría, en la ciudad de Durango.

Allí estuvo detenido hasta los postreros días del mes de noviembre de 1905, en que se fugó.

Poco tiempo después pasó huyendo de sus perseguidores por los terrenos de la hacienda de Valsequillo, donde Nicolás Fernández —que era el administrador de dicha hacienda— le ayudó, facilitándole caballo de remuda, porque el que Villa llevaba iba muy cansado. Le señaló lugar para que se ocultara de los de la *Acordada* que eran los que le seguían. Le llevó comida y allí, en esa ocasión le dió su verdadero nombre —Doroteo Arango—, pero le comunicó que de allí en adelante se iba a llamar Francisco Villa, en recuerdo de su abuelo que se apellidaba Villa. Nicolás Fernández llegó al grado de general de brigada, al lado de Villa, siendo uno de los

más fieles que lo acompañaron hasta el último momento. Actualmente es general de división y muy respetado y querido por todos los elementos villistas.

En la ciudad de Chihuahua, allá por el año de 1906, había una tienda en el barrio del Pacífico propiedad de la familia Rodríguez. Un día llegó un hombre desconocido, montado en magnífico caballo, hizo allí algunas compras y preguntó si podía dejar ahí su caballo mientras él iba al centro de la ciudad en arreglo de un negocito. Una hora después regresó y manifestó que deseaba, de ser posible, depositar un poco de dinero en dicho establecimiento.

—Muy bien —le contestó el joven que despachaba— puede usted dejar la cantidad que usted guste.

Entregó el dinero y el joven dijo:

—¿A nombre de quién?

—Francisco Villa —contestó el desconocido.

Desde esa fecha, cada 15 días, estuvo llegando a la tienda de los Rodríguez: dejaba el caballo, se iba a la Plaza de Gallos, que entonces había en el barrio de San Pedro y al regresar depositaba dinero. El joven que atendió en esa tienda a Francisco Villa era Nicolás Rodríguez, que en la revolución alcanzó el grado de general y su hermano Joaquín, un distinguido oficial que llegó a coronel y fue el primer jefe de la guarnición villista en Monclova, Coah., con las fuerzas del general José Torres *(Cheché)*.

Más o menos en esa época, adquirió una propiedad en la calle Décima, en la ciudad de Chihuahua, que fue donde se construyó la "Quinta Luz", en la que actualmente vive la señora Luz Corral de Villa.

Pancho Villa era, desde tiempo atrás, amigo y compadre de Claro Reza, uno de los principales agentes de la policía del estado de Chihuahua, y por la confianza que Villa le tuvo, lo enteró de los planes que se fraguaban para la revolución. Claro Reza lo delató ante el jefe de la Judicial, pero como éste le debía favores a Villa, no tuvo consecuencias la denuncia y como el mencionado jefe estaba por trasmano de acuerdo con don Abraham González, se hizo caso omiso del asunto y el gobierno no se enteró. Villa, que siempre tuvo un odio terrible para los traidores, buscó a Reza, y un día por la mañana le encontró frente a la cantina "Las Quince Letras" casi frente a las puertas de una carnicería. Le echó en cara su falta de hombría y le dio dos balazos. Y también lo balacearon Eleuterio Soto y José Sánchez que andaban con Villa. La Judicial lo protegió y nadie supo nada del asunto hasta que ya había pasado algún tiempo. Por lo tanto Villa, no se ocultó y tampoco es cierto que haya andado huyendo en esa época, como dicen algunos (Agosto 30 de 1910). Lo vigilaban pero no por la muerte de Reza, sino por ver con qué personas se entrevistaba, pues ya para entonces las autoridades no perdían de vista a todos aquellos de quie-

nes sospecharan estar comprometidos con los líderes del maderismo. Esto es rigurosamente cierto.

En los años de 1906 a 1910, Villa era un modesto agente ganadero, de cuya profesión se ufanaba. Este es uno de los pasajes menos conocidos de la azarosa y turbulenta vida de Pancho Villa. Haremos un paréntesis para conocer la carta que el señor Francisco I. Madero mandó publicar en *El Paso Times* cuya carta comprueba nuestro dicho. Esta carta fue publicada posteriormente, durante el asedio de los revolucionarios a la plaza de Ciudad Juárez, Chih., durante el mes de abril de 1911.

«A *The El Paso Morning Times.*

»Al coronel Francisco Villa, equivocadamente, se le atribuye haber sido un bandido en tiempos pasados. Lo que pasó es que uno de los hombres más ricos, quien por consiguiente era uno de los favoritos en estas tierras, intentó la violación de una de las hermanas de Villa y éste la defendió, hiriendo a este individuo en una pierna. Como en México no existe la justicia para los pobres, aunque en cualquior otro país del mundo, las autoridades no hubieran hecho nada contra Pancho Villa, en nuestro país éste fue perseguido por ellas y tuvo que huir y en muchas ocasiones tuvo que defenderse de los rurales que lo atacaron y fue en defensa legítima de sí mismo, cómo él mató a algunos de ellos. Pero toda la población de Chihuahua sabía que nunca robó ni mató a ninguna persona sino cuando tuvo que acudir a la defensa.

»Pancho Villa ha sido muy perseguido por las autoridades, por su independencia de criterio y porque no se le ha dejado trabajar en paz, habiendo sido, en muchos casos, víctima del monopolio ganadero de Chihuahua, que está constituido por las familias Terrazas, quienes emplearon los métodos más ruines para privarlo de las pequeñas ganancias que él tenía explotando los mismos negocios.

»La mejor prueba de que Pancho Villa es estimado por los habitantes de todas partes de Chihuahua, en donde él ha vivido, es que en muy poco ha organizado un ejército de más de quinientos hombres, a los cuales ha disciplinado y lo respetan.

»El gobierno provisional le ha conferido el grado de coronel, no porque haya absoluta necesidad de sus servicios, pues el Gobierno Provisional nunca ha utilizado personas indignas. Por lo tanto, si se le ha expedido el nombramiento de Coronel es porque ha sido considerado digno de él.

»*Francisco I. Madero.*
(firmado).

»Campo de Operaciones al oeste de Ciudad Juárez, el día 24 de abril de 1911» (1).

Así comenzó la primera parte de su vida —de los 16 a los 30 años de edad. Puede decirse que fueron los días de aprendizaje de aquel rebelde que frisando en los 16 años de edad, se dedicaba a trabajar la tierra, sembrando a medias con el rico. Era el hijo mayor de la familia y a los diez y seis años, ya era él, el sostén de su madre, hermanas y hermanos. Quedó huérfano desde muy pequeño; casi no tuvo tiempo de acudir a la escuela; mal aprendió a leer y a escribir. Fue de origen humilde. No era bandido, sino un labriego que llega a su casa y se encuentra con que el amo, ultraja a su familia. Sabiendo que para los pobres no había justicia, se la dio por su propia mano. No escogió por elección propia el camino que tuvo que seguir, único camino que le ofreció el destino. Las circunstancias de un medio de opresión hicieron de él lo que fue. Sin embargo, para qué negarlo, tuvo el valor que a otros les ha faltado, en iguales circunstancias, para hacer frente a la adversidad.

A pesar de haber sido un eterno perseguido, nunca se olvidó de su familia, ni acudió a los vicios para olvidar sus penas. Cuanto centavo caía en sus manos era para su madre. Sus hermanos y hermanas fueron todos a la escuela en Chihuahua, gracias a él. Lo que sí nunca se ha podido saber, es por qué su mamá permaneció en la vieja casa de Río Grande.

Días de aprendizaje. Así fue la primera parte de la vida del rebelde Pancho Villa. Podíanse contar infinidad de pasajes de su vida, pero no estamos haciendo su biografía, sino recordando, hechos aislados, antecedentes, que hicieron de él, el hombre de la sierra, el eterno montaraz.

Hasta esa fecha, Villa no había probado un vaso de alcohol ni conocido o interesado en mujer alguna. Esto él mismo se lo contó al general Enrique León Ruiz.

Atravesó la edad difícil que forma o deforma la pureza de un corazón joven. Se diría que su genio interior, presintiendo su destino, le decía en aquellas horas decisivas: consérvate íntegro, apresúrate y aprende a hacerte experto conocedor del terreno, hábil en el manejo de las armas, dominar a las bestias y a los hombres, toma del tigre su sagacidad, de los elementos la furia, pero sobre todo, odia a los tiranos y haz todo lo posible por vengarte de ellos, estás viviendo la víspera del movimiento de emancipación de los de tu clase.

Villa, desconfiado por naturaleza, no tardó en comprender, a su modo, que la lucha del hombre por la vida, en su procedimiento, no era distinta de la lucha que las fieras sostenían por su propia existencia; se comen

(1) *El original de esta histórica carta la conserva el señor John H. McNealy, Profesor de Historia en Western College, en El Paso, Texas.*

las unas a las otras. En nada son diferentes a los hombres; el hombre procura cobijarse detrás de lo que se llama ley, para cometer sus abusos contra los débiles. La fiera se atiene a la ley natural, la ley de la fuerza. Estos comentarios los hizo el propio Villa al general Enrique León, en la ciudad de Hidalgo del Parral el año de 1921.

Sobre Francisco Villa se han lanzado los más duros insultos por los enemigos del maderismo y del movimiento consecuente.

Los americanos, en el cine, en sus diarios, en sus novelas, lo mismo que en sus revistas, hoy lo han vituperado y al día siguiente ensalzado. El escritor Larry A. Harris, dice que para comprender a Pancho Villa, es necesario comprender primeramente a México. Dice: «Villa fue un complejo de dínamo humano, un hombre contradictorio, una paradoja». Los franceses se admiraron de sus hazañas. El general Hugh L. Scott, Jefe del Estado Mayor del Ejército de los Estados Unidos, lo admiró y dijo de él: «A Villa se le habían colgado muchos pecados. El posee los gérmenes de la grandeza y la capacidad de las más grandes proezas si se hubiera encontrado en más felices circunstancias. En México muchos lo han injuriado y otros lo han defendido».

El ambiente.—En aquella época ya era costumbre del grupo dominante del poder político, actuar como dueño absoluto de todo el territorio común, bienes particulares y hasta de las mismas vidas de los humildes, la inmensa mayoría del pueblo mexicano. Este grupo se formaba de los serviles y aduladores diseminados por todo el territorio nacional. De éstos y la burocracia se formaba la casta de favorecidos. En cada una de las ciudades, en cada cabecera de distrito, en cada municipio, en cada uno de los pueblos, ranchos y haciendas, por todo el país había gente de aquella nefasta casta de bribones, culpables de los abusos de que era víctima el pueblo humilde que era la inmensa mayoría. Por aquellas circunstancias era necesario que se derramara sangre, era inevitable segar vidas. El odio era mucho, terribles las pasiones. Era pues, necesario porque era una necesidad de la misma vida del pueblo por las condiciones políticas, económicas y sociales en que vivía; pobre, débil moral y cívicamente. El pueblo no compartía la riqueza del país. Las empresas estaban en manos de unos cuantos favorecidos de la suerte, mimados del gobierno. Aquí cabe recordar lo que refiriéndose a nuestro país expresara el presidente Wilson: «Un pueblo sin tierras, siempre proporcionará material inflamable para una revolución». En nuestro país no solamente se carecía de tierras sino también de justicia.

Los enemigos de Pancho Villa, lo hacen responsable de todo lo sucedido durante la revolución, no pueden o no quieren tener en cuenta que Villa estuvo respaldado por todo el pueblo humilde, y que cuando atacan a Villa están atacando al pueblo de México, precisamente al pueblo de que los buitres del porfirismo se han nutrido. Los enemigos de Pancho Villa

—dígase pueblo— y defensores del chacal Victoriano Huerta, en su desvergüenza llegan hasta afirmar cínicamente que la historia de Villa es una historia burda. Lo burdo no está en que un hombre como Villa se haya anticipado a la fecha señalada por el destino para que el humilde tomara venganza contra el poderoso, sino en que los intelectuales se hayan puesto, en su mayoría, al servicio del gobierno que oprimía despiadadamente al pueblo mexicano y que ahora defiendan al gobierno del pelón, asesino, borracho y marihuano Victoriano Huerta.

La Revolución Mexicana

Breves apuntes sobre los acontecimientos revolucionarios acaecidos en el Estado de Chihuahua, durante el período de 1910 a 1920.

Primera Fase

En el año de 1910 cumplíase el primer centenario de la iniciación de la lucha del pueblo mexicano por su Independencia y como si fuese capricho de la historia, ese mismo año había de iniciarse la lucha contra la tiranía del gobierno presidido por el general Porfirio Díaz, que ya se sentía un emperador sin corona; pero con un poder absoluto que había declinado en favor del grupo de incondicionales llamados "científicos", de que se había rodeado y que eran los dueños de vidas y haciendas en todo el país.

Fue don Francisco I. Madero quien tuvo el valor de encabezar esta lucha, justa y necesaria. Hombre joven, de finos modales, culto y bondadoso; parecía más bien un "catedrático universitario a lo Oxford"; pero con poder arrollador en su palabra. Dirigiéndose a todos los mexicanos en sus discursos y en su manifiesto, decía:

«Los pueblos en su esfuerzo constante porque triunfen los ideales de libertad y justicia, se ven precisados en determinados momentos históricos a realizar los mayores sacrificios.

»Nuestra querida patria ha llegado a uno de esos momentos; una tiranía que los mexicanos no estamos acostumbrados a sufrir, desde que conquistamos nuestra independencia, nos oprime de tal manera que ha llegado a hacerse intolerable. En cambio de esta tiranía se nos ofrece la paz, pero es una paz vergonzosa para el pueblo mexicano porque no tiene por base el derecho, sino la fuerza; porque no tiene por objeto el engrandecimiento

y prosperidad de la patria, sino enriquecer a un pequeño grupo que, abusando de su influencia, ha convertido los puestos públicos en fuente de beneficios exclusivamente personales, explotando sin escrúpulos las concesiones y contratos lucrativos.

»Tanto el Poder Legislativo como el Judicial están completamente supeditados al Ejecutivo; la división de los poderes, la soberanía de los Estados, la libertad de los Ayuntamientos y los derechos del ciudadano, sólo existen escritos en nuestra Carta Magna; pero de hecho, en México casi puede decirse que reina constantemente la Ley Marcial; la justicia, en vez de impartir su protección al débil, sólo sirve para legalizar los despojos que comete el fuerte; los jueces, en vez de ser los representantes de la justicia, son agentes del ejecutivo, cuyos intereses defienden fielmente; las Cámaras de la Unión, no tienen otra voluntad que la del dictador; los gobernadores de los estados son designados por él, y ellos, a su vez, designan e imponen de igual manera las autoridades municipales.

»De esto resulta que todo el engranaje administrativo, Judicial y Legislativo, obedecen a una sola voluntad, al capricho del general Porfirio Díaz, quien en su larga administración, ha demostrado que el principal móvil que lo guía es mantenerse en el poder y a toda costa.

»Hace muchos años se siente en toda la república profundo malestar, debido a tal régimen de gobierno; pero el general Díaz, con gran astucia y perseverancia, ha logrado aniquilar todos los elementos independientes, de manera que no era posible organizar ninguna clase de movimiento para quitarle el poder de que tan mal uso hacía. El mal se agravaba constantemente, y, el decidido empeño del general Díaz, de imponer a la nación un sucesor, llevó ese mal a su colmo y determinó que muchos mexicanos, aunque carentes de reconocida personalidad política, puesto que había sido imposible labrársela durante 36 años de dictadura, nos lanzáramos a la lucha, intentando reconquistar la soberanía del pueblo y sus derechos, en el terreno netamente democrático. (Esto constituye un hecho rigurosamente cierto).

»Entre los partidos que tendían al mismo fin se organizó el Partido Nacional Antirreeleccionista proclamando los principios de Sufragio Efectivo y No Reelección, como únicos capaces de salvar a la república del inminente peligro con que la amenazaba la prolongación de una dictadura cada día más onerosa, más despótica y más inmoral.

»El pueblo mexicano secundó eficazmente a ese partido y respondiendo al llamado que se le hizo, mandó a sus representantes a una convención en la que también estuvo representado el Partido Nacional Democrático, que así mismo interpretaba los anhelos populares. Dicha convención designó sus candidatos para la Presidencia de la República recayendo esos nombramientos en el señor doctor Francisco Vázquez Gómez y en mí, Francisco

I. Madero para los cargos respectivos de vice-presidente y presidente de la República».

Todos los intentos anteriores para derrocar al gobierno del general Díaz habían fracasado, el régimen se sentía en el apogeo de su poder y efectivamente lo estaba, y cuando el Partido Nacional Antirreeleccionista lanzó la candidatura del señor don Francisco I. Madero para la Presidencia de la República, pensaron los señores en el poder que se trataba de otro Zúñiga y Miranda (un eterno candidato de paja); pero que era imposible se enfrentara a un gobierno con raíces de 36 años. Aquí se equivocaron. La candidatura Madero-Vázquez Gómez llegó al corazón del pueblo y por donde pasaba el candidato, las manifestaciones populares en su favor demostraban claramente que el pueblo estaba con Madero.

Pero el grupo de los científicos no permaneció ocioso, pues cuando el señor Francisco I. Madero llegó a San Luis Potosí, fue aprehendido e internado en la Penitenciaría del Estado, inventándole un proceso para invalidarlo y evitar que llegara a las elecciones.

Por fin, el primer domingo del mes de julio de 1910, el pueblo chihuahuense se encuentra con que el fraude, la burla que del pueblo mexicano se había cometido cada 4 años desde hacía 6 lustros, se repetía ese domingo histórico y tuvo el valor de no firmar las actas que previamente preparadas se le exigía que firmara, declarando con esto que la fórmula Díaz-Corral había obtenido la aprobación de la inmensa mayoría del pueblo mexicano. Así era como todo se hacía con anticipación al día de las elecciones; los electores solamente firmaban la que no era sino una farsa, y don Porfirio Díaz seguía, como siempre, representando al pueblo mexicano. Pero la fecha y hora señaladas por el destino habían llegado. El pueblo no firmó las actas y de ese modo demostró su respaldo absoluto a la fórmula Madero-Vázquez Gómez. Las represalias por parte de las autoridades no se hicieron esperar. Las cárceles se llenaron en las ciudades; en Chihuahua, Guerrero, Casas Grandes, Parral y Ciudad Juárez. No sólo se les encarcelaba, sino se les deportaba. Las vejaciones que el pueblo sufrió fueron muchas, más a pesar de la persecución de que fueron objeto todos los simpatizadores del maderismo, no pudo el gobierno evitar que hombres resueltos, procedentes de todas partes del estado, se pusieron de acuerdo con el señor don Abraham González, jefe del Antirreeleccionismo en dicho estado, para organizar la Revolución. No fue tarea fácil. Como en la actualidad, en aquel entonces el gobierno contaba con un ejército de línea disciplinado, bien equipado y listo para hacerse cargo de los inconformes con el gobierno. Luego los hombres que estuvieron resueltamente del lado del maderismo son a los que hoy se les critica y esas críticas provienen nada menos que de los que habiéndoselas dado de "vivos", se escondieron en las

grandes ciudades o se fueron al extranjero, para llegada la hora del triunfo, presentarse a reclamar un puesto.

El señor don Abraham González como jefe del antirreeleccionismo en el Estado, se encargó de organizar y alentar a los hombres de confianza, dándoles dinero para que adquirieran armas, sugiriéndoles reunir gente de confianza, y tenerla lista para la fecha que oportunamente se les señalaría.

Desde el día 1º de agosto de 1910, comenzaron los preparativos para la celebración de las fiestas del centenario de nuestra independencia. Este hecho fue aprovechado hábilmente por los partidarios del maderismo, para visitar la ciudad de Chihuahua sin que se sospechara de ellos, por las autoridades. Sin embargo, para los primeros días del mes de septiembre, se tuvo conocimiento que las mismas autoridades tenían una larga lista de personas a quienes no se les perdía de vista. El día 30 de agosto, como a las 7 de la mañana, Pancho Villa, acompañado de Eleuterio Soto y José Sánchez vieron a Claro Reza parado a las puertas de una carnicería que había exactamente frente a la cantina, "Las Quince Letras" en la avenida Zarco. Villa le echó el caballo encima, al mismo tiempo que le echaba en cara su falta de hombría y le dio dos balazos. Se aparentó perseguir a Villa y a sus acompañantes; pero no pasó de ahí.

Esa tarde del mismo 30 de agosto, se reunieron en la casa del señor Aurelio González, los señores Toribio Ortega, Rayo Sánchez Alvarez y Canuto Leyva, procedentes de la región de Cuchillo Parado, Chih. En esto llegó José Luis Mendoza, miembro de la policía rural y que había sido vaquero en la hacienda de Guadalupe, propiedad del señor licenciado González y de la cual era administrador el señor Rayo Sánchez Alvarez. José Luis Mendoza se presentó con el único objeto de informar al licenciado González de que Pancho Villa había matado a Claro Reza; pero que había dado orden de que no se persiguiera a Villa. Villa mató a Reza por venganza; pues lo delató ante don Juan Creel, poniendo en su conocimiento que el mismo Villa ya estaba de acuerdo con los jefes del maderismo y que se dedicaba a sonsacar gentes para levantarlas en contra de las autoridades.

Es un hecho de todos bien conocido, que Pancho Villa había sido presentado a don Abraham González por el señor Victoriano Avila y más tarde habían comido juntos con Villa en su casa de la calle Décima y Terrazas. Es cierto también que en dicha casa fue donde don Abraham González presentó a Toribio Ortega, José María Sánchez y a Guillermo Baca, con Pancho Villa. De este hecho fue testigo presencial don Rayo Sánchez Alvarez.

Fue en esta época cuando Villa se interna en la Sierra Azul y recluta bastante gente. Dice el general Nicolás Fernández: —"Yo les servía de contacto con don Guillermo Baca en Parral y con don Abraham González en Chihuahua".

Pancho Villa reunió pura gente escogida, no aceptó sino a buenos jinetes montados y armados. Seleccionó escrupulosamente a todos sus capitanes. El cedía en todo a su instinto, que nunca lo engañó. Decía años después: —"Yo conocía toda aquella gente, más no sé por qué me latía, que debería asegurarme de que el ánimo de aquellos hombres era firme y que realmente eran lo que yo esperaba de ellos, no sólo buenos para montar, sino que realmente en su ánimo respondieran a la inclinación por el buen manejo de las armas y ser resueltos". Aún vive para contarnos estos hechos el señor Cirilo Pérez, quien fue uno de los famosos primeros hombres que Villa escogió como el pie veterano de las fuerzas que él habría de organizar.

Encontrándose Villa en la Ciénaga de Ortiz, Chih., recibió un llamado de don Abraham González. Le pedía a Villa que fuera a Chihuahua y llevara algunos hombres de su confianza a fin de que lo cuidaran. Don Abraham no se sentía seguro.

Villa, leal a su palabra, se puso en marcha haciéndose acompañar de 14 hombres de los cuales vive Cirilo Pérez en su rancho de la Sierra Madre, cerca de Chihuichupa, Chih. Quienes lo acompañaron son los siguientes: Tomás Urbina, Eleuterio Soto, José Sánchez, Pánfilo Solís, José Chavarría, Luciano Escárcega, Feliciano Domínguez, Antonio Sotelo, Leónidas Corral, Eustaquio Flores, Andrés Rivera, Cesáreo Solís, Ceferino Pérez y Bárbaro Carrillo. Todos en magníficos caballos, con armas y bastante parque.

¡Cuánto debe haberse reprochado don Juan Creel, el no haber aprehendido uno a uno a los hombres que visitaban constantemente la casa esquina Décima y calle Terrazas! No le dio importancia al hecho de que el día 4 de octubre de 1910, se hubieran reunido en esa casa, residencia de Pancho Villa, con don Abraham González, Toribio Ortega, Cástulo Herrera, Villa y sus guardias, los cuales aparentaban ser compradores de ganado.

Tal vez nunca se perdonó don Juan Creel tamaño descuido. Villa salió de Chihuahua nuevamente, con toda tranquilidad.

El día 15 de octubre, llegó Pascual Orozco a Chihuahua, recibió fuerte cantidad de dinero de manos de don Abraham e instrucciones para reunir gente y estar listos, a las órdenes de don Albino Frías Sr. y todos estos movimientos y entrevistas se efectuaban sin que las autoridades los molestaran. Se sabía que a don Abraham González lo vigilaba estrechamente la policía judicial; pero nunca se ha aclarado el por qué la policía jamás los aprehendió. El señor Félix Chávez transportó en un carro de mulas los cuarenta rifles que don Abraham González le entregó para armar la gente maderista de Namiquipa. Y sin el menor incidente, lo llevó hasta el rancho de *El Oso,* cerca de El Molino, Namiquipa.

Por conducto del hoy general Nicolás Fernández, don Abraham mandó órdenes a Villa y éste se presentó otra vez en Chihuahua. Fue el día 17 por la noche, cuando el Sr. González rodeado de varias personas, después

de la cena en casa de Pancho Villa, les anunció que por fin había llegado el momento de emprender la campaña. Fue en aquel instante solemne cuando les entregó ejemplares del manifiesto del señor Francisco I. Madero, invitando al pueblo mexicano a tomar las armas.

De las personas que estuvieron en aquel momento memorable en la humilde casa de Pancho Villa, Calle Décima y Terrazas, sobrevivieron dos de ellas que aún pueden contar lo sucedido, y son: Manuel Machuca y Cirilo Pérez.

Don Abraham González se fue al Norte con uno de los hermanos Machuca y Manuel Leyva para la hacienda de Guadalupe, de este lugar en unión del licenciado Aureliano González y otras personas de Cuchillo Parado, se internó en los Estados Unidos, pasando la línea divisoria por Barrancos de Guadalupe.

Pancho Villa abandonó Chihuahua con órdenes directas de don Abraham González de reconocer a Cástulo Herrera como jefe del maderismo en la región donde iba a operar: teniendo a San Andrés de la Sierra, como centro.

Para el día 20 de noviembre de 1910, tres días después de haberse despedido de don Abraham González, ya había reunido 387 hombres, escogiéndolos de entre los mejores de la región. Cual poderoso imán, Pancho Villa, atrae hacia él a hombres resueltos a quienes con su atrayente juventud y audacia incomparable los incita.

Se presenta en San Andrés, Chih., donde se le unen los "Tres Santos", Santos Estrada, Santos Regalado y Santos Tapia, Chon Márquez, José Chavarría y Lucio Escárcega, Leónidas Corral y otros.

En Santa Isabel, Chih., Feliciano Domínguez, con gente.

En Ciénaga de Ortiz, Javier Hernández, con un grupo de gente muy bien montada y armada.

De la región de Satevó, Chih., Fidel Avila con 40 hombres entre ellos varios de los que al correr del tiempo llegaron a jefes distinguidos: Martín López, Juan y Liborio Pedroza, José Ruiz Núñez, etc.

De la región de Balleza, Huejotitlán, Villa López, Santa Cruz de Herrero, etc., respondieron al llamado, entre muchos: Macedonio Aldama, Mercedes Luján, Trinidad Rodríguez, etc. Todos ellos, hombres de abolengo serrano, Estos hombres, hay que afirmarlo, no tomaron las armas, como pretenden creer algunos ingenuos, tan sólo para hacer posible el siempre famoso lema de *Sufragio Efectivo, No Reelección.* Este fue el pretexto. Contra quien tomaron las armas fue contra un régimen caduco, contra un sistema de opresión, que por favorecer a unos pocos empobrecía a los más.

¿Qué es la Revolución?, se preguntaban los unos a los otros. La respuesta era siempre la misma: Es la protesta de los oprimidos para hacerse escuchar. Es esencialmente la rebelión de los oprimidos y vejados contra los poderosos. ¡Abajo los Científicos! ¡Viva la Revolución! ¡Abajo

el mal gobierno!, gritaban aquellos labriegos convertidos en soldados del ejército del pueblo. ¡Viva Madero! gritaban todos a una voz.

Muchos escritores han afirmado por mucho tiempo, que Pancho Villa comenzó en la Revolución con el grado de capitán, lo cual no es exacto. Los nombramientos los otorgó don Abraham González de acuerdo con el número de hombres que cada jefe lograra reunir. Pancho Villa, desde el primer momento que se le dio la orden de emprender la campaña, fue coronel, llevando a Eleuterio Soto como segundo en el mando, con el grado de teniente coronel, con una fuerza compuesta por 375 hombres mandados por los capitanes primeros José Chavarría, José Sánchez, Javier Hernández, Fidel Avila, Natividad García, Chon Márquez, Lucio Escárcega, Feliciano Domínguez, Santos Estrada, Guadalupe Gordea y Santos Regalado.

Mientras tanto, muy dentro de la Sierra Madre Occidental, en Estación Sánchez, encontrábase en su casa Pascual Orozco, cuando el día 18 de noviembre de 1910, recibió las copias del manifiesto del señor don Francisco I. Madero, es decir, el *Plan de San Luis*. Las remitió don Albino Frías Sr., con la noticia de que el día 20 era la fecha señalada para emprender la campaña. Don Albino Frías, permanecía en San Isidro, Chih.

Más tardó Pascual Orozco en recibir las copias del manifiesto que en hacerlo llegar a los comprometidos para el movimiento: Por medio de correos se comunicó con Manuel Loya en Chinipas, con Apolonio Lagarda en Milpillas, con Francisco Salido en Guazapares, con Pedro Bustamante en San Juanito, con Julio Acosta en Yoquivo (éste se incorporó a Orozco con sus hermanos Jesús y Ramón en Rancho Colorado y con Ignacio Valenzuela en Temores, comunicándoles la orden de tomar las armas el día indicado). Esa misma noche del día 18, se reunieron con Pascual Orozco en su casa los señores Francisco D. Salido, Candelario Gómez, Víctor Zamorano y José Rochin, que era telegrafista del gobierno, y después de cambiar impresiones se acordó salir al día siguiente para La Junta, y reunirse con los que se iban a levantar en armas, en las Lomas de Guerrero, lugar señalado como punto de cita.

Pascual Orozco Jr., era un hombre conocedor del campo, de a caballo y bueno en el manejo de las armas; un hombre de trabajo intenso y apegado a sus obligaciones; por eso toda la gente de la región lo apreciaba y en verdad era muy valiente, resuelto y popular; todo esto influyó decididamente para que en poco tiempo reuniera todo un gran ejército.

El día 19, por la tarde, entre las 6 y 7 se juntan en Las Lomas Pascual chico y don Albino Frías Sr., con un total de 35 hombres. Entre éstos se contaban los hermanos Antonio y Albino Frías Jr., los hermanos José Samuel y Marcelo Caraveo, José Chacón, Alberto Orozco, primo de Pascual, Silvano Vázquez, Abraham Oros, Cenobio Orozco, Francisco Vázquez y los que acompañaban a Pascual Orozco, hermanos Rascón Perla y otros. Con tan escasos elementos no era posible atacar Ciudad Guerrero. En vista

de que el señor Juan Antonio González, nombrado por don Abraham González, jefe de la región de la Sierra, no se presentaba, se nombró jefe a don Albino Frías Sr., por acuerdo de toda la gente allí reunida. No siendo pues posible atacar Guerrero, se decidieron a emprender la marcha sobre Miñaca, que estaba defendida por unos 400 hombres adictos al gobierno y vecinos del lugar al mando de Francisco Antillón, los cuales se rindieron y entregaron la plaza sin presentar combate. Francisco Antillón era primo de Pascual chico, por parte materna. Este hecho ocurrió el día 20 de noviembre de 1910, a las 11 de la mañana.

El día 21, ocuparon San Isidro, y sintiéndose envalentonados por tan fáciles victorias, decidieron presentarse ante Ciudad Guerrero. Es conveniente invocar el testimonio de uno de los testigos presenciales de aquellos hechos. Habla el hoy coronel Albino Frías Jr.: «El día 21, nuestra columna, ya fuertecita, se presentó a Ciudad Guerrero, en donde estaban los primeros federales que íbamos a combatir: eran los del tercer regimiento de caballería y que mandaba el capitán Salvador Ormachea: sería un escuadrón, más la gente civil armada y adicta al gobierno; unos cuatrocientos hombres en total. Nos alcanzamos el lujo de mandar pedir la plaza. Cosas de aquellos tiempos románticos y cosas también de la inexperiencia. ¡Claro que no nos dieron la plaza! Tuvimos que combatir y ¡duró! durante tres días, hasta que se rindieron los federales y también —románticamente— el capitán Ormachea entregó las armas y su propia espada. Se le dejó libre para que fuera a incorporarse a los suyos».

No se atacó la plaza de Guerrero en esa ocasión, pues solamente se le puso sitio y los Frías y Orozco se fueron a Pedernales, atacando dicho punto el día 26 de noviembre.

En el pueblo de Namiquipa, Distrito de Guerrero, el señor Félix Chávez, al frente de un regular número de hombres, unos de Los Cerritos, otros del Oso y otros del mismo pueblo, bien montados pero mal armados, puso sitio a la plaza que la defendían un gran número de vecinos armados y la autoridad del lugar. Se cambiaron sólo unos cuantos tiros y los defensores se rindieron entregando sus armas. Dio la casualidad que aquí, en este pueblo, el señor Victoriano Torres, que era quien encabezaba a los adictos al gobierno, fuera también pariente de los Orozco, por ser cuñado de Francisco Vázquez, primo de Pascual chico.

La gente maderista de Namiquipa, cuya jefatura estaba a cargo de Félix Chávez, se componía de cuatro grupos al mando de los capitanes José Rascón Tena, José María Espinosa, José de la Luz Nevarez y Gabino Cano. Entre los elementos a las órdenes del capitán José Rascón Tena, figuraron Juan B. Muñoz, José María Calzadíaz, Francisco Heras, Ceferino Rivera Domínguez, José Jiménez, Primitivo Ruiz, etc. A las órdenes directas del mayor Félix Chávez iban Candelario Cervantes, Celso Chávez, Faustino Acosta, Pedro Luján, Francisco Rico, Francisco Ortiz, y

con Cano y Espinosa el resto de la gente de la plaza y de Pueblo Viejo. Los de Los Cerritos, El Oso, Santa Catarina y Santa Clara, estuvieron primero con José de la Luz Nevarez y después con Andrés U. Vargas, y los de Cruces con Telesforo Terrazas y José Bencomo.

Una vez que se medio organizó esta fuerza revolucionaria, se puso en marcha rumbo al sur con miras a unirse a José de la Luz Blanco y cooperar en el ataque a Ciudad Guerrero. El día 28 de noviembre se incorporaron a las fuerzas de Pascual Orozco, en La Junta. En dicho lugar y en la misma fecha se incorporó Ignacio Valenzuela con la gente de Temores, Chih. Allí se incorporó el hoy coronel de caballería pensionado Cenobio Rivera Domínguez y los hermanos Romualdo, Amador Amado y José Acosta Grajeda. Ese mismo día, Pascual en quien ya D. Albino Frías había depositado el mando de las fuerzas, convocó a una junta de jefes con mando de tropa y por todos se acordó empezar el ataque a Ciudad Guerrero, la cual ya la tenía sitiada, al siguiente día. Los revolucionarios del pueblo de Matachic, iban mandados por Fortunato Casavantes y los del distrito de Galeana por Desiderio García.

Después de una lucha dura, los federales se rindieron y entregaron sus armas el día 1º de diciembre de 1910. Con este triunfo de las armas revolucionarias se levantó el ánimo de los serranos y de todas partes del estado comenzaron a engrosar las filas de aquel ejército de harapos, sin dinero, sin armamento, sin nociones de disciplina militar, mal vestidos los más, unos llevaban hachas en vez de rifle, otros lejos de inspirar temor inspiraban lástima. Sólo una cosa era en ellos incomparable: la abnegación y la fe, ¡viva la revolución! gritaba aquel conjunto de rancheros, del cual habría de nutrirse la fuerza ciclónica de la revolución, que hubo de devastar todo a su paso, arrollador e incontenible, mezclándose las risas con las lágrimas y el odio con la compasión.

Pancho Villa reúne su gente en la Sierra Azul y al hacer el recuento se comprueba que son 375 hombres, bien armados y bien montados. Cástulo Herrera no salía de su asombro. ¿Cómo y de dónde ha salido tanto jinete? y ¡qué jinetes! Todos acudieron al lado de Pancho Villa. Cástulo Herrera y Villa se presentan en el pueblo de San Andrés, donde logran una fácil victoria sobre los federales a quienes sorprenden cuando éstos sin sospechar que en el pueblo hubiera revolucionarios, llegan en un tren a la estación donde son atacados por Pancho Villa y los federales se retiran llevándose a sus heridos y muertos para la hacienda de Bustillos, entre los cuales llevan muerto al propio jefe teniente coronel Pablo M. Yépez, que fue el primero en caer víctima de los disparos de los revolucionarios. De este lugar se van a Santa Isabel, ocupan dicho lugar sin tirar un solo tiro y ahí, como es natural, se les unió más gente.

¿Quién era en esa fecha el jefe de la revolución en el estado de Chihuahua? Al despedirse don Abraham González de Pancho Villa, la noche del día 17 de noviembre, en la ciudad de Chihuahua, les manifestó lo siguiente:

«Ha llegado el momento de emprender la campaña. Yo me voy al norte del Estado, a Ojinaga, y tú, Pancho, te vas al sur. Saldrás para San Andrés, para organizar las fuerzas, todos reconocerán como jefe a Cástulo Herrera, que está aquí presente. Espero pues que obedecerán sus órdenes y sabrán cumplir con su deber hasta morir, o hasta triunfar por la noble causa que perseguimos». (*Memorias de Villa* por Martín Luis Guzmán). Esto es rigurosamente cierto, lo escucharon varias personas de las cuales viven dos: Manuel Leyva y Manuel Machuca.

Más o menos en la misma forma, con las mismas palabras, les manifestó don Abraham González a los hombres de la Sierra y a don Guillermo Baca, en Parral, etc. De lo anterior se deduce que don Abraham González nombró a los jefes. Él era el jefe de la revolución en el estado de Chihuahua, Pascual Orozco Jr., era coronel al igual que Pancho Villa, José de la Luz Blanco y otros.

Pancho Villa no conoce nada de historia, es un hombres inculto, bronco, sin embargo, emulando a los grandes conductores de hombres, procede en sus actos tratando de qué éstos sean aceptados como justos por los habitantes de los pueblos que va ocupando. Por ejemplo, tan luego como ocupa el pueblo de San Andrés, manda reunir a las personas más capacitadas y de entre ellas y con su acuerdo nombra la autoridad civil que vigile el orden y seguridad de los habitantes, a nombre de la revolución. Prohibe el uso de bebidas embriagantes entre la tropa. Se afana en impartir justicia. Y, como es entre la gente humilde donde encuentra sinceridad, es a ésta a la que se ha de sentir siempre obligado. Apenas se ha dado tiempo para nombrar la autoridad civil en Santa Isabel, cuando ordena a sus capitanes acuartelar la tropa, dar pastura a la caballada y descanso a los soldados. Sólo los soldados que patrullan el pueblo están fuera del cuartel.

Pancho Villa, que en todos sus actos cede a sus instintos, junta a sus capitanes y, como quien dice, les lee la cartilla, para que en lo sucesivo sepan a qué atenerse. Les dice:

—«Muchachitos. Yo quiero que ustedes sepan bien que si hemos tomado las armas es para combatir al enemigo, así es que hay que irnos acostumbrando a estar siempre cerca de él, para atacarlo por donde dé lugar y seguir siempre cerca de él hasta morir o vencerlo.

»¡El enemigo está en la ciudad de Chihuahua, será nuestro deber ir a buscarlo!»

Salen de Santa Isabel, los revolucionarios con Pancho Villa y Cástulo Herrera, dispuestos a llamar la atención de los federales. En el lenguaje

de Villa a *torearlos*. Llegan hasta el rancho de los Escudero, próximo a la capital del Estado, y cerca del Bajío del Tecolote donde tuvieron que hacer frente a los federales, que en número de 700 ocupaban dicho punto, se empeñaron en combate, que resultó muy duro. Quedan en el campo de lucha no menos de 300 muertos de ambos lados. Los revolucionarios se vieron obligados a replegarse combatiendo, y ocuparon el Cerro de Las Escobas, y Villa bajó la gente por la parte de atrás dejando los sombreros sobre piedras a los cuales los federales estuvieron haciendo fuego por buen rato. Mientras tanto Villa se retiró al sur, encontrándose muy lejos cuando los federales descubrieron el engaño. Los federales se replegaron a Chihuahua. Eran fuerzas del general Juan J. Navarro.

En esta aventura Villa perdió mucha gente y entre ellos, al segundo teniente coronel Eleuterio Soto, al capitán José Sánchez, al capitán Santos Estrada, al capitán Jenaro Chavira y a Leónides Corral, saliendo herido él mismo con una pierna atravesada, heridos también Ceferino Pérez, Jesús José Fuentes, y Félix Terrazas con un rozón en la nuca. Cuando se retiraban del campo de combate, Villa caminaba a pie no obstante ir con una pierna atravesada, cuando lo alcanzó un muchacho y lo subió en las ancas de su caballo; ese muchacho era Ceferino López, que llegó a mayor y en la actualidad es agricultor.

Al siguiente día de encontrarse en San Andrés, Villa recibe de Ciudad Guerrero un telegrama de Pascual Orozco Jr.: «Acabo de tomar esta plaza, vénganse para ver en qué lo puedo ayudar de municiones».

Pancho Villa, dinámico por nacimiento y ahora enamorado de su nuevo oficio, acostumbrado a las decisiones rápidas, recibe la invitación de Orozco y ya está en marcha, sin que el jefe Cástulo Herrera, haya tenido tiempo para enterarse de lo que pasaba.

El día 10 de diciembre, por la tarde, llega la columna de Pancho Villa a la ciudad de Guerrero, Chih., siendo recibidos con aclamaciones y muchas atenciones, porque la gente de esa gran ciudad es muy hospitalaria y de un corazón muy grande. Me cuentan los testigos presenciales de aquel hecho:

«Todos teníamos curiosidad por conocer a Pancho Villa —ya famoso— y ver qué gente lo acompañaba. Al frente de la columna cabalgaba Pancho en medio de Fidel Aviña, Feliciano Domínguez y otros con Cástulo Herrera; lo seguía la caballería en perfecta formación, con excelente caballada y la tropa ¡qué bien armada! Orozco y Villa se encontraron en Las Lomas y juntos llegaron a la ciudad. Naturalmente que aquella caballería tan bien organizada, era el reflejo de la calidad de su jefe. Claro es que se trataba del verdadero Pancho Villa, del Villa que nosotros los chihuahuenses conocimos y no el Pancho Villa que los escritores capitalinos nos han fabricado».

¿Para qué negarlo?, contra las mentiras que se han dicho de Pancho Villa, existe un hecho real, indiscutible, por ejemplo, en medio de aquella feria de desmanes, despojos y de insolencias, Pancho Villa, se afanó implantando el orden entre su tropa e inculcándole el sentimiento de autoridad. Este es un hecho rigurosamente cierto.

Ahora bien, cuando Villa con sus tropas ocupó el pueblo de San Andrés, sorprendió a uno de sus hombres tratando de sacarle 3,000 pesos a una señora, dueña de una tienda. «¿Con autorización de quién molesta usted, amiguito, a esta señora?». Ese hombre recibió un castigo ejemplar. La dueña de esa tienda era la señora viuda de Corral, madre de la señorita profesora Luz Corral. Nunca molestó a la gente que se dedicaba a trabajar. «La gente que trabaja merece la consideración de los hombres que andamos en la revolución», solía decirles a sus hombres. Y, tómese nota, Pancho Villa, desde los comienzos de la revolución no dejó de pagarle a sus soldados sus haberes.

En nuestro país, México, somos muy dados a la emulación, bastó que los enemigos de la revolución colgaran el primer sambenito a Villa, para que en seguida aparecieran los intelectuales embusteros con sus inventivas contra el ya temido Villa. La verdad es que fueron muchos los golpes que Villa les propinó a los enemigos de la revolución, así como a los señoritos de la hedionda alta burguesía que a la fecha todavía desparrama dinero entre los escritores malvados para desprestigiar a los hombres de la revolución. Hubo, claro es, muchos saqueos, muchos abusos y atropellos incalificables, ¿se puede en justicia hacer a un solo hombre responsable de los desmanes que cometieron miles de soldados y jefes?

Tras la llegada de Villa y de Cástulo Herrera a Ciudad Guerrero se recibió la noticia de que los federales, en fuerte columna compuesta de las tres armas se aproximaba a Cerro Prieto, Chih. Pascual Orozco convocó a una junta de jefes y después de discutir la mejor manera de hacer frente al enemigo, se deciden por salir en la madrugada, yendo la columna de Villa y la gente de Francisco D. Salido en la vanguardia y Pascual Orozco con el grueso de los revolucionarios. Por el correo que recibieron se sabía que los federales llegarían a dicho punto.

En la extrema vanguardia de la gente de Villa iba el capitán Javier Hernández con 50 hombres, cuando a las 9 de la mañana del día 11, se avistó la vanguardia federal al este de Cerro Prieto. La columna de Villa se componía de 400 hombres, más 100 de Francisco D. Salido. El capitán Javier Hernández se enfrentó a la extrema vanguardia federal en vigoroso choque y los federales retrocedieron. Los revolucionarios de Villa y Salido se posesionan del cerro que está al sudeste de Cerro Prieto, siendo atacados por los federales en gran número con un nutrido fuego de artillería. Los revolucionarios contestan, permanecen firmes en sus posiciones y re-

chazan a los federales. Las bajas son apreciables por ambas partes. Los federales se organizan y reemprenden el ataque sobre el cerro, posición de Villa y Salido. Empeñado, el total de la infantería de los federales avanzan sobre los revolucionarios, atacando a éstos con nutrido fuego de artillería. La caballería de los jefes revolucionarios Gabino Cano, José Rascón Tena, Fortunato Casavantes, Cenobio Orozco y José Orozco, al mando de Pascual Orozco en persona, se despliegan por el lado izquierdo del cerro y en furioso combate se enfrentan con la caballería federal del coronel Trucy Aubert, que no pudo con el empuje de los revolucionarios y se repliega. Los federales se reorganizan y la infantería que ataca el cerro donde están Salido y Villa se reúne al grueso, de donde apoyada por el fuego de artillería inicia el avance. Pascual Orozco vuelve a la carga con su caballería por el lado sur del enemigo siendo blanco de intenso fuego de artillería y sufre muchas bajas. Nunca se ha aclarado por qué J. de la Luz Blanco con sus jinetes, no dio apoyo a Orozco. En cuanto a Villa, la situación de éste era muy comprometida, pues la gente de Salido y Villa había recibido fuerte castigo. En la segunda carga que Orozco personalmente encabezó lo reforzaron los hermanos Caraveo y la gente de Julio Acosta. El primer encuentro duró más de tres horas y el segundo como dos. En cuanto la caballería de Pascual Orozco se dejó ver en el llano próximo al pueblo, los federales tocaron reunión y se replegaron rápidamente. Mientras, arreciaba el fuego de su artillería bombardeando las posiciones de Villa y Salido. En un momento que amainó el fuego, Salido salió de su parapeto y una granada le hizo pedazos el pecho y dejó mal heridos a Miguel Salazar y a José Almeida. Para entonces ya habían caído muertos los buenos capitanes José Chacón y Tadeo Vázquez.

La artillería federal había dispersado a la caballería revolucionaria con Pascual Orozco al frente y sin embargo, Orozco, valientemente, pudo todavía resistir por más de una hora a los federales en el rancho Chopeque; también la gente de José Rascón Tena y Gabino Cano se sostuvieron ante los *pelones* cerca del rancho de los Pérez, y en la hacienda "Los Alamos de San Juan".

Pancho Villa, no pudo dar auxilio a Orozco, como tampoco pudieron dárselo otros jefes de la gente de José de la Luz Blanco. Orozco se retiró durante la noche faldeando la Sierra de Picachos. Y, Villa, ante la imposibilidad de auxiliar a Orozco, amparado por las sombras de la noche emprende la retirada llevándose a sus heridos y las armas de los muertos. Salido y Villa habían encadenado la caballada atrás del cerro, rumbo al sur y ocultos a la vista del enemigo, dejando un soldado al cuidado de cada seis caballos.

En este combate de Cerro Prieto, Chih., el día 11 de diciembre de 1910, los revolucionarios, hombres neófitos por completo en los menesteres

de la guerra, se enfrentaron a soldados de línea del ejército federal, bien organizado y mandado por oficialidad bien preparada y educada precisamente para la guerra y bajo el mando de un competente general de carrera, don Juan J. Navarro. Entre los revolucionarios no había organización militar, ni en su forma más elemental salvo los de Pancho Villa que cuando menos sabían agruparse, desplegarse y obedecer al jefe, aunque fuera por temor a desobedecer sus órdenes que eran precisas. El grupo cerca de Pascual Orozco también lo formaba un conjunto de hombres de mucha ley; pero el resto, sobre todo la indiada que traía Orozco, sólo sabían abrir la boca en señal de azoramiento y los demás no tenían ni el menor asomo de conocimiento militar. Orozco era gran hombre de armas y de muy interesantes y recias cualidades. No hubo de pasar mucho tiempo para que Pascual Orozco y Pancho Villa se destacaran como los dos más grandes guerrilleros del norte.

El general Juan J. Navarro se quedó dueño del campo, levantó a los heridos y junto con los prisioneros los mandó fusilar por la noche en el cementerio del pueblo.

Ya no se escucharon más disparos de arma. Al fragor de aquel combate sucedió el silencio; silencio eterno para los que cayeron ese día para siempre: Pancho D. Salido, Ignacio Valenzuela, José Chacón y Tadeo Vázquez cayeron de cara a las estrellas y les siguieron en el último viaje, sus compañeros de ideal: Antonio Frías, José Caraveo, Alberto Orozco, Graciano Frías, Flavio Hermosillo, José María Márquez, Eduardo Hermosillo, Laureano Herrera, Joaquín González, Antonio González, con muchos elementos de tropa. Les hicieron una descarga cerrada y algunos de ellos recibieron heridas leves y como no fueron rematados, aprovechando la oscuridad de la noche se salieron como pudieron y se fueron a sus hogares con miles de penalidades; entre otros Juan Olivas, de Namiquipa, Chih.

Pascual Orozco y Pancho Villa se vuelven a reunir, como a la media noche, en el rancho de la Capilla. Unidos por el mismo sentimiento, deciden incrementar la lucha contra los federales. Nadie más que ellos, lo han decidido, sin consultar el parecer de los otros jefes. Fue la noche del día 11 al 12 de diciembre de 1910.

Ante la seriedad de aquella situación, el gobierno decide mandar auxilio y desde el estado de Jalisco y otros puntos del centro del país concentra poderosos elementos de las tres armas para combatir a la creciente revolución en la región de la sierra del estado de Chihuahua.

El general Juan J. Navarro, permanece en Cerro Prieto hasta el día 15, dando sepultura a los muertos y también una azotiza a todas las mujeres de los rebeldes del lugar.

Desde el día 12, fuerzas del mismo Navarro fortifican el Puerto de Pedernales, siendo atacados por la gente revolucionaria de José de la

Luz Blanco, José Rascón Tena y Gabino Cano. Estos jefes revolucionarios siguiendo el plan acordado, se posesionan del Cañón del Malpaso.

El día 16, se presentan los federales en una columna fuerte en 600 hombres de infantería y caballería, al mando del coronel Fernando Trucy Aubert, con el propósito de ocupar el Cañón del Malpaso y son recibidos por los revolucionarios con descargas cerradas, combatiendo por espacio de dos horas al cabo de las cuales los federales son obligados a replegarse hasta sus acantonamientos en Pedernales, donde son auxiliados por el general Navarro con el grueso de sus efectivos, resistiendo el furioso ataque de los revolucionarios, por tres horas.

El general Juan J. Navarro queda embotellado; porque los revolucionarios en gran número se vuelven a posesionar del Cañón del Malpaso. El gobierno envía refuerzos que den auxilio a Navarro. Estos refuerzos llegan a San Antonio de los Arenales en dos trenes, con infantería, caballería y artillería, bajo el mando del coronel Martín Luis Guzmán. Los exploradores revolucionarios al mando de Agustín Estrada con la gente del distrito Benito Juárez, se aproximaron a los trenes federales que lentamente avanzaban al poniente de San Antonio y los tirotean. Los federales les obligan a dispersarse con fuego de artillería. Esto sucede el día 18 de diciembre Los federales prosiguen su marcha llevando caballería al frente y por ambos lados de los trenes.

Sería la una y media de la tarde cuando los trenes llegaron a una estación que le nombran Casa Colorada y que dista unos diez kilómetros de Malpaso y siguieron avanzando; pero bajo la mirada de los revolucionarios que estaban posesionados de todas las eminencias del terreno, desde la entrada al cañón hasta el cerro que está al poniente de la estación de Malpaso (ésta es estación de bandera). Los federales entraron al vallecito llevando el grueso de la caballería por delante y la infantería en ambos lados de la vía. Cuando ya estaban bien dentro del cañón y la caballería había rebasado las casitas de Malpaso, fueron atacados por los revolucionarios de frente y por los lados; la caballería retrocedió sufriendo muchas bajas hasta muy a retaguardia de los trenes. El combate comenzó como a las dos y media de la tarde y se prolongó con mucha rudeza hasta como a las seis y media de la tarde.

Los federales se retiraron llevándose muy mal heridos a sus principales jefes: coronel Martín Luis Guzmán, teniente coronel Angel Vallejo y herido no de gravedad, al mayor Vito Alessio Robles. Retrocedieron hasta la hacienda de Bustillos, donde permanecen hasta el día 25, que reciben fuerte auxilio. Emprenden la marcha de San Antonio rumbo a Pedernales, a donde arriban después de haber rodeado el Cañón del Malpaso. Estos contingentes los mandaba el general Luque, con los coroneles Gordillo Escudero y Salvador R. Mercado, que se había hecho cargo del mando de las

fuerzas que mandara el coronel Martín Luis Guzmán. De Pedernales prosiguieron con Navarro, para Ciudad Guerrero.

Pero ocurrió que para aquella fecha los revolucionarios se habían separado en grupos para operar por distintas partes y claro, los federales no tuvieron más que proseguir su camino a recuperar Ciudad Guerrero.

Durante el tiempo en que los rebeldes tuvieron embotellado en Pedernales al general Navarro, no dejaron de hostilizarlo constantemente y le enviaron el famoso automóvil Ford, cargado con dinamita y que hizo explosión causándole pérdidas de consideración.

Mientras tanto el día 27 de diciembre por orden del jefe Abraham Oros, son fusilados en Basuchil, Chih., distrito Guerrero, los porfiristas Manuel Patiño (que había escapado de Namiquipa), Urbano Zea, Presidente Municipal de Ciudad Guerrero, Martín Norman, Alejandro Amaya y otros.

El día primero de enero de 1911 se libra un encuentro entre los federales y los maderistas de Blanco, José Rascón Tena, Gabino Cano y Nicolás Brown, en Las Galeras, Dto. de Galeana, Chih., siendo derrotados los federales.

El día 2 del mismo mes sostienen un encuentro con los federales del coronel Antonio Rábago.

El día 4 atacan y toman la plaza de San Buenaventura defendida por los federales y un grupo de voluntarios adictos al gobierno. Los revolucionarios estaban al mando de los jefes Pascual Orozco, Blanco, Rascón Tena, Espinosa, Félix Chávez, Luis García y Gabino Cano.

El día 5, se sostiene un encuentro con los federales en el Cerro de la Cantera, mandados por el coronel Manuel Gordillo Escudero, peleando durante todo el día y a la puesta del sol los federales se retiraron para Casas Grandes, y los revolucionarios para el Valle de San Buenaventura, Chih.

Del Valle de San Buenaventura, se separa José de la Luz Blanco con una columna fuerte en 600 hombres, llevando entre otros jefes a José Rascón Tena y se dirigen al estado de Sonora, pasando por el desfiladero conocido como El Púlpito, contando con muy escasos víveres y la tropa muy mal armada. Llegan por fin a San Miguelito, Son., dando descanso a las tropas y buscándose los víveres que tanta falta les hacían. Reorganizados y rehechos de la fatiga de la larga jornada, reemprenden la marcha y llegan al mineral de El Tigre, Son., donde se encuentran al jefe revolucionario sonorense Miguel S. Samaniego, con unos doscientos hombres nada bien armados, mal vestidos y peor de caballada. Sólo una cosa grande en aquellos rebeldes: el ánimo revolucionario.

Volvamos a Pancho Villa: Éste se fue a San Andrés de la Sierra, Chih., y a pesar de ser desconfiado de las cosas y de los hombres, se le durmió el gallo, en ese pueblo donde tan a gusto se sentía. En Cerro Prieto le

había dicho a Orozco que él no perdía tiempo en lamentaciones, y por eso dijo, son palabras textuales: «Esta vez me equivoqué. Y lo que sucedió fue que de la manera más intempestiva, y al amparo de un arroyo que baja de la Sierra, penetró en el pueblo una fuerza federal sin darme cuenta yo, ni dársela nadie, hasta que ya estaba dentro por obra del guía que la acompañaba, un hombre llamado José Liceaga, que era morador de aquel pueblo y recaudador de rentas del gobierno porfirista.

«Mirándome así sorprendido, sólo traté de salvar la guardia que tenía en el cuartel, pues haber intentado resistencia hubiera sido muy grande temeridad. Un jefe que se descubre de pronto como yo, en aquella ocasión, con el grueso de su gente diseminada y sin otra fuerza que unos cuantos hombres, débiles ante un ataque, tiene por principal deber poner fuera de peligro la tropa que le queda. Monté pues, a caballo y me retiré hacia la estación, en la cual me sostuve toda la tarde, protegiendo mis soldados, que según oían los disparos por aquel rumbo, abandonaban la comodidad de sus hogares y se venían a unir conmigo» (Tomado de las *Memorias de Villa* de Martín Luis Guzmán por indicación de los que sobrevivieron a aquellos hechos y que los considera absolutamente verídicos, el coronel Cirilo Pérez).

El señor general de división Nicolás Fernández, que en aquella ocasión era uno de los oficiales de Villa, ha dicho en fecha reciente: «La gente andaba dispersa por el pueblo, la mayoría de ellos eran oriundos de allí, andaban buscando qué comer o viendo a sus familiares. Sólo había quedado una guardia cuidando la caballada y las monturas; muy ajenos estaban de que el enemigo estuviera tan cerca. Éste llegó bien guiado por uno de los del pueblo, y aprovechando el cauce de un arroyo seco, entró hasta el mero centro del mismo pueblo. El combate fue desigual y fuerte y Villa y su gente tuvieron que salir del lugar a pie dejando en poder del enemigo caballos y monturas». Este detalle lo declaró el general Nicolás Fernández en charla con el general Francisco L. Urquizo.

Me cuenta Celso Rascón, que es uno de los que de Cerro Prieto, tuvo que salir con la gente de Villa, en dicha ocasión: «La gente en su mayor parte se dispersó y salió del pueblo como pudo y por donde pudo; sin embargo, para el siguiente día ya todos nos habíamos incorporado y muy pronto nos hicimos de caballada y antes de ocho días todos teníamos buenos caballos y buenas monturas». Celso Rascón vive en su rancho cerca de Santa Catarina, Chih.

Pancho Villa, aceptaba todos los contratiempos filosóficamente: Decía que todos éramos pobres, todos sabíamos padecer y todos aceptábamos los sufrimientos del destino.

Por otro lado, el señor coronel de caballería Albino Frías J., sobreviviente de aquella dinastía de valientes, cuñado de Pascual Orozco y que

durante el descalabro que sufrieron los maderistas de Pancho Villa en San Andrés, era uno de los capitanes, ha hecho un interesante relato de las peripecias que pasaron durante dicha ocasión.

Así era Pancho Villa en 1910

Habla el coronel Albino Frías Jr.: «Derrotados nos retiramos a reorganizarnos en Ciénagas del Olivo. Yo, con los que iban con Pancho Villa, fuimos a dar a un rancho que se llama *El Tarais,* como a unas cuantas siete leguas de Parral, Pancho conocía aquello mucho, de sus andanzas anteriores; la gente que se pudo juntar la dejó en las cercanías del rancho y sólo llegamos allí nosotros dos, Merced Arroyo y mi asistente. Se trataba de descansar y de hacer planes.

»—Nos iremos a Durango —decía—, yo conozco allí muy bien el terreno y sirve de que distraemos fuerzas federales, mientras se repone "El Orejón", —así le decía a Pascual Orozco—. Vamos orita a descansar y mañana nos metemos nosotros dos en mero Parral.

»Así fue. Se quedaron en aquel rancho nuestros asistentes con los caballos. Me acuerdo que al caballo que montaba Villa, le decía *El Pollo,* y era de color anaranjado con cabos negros, de la famosa caballada de la hacienda de *El Rosario.* El mío no era malo, color flor de durazno, bastante bueno.

»Montamos otros caballos medianos del rancho y nos metimos, audazmente, a la ciudad de Parral. Allí en el Cerro de la Cruz, en una casita, tenía Villa uno de sus quereres: Juanita se llamaba y tenía dos niños. "El Caporal" le decía Villa al varoncito y mi "Michitanga" a la mujercita. Cenamos bien y descansamos en buena cama, buenas cobijas que nos espantaron aquella noche el frío norteño de enero.

»Antes de acostarnos me dijo Pancho:

—»Mañana tenemos un trabajito.

—»¿Qué trabajito es ese?

—»Mañana se lo diré. Duérmase bien.

»Al otro día en la noche fuimos los dos a una casa aislada y sin gente, en el barrio de Guanajuato. Entramos y Pancho, con mucha destreza, desenterró diez mil pesos que ahí tenía escondidos; los llevamos a otra casa del mismo barrio, en donde vivía un matrimonio de viejecitos. Pancho Villa tenía mucha confianza; le entregó el dinero a la viejecita y le dijo:

»—Mire, nanita, le voy a dejar este dinero que vendrán a recoger Fulano y Mengano, que han de estar muy reunidos. A ellos se los entrega.

»Al otro día me estuvo instruyendo.

»—Mire amigo —me decía—. A usted no lo conocen por aquí y a mí sí. Y no puedo andar de día en Parral; me conocen mucho y estoy muy "mal quisto". Bueno, sólo el que no es hombre no tiene enemigos. De modo que va usted a asistir todos los días al pueblo. Váyase por ahí, por la calle de Mercaderes, que es la principal; localice los cuarteles; infórmese de cuanto "oiga", y platique con las gentes; póngase muy agu-zado: lea los periódicos y guárdelos para que después me los lea a mí. Procure saber cuántos soldados hay, qué es lo que se dice del "Orejón" (Orozco). Y todo venga y cuéntemelo para saber qué conviene hacer.

»Así pasamos una semana. Yo husmeando en el pueblo y Villa recibiendo mis noticias cada noche.

»Una noche me dijo:

»—Ora vamos a salir los dos. Tápese con esta cobija —y quitó una de las de la cama y me la dio—. Yo me llevo esta otra. Llevamos las carabinas debajo de las cobijas y las pistolas aquí enfrentito, a la mano. No tenga cuidado de los "carnitas" —así les decía a los policías—. Pero si encontramos a un soldado federal ¡riata! Yo haré lo mismo, pues vamos juntos; pero cada quien por su lado. Quiero que usted vaya por una acera de la calle y yo por la otra. ¿Me entiende? Vámonos, pues.

»Realmente se trataba sólo aquella noche de ir a pasar el rato, yo creo, pues fuimos con aquellas precauciones a dar a una casa mala. Ni un federal encontramos en nuestro camino. Un gendarme estaba en la puerta de aquella casa y seguramente era conocido de Villa, pues le dio dinero y le recomendó que nos cuidara. Entramos y estuvimos platicando con las muchachas hasta ya bien tarde en que mandóme con un cochero a la casa de Juanita. Él se quedó ahí.

»Al otro día me dijo que ya teníamos que salir de Parral a juntar la gente, y en la tarde salimos con las mismas precauciones de antes: cobijas y carabina; pero montados en nuestros pencos y con buenos morrales de parque en las cantinas de las sillas. Vimos a un señor Baca y con él platicó Villa largamente. Al pardear la tarde salimos de Parral. Ya fuera del pueblo, oímos un tropel y creyendo que fuera caballería tratamos de salirnos del camino; pero eran arrieros y seguimos nuestro rumbo. Un hombre montado nos dio el encuentro.

»—¡Ah, caray! Ese que viene ahí, me conoce. Mientras yo hablo con él, truénelo —me dijo.

»Efectivamente aquel individuo conocía a Pancho y cambiaron unas cuantas palabras. Pancho me guiñaba un ojo para que le disparara; pero yo no lo hice. Se me hacía duro matar a un hombre así, sin más ni más y el hombre siguió su camino para el pueblo y nosotros el nuestro para el rancho de "El Tarais".

»—¿Qué sucedió? ¿Por qué no lo tronó?

»—Yo no puedo hacer eso a sangre fría —le dije.

»—Mire —me dijo—, esos motivos son los más peligrosos. A lo mejor nos denuncia. Bueno, pues ya ni modo. Vamos a cantar una canción.

»—Yo no sé ninguna.

»—Pues oiga ésta —y se puso a cantar "Las gaviotas".

Qué andan haciendo esas gaviotas
qué andan haciendo a orillas del mar

»¡Viera no más qué buena voz tenía!.

»Llegamos al rancho de "El Tarais" ya entrada la noche. Ahí estaban los caballos y Merced Arroyo.

»—¿Y el otro asistente?

»—Se fue —contestó Arroyo.

»—¿Y los caballos?

»—Aquí están.

»—Bueno, pues dejando los caballos no le hace que se "haiga" ido.

»¡Qué remedio! Nos fuimos a cenar a la casita que ya conocíamos. Una buena cena nos dieron y Villa me dijo que muy de madrugada teníamos que salir a buscar la gente.

»El cuarto donde estábamos era bastante chico; de adobe sencillo, y con una puerta nada más; en la pared estaba un Santo Niño en un altarcito, bien arreglado. Yo tengo el sueño muy liviano. Sería como la una de la mañana cuando creí oír un tropel y luego, luego, me enderecé. El tropel dejó de oírse; pero desperté a Pancho que pronto agarró la carabina. Se oyó ruido de sables y de acicates. Eran los federales que ya estaban sobre nosotros.

»El individuo aquel que encontramos al salir de Parral, al que yo no quise matar, seguramente había ido a denunciarnos. Ya estábamos allí con las carabinas listas y los morrales de parque a la mano.

»No se hizo esperar mucho aquello. Abrieron la puerta los federales y nos soltaron una descarga. Comenzaron los riatazos. ¡Allí fue donde conocí realmente a Villa!

»Comenzó a gritar con aquella buena voz con que antes cantaba "Las Gaviotas".

»—Ahora verán, tales por cuales. ¡Si de veras son hombres aguanten no más tantito!

»Y comenzamos a echar bala y en un instante era aquella una balacera tupidísima.

»Villa seguía gritando:

»—¡Aguántense talísimos! Espérense no más un ratito. ¡Pedro, éntrales por detrás! ¡Juan, con diez hombres flanquéalos por el lado del arroyo!

Crispín, córtales la retirada! Duro, muchachos, éntrenle parejo, mientras aquí se los entretenemos.

»Yo estaba asombrado de su audacia. Seguíamos haciendo fuego y Villa seguía gritando. En voz baja me dijo:

»—Hay que romper el sitio y salimos pronto. Yo conozco bien el terreno. Usted nomás me sigue.

»Se volteó hasta el Santo Niño y le dijo:

»—Tata Diosito, ayúdame.

»Afuera, enfrente de nosotros, como unos doce federales, rodilla en tierra, hacían fuego sobre la casa. Saltamos como tigres sobre ellos haciendo fuego con las pistolas. ¡Qué bien manejaba Pancho Villa la pistola! Pasamos por sobre los muertos y nos metimos en la oscuridad entre lo más espeso del monte. Los federales gritaban: ¡Son cinco! ¡Son seis los de la casa! ¡Que no se escapen! ¡Fuego! ¡Fuego! Y seguía el fuego tupido; pero nosotros ya estábamos a salvo.

»Se hizo una confusión entre los asaltantes que en la oscuridad se confundían unos con otros y se estaban matando ellos mismos.

»Nosotros estábamos fuera de peligro, yo con un tiro en un dedo de la mano y Pancho con un rozón en la ceja».

Pancho Villa le había dicho a Frías:

»—Usted nomás me sigue», pero debido a la oscuridad de la noche y a la espesura del monte se extraviaron uno del otro y por el temor de ser descubiertos por los federales, no se gritaban uno a otro para saber dónde estaban.

Albino Frías después de muchas penalidades, caminando por la nieve, fue por fin a dar al campamento donde tenían a la gente esperándolos. Les informó de lo sucedido y como pasó mucho tiempo y Pancho Villa no llegaba, se le dio por muerto y en tales condiciones, viéndose ya sin su jefe, se decidieron por dispersar la gente y todos los capitanes se fueron cada cual a su casa, dando por terminada la campaña.

Por su parte Pancho Villa había caminado toda la madrugada por la falda de la sierra; pero sin apartarse mucho del rancho del Tarais. Caminó por sobre la nieve y permaneció oculto durante todo el día y esperó la noche para acercarse al rancho para informarse de lo que había sucedido. Cuando se enteró de que el dueño del rancho, Juan Ramírez y su hijo estaban en poder de los federales, se enterneció mucho. Se aproximó a Parral, llegando hasta las orillas de la población donde esperó la noche para entrar a la casa de Santos Vega, donde lo curaron de la herida que llevaba en la ceja. Es allí, con Vega, donde se enteró de que Jesús J. Bailón era quien los había denunciado a él y a Frías con el jefe de las armas en Parral. Apenas se ha curado por dos días y con la ayuda de Jesús Herrera, sale de Parral y llega al rancho de J. José Orozco, que es su amigo y donde lo surten

de buen caballo, buena montura, bastimento y algo de dinero. En este rancho, como en los demás de la comarca, tiene amigos. Absolutamente cierto.

Pancho Villa, recordando este percance años después, decía: «Para aquel entonces ya tenía conocencia con muchas personas de la región y contaba con muchos conocidos en quien podía fiar y en la comarca de los alrededores de Parral, no me escaseaban los amigos de confianza. Es claro, que por cada buen amigo leal que uno tenga, hay de seguro por ahí cerca algún enemigo oculto, casi siempre gratuito. Jesús J. Bailón no era amigo ni enemigo personal mío, pero sí era enemigo de Miguel Baca Valles y éste era amigo mío y de mucha estimación. Así es, por cada amigo que uno tenga, hay un enemigo emboscado. ¡Triste condición del hombre!..»

A propósito de Baca Valles, dicen ciertas gentes que Villa fue un morrongo en el rancho de Miguel Baca Valles, en las cercanías de Parral, Chih., que Villa se había robado unos burros de dicho rancho, que Claro Reza lo había denunciado ante las autoridades y que en virtud de dicha denuncia Villa había matado a Claro Reza. Estas afirmaciones son inexactas.

La verdad es que poco antes de que estallara el movimiento revolucionario, Villa estuvo en el rancho de Baca Valles donde se le dispensaban muchas atenciones; pero como él no era un holgazán, les ayudaba en todos los menesteres del rancho y él personalmente decía, hablando en sentido figurado: «Allí, me convertí en un morrongo».

Baca Valles entró a la Revolución, precisamente al lado de Villa, llegando a general, siendo uno de los hombres de su confianza. El general Miguel Baca Valles se separó de Villa en enero de 1916, y fue porque el mismo Villa le dio dinero para que se fuera a curar al lado americano y al cruzar la línea fue acribillado a balazos por manos desconocidas, en Ciudad Juárez, la misma noche en que procedente de San Pedro Madero, Chih., llevaron allí el cuerpo del general José E. Rodríguez, el 14 de enero de 1916.

Ateniéndome a que actualmente, 1955 en que se escriben estos apuntes, se puede tener la íntima satisfacción de poder llamar a los acontecimientos, hombres y situaciones por sus verdaderos nombres, puedo afirmar que estos comentarios los hizo Villa ante personas de carne y hueso y no ante seres imaginarios: Hizo estos comentarios o recuerdos al coronel José María Jaurieta, que fuera uno de sus distinguidos ayudantes durante seis años consecutivos y que sólo se separaba de él cuando lo mandaba al desempeño de alguna comisión especial, y al señor general Enrique León Ruiz, que a pesar de que nunca fue villista, lo combatió siempre y posteriormente en 1921, fue su amigo de mucha confianza y que al afirmar estos hechos no le anima otro motivo que su sentimiento de adhesión a la verdad.

Pancho Villa salió del rancho de su amigo J. José Orozco y acortando las distancias llegó al paraje donde él había dejado a su gente y se encontró que ya todos se habían ido: sin saber él para donde. No se amilana, Cada tropezón que recibe, sólo le hace ver hacia arriba. Desmonta su bestia y pasa la noche en aquel sitio y al aclarar el alba, se va rumbo al rancho de Natividad García que es uno de sus capitanes.

«Lo queríamos como si hubiera sido nuestro hermano mayor. Estábamos en la casa de Natividad y comentábamos con verdadera tristeza, que Pancho hubiera muerto, cuando en eso, un muchachito nos gritó: ¡Ahí viene Villa! Salimos de la pieza donde estábamos atropellándonos unos con otros y Pancho (como le decíamos todos) nos vio y se rio y antes de que él parara su caballo ya nosotros lo habíamos rodeado y en brazos lo bajamos llevándolo para dentro de la casa. ¡Qué gusto nos dio saber que ya estaba entre nosotros el gran Pancho Villa! Todavía tenemos, cuando menos yo, en mis ojos prendida en la retina la imagen de Pancho cuando iba llegando a la casa esa vez». Así lo refería el teniente coronel Reynaldo Mata que fue uno de los temibles *dorados* y leal compañero del general Villa en los momentos más difíciles de la azarosa vida del Centauro del Norte. Ya tendremos oportunidad de conocer a través de estos apuntes la calidad de este Centauro con nervios del acero.

Pero allá en el norte, en San Buenaventura, Chih., tampoco permanecían ociosos los serranos del guerrerense Pascual Orozco. Después del combate que libraron contra los federales el día 1º de enero de 1911, en Las Galeras, distrito de Galeana, Chih., sale una fuerte columna de revolucionarios al mando del coronel José María Caraveo, nativo de Moris, Chih., rumbo a Sonora con el fin de auxiliar a los revolucionarios que al mando de los Talamante padre e hijos, combatían en Sahuaripa, Son., saliendo del Valle de San Buenaventura el día 16 de enero. Muy a pesar de haber forzado las marchas, no lograron llegar a tiempo de dar ayuda a los bravos sonorenses de los Talamante. Llegan a Yécora, Son., donde encuentran soldados dispersos de la gente de los Talamante y por ellos se enteran de que en Sahuaripa habían sido derrotados por los federales de las fuerzas del general Pedro Ojeda, al mando del coronel Francisco Chapa, después de una lucha muy desigual, en la cual los Talamante se posesionaron de la iglesia donde se hicieron fuertes y sostuvieron varios días, hasta que sin municiones se tuvieron que rendir, siendo fusilados por Francisco Chapa, instigado por algunas personas de la comarca. Se trataba de don Severiano Talamante Sr., Arnulfo y Severiano Jr. Don Arnulfo era el padre del actual general P. A. Roberto Talamante digno miembro de nuestra Fuerza Aérea Nacional.

También los maderistas del Mineral de Guadalupe, Chih., al mando de Alejandro Gandarilla y del capitán Rafael Gandarilla y del capitán Ra-

fael Rascón López, acudieron al llamado de los Talamante y tomaron parte en el combate de Sahuaripa el día 25 de enero de 1911. Después de este descalabro, Gandarilla y Rascón se incorporaron a la gente del jefe maderista Celio Duarte Cienfuegos, que al frente de 37 hombres se había levantado en armas en el mineral de Dolores, Chih., el día 12 de diciembre de 1910. Entre esa gente de Dolores tomaron las armas Antonio Rojas, alias *El Puya*, nativo de Mocorito, Sin., los hermanos Alejandro y Ambrosio Quintero, nativos de Ocampo, Chih., Santiago Húmar, Juan Bautista Húmar, futuro coronel villista, M. Herrero, Matías Rascón (sobreviviente), Gabriel Rascón de Tarachi, Son., Manuel Bustillos y su hermano, José Estrada, Mauro González, Federico Meza, Aristeo García, Manuel Villarreal y uno de los hermanos Bencomo de Matachic, Chih.

Debo anotar que Antonio Rojas con el grado de coronel agrupó a su alrededor un regular número de serranos sonorenses y chihuahuenses, entre éstos, Federico Córdoba, que llegó a general, Vidal Vargas, Dolores Fuentes, los tres de Nacori Chico, Son., José Meza, de Cumpas, Son., Alberto García, Pancho Escandón, Ramón Valenzuela, que llegó a coronel y fue muerto en las cercanías de Alamos, Son., Manuel Valenzuela, futuro coronel villista muerto en el asalto a Columbus, N. M., José Ruiz Munguía, que vive en Hermosillo, Isidro Escobosa, Rafael Navarro y muchos chihuahuenses, Alberto García es también de los que fueron a Columbus, N. M., y mandó fusilar a Isidro Escobosa. El cuadro lo mandó el citado Rafael Navarro, a pesar de ser los tres sonorenses y amigos por años. (Isidro Escobosa era familiar de la familia del señor don Lucas Pablovich, de Hermosillo, Son.).

Sigamos con los Talamante.

La sangre de los Talamante se mezcló con la tierra al igual que la de los chihuahuenses. Así era. Así tuvo que ser. Aquella persistencia de los rebeldes, estaba costando sangre y se estaban perdiendo vidas muy valiosas.

Los serranos chihuahuenses llegaron tarde. La lucha seguía siendo fatigosa y a veces tenía todas las apariencias de ser una lucha estéril. Pero los hombres como Villa, los Orozco, los Frías y los Caraveo, en Chihuahua, y en Sonora Guillermo Chávez, Benjamín Hill, Eduardo Tellechea, Miguel S. Samaniego, Enrique León Ruiz y muchos otros, encontraron siempre en esos primeros descalabros, la esperanza de su pueblo y de su destino.

En la columna del coronel José María Caraveo, iba Manuel Loya, con gente de Chínipas, también los capitanes Miguel Salazar y Adalberto Bencomo, y un desconocido, que habría de ser muy conocido, nada menos que al lado de Pancho Villa; se llamaba Isaac Arroyo, oriundo de Guanaceví, Dgo. Manuel Salazar era hermano de los también capitanes Macario, que

era telegrafista y andaba con Nicolás Brown, y Marcelino en la gente de Pascual Orozco, nativos de Chínipas, Chih. En cuanto a Manuel Loya, que posteriormente se convirtió en una amenaza por sus fechorías, fue muerto en Uruachic, Chih., por los hermanos Rascón, nativos de Temores, Chih. Esta columna regresa al estado de Chihuahua y se une a la gente que ha de acompañar al señor Francisco I. Madero, a su entrada a territorio nacional.

Mientras tanto, Pascual Orozco, al frente de una fuerte columna de revolucionarios sale de San Buenaventura rumbo a la frontera, concentrándose en las haciendas de San Lorenzo y El Carmen, donde se hallaba el coronel Marcelo Caraveo con fuerte núcleo de revolucionarios, entre los cuales se encontraban los de Bachiniva, con José Almeida, los de Cruces, con Telesforo Terrazas, Eligio Hernández y José Bencomo, y los de Namiquipa, con el mayor Félix Chávez, con los capitanes segundos, Candelario Cervantes, José María Espinosa y José Licano. Estas fuerzas sostienen un fuerte encuentro con los federales de los coroneles Antonio M. Escudero y Agustín Valdez, sobre las faldas de la Sierra de La Mojina, y otras breves escaramuzas. Por fin arriban a Moctezuma, donde detienen el tren de pasajeros procedente de Chihuahua a Juárez. Más tarde, se acercan a la frontera y acampan en los aledaños de Ciudad Juárez. Estos hechos ocurrieron durante los postreros días del mes de enero de mil novecientos once.

El día primero de febrero por la tarde, la gente de los mayores Cenobio Orozco y Félix Chávez, detiene un tren de carga y todavía no habían transcurrido dos horas, cuando la gente de Pascual Orozco ocupa un tren de pasajeros que venía de Chihuahua y lo habían detenido los rebeldes de Agustín Estrada y Julián Granados, estos dos últimos, futuros generales villistas. Con dichos trenes en su poder, los revolucionarios confían en atacar con probabilidades de éxito la plaza de Juárez, y Orozco hace un intento de tomarla por asalto, siendo rechazado con sensibles pérdidas. La plaza estaba defendida por 300 federales, que reciben fuerte refuerzo con la llegada de la columna del coronel Antonio Rábago que procedía de Ojinaga, Chih., y que el día 5 de febrero había derrotado a Pascual Orozco en el Bauche, Chih., obligándolo a replegarse al sur, y como consecuencia de esta derrota muchos revolucionarios se desbandaron en Samalayuca.

Ante la imposibilidad de que Orozco tomara la plaza aludida, el señor don Francisco I. Madero, Jefe Supremo de la Revolución, decide cruzar la frontera para ponerse él personalmente al frente de los revolucionarios y dirigir las operaciones. El día 13 pasa por Isleta, Texas y se interna a territorio nacional por un punto frente a Zaragoza, Chih., donde era esperado por algunos jefes rebeldes, entre los cuales se encontraba Fortunato Casavantes con unos 25 hombres (oriundos de Matachic, Chih.), Macario Hernández con unos 32, Máximo Castillo con otros tantos y José D. Del-

gado. Con esta gente iba también el general Rodrigo M. Quevedo, con 22, y por último Manuel R. Aranda y Enrique Triana, con 14 hombres entre ambos.

El señor Madero nombra a Máximo Castillo, jefe de su escolta. Al señor Salvador Gómez, secretario particular; con Pancho González como su ayudante; quedando el mayor Raúl Madero, como ayudante del presidente. Como jefe de estado mayor, el coronel Eduardo Hay. Oficiales de organización, los señores Manuel García Vigil, Octavio Morales y Rafael Aguilar. De la proveeduría se hicieron cargo los señores Roque González Garza, Juan Figueroa y Eleuterio Hermosillo, este último, futuro jefe de estado mayor de Pancho Villa.

De Zaragoza salen y pasan por San Agustín, Chih., el día 15, pernoctando en el rancho de las Arenas; una parte de la columna y la vanguardia al mando del coronel italiano José Garibaldi; pasan hasta el rancho de Las Tinajas, siguiéndolo el Sr. Madero con su escolta, que llega a los ranchos de Charcas, Papelotes y San José y por fin el día 22 llegan todos a Villa Ahumada. En este lugar se registró un incidente bochornoso: sucedió que el italiano José Garibaldi se portó muy altanero con un muchacho de la gente de Fortunato Casavantes y éste, se lo reclamó al italiano, quien a su vez quiso abofetearlo, lo que motivó que Casavantes sacara su pistola y le diera un fuerte golpe en el pecho a Garibaldi. En el instante intervino Máximo Castillo. Se presentó por escrito una queja contra Garibaldi. La cosa no pasó de allí; pero amenazaron a Garibaldi los hombres de Casavantes de que si volvía a proceder otra vez en la misma forma, le darían su merecido. Por último, el día 28 de febrero llegan a San Lorenzo y el día 3 de marzo arriban a San Buenaventura, Chih., donde los esperaba un fuerte contingente de revolucionarios, con José de la Luz Soto, J. Dolores Palomino, Justino López, Juan Ibarra, Manuel Vega, José María Dozal, Candelario Suárez, Julio Acosta, Luis García, etc. El mismo día 3 de marzo se posesiona del Puerto de Chocolate, el coronel e ingeniero Eduardo Hay, jefe del estado mayor del Jefe de la Revolución, con miras al ataque a Casas Grandes Chih. El día 5 salen los revolucionarios al norte y acamparon en Anchondo y al siguiente día (6 de marzo), en la madrugada, emprenden el avance divididos en tres columnas: la primera la manda Eduardo Hay, la segunda al mando de José Garibaldi, la tercera al mando de José de la Luz Soto.

Se emprendió el ataque sobre el viejo Casas Grandes, con mucho arrojo de parte de los maderistas contra los soldados de infantería y los del 5º Cuerpo Rural, al mando de los coroneles Escudero y García Cuéllar. Las columnas revolucionarias se subdividieron en grupos; la de José de la Luz Soto, atacó por el lado sur, una parte, y la otra, con Lázaro Gutiérrez de Lara, atacó la estación del ferrocarril, es decir, el Nuevo Casas

Grandes, la columna de Garibaldi atacó por El Molino de Moctezuma y la del jefe del estado mayor Eduardo Hay entró por el lado de las alambradas que los federales pusieron en las bocacalles. Con esta gente iba el señor Madero con su pequeña escolta a las órdenes de su jefe, Máximo Castillo. El combate fue rudo. Los rurales dieron varias cargas de caballería. Los infantes federales estaban atrincherados y tenían ametralladoras. Los primeros en retroceder fueron Gutiérrez de Lara y Soto, que no pudieron resistir a los federales reforzados por el coronel Agustín A. Valdez, que llegó en auxilio de Escudero. El coronel Eduardo Hay fue herido durante lo más álgido de la lucha. El mismo jefe de la revolución don Francisco I. Madero, recibió un balazo en el brazo izquierdo. Su jefe de escolta, Máximo Castillo lo saca de la zona de combate y le pregunta si se siente mal, a lo cual el señor Madero contestaba r gativamente.

«—Tenemos que salvarnos como se pueda —decíales el señor Madero a sus ayudantes».

Serían las cinco de la tarde cuando los revolucionarios levantaron el campo en plena retirada. Unos por un camino y otros por otro. Por fortuna, los federales no los persiguieron, esto habría sido desastroso, pues los habrían acabado. Después de 8 días según unos y otros 10, llegan a San Pedro Madera, en plena Sierra Madre. Los federales levantan el campo y dan sepultura a los muertos de ambos bandos recogiendo a los heridos y fusilando a los prisioneros. Los revolucionarios pierden muy buenos hombres en esa derrota, también algunos buenos jefes: Juan Ibarra, Dolores Palomino, Higinio Nevarez, Gonzalo Bustillos, Salomé Ríos, Ramón Hernández, Anastasio Tamés, Alberto Bencomo, Portillo y muchos otros desconocidos.

Desde su llegada a San Pedro Madera, los revolucionarios proceden a construir cañones. De esta empresa se ha de encargar a los americanos que andan con el capitán Harrison y los mecánicos Benjamín Aranda y Rafael Rembao.

El Jefe de la Revolución prosigue su camino hasta la hacienda de Bustillos, Chih., donde establece su cuartel general, a mediados del mes de marzo.

Entre tanto que el señor Madero cruzaba el río Bravo por Isleta, Texas, el día 13 de febrero, Pancho Villa se acercaba a Santa Rosalía de Camargo, en donde se le presentan varios camarguenses, entre éstos Práxedes Giner Durán y Villa les ordena regresar a la ciudad con instrucciones para, si tomaba la plaza, se presentaran con él o de lo contrario esperaran órdenes.

Atacó la plaza, pero no la tomó, porque un cuerpo de Rurales procedentes de Naica, protegió la defensa y por ello permaneció Giner en dicha plaza, hasta mayo en que se incorporó con Don Rosalío Hernández,

que a las órdenes de los coroneles Antonio I. Villarreal y Mariano López Ortiz con otros contingentes,. atacan y toman la citada plaza de Camargo. Para esta fecha Villa se hallaba en Ciudad Juárez, Chih.

José de la Luz Blanco en Sonora

Volvamos a la columna de José de la Luz Blanco, que como se ha dicho, llegó al mineral de El Tigre, Son., donde permaneció dando descanso a su tropa y procurándose algunos elementos de guerra y víveres de que tanto escaseaba.

En los primeros días del mes de marzo de 1911, sale el ya coronel José Rascón y Tena con su gente, en misión de exploración y en un punto cercano a Estación Esqueda, Son., detiene un tren de pasajeros que iba de Nacozari al norte.

Unidos a la gente de José de la Luz Blanco los sonorenses de Miguel S. Samaniego, que eran unos 200, emprenden la marcha al norte con vistas a tomar la plaza de Agua Prieta, Son. En el camino se incorporó Arturo López con su gente y el día 12 de marzo llegan frente a la plaza de Agua Prieta, que estaba defendida por sólo 80 federales, los cuales se sostuvieron firmes ante la embestida de los maderistas, que a pesar de su arrojo no pudieron vencer a los valientes federales. En vista de que las municiones comenzaron a escasear, optaron por retirarse hasta un punto que está al sureste de dicha plaza, que se llama Las Cenizas, donde Blanco recibe un correo del señor Francisco I. Madero, ordenándole que con todas sus fuerzas regresara al estado de Chihuahua (la gente de Blanco eran 600 hombres). El emisario portador de esta orden era el señor Guillermo Valencia, nativo de Bacerac, Son., ayudante del señor Madero, por cierto que el viaje lo realizó montando el caballo de Lázaro Alaniz.

El jefe Miguel S. Samaniego, en junta con sus principales compañeros, decidió unirse a Blanco y con sus 200 hombres ir a ponerse a las órdenes del Jefe de la Revolución. Emprendieron la marcha para el estado de Chihuahua, llegando a Namiquipa, distrito de Guerrero, en los postreros días del mes de marzo, donde se dieron un ligero descanso y prosiguieron la marcha, llegaron hasta la Hacienda de Bustillos donde estaba el Cuartel General de la Revolución. Entre los principales hombres que acompañaban a Miguel S. Samaniego, iban Enrique León Ruiz, Fortino Escobedo, Felipe Cuevas, Angel Ponce, Blas Tarazán y Juan Aldejos. Al llegar, se enteran de que el Jefe de la Revolución había sido derrotado por los federales en Casas Grandes, Chih., y de que éste había salido herido de dicho combate. Nada los desalienta. Parece que todos estos contratiempos les producen un efecto tonificante. A pesar de que el 60 por ciento de aquella tropa vestía puros harapos y que a ojos vistos, fallecían de hambre, nada

pedían a cambio de que ellos todo lo daban. Con un conjunto de hombres de tal categoría podía verse con confianza el futuro. Era el corazón de México, sangrándose en su afán por lograr un mejor destino social y económico. El capitán Harrison le dijo a Pancho Villa en una ocasión: «—¡Pancho, con esta clase de hombres que todo lo aguantan, no se necesita más que un buen jefe y tú, Pancho, lo eres, llegarás muy lejos con esta gente que tiene el mismo temple de alma que tú! ¡Pertenecen a la misma estirpe!»

Desde el primer momento que se conocieron Villa y Harrison fueron grandes amigos. Harrison era hombre de cierta cultura y de posición económica desahogada. Años después, supo Villa que Harrison se encontraba enfermo a las puertas de la muerte y mandó al coronel José María Jaurieta (mayor entonces), para que se enterara del estado de salud de aquél.

Me cuentan los veteranos: «Cuando llegamos a la hacienda de Bustillos saludamos al señor don Francisco I. Madero; el señor Guillermo Valencia nos llevó ante él a José de la Luz Blanco, Miguel S. Samaniego, José Rascón Tena, José María Calzadíaz, José Almeida, Juan B. Muñoz y Pedro Rascón Tena. Estábamos hablando con el señor Madero cuando entraron a la pieza que era una sala muy grande, los jefes Pascual Orozco y Agustín Estrada. Orozco, muy serio, le dijo al señor Madero, como dando parte de novedades:

»—Llegó parte de la gente de José de la Luz Blanco, señor Presidente.

»—Sí, aquí están Blanco y Samaniego, en este momento me están informado del resultado de sus acciones. Me dicen que la gente de Samaniego se quedó en Namiquipa, así como parte de la de Blanco.

»Pascual Orozco nos saludó y nos preguntó que si ya habíamos acampado. En aquel preciso momento le informaron al señor Madero, que había llegado Pancho Villa. Los ayudantes del señor Madero lo pasaron a la sala y al verlo, el señor Madero le dijo:

»—Pero Pancho, qué joven te veo, ya te lo había dicho en Chihuahua. Sé que te estás portando muy bien. Mañana iré a San Andrés para conocer tu gente.

»Orozco y Villa se salieron de la pieza y nosotros nos despedimos del señor Madero, y nos fuimos a donde estaba nuestra gente».

Cuando el señor don Francisco I. Madero y sus acompañantes llegaron a la Estación de San Andrés, se quedaron maravillados de ver cómo la caballería de Villa en perfecta formación, le hacía honores al Jefe Supremo de la Revolución a su llegada. Cada jinete estaba bien montado, bien aseado y demostrando una disciplina ejemplar en duro contraste con los soldados de la escolta del señor Madero, a las órdenes de Máximo Castillo, que ni siquiera se rasuró, ni cambió de ropa.

En aquella histórica visita que el Jefe de la Revolución hiciera al cuartel general de Pancho Villa, sirvió para que la fama de éste tomara mayor arraigo entre los revolucionarios chihuahuenses. Pancho Villa acababa de realizar una campaña contra los federales en la parte sur del estado, teniendo a San Andrés como punto de partida. Había derrotado a los federales cerca de Santa Rosalía de Camargo, Chih, sostenido una serie de combates con los federales, alternando entre triunfos y derrotas; pero siempre en la ofensiva, siempre tras el enemigo. Atacándolo hoy por el frente, flaqueándolo por la noche y al amanecer por la retaguardia. El fue el creador de esa táctica: rapidez de movimiento, que tan magistralmente habría de poner en uso, con sus divisiones motorizadas el famoso "Zorro del Desierto" general Rommel, en su campaña legendaria de Africa, en los años de la última guerra mundial.

Todos los hombres que habían tomado las armas y que más o menos tenían cierta significación, comentaban las hazañas de Villa; Isaac Arroyo y Agustín Estrada le decían al señor Madero, que Villa era un hombre de mucha acción y que una revolución era el medio para un hombre como él. El señor Madero les contestaba afirmativamente y agregaba:

«—Yo realmente creía que Villa era un hombre de mucha más edad. Es muy joven para la historia que ya tiene. Una historia tan larga».

Todos tenían algo que contar sobre Pancho Villa; todos habían notado en él, ese magnetismo que arrastra a las multitudes. Por la noche, en el campamento, no se oía hablar más que de Pancho Villa y de sus hazañas. Muchos hablaban de él con verdadero afecto y admiración, mientras que otros sólo conocían que era un hombre para el caso, muy fogueado. Pascual Orozco, refiriéndose a Villa, le dijo a Francisco Vázquez y a José Rascón Tena: «Es todo un verdadero gallo. Un gran *pelado*. Yo lo considero mi segundo en el mando de todas las fuerzas».

Había que ver, para poder apreciar, ¡cómo traía Villa a su gente! Muy bien montada, muy bien armada, municionada y muy bien disciplinada. Era la gente de Villa, el mejor contingente con que se contaba. La pura presencia de Villa con su caballería (700 hombres), bastó para levantar la moral y despertar en los revolucionarios las ansias de estar en iguales condiciones que la gente de éste.

Andrés U. Vargas, Candelario Cervantes, Telesforo Terrazas, Pablo López, José Almeida y Eligio Hernández, se pusieron a las órdenes de Villa.

«Todos lo admirábamos. Y los hechos posteriores nos dieron la razón en el acierto del concepto que de Villa nos habíamos formado». Así se expresaron los antiguos soldados villistas.

Me decía mi general Eulogio Ortiz: «Mire, Calzadíaz, el general Villa, era un hombre de mucha voluntad, de mucho ánimo, entusiasmo y fe.

Era un hombre de mucho nervio» Y los grandes pensadores, sostienen no puramente como hipótesis, que los hombres que en los grandes movimientos colectivos se imponen como jefes, no son con frecuencia hombres que le deban su fuerza a su desarrollo intelectual ni menos a su fuerza física sino que la alcanzan en virtud de esa misteriosa cualidad que se llama ánimo, que deriva del temple del alma. Vive aún el general Raúl Madero, hermano del Jefe de la Revolución y que al igual que el general Roque González Garza, acompañaban al señor Madero durante aquellos días a que me estoy refiriendo, y pueden ellos dos decir si es o no cierto que todos los viejos revolucionarios admiraban a Villa desde los primeros días y que todos decían: «¡Este *pelado* sí que realmente llena el ojo! Todos nos sentíamos seducidos por él».

«Pancho Villa se imponía por su figura marcial. De cerca se imponía su semblante, una especie de angustia lo iluminaba para ver a través de los hombres, con su mirada electrizante, más allá de las cosas, adivinando las intenciones. Casi ninguno de los hombres que lo tratamos en la revolución de cerca, llegamos a escapar a su influjo: Nos contagiaba su entusiasmo, su valor y dinamismo. En él, la inquietud era innata, su salud, extraordinaria». Así lo recuerda el exmayor Juan B. Muñoz, que aún vive para contarnos sus impresiones.

Al estallar la lucha, la revolución se inició irremediablemente en condiciones muy desiguales: El gobierno del general Díaz contaba con un numeroso ejército, bien equipado y disciplinado. Pero para el asombro de propios y extraños, cada día se presentaban grupos de gente armada; al grado que al llegar a Casas Grandes, Chih., la columna de caballería de Villa, que formaba la vanguardia, ya pasaba de los 800 hombres El fervor revolucionario se había apoderado de la mayor parte de los hombres del campo y de diversas partes del Estado acudían nuevos hombres a engrosar las filas del Ejército Libertador, del caudillo Francisco I. Madero.

Comentan los veteranos de la División del Norte: «No es posible recordar los hechos de aquella época sin tener que referirse a Pancho Villa; él era en aquel tiempo, la única personalidad capaz de atraer hacia sí la atención de todos los revolucionarios chihuahuenses».

El señor Francisco I. Madero citó a Pascual Orozco y a Pancho Villa a una conferencia, para decidir de acuerdo entre los tres, la conveniencia de atacar la ciudad de Chihuahua. Como Villa manifestó que en su humilde opinión, no era prudente atacar la ciudad de Chihuahua, por carecer de suficientes municiones, a pesar de contar con hombres de sobra, sino que sería mejor seguir la campaña con el sistema de guerrillas y aproximarse a la frontera con los Estados Unidos donde se podría surtir de parque y armas y luego ya sería posible tomar la capital del estado. El señor Presidente se declaró del mismo parecer y Pascual Orozco manifestó estar

de acuerdo con el punto de vista de Villa. Por lo mismo, se dispuso emprender la marcha al norte, ocupando Casas Grandes y acercarse a Ciudad Juárez, Chih., para ponerle sitio.

Las fuerzas revolucionarias emprendieron la marcha, unas por tren y otras por tierra. En San Pedro Madera, Chih., se incorporaron los señores Aranda y Rembao, con las piezas de artillería que con la ayuda de los norteamericanos del capitán Harrison se habían construido y se nombró jefe de la artillería de la Revolución al señor Ventura Cereceros. Es justo recordar que los americanos que se unieron al señor Madero en la Revolución, no eran unos aventureros vulgares e irresponsables: eran hombres serios, formales, y dignos de fiar, casi todos traían dinero y sufragaban sus propios gastos.

De un punto cercano a San Miguel de Bavícora, tuvo Villa que hacer viaje a San Buenaventura, con don Abraham González, donde la familia del señor Teófilo Romero, amigo de la mayor confianza de Villa, le preparó una cena familiar, Villa invitó a esa cena al señor González y a Guillermo Valencia, ayudante del señor Madero. Pancho Villa se sentía feliz de contar con la amistad de don Abraham González, quien le habló por primera vez de los altos ideales del señor Madero.

«—Yo sé que usted, Pancho, ha sido un perseguido, por el sólo hecho de no aceptar las injusticias de un poderoso, de la región donde usted vivía. Yo sé que usted, odia al gobierno de Porfirio Díaz y a todos los favoritos que lo adulan. Ahora usted, Pancho, tiene la oportunidad de ayudar a combatir del lado del derecho, a los causantes de tantas injusticias y de tanta desigualdad social. Pelearemos para dar libertad a las masas esclavizadas por una minoría de explotadores de nuestra patria. Nosotros queremos la igualdad y la democracia».

Pancho Villa había escuchado por primera vez en su agitada vida a un hombre grande, culto, hablarle de igual a igual. Emocionado contestó:

«—Yo sé —y repitió tres veces, yo sé—. ¡Créame usted, señor González, nunca olvidaré este día. Yo conozco los sufrimientos de los humildes porque yo he sido uno de ellos. ¡Combatiré y moriré, si es necesario, por lograr la libertad de nuestra gente humilde».

En San Buenaventura, Chih., Pancho Villa se sentía en su casa, cuando le tocaba pernoctar allí. El pueblo de San Buenaventura nunca le hizo mal a Villa, por eso él quiso mucho a ese gran pueblo. Precisamente la señora esposa de Villa, Luz Corral, refiriéndose a este lugar en su libro *Villa en la Intimidad,* dice:

«¡San Buenaventura! Yo te recuerdo por la bondad de tus hijos: por la clara simpatía con que viste las luchas de mi marido; y porque entre tus muros, lo albergaste varias veces».

Reunido de nuevo con sus fuerzas, Villa que lleva la vanguardia de los revolucionarios, llega a Casas Grandes, Chih., y por orden del jefe de la Revolución desembarca la caballada en Estación Guzmán. Es en este lugar donde el señor Madero manda llamar a Villa, con la indicación de que lo espera en su alojamiento, que era la Estación de Casas Grandes.

Mientras tanto, día 14 de abril de 1911, sale por tren la vanguardia de las tropas maderistas, entre la cual va la gente de Miguel S. Samaniego y de Enrique León, llevando como jefe al mayor Raúl Madero, a quien acompañan varios oficiales del Colegio Militar, saliendo por la tarde y al siguiente día, como a las 9 de la mañana arriban a Estación Bauche, donde hacen alto y desembarcan.

«Al darse cuenta de la proximidad del enemigo, que denunciaba su presencia por el polvo que levantaba en su marcha cuando iba a nuestro encuentro y procedía de Ciudad Juárez —recuerda el señor general Enrique León Ruiz—, se empeñaron en furioso combate que se prolongó con mucha dureza hasta media tarde. Cuando se retiraron los federales llevaban muerto al general».

En el campo de batalla se quedó rezagado un soldado federal y siguió haciendo fuego y mató a dos soldados maderistas, mientras los revolucionarios lo rodearon y peleando murió, hecho que enfureció a los oficiales de organización y al jefe Raúl Madero, que en forma grosera amonestó a los revolucionarios, como si para ellos no tuviera importancia la vida de los soldados maderistas. Este proceder de Raúl Madero extrañó mucho a los jefes Enrique León y Miguel S. Samaniego.

Por la noche hubo que regresar, es decir, retroceder hasta Estación Barriales y al siguiente día (16) por la tarde llegó Pancho Villa en un tren llevándoles muchas provisiones.

Allí en Barriales, se tuvo conocimiento que la tardanza del grueso de las tropas en su avance, se debió a la indisciplina de los jefes José Inés Salazar, Lázaro Alaniz y Luis García, que no obedecían las órdenes del señor Madero y además lo insultaban, por lo que Pancho Villa que no se andaba por las ramas, fue a los cuarteles de estos jefes y los desarmó, junto con todos sus soldados, sin haber disparado un solo tiro. Estos señores se hacían pasar como Delegados de Flores Magón. (Por esta hazaña, el señor Francisco I. Madero regaló a Villa una hermosa yegua negra retinta, la que Villa montaba después muy encantado).

Por fin, después de todos estos contratiempos, las tropas revolucionarias, en condiciones desastrosas en cuanto a vestuario, llegan a las cercanías de Ciudad Juárez, Chih., y le ponen sitio. El cuartel general se establece al sur de la fundición, teniendo el señor Madero su oficina dentro de una gran cueva. Estando el señor Madero sentado dentro de dicha cueva dictando órdenes a su secretario el señor Salvador Gómez, llega

el señor Silvestre Terrazas, y como se diera cuenta de que estaba pasando una tropa, salió a presenciar su paso. Se trataba de una columna de caballería compuesta por 800 dragones, perfectamente formada y montada, llevando cada soldado dos cartucheras terciadas y otra en la cintura; los soldados con las riendas en la mano izquierda, sujetaban a sus corceles a fin de mantenerlos a paso moderado; dando un espectáculo imponente, pues parecían invencibles.

Momentos después se presentó ante el señor Madero, el jefe de dicha caballería, dando parte de su llegada y pidiendo órdenes. El señor Silvestre Terrazas atento, permanecía observando al recién llegado, y luego le pregunta al señor Madero:

«—¿Me permite usted una súplica?

«—Diga usted —contestó el señor Madero.

«—Tenga usted la bondad de presentarme al Sr. Jefe de la caballería que acaba de llegar.

«—¡Cómo no! ¡Conozca usted, a Pancho Villa!».

El señor general Enrique León Ruiz, fue testigo ocular de este detalle, por haberse encontrado presente en aquel preciso momento, en el desempeño de una comisión del servicio.

El señor Silvestre Terrazas, culto periodista chihuahuense, que fue un leal y sincero amigo de Pancho Villa, hasta el último momento, cuenta lo siguiente:

«En la gente de Villa, quedó incorporado un grupo de voluntarios americanos. En este grupo iban dos americanos que llegaron al campamento pidiendo ser incorporados a la gente de Pancho Villa. Se trataba de dos tipos inquietos, uno era Tracy Richardson y el otro Oscar Creighton. Eran 15 en total. Tracy Richardson era amigo personal de Andrés U. Vargas, futuro jefe villista».

En cuanto Villa rinde su parte al Jefe de la Revolución, se reúne con su gente y nó se da un momento de descanso, escogiendo para sus tropas las mejores posiciones, surtiéndolas de provisiones en cantidad suficiente y alojando lo mejor posible a su caballada, para la cual consigue el mejor forraje. De los hombres que en aquella ocasión acompañaban a Villa, viven muchos y pueden afirmar estos detalles. Muchos de ellos son actualmente generales.

«Todas las tropas se sentían muy animosas, y ¿para qué negarlo?, es a Pancho Villa a quien se debe que la gente tenga fe en el triunfo. Nosotros estábamos a las órdenes de José de la Luz Blanco y de José Rascón Tena, que nada sabían de los menesteres de la campaña, pues eran unos simples novatos que en nada se podían comparar con Pancho Villa; éste sí conoce lo que trae entre manos. Pascual Orozco era un valiente y gran organizador y sin embargo, para todo consultaba con Villa, más que con los

jefes del estado mayor del señor Madero. Agustín Estrada, Faustino Borunda, Isaac Arroyo, Isidro Chavira, Julián Granados, Fidel Ávila entre otros, no se apartaban de Villa. Todos estos hombres habían visto en Villa a su futuro jefe, y no se equivocaron; todos llegaron a generales al lado de Villa. Es interesante ir conociendo los nombres de estas personas que se mencionan, pues son ellas las que pistola en mano y al lado de Villa, escribieron las páginas más duras y sangrientas de la revolución». Dicen esto el ex-mayor Juan B. Muñoz, el capitán Martín D. Rivera, el capitán Arturo Chavira y otros muchos.

El día 7 de mayo, se presentó una comisión del cuartel general en el campamento de los sonorenses de Miguel S. Samaniego; la encabezaba Guillermo Valencia, ayudante personal del señor Madero. Repartieron muchas provisiones entre la tropa y les comunicaron la orden de que ya se podían retirar todos, cada quien a su casa, porque ya había terminado la Revolución. Extrañados y sorprendidos por lo que se les acababa de informar, emprendieron la marcha, unos a caballo y otros a pie, rumbo a Sonora, siguiendo un camino paralelo a la línea divisoria. Habrían caminado unos diez kilómetros cuando fueron alcanzados por unos emisarios de Pancho Villa, que les instaban a regresar, porque ya se iba a comenzar el ataque. Miguel S. Samaniego, una vez que se enteró de un recado personal de Pancho Villa, ordenó la contramarcha.

«—¡No se vayan, compañeros, regresen; ya vamos a comenzar la pelea contra los *pelones!*» (Así les decían a los federales).

Esos eran los gritos de los emisarios de Villa siendo ellos Andrés U. Vargas, Juan B. Muñoz y Félix Terrazas. Miguel S. Samaniego, Blas Zarazón y Enrique León, gritaban a su vez a la tropa sonorense:

«—Villa nos llama, nos necesita; ahora sí es la verdad, ya vamos a pelear».

Regresaron y tomaron su puesto de combate de acuerdo con las indicaciones que dio Villa. ¿A qué se debió aquella retirada y la orden que llevó Guillermo Valencia? Se ignora y lo único que se ha sabido es que el señor Madero no tenía intenciones de atacar la plaza. Pero Pascual Orozco y Pancho Villa, que eran los jefes de las fuerzas rebeldes, pensaban diferente y con ellos estaban todos los revolucionarios.

Miguel S. Samaniego era un hombre muy ilustrado; hizo estudios de teología en el seminario; pero no sintiendo a fondo la vocación de cura, abrazó la causa de la revolución por el amor a su pueblo y el deseo de ver grande y libre a su Patria. Cuidadosamente observaba a Pancho Villa y demás jefes y a pesar de ser él un hombre muy prudente escogió de estos últimos al más inquieto para ponerse a su lado y en cuanto conoció el plan de Pancho Villa, se puso a sus órdenes. Ciudad Juárez, Chih., había estado sitiada por las tropas revolucionarias por más de 15 días y el señor

Madero seguía sosteniendo conferencias con los representantes del general Díaz y no se había decidido a dar a sus jefes Pascual Orozco y Pancho Villa, la orden de atacar a los federales que la defendían, orden que los revolucionarios con ansias esperaban; sino al contrario, del cuartel general se dio a los sonorenses y a otros contingentes de la sierra, la orden de retirada, y gracias a la atrevida orden en contrario, dada por Pancho Villa, la gente de Samaniego estaba nuevamente en su puesto de combate, esperando la orden de abrir el fuego.

Todos aquellos hombres habían tomado las armas para luchar contra la pobreza, para luchar contra la ignorancia y contra la inseguridad, y ahora unidos todos en el mismo sentimiento, tienen sitiado al enemigo en la ciudad fronteriza de Juárez, Chih., sin que se les ordene atacar. El señor Madero no se decide, escuchando la voz de sus consejeros, que en el fondo le están dando mejor servicio al enemigo que a los revolucionarios prolongando la hora de iniciar el ataque. De aquí nacen las primeras desobediencias que se atribuyen a Pascual Orozco y a Pancho Villa. Mucha razón tenía Goethe, cuando dijo cierta vez que no se acaba de conocer las grandes obras si no se ha visto también su génesis. Y así parece que no se conoce tampoco el rostro humano a raíz del primer encuentro. Hay que haberlo visto crecer pasando de la adolescencia a la virilidad. Por eso creo prudente citar los hechos y los nombres de los hombres que en ellos intervienen para irlos conociendo y no nos sorprenda el verlos participar luego en las más grandes acciones de armas de la revolución.

Para Pascual Orozco y para Pancho Villa, aquello se estaba prolongando demasiado tiempo. Además, ellos habían empezado a sentir inseguridad en aquel ambiente. El señor Madero tomaba muy en serio la opinión de sus consejeros militares, sobre todo la del general Viljoen, persona de muchos méritos, que había hecho su carrera militar y adquirido mucha experiencia guerrera en el Transvaal luchando contra los invasores de su patria y habiendo ofrecido sus servicios al señor Madero, le fueron aceptados y nombrado como miembro del estado mayor. La opinión de este general era determinante en el ánimo del señor Madero. A esto había que agregar los incidentes provocados por el coronel Giussepe Garibaldi, que con frecuencia daba muestras de querer humillar a los revolucionarios, no sólo a los soldados sino también a los jefes. Primero insultó a un muchacho (Gutiérrez) de la gente de Fortunato Casavantes, y luego quiso abofetear al mismo Casavantes por haberle reclamado su mal proceder con el joven Gutiérrez. Ahora ofende a Pancho Villa. Pero éste se hace justicia por su propia mano y en caliente; pues más tarda en recibir el insulto por medio de un recado, cuando ya va montado en su caballo con treinta hombres a buscar a Garibaldi, a su propio campamento. Viendo

a Garibaldi parado cerca de su campo, se va derechito a él. Le hace ver que es un "boquigrande" y cuando Garibaldi le contesta le echa el caballo encima y con la pistola le propina un fuerte golpe en la cabeza que Garibaldi resiente. Lo desarma, le quita pistola y espada y desarma a toda la gente de Garibaldi. Cuentan los testigos oculares de este incidente que Villa le dijo, más o menos lo siguiente, entre muchas otras cosas:

«—¿De cuándo a acá se ha sentido usted con la autoridad para ofenderme, sin que reciba mi castigo?»

Garibaldi como un corderito, se fue a quejar con el señor Madero.

Así iba transcurriendo el tiempo. Mientras, Pascual Orozco y Pancho Villa platican a solas y por largo rato todos los días. Entre ambos deciden un plan: Villa junta a todos sus capitanes que de él dependen. Desde luego todos los capitanes acataron las órdenes de Villa, porque en ellos al igual que en Villa, acabar con el enemigo, ya no era sólo un intenso deseo, sino una obsesión. Por otro lado, se sentían envalentonados por los triunfos que habían logrado sobre los "pelones" y estaban indignados por los muchos fusilamientos que los federales habían ejecutado con los prisioneros y heridos maderistas que habían caído en su poder.

Ese día, siete de mayo de 1911, Pancho Villa no se dio un momento de reposo, prácticamente se multiplicaba para estar en todas partes, y por la noche de ese día 7 al 8, no se separó de los jefes de tropa: Fidel Avila, Andrés U. Vargas, Julián Granados, Félix Terrazas, Porfirio Talamante, Miguel S. Samaniego, etc. El hoy general de división Nicolás Fernández era oficial y siempre estuvo cerca de Villa, desde esa fecha hasta el 1923. Entre aquella gente estuvieron Juan B. Muñoz, Enrique León Ruiz, hoy general de brigada; el capitán Martín Rivera, Carmen Ortiz, Fortunato Casavantes, Natividad García, Javier Hernández, Reynaldo Mata, Bernabé Cifuentes, Merced Arroyo, Isaac Arroyo, etc., etc.

Pancho Villa, es de notarse, se caracteriza desde un principio por su audacia guerrera, sagacidad y rapidez de movimientos. Así lo hemos de ver, desde el principio hasta el fin.

Entre la gente de Miguel S. Samaniego, sonorense, iban dos muchachos que portaban camisas de color muy chillante, uno de color rojo y el otro azul. Los dos eran ex-mineros del mineral de El Tigre, Son., pero oriundos de Casas Grandes, Chih. Estos dos muchachos fueron llamados por Villa, quien les dio órdenes precisas, en presencia de Samaniego y demás jefes; eran las 4 de la tarde del día ocho de mayo, cuando los dos muchachos, de acuerdo con las instrucciones de Villa, salieron de la acequia que les servía de trinchera, rifle en mano y resueltos, cual hombres que saben cumplir órdenes superiores, avanzaron valientemente hasta estar muy cerca de las avanzadas de los federales, haciéndoles fuego, mismo que les fue contestado en el acto por el enemigo, hiriendo mortalmente a

uno de ellos. Como es de todos bien sabido, con esta provocación se inició el combate, principalmente en el lugar que ocupaban los sonorenses. Luego, en ese mismo momento, 15 soldados de la gente de José Orozco, bajan al río y se aproximan hasta los puestos de avanzadas federales, y provocándolos y tiroteándolos, se replegaron. Así se inició el ataque de los revolucionarios a la plaza de Ciudad Juárez, Chih. Durante toda la tarde se siguió combatiendo en diversas partes de la línea de fuego. Tanto Pascual Orozco, como Pancho Villa, se encontraban en el lado americano cuando comenzó, el tiroteo. Mucho se ocupó la prensa de Ciudad Juárez de estos dos muchachos de camisas de vivo color, una roja y la otra azul.

Mientras tanto, el combate aviva por momentos. En el cuartel general de la revolución con el pelo erizado, se enteraron de que ya había comenzado el combate y ordenaron que se buscara inmediatamente a Pancho Villa. En seguida aparece cerca de la línea de los revolucionarios el señor Cástulo Herrera montando un caballo y enarbolando una bandera blanca, buscando a Villa para comunicarle la orden del señor Madero, de que ordenara a su vez inmediatamente el cese de fuego y que retirara la gente. Por fin aparece Villa ante el señor Madero, que se encontraba rodeado de sus ayudantes, periodistas, consejeros y de algunos intelectuales. Villa llega fingiendo no saber nada de lo que estaba pasando. Nadie sabía donde se encontraba Pascual Orozco. Sólo Villa y otras tres o cuatro personas estaban en el secreto. Ya se había estado disparando por espacio de tres horas y media cuando Enrique León Ruiz se retiró para ir al campamento a tomarse un taco, caminaba por la orilla del río rumbo a la fundición, cuando se encontró con Pascual Orozco, que seguía el mismo camino.

«—No sabemos ni dónde está el enemigo —decía Orozco.

»—Yo lo puedo llevar a la línea de fuego —le dijo el general Enrique León.

»—¿Cómo sabes tú? ¿Quién éres? —le preguntó Orozco.

»—Soy Enrique León, de la gente de Sonora de Miguel Samaniego. Sígame, yo lo llevaré a donde se está peleando».

Orozco lo siguió. Eran cerca de las ocho de la noche. Poco después Orozco y Villa se presentan en el cuartel general.

«—¿Pues qué sucede?

»—Nada, que ya se están tiroteando algunos soldados.

»—A ver que se hace, hay que retirar esa gente, inmediatamente —ordena el señor Madero.

»—Muy bien, señor presidente, como usted lo ordene —responden Villa y Orozco retirándose en el acto dizque a cumplir la orden del señor Madero; pero en realidad lo que hicieron fue mandar más gente a azuzar a los demás, para que se arreciara el fuego».

Nuevamente el señor Madero, manda traer a Villa y a Orozco.

«—¿Qué pasa con esa gente que no se retira? —les pregunta el señor Madero.

»—Está muy dispersa y no la pueden juntar —contestáronle Villa y Orozco.

»—Pues a ver qué hacen para que cese el fuego.

»—Muy bien, señor presidente, mandaremos más fuerzas a ver si logran reunir esa gente que anda muy dispersa y que es la que se tirotea con los federales, —le contestaron Orozco y Villa».

Y efectivamente, mandaron más fuerzas, pero con la consigna de avivar el fuego para que se prendiera la mecha por todo el frente.

Cuando el señor Madero, en su desesperación, porque no se cumplían sus órdenes, se fue a buscar a Villa y a Orozco, y en cuanto los encontró les pregunta con tono que a las claras demuestra su disgusto:

«—¿Qué pasa, por fin retiran o no retiran esa gente?

»—Señor presidente, la retirada ya no es posible. Los ánimos entre la tropa ya están muy exaltados y no quieren más que pelear —le contestaron resueltamente, Orozco y Villa».

El señor Madero permanece serio, como si estuviera ajeno a toda decisión, y luego les contesta:

«—Pues si es así, ¡qué le vamos a hacer!»

Estas son las palabras que aquellos dos grandes guerreros, los más grandes del norte, habían estado esperando. Cuentan los testigos presenciales, que Orozco y Villa se dieron un fuerte abrazo.

Inmediatamente, manos a la obra. Se pusieron de acuerdo en todo y se asignaron cada cual su lugar, los puntos que habrían de ocupar durante la noche. Ellos habían previsto todo, no se les escapó nada, a fin de evitar un serio fracaso. Por dignidad querían triunfar, frente al general Viljoen, quien había manifestado al señor Madero, que ningún ejército era capaz de tomar Ciudad Juárez con las magníficas fortificaciones que contaba para su defensa.

Así fue. En cuanto Pancho Villa y Pascual Orozco, escuchan al señor Madero decirles: «Si así es, ¡qué le vamos a hacer!», llevando en la mano como quien dice, la orden de atacar, se juntan con sus jefes inmediatos.

Pancho Villa mueve a su gente y durante la noche del día 8 al 9 la extiende por el lado del Panteón, tiende a su izquierda a las tropas de Blanco y por su derecha a los sonorenses de Samaniego, que a su vez tenían a su lado a la gente de Garibaldi y la de Soto.

Serían las tres de la mañana, cuando Pancho Villa cita a junta de jefes, que con sus fuerzas estaban al mando de él. Y allí, en la oscuridad de la madrugada, les da las últimas y terminantes órdenes:

«—Amiguitos: la plaza de Ciudad Juárez debe caer en poder de la Revolución. Yo sé que está muy bien defendida. Pero no tanto como para

que con un poco de voluntad y audacia, no la podamos rendir. Compañeritos, si somos capaces del arrojo que debe tener todo jefe leal y que sabe cumplir con su deber, no nos va a ser muy difícil. El enemigo no tiene tantas ganas de morir, como nosotros de dar esta batalla, que será decisiva para el triunfo de nuestra causa. Todo está en entrar duro y parejo Si se encuentran frente a un punto bien protegido y rudamente defendido, no insistan, no expongan su gente, retírense un poquito y obliguen al enemigo a descubrirse y luego lo baten. Sobre todo, cuiden que no decaiga el ánimo de la tropa. ¿Entendidos?

»—¡Sí señor!

»—Bueno, cada quien en su puesto».

Villa, junta a sus inmediatos capitanes: Fidel Ávila, Chón Márquez Javier Hernández, Natividad García, Feliciano Domínguez, Onésimo Martínez, Manuel Baca, etc., etc.; los alienta y los instruye en lo que tienen qué hacer y de cómo deben proceder. En aquel momento estaban presentes entre otros Nicolás Fernández (hoy general de división); Andrés U. Vargas Ceferino Pérez, un primo de Villa, que era el retrato de éste, pues podía haber sido su doble; el teniente coronel Félix Terrazas, Celso Apodaca, Juan B. Muñoz y Juvencio Villa.

Pancho Villa ordena dar descanso a la tropa, hasta las cuatro de la mañana del día 9 de mayo, en que se inicia el ataque formal sobre la plaza de Ciudad Juárez, Chih.

La gente de Villa, avanza hasta llegar a las bodegas de los alemanes Kételsen, donde oyen el primer grito de "¡quién vive!" y en aquel mismo momento les abren fuego los federales que tienen una ametralladora en los patios de la Escuela de Agricultura. Por un lado y por otro les hacen fuego cerrado los federales que estaban posesionados del corralón de los jaripeos y Villa pierde gente y le hacen 20 o más prisioneros. Villa con su gente se ven obligados a replegarse con dirección a la estación del Central, donde se hacen fuertes y de allí mantienen a raya a los federales.

El combate se generaliza por todo el frente, combatiendo furiosamente desde las cuatro de la mañana. Villa, concentra casi toda su gente sobre los que defienden la escuela y reductos adyacentes; los federales resienten ese fuego y comienzan a ceder, replegándose, pero sin dejar de combatir. Villa sigue atacando tenazmente sobre esa parte de la línea de fuego, obligando a los federales a replegarse, en virtud de que la gente sonorense de Samaniego ya estaba atacando a los federales de caballería estacionados en el corralón de los jaripeos. Blas Tarazón, que era el segundo de Samaniego, hace que los federales se replieguen. Tarazón y el "Viejo León" —así le decían desde aquel tiempo al hoy general Enrique León—, se acercaban a los federales combatiéndolos con bombas improvisadas. Entre la gente sonorense de Samaniego iban muchos ex-mineros del

mineral de El Tigre, Son., y en esta forma los iban desalojando de las posiciones que ocupaban. El combate seguía con verdadera furia. Los valientes: José Orozco, Marcelo Caravero, Cenobio Orozco, Agustín Estrada, Pablo López (hermano de Martín, ayudante de Villa) todos a una, iban haciendo retroceder al enemigo.

El día 10 de mayo, por la mañana se seguía combatiendo con intensidad increíble. Los federales retrocedían, batiéndose en retirada. Mientras, los revolucionarios iban haciendo horadaciones en las casas, corrales y patios y así iban conquistando las posiciones de los federales y acorralándolos. Casi no había casa que no hubiera sido horadada. Por supuesto que los federales estaban combatiendo con dignidad. Cada posición que perdían era defendida con gran arrojo y se retiraban porque de lo contrario los revolucionarios los flanqueaban, a través de las horadaciones que iban haciendo.

Los sonorenses de Samaniego, desalojan a los federales del corralón del jaripeo que era gente de caballería, y es allí donde los federales tenían a los prisioneros que le habían hecho a Pancho Villa, la madrugada del día anterior. Al viejo León Ruiz (Enrique León Ruiz) le toca rescatar a un joven a quien los federales tenían amarrado. Aquel joven, era el secretario de Pancho Villa, su nombre era Martín López, futuro general villista.

Viendo el general Juan J. Navarro que le era inútil seguir resistiendo, ordena tocar reunión y se repliegan todos hacia su cuartel general, batiéndose con admirable valor; pero los revolucionarios atacaban con furia resueltos a vencer o a morir. Los federales seguían haciendo verdaderos estragos con sus cañones y enormes agujeros en las casas. La población civil estaba sufriendo horriblemente las consecuencias de aquella masacre. El general Navarro arengaba a sus soldados, y Villa que estaba a la vista hacía otro tanto con sus hombres, alentándolos:

«—¡Arriba muchachos que ya se comienza a mirar el grano del rifle! ¡Adelante, muchachos que ya mero se nos hace!»

Así animaba Villa a sus valientes compañeros. Se coreaba el grito de ¡Viva la Revolución! ¡Abajo el mal gobierno! «¡Éntrenle, robavacas, no se detengan», gritaban los federales. La pelea seguía con mayor fiereza.

Los serranos de José Rascón Tena, atacaban como unos tigres, siguiendo paralelamente a los soldados que directamente mandaba Villa. Por su parte los aguerridos sonorenses de Samaniego, Blas Tarazón, Enrique León Ruiz y Fortino Escobedo, se lanzaron contra los reductos que los federales tenían en unas bocacalles y Enrique León, a puros bombazos desbarató el fortín que tenían los federales en la bocacalle en donde da vuelta el tranvía eléctrico que viene de El Paso, Texas.

Por fin llega el momento inevitable: el general Juan J. Navarro manda tocar "parlamento". A las tres de la tarde del día 10 de mayo, se rinden los defensores de Ciudad Juárez, Chih. Los revolucionarios de la gente de Villa, sitiaron en su cuartel general, al general federal Juan J. Navarro. El primero de los jefes que sitiaban dicho cuartel, en entrar, fue el teniente coronel Félix Terrazas, que al ver a Pancho Villa, le pregunta:

«—¿Qué hago, mi coronel?»

Pancho Villa le ordena desarmar la tropa, oficialidad y al propio general Navarro.

«—Ponga usted a los oficiales bajo fuerte escolta y a los soldados hágalos desfilar a la cárcel donde quedarán a disposición del Jefe Supremo de la Revolución».

Luego Pancho Villa, montado en su brioso corcel y seguido únicamente de su asistente y secretario Martín López, futuro y temerario general villista, se dirige al cuartel general del señor don Francisco I. Madero, a rendir parte de novedades, es decir, que ya la plaza de Ciudad Juárez era de la Revolución. Sucedió así: Pancho Villa con la mirada ardiente y con paso firme y seguro, llegó atrayendo sobre él las miradas respetuosas de todos los presentes. Su rostro radiante, acusaba la confianza en sí mismo y la satisfacción de ser él quien informaba al jefe de la revolución, diciéndole:

«—El general Juan J. Navarro con sus oficiales y todas sus fuerzas, están en poder de la Revolución y a disposición de usted. La plaza de Ciudad Juárez, se ha rendido ante las armas de la Revolución. Si usted gusta, señor Madero, ya nos podemos ir a la ciudad».

El señor Madero no comprendía, no lo creía.

«—¿Qué me estás diciendo, Pancho?

»—Que Ciudad Juárez está a disposición de usted, que ya es nuestra.»

Don Francisco I. Madero, emocionado profundamente, estrechó en fuerte abrazo al rudo Pancho Villa.

Entre los elementos civiles que rodeaban al señor Madero, se desató una ola de murmuraciones en contra de Pancho Villa. Desde el día que se inició la batalla, unos lo elogiaban, mientras otros lo censuraban, pero todos coincidían en hacerlo responsable de haber sido él quien inició la lucha, lucha que ellos no aconsejaban. Pero han llegado las tres y media de la tarde cuando escuchan al propio Pancho Villa, rendir parte de la victoria de los revolucionarios. ¿Qué dicen, ahora? ¡Nada, no abren la boca! Simplemente enmudecieron ante la evidencia de los hechos.

Las bajas fueron numerosas, por ambos lados. Los heridos fueron conducidos al hospital de campaña establecido en las afueras de El Paso Texas. El señor Francisco Madero Sr., fue quien se encargó de conducir a los heridos al lado americano. Entre los heridos se encontraron acomo-

dados en la misma carpa, dos hombres, que al andar el tiempo, fueron generales que se significaron altamente; uno de ellos bajo las órdenes del señor general Alvaro Obregón y el otro, al lado de Pancho Villa; El sonorense, Enrique León Ruiz y el chihuahuense Fidel Ávila. Un joven soldado raso, deseoso de abrirse paso en la vida, se encontraba también entre tanto herido, su nombre es Juan B. Muñoz, futuro y leal oficial villista. A todos los heridos se les recogía su arma y, se les entregaban cincuenta pesos e inmediatamente eran conducidos al hospital. Tanto a Enrique León, como a Juan B. Muñoz, les tocó entregar sus armas, precisamente al joven secretario de Pancho Villa. Otro herido fue, entre muchos cientos Faustino Borunda; también este joven, años después, llegó a general a las órdenes de Pancho Villa.

El triunfo de la revolución dio lugar a que se manifestara el entusiasmo popular, con desfiles, discursos y borracheras en masa de la gente civil; pero pasado aquel momento de regocijo popular, los soldados victoriosos se comenzaron a quejar por la mezquina dotación de provisiones de boca que se les daba, y no estaban conformes con el trato que se estaba dando a la tropa. Sin embargo los políticos, para comer bien y dormir a gusto se pasaban al lado americano. Por otro lado, y en verdad, se guardaban muchas más consideraciones a los prisioneros federales que a los soldados maderistas. Así comenzaron, cosa que nunca debió haber sucedido, las dificultades entre la familia revolucionaria.

El día 11 de mayo, el señor Madero hace entrega de los nombramientos de general a Pascual Orozco y de coronel a Francisco Villa, además de otros, entre ellos a Marcelo Caraveo, José María Caraveo, Juan Dozal, José Orozco, Cenobio Orozco, Toribio Ortega, Antonio Rojas, Fidel Ávila, etc.

El coronel Antonio Rojas, era un hombre muy joven, delgado y de facciones algo delicadas. Cuando se acercó al señor Madero, para recibir su despacho, el señor Madero, medio sorprendido, se quedó mirándolo y en tono inquisitivo le pregunta:

«—¿Quién lo hizo a usted coronel?»

Rojas con mucho aplomo le contesta:

«—El mismo que lo hizo a usted Presidente».

El señor Madero le entregó su nombramiento. Antonio Rojas, nunca más volvió a pararse frente al señor Madero. Se tornó un enemigo acérrimo.

El día 11 de mayo, el señor Madero hace entrega del cañón que los revolucionarios habían construído en San Pedro Madera, Chih., como un obsequio a las autoridades de El Paso, Texas, quienes lo colocaron y aún lo conservan frente al edificio *The Court House* —Edificio Municipal—. Entre los comisionados para hacer dicha entrega, iba el capitán Macario Salazar, oriundo de Chínipas, Chih.

El general Juan J. Navarro, jefe de los federales, había quedado bajo la protección directa del señor Madero. Sin embargo Pascual Orozco y Francisco Villa fuertemente presionados por sus jefes subalternos exigen que el general Navarro sea pasado por las armas. El señor Madero se opone firmemente a tomar tal medida. Los jefes Pascual Orozco y Francisco Villa le alegan con firmeza que Navarro debe pagar con su vida todos los crímenes que ha cometido, fusilando personas por el solo hecho de ser parientes de revolucionarios; rematando a los heridos y matando a los prisioneros con ametralladora. Detrás de Orozco y Villa estaba el respaldo absoluto de los principales jefes Marcelo Caraveo, don Albino Frías Sr., José Orozco, José María Caraveo, Juan Dozal, Agustín Estrada, Miguel S. Samaniego, Julián Granados, Félix Terrazas, Félix Chávez, Faustino Borunda, Julio Acosta y otros, con mando de tropas.

«Para nosotros —decía el valiente coronel Marcelo Caraveo— se está incurriendo en una absurda inconsecuencia. Navarro es un asesino. Recuérdese lo que hizo en Cerro Prieto, Chih., el día 11 de diciembre por la noche, en el camposanto del lugar, con nuestros hermanos y compañeros. Encerró en el panteón a los heridos y prisioneros y con ametralladora remató a unos y mató a los otros. Entre aquellas víctimas perecieron hombres de mucha valía: Antonio Frías, José Caraveo, Alberto Orozco, Graciano Frías, José María Márquez, Eduardo Hermosillo, Laureano Herrera, Joaquín y Antonio González, Flavio Hermosillo, Ignacio Valenzuela y otros».

Es en aquel momento cuando el señor don Venustiano Carranza, que estaba cerca del grupo, dijo algo tratando de calmar los ánimos de los revolucionarios. Pero allí estaba el bravo coronel Marcelo Caraveo, que dirigiendo fuerte y resuelta mirada hacia el señor Carranza, le dice:

«—Aquí apesta mucho a polilla porfirista. Nos provoca asco».

Aun no se habían serenado los ánimos cuando otro percance viene a exaltar más el ambiente, de por sí ya bastante caldeado: ocurre que se enteran Pascual Orozco y Villa de que se acaba de nombrar Ministro de la Guerra y Marina al señor Venustiano Carranza. Villa y Orozco protestan ante el señor Madero y sin pérdida de tiempo, rodean con soldados el edificio de la Aduana que es donde estaba establecido el cuartel general del señor Madero, desarmando a la guardia que tenía al mando del coronel Máximo Castillo. Villa y Orozco estaban muy inconformes. No había haberes para la tropa. Los soldados y jefes subalternos presionaban a Orozco y a Villa. Éstos exigían justicia, en cuanto a la liberación del general Navarro, y exigían dinero para cubrir los haberes de la gente armada y protestaban enérgicamente por el nombramiento del señor Carranza. Por último, el señor Madero se niega rotundamente a entregar al general Navarro y personalmente le conduce en un automóvil al lado ame-

ricano. Al abordar dicho automóvil el señor Madero, Orozco lo jala de la solapa del saco y en forma agresiva le pregunta:

«—¿Da o no da los dineros para pagar los haberes de las fuerzas?»

El señor Madero se impuso y Orozco obedeció.

Después de la tormenta vino no ciertamente la paz; pero sí una apariencia de calma. Francisco Villa, se encierra en su campamento con sus tropas. Algo había que él no entendía. Hablando con Miguel S. Samaniego, con Félix Chávez y con Andrés U. Vargas, les manifiesta lo siguiente:

«—A nosotros nos mueve y nos empuja la necesidad de justicia. A ellos en cambio, los mueve y los anima la ambición y fines políticos. Yo estoy seguro, y ustedes también lo están, de que Pascual Orozco está en lo justo. No pide más que lo justo al reclamar que Navarro pague con su vida los crímenes que ha cometido. ¿Si el general Navarro, cumplía con su deber al rematar a los heridos y fusilar a los prisioneros, ¿qué motivos hay para que nosotros no podamos cumplir con nuestro deber de soldados revolucionarios? ¿Dicen que nosotros no somos militares, sino simplemente ciudadanos armados? ¿Sí es así, en qué está la indisciplina de que se nos acusa? ¿Con qué derecho se nos exige disciplina?»

Hubo muchos comentarios entre ellos y todos estuvieron de acuerdo con Villa, en que Pascual Orozco estaba en lo justo.

El día 12 de mayo se encontraban reunidas unas 300 personas frente al edificio de la Aduana, en Ciudad Juárez, cuartel general del señor Madero, cuando en eso sale el señor don Abraham González y les dirige la palabra en los siguientes términos:

«—Señores, la Revolución ya terminó; ya podemos regresar a nuestros hogares. Una revolución es, como, haciendo una comparación, si en un motor o en un trapiche se rompe o desgasta un piñón, éstos dejan de funcionar normalmente, o bien parando su marcha por completo, y es pues, necesario quitar el piñón averiado y reemplazarlo con uno nuevo, y el motor vuelve a funcionar como si nada hubiera sucedido. Pues en realidad, esto es lo que ha sucedido. El general don Porfirio Díaz, por haber permanecido tanto tiempo en el poder, se desgastó en la maquinaria gubernamental, y por eso fue necesaria la revolución para quitarlo del poder y como ya pusimos en su lugar a un hombre nuevo, la maquinaria gubernamental volverá a tomar su curso normal, como si no hubiera sucedido absolutamente nada».

Todas las personas que estaban allí presentes se miraban unas a otras, sin poder salir del asombro que les había producido aquella infantil explicación.

«Desde aquel momento comprendí que de aquella peregrina conclusión, nada bueno se podía presagiar», dice el general Enrique León Ruiz.

De esta opinión se hacen solidarios los serranos chihuahuenses sobrevivientes de aquella gesta.

El día 13 de mayo por la mañana, estaba reunido con el jefe José Rascón Tena, un grupo de revolucionarios de Namiquipa, en el campamento, cuando llegaron varios jefes con Pancho Villa, diciéndole:

«—Pancho, a ti te escucha el señor Madero, debes, en nuestro nombre, hablar con él y que diga en qué situación vamos a quedar. Pues lo que no se aclare desde ahora, no se aclarará nunca».

Los que hablaron así eran: Tomás Orozco, Ornelas, Miguel S. Samaniego y Joaquín Terrazas.

«—Veremos —les dijo Villa y se fueron, yéndose con ellos José Rascón Tena».

Tengo que recordar que hasta aquel momento Pancho Villa ha sostenido una lucha interna. Se enfrenta por un lado con su sentimiento de gratitud hacia el señor don Francisco I. Madero. Por otro lado están sus hombres, sus capitanes. Ellos lo han seguido confiados en él y hacia éstos se siente profundamente obligado. Pancho Villa, escucha y olfatea. Su instinto nunca lo ha engañado. En los capitanes que lo han seguido él ha descubierto a los futuros generales de las brigadas de caballería. Si los políticos carentes de visión que rodean al señor Madero, sólo han visto a labriegos convertidos en soldados para los cuales no sienten más que la indiferencia, *Pancho Villa ha descubierto en ellos a los generales del mañana. Ciertamente no se equivocó.*

Pues bien, ya en el cuartel general, Pancho Villa aprovecha aquella oportunidad para expresar al señor Madero su agradecimiento por las muchas atenciones y confianza que se le han dispensado, y sus deseos de retirarse a trabajar en su negocio de carne en la ciudad de Chihuahua.

El señor Madero está bien enterado de todo lo ocurrido el día 11, le pide a Villa que no se mortifique por el incidente del mencionado día.

Sabía perfectamente que fuera de Pancho Villa, Pascual Orozco no tomaba en cuenta a ninguno de los otros jefes revolucionarios. Por ejemplo, para Pascual Orozco, los jefes Garibaldi, José de la Luz Soto, Blanco y Máximo Castillo, no eran sino simples parias, "loros huastecos". Por tal motivo, cuando Orozco pensó en apoderarse del general Navarro para fusilarlo, primero fue a buscar a Villa a su cuartel y lo invitó a que pasara al suyo, porque quería hablarle a solas y que nadie se enterara. Si Villa respaldaba a Orozco en aquella maniobra, lo hacía porque veía la razón de parte de Orozco.

El señor Madero le obsequia $ 10,000.00 que, dada la situación, Villa no espera que se le haga el ofrecimiento por segunda vez, lo acepta desde luego. Pancho Villa, angustiado pero valeroso, le dice:

«—Muy bien señor Madero. ¿Y mi gente cómo va a quedar? Les debemos sus haberes.

»—Todo se arreglará antes que se dé de baja a las fuerzas.

»—Yo no quiero alejarme de mis hombres hasta que ellos hayan recibido sus haberes. Todos son hombres que valen mucho, señor Madero —le decía Villa—. Yo no quiero ser quien despida a mis soldados y capitanes sin darles una merecida gratificación. Todos mis muchachos me han ayudado comportándose como verdaderos guerreros y todos compartieron conmigo peligros y fatigas, dejando sus hogares y quehaceres y ¿por qué no decirlo? por la confianza que han tenido en mí. ¡Ahora darles su retiro con un simple ¡muchas gracias! ¡No! ¡Esto no es justo!»

Estas fueron palabras de Pancho Villa. Parece que él presintiendo que la revolución no había terminado, sino que aquella ofuscación no era sino simplemente el preludio de la borrasca que se avecinaba, se cuida de que sus capitanes no le pierdan la confianza. Por eso es que en cuanto se enteró de que se iba a licenciar a las fuerzas, con *aquello de que ya se acabó la revolución,* se anticipa y pide su retiro. Esa y nada más que esa, fue la razón crucial de su determinación. Pancho Villa fue siempre agradecido y honrado con el más humilde de sus soldados. La tropa a sus inmediatas órdenes era pagada con estricta puntualidad. Los jefes, oficiales y soldados villistas, siempre me han hecho mención de esta cualidad de Pancho Villa.

Como una medida política, el señor Madero nombra a Pascual Orozco, jefe de las fuerzas rurales en el estado de Chihuahua. Con esta medida trataba el señor Madero de apaciguar los ánimos de los revolucionarios que se encontraban muy resentidos por su negativa de fusilar a Navarro. Orozco aceptó pero jamás perdonó aquella injusticia. Las familias Caraveo, Frías, Orozco y Valenzuela no podían olvidar, no lo olvidaron, que el general Navarro había asesinado a sus familiares y parientes.

Al acto de presentación de Pascual Orozco como jefe de las fuerzas rurales, asistieron casi todos los jefes revolucionarios. Inmediatamente después del acto, Pascual Orozco salió para Casas Grandes, Chih.

El señor Madero estrechó en fuerte abrazo a Pascual Orozco y a Pancho Villa, con lo que se daba por terminado el incidente bochornoso del día 11 de mayo. Pasó el tiempo, Pascual Orozco no perdonó al señor Madero. En cambio, Pancho Villa, que tenía un sólido concepto de la lealtad, fue fiel al señor Madero hasta el último momento. La razón o la sinrazón de estos hechos pertenece a la historia, que será la que dé su fallo inexorable. El día 13 de mayo por la tarde, Villa permanece recluído en su cuartel. Dice Juan B. Muñoz: «Nosotros lo veíamos a diario y se veía algo preocupado; pero siempre valeroso. Esa misma tarde, de buenas a primeras, hizo comparecer ante él a todos sus capitanes.

»—Señores, compañeros, yo quiero que ustedes estén prevenidos, porque dentro de unos minutos va a venir Raúl Madero, a quien voy a presentar a ustedes como su nuevo jefe, yo me retiro y me dedicaré a mi trabajo particular.

»Miguel S. Samaniego, que estaba presente se separó a un lado con Villa y le dijo:

»—Pancho, me agrada hablar contigo porque eres hombre a quien se tiene que hablar con la verdad y sin rodeos. Pancho quiero que tú estés con nosotros ahorita que venga Raúl Madero, aprovechando que es hermano del señor Francisco, queremos que nos diga si es que él sabe, por qué no somos soldados del Ejército Libertador, sino simples ciudadanos armados, que nos levantamos en armas para protestar contra un fraude electoral y no con el propósito de echar abajo a los tiranos, opresores de nuestro pueblo, porque como todos mis compañeros, yo creía que íbamos a pelear de verdad y sacar del engranaje del gobierno a todos los favoritos que han sido la causa de todas las desgracias y miserias en que se ha debatido nuestro sufrido pueblo. Ahora nos salen con que ya se acabó la revolución y según se ve dejarán en el poder a los hombres que sostenían a Porfirio Díaz».

Al llegar Raúl Madero, Pancho Villa, con Félix Chávez, José Rascón Tena, Andrés U. Vargas, Miguel S. Samaniego y los capitanes de la gente de Villa, se separaron del resto, con Raúl Madero. Hablaron por un rato y luego se dieron abrazos entre ellos, ante la expectación de los elementos de tropa.

Miguel S. Samaniego era un seminarista, muy instruido. Ya para recibirse de cura, hizo un viaje a su tierra natal Bavíspe, Son., donde conoció a una hermosa señorita y sin cortejar mucho, se casó. No estaba seguro de la vocación. Siendo un hombre consciente de sus deberes de ciudadano, fue de los primeros en acudir al llamado de la revolución. Alcanzó el grado de general al lado de los generales Alvaro Obregón y Plutarco Elías Calles. Se dice, que la misma persona que años después armó la mano del asesino que en una emboscada asesinara al general Francisco Villa en la ciudad de Parral, Chih., el día 23 de julio de 1923, armó también la mano de Felizardo Frías telegrafista que fuera jefe de los Telégrafos Nacionales durante el gobierno de don Adolfo de la Huerta —1920— y mismo que en los primeros días del mes de febrero de 1929, en la población de Agua Prieta, Son., diera muerte al general Miguel S. Samaniego, mientras éste dormía ajeno por completo al trágico fin que le esperaba.

*

* *

Lo que realmente estaba sucediendo, era de todos conocido. Unos días después de la toma de Ciudad Juárez, Chih., mientras los revolucionarios, se desesperaban por dar pronto el ataque, el señor don Francisco I. Madero, sostenía unas conferencias con los señores representantes del gobierno de Díaz, que siendo personas prácticas y políticos avezados, estaban ganando sin disparar un solo tiro y casi lograron la desbandada de los revolucionarios. Pocos días después, se hizo del conocimiento público, lo que se dio en llamar:

Tratados de Ciudad Juárez

En Ciudad Juárez, Chih., a los (21) veintiún días del mes de mayo de mil novecientos once, reunidos en el edificio de la Aduana Fronteriza, los señores licenciado Francisco S. Carbajal, representante del gobierno del general don Porfirio Díaz; don Francisco Vázquez Gómez, don Francisco Madero y licenciado don José María Pino Suárez, como representantes los tres últimos de la revolución, para tratar sobre el modo de hacer cesar las hostilidades en todo el territorio nacional y considerando:

PRIMERO.—*Que el señor general Porfirio Díaz ha manifestado su resolución de renunciar la presidencia de la República, antes que termine el mes en curso.*

SEGUNDO.—*Que se tienen noticias fidedignas de que el señor Ramón Corral renunciará igualmente a la vice-presidencia de la República dentro del mismo plazo.*

TERCERO.—*Que por ministerio de la ley, el señor don Francisco León de la Barra, actual Secretario de Relaciones Exteriores del Gobierno del señor general Díaz, se encargará interinamente del poder ejecutivo de la Nación y convocará a elecciones generales dentro de los términos de la Constitución.*

CUARTO.—*Que el nuevo gobierno estudiará las condiciones de la opinión pública en la actualidad, para satisfacerlas en cada Estado dentro del orden Constitucional y* ACORDARA LO CONDUCENTE A LA INDEMNIZACION DE LOS PERJUICIOS CAUSADOS DIRECTAMENTE POR LA REVOLUCION, *las dos partes representadas en esta conferencia, por las anteriores consideraciones, han acordado formalizar el presente convenio:*

UNICO.—*Desde hoy cesarán en todo el territorio de la República las hostilidades que han existido entre las fuerzas del gobierno del general Díaz y la revolución; debiendo éstas ser licenciadas a medida que en cada estado se vayan dando los pasos necesarios para restablecer y garantizar la paz y el orden público.*

TRANSITORIO.—*Se procederá desde luego a la construcción o reparación de las vías telegráficas y ferrocarrileras que hoy se encuentran interrumpidas.*

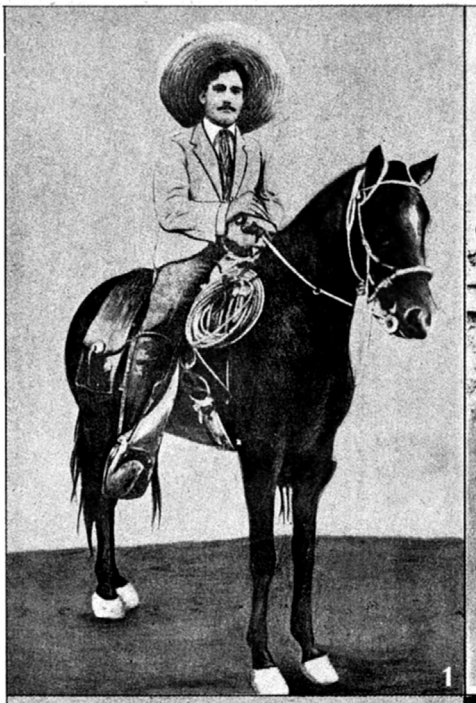
El presente convenio se firma por duplicado.—Licenciado Francisco S. Carbajal, (Rúbrica) D. Francisco Vázquez Gómez (Rúbrica) D. Fco. I. Madero (Rúbrica) Lic. José María Pino Suárez (Rúbrica).

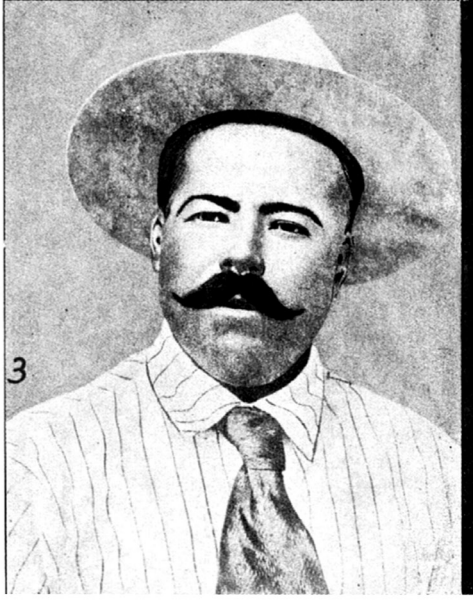
Para los revolucionarios por convicción, este pacto fue algo bochornoso, y para los vencidos del régimen pasado toda una esperanza.

Pancho Villa ha dejado el mando de sus tropas; sin embargo, cuando las fuerzas revolucionarias emprenden la marcha para la capital de Chihuahua, él va al frente de ellos. Hacen alto en la Estación del Sauz, para agruparse y en espera de la orden superior para hacer la entrada triunfal a la ciudad de Chihuahua. En ese lugar se han reunido todos los principales jefes del movimiento. Todos, arrogantes, orgullosos y muy bien vestidos, mientras que los elementos de tropa, mal vestidos y mal comidos. No estoy recriminando a nadie, es la verdad. Por fin, el día 23 de mayo de 1911 los habitantes de la ciudad de Chihuahua entre alegres y azorados reciben con aplausos a los victoriosos revolucionarios. Las fuerzas federales hacen valla a lo largo de la avenida Juárez hasta el palacio del gobierno federal, en donde están reunidos con el señor don Abraham González, el general Antonio Rábago, un numeroso grupo de oficiales federales y personas civiles. Los revolucionarios avanzan lentamente y el público los aplaude. ¡Viva Villa! gritó la multitud que se apiñaba a lo largo de las banquetas al paso de Pancho Villa que montado en su briosa yegua negra, en medio de Merced Arroyo y Martín López, iba a la cabeza de la columna, lo seguían Nicolás Fernández, Cruz Domínguez, Andrés U. Vargas, Trinidad Rodríguez, Julián Granados, Julio Acosta y muchos otros desconocidos. ¡Viva Madero! ¡Viva la Revolución! ¡Viva Orozco! Eran los gritos que se escuchaban y las tropas seguían desfilando por la avenida Juárez y en cuanto la multitud de espectadores ve pasar a los sonorenses de Miguel S. Samaniego, prorrumpe con una aclamación estruendosa: ¡Vivan los sonorenses!

La Revolución había triunfado, los vencidos eran simples espectadores.

El general Porfirio Díaz salió del país con destino a Europa, de donde no regresó jamás. Había estado al frente del gobierno por 30 años consecutivos en cuyas tres décadas, construyó vías férreas, caminos, carreteras, vías telegráficas, desarrolló los recursos naturales del país, impulsó la inversión del capital extranjero, pero la vil adulación de su corte de serviles y favorecidos, lo hicieron olvidarse que había nacido desnudo y llorando como todos, y desde su elevado trono dictatorial se olvidó del problema humano; pues antes de esa fecha, no existía en todo México problema alguno para las clases acomodadas o semi-acomodadas: disfrutaban de la justicia en relación con su categoría, respaldadas en todos sentidos por las autoridades, mientras que las clases humildes, no contaban con más derechos





1.—Pancho Villa a los 22 años. 2.—A los 25 años. 3.—El general Villa en su madurez.

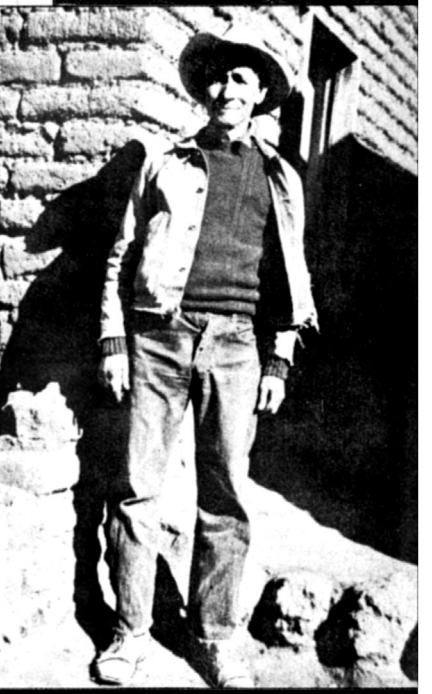
El general Francisco Villa con su primera esposa Luz Corral de Villa. 29 de mayo de 1911.

Don Severiano Talamantes con sus jefes subalternos en Sahuaripa, Son., enero de 1911.

Don Arnulfo Talamantes arengando a las fuerzas revolucionarias desde la iglesia de Sahuaripa en enero de 1911.

El coronel Máximo Castillo (1), jefe de la escolta del señor Madero, con Fortunato Casavantes (2), de Matachic, Chih. y el coronel Francisco González (3).

Coronel Cenobio Rivera Domínguez, de Namiquipa, Chih., quien con una guerrilla reunió a Ignacio Valenzuela con la gente de Temores, Chih., la víspera del ataque a Ciudad Guerrero. Diciembre de 1910.



Juan B. Muñoz, de Namiquipa. Con José Rascón, José Ma. Calzadíaz, Ceferino Rivera y otros tomó las armas el 19 de noviembre de 1910. Combatió con Villa hasta el 20 de mayo de 1916 en que fue hecho prisionero por la Expedición Punitiva. Vive en su rancho "La Mosca" de Namiquipa.

que los que a cada uno concedía (?) el patrón, lo mismo en las ciudades que en el campo.

A estas privilegiadas circunstancias se debe, el que las altas clases sociales abominaron con toda su alma de los procedimientos y reformas revolucionarias y hayan maldecido y sigan maldiciendo a todo lo que dio color en favor de la revolución.

Derrocado el gobierno de Porfirio Díaz, se creyó entre los revolucionarios, ingenuamente, que con esto quedaba liquidado el porfirismo y que con la salida del general Díaz había salido la casta de favorecidos, y por lo tanto se había logrado la finalidad de la revolución: el mejoramiento en las condiciones de vida del pueblo, social y económicamente.

Naturalmente, no todos padecían de miopía, pues muchos se daban cuenta cabal que el porfirismo era una obra de 30 años y por lo tanto había enraizado y se aferraría a defender por los medios a su alcance, los privilegios que había venido disfrutando por tanto tiempo.

Así estaban las cosas, la prensa de todo el país, casi en su totalidad estaba al servicio de los amos; nunca dejó de criticar y desprestigiar a la revolución, atacando a sus hombres y sobornando a los que habían ido a la revolución buscando el modo de medrar y como las circunstancias les favorecieran, el mismo Jefe de la Revolución les ayudó a despejar el camino:

El día 24 de mayo de 1911, en la Ciudad de Chihuahua, ante el señor don Abraham González, Gobernador Interino del Estado y del señor profesor Braulio Hernández, Secretario de Gobierno, se licenció a todas las fuerzas revolucionarias. Cada soldado entregó su rifle y recibió cincuenta pesos para que se fuera a su casa. Quedaban solamente 650 hombres a las órdenes del general Pascual Orozco, con los jefes subalternos: Marcelo Caraveo, Agustín Estrada, Porfirio Talamantes, Faustino Borunda, José Rascón y Tena, Maclovio y Luis Herrera, José de la Luz Soto y otros de menor significación.

Para los revolucionarios que habían sido dados de baja, su entusiasmo era muy relativo; habían venido recibiendo sorpresa tras sorpresa y de la última aún no se recuperaban, cuando a manera de despedida se enteran de que un grupo de estos hombres acabados de ser licenciados, el día 25 de mayo se reunieron, unos para despedirse y otros para ver si era posible adquirir un pedazo de tierra. Los encabezaba Miguel S. Samaniego y entre ellos estaban: Juan B. Muñoz, Andrés U. Vargas, Félix Chávez y Ramón Acosta Samaniego, sonorenses y, los últimos, serranos chihuahuenses. Se presentaron en el palacio de gobierno y fueron recibidos por el señor Abraham González, y con mucho interés los escuchaba, Samaniego hablaba, pero en cuanto mencionó lo de adquirir un pedazo de tierra, don Abraham le cortó la palabra, diciéndoles:

«—A su tiempo se hará del conocimiento público, ante quién se harán las solicitudes para adquirir terreno nacional, en compra, en qué términos y con facilidades de pago».

Esto los acabó de dejar atónitos. Se despidieron y se fueron sin decir palabra, en busca de Pancho Villa, a quien encontraron en su casa de la calle Décima, en compañía de Toribio Ortega, Rayo Sánchez Alvarez y los hermanos Machuca.

«—Pancho —le dijo Andrés U. Vargas—, queremos que nos digas si es que tú sabes algo de eso de los terrenos (terrenos nacionales). Pues el señor Abraham González nos acaba de decir que oportunamente se nos informará, si se podrá repartir tierra, pero mediante su compra y que se nos darán quizá, facilidades para el pago. Pancho: tú tienes influencia con don Abraham González, habla con él y exponle que esta medida que piensa poner en práctica, nos ha hecho desesperar a todos nosotros, los que tuvimos y tenemos fe en los ideales de la Revolución que ellos han acaudillado».

Luego interviene Isaac Arroyo, diciendo:

«—Pancho, en verdad estamos sintiendo que la esperanza se nos deshace en la palma de la mano. Pancho —continúa Arroyo—, tú sabes, igual que lo sabemos nosotros, que los terratenientes no han comprado a nadie los enormes latifundios que tienen en su poder y explotan sin pagar siquiera contribuciones; ellos sólo han cercado y en muchos casos ni siquiera eso, el terreno que les ha dado en gana adueñárselo».

Interrumpe Andrés Vargas diciendo:

«—¿Tú crees que los caciques de todas partes en el estado, compraron los terrenos a la Nación?»

Villa estuvo escuchando, y les dice:

«—Esperen un ratito, mientras acabo de dar instrucciones a los albañiles que me están acondicionando la casa y lueguito nos vamos a ver a don Abraham a su casa».

Así lo hicieron y don Abraham los escuchó. Decíale Villa:

«—Estamos aquí, señor González, para que usted nos dé su consejo; necesitamos saber cómo está el asunto de las tierras».

Don Abraham les dio una larga explicación de la alteza de miras del señor Madero y les recomendó guardar compostura y esperar, porque todo se iba a atender a su debido tiempo.

De nuevo en la casa de Villa, Miguel S. Samaniego, díceles:

«—Durante treinta y tantos años hemos sido gobernados por un gobierno que para nada tomó en cuenta la Constitución, sencillamente la ignoró, dando lugar a que un reducido número de personas se adueñara de inmensas posesiones territoriales, sin que se les haya obligado, ni tan siquiera sugerido hacer los deslindes y que siendo en su mayoría estas tierras

apropiadas para su cultivo, podrían dar subsistencia a millones de gentes pobres, mayoría de que se compone la Nación, y que hoy por hoy se debate en la más espantosa miseria, sin propiedad dónde fincar su hogar.

»—Hemos tomado las armas —continuó— para derrocar a un gobierno que durante muchos años no tomó en cuenta a la mayoría ciudadana, por favorecer solamente a una minoría de que se componen los expoliadores de la clase pobre de nuestro pueblo, y hoy nos encontramos ante una peligrosa contingencia; pues según se ve el señor Madero, va a tratar de plasmar en realidad las promesas de redención que sustenta el ideal revolucionario. El se está entregando en las manos del enemigo y no cuenta sino con la burocracia porfirista, que él no ha querido rodearse de los hombres que le han dado el triunfo. ¿Podrá contar con la cooperación eficaz y leal de quienes fueron sus enemigos? Yo en verdad, lo dudo».

Villa escuchacha sin pestañear, lo mismo que los demás revolucionarios.

«—Hablando de lealtad —dijo Villa— es lo que el señor Madero necesita de nosotros y por eso tenemos que esperar y en caso dado, acudir en su auxilio».

Ese mismo día —25 de mayo de 1911— salieron para Sonora, Miguel S. Samaniego, Enrique León Ruiz y Pancho Villa tomó el tren para San Andrés, donde lo esperaba la señorita Luz Corral, su prometida.

Pasó el tiempo y por fin se efectuaron las elecciones para gobernador del Estado, jugando en primer lugar don Abraham González y a última hora Pascual Orozco. El primero obtuvo aplastante mayoría de sufragios y en el mes de agosto de 1911, se declaró gobernador electo al señor González.

Pascual Orozco siguió desempeñando el puesto de jefe de las fuerzas rurales del Estado; pero de ningún modo estuvo nunca de acuerdo con las autoridades; él se dio un abrazo con el señor Madero y posteriormente con el señor González; pero en él había hecho mella el gusano de la ambición despertada intencionalmente por los elementos de la contrarrevolución. Los Creeles y los Terrazas, encontraron en Pascual Orozco al hombre que la reacción necesitaba, para desprestigiar al nuevo gobierno; primero le hicieron intensa propaganda por medio de la prensa local y nacional, creándole un prestigio militar enorme.

Los partidarios de Pascual Orozco, en sus reuniones y por medio de la prensa, censuraban acremente la conducta del señor Francisco I. Madero, acusándolo de carecer de firmeza, poca visión y ser incapaz para afrontar la situación nacional.

Lo que antecede, pudo o no ser cierto, pero a los revolucionarios serranos no les pareció justo el proceder de los familiares de Orozco, que eran en realidad los que desarrollaban aquella labor de descrédito haciendo el juego a los enemigos de la revolución.

Pascual Orozco trató por todos los medios de atraerse a Villa, a Cruz Domínguez, a Agustín Estrada, a Andrés U. Vargas, a Julio Acosta, a Fidel Ávila. Villa, con su natural malicia, no se dejó atrapar y si esto se hubiera conseguido no habría sido años después para los reaccionarios "el bandido", sino un hombre que en el último de los casos, si no lo recordarían, tampoco lo llenarían de improperios, como ha sucedido, porque el delito que éste cometió, consiste en haber cambatido como ninguno a los expoliadores del pueblo mexicano.

Cuando Pancho Villa se encontró por primera vez frente al señor don Francisco I. Madero, iba acompañando a Andrés U. Vargas y su joven ayudante Juan B. Muñoz. Fue durante la primera semana del mes de julio de 1910, cuando el señor Madero, llegó a la ciudad de Chihuahua, en gira de propaganda democrática. Pancho Villa en compañía de Vargas y de Muñoz, fue conducido a la presencia del señor Madero, la presentación la hizo el señor Abraham González en el hotel Palacio. Le dice el señor Madero:

«—Pancho, conozco tus hazañas desde hace años; pero nunca me imaginé que fueras tan joven».

Villa tenía 30 años. Después hablaron en privado por buen rato y en seguida Villa, presentó a Vargas y a Muñoz ante el señor Madero, quien los atendió en la comisión que éstos llevaban, pues iban comisionados por el señor Félix Chávez, jefe del maderismo en el municipio de Namiquipa. Entre otras cosas, el señor Madero le dijo a Villa:

«—El gobierno es fuerte, tiene muchos elementos, dinero y sobre todo crédito para combatirnos, pero nosotros tenemos de nuestra parte, la razón y el respaldo popular».

Estas ideas se arraigaron en la mente de Villa a tal extremo, que siempre fueron su directriz. (Según Juan B. Muñoz, José Burciaga y el coronel José María Jaurieta).

Pancho Villa, había contraído matrimonio con la señorita Luz Corral en San Andrés de la Sierra, desde el día 29 de mayo, yéndose a la Ciudad de México, en su luna de miel. De regreso a Chihuahua, se dedica por completo a su trabajo, arreglando y ampliando su casa de la Calle Décima y Terrazas, la cual se hallaba llena de amigos y él no se daba un momento de descanso; tan pronto estaba en el rastro, entregando ganado que le traían sus vaqueros y revisando las guías que le amparaban la propiedad de sus reses; como luego con los albañiles que le acondicionaban su casa. En esas condiciones lo encontraron los namiquipenses Juan B. Muñoz, Andrés U. Vargas y Félix Chávez y por cierto que ese mismo día, se presentó Pascual Orozco en la casa de Villa, saludando a todos los que estábamos allí. Después empezó diciendo que era una necesidad que todos los revolu-

cionarios siguiéramos unidos, en contacto y en espera de lo que pudiera suceder.

«—Pase a tomar una taza de café —decíale Villa— compañerito; mire cómo estamos de trabajo».

Cuando Orozco se despidió, Villa les dijo a todos sus amigos:

«—Orozco es muy valiente, muy activo y sobre todo muy ambicioso. La mirada de este hombre es de la que no se define y algo más, yo veo en su mirada la traición».

Rememora esto el mayor Juan B. Muñoz y el señor don Silvestre Terrazas, años después, recordaba con exactitud estos incidentes.

Recuerdan también los serranos chihuahuenses: «Sin que nosotros nos lo hubiéramos propuesto, poco a poco las circunstancias de aquella época nos fueron ligando a Villa, hasta que llegó el momento en que nuestra suerte quedó unida al destino de este hombre, Pancho Villa».

Transcurre el tiempo y por fin, el señor don Abraham González se hace cargo del gobierno del Estado, y el pueblo lo aclamó con verdadero entusiasmo, presuponiendo que por fin los ideales de la revolución, se convertían en una realidad viviente.

De todas partes del estado arriban partidarios del señor González, para estar presentes en la ceremonia que con motivo de la toma de posesión se iba a verificar. Llegan los del Namiquipa, Bachiniva, Madera y en fin, de todos los pueblos de la sierra. Villa está en su casa ocupado como de costumbre, a nadie invita, ni busca la compañía de nadie; sin embargo, los de Namiquipa, Andrés U. Vargas, Félix Chávez, Cornelio Espinosa, José de la Luz Nevarez, Juan B. Muñoz, Francisco Rico, Toribio Camarena y otros, llegando a la Ciudad de Chihuahua, se fueron directamente a la casa de la calle Décima y Terrazas, la residencia de Pancho Villa. Allí se encuentran muchos revolucionarios hablando y tomando café con Pancho Villa. El corral está lleno de bestias y por doquiera en la casa de afuera hay monturas y carabinas. Con Villa se encuentran los hermanos Trinidad, Juan y Samuel Rodríguez, Fidel Ávila, Julián Granados, los Acosta, Jesús Ríos, José Almeida, Pedro Bustamante, Toribio Ortega, Rayo Sánchez Álvarez, Rosalío Hernández y muchos otros. Antes van a saludar a don Abraham González y al llegar al Palacio de Gobierno se encuentran con otro grupo de revolucionarios, entre los cuales se hallan, don Guillermo Baca, Angel Ocón, Maclovio Herrera, Tomás Urbina, Faustino Borunda, Lorenzo Gutiérrez y otros. Reunidos todos aquellos revolucionarios se presentan ante don Abraham González, quien se hallaba acompañado en ese momento del general Rábago.

Rememora el capitán Martín D. Rivera que aquel grupo de revolucionarios era numeroso. Don Abraham los recibe en el Salón Rojo de Palacio. Pancho Villa se encontraba, más o menos en medio del grupo, a un lado de

Toribio Ortega. Antes de que don Abraham empiece a saludar a todos, pregunta:

«—¿Dónde está Pancho?

»—Aquí está con nosotros —contestó Trinidad Rodríguez».

Pancho Villa fue el primero en felicitar por medio de un fuerte abrazo al señor González, quien emocionado le dice:

«—¡Cuánto celebro contar contigo, Pancho, y verte rodeado de estos hombres, a quienes yo considero verdaderos maderistas!

»—No son muchos, pero son hombres resueltos —contestó Villa, y agregó—. Todos estos compañeros están a sus órdenes, señor González, ellos me han pedido que los acompañara yo a venir a saludar a usted y por esto estamos aquí».

«Don Abraham González, era un hombre abierto, franco, idealista y soñador, al igual que el señor don Francisco I. Madero. Había descubierto en Villa, al hombre de carácter, de voluntad sin titubeos, hombre de una pieza y sin dobleces, y por eso le había brindado su amistad y comprensión». Estas son palabras del general Albino Aranda.

Pasan los días y las causas que habían unido a los hombres de la revolución, los están ahora dividiendo: Pascual Orozco y Pancho Villa ya no son compañeros, ni se ven como tales. Cada día se han ido distanciando más. Repetidas veces le había insinuado la idea de rebelarse contra el gobierno, pero Villa con su natural habilidad la había rechazado.

El día 5 de noviembre de 1911, rindieron la protesta ante el Congreso de la Unión, los señores Francisco I. Madero y el licenciado José María Pino Suárez como presidente y vice-presidente de la República respectivamente, ante el desbordante entusiasmo y espectación nacional.

Los bien intencionados daban por asegurada la paz. Los que conocían la historia tumultuosa de nuestro pueblo, dudaban desde un principio que el presidente Madero cumpliera las promesas que había hecho a la revolución. Consideraban que cambiar un sistema de castas, con raíces tan profundas, donde los intereses creados se opondrían vigorosamente, no pasaban de ser simples utopías.

En un país donde la clase humilde, mayoría de la población, había sido intencionalmente incitada y estimulada para lograr su emancipación por medio de la fuerza, no sería posible detener la avalancha popular y ni esperar que la clase privilegiada esperará con los brazos cruzados por más tiempo.

Ha llegado la revolución de 1910, con Madero a la cabeza para cumplir los ideales reformistas, conculcados por un régimen dictatorial que reprodujo, con el general Porfirio Díaz a la cabeza, el dilatado y tenebroso interludio de Santa Anna. Francisco I. Madero, apóstol de la democracia,

no presintió siquiera, el curso trágico de su destino, en el caos político que se avecinaba.

En el estado de Chihuahua las cosas iban de mal en peor. Pascual Orozco, siendo el jefe de las fuerzas rurales en el Estado, en nada intervenía para evitar el desorden, que por diversas partes del Estado se estaban desatando, hecho que los gobiernos tanto federal como estatal, no ignoraban. Era igualmente significativo, que, a pesar de estos hechos y ante la desesperación de los maderistas, las autoridades seguían guardando las más altas consideraciones a Pascual Orozco.

El día 12 de febrero de 1912, Mendoza, atacó la penitenciaría de la ciudad de Chihuahua y libertó al coronel Antonio Rojas. El gobernador Abraham González llama nuevamente a Pancho Villa a las armas, y le ordena perseguir y capturar a Rojas.

Días después, Pancho Villa sale a México, con copiosa información de lo que estaba sucediendo por varias partes del estado de Chihuahua, atendiendo a un llamado del señor presidente Madero.

Entre la mucha información que Villa lleva al presidente van varias cartas que Pascual Orozco escribió a los jefes Andrés U. Vargas, José de la Luz Nevarez, Candelario Cervantes, Félix Chávez y otros, invitándolos por medio de una comunicación directa, a rebelarse contra el gobierno del propio señor Madero. Así, desde el efímero triunfo de la revolución con los tratados de Ciudad Juárez, Chih., comenzó la intriga a minar la unidad de los revolucionarios, primero en forma subterránea y luego descaradamente, creando descontento entre los revolucionarios hasta ser por fin imposible para Pascual Orozco seguir fingiendo, y en confabulación con los capitalistas y terratenientes, renuncia a la jefatura de las fuerzas rurales del Estado. Lanza un manifiesto a la Nación. "Sagrados deberes para con la Patria me obligan a tomar nuevamente las armas". Así con esa frase comienza su manifiesto. Pero desconoce al gobierno del Estado y en seguida al gobierno federal.

Los enemigos de la revolución han comprado a la prensa mercenaria en todo el país para atacar sin misericordia y con toda clase de intrigas al gobierno maderista. "Enano de Parras" llaman al señor Madero. Lo han ridiculizado hasta el colmo a él y a toda su familia, hasta crear la situación propicia para sus planes de traición al señor Madero.

Pascual Orozco con el fabuloso apoyo económico de los Creeles y de los Terrazas pudo reclutar gente con mucho éxito desde La Ascención en el norte, hasta Chinipas, en el sur del Estado, y de oriente a poniente. La traición que se había venido incubando en el corazón de los hipócritas enemigos del pueblo logró dividir y arrastrar a su lado a la mayoría de los revolucionarios. Por todas partes del Estado hubo que lamentar la división de la familia revolucionaria. En el municipio de Namiquipa, dis-

trito de Guerrero, José Rascón y Tena se puso de parte de Orozco y en su aventura arrastró a muchos hombres serios, entre ellos a José María Calzadíaz, hermano del que escribe estos apuntes.

La plebe, que habiendo probado el placer del "saqueo" y de apoderarse de lo ajeno, gustosa se aprestó a enlistarse en las filas del general Pascual Orozco, sin comprender que iban a pelear en favor de sus propios enemigos —los eternos enemigos del pueblo— los expoliadores de la clase humilde del pueblo mexicano.

Los niños mimados de las familias acomodadas, los mayordomos y los secuaces de los terratenientes se sintieron de buenas a primeras, presas de rabioso revolucionarismo y con uniformes de campaña y polainas nuevas y hechas a la medida, formaron con grado de oficiales y los amos, algunos como jefes, en las filas de la contrarrevolución.

El señor don Abraham González logra escapar ayudado por el señor Rayo Sánchez Alvarez y los hermanos Machuca lo llevan a Barrancos de Guadalupe, después de haber permanecido oculto en la casa del señor José Alcalá por varios días. El señor José Alcalá era compadre de Pancho Villa y el señor Rayo Sánchez Alvarez era el administrador de la hacienda de Guadalupe, en la región de Cuchillo Parado, Chih., propiedad de un pariente cercano del señor González. En cuanto a los Machuca, uno de ellos, Manuel, se incorporó a la revolución con Villa y estuvo a su lado hasta el último momento, actualmente vive. Todos estos datos son absolutamente históricos.

Entre tanto, por acuerdo del Presidente Madero sale el general José González Salas, ministro de la Guerra y Marina, al frente de una columna de las tres armas rumbo al norte, con el fin de imponer el orden, alterado por el levantamiento de Pascual Orozco. Sin embargo, iba al suicidio.

Ocurrió que, al aproximarse esa columna a los campos de Rellano, Chih., en su avance al norte, los orozquistas soltaron una "máquina loca" por orden de Emilio Campa, cargada con dinamita rumbo al sur y al chocar con los trenes del general Salas produjo una explosión gigantesca, ocasionando el desastre y luego el suicidio del pundonoroso general José González Salas.

Esa máquina infernal fue lanzada por el maquinista "El Mexicano". Lo llamaban así por haber sido el primer mexicano maquinista en esa división. Es coronel del ejército y se llama Francisco Díaz. Este suceso tuvo lugar en los campos de Rellano, durante los primeros días del mes de abril de 1912.

Para esa misma fecha, Pancho Villa ya había reclutado gente escogida y se le habían incorporado la mayoría de los revolucionarios que había conocido antes de 1910 y durante el sitio a Ciudad Juárez, Chih. Así es que al presentarse en Parral, y sorprender y desarmar a las fuerzas del

mediocre José de la Luz Soto en sus propios cuarteles sin disparar un tiro, ya iban con él hombres de la talla de Trinidad Rodríguez y sus hermanos Juan y Samuel, Fidel Ávila, Nicolás Fernández, Javier Hernández, Natividad García, Tiburcio Maya, Martín y Pablo López, Tomás Urbina y muchos otros de los mejores hombres del semillero serrano y es allí donde se le une Maclovio Herrera. En esa misma fecha también los de Namiquipa, hacían acto de presencia y se agrupaban con José de la Luz Nevarez y Andrés U. Vargas.

Siendo Villa general honorario, tuvieron todos los maderistas de aquella comarca que reconocerlo como jefe y por una orden por escrito que él traía —es decir— una autorización de don Abraham González para reclutar gente y procurarse elementos de guerra y boca, procedió según él mismo confesara, a reunir a los hombres de negocios en Parral y a pedirles dinero prestado, extendiéndoles un recibo que sería pagado por el gobierno del Estado. Se necesitaba cubrir los haberes de la tropa, tanto la directamente a sus órdenes como la de los otros jefes como Urbina y Herrera. En esos días recibe la orden del señor presidente Madero de ponerse con su brigada a las órdenes de Victoriano Huerta.

Según el general Rubio Navarrete, la División Federal estaba formada por más de 4,000 hombres de las tres armas y entre otras corporaciones contaba con una brigada irregular al mando del general honorario Francisco Villa.

Huerta y Villa se repudian profundamente. Huerta, que se emborrachaba diariamente, no pierde la oportunidad de humillar a Villa de contínuo: haciéndole preguntas que no vienen al caso y que éste no puede contestar en el acto; lo asedia con lo de: "Mi General Honorario" y Villa, muy a su pesar, se tiene que aguantar porque sabe que el otro es el Jefe Supremo de la División.

Tanto el general Huerta como el general Villa, tienen cada uno su propia personalidad; pero en cuanto a su condición humana eran diametralmente opuestos: Huerta, soldado por educación militar a lo europeo; astuto más que inteligente, hipócrita, más que audaz, no es tenaz sino vicioso, no es de confianza, sino un falso consumado, no es modesto sino déspota. Tiene a su favor ser un gran soldado, organizador y hombre muy ambicioso. Porfirio Díaz lo llamó hombre de destino. En cuanto a Villa, éste es un ranchero inculto, soldado por intuición, brutalmente sincero, valiente hasta la temeridad, audaz, astuto, enemigo de la falsedad y de los vicios, ajeno a la intriga, de inteligencia natural, de una actividad que no conoce límites, gran organizador; pero con un defecto máximo: extremadamente irascible.

Desde el primer momento que el destino ha puesto a estos dos hombres frente el uno a el otro, el odio fue mutuo. Solamente coinciden en lo

siguiente: los dos son hombres que saben matar; los dos son vengativos; los dos son en extremo impulsivos; los dos son rencorosos; los dos son soldados —el uno por escuela y el otro por intuición.

Huerta odia a todos los jefes irregulares, conoce muy bien y no lo olvida, que Villa, desde su adolescencia, siendo un prófugo, ha combatido a los federales. Conocía las hazañas de Villa, por eso a éste es a quien ha escogido como blanco, a los demás jefes irregulares ni tan siquiera los toma en cuenta, los considera menos que basura, según afirman muchos jefes que lo conocieron.

Una vez organizada la División y al mando de Victoriano Huerta, comienza la batalla de Rellano, Chih., donde el poder combativo de las fuerzas de Pascual Orozco, compuestas por doce mil hombres y con algunas piezas de artillería y bajo las órdenes de buenos jefes rebeldes como Marcelo Caraveo, José Inés Salazar, Manuel Gutiérrez, Flores Alatorre, Lázaro Alanís y otros, fue destrozado por la artillería del coronel Rubio Navarrete y desbandada su gente por la brigada de caballería del general Francisco Villa.

Según el mismo coronel Rubio Navarrete, ninguno de los jefes de la división conocía el terreno en que iba a maniobrar y de ahí que, en la vanguardia se comisionara a Francisco Villa, guerrillero valiente y conocedor del terreno como ningún otro. La brigada de Villa siempre iba a la vanguardia, y nunca perdía el contacto con el enemigo. Recuérdese que en esa fecha, iban bajo las órdenes de Villa, nada menos que Tomás Urbina, Luis y Maclovio Herrera, Rosalío Hernández y otros. Esto nos dará una idea de la calidad de Villa. Viven el general de división Nicolás Fernández y el coronel Cirilo Pérez, que son sobrevivientes de aquella jornada, y claro es, muchos otros.

He dicho que Huerta odia a Villa, y su único pensamiento es humillarlo en cuantas ocasiones se presenten, y luego acabar con él. La prensa reaccionaria, naturalmente se ocupa de Villa, siendo enemiga desde sus entrañas de todo lo maderista, ataca a Villa con dureza, sin piedad, ayudándole a Huerta a terminar con Villa. El borracho y marihuano Huerta solamente espera una oportunidad para deshacerse del general honorario. Francisco Villa, su pesadilla. Éste, por supuesto, que no lo ignora, lo presiente, pero por su lealtad al señor presidente Madero, se calla, y es precisamente esta lealtad a Madero la causa del odio que se le tiene. Aún se puede apreciar en los artículos de García Naranjo.

Luego se presenta la oportunidad que Huerta ha estado esperando y hasta cierto punto, provocándola: Ocurrió que el general Antonio M. Rábago se dirigió a Parral, durante la permanencia de la División en Jiménez y Villa lo acompaña. Según las declaraciones de los sobrevi-

vientes a raíz de estos hechos, a Villa y a los revolucionarios se les dispensó un gran recibimiento por parte de los maderistas del lugar. Los federales se sintieron humillados, pues nadie los atendía, y en cambio Villa y otros revolucionarios eran motivo de atenciones. No hubo una persona, fuera de los achichincles del gobierno pasado, que les dispensara atención alguna a los federales del general Rábago. Esto los puso furiosos. No se daban cuenta que ellos por ser federales, apestaban horriblemente. El pueblo estaba cansado de aquella pestilencia, llamada porfirismo. Según lo declarado por el coronel Rubio Navarrete a raíz de estos hechos, a Villa se le dispensó una calurosa recepción por el elemento revolucionario del lugar. Villa era absolutamente temperante, pero el agasajo se le subió a la cabeza con los humos del alcohol. De regreso a Jiménez, se adelantó Villa al general Rábago; éste le hizo una cariñosa amonestación, pues todos querían al guerrillero de la división; pero éste era en extremo irascible y esto hizo que sin medir las consecuencias de su acto, dirigiera un mensaje al presidente de la república, informándole que la campaña contra Pascual Orozco la iba a hacer por su cuenta y riesgo. Por supuesto que este mensaje nunca llegó a su destino porque el control telegráfico lo tenía el general jefe de la división. Nunca se ha objetado esta declaración histórica.

Un día de los postreros del mes de mayo de 1912, Villa fue atacado de una fuerte fiebre. Tomás Urbina le dio una friega con alcohol y lo arropó, quedando recluido en el mismo cuartel. Vive uno de los hermanos Baray, que junto con Baudilio Uribe, José de la Luz Vázquez, Crisóforo Sosa y Juan Rentería, acompañaban a Villa en esa ocasión. Huerta que en ese momento se encontraba bajo la influencia del alcohol ordena que el coronel Francisco Castro, le lleve a su presencia "al Honorario", pero Villa no obedece la orden explicando los motivos. Es aquí cuando el coronel Rubio Navarrete es llamado al cuartel general y Huerta muy furioso, le dice:

«—He tenido informes de que Villa quiere sublevarse; tome usted la fuerza necesaria, ametralle el cuartel de este hombre y no me deje de él ni astillas».

Con lo que antecede basta para comprender lo que en el cerebro de Huerta se estaba gestando, *ametralle usted el cuartel de este hombre y no me deje ni astillas.* Era un anticipo de lo que iba a suceder el día 22 de febrero de 1913 —es decir 9 meses después—. Sólo un hombre con la nobleza de alma como la del señor Francisco I. Madero, podía seguir impasible, creyendo en la bondad de los vencidos, los porfiristas, sus enemigos: en el terreno militar, dependía de los federales, cuyos jefes con muy honrosas excepciones, eran sus enemigos. En el terreno político estaba a merced de los científicos, porfiristas de pies a cabeza, eternos enemigos del pueblo y por ende de su gobierno.

Es archiconocido el hecho de que Pancho Villa contaba con una autorización por escrito del señor don Abraham González, gobernador del estado de Chihuahua, para que se procurara los elementos necesarios, tanto de boca como de guerra para su brigada. Por esos días, oficiales subalternos de Villa, recogen algunas bestias de la región de Jiménez, Chih., entre cuyos animales iba una hermosa yegua propiedad de un acaudalado comerciante de la ciudad de Jiménez, el Sr. Marcos Russeck. Dicha yegua fue recogida por los oficiales Encarnación Márquez y Blas Flores. Marcos Russeck no aceptó el recibo que le extendían los mencionados oficiales, para que lo cobrara al gobierno del Estado y pidió al general jefe de la división que se le entregara su bestia. El coronel Rubio Navarrete entra al cuartel de Villa y lo encuentra acostado, en compañía de oficiales federales, regresa y da parte a Huerta. Éste, como se ha dicho, se encontraba bajo la influencia del licor, al enterarse de que Villa se halla enfermo, aprovecha la ocasión para acabar con él. Con el coronel Francisco Castro, vuelve a ordenar que Villa se presente en el acto. Villa hace nuevamente ver al coronel Castro que le es imposible obedecer el llamado por estar enfermo y con fiebre. Esto es lo que esperaba Huerta; que Villa cometiera un delito penado por la ordenanza general del ejército. Desobedecer una orden superior en un ejército en campaña es delito que se castiga con la pena de muerte sin formación de causa. La oportunidad se ha presentado: Pancho Villa desobedeció una orden superior y al general Huerta no le importan las razones. La oportunidad es única, para lograr sus intenciones, es decir, acabar con el hombre que él odia.

Los soldados y oficiales de Villa ven, indignados, como una escolta al mando del coronel Castro se lleva preso a Villa a la presencia de Huerta, que no ha dejado de tomar licor. Al ver a Villa le echa en cara el haberse robado una yegua. Villa con toda energía se defiende y el borracho no escucha las razones de Villa y lo manda fusilar, dizque para mantener la disciplina (?).

Raúl Madero y Rubio Navarrete intervienen oportunamente y lo salvan. Ya frente al pelotón que lo iba a fusilar, se lo lleva bajo su responsabilidad el coronel Rubio Navarrete. Luego el señor don Enrique Llorente, que a la sazón era el cónsul de México en El Paso, Texas, se comunica con el señor Madero y así salvan a Villa. El señor Madero ordena que lo manden preso a México.

En los precisos momentos en que Villa iba a ser embarcado preso en un furgón con destino a México y en presencia de muchas personas entre ellas varios oficiales subalternos de Villa, Huerta se acerca y le dice a Villa:

«—Cálmese mi señor general, que ya todo pasó. Le van a traer una taza de tila para los nervios».

Qué lejos estaba Huerta en pensar que era él quien en realidad iba a necesitar no una taza sino un pichel de tila para aplacar sus nervios, el día 23 de junio de 1914, cuando se enteró de que Villa, al frente de la División del Norte le hizo trizas su último baluarte.

Entre tanto, Pancho Villa, por acuerdo presidencial, es internado en la Penitenciaría del Distrito Federal el 8 de junio y posteriormente el día 4 de noviembre del mismo año, 1912, pasa a la Prisión Militar de Santiago, quedando preso en el departamento para generales.

Ese día en que Francisco Villa estuvo a punto de ser pasado por las armas, experimentó, según sus propias palabras, "la más fuerte emoción de su vida". Victoriano Huerta pudo haberse sentido satisfecho de su obra, había humillado al general honorario Francisco Villa; pero muy lejos estuvo de pensar que con aquel acto iba a despertar en Villa, todo lo que de grande dormitaba en él. En medio de aquella emoción brutal, Villa se encontró a sí mismo. Todos los hombres que han encontrado su otro yo, lo han logrado en medio de una crisis máxima.

Se escapó Villa de las garras de Victoriano Huerta, quien trató de acabar con él. Aquí estuvo la mano del destino, para el cual la lógica no cuenta. Jamás presintió Huerta que aquel hombre caído en desgracia momentáneamente, era quien 8 meses después se iba a convertir en el huracán de la revolución y azote de los traidores, y que a pesar de carecer de los conocimientos técnicos de la guerra a lo europeo, sería quien destruyera unos meses después a la flor y nata del ejército federal, atacándolo y destruyéndolo a la *mexicana*.

En torno a este caso, es conveniente recordar algunos pormenores. El general Victoriano Huerta acusó a Villa de graves delitos, por ejemplo: insubordinación, desobediencia, pillaje y homicidio. En consecuencia, el presidente Madero ordenó que se le procesara.

Los enemigos de Villa han aprovechado este caso para atacarlo y desacreditarlo alterando los detalles del suceso, hasta el grado de asegurar que el proceso se debió al robo de una yegua. Pero según el propio licenciado Méndez Armendáriz, quien fue el que procesó a Villa, no fue la yegua ni pudo haber sido motivo para que se le enjuiciase; por otro lado ni siquiera figuró en la consignación que de Villa hizo el general Huerta.

Villa firmó diversas diligencias y dentro de la causa se tomaron declaraciones a los soldados de Villa, Blas Flores y Encarnación Márquez, como también al señor licenciado Antonio Sarabia y al Señor Miguel Chávez Olguín.

Nunca se presentaron las pruebas de los delitos de que se le acusó —sólo unas copias—, pero no los originales, y el juicio nunca llegó a cerrarse porque se necesitaba efectuar un careo entre el acusado y el general Huerta.

Lo de la yegua, que según el decir de alguien, Villa robó al señor doctor Cruz López, jefe político de Parral en aquella ocasión, no ha pasado de ser otro de los muchos pecados que le han colgado al famoso Centauro del Norte. «Para qué negarlo, todos los hombres revolucionarios, entonces y después, tuvieron cierta inclinación por lo ajeno, unos más, otros menos, pero todos se apoderaron no de una yegua, sino de varias y algo más», refieren los hombres que estuvieron cerca de Villa, como son el coronel José María Jaurieta, el teniente coronel Reynaldo Mata, el mayor Juan B. Muñoz, el general Vargas y otros...

En cuanto a que Villa aprendió a leer y escribir en la prisión de Santiago, es otra patraña, es un detallito, pero falso, pues abundan los testimonios. Los serranos chihuahuenses, lo saben y les consta, que Villa desde el año de 1902, época en que comenzaron a conocerlo, ya sabía leer y escribir, mal si se quiere; pero sabía. Así es que Villa sabía mal leer y mal escribir, desde antes de ser el adolescente prófugo.

*
* *

Mientras tanto, han pasado seis meses y Villa sigue preso. Ni una palabra que le dé una señal de esperanza ha recibido durante este tiempo. Con frecuencia recibe visitas; pero nadie sabe nada de su juicio. Su esposa, Luz Corral, lo ha visitado y Villa le ha dicho:

«—Te suplico que no le veas la cara a nadie, yo saldré de aquí».

Dice el mayor Juan B. Muñoz: «Una vez que se llevaron preso al general Villa para México, se pasó a deshacer la brigada y la gente fue incorporada en las diversas corporaciones, pero sucedió que todos comenzaron a desertar y estando nosotros en Namiquipa, llegó Andrés U. Vargas que era un hombre de muchos alcances y nos dijo:

»—En la prisión y en la cama se conocen a los amigos y a los hombres. Pancho está preso en la ciudad de México, tenemos que ir a verlo y ver en qué forma le podremos servir».

El señor don José Muñoz, hombre de cierta cultura, y bondadoso, conocía a Villa desde tiempo atrás, fue de la misma opinión de Vargas. Fueron a México varios de ellos, entre los cuales iban Vargas, Juan B. Muñoz, Manuel Baca y José Almeida. Cuando se les permitió visitar a Villa, éste les dijo, bromeando:

«—Que ¿no me trajeron un pedazo de carne seca? —y cuando estuvo seguro de que no los escuchaban nadie, le dijo a Vargas:

»—Váyase a Chihuahua, yo saldré de este gallinero dentro de unos días. Si no me he salido es por el respeto que tengo para el señor presidente, aunque la verdad, es que ya la están haciendo muy larga».

Para aquella fecha, Villa ya había meditado con ávida paciencia, sobre su situación y también con ávida paciencia se había estado enterando por boca de los generales Bernardo Reyes y Gildardo Magaña, de todo lo que se estaba fraguando en contra del señor presidente Madero. A él lo han invitado; pero él no ha dicho una sola palabra; únicamente escucha.

Desde las profundidades de su alma, alma de hombre de acción brutal, y desde la oscuridad de su cerebro, había estado su imaginación creadora forjando lentamente un plan, que sólo él era capaz de poner en práctica. Los generales hablan y él escucha. Hasta aquel momento él no había pensado en escapar de la prisión por su lealtad al señor Madero, pero cuando ve que se aproxima la fecha del cataclismo que habrá de sacudir la conciencia nacional, se detiene frente al empleado que le toma declaraciones, Carlos Jáuregui y le dice:

«—Mire güerito, ¡cómo me gusta usted para una hombrada!»

Se entienden, y el día 26 de diciembre de 1912, Pancho Villa sale de la prisión, disfrazado. Parte para Toluca, Salvatierra, Celaya, Guadalajara, Manzanillo, Mazatlán, Hermosillo, Nogales y se interna en los Estados Unidos.

*
* *

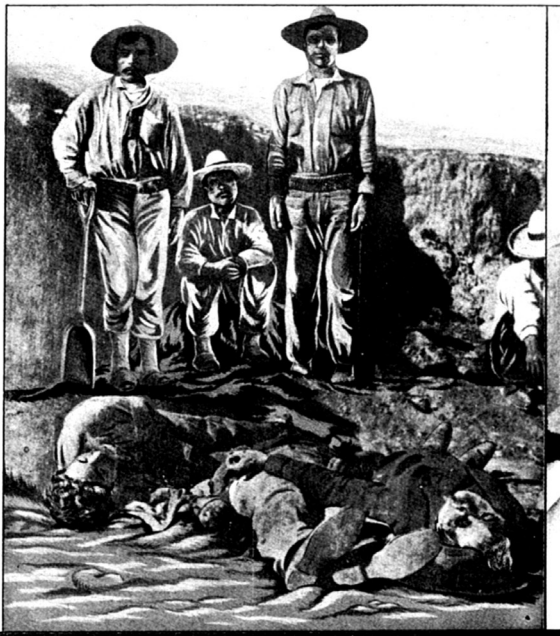
Entre tanto, allá en el norte, los acontecimientos se habían desarrollado con suma rapidez. Después de la batalla de Bachimba, Pascual Orozco, derrotado, abandona la capital del estado de Chihuahua. En su retirada hacia Juárez, se lleva trenes cargados con las familias de sus adictos, con sus infanterías y con cuanto puede cargar. En la retaguardia iban dos máquinas levantando la vía, la cual destruye casi hasta Ciudad Juárez. Otro tanto sucede por la vía del noroeste. Las caballerías se desparraman por los pueblos de la sierra del distrito de Guerrero y Galeana. El grueso de los orozquistas se concentra en Casas Grandes, donde el general José Inés Salazar, espada en mano, evita que los soldados se dediquen a saquear los establecimientos comerciales. Ante la avalancha de orozquistas el general José de la Luz Blanco que guarnecía Casas Grandes, la evacúa con sus fuerzas y se posesiona de San Miguel de Bavícora. Entre estas tropas se hallaban las del mayor Alejandro Quintero, de los capitanes Candelario Cervantes y José de la Luz Nevárez con la gente maderista de Namiquipa. Con los Quintero iban Matías Rascón, Manuel Bustillos y su hermano, Santiago Húmar, M, Herrera y los hermanos Márquez de San Pedro Madera, Chih.

Entre tanto, Victoriano Huerta había ocupado la capital del estado de Chihuahua, donde tiene que permanecer durante varios días, en virtud de que se tiene que reparar la vía férrea al norte y al noroeste. Al cabo de este tiempo, los federales emprenden su marcha rumbo al norte, primero y después al noroeste, ocupando Ciudad Juárez y poco después, Casas Grandes.

Rememora uno de los sobrevivientes de aquella jornada, el ex-mayor Alfredo Márquez: «De Estación Pearson, se separa mucha gente del grueso. Muchos jefes y oficiales no tuvieron tiempo de poner a sus familias a salvo en territorio americano y las llevaban consigo en los trenes militares y por tierra tuvieron que conducirlas a través de la sierra para Sonora. Tal fue el caso del capitán José Ruiz Munguía, quien mediante un salvoconducto que le expidió el general Antonio Rojas, se apartó yéndose para Dolores, Chih., donde se presentó con el mayor Alejandro Quintero. En igual forma procedieron los jefes de Namiquipa, José Rascón Tena, con José María Calzadíaz y José Jiménez, los hermanos Moreno y Primitivo Ruiz».

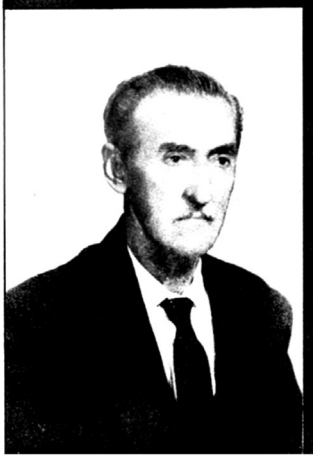
El coronel José Rascón y Tena, murió en la sierra, víctima de una fiebre espantosa. Los demás se fueron a Namiquipa y entregaron sus armas al mayor José de la Luz Nevárez. Unos días después de esta fecha, el general José de la Luz Blanco, con unos 600 dragones a su mando, hallándose en San Miguel de Bavícora, y sin saber lo que hacía, tuvo conocimiento de que el enemigo se le aproximaba, mandó que unos 50 dragones ocuparan un cerrito cercano al lugar mientras que él se entregaba despreocupadamente a descansar en el casco de la hacienda, sin mayor preocupación. Los orozquistas lo rodearon con toda su gente y lo tomaron prisionero, mientras su gente se retiró en completa derrota. El general José Inés Salazar ordenó que inmediatamente fuera fusilado, a lo cual se opuso firmemente el general Antonio Rojas, alegando que Blanco era su prisionero y que tocaba a él decidir la suerte de éste. Rojas lo dejó en libertad bajo promesa de que no volvería a meterse con los maderistas y que se alejaría para los Estados Unidos. No cumplió la promesa; en cuanto se vio libre, se fue a incorporar con su gente, ya muy mermada por tanta deserción. El mayor Alejandro Quintero se retiró para Dolores, donde se le presentó el capitán José Ruiz Munguía, que iba huyendo de los orozquistas, quedando incorporado a la gente de Quintero con el grado de capitán pagador. De San Pedro Madera, parten por el sendero a Sírupa, Chih., con destino al Mineral de Dolores, Chih., las fuerzas de Antonio Rojas y Ramón Valenzuela. Al llegar a Sírupa, Chih., hubo un fuerte disgusto entre varios jefes subalternos, entre estos Manuel Armendáriz y José María Herrera, por cuestión de faldas, y a consecuencia de estra trifulca se separaron, con Armendáriz muchos serranos chihuahuenses y regre-

Pancho Villa (1) y Pascual Orozco (2), en una nevería de El Paso Tex., días antes de la toma de Ciudad Juárez.

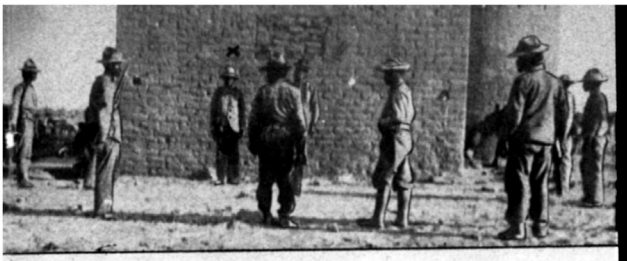


Severiano Talamantes y sus hijos Severiano y Arnulfo, fusilados por el coronel F. Chapa, de las fuerzas federales del general Ojeda, en Sahuaripa, Son., en enero de 1911.

General de brigada, retirado, Enrique León Ruiz incorporado a las fuerzas del capitán Miguel S. Samaniego con voluntarios del mineral de El Tigre, Son. Tomó parte en el ataque de Agua Prieta, Son., (12 de marzo de 1911) y en la toma de Ciudad Juárez a las órdenes del coronel José Blanco.



Matías Rascón superviviente de los valientes que tomaron las armas en el mineral de Dolores, Chih., al mando de Celio Cienfuegos.

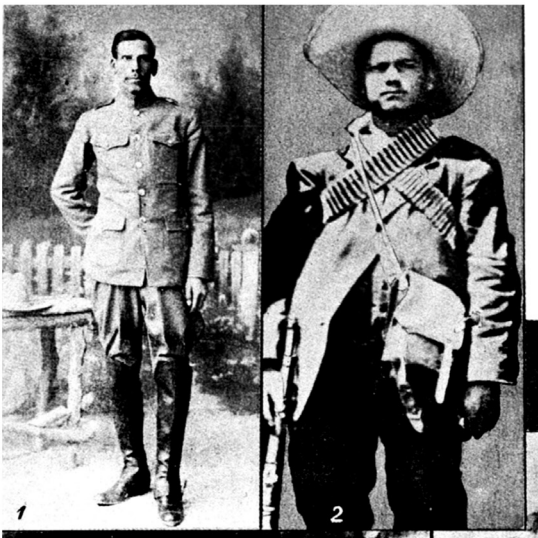


El general Eduardo Hay ordena el cuadro para el fusilamiento del coronel Chapa y su secretario, hechos prisioneros por Cenobio Rivera de las fuerzas del general Obregón. En la foto inferior se ven los cuerpos de los fusilados por soldados del mayor Miguel Antúnez. Santa María, Son., 1913.

Capitán Francisco Montoya Meléndez que militó bajo las órdenes de Maclovio Herrera, Miguel González y Trinidad Rodríguez. Fue ayudante del general Angeles en la batalla de Trinidad, Gto., y ayudante de estado mayor del bravo general Ocaranza.

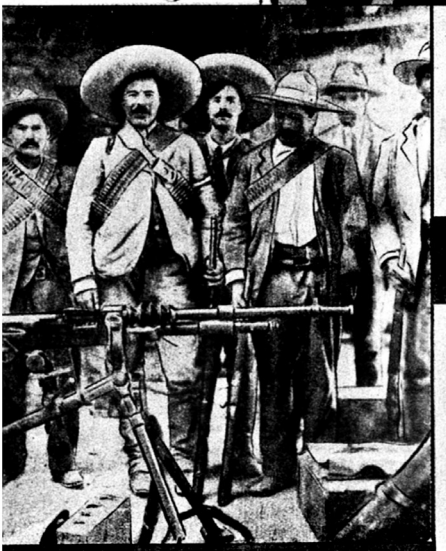
Señor Rayo Sánchez Alvarez, administrador de la hacienda de Guadalupe y que ayudó a huir a Don Abraham González, cuando Orozco intentaba asesinarlo.

Luis Herrera en 1910, cuando tomó las armas con su hermano Maclovio.



1.—General Toribio Ortega, valiente y leal revolucionario, colaborador de Villa. 2.—Martín López, temerario discípulo de Villa. 3.—Coronel Manuel Ochoa.

1.—General Maclovio Herrera. 2.— General Luis Herrera. 3.—Mayor Miguel Orozco. 4.—Mayor Pedro Sosa. Primera toma de Torreón. 1913.



Villa nuevamente en acción. Aquí le vemos con una ametralladora capturada a los orozquistas al conquistar los cuarteles de las tropas de José de la Luz Soto, en Parral, Chih.

General Orestes Pereyra, fusilado por el general Estrada, en octubre de 1915, cerca de El Fuerte, Sin.

saron para San Pedro de Madera, Chih., donde se reunieron con la gente de los Caraveo y se internan a la sierra por la región de Yoquivo, Chih.

Ante la presencia de los orozquistas, del general Rojas y Ramón Valenzuela, el mayor Alejandro Quintero se posesionó de las alturas que dominan la entrada al puente del río, desde donde detiene a los orozquistas por espacio de tres días, hasta que faltándole municiones opta por abandonar el pueblo. Los orozquistas de Rojas entran al pueblo de Dolores donde permanecen varios días, dándose un buen descanso; durante ellos hubo un pleito entre ellos mismos, cayendo muerto el coronel José María Herrera, que al tratar de apaciguar los ánimos se interpone entre los pleitistas y recibe un balazo. En cuanto al coronel Ramón Valenzuela, éste se separa de Rojas, tomando rumbo al Sur, seguido de poca gente y al llegar a los aledaños de Alamos, Son., es batido por los maderistas de la comarca, lo capturaron, lo conducen a Hermosillo, Son., y lo fusilan.

Victoriano Huerta a su vez, con el grueso de sus fuerzas avanzaba sobre Casas Grandes, Chih., y los orozquistas se desparraman por la sierra y en gran número se internan al estado de Sonora, donde son fieramente batidos por las fuerzas del general Sanjinés, bajo cuyas órdenes militaba el entonces teniente coronel Alvaro Obregón. Rememoran estos hechos los serranos chihuahuenses. Derrotados los orozquistas por las fuerzas del general Sanjinés en el norte de Sonora, se repliegan para la región de Ojitos, Chih., perseguido de cerca por las fuerzas de Sanjinés. Es en esa comarca donde hacen contacto las fuerzas de Sanjinés con las que directamente comanda Victoriano Huerta. Es en esa ocasión cuando Huerta y Obregón se saludan por vez primera. Huerta felicita al teniente coronel Alvaro Obregón por sus relevantes triunfos sobre los orozquistas. ¡Qué lejos estuvo el general Huerta de sospechar que allí frente a él, tenía nada menos que al hombre ante quien habría de rendirse incondicionalmente el ejército federal, en los primeros días del mes de agosto de 1914, en el pueblo de Teoloyucan, a corta distancia de la Capital de la República.

Villa en Acción.—Postrimerías de 1913.

—Pancho Villa, en la Frontera.

Son los primeros días del mes de enero y Pancho Villa no ha permanecido inactivo. Se ha entrevistado con el señor Maytorena sosteniendo varias y prolongadas conferencias con el señor Enrique C. Llorente, cónsul de México en El Paso, Tex. Éstos se han comunicado directamente con el señor presidente Madero, poniéndole al tanto del plan que están fraguando los generales Félix Díaz, Bernardo Reyes y Manuel Mondragón, porque Villa conoce todos los pormenores del complot.

El señor Madero, lejos de tomar medidas para hacer fracasar el complot en su misma cuna, sigue impasible y nada se puede hacer para que el señor Madero descienda de las alturas en que dormita. Sus buenas intenciones no resultaron ser otra cosa que las piedras que iban cubriendo la senda que lo estaba conduciendo al tremendo caos y que desgraciadamente habíale de costar la vida y a nuestro pueblo verse obligado a sostener una lucha armada que salpicó al país entero de sangre y lágrimas.

Villa sabía perfectamente que los acontecimientos estábanse desarrollando demasiado aprisa. Por lo mismo, él no pierde el tiempo. Por de pronto parece no tener un plan definido; pero manda correos para diversas partes del estado de Chihuahua, como a la vez recibe emisarios. Con don Andrés U. Vargas manda una comunicación al señor Abraham González, gobernador del estado, poniéndolo al tanto de lo que está por suceder; él lo sabe de primera mano, por haber sido informado e invitado a la vez, por los dirigentes de la conspiración contra el gobierno maderista.

El día 10 de enero, la prensa de la ciudad de Chihuahua, da la noticia de que Francisco Villa, quien hasta el día 26 de diciembre próximo pasado se encontrara preso en la Prisión Militar de Santiago Tlaltelolco, Distrito Federal, había sido localizado en la ciudad de El Paso, Tex., pues el general Villa había permanecido semioculto desde su arribo a la mencionada población. Los maderistas de Namiquipa estuvieron en contacto con él en todo ese tiempo, por medio de Manuel Baca.

El día 24 de enero, Villa celebra una junta con varios de los serranos revolucionarios, entre los cuales se encuentran Andrés U. Vargas, Manuel Baca y Julio Acosta a quienes los instruye de cómo deben de ir procediendo a ponerse en contacto con las siguientes personas: Telesforo Terrazas, en el pueblo de Cruces; Eligio Hernández, en la hacienda de Santa Clara; Jesús M. Ríos y José Almeida, en Bachiniva; Julián Granados y Cruz Domínguez en el pueblo de Carichic; Agustín Estrada en Cusihuiriachic; Gorgonio Beltrán en Santa Cruz de Herrera; Julián Pérez, en Pedernales; Fortunato Casavantes, en Matachic; los hermanos Trinidad, Samuel y Juan Rodríguez, en Huejotitlán; José Ruiz y Pablo López en Satevó, etcétera.

Para estas fechas, la prensa reaccionaria se las traía duras contra el general Villa; pero éste no daba la menor importancia a las calumnias de sus indignados enemigos. En él se ha madurado una *idea* y él estaba convencido de que nada lo detendría en su afán, solamente la fatalidad, pero él no la teme sino resuelto salió a su encuentro desafiándola cuantas veces fue necesario.

Ha estado dentro del cuadro y frente al pelotón que lo iba a fusilar. Lo han humillado, lo han tenido preso por cerca de siete meses; ha tenido que escapar para recobrar su libertad. Pero ahora, él ya es otro en cuanto a determinación. La paz que se vio obligado a disfrutar en la prisión le ha permitido meditar con calma, sobre su vida; ha hecho un resumen de su agitada y dilatada experiencia; se ha concentrado analizando sus propias capacidades y se ha pasado muchas horas juzgando a los hombres sin lograr ver por ninguna parte la chispa del genio; ha encontrado en la minoría la hombría y la vergüenza, y en la mayoría la bajeza, cobardía, vileza y doblez. Es entonces cuando él se ha decidido a concentrar su esfuerzo, su voluntad, y a aguzar sus sentidos. Ya de tiempo atrás, combatir no era un deseo vago; pero de este momento en adelante, será una hiriente obsesión: El acabar con los enemigos de la libertad de los de su clase fue su mayor pasión y no por una mera casualidad es el ídolo de los humildes norteños que ya lo conocen.

El infortunio ha sido para él, lo que el carbón para el acero: el elemento químico que le dio el temple a su carácter.

Son los postreros días del mes de enero de 1913, nos encontramos entre nativos de la Sierra Madre Chihuahuense. Con mucha discreción han venido los emisarios del general Villa comunicándose con las personas indicadas. Todos escuchan con avidez las instrucciones de Pancho Villa y luego enmudecen y nadie fuera de ellos, llega a enterarse de nada de lo que el cerebro del Centauro está gestando.

Hace dos años que fue la revolución maderista; en aquel entonces, era el maderismo contra el porfirismo, y ahora siguen en pie los porfiristas, en cuanto a los maderistas, éstos se hallan divididos desde la defección de Orozco. Los odios y las pasiones se han recrudecido. Maderistas de verdad, por convicción, no son muchos; pero sí son hombres resueltos que con sus sentidos en tensión trataron de pronosticar el futuro pulsando el latir del corazón de Pancho Villa. Me estoy refiriendo a los serranos chihuahuenses. Así ha pasado el tiempo y Villa ya ha puesto sobre aviso de lo que él espera, a todos sus futuros jefes.

El día 8 de febrero de 1913, en una casa de la calle Rosales en la ciudad de Chihuahua se entrevistaron con don Abraham González varios hombres de la sierra y el señor Martín Uzueta, quienes con indicaciones de Pancho Villa deberían convencer a don Abraham para que con ellos abandonara la capital del estado. El coronel Manuel Baca que hablaba en representación de Villa, trata inútilmente de hacer ver al señor González la necesidad de tomar el único camino que en aquella hora les quedaba, antes de que fuera tarde: salir de la ciudad y protegido por ellos, irse a un lugar seguro.

El día 10, el señor González comunica al coronel Baca y al señor Uzueta que acababa de estallar en la ciudad de México una revuelta. Ni aún así se decide don Abraham a ponerse a salvo. En la plaza no tenía de su parte ni tan solo un hombre de la policía, salvo algunos amigos; las tropas federales estaban al mando del general Antonio Rábago, así que tanto la guarnición militar como la policía, con raras excepciones, eran sus enemigos, por ser antimaderistas.

«—El señor presidente Madero me acaba de comunicar —deciales el señor González—, que la sublevación será sometida al orden en cuestión de horas.»

Mas la realidad era otra y ¡qué distinta!

Cronología de los acontecimientos

Febrero 9 de 1913. Estalla por la noche una infame cuartelada en la ciudad de México, dirigida por los generales Bernardo Reyes, Manuel Mondragón y Félix Díaz. Tratan de tomar por asalto al Palacio Nacional y son

rechazados por las fuerzas leales, quedando muerto en el campo de la lucha el general Bernardo Reyes y se reconcentran en la Ciudadela.

Febrero 11.—El señor presidente Madero declara tener confianza en que los sublevados serán sometidos al orden por las fuerzas leales.

Febrero 13.—Se tiene conocimiento de que el gobierno de Washington ha ordenado que cuatro cruceros conduzcan tropas a cuatro puertos mexicanos, con el fin de dar garantías a los ciudadanos americanos y extranjeros residentes en el país.

Febrero 14.—El primer mandatario de México hace un llamamiento al gobierno de los Estados Unidos para que se abstenga de movilizar hacia puertos mexicanos buques de guerra de aquel país: Dice el señor presidente Madero al presidente W. H. Taft: «Es cierto que mi patria pasa en estos momentos por una prueba terrible y el desembarco de fuerzas americanas no hará sino empeorar la situación, y por error lamentable, los Estados Unidos harían un mal terrible a una nación que siempre ha sido leal amiga y contribuiría a dificultar en México el establecimiento de un gobierno democrático semejante al de la gran nación americana».

Febrero 15.—Crece el temor por la probable intervención de los Estados Unidos.

Febrero 16.—Se pide la renuncia al presidente Madero y éste declara que está dispuesto a morir antes que renunciar.

Febrero 17.—Se combate en las calles entre los soldados leales y los sublevados.

Febrero 18.—Continúa el combate en las calles. Aparentemente sin resultados decisivos. El presidente Madero sigue confiado en la victoria. El general Huerta principia a flanquear a los sublevados de la Ciudadela con el uso de bombas de mano. El general Aureliano Blanquet —leal— en aquellos momentos, se hace cargo del mando de las fuerzas que guarnecen el Palacio Nacional.

Febrero 19.—Se confabulan los generales Huerta y Blanquet con Félix Díaz y Manuel Mondragón y en consecuencia el presidente Madero es obligado a renunciar a la presidencia de la República. Se nombra presidente interino al señor licenciado Lascuráin y ministro de gobernación al general Huerta. Quedan presos tanto el señor Madero como todos los miembros de su gabinete. El señor Gustavo Madero y el señor Basso son asesinados en el interior de la Ciudadela. El coronel Teodoro Riveroll, al tratar de aprehender al señor presidente Madero fue muerto a manos del capitán de E. M. Gustavo Garmendia.

Febrero 20.—El H. Congreso de la Unión elige secretamente presidente provisional al general Victoriano Huerta, hasta que se verifiquen elecciones generales en el país.

Febrero 21.—Los enemigos del gobierno de la revolución maderista, acumulan y lanzan toda clase de insultos y hacen cargos al señor Francisco I. Madero.

La prensa se ocupa con amplitud en la defensa de los intereses del poderoso don Luis Terrazas, pidiendo que el nuevo gobierno pagara las enormes pérdidas de que había sido objeto por parte de los maderistas y que se le respetaran sus propiedades.

La prensa llena sus columnas con felicitaciones para los señores licenciado José María Lozano, Querido Moheno, Nemesio García Naranjo y Francisco M. Olaguíbel y para los generales Victoriano Huerta, Manuel Mondragón, Félix Díaz y Aureliano Blanquet.

Febrero 22.—Los señores Francisco I. Madero y licenciado José María Pino Suárez son asesinados a espaldas de la Penitenciaría del Distrito Federal, por los guardias que los conducían del Palacio Nacional a la Penitenciaría, bajo las órdenes del comandante de rurales Francisco Cárdenas y el coronel Rafael Pimienta.

He aquí un esbozo del terrible drama, trágico, sombrío y brutal de la "Decena Trágica" planeado y ejecutado por el *cuarteto maldito*, generales Victoriano Huerta, Aureliano Blanquet, Félix Díaz y Manuel Mondragón.

En estas condiciones se encontraba el país en aquella época, y en la Sierra Madre chihuahuense se dejó sentir un clamor sordo, que en verdad y a pesar de todo lo que se diga, la caída y muerte del presidente Madero produjo una reacción que sacudió la conciencia nacional. El pueblo maderista se indignó, la clase media se llenó de espanto, los reaccionarios y adictos al porfirismo sintieron una especie de alivio. Los dispuestos a condenar el crimen por medio de las armas no fueron muchos; pero eso sí, los realmente hombres resueltos. Rememoran esto los serranos chihuahuenses.

El día 7 de marzo de 1913, fue asesinado el señor don Abraham González, gobernador de Chihuahua y su cuerpo tirado en los llanos de Mápula. (Lo asesinó José Comanduran, por orden del teniente coronel Benjamín Camarena). Con este crimen la situación se agrava y la impaciencia de los norteños llega a su punto álgido.

Marzo 13.—La prensa de la ciudad de Chihuahua lanza una "Extra" anunciando en su primera plana: "Francisco Villa con un grupo de gente armada se ha internado en Territorio Nacional". Pero en realidad, Villa había cruzado la línea divisoria desde el día 8 de marzo.

Marzo 18.—Llega a Namiquipa de paso para Ciudad Guerrero, un emisario de Villa, el coronel Manuel Baca y se reúne con Andrés U. Vargas, Eligio Hernández y José de la Luz Nevárez entre otros, en el rancho de "El Oso", de los Cervantes. Manuel Baca los entera de que Villa había

salido de El Paso Tex., con los compañeros Juan Dozal, Miguel Saavedra Pérez, Pedro Sapién, Darío W. Silva, Carlos Jáuregui, Manuel Ochoa, Pascual Alvarez Tostado y Tomás Morales. Otro grupo de compañeros que se encontraban en la casa del mayor Isaac Arroyo, en los límites de Ciudad Juárez, ya se había unido al general Villa; con este grupo llegó el coronel Manuel Baca, hasta la hacienda del Carmen, de donde Villa lo comisionó para Namiquipa y Ciudad Guerrero, en compañía de Jesús Acosta. Esta noticia se hizo correr de rancho en rancho, de pueblo en pueblo y de hacienda en hacienda por correos especiales. Así fue como se prendió la mecha que hubo de encender los ánimos de los hombres que ya estaban marcados por el destino para formar el pie veterano de los revolucionarios al lado de Pancho Villa y desde aquel momento procedieron a reunir gente.

El día 3 de abril, en el poblado que se nombra "Los Cerritos" al oriente de Namiquipa, lugar que previamente se señaló como punto de cita, residencia del coronel Andrés U. Vargas; comenzaron a llegar hombres de distintas partes y entre los primeros en presentarse se encontraban el coronel Manuel Baca, Belisario Ruiz, de Rubio; Julián Pérez, de Pedernales; Telesforo Terrazas, de Cruces, Belisario Chávez, de la región de Cerro Prieto; Valentín Vázquez y los hermanos Cano, de la región de San Borja; Cirilo Pérez, de Moris y los hermanos Acosta, de Guerrero. Todos estos hombres se sentían indignados por los acontecimientos dolorosos y sombríos. Siguió llegando gente y por la tarde en el mismo sitio, tomó la palabra el coronel Manuel Baca para darles instrucciones, éstas fueron claras y precisas, tal como se lo ordenara Villa. El coronel Andrés U. Vargas y el capitán Eligio Hernández se irían a la hacienda de Santa Clara, municipalidad de Namiquipa, a tomar posesión de dicho lugar a nombre de la revolución, procediendo a reunir caballada y novillos, dejando yeguas y vacas; ayudar a las familias de los vaqueros que por voluntad se incorporaban a la revolución, con víveres que se le recogiera a los amos del lugar, detener preso al administrador y a todos los que ofrecieran resistencia. Posteriormente fue designado por el general Villa el coronel Telesforo Terrazas, como administrador de la misma hacienda, en tanto que Belisario Ruiz, Julián Pérez y Belisario Chávez se encargarían de las haciendas de la Quemada y Rubio, procediendo en igual forma que en la de Santa Clara. A José Almeida y a José de la Luz Nevárez se les comisionó para reclutar gente en Santa Ana, Providencia, San Jerónimo, La Rochaca, Las Jaras, Bachíniva y lugares circunvecinos. Los hermanos Acosta, en Guerrero y región de Tomóchic con el mayor Julio Acosta. A todos se les encomendó juntar elementos de guerra y boca. En la región de Casas Grandes, por supuesto que ya se procedía en la misma forma. Los hermanos Reyes, J. Moreno, Francisco Sáinz y Ramón

Vega reunían gente montada y armada. (Ramón Vega llegó a general al lado de Villa y fue de los leales que permaneció a su lado hasta el último momento. Aun vive).

En Namiquipa se comisionó al capitán Pedro Luján y Juan B. Muñoz, para que verbalmente hicieran una invitación a todas las personas que se consideraban más o menos simpatizadoras de la causa de la revolución, para que se unieran al movimiento.

Esta era la invitación: «Nos hemos levantado en armas para restablecer el orden constitucional alterado por el traidor Victoriano Huerta. Los invitamos a unirse con nosotros para combatir al usurpador. Preséntense armados y montados los que dispongan de arma y bestia. Denuncien a las personas que ustedes tengan conocimiento que poseen armas, para recogérselas, siempre que se trate de personas adictas al gobierno de la usurpación». Así se fueron recorriendo todo el pueblo. «Luego se procedió a recoger la caballada de los ricos del lugar, como eran Prisciliano Barrera, Manuel Córdoba, Eligio Muñoz y Victoriano Torres. Días después saquearon la casa de don Prisciliano Barrera y hasta las prendas íntimas les arrebataron, Candelario Cervantes y otros dos o tres. Naturalmente que en estas rapiñas nada tuvo que ver el general Pancho Villa; aunque ahora algunos de los que a su nombre hayan robado digan que Villa fue un bandido». Hablan así los sobrevivientes Martín D. Rivera, Juan B. Muñoz, Cuco Licano, Celso Apodaca, Manuel Bustillos, de Namiquipa, Julio Peña, etcétera.

Así se procedió. El destino iba tocando a la puerta de aquellos hombres. Se fijó como punto de cita el rancho del Oso. Entre esos revolucionarios deseosos de un cambio y de mejoramiento social, se colaron otros que no buscaban sino "pescar en río revuelto". Esto fue inevitable. La revolución es una conmoción social y por lo tanto, hay mucho de cruel y trágico.

Las familias económicamente fuertes de Namiquipa, igual que las de otras partes del estado, unas luego y otras después, abandonaron sus hogares y se fueron en busca de lugar seguro, algunas a la ciudad de Chihuahua y otras a El Paso, Texas, de preferencia.

El día 20 de abril de 1913, desde muy temprano por la mañana empezaron a concentrarse en el rancho del Oso los hombres que se habían comprometido a tomar las armas. Una vez reunidos en número de 56 bien armados y montados, el coronel Andrés U. Vargas ordenó a su ayudante Juan B. Muñoz que levantara una lista, y en seguida se pasó a informar sobre el desarrollo de los acontecimientos en la región de la Sierra Madre. Primero se dio lectura a una copia del Manifiesto que en Sonora había lanzado el general Ignacio Pesqueira, con su carácter de gobernador del estado y suscrito por un gran número de personas, entre ellas, el teniente

coronel Plutarco Elías Calles, comisario de policía de Agua Prieta; el mayor Pedro F. Bracamontes, capitán Romualdo E. Montaño, capitán primero Miguel M. Antúnez, capitán primero Miguel S. Samaniego, capitán primero Pablo E. Macías, capitán primero Macario Bracamontes, capitán primero José Gonzalo Escobar, el capitán segundo Enrique León Ruiz, capitán Camilo Gastélum. No se acuerdan los sobrevivientes serranos si dicho manifiesto iba o no suscrito por los jefes coronel Alvaro Obregón, Salvador Alvarado y general Juan Cabral, pero sí recuerdan que estaba fechado en Cenizas, Son.

Al efecto, el coronel Andrés U. Vargas haciendo uso de la palabra prosigue dando cuenta de los informes que se tienen de algunos lugares de la Sierra Madre: se sabe que en Moris, ya se reclutaba gente con Cirilo Pérez y Pancho Portillo; que la guarnición federal al mando del general José Mansilla en San Pedro Madera había salido para Casas Grandes.

Que la guarnición maderista del mineral de Dolores, Chih., se había desbandado en virtud de la traición del capitán Manuel Bustillos que fungía como segundo del mayor Alejandro Quintero, jefe del sector militar de dicha comarca. Rememoran los serranos chihuahuenses que en el mineral de Dolores se hallaban don Ambrosio Quintero y sus dos hijos, Alejandro y Ambrosio Jr., nativos de Ocampo, Chih. (Alejandro era el jefe del sector militar con el grado de mayor, teniendo como segundo al capitán Manuel Bustillos). Serían los postreros días de diciembre de 1912, cuando por orden del general Antonio M. Rábago tuvo que salir de Dolores con 100 hombres a incorporarse con José de la Luz Blanco en la región de San Miguel de Bavícora, durante la campaña contra los orozquistas.

Pasan los días y tan pronto como Quintero se entera de la prisión del señor presidente Madero y del vicepresidente José María Pino Suárez, apresuradamente sale de San Pedro Madera, Chih., a reunirse con el resto de su gente que aún permanece en el mineral de Dolores. El día 25 de febrero se tuvo noticia de la muerte del presidente y del vice-presidente Sin consultar la opinión de sus hombres puso un telegrama al general Rábago, jefe de las operaciones militares en el estado, desconociendo al gobierno de la usurpación. Ese mismo día, fue aprehendido en unión de su hermano Ambrosio; también lo fueron Ignacio Humas, Matías Rascón y dos personas más por el capitán Manuel Bustillos su segundo, quien azuzado por el gerente de la compañía minera de Dolores, los había traicionado reconociendo al gobierno de Huerta. Para justificar su traición alegó que se le debían varios meses de haberes y el capitán pagador José Ruiz Munguía, le entregó dos bolsas con mil pesos en plata. A petición de la tropa se les puso en libertad, yéndose Alejandro decepcionado y mal de salud para Tecorinemi, Son. El resto de la tropa fue desertando uno

tras otro, yéndose a incorporar con el mayor Julio Acosta a Ciudad Guerrero, Chih.

Para esa misma fecha el coronel Julián Granados, con fuerte contingente se incorporaba al general Villa. Cruz Domínguez se hallaba a esa hora reclutando gente en la región de Carichic y San Borja, Chih. Julio Acosta y Pedro Bustamante habían reunido mucha gente en la región de Guazapares, San Juanito, Témoris y Yoquivo. Los hermanos Jalmo, Erasmo, Juan y Silvestre, de la región de San Pedro Madera, con Cirilo Pérez, iban ya en camino a unirse al general Villa que los esperaría en la hacienda de Bustillos, y con Gorgonio Beltrán y Agustín Estrada, llegarían a dicha hacienda de un momento a otro. En efecto, Villa andaba reuniendo a sus mejores hombres; ya traía a su lado a Trinidad Rodríguez con sus hermanos Samuel y Juan, lo mismo que a Javier Hernández con la gente de Ciénaga de Ortiz y a Faustino Borunda.

«—Amigos —les decía el coronel Manuel Baca— hay que recoger armas y toda clase de elementos de guerra y boca de donde se encuentren. No hay que perder tiempo. El general Villa espera mucho de nosotros».

La gente acampó en la Sierra del Oso, en espera de órdenes. Al siguiente día llegó el coronel Manuel Ochoa, que era uno de los 8 hombres que acompañaban al general Villa al cruzar la frontera el día 8 de marzo. Llega acompañado de Juan Rentería con instrucciones para Andrés U. Vargas. Dos días después se presenta en la hacienda de San Jerónimo, el teniente coronel Rosario García, con unos 5 hombres procedentes de Sonora. Rememora el capitán primero de caballería legionario Matías Rascón que el teniente coronel Rosario García se hallaba al frente de la fuerza maderista que guarnecía la plaza de Sahuaripa, Son., cuando en el mes de marzo de 1913, el general Antonio Rojas jefe de fuerzas orozquistas asaltó dicha plaza, y después de un ligero combate, la toma y el citado teniente coronel García cae prisionero. Rojas le exige una fuerte suma de dinero en plata a cambio de su libertad. Rosario García aporta dicha suma y queda en libertad con la condición de que se retirará de aquella región. Es después, como lo vemos internarse en el estado de Chihuahua y unirse a los del coronel Manuel Baca González, nativo de Namiquipa.

Así se iniciaba la revolución más tremenda, sangrienta y cruel que nuestro país ha sufrido, como resultado directo de las injusticias de aquella época y la acción de esa pléyade de hombres fuertes. de recia voluntad y pronta decisión, que supieron pelear por las justas aspiraciones de un pueblo sediento de libertad y mejor destino social.

El viejo maderista teniente coronel Rosalío Hernández que se hallaba de destacamento en Ceballos, Dgo., con un grupo de camarguenses maderistas, no reconoció la usurpación e inició la campaña contra la misma movilizándose a la región de Camargo, Chih., donde el maderista Práxedes

Giner, al frente de un grupo de compañeros entre los cuales iban Domingo y Francisco Bustamante, Manuel Licón, Miguel Medina, etcétera, se incorporó militando a las órdenes del citado jefe Hernández. De la región de Camargo, Rosalío Hernández se comunicó por medio de un emisario con el general Villa, de quien ya había recibido una comunicación.

Es justo citar los nombre de aquellos hombres que el día 20 de abril se reunieron en el rancho del Oso, porque casi todos figuraron prominentemente en la campaña de 1913 a 1920, y casi todos terminaron trágicamente y los pocos que sobrevivieron a la derrota alcanzaron gran renombre; pero sólo para citarlos en la lista del cuartel, y que a pesar de haber sido leales, valientes y haber estado temerariamente al lado de Villa en todas las grandes y pequeñas batallas, siempre en primera fila, vivieron unos y viven otros en medio del olvido y la indiferencia. Pues la admiración popular se desbordó en elogios y reconocimiento de méritos para los generales, olvidándose de los oficiales, brazos ejecutores, que vieron de cerca y cara a cara mil veces a la muerte.

Coroneles: Andrés U. Vargas, Manuel Baca, Candelario Cervantes, José de la Luz Nevárez, Carmen Delgado.

Tenientes coroneles: Pedro Luján, Carmen Ortiz, Francisco Rico, Telesforo Terrazas, Eligio Hernández, José Bencomo.

Mayor: Juan B. Muñoz.

Capitanes: Francisco Ortiz, Faustino Heras, Tomás Camarena, Cruz Chávez, David Rodríguez, Miguel Nevárez, Faustino Acosta, Alisandro Rascón, Silvino Vargas, Marcial Ortiz, Espiridión Duarte.

Tenientes: Francisco Tena, José Tena, Celso Apodaca, Matías Apodaca.

Tropa: Julio Peña, Refugio Aviña, Celso Chávez, Guadalupe Chávez, Refugio Licano, Cosme Galván, Ramón Bustillos, Reydecel Aguirre, José Aguirre, José María Ordóñez, Raimundo Salazar, Juan Sáenz, Juan Olivas Jr. (llegó a capitán primero), José Olivas Sr., Juan Olivas Sr., Marcial Ortiz.

Estos son todos de la Municipalidad de Namiquipa, distrito Guerrero. Poco a poco fue aumentando esta lista de namiquipenses, como más adelante se apreciará.

Sale de su casa el coronel Andrés U. Vargas después de haber besado a sus niños que dormían; extiende la mano a su esposa recomendándole a sus criaturas, uno de los niños es ahijado del general Villa. Fue el día 21 de abril de 1913, al amanecer. Las campanas de la iglesia de Namiquipa estaban repicando y mujeres y jóvenes y viejas con sus cabezas cubiertas con chales o rebozos se encaminaban a la parroquia de la plaza principal y una emoción de tristeza invadía a todas aquellas gentes.

Ya por la noche las patrullas de vigilancia le marcaban el ¡alto ahí! ¡quién vive! a los pacíficos moradores del pueblo que se atrevían a salir

a horas de la noche. ¡Gente buena!, contestaban. Los revolucionarios contestaban el ¡quién vive! con el grito que se hizo exageradamente popular y temido: ¡Viva Villa! Este grito empezó desde luego a tener un poder mágico. Salía de los pechos de los revolucionarios con un tono decididamente desafiante, terriblemente frío y duro, cuyo eco metálico hacía a los villistas, vibrar de entusiasmo y a los enemigos enmudecer de espanto. Este grito de guerra ¡Viva Villa!, despertó en los hombres serranos la capacidad latente hacia lo heroico y lo valiente. Por doquiera escuchábase la frase: ¡Vámonos con Pancho Villa! No hubo joven serrano en edad de poder cargar con el fusil y montar caballo semibruto que no haya anhelado seguir a Francisco Villa, así fue como en corto tiempo se forman las brigadas de caballería villistas.

En las haciendas no quedaron sino mujeres y hombres viejos o muy jóvenes. En Santa Clara todos los varones solteros y casados se enlistaron con Eligio Hernández unos, otros con Telesforo Terrazas y todos los ranchos y poblados del río de Santa Clara, aportaron su contingente en hombres, elementos de guerra y boca, al coronel Andrés U. Vargas y a Eligio Hernández.

Así y todo, gracias a la sin igual actividad del general Villa, que con mucha audacia y táctica ha formado ya para esa fecha la base de la División del Norte. Se ha iniciado esa empresa con 9 hombres que lo acompañaron el día 8 de marzo de 1913, que se internaron a nuestro país, saliendo de El Paso, Texas. Con una actividad que no conoció desaliento ni cansancio, se multiplicó organizando gente y procurándose elementos. Lo acompañaban sus ya veteranos compañeros Nicolás Fernández, Natividad Rivera, Casimiro Escárcega, Javier Hernández, Baudilio Uribe, Eleuterio Hernández, Manuel Baca, Gabriel Valdivieso, Cirilo Pérez, Merced Arroyo, Tiburcio Moya, etc.

Los Sonorenses

Entre tanto los sonorenses se ponen en actividad. Con el fin de conocer algo de lo que sucedía en el noreste de Sonora, reproduzco un extracto del informe que el entonces capitán primero ayudante, actual coronel retirado Cenobio Rivera Domínguez rinde al entonces coronel Alvaro Obregón (*Inédito*).

«Al C. Coronel Alvaro Obregón.
Jefe de la Columna.
Cuartel General de las Fuerzas de Sonora,
Hermosillo, Son. Méx.

»Tengo el honor de cumplir con las superiores órdenes de usted ampliando mis partes verbales de las distintas escaramuzas efectuadas en la

región del Distrito de Arizpe y Moctezuma, durante los meses de febrero, marzo y abril del presente año, así como actividades desarrolladas en el ramo de organización de las fuerzas que al mando del C. mayor Pedro Bracamontes, que ha venido desempeñando el empleo de Prefecto Político en el Distrito de Moctezuma.

»Creo innecesario detallar partes completos en esta ocasión, puesto que existen estos rendidos al jefe, mi inmediato superior y sólo me limitaré a hacer una relación de los principales eventos militares que en forma concreta han pasado por mi mano, con mi carácter de capitán primero ayudante del C. jefe de la columna, C. mayor Pedro F. Bracamontes.

»El día 20 de febrero del presente año, ultimé los arreglos necesarios con los ciudadanos de Pilares de Nacozari, que estuvieron dispuestos a secundar el movimiento que estaba por venir en defensa de las instituciones, menoscabadas por la prisión de los CC. Presidente y Vicepresidente de la República, Sr. Francisco I. Madero y Lic. José María Pino Suárez.

»Al efecto, en la primera junta que celebramos en Pilares, estuvieron presentes los mineros: Felipe Abril, Victoriano Vidal Leyva, Angel U. Galas, Hilario Borbó, Victoriano Peralta, Francisco M. Encinas y José F. Gutiérrez. Fue el acuerdo que la gente de Pilares, estaría al mando directo del señor José F. Gutiérrez, anciano entusiasta y de clara inteligencia. Estos elementos, que según listas formadas al efecto, ascendían a 169 individuos, serían reforzados por mayor número en el transcurso de los días. Convenidos a que a la primera indicación que yo les hiciese, se presentarían en el lugar que les indicara, y mientras tanto recogieran armas y pertrechos de los vecinos, y a última hora recoger las que existían en la Comisaría de Policía, y las que tenía la Compañía Minera en aquel lugar.

»Efectuado el convenio y hechas las designaciones del personal que debía mandar a dirigir cada grupo, marché rumbo a Moctezuma el día 21 de febrero, en busca del C. mayor Pedro F. Bracamontes que estaba en aquella plaza. Ese mismo día lo encontré, le informé de los trabajos hechos en Nacozari y Pilares, las comisiones nombradas para cortar comunicaciones, y otros trabajos de preparación. Desde luego, se dispuso la marcha a Cumpas, llevando el C. mayor Bracamontes 87 individuos de tropa voluntarios de Moctezuma, y fracción de fuerzas del Estado que guarnecían aquella plaza, llevando como comandante al Sr. capitán 2º Macario Bracamontes y como segundo en mando, el teniente Baltierres. En Cumpas, se incorporaron los voluntarios de esta población, en número de 98 individuos de tropa y oficiales, siendo su jefe el capitán C. Romualdo E. Montaño, y el segundo en mando, el C. Cayetano Villa. Se siguió la marcha, y en La Noria de Herman se incorporó el día 22 de febrero el teniente Joaquín B. Vázquez, con 27 individuos voluntarios de Oputo,

llevando como segundo en mando al subteniente Manuel del Castillo. Ese mismo día, a las 3 de la tarde, se presentó el C. Tte. Juan Manuel Arvizu con 23 individuos voluntarios de Granados. Con todos esos elementos se procedió a organizar en ese mismo lugar (Noria de Herman) en nuestro campamento en un lugar inmediato, y se me nombró, por el C. mayor Pedro F. Bracamontes, con anuencia de todos los comandantes de cuerpo, ayudante del jefe, y con categoría de segundo en mando en las operaciones.

»Al día siguiente marchamos con dirección a Nacozari, encontrando en el camino al capitán Ignacio Díaz, en el desempeño de la comisión de cortar comunicaciones entre Nacozari y Agua Prieta, manifestándome haber cumplido las indicaciones que yo le hiciera días anteriores, añadiendo que el capitán Camilo Gastélum, en unión del señor Aniceto Campos Presidente Municipal de la población de Fronteras, con vecinos de la misma policía y vecinos de los poblados inmediatos, habían formado una pequeña fuerza y aniquilado la guarnición huertista que estaba en Fronteras, y que en esos momentos estaba cerca de Fronteras esperando comunicación con los demás núcleos maderistas del Estado.

»Desde luego, de acuerdo con el mayor Bracamontes, se comisionó nuevamente al capitán Díaz para que marchase en busca del capitán Gastélum y el señor Campos, les informase nuestra decisión de atacar Nacozari de García, que estaba guarnecida por unos 326 individuos entre tropa y oficiales, al mando del teniente coronel del 10º Batallón Federal. Existía también una pequeña fracción del 47 Cuerpo Rural de la Federación al mando del cabo segundo José Amarillas que no había podido hasta la fecha salir a tomar parte en la campaña, pues estaba vigilado por considerársele elemento de reciente organización.

»El Sr. Vidal Leyva, recibió la comisión de pasar a Pilares de Nacozari, a ver la gente que había dejado lista en aquel mineral, igualmente se comisionó al Sr. Manuel Bracamontes para que lo acompañara.

»Nuestra marcha continuó sin tropiezos, y al hacer alto en Nacozari Viejo se incorporó el comandante Guillermo Tribollet, con una pequeña fracción de fuerza de los voluntarios del distrito de Arizpe. Desde luego se verificó el dispositivo de combate para tomar Nacozari, que mereció una distribución conveniente de los elementos con que se contaba: Por el Sur, estaría el capitán Romualdo Montaño. Por el Norte, el teniente Vázquez, y al flanco el capitán Manuel Bracamontes. En este núcleo estaba el mayor Pedro F. Bracamontes quien tenía que estar pendiente del movimiento durante el combate. Por el lado Noreste y Sudeste, estarían las fuerzas de Pilares, mandadas por el Sr. José F. Gutiérrez y como segundo en mando el comandante Felipe Abril, y las demás fracciones que constituían nuestra columna se colocaron a ambos flancos de nuestras fuerzas de Pilares.

Personalmente me tocó ser designado para dirigir el combate en ese rumbo, sirviéndome como ayudantes los señores Francisco M. Encinas, Hilario Borbón y Julián Cruz.

»El día 8 de marzo, se combatió todo el día en el sitio que habíamos puesto a Nacozari de García, parte de la noche de ese mismo día, aprovechándola mis fuerzas para posesionarse de la Concentradora y la Meseta que sirve de Casa Redonda en Nacozari, así como los tinacos que están al Oeste de nuestro lugar de núcleo de mando. Al aclarar se tomó Nacozari, comenzando la entrada por el lado de la Casa Redonda y la Concentradora.

»La lista de muertos y heridos figura en la relación hecha por el mayor Pedro F. Bracamontes, así como los pertrechos recogidos al enemigo.

»El día 14, después de haber organizado el Ayuntamiento nuevamente y establecido los servicios públicos, marchamos rumbo a Agua Prieta, donde se reuniría el núcleo de huertistas que estaban en aquella región. En el camino se incorporó el Sr. Plutarco Elías Calles, Comisario de Policía de Agua Prieta, que con un grupo de policías y varios vecinos había salido por Gallardo, La Ceniza, Colonia Morelos y el Paso de la Lancha, donde se le unió el capitán 2º Enrique León Ruiz, con la gente del Tigre. También se incorporó el capitán 2º del Tercer Batallón Irregular de Sonora, Arnulfo R. Gómez; ese mismo día en los aledaños de Agua Prieta, se incorporaron el capitán 1º Miguel S. Samaniego, con los voluntarios de San Miguelito y Vavizpe. El capitán 1º Miguel M. Antúnez, con los voluntarios del Norte, el capitán 1º Pablo E. Macías, con una fuerza del Distrito de Moctezuma y otros elementos.

»También el capitán 2º Francisco Vélez, de Arizpe, con el teniente Alejandro Otero, del Río Sonora. Y el capitán 2º Antonio A. Galas con los voluntarios de Bacerac. Los voluntarios del Tigre ya iban incorporados con el Sr. Plutarco Elías Calles al mando del capitán 2º Enrique León Ruiz, con el comisario Agustín Camú y el comandante Santos Gastélum.

»Con todos estos elementos se formó reforzada la columna y se contó desde luego con la valiosa cooperación del Sr. Plutarco Elías Calles, quien era ya ampliamente conocido por los elementos de la vieja guardia revolucionaria, por sus ideas elevadas, su enérgico carácter que demuestra una conciencia plena de los deberes del hombre. (Calles no era revolucionario de 1910).

»Dos días después se emprendió la marcha rumbo a Naco, reducto de los federales, que unidos a los de Cananea, estaban en aquella población reforzados por los vecinos adictos al porfirismo.

»Del día 15 al 27 de abril, se tuvieron repetidas escaramuzas y combates de importancia secundaria en el orden militar; pero con efecto sor-

prendente en el orden moral, ya que en escasos días se dio tregua a que todo el Norte se pusiera en movimiento. A la sazón, la columna a su digno mando, operaba tomando Cananea y Nogales.

»El día 8 de abril de 1913, se dispuso el ataque a Naco, ordenándoseme tomar un punto denominado El Zanjón, como a unos 300 metros de la orilla de la población. A mi flanco derecho iba el capitán 2º Carlos Félix, con una fuerza del 3er. Batallón y por el izquierdo iba el capitán del 5º batallón José Gonzalo Escobar. Con la llegada del coronel Salvador Alvarado a las inmediaciones de Naco, en la falda de la sierrita de San José, se empezó a dar nueva organización a las fuerzas, dividiéndose en varias formas según el criterio del coronel Alvarado, cesando prácticamente yo, como ayudante de la columna Bracamontes.

»Una señal convenida determinaría el comienzo del ataque, esa señal nunca se dio, ni tampoco se dio contraorden, y al aclarar el día 9 de abril, descubiertos por el enemigo se empezó el combate más serio y formal que hayamos tenido en esa época desde febrero del presente año. Allí se acabó la gente de Nacozari y Cumpas.

»En los cerritos al Oriente de Naco y pegados a la línea divisoria combatió la gente del Tigre, al mando de Enrique León Ruiz (capitán 2º) y la del mayor Miguel M. Antúnez, que acababa de ser ascendido y la del capitán 1º Arnulfo R. Gómez y la del capitán 1º Cruz Gálvez.

»Los oficiales que cubrían mis flancos se retiraron sin dar aviso. Cuando vieron que estábamos solos mis ayudantes, en vano trataron de encontrar servicios en los flancos, y sólo una pequeña fracción al mando del teniente José R. Félix, pudo darnos ayuda. La superioridad numérica de los huertistas y la falta de preparación nuestra, facilitó al enemigo flanquear nuestros efectivos, y comenzó una lucha casi cuerpo a cuerpo, teniendo sólo nosotros protegida el ala derecha de nuestra posición por donde se inició con toda calma y cuidado la retirada, protegida por pequeños grupos que hacían fuego, mientras que otros avanzaban. Una zanja protegió dicha labor. Ya habíamos perdido a 23 compañeros queridos, entre ellos a Felipe Abril, Victoriano Peralta, José L. Acuña, Francisco López, por muerte y heridos: Encarnación Lavandera, Gabino Flores, Angel Hernández, Heraclio Olvera, Vicente Salvatierra, Cristóbal García, Manuel Vázquez, Guadalupe Cortés, Margarito Ontiveros, José Ortega —muerto con Angel Hernández y Cristóbal García— y Concepción Arias, muertos de heridas en curación en nuestro hospital de sangre en Cananea.

»Sacamos a todos nuestros heridos hasta un lugar donde se pudo nombrar una comisión que los remitiera al furgón donde recibirían las primeras curaciones. No puedo describir el valor y heroísmo de estos soldados de la legalidad, cuando desafiaron la muerte sin ninguna queja, sin ningún pensamiento que los detenga a ver por sus vidas.

»El C. Ignacio C. Enríquez chihuahuense que acaba de llegar, tuvo la gentileza de acercarse a nuestro encuentro llevándonos agua para los heridos y algunas garras para ligas en caso necesario. Fue el único que pudimos ver que se interesara por nuestra suerte.

»Al dar a Ud., informes verbales delante de mi coronel Alvarado, presenté el parte respectivo con la lista de efectivos, bajas y pertrechos consumidos; así mismo, dí cuenta de la efectividad del enemigo, sus elementos, sus posiciones, y sus efectivos que pude apreciar perfectamente, porque al principio no creyó que estábamos solos y ponían en juego todos sus sectores.

»Referente a la toma de Naco y sus últimos combates, tiene Ud. ya conocimiento. Sólo quiero añadir, que en los dos últimos días del sitio, sólo estuvieron a mis inmediatas órdenes en los combates, las fracciones siguientes, que cooperaron a tomar posesión de la plaza, en forma digna, valiente y prevaleciendo el orden dentro de nuestro núcleo, efectivamente, sin que ninguno cometiese la menor falta, abuso o crimen, escudado en el momento de agitación y locura momentánea por la victoria obtenida. Esas fracciones son: Las del capitán 1º Romualdo E. Montaño —una parte—, capitán 1º Luduvico S. Samaniego, capitán Miguel M. Antúnez, con los voluntarios del Norte, y los capitanes segundos Gertrudis Escajeda y Cruz Gálvez.

»Las pequeñas columnas de Bracamontes, y capitán 2º Arnulfo R. Gómez, estuvieron en contacto directo con el comandante Sr. Plutarco Elías Calles, que se encargó del aprovisionamiento en la efectividad de labor de ese grupo. Bracamontes, con su hermano Macario, teniendo 88 de tropa por un lado y 97 por otro. El capitán Gómez tenía 42 hombres con los oficiales Florencio Fimbres, Francisco Figueroa, Pedro Islas y otros. Desde esta fecha, las fuerzas del capitán 1º Miguel Samaniego y capitán 2º Arnulfo R. Gómez, empezaron a reconocer como Jefe detacado al comandante Elías Calles.

»Ahora, mi coronel como para poder fijar bien el motivo de mi alejamiento del señor mayor Pedro F. Bracamontes, quiero asentar lo siguiente:

»Para mí tienen alto valor todos los elementos que con las armas o con su talento, coadyuvan al triunfo de esta causa justa y que llevaremos al triunfo honroso. No he venido a esta lucha con otra mira que la de cooperar con todos Uds., hablo y discuto lo menos posible, y me alejo a veces con reducido número de luchadores a recordar hechos pasados, pero siempre fija la mente en la hora. Lo que voy a exponer para concluir, no tiene otra mira, que la de daros cuenta de mis impresiones muy personales, posiblemente que equivocados, pero como esta es una información desinteresada, Ud., puede hacer de cada cosa un estudio, forjarse su propio criterio.

»Los señores Bracamontes, Pedro, Macario y Manuel, son elementos que sirven, hay valor, hay interés, pero falta cultura, carácter, firmeza honradez en todos sus actos. Eran profesores adictos al general Ignacio L. Pesqueira, gobernador interino del Estado (A. C. B.). Yo he visto que el señor capitán 1º Macario Bracamontes, ha dado muerte en mi presencia a un pobre hombre fayuquero, que le cobraba unos centavos por mercancía que consumió y licor que ingirió. He visto que se ha colgado a un individuo en el Bajío de San José, por dizque espía, y ahora averiguamos que era un antiguo enemigo personal de Macario.

»He visto cómo ha dado de balazos al indefenso luchador Juan Molina, y con un pie herido, lo llevaron dizque para Agua Prieta, y le han dado muerte en el camino. He visto cómo ha estado fastidiando a sanos elementos, que han probado no sólo su valor, sino su seriedad y honradez, y podemos citar al Sr. capitán Pablo E. Macías, que ha sido asediado por Bracamontes, igualmente al capitán A. Galas, y el capitán Vélez. Los primeros se separaron de la columna para evitar mayores daños, el último cambió de ruta y está cerca, pero separado de la columna Bracamontes.

»Estas cosas nos traen hondas meditaciones, y merecen un sereno estudio. No vamos aún ni al comienzo de esta lucha, y ya vemos que se provoca la división entre nosotros y se desprestigia la causa con actos delictuosos. No hay necesidad de todo ésto, y puede usted pensar con los coroneles Cabral y Alvarado, qué debe hacerse. El mayor Pedro Bracamontes, no puede controlar a sus hermanos porque le falta carácter, y se hace cómplice de estos actos, que al no cortarlos, vendrían a ocasionar desastrosos males en lo futuro. La falta de cooperación, que no se nos brindó, al ataque frustrado de Naco el día 8 de abril, se debió a las desavenencias que estos señores fomentan, y no puedo de pronto medir, hasta dónde llegue este mal.

»Es por eso, qué lastima, hace pensar en el futuro, cuando alguien actúa sin meditación, y con una soberbia propia de los que ignoran lo elemental de los problemas sociales de la Nación, y tambien, no pesan en todo su altísimo valor, la importancia de unificación para el triunfo de la causa. Elementos impreparados, por cualesquier pretexto, sea por estas u otras han venido después que ellos a esta lucha social nacional, no aquilatan sus méritos, sea por sus elevados conocimientos por su gestión en sectores sociales de la República, o bien que convencidos de la necesidad de actuar contra el régimen porfirista, han salido del campo enemigo para sumar sus esfuerzos a esta tarea, que consideramos todos, más importante, más delicada que la Revolución de 1910 porque entonces existía un partido identificado, y con los directores fuimos todos, fue el pueblo consciente, los factores de trabajo y de acción, la clase media de la República, y los campos estaban perfectamente delineados, y hoy, existe un con-

glomerado de ideas diversas, ideas basadas en lo pasado, y esas ideas determinaron la traición y el cuartelazo de Huerta y sus cómplices.

»No necesito explicar a Ud., mi situación, o lo que me obliga a pensar así, ya que conoce Ud. y en forma amplia estas mismas causas que yo apenas esbozo.

»Considero que todos los elementos son necesarios, y por ningún motivo pienso que deba eliminarse factor alguno sino que podían poner las cosas cada una en su lugar, y los hombres cada quien en su puesto, en el puesto que sus aptitudes y sus conocimientos y desinterés los identifiquen en la variante de actividades humanas.

»Adjunto a Ud. listas completas de todas las fuerzas que en distinta forma han actuado bajo mi cooperación con Uds. y de ellas puede Ud. pensar la forma en que se verifique la nueva organización».

Estas listas son como sigue:

«Número 1. *"Voluntarios de Cumpas"*, del Capitán 1º Romualdo E. Montaño.

Número 2. *"Voluntarios del Norte"*, Capitán 1º Miguel M. Antúnez.

Número 3. *"Voluntarios de Babispe"*, Capitán 1º Miguel S. Samaniego.

Número 4. *"Fuerzas del Río de Arizpe"*, Capitán 1º Francisco Vélez.

Número 5. *"Fuerzas de Moctezuma"*, Capitán 1º Macario Bracamontes.

Número 6. *"Voluntarios de Granados"*, Teniente Juan Manuel Arvizu.

Número 7. *"Diversos Grupos"*, Capitán 1º Pablo E. Macías.

Número 8. *"Voluntarios de Oputo"*, Teniente Joaquín B. Vázquez.

Número 9. *"Compañía Zaragoza"* y *"Voluntarios de Nacozari"*, Capitán 1º C. Rivera Domínguez. (Esta fuerza es la que ha quedado organizada nuevamente de supervivientes de los combates últimos, y dispersos en grupos que he reunido de los sueltos de otros lugares.

Número 10. *"Cuerpo de Varios, Moctezuma, Fronteras, El Tigre y otros lugares.* Al mando del Teniente Félix B. Peñaloza».

Lo que antecede constituye un extracto del informe que el actual coronel Cenobio Rivera Domínguez rinde bajo su firma al entonces coronel Alvaro Obregón, siendo el jefe de las fuerzas constitucionalistas y el general don Ignacio Pesqueira, el gobernador del estado de Sonora. Téngase presente que desde esa fecha se iniciaban las desavenencias entre los revolucionarios sonorenses.

*
* *

Volvamos a los serranos chihuahuenses. Mientras tanto, el general Villa, con mucha audacia y táctica ha venido organizando sus fuerzas las cuales ya son numerosas relativamente.

El día 18 de junio de 1913, desde muy temprano se notó cierta actividad en el cuartel de los revolucionarios de Namiquipa y se pusieron algunas banderas en el edificio del ayuntamiento y una bandera grande en la casa de don Victoriano Torres, que servía de cuartel, y luego el pueblo se enteró con asombro que estaba por llegar la tropa del general Villa. Lo fueron a encontrar los jefes Vargas, Hernández y Cervantes, en un punto que se llama "El Terrero", al sur de Namiquipa.

Al llegar el general Villa a la plaza, había mucha gente en las aceras y deseosa toda de conocer al general Pancho Villa. Este se instaló en el edificio del ayuntamiento y una orquesta de instrumentos de cuerda tocaba en el kiosko de la placita y las campanas de la iglesia repicaban sin cesar. Ese día, Francisco Villa, dejó en el alma de aquella gente humilde la impresión de su presencia. Allí entre aquella gente se encontraban todos los de mi familia: mis abuelos, Emilio Barrera y Rosa Vázquez de Barrera y mis tíos, todos, y yo (A. C. B.) recuerdo con exactitud cómo toda aquella gente vibró de emoción cuando la tropa que hacía valla al general Villa, exclamó: ¡Viva Villa! y él, con un ademán de mano, contestó sonriendo.

Lo acompañaban sus dos hermanos Hipólito y Antonio, Trini Rodríguez, Isaac Arroyo, Darío W. Silva, Catarino Ponce, Julián Granados, Juan Dozal, Gorgonio Beltrán, Cruz Domínguez, etc.

Al siguiente día el general Villa estuvo despachando sus asuntos en el edificio del ayuntamiento y la plaza se mantuvo llena a reventar de gente civil y militar.

El coronel Andrés U. Vargas, José de la Luz Nevárez, Candelario Cervantes, Pedro Luján y Carmen Ortiz con la tropa de Namiquipa, pasaron a formar parte de la Brigada Villa; pero quedando Cervantes comisionado con la gente de La Hacienda, en Namiquipa y el coronel Telesforo Terrazas en Santa Clara y las Cruces.

El día 21 de junio salió la columna del general Villa rumbo al Valle de San Buenaventura y el día 24 pernoctaron en dicho lugar y el día 26 atacaron a las fuerzas de los generales José Inés Salazar y Manuel Gutiérrez, en Casas Grandes, Chih., derrotándolas por completo, haciéndoles muchas bajas entre muertos y heridos, muriendo el coronel Azcárate. Después de levantar el campo emprendió la marcha con destino a La Ascensión, Chih.; se acababa de incorporar el general Toribio Ortega, con José Valles, Melitón Ortega, Crispín Juárez, Tomás Torres y un fuerte contingente de gente de la región de Ojinaga, Santa Elena y Cuchillo Parado, Chih.

De Casas Grandes, se separa en comisión especial el señor Hipólito Villa acompañado del coronel Candelario Cervantes y el ayudante Martín D. Rivera, para Columbus N. M., donde se les reúne el señor licenciado León Cárdenas Martínez. (Este señor licenciado León Cárdenas era uno de los colaboradores de los Flores Magón). Es en esta ocasión cuando

Candelario Cervantes conoce por vez primera al comerciante americano Samuel Ravel. Se trataba de agenciar la venta de ganado. A eso se debía que Cervantes se había quedado encargado en el municipio de Namiquipa, con Telesforo Terrazas en Santa Clara, para controlar el ganado de las haciendas de la Bavícora, de donde sacaron enormes cantidades de novillada.

Volveremos a ver estos nombres en el caso Columbus, N. M.

El general Villa en la Ascensión

Poco más de un mes permanece el general Villa en el pueblo de la Ascensión, Chih. Allí se le incorporan muchos y valiosos elementos. Y es allí, precisamente, donde el general Villa idea y empieza a dar forma al Cuerpo de Guardias Especiales, que desde el día 15 de junio del siguiente año han de ser mundialmente conocidos como *Los Dorados de Villa.*

Comentaba el coronel Andrés U. Vargas, que al estar levantando el campo después de la derrota de los federales en Casas Grandes, se ocupaba él en recoger los muertos que fueron muchos, cuando dio con el cuerpo de un hombre más o menos joven y al tomarlo de los brazos y piernas para echarlo al carro que los llevaba al hoyo, abrió los ojos y les pidió de favor que lo remataran para no ir al hoyo vivo, estaba bastante mal herido. Todos los heridos que se recogieron fueron conducidos por el mayor Julio Acosta para Sonora y el herido a que nos hemos referido, había sido atendido por el citado coronel Andrés U. Vargas y era también de los que se llevaban el mayor Acosta. Se llamaba Francisco Solís, era nativo de Guadalajara, Jalisco; curado de sus heridas se incorporó a las fuerzas del general Villa y en el año de 1916, tomó parte en el asalto a Columbus, N. M. Cuando el coronel Vargas se ocupaba de levantar los muertos en Casas Grandes, llegó una dama joven y no mal parecida preguntando por el general Villa. Vargas la llevó a presencia de Juan Dozal y éste a la de Villa. Manifestó que era hija del coronel Azcárate y que deseaba saber de dicho coronel. Le dice al general Villa:

«—Dígame general, ¿dónde está mi padre?

»—Ya murió —contestó Villa, confortándola».

Ella sin perder el ánimo, pregunta:

«—¿Murió con valor?

»—Sí, señorita —contestó el general Villa».

Dando las gracias, se retiró. Vargas la acompañó hasta donde la esperaba un boguecito y al abordarlo, soltó el llanto, exclamando con voz fuerte y firme :

«—Mi padre era todo un hombre».

A mediados del mes de junio de 1913, llega a La Ascensión, Chih., el

coronel Porfirio Talamantes conduciendo un gran cargamento de armas y parque que el teniente coronel Plutarco Elías Calles, jefe del sector militar de Agua Prieta, Son., mandaba al general Villa. A cambio de este equipo, Villa le mandó ganado.

Es allí, en la Ascensión, Chih., donde se presentaron los señores Alfredo Breceda y Juan Sánchez Azcona, ante el general Villa con la comisión del señor don Venustiano Carranza, para proponer al nuevo caudillo que reconociera el Plan de Guadalupe y Villa que no discutía méritos lo acepta, estableciéndose así la subordinación del uno para el otro.

Era realmente interesante ver cómo todas las tardes, soldados y jefes como Isaac Arroyo, Trinidad Rodríguez, Samuel Rodríguez, Belisario Ruiz, Pancho Sáenz, Cruz Domínguez, Celso Apodaca y muchos otros, jineteaban caballada bruta, pues eran verdaderos centauros. Los soldados todos unos a otros se daban la mano herrando sus corceles. Todos sabían arreglar sus propias monturas. Eran todos hombres serios, sanos y no viciosos. Rememoran los sobrevivientes de esa época: lo que nos hacía reír a carcajada batiente era el detallito chusco, que hasta el último de los soldados lo festejaba y era que el señor Carranza le había mandado decir al general Villa que debería hacerse respetar por la tropa y obrar con toda energía, evitando que la tropa abusara de las mujeres (?) ¡Pequeñito anticipo de la intriga!

Pasaron los días y a fines de julio, la columna reorganizada se pone en marcha rumbo al sur, pasa por Casas Grandes, Galeana y pernocta en el Valle de San Buenaventura. De ahí sale pasando por Agua Zarca, por Cruces, por la Ciénaga de Uranga y establece cuarteles en Namiquipa por tres días. En el Valle vive aún la familia del señor Teófilo Romero, amiga de todas las confianzas del general Villa y a donde él siempre llegaba a comer.

A Namiquipa arriba la vanguardia bajo el mando del general Agustín Estrada cuyos efectivos forman la base de la futura Brigada Guerrero; lo acompañaban los coroneles Julián Granados y Cruz Domínguez y llegan preparando cuarteles con la ayuda de Candelario Cervantes. Al día siguiente que fue el 24 de julio de 1913, llega el grueso de la columna con el general Villa. El día 21 llega el mayor Julio Acosta conduciendo un cargamento de parque y armas, hace su arribo a medianoche, con 110 mulas cargadas con elementos procedentes de Agua Prieta, Son., escoltados por el mayor Miguel S. Samaniego. Juan Dozal se había quedado en Sonora, separándose de Villa, y posteriormente fue fusilado por fuerzas del general Ramón F. Iturbe, en Sinaloa. Con el mayor Julio Acosta llega un numeroso grupo de sonorenses que iban a incorporarse con el general Villa. Entre estos elementos se hallaban los hermanos Bracamontes, Pedro, Macario y Manuel, mayor el primero y capitanes los segundos; el teniente

coronel Anacleto Girón y su hermano, J. Manuel Arvizu, Juan Calvo, Manuel Lazo, Miguel Bauche Alcalde y su hermano José, etcétera, etcétera. Para esa fecha, las tropas del general Villa se encontraban vigorosamente reforzadas por valiosos elementos tanto de guerra como en hombres y demás; la moral desde el soldado hasta general era excelente.

Si se cita con mucha frecuencia al coronel Andrés U. Vargas es porque este jefe, andaba siempre cerca del general Villa, de quien era compadre y hombre de mucha confianza y era además el principal jefe de los revolucionarios de Namiquipa, bajo cuyas órdenes militaron los oficiales que han aportado la mayor parte de datos para estos apuntes; Juan B. Muñoz era su Ayudante y a su lado llegó a capitán primero. Todos fueron del pie veterano de la Primera Brigada Villa. En la Escolta de Dorados, andaban los hermanos Juan, Ramón, Cipriano y Joaquín Vargas; pero éstos eran nativos de Canatlán, Dgo.

Por la tarde del día 29 de julio de 1913, empezaron a salir de Namiquipa rumbo al sur, las fuerzas del general Villa. Eran 5 columnas. Partió la primera columna, cabalgando en la cabeza iban: Porfirio Ornelas, coronel y José Valles. Seguía Toribio Ortega con su estado mayor y escolta; con el mayor Epitacio Villanueva y Liborio Pedroza (hermano de Juan), cada columna llevaba en la retaguardia varios carros y mulas cargados con la impedimenta.

Namiquipa es un pueblo situado a lo largo del río de Santa María, que corre de sur a norte y que nace en la sierra de Bachíniva, Chih, pasando por Cruces, San Buenaventura, Galeana y El Aguila, desemboca en la Laguna de Santa María. Este pueblo se compone de una serie de barrios unidos unos a otros por una sola calle, que es camino real en forma de rosario: de norte a sur, Pueblo Viejo, La Plaza, Arivechi, La Hacienda, Casas Coloradas, El Chupadero, El Molino, San Antonio y El Terrero. El Barrio de Arivechi y el de La Hacienda están separados por una distancia no mayor de tres kilómetros y a media distancia entre uno y otro, estaba la casa del que escribe estos apuntes.

Los villistas iban saliendo rumbo al sur. Pasaron las primeras columnas de tropas y al pasar la quinta, de Trinidad Rodríguez, ya estaba por oscurecer; nos encontrábamos parados en la puerta de mi casa, mi mamá, otras personas y el que esto escribe; hacen alto frente a nosotros tres hombres: Francisco Villa, Trinidad Rodríguez y Martín López.

«—¿No podrán preparar una cena? —preguntó Francisco Villa».

Mi mamá le contestó que vería qué les podría arreglar o preparar. Bajando de sus caballos —hermosos corceles—, entraron a la pieza que nos servía de sala, donde se les preparó una mesa. Mientras les preparaban la cena ellos platicaban y reían. Francisco Villa, puro nervio, con

vestido de paisano color negro, con mitazas y sombrero tejano al igual que Trinidad Rodríguez. Los dos güeros sólo que el cabello de Villa era ensortijado y el de Rodríguez lacio. Martín López, muy joven, rubio y vestido con uniforme de campaña color olivo.

Imborrable permanece en mi memoria ese cuadro inolvidable. Cenaron sin la menor prisa, tomaron sus tejanos, dejando el general Villa sobre la mesa tres monedas de oro de diez pesos cada una y da las gracias. Al salir de la pieza pone su mano sobre mi cabeza, revolviéndome el cabello me pregunta:

«—¿No te vas con nosotros, chamaco? La próxima vez que venga, te alistas».

Siendo yo un chamaco de pueblo, es natural que haya captado los detalles con todos mis sentidos y aquella emoción que me causó la realidad de la presencia de aquel famosísimo revolucionario, tierno, duro, audaz y valiente tal como él era, su recuerdo pobló por completo el mundo de mi alma de chamaco pueblerino, sencillo, y desde aquel momento lógicamente tuve que se de la sicosis de la revolución siendo un muchacho que aún no ha la edad de la adolescencia.

*

* *

Las fuerzas del general Villa salen de Namiquipa, pasan por la hacienda de San Jerónimo sin detenerse y al llegar a las Jaras se dividen en dos columnas, una sigue hasta la hacienda de La Quemada y la otra faldeando la sierra llega a Bachíniva. La última a las órdenes directas del general Villa.

Por curiosidad el pueblo de Bachíniva permanece dócil y paciente y presencia la entrada de las tropas villistas al lugar. Se apiñan las gentes en las esquinas y bocacalles. El general Villa se hospeda en la casa de la familia Mendoza que es la del cura Mendoza que en esa fecha era el párroco de la iglesia de San Paulo de Meoqui, Chih.

Rememora el mayor Juan B. Muñoz. «Los moradores de Bachíniva eran villistas de hueso colorado y entre las personas que se afanaron por hacer grata la permanencia del general Villa y sus jefes se hallaban Rafael Chávez y Santos Merino, quienes tiempo después habrían de ser quemados vivos, precisamente por orden del general Villa» (1).

En la sala de la casa de la familia Mendoza se reúnen con el general Villa sus principales jefes que en ese entonces lo acompañaban y allí se trazó y aprobó el plan que se iba a seguir para enfrentarnos a los fede-

(1) Por favor, estimado lector, recuérdense estos nombres para cuando tratemos de la Expedición Punitiva, A. C.

rales del general Félix Terrazas, cuyas avanzadas se hallaban en San Antonio de los Arenales, y con un fuerte núcleo en la hacienda de Bustillos.

«El día 23 de agosto salimos de Bachíniva, partiendo por el sendero que va a El Rayo, donde se mató mucho ganado para provisión de la tropa y se recogió mucha caballada. De esa tarea se ocupó la tropa de Namiquipa, mientras las demás fuerzas siguieron hasta las haciendas de San Diego y Ojo Caliente. Nosotros nos quedamos bajo las órdenes de Toribio Ortega quien iba como segundo jefe de nuestra brigada; su gente había quedado bajo el mando de Porfirio Ornelas y Epitacio Villanueva, con José Valles, Crispín Juárez, José San Román, Melitón Ortega y otros. También se detuvieron en El Rayo, Benito Artalejo y Rafael Castro, con un escuadrón de la tropa que mandaba el coronel Juan N. Medina. Con esta gente iban dos americanos, hombres de a caballo, en verdad hombres de campo y muy listos en el manejo de las armas, pues eran magníficos tiradores. Se llamaban Emil Holmdahl y Tracy Richardson» (1).

Tanto Benito Artalejo como Castro y los citados americanos remudaron bestias y jinetearon caballada bruta por puro placer.

«Al mediodía dimos alcance —dicen los serranos— al grueso de la tropa en San Diego, de donde partimos después de dar agua a la caballada y al caer la tarde empezamos a tirotearnos con las avanzadas de los huertistas al mando de Manuel Gutiérrez, replegándose éstos para San Antonio de los Arenales, de nuevo para la hacienda de Bustillos, donde los alcanzamos y batimos, poniéndoles en fuga. Nosotros, la gente Namiquipa, permanecíamos siempre juntos. Salimos de Bustillos después de un ligero descanso, caminamos toda la noche, llevando adelante la gente que mandaba Agustín Estrada que iban de guías y antes de aclarar el día 26 de agosto, estábamos en las cercanías de San Andrés, que era el objetivo de mi general Villa. Cruzamos la vía férrea al poniente de San Andrés, juntándonos con una tropa nuestra que se acercaba por el camino de San Juan. Para esa hora ya se estaban tiroteando por el lado del puente del ferrocarril, que era la gente donde iba mi general Villa, por esa parte se estableció el cuartel general. Ese sector estuvo al mando del coronel Juan N. Medina. Era bien sabido que el enemigo era muy fuerte en número de hombres y en equipo. Sin embargo, se decidió que allí se diera la batalla. A nosotros, prosiguen los serranos, nos tocó pelear bajo las órdenes inmediatas de Juan Pedroza y como jefe superior Toribio Ortega. En esa ocasión iban muchos futuros jefes cerca de mi general Villa y de continuo nos tocaba estar bajo el mando de distintos de ellos. Con Martiniano Servín, en la escaramuza de San Antonio de los Arenales y después con Santiago

(1) Recuérdense a éstos dos norteamericanos cuando se vea quiénes fueron los autores de la decapitación del cuerpo del general Villa. A. C. B.

Ramírez en la hacienda de Bustillos, pues nuestro jefe Andrés U. Vargas, estaba en esa ocasión agregado al grupo de los jefes que iban cerca del general Villa. Éste fue en todo el tiempo un gran catalogador de hombres. A ningún jefe le tuvo confianza desde el primer momento; poco a poco, los iba estudiando, conociendo, hasta estar seguro de ellos.

»Por una cañada nos acercamos a tomar posiciones peleando durante todo el día hasta las cinco de la tarde que se corrió la voz en numeración progresiva de que íbamos a dar el asalto definitivo por toda la línea de fuego. Nos desplegamos por el camino de Chuviscar al oscurecer y después de dos horas o más empezamos a sacar al enemigo de sus posiciones».

Quiero hacer hincapié de que es en esta ocasión cuando el general Villa pone en práctica por vez primera la idea de formar lo que se dio a conocer mundialmente por *Dorados de Villa.* «Casi en los momentos que se corrió la voz de ¡al asalto! notamos la presencia entre nosotros de varios de los hombres de confianza del general Villa, que pistola en mano nos arengaban —gritando ¡Viva Villa!— ¡Adelante, muchachos! ¡No se rajen! ¡jijos! La tropa empezó a contagiarse del valor de aquellos centauros y todos avanzamos hasta hacer salir de sus fortines a "los colorados" y federales. Los que nosotros combatimos se retiraron rumbo a La Estancada, ordenadamente primero y luego en precipitada fuga, pues una retirada de tropa de la línea de fuego por muy ordenada que se quiera efectuar, si son perseguidos, la retirada se convierte en una desbandada, y eso es lo que sucedió con los federales del general Félix Terrazas. Sobre ellos estuvimos en cada momento desde que se dio la orden de: ¡al asalto! y ellos no nos resistieron. Después de la media noche regresamos de la persecución que les hacíamos a los federales y en la estación nos encontramos con trenes cargados de provisiones de boca en abundantes cantidades».

«Tan pronto como aclaró el día 27, se nombraron las fajinas que se encargaran de levantar el campo; una la mandó el capitán primero Nicolás Fernández (actual general de división, pensionado), a quien tocó con nosotros —refiere el capitán Matilde Flores Franco—, levantar los cuerpos de los capitanes Natividad Rivera y Encarnación Márquez y llevarlos al edificio del ayuntamiento, por orden expresa del general Villa, que los lloró como si hubieran sido sus hermanos. El capitán Encarnación Márquez era el oficial que declaró a favor del general Villa, en el juzgado de la prisión militar de Santiago, de la ciudad de México y el capitán Natividad Rivera fue uno de los que con Casimiro Cázares, Baudilio Uribe, Tiburcio Maya, José Chavarría y otros, lo habían acompañado desde el principio compartiendo sufrimientos y peligros. El pueblo en masa se conmovió por la muerte de estos dos revolucionarios y a la hora del sepelio acompañaron al general Villa hasta el camposanto donde fueron sepultados los cadáveres.

»Los heridos fueron concentrados todos en la estación y por tren se embarcaron para San Pedro Madera, de donde prosiguieron para Corralitos, conducidos por el coronel Fidel Avila. En Corralitos, Chih., se encontraron con el mayor Miguel S. Samaniego que procedente de Agua Prieta, conducía un cargamento de doscientos mil cartuchos que el teniente coronel Plutarco Elías Calles le mandaba al general Villa. De allí, Samaniego regresa a Sonora llevándose los heridos, Fidel Avila recibe el parque y presto regresa para la región de Conchos, Chih. Con el coronel Avila iba esa ocasión el capitán Eduardo Andalón Félix, actual general de división, sonorense».

Por la tarde de ese día 27 de agosto de 1913, se citó en la orden del día los nombres de los oficiales y soldados que se distinguieron en la acción de armas del día anterior, por su valor y arrojo. La lista la encabezaban el mayor Benito Artalejo, Martín López, el norteamericano Emil Holmdahl, que con grado de capitán era ayudante del coronel Juan N. Medina, Baudilio Uribe, José María Fernández, José San Román y otros.

«Dispuso el general Villa, que en forma razonable y equitativa se distribuya entre los moradores del pueblo una gran cantidad de provisiones que los federales abandonaron en su fuga ante el ataque nuestro —rememoran los serranos—. De la ciudad de Chihuahua se tuvo noticia que los federales en poderosa columna se aprestaban a salir a batirnos. A su vez, el general Villa, da la orden de salida. Partimos en la noche pasando al oriente de Bustillos sin tocar dicha hacienda, prosiguen los serranos. En la vanguardia íbamos nosotros, la gente de Namiquipa, con Andrés U. Vargas y Juan Pedroza; nos seguía la tropa que se encargaba de los dos cañones que les arrebatamos a los federales en San Andrés, con toda su dotación y cofres. Pasamos por Cruz de Mayo sin detenernos y fuimos a comer a la Joya, de donde partimos por la tarde y llegamos a Satevó, en donde pernoctamos. Allí se incorporó Gorgonio Beltrán —futuro general y leal villista— con él se hallaban Domingo Navarrete y José Vera, también futuros jefes villistas».

Dejaré por un momento la columna del general Villa, para conocer otros detalles.

*
* *

Mientras el general Villa ha venido realizando aquella resonante campaña por el norte del Estado, en la parte sureste, Maclovio Herrera sostiene contra los huertistas los siguientes encuentros. El día 13 de abril combate en Estación Conchos, Chih., retirándose para Jiménez, y el día 25 del mismo mes ataca y toma la plaza de Camargo, donde muere el coronel Puebla, jefe de la guarnición federal.

Rememora el capitán Francisco Montoya Meléndez: «Avanzamos para el norte hasta Mápula donde nos acabamos los borregos del lugar. De allí salimos al sur y en Estación Díaz sostuvimos una escaramuza con los huertistas del general Marcelo Caraveo. De ese lugar nos fuimos al sur y de Estación Asúnsolo, cortamos para Sierra Mojada, Coah., donde atacamos y tomamos dicha plaza. Regresamos a Escalón, Chih., y de este punto nos dirigimos al sur con la intención de unirnos a las tropas del estado de Durango que operaban en la región lagunera, pues sucedía —para esas fechas— que fue en los postreros días del mes de julio (Villa se hallaba en la Ascensión), se tuvo conocimiento, que el señor Venustiano Carranza se dirigía a la región lagunera con el propósito de concurrir personalmente a la toma de Torreón, Coah. En efecto, desde el día 23 de julio al 2 de agosto comenzaron al asedio de dicha plaza, los contingentes de los generales Tomás Urbina, Calixto Contreras, Orestes Pereyra y Cándido Aguilar, así como los coroneles Martín Triana, José Isabel Robles, Sixto Ugalde y Eugenio Aguirre Benavides. Nosotros con Maclovio Herrera como jefe, llegamos a dicha comarca. Nuestra fuerza se componía de unos 380 hombres y los mandaban como jefes subalternos, José Borunda, Eulogio Ortiz, Federico Chapoy y Alfredo Artalejo (hermano del temerario Benito); yo iba bajo las órdenes de José Martín Valles, de Camargo, Chih. Nos tocó combatir desde el 25 de julio. Desde temprano y casi por todos lados de Torreón se escuchaban las ensordecedoras descargas de la fusilería. Derrotados nos retiramos el día 2 de agosto. Nos tocó seguir el mismo camino que siguió el general Urbina con su famosa brigada Morelos, tomando el camino a Mapimí y seguimos por Pelayo, hacia el norte, hasta concentrarnos en Parral, Chih. Ante aquel fracaso, el señor Carranza tomó rumbo a Durango y de allí a Sonora. El general Calixto Contreras, con el también general Orestes Pereyra, optaron por retirarse hasta Pedriceña, Dgo., donde establecieron su cuartel general. Todos estos jefes rebeldes habían venido operando, en el asedio a Torreón, bajo el mando supremo del general Tomás Urbina. Por razones que se desconocen, Urbina se separó de ellos tomando el rumbo del norte a unirse con el general Villa. Es innegable que las fuerzas de Durango habían combatido con denuedo y vigorosamente, tratando de apoderarse de la plaza de Torreón, Coah., contando con la colaboración eficaz de los contingentes al mando del señor Venustiano Carranza, que los formaban tres regimientos y su escolta personal que participaron en aquella batalla, combatiendo y reforzando los contingentes del general Orestes Pereyra. La plaza estaba defendida por los bravos generales Eutiquio Munguía, Eduardo Ocaranza y Benjamín Argumedo, con los coroneles Ricardo Peña y Federico Reyna».

Volveremos al general Villa, quien, mientras los federales concentran poderosos elementos de las tres armas, para lanzarlos sobre los revolucio-

narios villistas, él, con mucha astucia mueve su gente saliendo de Satevó, pasando por La Jabonera, El Alamo, Conchos, y ocupa sin combatir Ciudad Camargo, después de una escaramuza en Saucillo.

«Nosotros —recuerda el capitán Francisco Montoya Meléndez—, apenas acabando de arribar a Parral, después de nuestro fracaso en Torreón, cuando tuvimos noticia de la presencia del general Villa en Ciudad Camargo, para donde salimos con mi general Maclovio Herrera a incorporarnos con el propio general Villa. En Parral, se hallaba también el general Manuel Chao, con su fuerza —unos doscientos hombres—, según se decía. Chao, tenía la esperanza de que el señor Carranza lo nombrara a él como jefe de los revolucionarios en el Estado, y por eso no se incorporaba al general Villa, sino que lo decía, que esperaba que Villa se presentara ante él a recibir órdenes. Pero, ese eterno pero, el destino ya había determinado y elegido al *hombre con los tamaños para ser el jefe*».

Nace la División del Norte

El General Villa, antes de combatir, se organiza.
Sus fuerzas son numerosas.

Sin perder de vista los movimientos del enemigo, los pequeños y grandes núcleos de voluntarios que los emisarios que el general Villa había comisionado han reunido por diversas partes del extenso estado de Chihuahua, se han ido incorporando a la columna en marcha y al llegar a Ciudad Camargo, se pudo comprobar que los efectivos que propiamente dependen del general Villa, pasan de los (3,000) tres mil hombres; sin contar los grupos que comandan los jefes que a esa hora desempeñan comisiones del general Villa, en algunas partes del estado, entre ellos el mayor Candelario Cervantes, en Namiquipa; el mayor Julio Acosta, en Ciudad Guerrero, donde a diario se presentan voluntarios de los pueblos de la comarca a causar alta en el cuartel de Acosta; el mayor Pedro Bustamante, en San Juanito, Guazapares, Témores y Yoquivo. (Esto es, de aquella suerte la Sierra Madre participaba dando a Villa lo mejor de su sangre). Allá, en el norte, Ojinaga, San Carlos, Santa Elena, Cuchillo Parado, se hallaban otros oficiales comisionados por el general Villa: Canuto Leyva y otros.

El grueso de la columna del general Villa había ido siendo objeto de continua organización, hasta donde las circunstancias lo permitían. Indudablemente que faltaba mucho por hacer, claro es. Sin embargo, era el núcleo revolucionario más respetado y temido en aquella época y después. Tan grandes son los adelantos logrados por el general Villa, a esa fecha, en cuanto a refuerzos de sus unidades, que al llegar a Camargo se hallaba rodeado de valiosísimos elementos.

«En Ciudad Camargo, celebra el general Villa una junta con sus jefes, la mayoría son mayores y sólo unos cuantos coroneles: Fidel Avila, Toribio Ortega, Julián Granados y Juan N. Medina; tenientes coroneles: Eleuterio Hermosillo, Cruz Domínguez y Manuel González. Mayores: Porfirio Ornelas, José Valles, Andrés U. Vargas, Manuel Baca, José San Román, Saúl Navarro, José Rivas, Juan Pedroza, Rafael Licón, Manuel Tarango, Domingo Gamboa, Macedonio Aldama, Isidro Chavira, Santiago Ramírez, Benito Artalejo, Enrique Santoscoy, Manuel Ochoa, Martín López, Blas Flores, Miguel Saavedra P., José María Fernández, el ingeniero Licona, Juan B. Vargas, Pablo C. Seáñez, Gabino Durán, Antonio Villa (hermano del general), Mercedes Luján, Tomás Ornelas, Joaquín Terrazas, José Torres Day, Francisco Sáinz, Francisco Chávez, Fortunato Cazavantes, José de la Luz Nevárez, Carlos Almeida, Ramón Mendoza, Rafael Castro, Pablo López, Encarnación Murga, Epitacio Villanueva, Melitón Ortega, Sóstenes Garza y Julio Piña.

»El general Villa presidió esa junta y tuvo a su derecha al general Maclovio Herrera y a su izquierda al doctor Samuel Navarro. Todos esos mayores llegaron unos a coroneles, los más a generales y fueron de los que ayudaron al general Villa a llenar muchas páginas de historia. Muchos de los hombres que llegaron a famosos generales, como Nicolás Fernández, eran en esa fecha, simples capitanes e iban ascendiendo lentamente. Decíales el general Villa, en aquella junta: En las horas de la lucha casi nada se puede hacer si no hay en el ejército unidad de mando, las tropas organizadas en batallones, regimientos y brigadas, bajo el mando de un jefe responsable, ayudado por oficiales y clases competentes, cuyo comportamiento sirva de ejemplo a sus soldados».

En seguida el coronel Juan N. Medina, en uso de la palabra, pasa a exponer que por sus efectivos la columna del general Villa es ya una división y que por lo tanto, era de necesidad inaplazable darle la debida organización a sus contingentes. Y así se empieza a hacer, desde ese día.

Mientras tanto, los federales poderosamente armados, han ocupado San Andrés, tratando de batir a Villa. Pero éste se les ha esfumado. Los federales, en espera de ser atacados por Villa permanecen posesionados de la citada plaza. En tanto, Villa sale de Satevó, haciendo mañosamente que el coronel Gorgonio Beltrán, con Navarrete y Vera permanezcan en la región de San Borja, llamando la atención de los federales, y que el mayor Julio Acosta, con su escuadrón marchara rumbo a Ciudad Guerrero, sin ocultar sus movimientos, a fin de distraer la atención del enemigo. Por lo tanto, Villa, logra hábilmente desorientar a los federales. Pasan días y los huertistas no se han decidido a seguir el rastro de Villa. No hallan qué hacer, si adentrarse en la sierra en busca del sendero que el habilidoso Pancho Villa ha tomado o regresar a la capital del Estado, y en esa tardanza en

decidir, se pasan días hermosos que el ladino Pancho Villa aprovecha ventajosamente. Esto es absolutamente histórico. Para cuando los federales reaccionan, ya Villa les ha ganado mucha ventaja. Llega la hora de partir y la columna del general Villa, se concentra en Jiménez, donde se le incorpora la brigada Morelos del general Tomás Urbina.

«Nosotros —rememoran los namiquipenses—, fuimos de los primeros en hacer contacto con las avanzadas del general Urbina; venía en la extrema vanguardia el mayor Petronilo Hernández. Al frente del grueso cabalgaba el coronel Faustino Borunda, que era el segundo en el mando de la Brigada Morelos. En la retaguardia venía el general Urbina; lo acompañaban sus tres guardaespaldas, de éstos nadie recuerda sus nombres, pues sólo se les conoció por "Los Mechudos"».

La llegada de la brigada Morelos a Jiménez, Chih., constituyó un motivo de alegría; pues todos o casi todos los jefes y oficiales, más gran parte de la tropa, eran chihuahuenses. El coronel Faustino Borunda que era el segundo, era de los hombres de toda la confianza del general Villa, y si andaba en esa brigada, se debía precisamente a esa confianza que el general Villa le tenía. Así también sucedía con los capitanes primeros Carmen Delgado, de Namiquipa, y Baudilio Uribe, de Jiménez, Chih. A las órdenes inmediatas del coronel Borunda venía un oficial que con el tiempo iba a ser muy famoso, se llamaba Rodolfo Fierro, nativo de Charay, Sinaloa.

Rememora el general Adolfo Terrones Benítez: «El día 5 de abril de 1913, como a las once de la noche, un grupo de ferrocarrileros se fugó de la estación de Durango, llevándose una máquina de patio. Fueron ellos: León Rodríguez, Encarnación Ortiz, Alfonso Domezain, Mateo de León, Angel García, Esteban Martínez y el que más tarde fuera el famoso Rodolfo Fierro. Todos ellos estaban altamente comprometidos dentro de nuestras filas y más tarde llegaron sin novedad hasta la estación de Labor, lugar en que descarrilaron la locomotora y marcharon a incorporarse hasta la hacienda del mismo nombre, lugar en que fueron recibidos cordialmente por el general Pereyra, quien los incorporó al escuadrón que comandaba el mayor Orestes Pereyra Jr. En fecha posterior, por dificultades que tuvo con el mayor José Carrillo, se separó de esas fuerzas incorporándose con el grado de mayor en las tropas del general Urbina, quedando a las inmediatas órdenes del coronel Faustino Borunda».

«Hallándonos en Jiménez, Chih. —recuerdan los serranos de Namiquipa—, se efectuó un movimiento de oficiales y jefes, por orden superior; de suerte que oficiales de una brigada pasaron a formar parte de otra y es así como hemos de ver en lo futuro al mayor Rodolfo Fierro, incorporado a la brigada Villa, pero sin mando de tropa, sino dependiendo directamente del general Villa».

Llega la hora de partir y las fuerzas bien municionadas, se embarcan en parte por tren, con la impedimenta y artillería, con destino a Bermejillo, Dgo. El resto de las fuerzas inicia la marcha por tierra. Llega a Bermejillo la vanguardia.

El día 17 de septiembre de 1913, ya estaban los villistas frente al enemigo en la hacienda de Santa Clara, Dgo., donde derrotan a los federales mandados por los generales Benjamín Argumedo y Eduardo Ocaranza. Siguen arribando a dicha hacienda otros contingentes durante los días 19 y 20, todos al mando del coronel Toribio Ortega, procediéndose a ocupar las haciendas de aquella región, dando tiempo a que lleguen los contingentes que avanzan por tierra. Los federales que operaban en esa comarca se concentran en Gómez Palacio y Lerdo, Dgo. Mientras tanto, el general Villa, con su estado mayor y escolta ocupa la hacienda de La Zarca, Dgo., el día 24 por la tarde. Ese mismo día manda una comunicación con el mayor Juan B. Vargas para el general Calixto Contreras, quien se hallaba en Pedriceña, Dgo., participándole lo siguiente:

> «La Zarca, Dgo., 21 de septiembre de 1913.—Al General Calixto Contreras. Su campamento, en Pedriceña, Dgo.
>
> »Acabo de arribar a este lugar con tres mil ochocientos hombres pertenecientes a las brigadas: Morelos y Benito Juárez, juntamente con las que mando directamente, con el fin de cooperar a la toma de la plaza de Torreón, Coah., y como pienso entrar por el rumbo de Pelayo y el Cañón del Rosario, para salir directamente a la hacienda de La Loma, mucho le estimaré que reúna sus contingentes, para concentrarlos en dicho lugar, y proceder a formular el más adecuado plan de ataque a la expresada plaza de Torreón, Coah. —Ruégole contestar de enterado, indicándome a la vez, la fecha en que tendré el gusto de verlo y saludarlo, en el lugar indicado.—*Francisco Villa.*—(Rúbrica)».
>
> (*Comunicación, según apuntes del señor general Adolfo Terrones Benítez*).

Esta misiva estaba fechada en la hacienda de La Zarca, Dgo., pero en realidad fue mandada con el mayor Juan B. Vargas y el teniente Reynaldo Mata desde un punto entre San Pedro del Gallo y San Luis del Cordero, Dgo. Se supone que con el objeto de que si llegara a caer en poder del enemigo, éste no conociera el lugar exacto donde se hallaba el general Villa.

La respuesta a la citada misiva no se hizo esperar, pues el día 26 de septiembre de 1913, la recibe el general Villa, sobre la marcha entre las haciendas La Goma y Santa Clara, Dgo.

Rememoran los serranos chihuahuenses y prosiguen: «Fue altamente significativo que desde nuestra llegada a esa región se vieran nuestras fuerza con numerosos voluntarios que continuamente se estaban presentando a engrosar nuestras filas, y lo que es más, que todos manifestaban deseos de causar alta en la gente de Pancho Villa. (Auténtico). Por ejemplo; el mayor Julio Piña, en sólo dos días, el 20 y 21, formó un escuadrón con voluntarios de las haciendas de Santa Teresa, y para la víspera de iniciarse el ataque, que fue el 28 de septiembre, ya había formado o completado un regimiento». (Absolutamente cierto). Continúa el capitán Francisco Montoya Meléndez: «El día 28 de septiembre, desde muy temprano, nos tocó a nosotros los del regimiento del mayor Eulogio Ortiz, de la brigada Benito Juárez y que en aquellos momentos la comandaba el teniente coronel José Borunda, nos tocó, digo, en colaboración con elementos de la brigada Villa, con el mayor Saúl Navarro, rechazar a los orozquistas de Emilio Campa, que trataban de impedir que se pasara nuestra impedimenta al otro lado del río Nazas. La artillería y la citada impedimenta se estaba pasando del lado norte al lado sur, por medio de balsas.

»Por las patrullas de exploración se tuvo conocimiento de que el enemigo se estaba moviendo con dirección a la hacienda de La Goma, que era precisamente donde nosotros nos hallábamos. El enemigo fue avistado en las cercanías de los ranchos de La Muerte, lo cual significaba que para las primeras horas de esa misma mañana que fue el 28 de septiembre, ya estarían al alcance de nuestros fusiles».

«Así y todo, el general Villa, con su estado mayor y escolta personal, se aprestaba para irse a la hacienda de La Loma, donde se iba a celebrar la junta de jefes, y a la cual ya estaban arribando las avanzadas de los generales Orestes Pereyra y Calixto Contreras —refiere el mayor Juan B. Muñoz—. Cuando arribamos a la hacienda de La Loma, estaban desmontando de sus caballos los jefes y oficiales del estado mayor del general Calixto Contreras, venían con ellos el coronel Mateo Almansa, Pablo Medrano, Matías Parra, Eutimio Reza y Lucio Contreras. Unos minutos despues llegó el general Contreras, con Máximo Mejía Sanabria, que era su jefe de estado mayor. Los recibió el coronel Agustín Estrada y los llevó a presencia del general Villa, quien con Juan N. Medina, Maclovio Herrera, Toribio Ortega, Julián Granados, Fidel Avila y Manuel González se hallaba en la casa principal de esa hacienda. Llegó el general Urbina, y casi en seguida arriban los demás jefes: general Orestes Pereyra, coronel E. García, José E. Rodríguez, Bibiano Hernández, Benjamín Yuriar, Aguirre Benavides, Manuel Medina Veytia y algunos otros. (Manuel Medina Veytia era del estado mayor del general Villa).

»Aquella reunión tuvo por objeto nombrar, de acuerdo entre todos, un jefe que asumiera la responsabilidad de la campaña. Toma la palabra el

coronel Juan N. Medina, haciendo clara exposición de aquella situación y de la urgente necesidad de luchar todos unidos, bajo un solo mando. Habló luego el general Villa, proponiendo que de entre ellos se escogiera al hombre que según el parecer de todos fuera el más capacitado, para ser el jefe.—Siguieron otros en el uso de la palabra, pero sin ir al fondo del asunto, todo eran puros rodeos. Toma la palabra Juan N. Medina, para volver a decirles que era necesario proceder a nombrar un general en jefe, y que todas las fuerzas deberían ser organizadas en una división. Se levanta el general Calixto Contreras y apoyado por el coronel Juan E. García, hace resaltar el prestigio del general Villa, como hombre de armas y experiencia, indiscutible valor, capacidad organizadora y pide a todos que reconozcan a Francisco Villa como jefe de la División del Norte. Todos estuvieron de acuerdo y lo aprobaron sin discusión. El general Maclovio Herrera fue el primero en abrazarlo y felicitarlo. Rigurosamente histórico. El general Francisco Villa asume la responsabilidad de la campaña... ¡Y en qué forma!

»Una vez que el general Villa ha sido nombrado jefe de la división, se pasa a discutir y trazar el plan de ataque que más conviniera para atacar al enemigo, el cual prácticamente ya estaba sobre de ellos en la hacienda de La Goma, la que estaba en esos instantes siendo cañoneada por los orozquistas de Emilio P. Campa. Ante la proximidad del enemigo, el general Villa dicta sus órdenes como jefe de la División del Norte, disponiendo que las fuerzas de la brigada Villa, bajo el mando del coronel Toribio Ortega, salgan al ataque partiendo de la hacienda de La Loma que es en donde se encontraban, siguiendo por la ribera sur del río Nazas, yendo en el flanco derecho el general Tomás Urbina, con su brigada y las de los generales Orestes Pereyra y Calixto Contreras cubriendo las lomas que hay al lado sur de la vía Durango-Torreón, avanzando para converger en el poblado de Avilés, que era la meta de los elementos de la brigada Villa. Y partiendo de la hacienda de La Goma, saliera la brigada de Maclovio Herrera, con fracción de la de Calixto Contreras, más el contingente del coronel Juan E. García y los voluntarios de la comarca lagunera que comanda el mayor Julio Piña, avanzaran sobre el enemigo que ocupaba el cerro de La Muerte y los ranchos de la misma región, teniendo como meta Lerdo y Gómez Palacio, Dgo.».

Rememora el capitán Francisco Montoya Meléndez: «Nosotros con el teniente coronel Eulogio Ortiz y bajo el mando inmediato del capitán José Martín Valles, de Camargo, Chih., nos tocó combatir contra las caballerías del fogueado general Benjamín Argumedo, en las estribaciones del cerro de la Muerte. Los jinetes de Argumedo se dejaron venir sobre nosotros por tres veces, en tremendas cargas, las que logramos desbaratar. En esa acción salió herido el teniente coronel José Borunda y el jefe Luis Herrera, una bala atravesó el pecho a Borunda y su bestia lo arrastró al caer éste

y quedarse prendido de un estribo de la montura. Luis Herrera salió con una mano casi deshecha de un balazo.

»Por nuestra izquierda iba la gente del valiente coronel Juan E. García, faldeando la Sierra de Mapimí, flanqueó al enemigo que nosotros teníamos al frente el cual después de rechazado por nosotros se retiró precipitadamente, lo mismo que los irregulares del coronel Federico Reina que se sostenían en el rancho de La Muerte. Luego se replegaron ante la amenaza de quedar cortados por la caballería del coronel Juan E. García, que ocupó el rancho de El Coyote. Se tomó contacto con el enemigo como a las once de la mañana y para las 4 y 5 de la tarde combatíamos en el cerro de La Muerte y ya para las 8 de la noche éramos dueños del campo. El teniente coronel Eulogio Ortiz tomó 18 federales prisioneros y por orden de Maclovio Herrera fueron pasados por las armas en el mismo sitio donde fueron capturados. Por parte de la gente de Maclovio Herrera se tuvo que lamentar sensibles bajas, más heridos que muertos. Entre los jefes y oficiales que salieron heridos estaban el propio general Luis Herrera, el teniente coronel José Borunda, Ernesto García, José Orozco y un oficial de apellido Portillo. (A este oficial lo mandó fusilar a nuestra entrada a Ciudad Juárez, Chih., el mes de noviembre, el general Maclovio Herrera, sin que haya sabido cuál fue la causa). También salieron heridos Juvencio Villa, primo del general Villa, y uno de los hermanos Mayo, muy conocidos en Parral. Estos hermanos Mayo, fueron quienes mataron al coronel Roque Chávez, en un pleito en Parral, el año de 1917. El general Guillermo Chávez los mandó colgar. Todos los citados pertenecían a la Brigada Juárez de Maclovio Herrera».

Por su parte, la brigada Villa que se desplazó partiendo de la hacienda de La Loma, manda en su primera línea de tiradores a los serranos de Guerrero, Bachiva y Namiquipa, Chih., bajo las órdenes de los mayores Andrés U. Vargas, Saúl Navarro, Juan Pedroza, Carlos Almeida y Martín López, yendo como jefe superior el coronel Agustín Estrada. Todos de abolengo serrano. Rememora el mayor Juan B. Muñoz: «Media hora después de haber partido de la hacienda ya estamos tomando contacto con el enemigo, que tenía su primera línea de tiradores partiendo de la vía férrea a través de la cuenca del río hasta los ranchos de La Muerte, al otro lado del río, donde combatían las fuerzas que mandaba Herrera. A la extrema derecha de nuestra gente iba la que mandaba el capitán Nicolás Fernández, también de nuestra brigada Villa. Tras una hora de combate sin detenernos ante nada, avanzando la caballería y la infantería, seguimos haciendo fuego y caminando paso a paso, hasta que estuvimos al alcance de tiro de pistola, nos avalanzamos al galope de nuestros caballos y sin más, levantamos de sus posiciones a la primera línea de tiradores del enemigo. Nuestro avance era lento, relativamente; pero firme y vigoroso,

pues tras nosotros sólo quedaban cadáveres y caballos muertos. Nos tocó rodear a un núcleo de soldados enemigos, que al verse perdidos, levantaron los brazos en señal de rendición. En ese instante llegó junto a donde estábamos el teniente coronel Fernando Reyes, con tres ayudantes del general Villa, quienes se hicieron cargo de los citados prisioneros, mandándolos a retaguardia. El coronel Manuel Baca quiso que allí mismo se fusilara a esos soldados, pero el coronel Agustín Estrada lo paró en seco, diciéndole que le presentara la orden firmada por el general Villa y le entregaría todos los prisioneros que se fueran haciendo en nuestro avance. Este incidente sucedió en plena línea de fuego tras una pequeña zanja. Sabíamos que el general Villa se hallaba cerca de aquel lugar, porque sus ayudantes no se apartaban mucho de la línea de fuego donde estábamos nosotros. Junto a nosotros estalló una granada que hirió a Manuel Madinabeitia y al norteamericano Tracy Richardson, que ayudaba a sacar los heridos para llevarlos al hospital de sangre. Luego volvimos a levantar otra línea de tiradores enemigos y en seguida nos topamos con otra línea de tiradores de infantería que hacían una resistencia muy firme, pero que al final de cuentas retrocedieron ante el avance de nuestras fuerzas y pasado el mediodía ya estábamos en las orillas del poblado de Avilés, Dgo. El combate se había generalizado desde la primera hora de lucha, por todo el frente desde la ribera del río hasta las lomas por donde combatían con mucho éxito los contingentes del general Urbina, Calixto Contreras y Orestes Pereyra, los cuales rebasando el lomerío al sur de la vía férrea, avanzaban levantando al enemigo de sus posiciones y haciendo prisioneros. Todavía se siguieron escuchando las detonaciones de granadas por el lado de las citadas lomas. Al otro lado del río, es decir, en la ribera norte se sostenía el enemigo y se escuchaba el nutrido fuego de la fusilería. Repentinamente cesó el fuego frente a nosotros en la orilla del poblado y fue que el enemigo empezó a huir en desbandada. Se entiende, por el frente nuestro».

«El poblado de Avilés, Dgo., había caído en poder de las fuerzas de la División del Norte —rememoran los serranos chihuahuenses—. Al entrar al poblado por el lado de la estación, nos detuvimos frente a un zaguán donde había un reducido número de curiosos —soldados nuestros—; acababan de desnudar el cadáver del general Felipe J. Alvírez, que fuera el jefe de los defensores de esa plaza». En ese instante llega el general Villa con su estado mayor y escolta personal. En cuanto se entera de lo que ha sucedido, desmonta de su caballo, cuando el teniente coronel Carlos Almeida la informa de que aquel cadáver era el general Felipe J. Alvírez, se acerca al cadáver conmovido y ordena que se curse la orden de que todo aquel individuo que se extralimite cometiendo desmanes será fusilado sin formación de causa. Luego ordena que se le dé cristiana sepultura.

De este incidente fueron testigos oculares el mayor Juan B. Muñoz y el capitán José Matilde Flores Franco, ayudante del general Toribio Ortega.

A esa misma fecha y hora que las fuerzas de la brigada Villa se acercaban al poblado de Avilés por la parte norte, las tropas de los generales Tomás Urbina y Calixto Contreras se acercaban al mismo lugar por el lado sur y las tropas del general Orestes Pereyra, habían ya capturado cerca de 100 prisioneros y empujaban al enemigo por la vía férrea. El enemigo se había concentrado en Avilés y organizado sus defensas con rapidez; pero no fue capaz de poder detener el arrollador avance de los revolucionarios. Avilés, estaba totalmente en poder de las fuerzas de la División del Norte, entre la una y dos a. m. Después de aquel combate se registró un acto bochornoso, incalificable, horrible. En la callecita principal del poblado se concentraron a los prisioneros, entre federales y orozquistas, eran como 500. Se separaron a unos de otros y los orozquistas apenas llegaron a 167. Los citados prisioneros fueron alineados a lo largo de la acera y en cada una de las bocacalles se instaló una fuerte escolta, una bajo el mando del capitán Fernando Munguía y la otra al mando del capitán Nicolás Fernández. Cuando en el cuartel general se da la orden para que los prisioneros sean pasados por las armas, según lo dispuesto por el señor Venustiano Carranza, basándose en la Ley de 25 de enero, el mayor Rodolfo Fierro, agregado al estado mayor del general Villa, sin comisión fija, pide que le permitan ser él quien ordene el cuadro para fusilar a los prisioneros. Acto seguido, acompañado del también mayor Pablo C. Seáñez. se presenta pidiendo que le entreguen los prisioneros y el capitán Nicolás Fernández se niega y pide le muestren orden por escrito del general Villa. Fierro la obtiene y comienzan a matar prisioneros, cada uno por su lado. Iniciada aquella matazón, llega una contraorden y se suspende la matanza que gustosos habían empezado los mayores Fierro y Seáñez Ocurrió, que el coronel Juan N. Medina ya había estado con los citados prisioneros y éstos le habían manifestado que estaban dispuestos, porque era su voluntad, a incorporarse a la revolución, a cambio de que se les perdonara la vida. El coronel Juan N. Medina habla con el general Villa y le expone lo que antecede, entonces, el general Villa que no pierde oportunidad para aumentar sus filas, ordena que inmediatamente se suspenda la ejecución, ya que aquellos soldados y oficiales desean servir a la revolución. A eso se debió que se suspendiera dicha ejecución y no a la intervención de ningún general como lo han asegurado algunos escritores, tal vez mal informados. El capitán Nicolás Fernández, testigo ocular de este hecho, es en la actualidad general de división pensionado, vive en la Ciudad de Lerdo, Dgo. Viven muchos otros testigos en Ciudad Juárez, Chih., vive el teniente coronel Abel R. Díaz, en la ciudad de Chihuahua radican los capitanes primeros: José Torres Rocha, Trinidad Arroyo, primo del general Isaac del

mismo apellido y Tomás Quintana y Miguel García. En Valle de Allende vive otro capitán, Vicente Caro, etc.

«En la estación del poblado de Avilés, Dgo., dejó el enemigo dos cañones, con un poco más de 300 granadas y algo más de 160,000 cartuchos. Se recogen dentro del poblado y sus alrededores 600 carabinas máusser y más de 600 caballos ensillados. Por orden del general Villa, se encarga de recoger y reunir todos esos pertrechos el mayor Mariano Tamés, con los capitanes Juan González y Roberto Cuevas» (tanto el mayor Mariano Tamés como a los citados capitanes, los veremos en el batallón Pino Suárez comandado por el coronel Roberto Limón, de la primera brigada Chao), rememora el capitán Ambrosio Quintero..

«Para aquella hora o sea las 10 de la noche, las tropas de los jefes Maclovio Herrera, Juan E. García, Eladio Contreras y Julio Piña, habían desbaratado por completo a los orozquistas de los generales Benjamín Argumedo, Emilio Campa y coronel Federico Reina. El coronel Juan E. García con sus fuerzas y las de Julio Piña, siempre fueron en la vanguardia persiguiendo al enemigo hasta las goteras de Lerdo, Dgo. Esa noche se dispuso el plan de ataque para el día siguiente, según las precisas instrucciones del general Villa, las cuales consistían en destruir el enemigo».

Rememora el capitán Francisco Montoya Meléndez: «Antes de aclarar el día ya se hallaban entre nosotros muchos oficiales de la escolta del general Villa, entre los cuales estaban Pablo C. Seáñez, Rafael Castro, Jesús M. Ríos, que vive, Pablo López, José Ruiz Núñez, todos ellos mayores y otros de menor categoría». He aquí la activa mano del general Villa haciéndose sentir.

*
* *

Tras su derrota en Avilés, los federales se concentran en Torreón, donde desmoralizados y debilitados se enteran de que su jefe supremo Victoriano Huerta, les ordena, destruir y aniquilar a Francisco Villa.

«Nuestro triunfo se va consumando —decíales en tanto el general Villa a sus jefes de tropas— el enemigo ha recibido nuestro castigo y se ha debilitado; como esta debilidad puede muy bien ser sólo momentánea, hay que ir sobre de él antes de que se reponga. Las experiencias de ayer las aprovecharemos hoy, enmendando los errores que indudablemente hemos cometido». Así lo rememora el capitán José Matilde Flores F., que fuera el ayudante del general Toribio Ortega. Frente al general Villa se hallaban los generales Calixto Contreras, Orestes Pereyra y coroneles Toribio Ortega, Juan N. Medina, Julián Granados, Agustín Estrada y Severino Ceniceros.

El general Villa dispone que se emprenda la marcha sobre Torreón, saliendo Calixto Contreras con todas sus fuerzas y Toribio Ortega con la mayor parte de la Brigada Villa, a la toma de Lerdo y Gómez Palacio, Dgo., uniéndose a las fuerzas de los jefes Maclovio Herrera y Juan E. García. El general Tomás Urbina, con su brigada y el general Orestes Pereyra con la suya, avanzarán cubriendo el flanco derecho del grueso de las tropas que seguirán por el centro, o sea por la vía férrea y la margen del lado sur del río Nazas, las cuales estaban comandadas por el propio general Villa.

Las tropas de Calixto Contreras, salen de Avilés comandadas por el coronel Bibiano Hernández, que ascendía a un regimiento; el regimiento de Eladio Contreras ya se hallaba cooperando con Herrera y el regimiento de José Rodríguez se queda con las fuerzas que avanzan por el centro; las fuerzas de la brigada Villa, que comandaba Toribio Ortega se divide en cuatro núcleos: el primero lo manda el teniente coronel Porfirio Ornelas, con José San Román y Ramón Mendoza; el segundo el coronel Agustín Estrada con Carlos Almaida y Santiago Ramírez; el tercero Fidel Avila, con Crispín Juárez, yendo el cuarto al mando de Epitacio Villanueva, Canuto Leyva, Isidro Chavira y Melitón Ortega.

«Vadeando el río Nazas pasamos al lado norte y muy al oriente del rancho de Coyotes, nos reunimos con la gente del general Maclovio Herrera, el cual se hallaba en aquel sitio en espera de órdenes —prosigue el capitán Matilde Flores—. Allí se tuvo noticia de que la gente del coronel Juan E. García no había dejado de tener contacto con la retaguardia del enemigo y serían las dos de la tarde de ese día —30 de septiembre de 1913— empezamos a empujar al enemigo hasta el cerro de La Pila». En los combates del día anterior, había sido herido en una mano, el señor general Luis Herrera, se hizo una curación y rehusó permanecer a retaguardia. No se separó de su hermano Maclovio. Era hombre de mucha ley.

Son las 10 de la mañana, según unos y las 10 y media según otros, así y todo, parten de Avilés, las tropas y el general Villa, seguido de su estado mayor y escolta personal al mando del mayor Francisco Sáenz (nativo de La Ascensión, Chih.), lleva la vanguardia; lo acompañan los coroneles José Rodríguez y Toribio Ortega. Rememoran los namiquipenses: «A nosotros nos tocó dar escolta a la artillería, la cual salió de Avilés bajo el mando del teniente coronel Federico Díaz Couder, Miguel Saavedra Pérez, Pedrito Sapién y Tomás Morales. Aquí iban los oficiales federales que habían caído prisioneros. Poco después del mediodía se incorporó la gente del coronel Eugenio Aguirre Benavides. En las postreras horas de la tarde se escucharon los primeros disparos, se acababa de tomar contacto con las avanzadas del enemigo. Se hizo alto, en espera de órdenes y en aquella hora se presentó el general Benjamín Yuriar, acompañado de su escolta y de los capitanes Cipriano Romero y Pablo Luna (el primero llega

a coronel y el segundo a general). Nosotros los de Bachíniva y Namiquipa, íbamos ese día bajo las órdenes del teniente coronel Isaac Arroyo, porque nuestro jefe Andrés U. Vargas desempeñaba una comisión del general Villa, cerca del general Urbina. El enemigo se hallaba bien atrincherado en el Cañón del Guarache. Después de la medianoche se dio la orden de echar pie a tierra, dejamos los caballos, un soldado sostenía las riendas de cada seis caballos. La noche era bastante oscura, unos guías conocedores del terreno nos iban guiando, llegamos a las estribaciones del cañón y se inició el asalto. Entre nosotros iba el propio general Villa, peleando como simple soldado raso. Nos tocó ir cerca de los guías que muy alertas a cualesquier señal hostil que descubriera al enemigo nos iban acercando a las posiciones del adversario. Tomaban parte unos 800 hombres de la brigada Villa, comandados por los coroneles Toribio Ortega, José Rodríguez, teniente coronel Isaac Arroyo —con él íbamos nosotros— y los mayores, Martín López, Benito Artalejo, Saúl Navarro y Miguel Fernández (zacatecano). Tomaba parte también la escolta del general Villa, que se componía de tres escuadrones, con un total de 300 y tantos hombres, gran parte de ellos oficiales: entre los cuales, Andrés Farías, los hermanos Murga, Juan y Ramón Vargas, Manuel Ochoa, Tomás Morales, José Meza, Jesús Téllez Cedillo, Carmen Delgado, Tiburcio Maya, José Torres Rocha, Merced Arroyo, Miguel Martínez (cuñado del general Villa), Miguel Baca Valles (el famoso ranchero de los aledaños de Parral, Chih.), Blas Flores (salió herido y muere en los momentos que lo atendía el doctor Samuel Navarro en el hospital de sangre, esa misma madrugada), Pedro R. Gómez (sale herido con un balazo en la cabeza y sanó); éstos eran los más conocidos para nosotros. Unos instantes antes de que se desprendiera la primera línea de tiradores, estando yo cerca del mayor Andrés U. Vargas, llegó el coronel Faustino Borunda y le dijo al general Villa: «—Mi general, quiero que me de una manita con algunos de sus buenos muchachos». Es cuando llaman al Mayor Andrés U. Vargas, para que junto con los oficiales: Julián Pérez (de Pedernales, Chih.), con Belisario Ruiz (de la hacienda de Rubio, Chih.), Ramón Acosta (de Ciudad Guerrero, Chih.), Roberto Frías (de Bachíniva, Chih.), José Bencomo (de Cruces, Chih.) y José de la Luz Nevárez, de Namiquipa, Chih., se pusieran a las órdenes del citado coronel Faustino Borunda. Justo es recordar estos nombres, porque, lo repito, ayudaron al general Villa a llenar muchas páginas de historia. Tal y como se ha dicho, el general Villa, entró a este combate con nosotros y no se escaparon ni uno solo de los miembros de su estado mayor, allí pelearon Manuel Madinabeitia (sale herido muy leve), Carlos Jáuregui, Darío W. Silva (actual general), Eleuterio Hermosillo, Juan N. Medina, Santiago Ramírez, los tres herma-

nos Bracamontes, Enrique Santoscoy, etcétera, etcétera. Cuando cayó herido Madinabeitia lo sacaron de la línea de fuego los serranos, Cruz Chávez y Canuto Pérez» (1).

Prosiguen los serranos: «Todavía no aclaraba, cuando los federales abandonaron sus posiciones y se concentraron en el cerro de la Cruz. Se nos unió otra línea de tiradores nuestros y juntos, ya bien reforzados seguimos al enemigo en su repliegue. La fusilería producía un ruido ensordecedor, que repentinamente aumentaba por las explosiones de bombas y granadas de mano. A la salida del sol, nos hallábamos combatiendo frente al cerro de la Cruz; nosotros y nuestra línea de fuego se había extendido como un kilómetro. Los federales intentaron tres veces consecutivas recuperar las posiciones que les habíamos arrebatado en dura y constante pelea. Pero las órdenes del general Villa, eran muy claras: sostenerse y conservar el terreno conquistado. El puesto de mando del general Villa, se hallaba tan cerca de la línea de fuego, que el enemigo lo reconoció y enfocó sus fuegos sobre aquel punto. El ayudante de Saúl Navarro, un capitán de apellido Arciniega, de Ciudad Camargo, Chih., fue alcanzado por una granada que explotó junto al citado puesto de mando. Se corrió la voz en numeración seguida —permanecer en aquel lugar hasta nueva orden. Después de los tres intentos que el enemigo realizó con intención de rechazarnos, se mantuvo firme en sus buenas fortificaciones. Nosotros esperábamos la hora que se había fijado para el asalto. Nuestra artillería que estaba emplazada en Gómez Palacio, Dgo., estuvo martillando constantemente las posiciones del enemigo. Serían las 6 de aquella tarde del día primero de octubre de 1913, cuando se nos remunicionó y dotó de gran cantidad de granadas de mano. Preludio de la batalla que se iba a librar esa noche.

»Para aquella hora, por el lado de Lerdo y Gómez Palacio, Dgo., las fuerzas, 40 hombres de la brigada Juárez, de Maclovio Herrera, los 500 de Juan E. García, los 100 y tantos de Calixto Contreras, los 600 de Benjamín Yuriar, más los 300 de Julio Piña, ya habían desalojado a los federales de los puentes y limpiado la margen norte del río Nazas de federales y esperaban la orden para el asalto definitivo. Refiere el capitán Francisco Montoya Meléndez: «Durante el combate que sostuvimos contra los defensores del cerro de La Pila, salió herido del antebrazo derecho el general Maclovio Herrera, que al estallar una granada del enemigo le mató su caballo». Rememora el mayor Librado Rodríguez, «tan pronto como vimos caer al general Herrera lo rodeó su escolta y lo retiraron del lugar. El enemigo nos estuvo haciendo un fuego muy certero y nos causó muchas bajas, especialmente heridos. El escuadrón del capitán José Martín Valles, empezó a moverse avanzando sobre los reductos de los orozquistas, que

(1) Recuérdese a estos dos serranos, cuando lleguemos al asalto de Columbus, N. M.

eran los que nos combatían. Luego Eulogio Ortiz y Miguel Baca Valles que acababa de presentarse con un grupo de oficiales y soldados de la escolta del general Villa se lanzan al grito de ¡Viva Villa! y en un instante se generalizó el asalto y los federales y orozquistas no se pudieron sostener y se replegaron, y nosotros tras ellos.

»En ese asalto quedamos dueños de toda la ribera del río Nazas y de los dos puentes. En esa acción combatió la gente del general Calixto Contreras, con los jefes Bibiano Rodríguez, Eladio Contreras (actual general), Máximo Mejía Sanabria (actual general), Manuel Mestas, Mateo Almansa, Juan Gaytán y Lucio Contreras. Los federales y orozquistas perdieron toda su artillería y gran cantidad de prisioneros. Se corrió la voz de que se esperaba la orden para dar el asalto final. Se corrió la voz a lo largo de toda la línea de fuego en numeración corrida. Allí mismo en la línea de fuego nos enteramos de que por orden del general Villa se había concedido el ascenso a muchos oficiales. A nuestra derecha, combatían los contingentes del general Orestes Pereyra, desde la entrada del Puerto del Guarache, hasta rodear la población por suroeste».

Rememoran los serranos de la brigada Villa, namiquipenses: «Cuando nosotros ocupamos posiciones frente al barrio de S. Joaquín, la gente del valiente Juan E. García y fuerzas de Yuriar, atacaron furiosamente con mucho éxito las posiciones de los federales en los cerros de La Fortuna y de La Metalúrgica. El enemigo se concentraba en la estación del ferrocarril y la Casa Redonda. La plaza de Torreón, Coah., estaba siendo atacada por todo el frente de combate, prácticamente por todos sus lados. Por el lado norte y oriente, los contingentes de la brigada Morelos comandados por el coronel Faustino Borunda, con quien cooperaban las fuerzas de los hermanos Arrieta, un regimiento de la brigada Calixto Contreras y un Escuadrón de la Escolta del general Villa, comandado por el mayor José María Fernández (El Manquito), éste era de la gente de Toribio Ortega. Combatían en las bocacalles de la población, sosteniendo furiosos encuentros con el enemigo que no se resolvía a darse por perdido». Refiere Manuel Machuca: «Yo acompañaba al mayor José María Fernández, en aquellos encuentros que sostuvimos en las bocacalles. La mitad del escuadrón la llevaba Fernández y la otra mitad la comandó esa vez, el también mayor José Torres, pues todos éramos de la brigada Villa; también iban con nosotros Silverio Maynez y Jacinto Navarrete, ambos de Cuchillo Parado, Chih. Salieron heridos de esos encuentros, el "Arabe Jorge", "Ricardo", así le decíamos al norteamericano Tracy Richardson y un capitán de apellido Burciaga, ayudante del coronel Faustino Borunda. Cuando el enemigo se retiró, nos medio organizamos y en eso llega el mayor Trinidad Rodríguez, conduciendo unos heridos que manda que los retiren para Lerdo Entre aquellos heridos estaban dos hombres muy valientes se trata de Bau-

tista Húmar (de Santa Rosa, Son.) y Manuel Valenzuela (de Yécora, Son.). Eran de la brigada Villa (1).

»Manuel Valenzuela era hermano del coronel Ramón Valenzuela que defeccionó pasándose al orozquismo, siendo capturado en los aledaños de Alamos, Son., fue conducido a Hermosillo, capital del Estado, donde lo fusilaron por orden del general Ignacio Pesqueira, a la sazón gobernador de dicha entidad.

»Eran las ocho de la noche, en el campamento había mucha actividad y tras la llegada de un ayudante del general Villa (Enrique Santos Coy), se ordena encadenar la caballada, dejando un soldado por cada seis caballos como era vieja costumbre. Por lo que se refería a nosotros los de Namiquipa, Bachíniva y Guerrero, formamos tres escuadrones, quedando bajo el mando de los mayores Benito Artalejo, Martín López y Juan Pedraza. Antes de salir del campamento se nos impartieron instrucciones para entrar en combate con la manga del brazo derecho remangada hasta arriba del codo, sin sombrero y pie a tierra, y espaciados según las circunstancias lo permitieran. Nuestro capitán esa noche fue Nicolás Fernández».

Rememoran los serranos de Namiquipa, Chih, gente de Andrés U. Vargas: «Nos situamos tras de la primera línea de tiradores, pasando por el Puerto del Guarache, donde se hallaban los valientes compañeros del general Orestes Pereyra. Se nos dijo que eran las nueve de la noche, el caso es que se inició el asalto final y todo sucedió con tanta rapidez que a lo sumo una hora o menos ya peleábamos dentro de las calles de la población, llegando hasta la estación del ferrocarril, de donde se nos ordenó retroceder y en el barrio que le llaman La Paloma, se estaba concentrando a muchos prisioneros. Allí se hallaba en aquel momento el general Villa, con su estado mayor y dos escuadrones de su escolta personal. El ruido de la balacera era sencillamente infernal, ensordecedor. Se estaba combatiendo fieramente por el lado de la Alameda. El general Villa con sus ayudantes de estado mayor y escolta, acompañado del general Maclovio Herrera que acaba de presentarse, entra a la ciudad de Torreón, en medio de las aclamaciones del pueblo, que ya recorría las calles. A nosotros se nos ordenó regresar al campamento, donde ya estaban matando reses, para provisión de la tropa. La plaza de Torreón, había caído en poder de los constitucionalistas de la División del Norte».

El general Villa, como el resto de sus jefes, no eran militares por escuela, sino por vocación unos, y los más por necesidad, exceptuando al coronel Juan N. Medina. Sin embargo, para qué negarlo, con todo y su

(1) Recuérdense los nombres de estos dos bravos, los dos mueren en el asalto a Columbus, N. M.

falta de conocimientos técnicos, sabían lo que se traían entre manos. El hombre siempre ha obedecido a su instinto de conservación, en cuanto a defenderse. Desde la más remota antigüedad ha peleado, primero con flecha y piedra, poco después con lanza, en seguida con espada y por último con armas de fuego. Siempre ha procurado el hombre protegerse de las embestidas del adversario por medio de la coraza, parapeto, lobera y trinchera y si a estos elementos agregamos el concepto de movilidad y el choque entre hombres armados, tendremos en su forma más elemental los elementos básicos de las tácticas. El resultado de la posible y acertada combinación de estos tres elementos, es el éxito. Poder ofensivo: conservar la ofensiva y la libertad de movimiento. (Esto lo aprendió el general Villa en duras lecciones). La mayoría de los hombres de que se componía el ejército del general Villa, procedía de la población rural de los estados del norte. Muy pronto se adaptaron a las necesidades de aquella campaña y se adiestraron en los menesteres de la guerra, unos más y otros menos. Pronto aprendieron a romper las líneas enemigas metiendo cuñas, mediante vigorosos ataques, en los puntos débiles. Aprendieron que era necesario conservar en todo momento fuerzas de reserva para el momento crítico. Esta es la historia de todas las victorias en el campo de batalla. En estos principios de técnica se basaron todos los grandes guerreros de todos los tiempos: Las poderosas embestidas de Aníbal en elefantes; el firme avance de las legiones romanas; las concentraciones de caballería, artillería e infantería en masa de Napoleón, fueron maniobras esencialmente similares. En estos mismos principios se basaron las victorias y derrotas del Centauro del Norte, general Francico Villa. La disciplina, el sentido del deber y el valor unido a la audacia y perseverancia en la pelea, fueron características sobresalientes del general Villa y sus principales lugartenientes. En el general Villa prevaleció desde el principio el concepto de que la mejor defensa es el ataque y de ahí que siempre lo veamos atacando, siempre en la ofensiva; hoy de frente, durante la noche por los flancos y al amancer por la retaguardia, manteniéndose en la ofensiva. Hay que añadir, que el general Villa, tendiendo celadas a sus adversarios fue el creador de esa guerra de movimiento que años después la pondría en práctica magistralmente el famoso Zorro del Desierto, mariscal Rommel.

*
* *

Los constitucionalistas se apoderaron de la plaza de Torreón y al aclarar se preparan para hacer su entrada. Es el día 2 de octubre de 1913. Los federales y orozquistas se retiran derrotados para San Pedro de las Colonias. La causa de la revolución ha ganado una gran batalla. Del informe del general Villa, reproduzco los siguientes datos: «El enemigo dejó aban-

donados once cañones, más el cañón, que estaba emplazado en una plataforma del tren y que se conocía por *Niño*. Medio millón de cartuchos, trescientas granadas, seis ametralladoras, mucho material de ferrocarril y cuarenta locomotoras en perfectas condiciones. Los heridos del enemigo fueron internados en los hospitales».

El mismo día 2 de octubre, se procede a organizar los batallones, regimientos y brigadas. Echo mano de las añoranzas de los sobrevivientes: «Tras escapar de Torreón, precipitadamente, los federales dejaron todas sus provisiones, dos grandes bodegas repletas de provisiones de boca, las cuales fueron repartidas en cantidades determinadas entre las distintas corporaciones y por orden del general Villa se surtió de igual cantidad a toda la gente pobre de la población. De esta tarea se encargó el señor Primitivo Huro, ayudado por oficiales ayudantes y en cuyo reparto estuvimos con el coronel Toribio Ortega vigilando que todo se cumpliera de acuerdo con las instrucciones del general Villa». «Terminado aquel trabajo nos trasladamos a Gómez Palacio, en donde se encontraba el general Villa, acompañado del coronel Juan N. Medina —rememora el capitán J. Matilde Flores F.—. La brigada Villa se hallaba formada a lo largo de la Alameda entre Lerdo y Gómez Palacio. Se le pasó revista y luego se procedió a formar la brigada González Ortega, separando 900 hombres de esta unidad. Se da el mando al coronel Toribio Ortega y como jefe de estado mayor al teniente coronel Porfirio Ornelas, con los mayores Joaquín Terrazas, José Valles Jordán, Canuto Leyva, Melitón Ortega, Isidro Chavira, José San Román y José María Fernández (*El Manquito*), tenía el brazo izquierdo un poco encogido y Epitacio Villanueva como pagador de la brigada, éste era sobrino del coronel Ortega, quedando como ayudante el suscrito». Continúa el capitán Flores: «Allí mismo se nos comunicó el ascenso a varios y entre ellos a mí, de capitán primero con nombramiento. Desde aquel momento se nos indicó que era necesario que nos preocupáramos por aprender todo lo relativo a la ordenanza general del ejército. Por alguna razón el coronel Toribio Ortega tuvo que seguir con la brigada Villa, mientras que el teniente coronel Porfirio Ornelas comandaba accidentalmente la brigada, hasta los postreros días del mes de noviembre del mismo año 1913».

Los días 2, 3, 4 y parte del 5, son de febril actividad en el Cuartel General. El ingeniero Licona, persona de la absoluta confianza del general Villa, se encarga de que el comercio abra sus puertas y que los servicios públicos se restablezcan. El general Emilio Madero que acababa de presentarse, ayudado por el señor Lázaro de la Garza, es quien reúne en el Banco de la Laguna a todos los hombres de negocios. Allí fue donde el general Villa les impuso un fuerte préstamo. En el Cuartel General se

presentaron muchas personas civiles deseosas de servir a la causa constitucionalista. Desde luego se comisionó al señor Eusebio Calzado para que organizara los trenes, ayudado por los hermanos Julio y Natividad Reza, que luego serán generales. Rodolfo Fierro, recién ascendido a teniente coronel, ayudó eficazmente a preparar los trenes para el uso de las tropas que se aprestaban para emprender la marcha al norte. El general Calixto Contreras se hace cargo de la comandancia militar de la plaza, con mil y tantos hombres de sus propias fuerzas, estando con él los jefes Bibiano Rodríguez y Eladio Contreras. (Con este jefe se hallaban en esa ocasión, muchos oficiales que luego llegaron a jefes distinguidos: Pedro Fabela, Lorenzo Avalos, Mateo Almansa. Santos Sánchez, Bernabé González, Severino Ceniceros, Lucio Contreras, etc.). Las fuerzas de Eugenio Aguirre Benavides, pasan revista en Lerdo, se organizan y refuerzan con los contingentes de los tenientes coroneles Toribio de los Santos, Julio Piña y otros, con lo cual los efectivos de estas unidades forman la famosa brigada Zaragoza. Repito, que en todo lo que a reorganizar las fuerzas se refiere, se verá la mano de Villa. Recuérdese esto, para cuando se dividan Eulalio Gutiérrez y la División del Norte. Ese mismo día pasan revista las fuerzas de los jefes Benjamín Yuriar y Juan E. García. Entre estos elementos van jefes y oficiales que mucho se distinguirán en un futuro próximo: Máximo García, Juan Pablo Estrada, José E. García, Benito García, entre otros.

El general Villa no siente inclinación a perder el tiempo, siempre se halla dispuesto a correr carreras con él, tratando de ganarle, y evita también que sus hombres lo desperdicien. Repito que debido al carácter y dinamismo de este hombre quedan sus fuerzas, hasta donde es posible, organizadas militarmente. Sus jefes, muy a pesar de esto, comienzan a preocuparse por las cuestiones militares y se les impone una rigurosa disciplina militar que hace, que desde el soldado al general piensen y actúen militarmente. En esta labor el general Villa encuentra un valiosísimo colaborador en el coronel Juan N. Medina. Así se iba organizando el ejército del pueblo que iba a derrocar al nefasto pelón y traidor Victoriano Huerta. La Revolución, no se hizo con un simple: Villa era esto y lo otro. Villa empieza venciendo infinidad de obstáculos y venciéndolos se va rodeando de los hombres capaces, que con él han de escribir páginas gloriosas de la Revolución.

El día 5 de octubre parte de Gómez Palacio el primer tren militar con fuerzas de la brigada Villa, al mando de los coroneles Fidel Avila y Agustín Estrada —gente de la región de San Andrés, Santa Isabel, Cusihuiriachic y Satevó, Chih. Luego salen las tropas de la brigada Benito Juárez, de Maclovio Herrera, Luis Herrera (herido de las dos manos) Eu-

logio Ortiz, Federico Colunga y Ernesto García. Tras ellos sigue la brigada Zaragoza, de Eugenio Aguirre Benavides, yendo al frente los regimientos de los tenientes coroneles Julio Piña y Cipriano Puente. Sale la brigada Morelos, la impedimenta, la artillería, fracción de la Juárez de Durango, la que mandara el coronel Juan E. García, y por último, el general Villa con su estado mayor y escolta.

Cuando el general Villa se hallaba en Camargo, Chih., durante su avance, al sur, mandó llamar al general Chao, que se encontraba en Parral, Chih., para que se incorporara a las fuerzas que iban a la toma de Torreón, sin que éste hiciera el menor caso. El general Manuel Chao había sostenido una entrevista con el señor Venustiano Carranza en Tepehuanes, Dgo., en la cual le manifestó sus deseos de que organizara las fuerzas constitucionalistas en el estado de Chihuahua. Según los sobrevivientes, fue esa la causa por la que él se sentía jefe de los chihuahuenses. Sólo que esperaba que éstos fueran hacia él. El general Villa, nada comentó cuando Maclovio Herrera lo enteró de lo que antecede. Ahora, de regreso a Jiménez, Chih., sólo espera una oportunidad para hacer entrar en razón al ambicioso de mando y esta oportunidad se presentó. A la llegada de las fuerzas constitucionalistas a Ciudad Camargo, Chih., se ordena que se prosiga en la reorganización de las fuerzas de la División del Norte y el general Benjamín Yuriar, es de los pocos que, tercamente, se ha venido oponiendo a la Ordenanza del Ejército, alegando que todo eso no era sino costumbre de la Federación. El general Villa lo manda llamar con el coronel Toribio Ortega y aquél se insubordina, faltándole al respeto al citado Coronel Ortega, luego va el general Maclovio Herrera y recibe el mismo trato que Ortega. El general Villa le ordena al coronel Benito Artalejo que con una escolta de los futuros Dorados, le lleve preso al general Benjamín Yuriar. Al general Villa le importa, claro es, evitar que se relaje la disciplina en el ejército; pero más le preocupa la actitud del general Manuel Chao y se apresura a no dejar que aquella oportunidad se le escape. Ordena que se fusile al general Benjamín Yuriar. El coronel Juan N. Medina le sugiere que se forme inmediatamente el Consejo de Guerra, para que juzgue al citado general Yuriar. El general Villa, con aquella energía inflexible que posee, le da una respuesta:

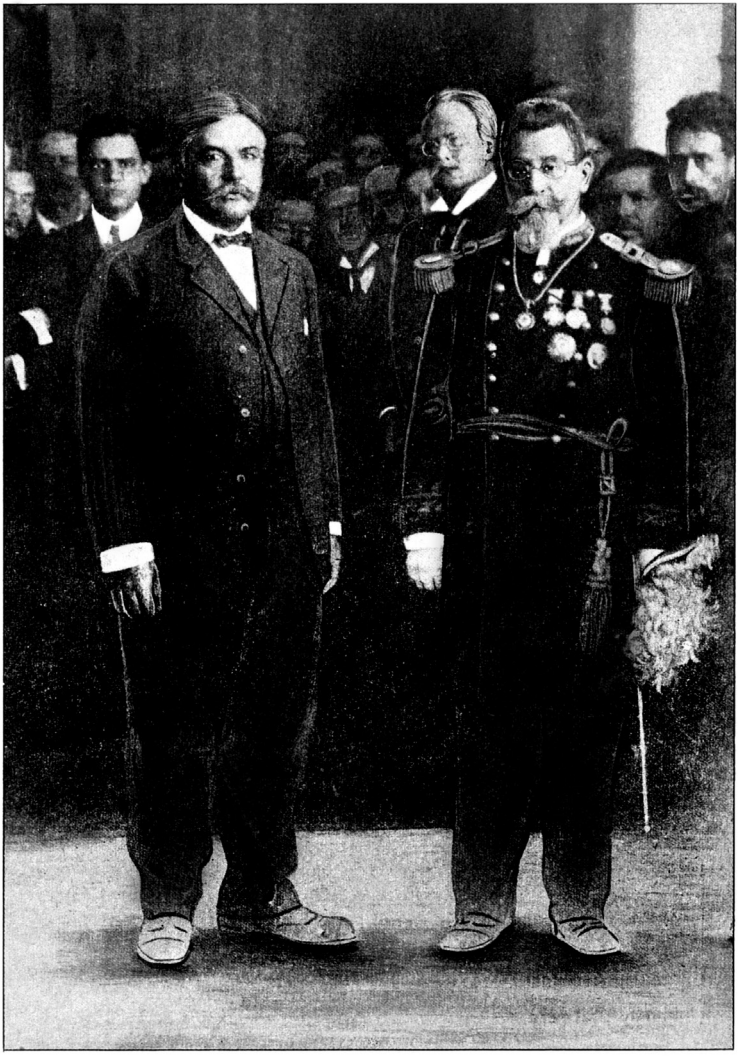
«—Señor, este jefe, se ha insubordinado, y yo no estoy aquí para que nadie, entiéndalo bien, nadie, juegue conmigo. A usted que es el jefe de mi estado mayor, le ordeno que me fusile a ese general y me rinda parte de haber cumplido con la orden y después organice, si es necesario, el consejo de guerra y que luego se me diga si yo hice bien o mal en ejecutar a un jefe que se me insubordina».

Sin perder un minuto, manda al general Maclovio Herrera que se traslade a Parral, con la orden de reunir las fuerzas acantonadas en dicha plaza y, claro, con el general Herrera, llega la noticia de la suerte que ha corrido el general Benjamín Yuriar. Al siguiente día el general Francisco Villa, ordena al general Manuel Chao, que se presente en el cuartel general, en Camargo, Chih. El general Manuel Chao, hombre de cierta cultura —era profesor de escuela— con muchas ambiciones de mando, no espera que lo llamen por segunda vez. Desde el momento que se para frente al general Villa se supo quién era el jefe. El general Villa, hay que repetirlo, no estaba allí por una mera casualidad. En cuanto a valor, audacia, decisión recta y sobre todo en capacidad y experiencia en los menesteres de la guerra estaba colocado por sobre todos los demás jefes. A su favor influían muchas cualidades y él no discutía méritos con nadie, él actuaba; y en qué forma. ¡Con acción brutal! ¡Ay señor, el general Villa si que se las traía!

Después de lo sucedido al general Benjamín Yuriar se prosigue en la organización de las fuerzas en batallones, regimientos y brigadas. De la brigada Villa, se toman de nuevo los jefes y oficiales para integrar la brigada Cuauhtémoc, y es el propio general Villa quien elige a éstos: Comandante teniente coronel Trinidad Rodríguez, jefe de estado mayor, teniente coronel Isaac Arroyo, con los mayores Rafael Castro, Juan Pedroza, Rafael Licón, Manuel Tarango y Macedonio Aldama. Más los capitanes: Javier Quiroz (vive), Eustaquio Quintana, Tomás Quintana, José Rodríguez —sobrino de Trinidad—, Francisco Armendáriz, Liborio Pedroza, "Jorge el Arabe", Miguel García (Miguelito, vive) y Vicente Caro, como pagador de la citada brigada. También se incorpora el capitán segundo E. Rodríguez, que perteneciera a la brigada de Maclovio Herrera. Se reconoció desde un principio al mayor Samuel Rodríguez como jefe de la escolta del jefe de la brigada.

De la brigada Villa se toman los jefes y oficiales para formar las dos nuevas brigadas: la González Ortega y la Cuauhtémoc, que unidas serán la cabeza del ejército villista. Si la lealtad es cualidad de los hombres superiores, de éstos que hemos venido citando saldrán los más de los jefes que le han de dar gloria militar a la pujante División del Norte, precisamente porque supieron unir el valor y la lealtad a la tenacidad heroica de triunfar. Perdieron varias veces, pero sin menoscabo de su prestigio.

Se concentran en Camargo las tropas que el general Chao comandaba en Parral, Chih., se le cambian jefes y oficiales: El teniente coronel Eulogio Ortiz que había estado con la gente de Maclovio Herrera, y por voluntad se incorpora al general Chao, por orden del general Villa se reincorpora de nuevo a la Brigada de Maclovio Herrera, con mando de fuerza.



Don Abraham González en la ceremonia de toma de posesión de la gubernatura del estado de Chihuahua, en compañía del general Antonio Rábago, jefe de las operaciones militares

Fuerzas del general Villa entrando a Torreón en 1913.

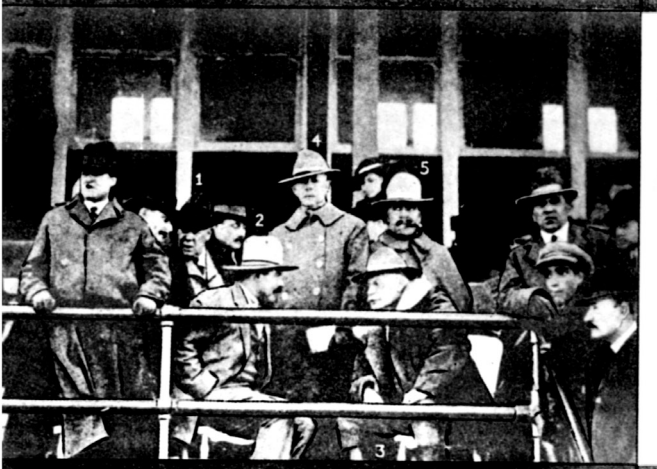
1.—Coronel Manuel Galaz. 2.—Coronel Cenobio Rivera. 3.—Mayor C. Díaz.

General Nicolás Fernández C. ejemplo de lealtad y valor, que llegó a ser segundo del general Villa.

Los generales José Inés Salazar y Manuel Gutiérrez y el mayor Pánfilo Gallardo, hermanastro de Gutiérrez, en junio de 1913, poco antes de su derrota en Casas Grandes, Chih., por las fuerzas de Villa.

Fiesta ofrecida por el general Pershing a los revolucionarios mexicanos a su paso por Estados Unidos rumbo a Nogales Son. 1.—General Pershing. 2.—General Obregón. 3.—General Fierro. 4.—General Villa. 5.—George Caroders.

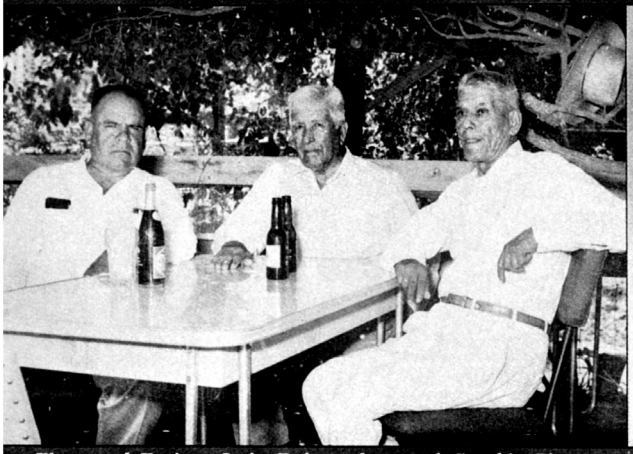
José Ruiz M. superviviente de los primeros sonorenses que se agruparon con el temible Antonio Rojas y combatieron con Orozco en Chihuahua.



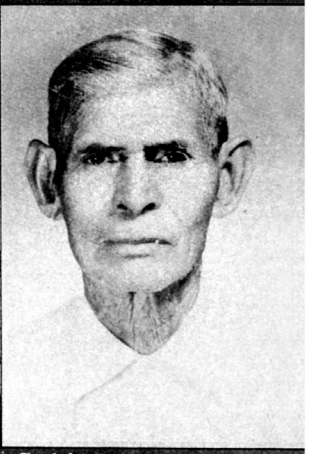
Hipódromo de Ciudad Juárez. 1.—Coronel Matt Winn, promotor del Derby de Kentucky. 2.—General Villa. 3.—General Hugh L. Scott, del ejército americano. 4.—Mayor Michie del estado mayor de Scott. 5.—General Rodolfo Fierro, guardaespaldas de Villa.

Victor Zamorano Sánchez único superviviente de los hombres de Orozco que combatieron en Estación Sánchez.

Sentados, de izquierda a derecha: Juan Gaytán, general Mateo Almanza, general Calixto Contreras, Eutimio Reza y Matías Parra, estado mayor del general Contreras.



El general Enrique León Ruiz y el coronel Cenobio Rivera, viejos revolucionarios, con el autor de esta obra en Hermosillo, Son., 1958.



Capitán J. Matilde Flores, de Cuchillo Parado, ayudante del general Ortega.

La tropa del general Chao será desde ese día comandada por el coronel Sóstenes Garza. El general Chao pasa a comandar la artillería, con Servín y Miguel Saavedra, teniendo como jefe de estado mayor al coronel José Bauche Alcalde.

Los coroneles Miguel González, Julián Granados, Agustín Estrada, Fidel Avila, Manuel Baca, y los tenientes coroneles Martín López, Benito Artalejo, Saúl Navarro, Pablo López, Gorgonio Beltrán, Cruz Domínguez y más de cuarenta mayores entre ellos: Andrés U. Vargas, Miguel Baca Valles, Nicolás Fernández y Fernando Munguía, Javier Hernández, Domingo Navarrete, Miguel N. Montes, Merced Arroyo, Domingo Gamboa, Mercedes Luján, Fortunato Casavantes, etc., y más de setenta capitanes, siguen comandando las tropas de la brigada Villa.

*
* *

Mientras tanto, allá en el pueblo de Namiquipa, Candelario Cervantes que permanecía comisionado en la región, se presentó el día 24 de octubre en la casa de José María Calzadíaz, lo sacó con engaños, luego pasaron a la casa de Bienvenido Barrera, por último a la de José Jiménez, llevándolos escoltados rumbo al norte, y antes de llegar al rancho de Gracias, hicieron alto y asesinó a José María Calzadíaz, y al llegar a la Ciénaga de Uranga, asesinó a José Jiménez y por intervención de la tropa, no pudo asesinar a Bienvenido Barrera. José María Calzadíaz era hermano del autor de estos apuntes y dejó a su joven esposa, la señora Dolores Ruiz de Calzadíaz, con dos criaturas; una niña de un año y meses y a un niño de pecho, llorando sin consuelo y sin poder hacer nada contra los asesinos. Así quedó también la señora doña Eulalia, Vda. de Jiménez, madre de José, una ancianita quien recibió la noticia de boca de uno de los asesinos. Carmen Ortiz y Pedro Luján ayudaron a Candelario Cervantes a cometer los asesinatos. Estos tres asesinos, llegaron a ser *Dorados* de Villa. Luego veremos el fin que tuvieron. Villa nada tuvo que ver con los crímenes de estos malvados.

*
* *

Sigamos con Villa. Refería el coronel J. María Jaurieta: «La sicología del general Villa era en verdad muy amplia y se prestaba mucho para el estudio. El general Urbina y él eran viejos amigos, los dos se conocían el uno al otro. Urbina tenía mucha inclinación a llenar su bolsillo y carecía de escrúpulos. Además, estaba renuente a que sus fuerzas acataran la Ordenanza General del Ejército. El general Villa quiere por su parte, que la División se organice y discipline de acuerdo con la Orde-

nanza. El general Villa, para quien nunca es tarde, porque siempre madruga, se dio maña y dejó a Urbina con la guarnición de Jiménez, Chih., partiendo la brigada Morelos, al mando del coronel Faustino Borunda, con el grueso de la división, con destino a Camargo, Chih. Allí se incorpora también el coronel Rosalío Hernández con su brigada, en la cual iba el actual general de división Práxedes Giner Durán. Rosalío Hernández, se incorpora con 600 hombres y simplemente pide órdenes».

El día 26 de octubre de 1913, empiezan a moverse las fuerzas de la división al mando directo del general Villa, con miras al ataque de la capital del estado de Chihuahua. Artillería, infantería, impedimenta y caballería hacen alto en Estación Ortiz y acampan en Consuelo y San Pablo de Meoqui, Chih. —Continúa diciendo el Coronel José María Jaurieta: «El día 30 de octubre se citó a junta de jefes y se tomó el acuerdo de mandar pedir la plaza de Chihuahua a los federales. Por supuesto, que los federales sólo se burlaban de la petición, negándose a salir a combatir fuera de la plaza. Sin perder un minuto se ordena el avance y el día 8 de noviembre, la vanguardia ocupa "Avalos", lugar donde está la Fundición de la American Smelting, en los aledaños de la ciudad de Chihuahua».

Se inicia el asedio a la ciudad de Chihuahua

«Al pardear la tarde del día 8 de octubre, la columna de 500 hombres al mando del coronel Agustín Estrada, de la brigada Villa, llega a la Fundición de Avalos. Eramos la vanguardia —rememoran los serranos de Namiquipa—, del mayor Andrés U. Vargas: Juan B. Muñoz, Manuel Bustillos, Celso Apodaca, etc.». Esa misma noche los exploradores al mando del mayor Carlos Almeida, llegaron hasta descubrir las posiciones del enemigo en las faldas del cerro del Coronel. A la llegada del grueso de las fuerzas, se pudo comprobar que la ciudad estaba admirablemente fortificada, según los informes de los espías que el general Villa tenía dentro de la plaza y que se estaban presentando a nuestra llegada a los linderos de la población. La plaza se hallaba bien fortificada y protegida por alambradas eléctricas, con gran cantidad de artillería y defendida por 12,000 soldados entre federales y orozquistas, mandados por los generales: Manuel Mercado, José J. Mansilla, Manuel Landa, Pascual Orozco, Marcelo Caraveo, Manuel Gutiérrez, José Inés Salazar, Lázaro Alaniz, Rafael Flores Alatorre y Félix Terrazas.

Ahora, es la cosa muy distinta a la Revolución de 1910: en aquel entonces todo era titubeo, vacilación e indecisión; en cambio, ahora todo se expresa y ejecuta con admirable vigor.

El general Villa se reúne con todos sus jefes después del mediodía —9 de noviembre— en el carro del cuartel general:

«—Sé que tenemos frente a nosotros un enemigo muy superior en sus efectivos a nosotros —decíales el general Villa a sus lugartenientes y agregaba—: En el ánimo de nuestros soldados está el de combatir y hoy mismo irá cada uno de ustedes tomando su puesto de acuerdo con el siguiente plan».

Las fuerzas de las brigadas Zaragoza y Benito Juárez atacarían por Chuviscar, partiendo de sus campamentos que a esa hora tenían en las cercanías de la hacienda del Charco. Las brigadas Contreras, al mando del general José E. Rodríguez —recién ascendido— y la del general Rosalío Hernández —recién ascendido también—, deberían atacar por el sector comprendido entre la Presa de Chuviscar y el cerro Grande y por último las brigadas Villa y González Ortega, por el sector entre el cerro del Coronel y el cerro Grande, avanzarían partiendo de Avalos. La artillería comandada por el general Chao, coroneles Martiniano Servín y Federico Díaz Couder y el mayor Miguel Saavedra y el ingeniero Licona, emplazarían sus baterías atrás de las fuerzas de las brigadas Villa y González Ortega.

Así se hizo. Con el general Villa se hallaban los tenientes coroneles Santiago Ramírez, Rodolfo Fierro, Eleuterio Hermosillo, Martín López, Benito Artalejo, Pablo C. Séañez y Pablo López y todos los de su estado mayor con Toribio Ortega y Manuel Madinabeitia que acababa de sanar de la herida que sufrió en el ataque a Torreón. Como jefes de la escolta personal del general Villa estaban en esa ocasión: Francisco Sáinz, Pancho Chávez y Nicolás Fernández, quien desde esa fecha se destaca y permanece cerca del general Villa, hasta llegar a general y ser su segundo en el mando. (Rigurosamente cierto).

«Comenzaba a oscurecer cuando las fuerzas constitucionalistas empezaron a tomar contacto con los huertistas en sus primeras posiciones —rememoran los serranos— en las estribaciones del cerro del Coronel por el lado de Tabalopa y la vía del ferrocarril, se rompió el fuego. Nosotros, comandados por el coronel Agustín Estrada, Cruz Domínguez y Andrés U. Vargas, desalojamos a los *colorados* que se nos oponían en su primera línea de tiradores. Muy pronto se generalizó el combate por toda la línea de fuego y los cañones del enemigo, emplazados en el cerro de Santa Rosa, dirigían sus fuegos contra nuestros compañeros que teníamos a la izquierda, que eran los hombres del Coronel y en cambio nos hacían un fuego graneado de fusilería y ametralladoras del lado de La Junta de los Ríos y la estación de Santa Eulalia».

Por el lado suroeste de la población atacaban a esa hora —10 de la noche—, las fuerzas de Maclovio Herrera, regimientos de Eulogio Ortiz

y Federico Colunga, más las fuerzas de la Zaragoza, de Eugenio Aguirre Benavides. Con estas tropas entró al combate un escuadrón de la escolta del general Villa mandado por Andrés Farías, Jesús M. Ríos y Julián Pérez.

Por el lado del cerro Grande atacaba un regimiento de la Brigada de Villa con el coronel Julián Granados, Saúl Navarro y Miguel Fernández (zacatecano). Esta gente tenía a su izquierda a los valientes soldados de la brigada Juárez, de Durango, al mando del general José E. Rodríguez.

Los constitucionalistas estaban atacando con un efectivo de cerca de 3,000 hombres de caballería y conservaban otros 3,000 y tantos de reserva, más la infantería que aún no participaba. Para aclarar el día 10 del mes de noviembre, los constitucionalistas habían levantado a los huertistas de toda la primera línea de tiradores.

Al atardecer del día 9 de noviembre de 1913, se había iniciado en la parte norte el ataque, y para las 10 de la noche, ya se estaba combatiendo también en el sector sudeste, es decir, contra los federales que defendían el emplazamiento de artillería que hacía fuego terrible sobre los villistas que avanzaban con dirección a la Estación del Pacífico. Los soldados de Carlos González avanzaron por huertas y acequias de Tabalopa hasta las primeras defensas enemigas. Las líneas principales de defensa estaban muy bien protegidas por las alambradas y puestos de ametralladora que hacían fuego cruzado. El enemigo levantó su artillería que tenía emplazada en las estribaciones del cerro Grande, y también la que tenía emplazada en las faldas de cerro del Coronel. Este cerro está situado al norte de la ciudad, y el cerro Grande al sudeste. Algunos soldados villistas quedaron prendidos de los alambres con corriente eléctrica.

Al día siguiente hubo grupos aislados que movidos por a emoción y el entusiasmo llegaron a cometer actos suicidas. Ocurrió que al llegar los villistas y poner sitio a la ciudad se encontraron una plaza fortificada, cuyas posiciones eran inexpugnables y no fue que el general Villa no supiera cómo dar la batalla, lo sabía, pero no contaba con los suficientes elementos.

La plaza estaba defendida no solamente por sus magníficas posiciones defensivas, sino que había dentro de ella 12,000 hombres, es decir, el doble de los soldados que él traía, y por eso es que pasan cuatro días en tanteos y sondeos, tratando de atraerse al enemigo "fuera de su concha" para poderlo batir en condiciones más favorables y si el arte de la guerra se basa en la lógica, la audacia, en cambio, se aferra a lo ilógico, y vemos que al segundo día de iniciado el ataque, dos capitanes, Pedro Sosa y Apolonio Cano, de la gente de Maclovio Herrera, con sus escuadrones, a rienda suelta de sus corceles, se lanzaron sobre el enemigo, en un parén-

tesis de valor salvaje, y llegan en su arrojo hasta confundirse con el enemigo en sus líneas de defensa. Es en aquel momento cuando Maclovio, Herrera, viendo que una parte de sus dragones corría peligro, se lanza en auxilio de éstos; pero como el enemigo no se resolvió a perder esta oportunidad para batir a los villistas, sale de sus posiciones envolviendo a Maclovio Herrera, y el general Villa que ha estado observándolo todo, manda la brigada Zaragoza a proteger a Herrera.

Cuando Pedro Sosa estuvo frente a Villa lo saluda militarmente, diciéndole:

«—Mire, mi general, me rasguñaron los *colorados* —iba sangrando de un brazo».

Villa, que siempre se distinguió por admirar el valor y a los hombres valientes, le dice a Maclovio Herrera:

«—Este *pelado* —refiriéndose a Pedro Sosa—, más que una regañada, merece un ascenso».

Pocos minutos después, un escuadrón de jinetes al mando de Valentín Vázquez, se precipita sobre los federales que defendían las lomas frente al barrio de San Pedro y el Plan de Alamos. Se traban en furioso combate, tomando 50 prisioneros, ayudados por Agustín Estrada que tuvo que auxiliarlos. Salen los *colorados* a presentar batalla y los villistas se baten como unos tigres, aferrados al terreno que han conquistado. Salen de las defensas más *colorados* y los villistas de Trinidad Rodríguez entran en acción, para auxiliar a Valentín Vázquez, en cuya acción estuvo a punto de perder la vida el valiente Manuel Tarango, pues llegaron hasta las alambradas del enemigo.

Al aclarar, los villistas se alejan, conservando únicamente el terreno que han conquistado en lugares que no eran batidos por los certeros disparos de los cañones del enemigo, emplazados en la cima del cerro de Santa Rosa. Este es un cerro de poca altura, pero que domina por completo al panorama de la ciudad y en gran parte sus alrededores, y cuya cima estaba convertida en fuerte con tan buenos artilleros que se pudo comprobar que donde ponían un cañonazo, lo repetían cuantas veces querían. Al caer la noche los villistas se iban acercando de nuevo a las defensas de los federales, en su afán de meter una cuña en las líneas enemigas. Así se fue pasando el tiempo, sin lograr resultados decisivos. El tercer día de asedio, sale una poderosa columna de caballería compuesta por puros irregulares *colorados* que eran muy valientes, en un intento de envolver a los villistas. Iban bajo las órdenes del bravo Marcelo Caraveo y ("Manuelón") Manuel Gutiérrez, valiente entre los valientes. Pero sucedió que los villistas se hallaban prácticamente embriagados por el entusiasmo; más tardan en ver a sus adversarios salir resueltos a presentar combate, que

en lanzarse sobre ellos. Los *colorados* salieron de las defensas de la ciudad, por el lado del Santo Niño, barrio que está situado por el lado noroeste de la ciudad, y al lado poniente del río Chuviscar, y tendiéndose en línea al sur, en gran extensión. Los villistas no esperaron órdenes superiores; todo fue ver al enemigo fuera de su concha, para lanzarse sobre él. El choque de ambas caballerías fue tremendo. Desde el primer momento se pudo apreciar la superioridad de los dragones de Villa. Los *colorados* se sostuvieron por unos minutos y empezaron a retroceder. Los villistas se fueron sobre ellos, sin darles tregua, los empujaron hasta meterlos en sus posiciones, de las cuales no volvieron a intentar otra salida. Se combatió con verdadero arrojo por ambas partes. En esa acción tomaron parte las tropas de Trinidad Rodríguez, Agustín Estrada, Carlos Almeida, Andrés U. Vargas y Faustino Borunda. La artillería emplazada en el cerro de Santa Rosa no pudo dar apoyo a los *colorados*, porque se peleó tan de cerca unos de otros, que era difícil distinguirlos. Vibraba de entusiasmo y emoción la tropa villista, y por todos lados se escuchaba el acogedor: ¡Viva Villa!

Tan cerca de la línea de fuego se hallaba el puesto de mando del general Villa, que las granadas estallaban a su alrededor. Una granada explotó a un lado de donde estaba sentado el doctor Samuel Navarro, hermano de Saúl, matándolo y haciendo rodar por el suelo a los ayudantes del estado mayor, Darío W. Silva; hiriendo al teniente coronel Eleuterio Hermosillo, al coronel Agustín Estrada, en una pierna, al estar dándole unos informes al general Villa; al capitán Valentín Vázquez y matando al capitán José López, de Cusihuiriachic, Chih., y ayudante del coronel Estrada; también murió el corresponsal norteamericano Dean MacGregor. Atontados se levantaron del suelo el mayor Enrique Santoscoy, el ingeniero Licona y Jesús M. Ríos, quien vive y es nativo de Bachíniva, Chih. Poco retirados se encontraban en ese preciso momento se les dio sepultura al doctor Navarro y al capitán José López y posteriormente a la entrada de las fuerzas constitucionalistas a la ciudad de Chihuahua, por orden del general Villa, se sacaron los cuerpos y se les dio sepultura en el panteón de La Regla; igualmente al del capitán Marín y al de Severiano Pérez.

El cuarto día se presentó lo inesperado. Del cuartel general, que en aquellos momentos se hallaba establecido en una cañada próxima a la Presa del Chuviscar, salen los oficiales de órdenes, con instrucciones verbales del general Villa, para los distintos jefes con mando de tropa. La situación que ocupaban las tropas del general Villa ese día 12 de noviembre de 1913, frente a la ciudad de Chihuahua, era una especie de media luna, comenzando desde las Quintas Carolinas, lugar situado al noroeste de la ciudad, siguiendo por el poniente hasta rodearla por el lado sur, terminando

en las estribaciones del cerro Grande, al sudeste de la población. Todas las tropas constitucionalistas fueron abandonando sus posiciones a la vista del enemigo, hasta rodear la población por el sur; tomaron rumbo a Santa Eulalia, mineral que se encuentra al noreste de la tantas veces citada ciudad de Chihuahua. Ya de noche, hicieron alto y quebraron rumbo al poniente, únicamente las fuerzas de caballería. «Antes de la medianoche pasamos por el norte de la ciudad de Chihuahua y nos amaneció en la Estación del Cobre, sobre la vía a Ciudad Juárez, me referían el teniente coronel Reynaldo Mata y el mayor Ramón Vargas. Allí, en ese lugar, el general Villa, personalmente, estuvo apartando jefes y oficiales, tomándolos de las distintas unidades. Desde que el general Villa se desprendió con su escolta de la hacienda del Charco, el general Chao se separó con instrucciones de retirarse con rumbo a Camargo, con todos los trenes, infantería y las impedimentas, yendo con el citado general Chao, un escuadrón de la escolta del general Villa, mandado o comandado por los hermanos Juan y Ramón Vargas y por alguna razón iba también Miguel Baca Valles, con una pequeña escolta. He ahí, la mano del general Villa, prosiguen. Estábamos, pues, allí, en la estación, y el general Villa había seleccionado a unos jefes y gran cantidad de oficiales y se habían recogido de las haciendas cercanas muchos carros y mulada, se había matado ganado para la tropa, cuando, en la tarde, se avistó el humo de una locomotora que avanzaba del norte con destino a Chihuahua. Se tomaron las precauciones del caso y esperamos con calma la llegada de aquella máquina; era un tren con góndolas cargadas de carbón. Aminoró su marcha y paró ante la señal roja que se le puso y en seguida la tripulación fue detenida».

De aquí sucedieron las cosas tal y cual ya son bien conocidas de todos. Dentro de la estación se hallaban con el general Villa, Manuel Madinabeitia y Daniel Delgado; los dos telegrafistas. Estaba detenido el telegrafista que acababan de traer del Sáuz y con la ayuda de éste se pudo comunicar a Chihuahua, usando la señal del enemigo. Se nos fue casi toda la noche en descargar las góndolas del carbón y por alguna razón permanecimos en dicho lugar todo el día 14, y siendo cerca de medianoche llegaron unos exploradores conduciendo a un señor que resultó ser Martín Uzueta, quien era portador de alguna información para el general Villa. (Este señor Martín Uzueta es a quien fusila en Chihuahua el general Murguía, en 1917). Se informó a la oficina de Chihuahua que el tren avanzaba sin novedad y luego se cortó la línea al sur del Cobre. Indudablemente que deben haber sucedido muchas cosas en aquellos momentos, pero uno no puede, imposible, enterarse de todo. Por ejemplo: unos aseguran que el carbón se descargó en unas dos horas mientras la mayoría de los sobrevivientes dicen que se tomó casi toda la noche en aquella tarea.

Así y todo, el día 15, una vez que todo estuvo listo, el general Villa, rodeado de sus oficiales superiores les expuso su plan, diciéndoles:

«—Compañeritos, necesitamos una plaza en la frontera, más que la misma capital del estado. Nos vamos a Ciudad Juárez; unos vamos a amanecer en dicha plaza y otros en el otro mundo. ¿Me entienden? ¿Entendidos? Bueno, ¡Adelante, muchachitos!»

Se emprendió la marcha, después de haber embarcado a dos mil hombres escogidos, dejando la caballada y el resto de las fuerzas de caballería bajo las órdenes de los coroneles Toribio Ortega, Julián Granados, Fidel Avila, Manuel Madinabeitia y el general Rosalío Hernández, para que por tierra siguieran a lo largo de la vía rumbo al norte, y en todo caso, si fuera necesario, levantando la vía y quemando puentes si el enemigo hace acto de presencia.

«Indudablemente que el general Villa les habló a sus hombres, pleno de confianza en sí mismo, con el convencimiento de que aquellos jefes lo obdecían y que eran hombres resueltos para el caso. Sin duda alguna, el estado moral de Villa y de sus jefes en aquel momento, era de lo mejor y decisivo para dar a la tropa el valor combativo para semejante empresa». Son palabras del general Albino Aranda.

Avanzó aquel tren mágico rumbo al norte, haciendo alto en cada estación y comunicaban el "Sin Novedad". En la máquina iban con el maquinista y fogonero, Rodolfo Fierro y Manuel Banda, dos piezas de grueso calibre, muy útiles al general Villa. De acuerdo con el croquis que el general Villa había recibido por conducto del señor Martín Uzueta, y que le fue proporcionado por el coronel Timoteo Cuéllar, quien vive actualmente en la ciudad de México, se pudo conocer bien y determinar por dónde se tendría que atacar la plaza. Con el general Villa iban los generales: José Rodríguez y Maclovio Herrera, más los tenientes coroneles: Santiago Ramírez, Benito Artalejo, Martín López, Cruz Domínguez, Trinidad Rodríguez, Isaac Arroyo, Porfirio Talamantes, Saúl Navarro, Andrés U. Vargas, Manuel Baca, Pablo C. Seáñez y Eulogio Ortiz, etc., etc., ciento y tantos entre mayores y capitanes primeros. Hubo tanta voluntad de parte de los jefes en ayudar a que se cumplieran las órdenes del general Villa, que cada uno de ellos supieron escoger a sus hombres. Con Andrés U. Vargas iban los namiquipenses: Celso Apodaca, Marcial Ortiz, Refugio Aviña, Reyes Ortiz, José de la Luz Nevárez, etc. Con Maclovio Herrera, iban: Pablo Luna, Apolonio Cano, Alfredo Artalejo, Miguel Orozco, los hermanos Mayo, de Parral; López Payán y "El Herrero", de Múzquiz, Coah. Con Trinidad Rodríguez iban: los hermanos Juan y Liborio Pedroza, Mercedes Luján, Miguel García, Samuel Rodríguez, Eustaquio Quintana, Rafael Castro, Manuel Tarango, Pablo Martínez Cano, etc. Con José Rodríguez iban entre muchos de Durango, Pablo Alvarado, Rafael Medrano,

Silverio Tavares, José E. Fernández, etc. Al lado y cerca del general Villa, desde luego, Nicolás Fernández, Carlos Jáuregui, Darío W. Silva, Enrique Santoscoy, Santiago Ramírez, Javier Hernández, Martín López, sus dos cuñados Juan Martínez y Marcos Corral; Bernabé Cifuentes, Ernesto Ríos, José Solís, los hermanos Encarnación y Juan Murga, Jesús Téllez Cedillo, José Torres Rocha, Pedro R. Gómez, Ismael Maynes, Silverio Maynes (de Coyame, Chih.), etc., Con Agustín Estrada (con un rozón de bala en una pierna), iban: Alejandro Aranda, José Martín Valles, José María Fernández (El Manquito), Abel Díaz, Belisario Ruiz, Julián Pérez, Cirilo Pérez, Pancho Portillo, etc. Con Miguel González, iban Miguel N. Montes, Francisco Montoya Meléndez (actual capitán primero), Carlos González, Fortunato Casavantes (de Matachic, Chih.), Roberto Frías (de Bachíniva, Chih.), Rafael Licón (de Camargo, Chih.), Carmen Delgado (de Namiquipa, Chih.), Cipriano Romero y Elías Acosta, etc., etc.

Serían las once de la noche del día 15 de noviembre de 1913, cuando el tren de los villistas aminoró su marcha y lenta y silenciosamente llegó hasta la estación; sólo unas cuantas personas civiles, ajenas a lo que estaba por suceder, transitaban por allí. La tropa descendió del tren de acuerdo con las instrucciones previas, y cada jefe se hizo cargo de sus hombres y, rápidamente, se fueron cada quien al sitio señalado. Decididos todos se presentaron a tomar por asalto, lo repito, sus objetivos, previamente señalados. Andrés U. Vargas, con sus muchachos se fue derechito al cuartel Hidalgo, por un lado; por otro, iba Maclovio Herrera, con sus hombres.

Refería me el teniente coronel Reinaldo Mata que nadie notó la presencia de ellos y que al llegar a la puerta del cuartel Hidalgo, el guardia los vio; pero ya siendo tarde para éste, que abriendo la boca por la sorpresa, dejó caer el rifle y viendo que varios fusiles resueltamente le apuntaban, gritó:

«—¡Estoy rendido!»

Tiburcio Maya se apoderó apresuradamente del banco de armas. Solamente unos oficiales desde adentro del cuartel trataron de resistir, haciendo fuego con sus pistolas; pero al ver que la tropa se rendía, todos se entregaron, y todos quedaron prisioneros. La sorpresa fue completa. Del mismo modo habían procedido los demás jefes y para esa hora habían caído prisioneros todos los federales y los orozquistas. Con la excepción del fuerte grupo de orozquistas que comandaba el mayor Pedro Topete, que se incorporaron a los constitucionalistas, por ser éste amigo del general Villa.

A las doce de la noche comenzó a recorrer las calles de la ciudad la banda de música de los federales, bajo la vigilancia de un piquete de soldados al mando de Carlos Almeida. Tocaba una diana, "Jesusita en Chihuahua", y la marcha "Zacatecas" y las volvían a repetir una y otra vez por horas y sin cesar. En seguida el comandante de policía municipal que

acababa de caer preso con toda su policía, reúne a todos los músicos y guitarreros que a esas horas ambulaban por los centros nocturnos, ordenándoles que tocaran sus instrumentos caminando por las calles. Por todos lados se escuchaba el grito de ¡Viva Villa!, grito que la gente pacífica de la ciudad coreaba, pues se acababan de enterar de que la ciudad había caído en poder de los villistas. Todo aquel gusto que tan repentinamente se había despertado, era nada menos que el regocijo popular por el triunfo de los constitucionalistas del general Villa. Todas las posiciones que ocupaban los federales habían ido cayendo una tras otra en manos de los revolucionarios. Todo sucedió y terminó en el lapso de una hora.

El general Villa se estableció en el edificio de la Aduana y posteriormente en una casa de la calle Lerdo, propiedad del señor Bermúdez. Luego, después de haberse apoderado de la población por completo, se estableció el servicio de vigilancia. A la tropa se le advirtió que, soldado que se emborrachara, soldado que sería pasado por las armas. Por disciplina, o bien por miedo a desobedecer una orden de Villa, la orden fue obedecida.

Toda la fuerza de la federación que guarnecía la plaza, cayó en poder de los villistas, y tanto jefes como oficiales, soldados y empleados civiles, fueron internados, guardándoles ciertas consideraciones. Con el mayor T. Topete que con su escuadrón se unió a Villa, iba el capitán (serrano) Pedro Loya.

Los salones de juego quedaron bajo vigilancia y control de los villistas. Uno de los oficiales que se encargaron de dicho asunto era Carlos Jáuregui. A los revolucionarios les quedó estrictamente prohibida la entrada a centros nocturnos y cantinas. La vigilancia militar quedó a cargo del teniente coronel Cruz Domínguez y a las seis de la mañana del siguiente día a cargo del coronel Porfirio Talamantes. La señora Luz Corral, esposa del general Villa, se hallaba en El Paso, Tex., y en cuanto se entera de que la balacera de la noche anterior se debió a que el general Villa había tomado la plaza de Ciudad Juárez, por asalto, se comunicó por teléfono a las oficinas de la Aduana de Juárez, y mucha sorpresa la que se llevó, cuando le contestó el teléfono el teniente coronel Benito Artalejo, diciéndole que todo había salido a pedir de boca. Luego les mandó preparar unas viandas con buena comida que ella misma condimentó.

El orden público no fue alterado y solamente pequeños grupos de gente de la ciudad, trataron de saquear algunas tiendas de abarrotes en los límites de la ciudad; pero fueron severamente castigados por las patrullas de vigilancia. El día 16, todo funcionó normalmente, como si nada hubiera sucedido: servicios municipales, escuelas y comercios. Del lado americano pasó un verdadero torrente de gente, tanto americana como nacionales, con el ánimo de conocer de cerca al general Villa, a quien aclamaban por todas partes en la ciudad.

Mientras tanto, allá en el estado de Sonora, el general Alvaro Obregón, había organizado una columna con la cual emprendió la marcha al norte del estado, derrotando por completo a Kasterlinshki y a Reina en la plaza fronteriza de Nogales, Son., rindiendo a Moreno en Cananea; posteriormente, y por último, obligó al jefe federal Ojeda, a cruzar la frontera por Naco, Son. Terminada la campaña en el norte, la emprende en el sur y libra las batallas de Santa Rosa y Santa María obligando a los federales a refugiarse en el puerto de Guaymas, Son., quedando el estado prácticamente en poder de la Revolución, donde don Venustiano Carranza encuentra refugio, después de haber salido de Coahuila y atravesado la Sierra Madre Occidental en condiciones lamentables, tanto en lo militar como en lo económico.

Para estas fechas, el Primer Jefe, don Venustiano Carranza, tenía conocimiento de que Villa había puesto sitio a la ciudad de Chihuahua; porque desde el momento que don Venustiano Carranza había hecho revivir la Ley del 25 de enero de 1862, Villa, respetuoso de dicha Ley, rendía parte de novedades a la Primera Jefatura. Es pues, natural, que el señor Carranza tuviera conocimiento de que Villa tenía ya varios días frente a Chihuahua, sin poder tomar dicha plaza.

Son las seis de la mañana del día 16 de noviembre, cuando, en la ciudad de Hermosillo, capital del estado de Sonora, se recibe la noticia de que Francisco Villa, acababa de tomar por asalto la plaza de Ciudad Juárez, Chih. Posteriormente el primer jefe recibió el parte oficial, encontrándose en Nogales, Son., enviado por el propio Villa, que le habló por teléfono.

Por orden del señor don Venustiano Carranza se celebró oficialmente dicho acontecimiento, con desfiles y bandas de música tocando dianas por toda la ciudad. Y se comunicó la noticia a todas las autoridades de los distintos pueblos del estado. En la plaza de Agua Prieta, Son., el mayor Alberto Cabañas mandó tocar dianas por las calles, anunciando el nuevo triunfo de la Revolución, al tomar el general Villa la plaza de Ciudad Juárez, Chih. El regimiento de caballería que guarnecía la plaza de Agua Prieta, Son., en esta fecha, estaba al mando del entonces mayor Ignacio C. Enríquez, siendo jefes del primer escuadrón, el entonces capitán Enrique León Ruiz y el capitán Cruz Gálvez del segundo. El jefe de la guarnición era el mayor Alberto Cabañas.

Tierra Blanca

Vuelvo al general Villa reproduciendo las palabras del señor general Rubén M. Peralta: «Estamos en Ciudad Juárez. Villa se ha enterado de que entre los defensores de la plaza está un alto jefe militar que en el año de 1911 le prestara un gran servicio. Villa se manifiesta un hombre agradecido.

»Días después, una poderosa columna de rescate fuerte en 5,500 hombres, avanzaba sobre Ciudad Juárez, y Villa, ignorante, sin los más elementales conocimientos militares y de alta política, rehusó defenderse dentro de la plaza para evitar un conflicto internacional por los daños que se causaran a la ciudad americana de El Paso y a sus habitantes, y salió con la mayor parte de sus tropas rumbo a Tierra Blanca para esperar al enemigo. Los días: 22, 23 y 24 de noviembre de 1913, las fuerzas villistas permanecieron en acecho en aquella plaza, hasta la mañana del 25, en que las tropas huertistas iniciaron la ofensiva valientemente.

»La lucha fue sangrienta y fiera. Las infanterías federales se batían desesperadas, y en el momento en que desembarcaban su artillería, Villa cargó sobre ellos brutalmente, con lo mejor de sus caballerías, como sabía hacerlo, y la columna federal fue destrozada, emprendiendo la retirada en el más completo desorden, ante el empuje arrollador de los centauros del norte.

»Esta espantosa derrota, hizo que el comandante militar de aquella zona, con cuartel general en la plaza de Chihuahua, la evacuara cobardemente, dirigiéndose con cerca de 6,000 hombres, rumbo a Ojinaga, presentando aquella caravana el espectáculo más triste y doloroso, pues dejaban sobre el camino armas y municiones y todo su equipo pesado, para aligerar su carga».

«Como es bien sabido —rememora el capitán segundo Matilde Flores, que fuera el ayudante y amigo personal del general Toribio Ortega—, terminada la revista que el general Villa pasó a nuestras tropas, partimos para el sur, haciendo alto en Estación Meza. La Brigada Villa iba en esta ocasión al mando del general Toribio Ortega, aunque casi revuelta con la González Ortega que mandaba accidentalmente el jefe del estado mayor de la misma, coronel Porfirio Ornelas. El día 23 por la noche nos hallábamos en línea de tiradores. Por orden del general Toribio Ortega acompañaba yo a José San Román, que con José Valles y Joaquín Terrazas mandaban la primera línea de tiradores. Se corrió la voz en numeración seguida, que el combate iba a comenzar a las 12 de la noche y resulta que empezó al aclarar el día 24. (El primer combate). Nosotros avanzábamos por el llano y el enemigo estaba arriba de las lomas de arena. Llegó el general Villa montando un caballo alazán. Venía metiendo la gente. Cayó una granada adelantito de él y el caballo se asustó mucho y se paraba de manos. En aquel momento se oyó un balazo y comenzó la balacera cayendo muerto un chamaco. Ver a aquel chamaco muerto nos dio a todos una especie de vergüenza que nos hizo perder el miedo, y cuando el general Villa nos gritaba:

«—Entrenle muchachitos, —íbamos muy adelante. En este momento en que el general Villa recorría la línea de fuego animando a la gente».

«Cuando los trenes del enemigo empezaron a moverse adelante y nuestros cañones los hacían blanco de sus fuegos, llegó el teniente coronel Martín López y ordenó que cinco escuadrones de nuestra gente —recuerdan los de Namiquipa—, al mando del coronel Fidel Avila, con Andrés U. Vargas, Saúl Navarro, Miguel Fernández, Onésimo Martínez y Carlos Almeida, dieran una carga para auxiliar a Maclovio Herrera y Aguirre Benavides que ya los envolvían los *colorados*. Durante ese encuentro salió herido de una mano el teniente coronel Manuel Baca. También fue en auxilio de Herrera, el teniente coronel Trinidad Rodríguez con su brigada y es cuando Isaac Arroyo sale herido, igualmente de la mano izquierda, que le dejará para siempre chuecos los dedos.

»Cuando la gente de las brigadas Villa y González Ortega avanzaban pie a tierra sobre el llano, acercándose a los federales que ocupaban las lomas de arena, se desprende de la retaguardia de los trenes enemigos una poderosa fuerza de caballería. Según los prisioneros, la mandaban los generales Marcelo Caraveo y Manuel Landa, a la cual se le enfrentan las caballerías de los tenientes coroneles Eulogio Ortiz y José Borunda de las fuerzas de Maclovio Herrera y las de Julio Piña y Cipriano Puente, de las de Aguirre Benavides. Con Caraveo iban el actual general Desiderio García y Manuel Gutiérrez (ex-mayordomo de las haciendas de los Terrazas). Federico Córdoba y con él, Pancho Escandón, sonorenses los dos, Homobono Reyes y Zacarías Parra, capitanes nativos ambos de Casas Grandes, Chih.». Homobono Reyes es quien amnistiado en Sonora a fines del 13, se incorpora y llega a ser el segundo en el mando con el grado de mayor del regimiento que comandaba el entonces coronel Enrique León Ruiz, actual general de brigada, durante el ataque que dieron las fuerzas villistas al general Murguía el viernes santo de 1917, en la ciudad de Chihuahua. Zacarías Parra, ya de carrancista, con el grado de coronel, muere en una batalla del barrio del Santo Niño, en la misma ocasión y hora que muere el coronel Cruz Maltos, de Múzquiz, Coah. «En vista del arrojo de los huertistas tuvo que entrar el propio general Herrera y luego Aguirre Benavides y en seguida parte de la brigada Villa para darles auxilio, porque los estaban envolviendo —prosigue el capitán Matilde Flores—. Cuando sacamos a los muchos heridos y los trasladamos hasta Meza, en donde se estaban concentrando los heridos de otras partes de la línea, estaba herido el general José E. Rodríguez; Porfirio Talamantes allí mismo murió. (Este jefe es con quien el general Plutarco Elías Calles mandó el primer cargamento de parque de Agua Prieta, Son., para el general Villa en julio de 1913). Los heridos eran muchos, y muchos los jefes y oficiales. Nosotros

sacamos al mayor Fortunato Casavantes, a Ramón Acosta —de Ciudad Guerrero—, a José de la Luz Nevárez, de Namiquipa, Francisco Sáinz, de La Ascensión, Chih. Los dos americanos que andaban con nosotros, Emil Holmdahl y Tracy Richardson, también fueron heridos y no volvieron a incorporarse de nuevo».

Gentes interesadas en confundir las cosas, que como siempre las hay, han corrido la versión de que soldados americanos vestidos de civiles le habían ayudado al general Villa en esta batalla. ¿Quién los vio? ¿Con qué gente y jefe estuvieron? A todos los elementos de la brigada Villa y la González Ortega y lo mismo que a los que figuraron en la escolta personal del general Villa les consta que sólo fueron dos americanos civiles, Emil Holmdahl y Tracy Richardson. Desde luego que esto no tiene importancia, pero es falso.

Al oriente de la vía, que es por donde combatieron las brigadas Morelos y la Rosalío Hernández, el enemigo cargó con mucha fuerza y rechazó el ataque nuestro, y es cuando casi se acabó la escolta de José Rodríguez, saliendo herido él mismo. El general Villa, que permaneció atento a estos movimientos, manda en auxilio de Hernández y Rodríguez, fracción de la brigada Villa y la Juárez de Durango, con los jefes Toribio Ortega, Fidel Avila, Saúl Navarro, Onésimo Martínez, Benito Artalejo y el general Jesús Díaz Couder. Se salvan las fuerzas de Hernández y las de la Morelos, que se quedan con el coronel Manuel González y Tiburcio Maya. Todo esto sucedió dos horas antes de que los federales empezaran a mover sus cañones. Se corrió la voz de estar listos para dar el asalto general y que la señal sería el disparo de dos cañonazos. «Nosotros —continúa el capitán Matilde Flores—, avanzábamos con parte de la gente de Cuchillo Parado, de infantería, cuando retumbaron los estruendos de dos cañonazos y luego se dejaron ir las caballerías de todas las brigadas nuestras, envolviendo al enemigo, el cual se batió desesperado».

Todas las brigadas se empeñaron en aquel asalto y cargaron con furia, haciendo pedazos al enemigo. El general Villa, comandando a dos escuadrones de su propia escolta —en el escuadrón que mandaba el mayor Pancho Sáinz, iba el teniente José Moreno (de Casas Grandes, Chih.), y parte de la gente de la brigada Contreras—, cargó de frente sobre la vía. Manuel Banda, Santiago Ramírez y Rodolfo Fierro, se desprendieron en la curva y cortaron retirada, alcanzando a uno de los trenes del enemigo, y es cuando Fierro desconecta varios carros. El enemigo retrocedió completamente derrotado. Isidro Chavira que comandaba el cuerpo de guías formado por pura gente de la región, ayudado por la gente de Ciudad Guerrero, del mayor Julio Acosta y el valeroso capitán Domínguez Pulido, fueron a quienes se les debió la captura del tren con soldados enemigos, rememoran

los sobrevivientes. Allí participó la gente de las poblaciones de Valle de Juárez, Guadalupe, haciendas y ranchos a lo largo del Río Bravo hasta Lajitas, Chih.

La batalla de Tierra Blanca fue una batalla campal y una de las más importantes que diera Francisco Villa. Obró su perseverancia, su audacia, visión y firmeza de carácter. Principió el día 24 y terminó la noche del 26 de noviembre de 1913. Los federales perdieron mil y tantos hombres, diez piezas de artillería y tres trenes. Todos los heridos fueron llevados a Ciudad Juárez, Chih.

La ciudad de Chihuahua en poder de Villa

Se echan a vuelo las campanas de las iglesias Santa Rita, San Francisco, el Santuario de Guadalupe y la Catedral; se escuchaban los pitos de las casas redondas, la del Central, la del Pacífico y de la Fundición de Avalos, anunciando la llegada de las fuerzas revolucionarias. La gente pacífica, que nada tiene que temer, se lanza a la calle, gritando y aclamando al victorioso ejército constitucionalista de la División del Norte y a su jefe, el general Francisco Villa. ¡Viva Villa! gritaba la multitud enloquecida por el entusiasmo. Las fuerzas de caballería hicieron su entrada a la ciudad por la avenida Colón, siguiendo por la avenida Juárez y luego por la calle Libertad, en medio de las aclamaciones del pueblo. El lector debe tomar en cuenta que aquel ejército que aclamaban, se componía de ciudadanos armados convertidos en soldados de la Revolución y era resultado de larga gestación de las necesidades sociales y económicas de un pueblo vejado por mucho tiempo y, si el pueblo aclamaba al general Villa, obedecía al prestigio, valor y audacia del genial guerrero.

Pasado aquel regocijo, las cosas vuelven a tomar su curso normal. Se evitan los saqueos y el comercio en general abre sus puertas. Todas las noches las plazas de armas, la Hidalgo y el parque Lerdo de Tejada, se repletan de gente que pasea y escucha la música de las bandas del gobierno y militares.

El general Villa se instala en una residencia de la avenida Juárez, Quinta Prieto, y el cuartel general en el palacio federal. El rústico y sentimental Pancho Villa, temerario y duro, templado en el dolor y el hambre, en la explotación y en la ignorancia, ha venido organizando la División del Norte con asombrosa rapidez, barriendo a los federales, sostén de Victoriano Huerta y ahora lo hemos de ver demostrando su temple para resolver grandes problemas al ejercer, provisionalmente, el poder ejecutivo del estado de Chihuahua. En Pancho Villa, su condición de clase humilde inspiró su lucha por el pueblo y como él es hombre de decisiones

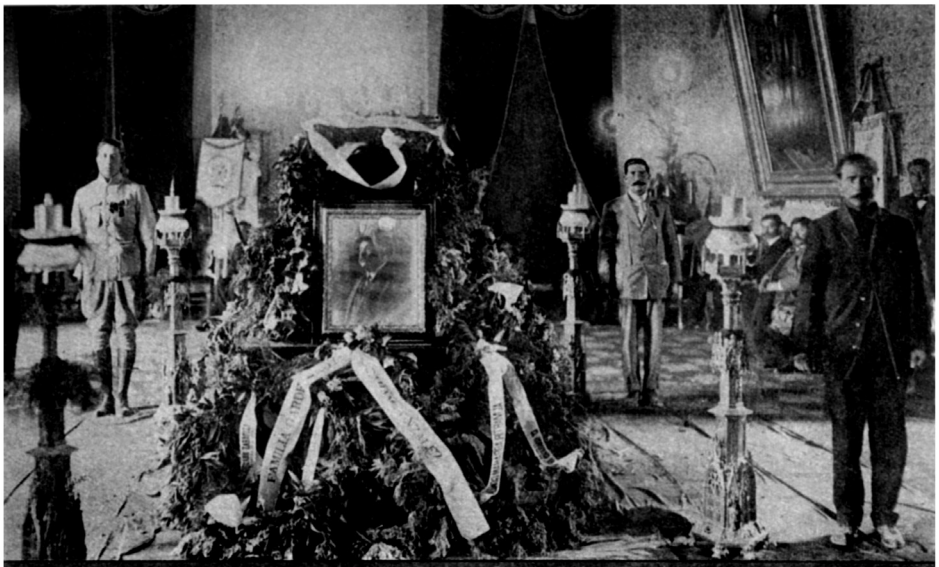
rápidas, lo hemos de ver disponiendo que durante tres meses se distribuya la carne de pulpa a quince centavos el kilo y diez centavos la carne con hueso. Las reses se toman de las haciendas de los terratenientes enemigos del movimiento revolucionario. Se distribuía carne entre la gente pobre no sólo de la ciudad de Chihuahua, sino también en todos los pueblos del Estado. Decretó la fundación del Banco de Chihuahua con carácter de institución oficial, con capital de diez millones de pesos, garantizados con los bienes confiscados a las personas comprometidas con el gobierno de Victoriano Huerta, para refaccionar a los agricultores y empresas populares. Autorizó la introducción de artículos de primera necesidad por la aduana de Ciudad Juárez primero, y luego por la de Ojinaga, Chih,. sin pagar derechos y tomó estas medidas exclusivamente para aliviar la escasez entre las clases populares. Al pasar el gobierno del estado a manos del general Manuel Chao, provisionalmente, obrando con prontitud y sin rodeos, expidió un decreto cediendo 25,000 hectáreas de tierras confiscadas a los latifundistas del estado de Chihuahua, a verdaderos campesinos. A los explotadores de la clase pobre los expulsó del estado, y les confiscó sus propiedades. Con histórico decreto, pasaron las propiedades, al gobierno constitucionalista, 7.000,000 de hectáreas y empresas comerciales de la familia Terrazas, así como las inmensas posesiones de los Creel, quizá los más grandes latifundistas de la época.

La gran pasión de Pancho Villa, fueron las escuelas, creía firmemente que la tierra y las escuelas resolverían todos los problemas del campesino mexicano. La Escuela de Artes y Oficios se llenó de niños de las clases necesitadas y de huérfanos. Nada hubo que faltara en aquella escuela para su buena marcha. Se organizaron los talleres de imprenta, fragua, carpintería y talleres mecánicos. Se dotó a los alumnos de uniformes nuevos, calzado, ropa interior y todo lo necesario. Se acondicionaron los comedores, debidamente equipados y se mantuvo esmerada limpieza. Buenos y limpios dormitorios. Allí estuvieron muchos niños que el general Villa adoptó por hijos; de éstos, Carlos Jáuregui se encargó de llevar a la *Hichtkock Military Academy* cerca de San Francisco, California, a los niños Eugenio Acosta Oaxaca, que fue más tarde diputado local por Chihuahua; Francisco Gil Piñón, Eustaquio Rivera (hijo de uno de los capitanes de Villa que murió muy al principio, recuérdese). Ignacio Bailón, Zenaido Torres (hijo de otro de sus capitanes, Marcos Torres), Manuel Baca Madrid (hijo de uno de sus coroneles) Mariano Lorea, Manuel Díaz, José Gabriel, Valentín y Jesús Corral y muchos otros que viven. Ingenieros, doctores y otros profesionistas fueron ayudados en sus estudios por el rudo Pancho Villa.

De izquierda a derecha aparecen Casimiro Cázares, José de la Luz Vázquez, Pancho Villa, Crisóforo Sosa, Juan Ríos, Baudilio Uribe, Félix Baray, José Escárcega y Juan Rentería, todos ellos muertos.

El Centauro del Norte saliendo de Ojinaga al frente de sus tropas, camino de Chihuahua.

Generales Rodolfo Fierro y Pablo C. Seáñez.



Capilla ardiente de los restos de Don Abraham González en el Salón Rojo del palacio de gobierno de Chihuahua.

Veteranos de la Revolución supervivientes de la División del Norte. Chihuahua, mayo de 1956. 1.—General José Ruiz Muñoz. 2.—Teniente coronel Reynaldo Mata. 3.—Mayor Gertrudis R. Martínez. 4.—Mayor Ricardo Quirós P. 5.—Mayor Roberto Yáñez Manso. 6.—Capitán Benito Hernández Breceda. 7.—Capitán José Torres Rocha. 8.—Teniente Eduardo Marinelarena. 9.—Subteniente Andrés Robles. 10.—Subteniente Desiderio Márquez Mata.

General Alvaro Obregón.

General Eulogio Ortiz. Militó a las órdenes de los generales Herrera, Chao y Fernández.

Trinidad Rodríguez uno de los hombres más valientes, si no el más, que combatió con Pancho Villa, prototipo de dignidad y fe revolucionaria.

Los generales Aguirre Benavides, Máximo García, coronel C. Puente, F. González Garza, Julio Piña y coronel Roque González Garza. Ciudad Juárez, 1914.

El general Felipe Angeles en la época de su incorporación (1914), a la gloriosa División del Norte, en la que fue eficaz colaborador de su jefe el bravo general Francisco Villa.

1.—Benito Artalejo, muerto en Torreón un mes más tarde. 2.—Coronel Fernando Reyes. 3.—José Martín Valles. 4.—Actual general Darío W. Silva. 5.—Rafael Castro. 6.—José María Jaurieta. Chihuahua, febrero de 1914.

De izquierda a derecha: general Manuel Chao, Don Venustiano Carranza y general Maclovio Herrera.

El general Villa con un grupo de jefes y oficiales de la brigada Madero durante una fiesta dada en su honor por los hermanos Máximo y Benito García, que comandaban dicha brigada y aparecen a sus lados, en su residencia de Lerdo, Dgo., el 10 de abril de 1914.

La batalla de Ojinaga

Se reorganizaron la fuerzas, ya muy numerosas, se municionaron, se aprovisionaron con el mejor armamento, vestuario y cobijas, etc., y se prepararon para la siguiente campaña que tendría por mira la destrucción total de la columna huertista del general Mercado, que con más de 6,000 hombres se había refugiado en la plaza de Ojinaga, Chih. Se organiza una fuerte columna de las tres armas y el día 22 de diciembre sale de la ciudad de Chihuahua, comandada por el general Pánfilo Natera y compuesta de los siguientes efectivos: fracción de la brigada Villa (500 hombres). Se le dio el mando al general José Rodríguez, pero como éste se hallaba herido, no le fue posible comandar aquella corporación en dicha ocasión. En consecuencia, este contingente lo comandaron los tenientes coroneles Carlos Almeida, Onésimo Martínez y Martín López. La brigada González Ortega, comandada por el general Toribio Ortega (recién ascendido); 550 hombres al mando de los mayores José M. Fernández (El Manquito), José M. Valles, Joaquín Terrazas, José San Román, Canuto Leyva y el Cuerpo de Guías, gente de San Carlos, Santa Elena y Palomas, al mando de Isidro Chavira y Ramón Mendoza. Más la escolta de Toribio Ortega, al mando de Melitón Ortega. Una fracción de la brigada Morelos, 450 hombres, al mando de los coroneles: Faustino Borunda, Felipe Dussart y Gorgonio Beltrán, y mayores: Indalecio Godoy, Pascual Contreras (zacatecano) y Adolfo Rosales (posteriormente este jefe perteneció a la brigada Ceniceros). La brigada Cuauhtémoc, con 450 hombres, con el teniente coronel Trinidad Rodríguez (Isaac Arroyo jefe del estado mayor, no fue por hallarse herido). Los escuadrones los comandaron los mayores: Manuel Tarango, Juan Pedroza y Macedonio Aldama. Como segundo en el mando fue el teniente coronel Rafael Castro, Rafael Licón (no participó, se hallaba herido). Se habían incorporado nuevos oficiales, entre éstos, en el estado mayor, iba el capitán segundo Rito E. Rodríguez (actual mayor en el efectivo del ejército) y el capitán Miguel García (Miguelito) que vive actualmente en la ciudad de Chihuahua. Otra fracción de la brigada Juárez, de Durango, comandada por el coronel Luis Díaz Couder y mayores Lorenzo Avalos, Bernabé González y S. Sánchez. Como segundo en el mando iba el teniente coronel Antonio Mestas. El regimiento del teniente coronel Miguel González, mayores Mercedes Luján, Domingo Gamboa (Fortunato Casavantes no iba, se hallaba herido); como segundo en el mando iba el mayor Carlos González. Se acababan de incorporar nuevos oficiales como Francisco Montoya Meléndez, Antonio Olivas y Pablo Cano Martínez, todos capitanes segundos. La artillería la mandaba el coronel Martiniano Servín y el ingeniero Licona, Miguel Saavedra Pérez y a estas fechas ya se había incor-

porado el coronel Timoteo Cuéllar, más un regimiento de ametralladoras, comandado por el mayor Margarito Gómez (no el carrancista, que tanto combatió contra nosotros en Durango).

La impedimenta la escoltaba un regimiento que comandaba César F. Moya. En el estado mayor de la columna iba el general Jesús Felipe Moya. También iba adjunto a la columna un escuadrón de la escolta del general Villa, con intenciones de participar en los puntos y momentos difíciles. Lo comandaba el mayor Francisco Sáinz. (El teniente José Moreno, de Casas Grandes ayudante del citado mayor F. Sáinz, fue a quien le tocó en suerte firmar con el coronel Enrique León Ruiz, el oficio que éste puso al jefe de la columna de la expedición punitiva, en Casas Grandes, Chih., el 18 de marzo de 1916. Para esa fecha ya ni Sáinz ni él, eran villistas). En este escuadrón formaban varios de los jefes de Namiquipa, Chih.: Eligio Hernández, Miguel Nevárez, Carmen Ortiz, Pedro Luján, Faustino Heras, Cruz Chávez, Martín D. Rivera, Refugio Aviña, etc. (Candelario Cervantes no fue, permaneció en Chihuahua, recién incorporado a la escolta del general Villa).

«La columna avanzó lentamente —rememora el capitán Martín D. Rivera—, y al llegar la vanguardia a un lugar que se llama Sóstenes, los exploradores, que eran villistas de la región de Santa Elena, San Carlos, Cuchillo Parado, Coyame, Ojinaga y Barrancos de Guadalupe, se encontraron gran cantidad de material de ferrocarril, municiones, armas, vestuario y bastantes provisiones de boca que el enemigo había dejado abandonado en su retirada. Ese material fue abandonado por los jefes federales Manuel Gutiérrez, Lázaro Alaniz y el mayor Apolonio Ortega.

»Por fin, el día 26 de diciembre, llega la vanguardia a la laguna de "La Mula" y avanzando con precauciones, llega el grueso de las tropas el día 28, al poblado de El Mulato, Chih., siendo los de la brigada Villa los primeros en llegar».

El día 29 de diciembre, la vanguardia villista toma contacto con el enemigo, sus avanzadas retroceden y se reúnen al grueso. Son las fuerzas de *colorados* al mando de los generales Marcelo Caraveo y Flores Alatorre, con Desiderio García y Federico Córdova. Estas fuerzas enemigas son derrotadas, las cuales se repliegan a Ojinaga, dejando en el campo mucho material abandonado y los villistas capturaron 265 prisioneros.

El día 30 de diciembre, las avanzadas villistas hacen contacto con el enemigo en un punto que se conoce por Nogal. Los exploradores, gente de Barrancos de Guadalupe, de los hermanos Leyva, el día 2 de enero de 1914, siguiendo por la orilla del río Conchos, llegaron hasta las labores que están al poniente de Ojinaga.

Recuerda M. D. Rivera: «Nosotros, con la gente de Carlos Almeida, nos juntamos con esa tropa de exploradores para darles apoyo. Esa misma noche, se presentaron a nuestras avanzadas varias personas residentes de Ojinaga, simpatizadores nuestros y que llevaron bastante provisión. Recuerdo que eran de la familia Machuca, amigos de los hermanos Maynez. El día 4 se dispone todo para el ataque y por la noche nos fuimos acercando y tomando posiciones frente al enemigo. Al aclarar se inició el ataque. Durante todo el día se hizo fuego de artillería por ambos bandos.

»A mí —prosigue Rivera—, me tocó con la gente de Bencomo, de Cruces, entrar junto con la gente de Santa Elena, San Carlos y demás puntos de la comarca, al mando de Isidro Chavira; llegamos hasta las posiciones del enemigo, en un punto que le dicen "La Cañada", casi dentro de la población, por el lado de las labores, al suroeste de la ciudad».

Ojinaga es una plaza difícil de atacar, porque está situada sobre una mesa y alrededor el terreno es muy quebrado, pero bajo. Los tiroteos y escaramuzas preliminares del combate que se iba a dar, se sucedieron con frecuencia durante los primeros tres días en los que nos íbamos acercando al enemigo. El general Natera ordenó que se emprendiera el ataque al aclarar el día 4 de enero, y naturalmente que el general Toribio Ortega, conocedor de aquel terreno, se opuso.

Rememora el capitán primero de caballería J. Matilde Flores Franco, ayudante de Toribio Ortega: «Mi general Ortega le hizo ver que no era prudente acercarnos a las defensas de los federales de día porque nos acabarían, dada la situación de sus posiciones; que lo justo era emprender el asalto de noche. Allí nació la diferencia que distanció a estos jefes —añade—, consecuencias que tuvimos que lamentar, como más adelante se podrá apreciar. Nosotros dormimos acantonados al oriente de Ojinaga, tras unos cerros y el enemigo, en gran número, pasó la noche acampado entre esos cerros y el río Bravo. Se ordenó que una columna de 500 hombres al mando del coronel Porfirio Ornelas, con José M. Valles, Epitacio Villanueva y Melitón Ortega, atacara al enemigo en dicho lugar. Se atacó con fuerza brutal. En ese asalto, una bala le quemó el cabello desde la frente hasta la nuca, el teniente coronel José M. Fernández recién ascendido. Allí murió Silverio Maynez, de Coyame, Chih.; salió herido Tomás Torres, uno de los hermanos del general Albino Aranda y uno de los Loya, de San Carlos, Chih. El terreno, como se ha dicho, alrededor de Ojinaga es muy quebrado y hay mucho monte de mezquites, pero muy bajito. Cumpliendo las órdenes de Natera, nos fuimos acercando, después de prolongado cañoneo que dejó a Servín sin municiones, y llegó el momento en que nos revolvimos con los *colorados* y no podíamos hacer fuego, por no matarnos

entre nosotros mismos. Salimos de aquel atolladero dejando mucha gente nuestra que cayó prisionera de los federales y los cuales fueron fusilados.

»Carlos Almeida y Onésimo Martínez llegaron hasta las fortificaciones del enemigo, en un salto muy audaz, por un punto que se llama Cabos, por el oriente de Ojinaga. Onésimo Martínez quitó una bandera a los *colorados,* saliendo muy mal herido. Se lo llevaron inmediatamente al hospital que se había establecido muy a la retaguardia. El coronel Servín se quedó prácticamente sin municiones para sus cañones. Mientras tanto, se dio orden de dar un asalto por todos lados de la línea de fuego, sin haber logrado resultados satisfactorios. En dicho asalto cayó muerto el general Luis Felipe Moya. Así se fue pasando el tiempo en dar asaltos aislados. Se rumoró insistentemente que el general Toribio Ortega no acataba las órdenes del general Natera. En vista de esa falta de obediencia, el general Natera ordenó el repliegue y nos fuimos hasta Cuchillo Parado, con el coronel Miguel González, refiere el capitán Francisco Montoya Meléndez. Dejamos abandonado un hospital con 300 heridos, el cual fue quemado por los federales. No sé si es ahí donde murió el teniente coronel Onésimo Martínez, lo cierto es que cuando le dieron parte al general Villa de la muerte de dicho jefe Martínez, lloró como si hubiera perdido a un hermano. El informe de la muerte del teniente coronel Onésimo Martínez se lo dio el coronel Carlos Almeida, posteriormente».

El general Villa que no se daba un momento de descanso, más tarda en conocer el fracaso de Ojinaga, cuando ya está municionando a la brigada Leales de Camargo, del general Rosalío Hernández, en Ciudad Juárez. De este lugar se embarcan a marchas forzadas y pasan por Chihuahua. De Jiménez, sale la Juárez, de Maclovio Herrera, con destino a Ojinaga. La Laguna de la Mula, al sur de Ojinaga, fue el lugar señalado para la concentración de las fuerzas. Llegó el general Villa, y citó a junta de jefes, a los cuales animó, haciéndoles ver que si no había entendimiento en forma cabal entre los jefes con mando de la tropa, empeñada en un combate, no se podía esperar éxito, y que los soldados eran los primeros en sentirse mal conducidos y de ahí que se apoderara de ellos el desgano por seguir combatiendo.

«—Tenemos que cumplir —decíales Villa—, con nuestro deber como jefes revolucionarios y pelear unidos, codo con codo, y sólo así venceremos. Desde luego, doy por mal hecho el proceder de ustedes —les recalcó el general Villa a todos sus generales—». Tiempo después, tuvo este comentario:

«—Para ganar la batalla de Ojinaga, tuve que hacer ver a mis generales que la guerra es cosa de hombres unidos en la acción y en sentimiento».

«Bastó con la presencia de mi general Villa —recuerda el capitán Martín D. Rivera—, en el campamento de nuestras fuerzas, para que todos, de soldado a general, recobraran el ánimo característico de los soldados villistas.

»De La Laguna de la Mula se fue el grueso de las fuerzas de los jefes Carlos Almeida, Martín López, Miguel González e Isidro Chavira, para la hacienda ganadera que se llama "El Pabellón", y de este punto nos fuimos acercando a Ojinaga a tomar las posiciones que habíamos abandonado, —prosigue Rivera. Todo el día 9 se dio descanso a la tropa; la nuestra en la mencionada hacienda de "El Pabellón". Por la tarde, iniciamos nuevamente nuestro avance, atravesando arroyos, labores, saltando cercos y por acequias hasta alcanzar las lomas donde desembocan las calles de Ojinaga al poniente, acercándonos a tomar posiciones frente al enemigo. El día 10, ya estábamos todos frente al enemigo. El general Villa dio orden: "Tomar Ojinaga, en hora y media". El mismo dio la señal y al grito de guerra. ¡Viva Villa! se inició el asalto, anocheciendo el día 10 de enero de 1914. Momentos antes de iniciar el asalto se intercalaron entre las diversas fuerzas, grupos de a 10 hombres de la escolta del general Villa. En un grupo iba el teniente coronel Benito Artalejo; otro grupo lo mandaba el mayor Jesús M. Ríos; otro con Andrés L. Farías; otro con el capitán José Cañedo; otro con Manuel Banda; otro con Manuel Baca, Manuel Escárcega, José de la Luz Vázquez, etc».

Es archisabido que los federales no pudieron resistir en Ojinaga más que una hora y quince minutos la avalancha villista, que con la furia del huracán arrolló las fortificaciones de éstos, obligándolos a cruzar el río Bravo, internándose en los Estados Unidos.

«Muy temprano, al siguiente día, empezamos a levantar el campo, me dice el capitán Matilde Flores y en esos precisos momentos llegó del lado americano el general John J. Pershing, acompañado de dos oficiales ayudantes. Fueron conducidos al cuartel general por un oficial que con el tiempo, habría de significarse como paradigma de lealtad al lado de mi general Villa, su nombre era José María Jaurieta. El general Pershing visitaba al general Villa con el propósito de saludarlo y felicitarlo por su brillante victoria sobre los huertistas. El general Pershing era, en ese tiempo, el jefe de las fuerzas destacadas en el sur del estado de Texas».

El general Villa permanece sólo tres días en Ojinaga, y el día 14 de enero por la mañana sale de esa plaza, al frente de las primeras fuerzas acompañándolas hasta cerca de donde él aborda un automóvil, acompañado de los coroneles Raúl Madero, Rodolfo Fierro, teniente coronel Santiago Ramírez y el Lic. Luis Aguirre Benavides. Su llegada a la ciudad de Chihuahua constituyó un apoteosis. Ya era el ídolo popular.

«Antes de llegar al pueblo de Julimez —rememora el coronel Cirilo Pérez—, nuestras tropas capturaron a unos soldados orozquistas desertores y por ellos nos enteramos que Marcelo Caraveo, Federico Córdoba y Desiderio García habían escapado de "El Nogal", internándose en la región de Palomas. Estos soldados llevaban unas bolsas de lona con dinero americano y un capote militar que según ellos, pertenecía a Marcelo Caraveo. En esto llega el coronel Carlos Almeida y los interrogó, sobre quiénes eran los responsables de haber prendido fuego al hospital con los heridos. Manifestaron que el general Marcelo Caraveo se había opuesto a que se quemara dicho hospital; pero que el general Landa, se había impuesto arguyendo que contaba con la orden verbal del general Mercado. Llegan otros jefes, entre éstos el coronel Eulogio Ortiz, y sin más, diciendo: "Ellos quemaron a nuestros muchachos y allí murió Onésimo Martínez, que paguen con sus vidas estos tales", y los mandaron fusilar. Eran ocho soldados y un teniente».

Era inigualable la actividad del Centauro del Norte

Tan pronto como arriba a la ciudad de Chihuahua, el general Villa, sin perder un minuto, se entrega de lleno a resolver infinidad de problemas. Recibe al general Chao; habla con el coronel Roberto Limón y acuerda con su secretario, licenciado Luis Aguirre Benavides. Se presenta el coronel Manuel Bauche Alcalde, a la sazón director del diario *Vida Nueva* y es cuando a solicitud de éste, relata el general Villa la primera parte de sus memorias. (El coronel Manuel Bauche Alcalde, había estado en Sonora, donde se casó con una hermosa señorita Marín, en Villa de Seris, Son.). No fue aceptado por el general Obregón y en cuanto el general Villa tomó Ciudad Juárez, Chih., fue de los primeros en presentarse ante él a ofrecerle sus servicios.

Durante los meses de enero y febrero de 1914, se dedica por completo el general Villa, no sólo a la organización de sus fuerzas, que ya son numerosas, sino a establecer autoridades civiles en el estado de Chihuahua, el cual ya lo tenía ganado en firme, gracias a la asombrosa campaña que culminó con la derrota de los huertistas en Ojinaga, Chih.

El general Chao se hace cargo del gobierno civil. El coronel Pedro F. Bracamontes, queda de presidente municipal de la ciudad de Chihuahua. El coronel Roberto Limón, como jefe de la guarnición de la plaza. El general Fidel Avila, pasa a Ciudad Juárez, de jefe de armas. El general Bernardino Salazar, se hace cargo de la pagaduría general de la División del Norte. El coronel Hipólito Villa, va como jefe de la agencia comercial en Ciudad Juárez. El coronel Primitivo Huro, de proveedor general de

la división. El señor Lázaro de la Garza, agente financiero de la División del Norte. De guarnición, en la plaza de Chihuahua, quedan el batallón Pino Suárez al mando del teniente coronel Mariano Tamés y el regimiento del coronel Andrés U. Vargas, éste por sólo dos meses.

«Se cometieron muchos desmanes; hubo un sin fin de trastornos; muchos abusos y atropellos; en fin, las irregularidades características de toda conmoción revolucionaria. El ejército de Pancho Villa, estaba compuesto por hombres de la clase humilde, clase media, del campo y de la ciudad, —entiéndase: *Verdadero Pueblo.* Por lo tanto, hombres cansados de tolerar los irritantes privilegios de que disfrutaban determinadas clases sociales, y de sufrir la inicua sumisión y el vituperable desprecio de que habían sido objeto, tanto en el campo como en la ciudad. Lógicamente, deseosos del desquite. ¿Es así? Esto podrá servir al lector para darse cuenta del clima que imperaba». Palabras del general Eulogio Ortiz.

Las residencias de las familias ricas, hermosas "quintas", todas sin excepción, fueron ocupadas por los jefes revolucionarios, que se apoderaron de lo que encontraban; cuando las casas estaban cerradas con llave, rompían las cerraduras, y en las que se encontraron ocupadas por las familias de los dueños, las echaron a la calle. El coronel Manuel Baca —Mano Negra—, dio con la familia y la casa del señor Victoriano Torres, quedándose él con todo, muebles y ropa de la familia, y luego se llevó al señor Torres al cerro de Santa Rosa y allí, él, personalmente, lo mató, sin autorización de Villa. Continuamente se hablaba de fusilamientos en el famoso cerro de Santa Rosa.

Todos los jefes revolucionarios tenían conocimiento del lugar en que se encontraba algún enemigo personal de ellos. Había muchos que se dedicaban a denunciar a los adictos del gobierno de Huerta. Esto no sólo en Chihuahua sucedía; también en Sonora, Sinaloa, y en todo el país era igual. En Sonora y Sinaloa apresaban a las familias de los ricos y adictos al gobierno de Huerta y las ponían en carros-jaula del ferrocarril y los mandaban al extranjero.

Sin embargo, a los hombres de negocios, comerciantes, etc., que por no tener ligas con el gobierno de Huerta, permanecieron en sus hogares, se les respetó. Lo mismo sucedió con las personas más o menos ricas del Estado. Las familias de los directamente comprometidos con el enemigo fueron las únicas perjudicadas. Los elementos pertenecientes a la clase media, acudieron casi en su totalidad a ponerse a las órdenes de Villa.

Recuerda el coronel Juan Palma: «A Villa, dueño de la capital de un estado tan importante como Chihuahua, ganado de firme por asombrosa campaña, le parecía necesario establecer un gobierno civil en Chihuahua; así lo hizo, y allí lo tenemos, pues, en otra función, quizá más elevada;

todos los intereses se encontraban bajo su cuidado y es necesario saber aprovechar los hombres que puedan colaborar. Muchas personas se le presentaron ofreciéndole su colaboración para desempeñar ciertos puestos públicos, y nos decía el general: "—No todos estos señores vienen de buena voluntad y sólo buscan el medro para ellos, y no el prestigio para la Revolución". Pero había que darles oportunidad y resultó lo que él pensaba». (El coronel Juan Palma, es uno de los muchos veteranos que al lado del general Villa combatió a los huertistas, y aún vive). Sigue su recuerdo: «El señor Carranza era el primer jefe del ejército constitucionalista, y el general Villa era obediente, sabía obedecer, no quería que hubiera quejas de él; reorganizó a su arbitrio el gobierno de Chihuahua y hubo modo de seguir trabajando. Se pusieron al corriente los servicios públicos y estuvieron expeditos y en uso las vías de comunicación dentro del Estado y las que llegan a los Estados Unidos. Se cobraron contribuciones, se procuró que funcionasen las escuelas que tanto preocupaban a Villa».

El día 18 de enero de 1914, se presentaron en el cuartel del 12, los jefes coronel Manuel Baca —alias *Mano Negra*—y el mayor Manuel Bracamontes y solicitaron del coronel Andrés Vargas diez soldados. A bordo de tres carruajes se fueron al ya famoso cerro de Santa Rosa, donde los esperaba el Chino Banda, con cinco soldados y cuatro presos. Los soldados de Vargas iban al mando del capitán José Chavarría, a quien ordenó Baca fusilar a los presos, cuando llegan precipitadamente el coronel Antonio Villa y el capitán Benjamín Bustamante:

«—¿Por orden de quién van ustedes a fusilar a estas personas? —preguntó el coronel Villa.

»—Son enemigos nuestros, —contestó el coronel Manuel Baca.

»—No importa que sean sus enemigos —les dice el coronel Villa y agrega—. No se puede matar nomás porque sí; se necesita una orden del cuartel general y además, bajo mi responsabilidad, se suspende esta ejecución».

Ordenaron después al capitán Chavarría que regresara con dichas personas al cuartel del Puerto de San Pedro. Los mencionados presos eran personas de Ciudad Guerrero, Chih., un señor González, dos hermanos Chávez e Ismael Vázquez, hijo de Francisco Vázquez, —primo hermano de Pascual Orozco, y por cierto, hermano de Francisco Jr., cuñado de quien escribe estos apuntes. Al día siguiente, por orden del coronel Antonio Villa, estas personas, fueron embarcadas por tren para Ciudad Juárez, Chih., donde quedaron en libertad.

Cuando apresaron al señor don Victoriano Torres, el general Villa ordenó que se le pusiera en libertad, porque él nada tenía en contra de dicho señor Torres. Pero el coronel Manuel Baca sorprendió al coronel

Roberto Limón y le sacó una orden de aprehensión contra dicho señor Victoriano Torres sacándolo de su hogar por la noche y fuera de la ciudad, personalmente, lo mató.

No fue posible que los jefes superiores evitaran los desmanes cometidos por algunos subalternos. El coronel Manuel Baca, al igual que su colega Rodolfo Fierro, ya habían dado muestras de insaciable sed de sangre.

* * *

Mientras tanto, las fuerzas de la División del Norte, ya estaban siendo organizadas lo mejor posible y equipadas con buen armamento: rifles máuseres nuevos, y uniformes nuevos, sombreros de fieltro color olivo para la tropa. A Jas T. Leonard Co. Inc. de Nueva York, se compraron 2,500 sombreros texanos para los oficiales. De la tienda Johnson Company, se adquirieron 27,700 pares de calzado color café para las tropas.

En cuanto a elementos de boca, la Agencia Comercial de Ciudad Juárez, compró en diversas tiendas y almacenes de El Paso, Texas, toneladas de arroz, azúcar, etc., solamente de Tri State Grocery Co., se adquirió un furgón de latas de manteca.

En la ciudad de Chihuahua, la fábrica de ropa "La Paz", trabajaba a su máxima capacidad haciendo uniformes de kaki, color amarillo claro, para soldados. Todos los talleres de zapatería, fabricaban calzado exclusivamente para los contingentes de la División del Norte. En el barrio del Pacífico, en la ciudad de Chihuahua, había en ese tiempo un grupo de zapateros —todos nativos del pueblo de Teocaltiche, Jalisco—, que ocupaban toda una manzana de casas junto a la Chihuahua Lumber Co., dedicados, todos ellos, a fabricar calzado para el ejército villista. En la Escuela de Artes y Oficios de la ciudad de Chihuahua, las fraguas no hacían mas que herraduras para la caballada de los villistas, en cantidades ilimitadas. Allá, en San Borja, Chih., los señores Cano fabricaban monturas para la División del Norte; igual cosa sucedía en Jiménez, y en todas las haciendas del vasto estado de Chihuahua.

Por la vía del Pacífico llega a la ciudad un tren tras otro, cargados de harina, frijol, manteca y forrajes para la caballada de las brigadas villistas. Hay que recordar que no solamente se procuraban elementos de boca para el ejército, sino también se atendió en especial a las necesidades de la población civil, todo en abundancia y muy barato.

Recuérdese que el general Villa capturó desde tiempo atrás a esta fecha que se menciona, un tren cargado de barras de plata y oro, en gran cantidad. Todo ese tesoro lo conservó oculto en un punto de la sierra, cercano a la Laguna de las Carrilleras, y al adueñarse de la plaza de

Ciudad Juárez, convirtió estas barras en dólares, que se entregaron a las agencias, financiera y comercial, que estableció en dicha plaza.

La empresa The Winchester Firearms Company vendió a Villa enorme cantidad de elementos de guerra, pagados por conducto del Guaranty Trust Company, de Nueva York, donde oportunamente se había hecho un fuerte depósito a nombre de la Agencia Financiera de la División del Norte, dinero que manejaron los señores Hipólito Villa y Lázaro de la Garza.

El gobierno de los Estados Unidos, asumió una actitud de estricta neutralidad; pero no pudo impedir que el contrabando se realizara a través de la frontera como manifestación de iniciativa privada estimulada por móviles de lucro más que por simpatía; pues el afán de enriquecimiento sobre todo, genera audacias capaces de desafiar cualquier peligro.

F. A. Sommerfield, vendió a la División del Norte, por conducto de Hipólito Villa, municiones por valor de cientos de miles de dólares. Por Columbus, N. M., Ruidosa y Presidio, Texas, se pasaron grandes cantidades de equipo militar para el general Villa. Mas el negocito no duró mucho tiempo para los expertos traficantes. El día 8 de febrero de 1914, el presidente de los Estados Unidos, Mr. Woodrow Wilson, permitió el paso de armas, municiones y toda clase de equipo militar a México, para Venustiano Carranza y Francisco Villa, que mandaba la División del Norte.

Con aquella efervescencia, producto de la férrea y terca voluntad de Villa, que no se daba un momento de descanso, se afianzó y acrecentó el poder de la División del Norte. Día a día se sumaban nuevos elementos al ejército del incansable Pancho Villa, gracias a la moral de la clase media y humilde del pueblo norteño, por decirlo así, que aceptó voluntarios sacrificios, que en muchos casos colindaron con el heroísmo, dando el hijo, el padre o el hermano sin más emulación que el deseo de ayudar al triunfo de la causa popular. Por ese motivo llegaban a la capital del estado grandes y pequeños contingentes de hombres a ofrecer sus servicios.

Muchos jóvenes pertenecientes a familias de la clase decente y educada, y muchos de la clase económica solvente, que pudieron haber permanecido alejados del peligro, cedieron al influjo de la conmoción social; daban la impresión de que se había apoderado de ellos una nerviosidad extraña, y de ahí que las filas del ejército del general Villa se hayan visto engrosadas por miles de jóvenes, hijos de profesionistas, comerciantes, hombres de empresa, estudiantes de clases superiores, maestros jóvenes, padres de familia, etc., etc., revueltos con los rancheros convertidos en soldados del ejército del pueblo.

No hubo ciudad, poblado chico o grande, hacienda y rancho del inmenso estado de Chihuahua, que no haya dado su contribución a la causa

de la Revolución con lo mejor de sus hombres, en muchos casos. Todos, hombres mestizos, voluntarios y conscientes de su deber, hicieron cuanto les fue posible por servir con lealtad y abnegación, dando lo mejor de sus capacidades, y es precisamente en eso, donde residió el poder combativo de las fuerzas de la División del Norte. Centenares de hombres procedentes de Sonora, Sinaloa, Durango, Coahuila y Zacatecas, formaron en las filas del general Francisco Villa, con el grueso de chihuahuenses.

*
* *

Entre tanto, el general Villa regresa al norte y se entrevista con el mayor general Hugh L. Scott, jefe del estado mayor del ejército de los Estados Unidos de Norteamérica. Juntos concurren al hipódromo de Ciudad Juárez, acompañados del coronel Matt Winn, promotor del "Kentuky Derby", del mayor Mickie, del estado mayor del general Scott, así como del general Rodolfo Fierro.

El general Villa dispone que su escolta desfile ante ellos y demás acompañantes. La escolta, compuesta por puros hombres norteños, rancheros del tipo mestizo, portando sus mejores "garras" (como lo decía el general Villa), con dos cartucheras terciadas en el pecho y una liada en la cintura, con sombreros texanos y vistosos barboquejos, montando sus briosos y bien bañados corceles, pasaron en formación cerrada de cuatro en fondo, al galope y luego a toda rienda y saltando sobre obstáculos.

«—¿Qué le parece, general? —preguntó Villa».

Contesta el general Scott:

«—Como unidad de caballería, general Villa, yo le aseguro a usted, que la puedo considerar *como la primera en la América*». (Absolutamente histórico).

Ese día formaron los bravos oficiales que desde el día 15 de junio de 1914, habrían de llamarse y ser conocidos mundialmente como *Los Dorados* de Pancho Villa. En la primera fila iban Jesús María Ríos, Candelario Cervantes, Nicolás Fernández y Carmen Ortiz.

Todos ellos habían combatido en Ojinaga, apenas hacía unos días.

Al siguiente día llega el general Felipe Angeles, procedente de Sonora. Viene a incorporarse a la División del Norte, y el general Villa lo recibe cariñosamente, lo abraza y lo felicita por estar al servicio de la causa del pueblo. Angeles se deshace dando las gracias por las atenciones de que se le hace objeto. Los dos generales se comprenden desde luego y desde ese momento han de quedar unidos. En Sonora, los subordinados del primer jefe del ejército constitucionalista, aun aquellos que habían sido alumnos del antiguo director del Colegio Militar, se vanagloriaban y se

ufanaban en humillarlo y en rebajarlo. Esto lo pudo observar el licenciado Miguel Alessio Robles, quien así lo ha afirmado; pues él formaba parte de la comitiva del primer jefe de la Revolución. En cambio, ahí en Chihuahua lo reciben con los brazos abiertos.

El día 23 de febrero tuvo conocimiento el general Villa, que se habían localizado los restos del cuerpo de don Abraham González; luego, en un tren especial, salió para la capital del estado y el día 24 él mismo se trasladó a los llanos de Mápula y recogió los restos del hombre que fuera su amigo.

El día 25 del mismo mes se instaló en el Salón Rojo del palacio de gobierno la capilla ardiente, colocándose una placa con la siguiente inscripción: "In Memoriam".

Este salón se convirtió en capilla ardiente el día 25 de febrero de 1914 para honrar los restos del insigne gobernador don Abraham González, asesinado alevosamente por los traidores científicos y militares el día 7 de marzo de 1913.

*
* *

Hay que recordar que las fuerzas de la federación asesinaron a mucha gente y antes de abandonar la ciudad de Chihuahua dejaron muchos hombres colgados en los álamos de la Junta, así se le llama al punto donde se juntan el río del Chuvíscar con el río que viene del norte y es el de Sacramento.

El día 26 el general Villa acompañado del general Felipe Angeles y del doctor Luis García Cardoso y el coronel Gabino Durán, salió para Ciudad Juárez y prosiguió en su tarea de organización y aprovisionamiento del ejército.

*
* *

El día 7 de marzo de 1914, comenzaron a llegar a la ciudad de Chihuahua los trenes militares procedentes del norte y por la vía del Ferrocarril del Pacífico llegaron de la región de la sierra fuertes contingentes de tropas que eran el cuerpo Cazadores de la Sierra.

Marcha al Sur

El dia 16 de marzo de 1914, se inició el avance al sur con vista al ataque a Torreón, Coah.; pues recuérdese que cuando Villa tomó Torreón el mes de octubre de 1913, el general dejó solamente un pequeño destacamento de tropas al mando del general Calixto Contreras, el cual fue desalojado por los huertistas.

Estación Yermo, fue el punto de cita para la concentración de las fuerzas de la División del Norte.

Al tren del cuartel general iban pegados el carro especial del consejo de guerra, cuyo presidente era el culto coronel Roque González Garza y el carro de la pagaduría de la División del Norte, a cargo del general Bernardino Salazar.

Ese mismo día había llegado a la Estación del Dipo el general Villa acompañado del general Felipe Angeles y los doctores Uranga, Trillo, Gutiérrez y García Cardoso. En el andén de dicha estación lo esperaban los oficiales de su estado mayor, coronel Manuel Madinabeitia, Primitivo Huro, proveedor de la división, Enrique Santos Coy, Javier Hernández y el coronel José Bauche Alcalde, jefe del estado mayor de la brigada Chao, y muchas otras personas.

El tren del cuartel general salió poco después de que habían partido los 12 trenes que formaban el grueso de la división y luego lo seguían los trenes del servicio sanitario, los de la impedimenta, granadas y municiones. Este último tren abordó el mayor Miguel Saavedra Pérez, después de despedirse de su señora esposa y de sus niños. Los dos trenes de la retaguardia salieron con tropas de la estación del Pacífico. Era la gente del Distrito Guerrero, al mando del coronel Julio Acosta. Fueron 16 trenes en total.

La salida de la División del Norte de la ciudad de Chihuahua constituyó un espectáculo digno de conservarlo en la memoria. Una muchedumbre compuesta por personas de todas las categorías se apiñaba en las estaciones a lo largo de los trenes. Cerca de cien hombres cilindreros tocaban "La Adelita" una y otra vez por todas partes. "La Adelita" canción del ejército villista se escuchaba sin cesar y era alegre canto popular. Hermosísimas muchachas decían adiós a los soldados.

«—¡Vamos al sur! —gritaban los villistas.

»—¡A Torreón! —coreaban los soldados plenos de entusiasmo».

Con cuanta emoción se despedía el hombre de la mujer; los hermanos de las hermanas y había que ver cómo las mujeres y los niños se quedaban llorando y a la vez riendo. Muchachas de las más distinguidas familias se despedían cantando y llorando, de jóvenes oficiales, que contagiados del magnetismo y de la fe de su jefe, Pancho Villa, mostraban sus rostros radiantes de entusiasmo y optimismo. Aquella ruidosa y emocionante manifestación de adhesión colectiva le daba a los soldados villistas la seguridad en la victoria.

Pancho Villa, con su insaciable sed de acción, había contagiado el ambiente, por eso su nombre se unió al de Chihuahua. Se menciona el nombre de Villa y viene a la mente el nombre de Chihuahua. ¡Viva Villa!, grito que retumbaba en el corazón de las multitudes como el trueno de un poder mágico. Una muchacha muy linda se despide de Pancho Portillo, con un beso y con un apretón de manos de Cirilo Pérez y Roberto Frías. Los tres son oficiales de la escolta del general Villa.

El día 17 de marzo a las cinco de la mañana arribaron a Santa Rosalía de Camargo, Chih., los trenes. Ahí hizo alto el grueso de la división. La vanguardia estaba para esa hora en Jiménez, Chih. Prosiguen su marcha las fuerzas de la brigada González Ortega, con el coronel Porfirio Ornelas, quedándose con el general Villa el jefe Toribio Ortega. En esta brigada iban los hermanos Albino y Manuel Aranda. Toda la gente del estado de Chihuahua conoce estos nombres. También iban Manuel Leyva, Ramón Mendoza, José Vailes, Manuel Machuca, Joaquín Terrazas, Isidro Chavira, José San Román, etc.

Me cuentan los sobrevivientes de aquella gesta que a su llegada a Camargo el general Villa fue recibido con los honores de ídolo popular Por la noche, la sociedad camarguense ofreció un grandioso baile y además hubo serenatas populares por todo el pueblo En la estación todo parecía que se trataba de una noche de carnaval. "¡Viva Villa!" se oía gritar por todas partes.

Mientras tanto, del cuartel general salió la orden terminante: "Queda estrictamente prohibido el uso de bebidas embriagantes para los elementos militares". Para aquella fecha ya se tenía plena conciencia de lo que significaba desobedecer una orden del cuartel general.

«Así era mi general Villa; a él no le deslumbraba la apariencia. El no creía en los entusiasmos del alcohol. Para él el entusiasmo tenía que ser natural, sin más estimulante que la voluntad», me dicen los suyos.

La muerte del coronel Riojas

«Aquella noche del 17 de marzo se conoció un incidente digno de recordarse, cuenta el ex-mayor Juan B. Muñoz, que fuera ayudante del coronel Andrés U. Vargas, de la brigada Villa, del ameritado general José E. Rodríguez— Me encontraba escuchando la conversación que animadamente sostenían los coroneles Andrés U. Vargas y Fernando Reyes y el teniente coronel Saúl Navarro, cuando se presenta el capitán Valentín Vázquez, ayudante del coronel Cruz Domínguez, manifestando al coronel Vargas que tenía un asunto importante que tratarle.

»—¿De qué asunto se trata? —preguntó el coronel Vargas.

»—Mi coronel, yo sé que usted tendrá interés en oír lo que dice un prisionero que acaban de traer.

»—¿Dónde está ese prisionero? —preguntó el coronel Vargas.

»—Aquí lo tiene el capitán José Cañedo, quien desea que usted lo escuche para ver si es posible que le ayude».

Pues bien, ante los jefes citados, el mencionado prisionero hizo el siguiente relato:

«—Después de que el general Villa nos derrotó en Ojinaga, un grupo de los nuestros, con el general Caraveo, nos internamos a los Estados Unidos; montados seguimos río abajo y regresamos a territorio nacional por Lajitas, y a mediados de febrero fuimos batidos en el punto que se llama Tinaja de Márquez. Nos dispersamos; unos jefes corrieron hacia el norte y el general Caraveo, el coronel Desiderio García y el mayor Federico Córdova y unos diez hombres, entre ellos yo, tomamos rumbo al sur, con intenciones de unirnos al general Pascual Orozco, a quien Caraveo creía que ya para esa fecha estaría en algún lugar del estado de Coahuila. Después de caminar con muy escasas provisiones que nos agenciábamos en ranchos al sur de Palomas, llegamos a un lugar que le dicen El Presón. Allí había soldados constitucionalistas. El general Caraveo nos recomendó hacernos pasar por villistas que, juntando ganado, nos habíamos perdido por no conocer el terreno. Nos ayudaron y nos dieron qué comer. A los tres días llegó un teniente coronel que era el jefe de aquella gente consti-

tucionalista y nos ofreció darnos unos guías para que nos sacaran del desierto. Cuando salimos de allí, nos dieron algunas provisiones, y 6 hombres, al mando del mismo teniente coronel, nos acompañaron hasta un lugar cercano a Las Mexteñas, donde, según dicho jefe, había gente villista. El general Marcelo Caraveo nos manifestó que estábamos en un trance difícil y que para salir de aquel atolladero y no ir a caer prisioneros de los villistas, no nos quedaba otro remedio que matar al teniente coronel y a los 6 hombres que lo acompañaban. Así se hizo. Los matamos. Pero luego oímos un ruido como de caballería y corrimos unos tras de Caraveo y dos o tres con García. Nos extraviamos y yo me deserté y fui a dar a un rancho que ni siquiera sé cómo se llama. Pasaron unos diez días y llegaron unos villistas de la región y no me quisieron creer la mentira que yo les contaba de que era vaquero. Me aprehendieron y me trajeron hasta este lugar.

»—Muy bien; y ¿por qué me buscas a mí? —le preguntó Vargas.

»—Señor, yo fui de la gente del coronel José Rascón Tena y aquel jefe, un poco antes de morir, nos platicó que usted era su paisano y amigo y que si en mala hora llegáramos a caer en manos de los villistas, preguntáramos por usted y lo procurásemos y le habláramos a usted personalmente.

»—Bueno; ¿y tú quién eres?

»—Yo soy Juan Meza, de Cumpas, Son.».

El capitán José Cañedo era también sonorense y conocido del mencionado prisionero; por lo tanto, se interesaba en que el coronel Vargas lo ayudara. Este capitán Cañedo era conocido por "El capitán Cedazo", porque tenía el cuerpo lleno de heridas; pues un barreno explotó frente a él y le dejó el pecho lleno de cicatrices. Había trabajado en el mineral de Cananea, Son., antes de incorporarse a la División del Norte como miembro de la escolta del general Villa.

En cuanto al prisionero Juan Meza, quedó bajo la responsabilidad del coronel Andrés U. Vargas. Después llegó a teniente con la gente de la brigada Villa y el año de 1916, cayó prisionero del ejército yanqui. en la hacienda de Bavícora y tuvo un fin muy triste, pues murió de hambre en la cárcel de Silver City, como más adelante lo veremos.

El coronel Desiderio García, a quien se refería el mencionado prisionero, es actualmente general en servicio activo y es nativo del distrito de Galeana, Chih.

En cuanto al capitán Federico Córdoba, que menciona también el citado prisionero, es nada menos que la persona que cobró los $150,000.00 que los hombres de Peláez exigieron por la libertad de Mr. William O. Jenkins, agente consular en la ciudad de Puebla, a quien habían plagiado. Era nativo de Nácori Chico, Son., donde aún viven sus familiares y llegó a general.

Tocante al teniente coronel que el general Caraveo y sus compañeros

asesinaron, matándolos por la espalda, era hermano del señor José Riojas y ambos sobrinos del señor don Venustiano Carranza.

Este suceso fue confirmado en todos sus detalles por el mismo general Marcelo Caraveo, al general Enrique León Ruiz, durante la época que ambos jefes estuvieron juntos en la zona militar de Durango.

Prosigue el ex-mayor Juan B. Muñoz: «Miles de personas se reunieron ese día 17 de marzo de 1914, allí en la plaza Juárez de Camargo, Chih., para dar la bienvenida al general Villa, que pasaba revista a las fuerzas de la brigada Leales de Camargo, que comandaba el valiente general Rosalío Hernández. Los elementos de esta brigada formaban imponente valla. Sus hombres muy bien formados, montados y armados. Entre la oficialidad de esta brigada se destacaban Práxedes Giner Durán; los hermanos Bustamante, Manuel Licón, etc.» De ahí eran nativos los hermanos José, Francisco y Desiderio Valles Jordán. Práxedes Giner es en la actualidad comandante de la 27ª zona militar, en Acapulco, Gro. Francisco y José Valles Jordán llegaron a generales villistas, ya murieron, y Desiderio Valles Jordán es actualmente general brigadier, comandante de un cuerpo de rurales en Ciudad Juárez, Chih.

La gente de la brigada Leales de Camargo se componía en su mayoría de hombres jóvenes reclutados en la región de la Sierra de Santa Rosalía, Codornices, Las Escobas, Chicuas, San Mateo, Las Tinajas de Encinillas, Las Mexteñas, Espíritu Santo, Agua de Mayo, La Encantada, Salsipuedes y los ranchos de La Boquilla, donde se levantó en armas el hoy general de división Angel Ocón, incorporándose a Francisco Villa, en el mes de diciembre de 1910.

A su entrada al pueblo, el general Villa iba acompañado del general Rosalío Hernández y varios oficiales. Los camarguenses gritaban con todas sus fuerzas: ¡Viva Villa! Allí recibió el general Villa una de las más grandes ovaciones del pueblo chihuahuense; muchachos y viejos, hombres y mujeres, batían las palmas de las manos.

Mientras tanto, las fuerzas de la División del Norte seguían su marcha al sur. De Jiménez, Chih., salió en la vanguardia gente de la brigada Benito Juárez, al mando de los coroneles Eulogio Ortiz y Ernesto García. El grueso de la brigada iba con el general Maclovio y coronel Luis Herrera, los tenientes coroneles José Borunda y Pedro Sosa. El grueso de esta tropa se componía por gente de Hidalgo del Parral, Valle de Allende, Valle de los Olivos, Santa Bárbara y del norte del estado de Durango.

Seguía la brigada González Ortega, comandada por el general Toribio Ortega, compuesta por gente de Cuchillo Parado, Ojinaga, San Carlos Coyame, Santa Elena, Palomas, Barrancos de Guadalupe, El Mulato, Julimes

y ranchos del nordeste del estado de Chihuahua. Aún viven en la región Manuel Leyva y Chón Loya ("Chón Palanca"), en su rancho, cerca de San Carlos, Chih.

«A nuestra llegada a la Estación de Jiménez, Chih., me tocó conocer a un par de viejecitos, hombre y mujer —rememora el teniente coronel Reinaldo Mata—, que con sus cuerpos encorvados y los pies deformados por la edad y el trabajo, se acercaban temerosos preguntando por el general Villa, que estaba en el andén de la estación, y quien, al verlos, los abrazó con la ternura de un buen hijo y los besó en la frente. Se trataba de sus padrinos. Llamó al teniente Darío W. Silva y le ordenó algo. Luego los llevó a su carro especial y les impartió su ayuda económica. Así era mi general Villa —prosigue el teniente coronel Mata—, él siempre tuvo mucho amor por los niños y respeto por los viejecitos. Allí en Jiménez, se acercaron al general Villa muchos menesterosos y les ordenó a los mayores Pedro Luján y Andrés L. Farías que les repartieran provisiones y estuvo vigilando que todos alcanzaran su parte. Para los pobres, el jefe Villa se quitaba hasta la camisa; tenía un corazón muy grande». (El mayor Andrés L. Farías es a quien le tocó aprehender al inglés Benton).

Durante la tarde del día 18 de marzo estuvieron arribando a estación Yermo, los trenes militares cargados de tropas. Yermo es un pueblo desolado, formado por la estación, un tanque de agua, que se hallaba, en esa fecha, sucia y alcalina. En medio de ese desierto estaban los 16 trenes, y 10.000 y tantos hombres de Pancho Villa acampados en medio de la llanura. Después de que se dio un descanso a las fuerzas, el general Villa pasó revista a las brigadas, batallones y regimientos, y ya en plena marcha, las saludaba y las tropas contestaban con el popular ¡Viva Villa! Todas las brigadas se veían animadas de la misma moral. El general Villa saludaba a su paso y de las formaciones salía el grito: ¡Viva Villa y la División del Norte! Las brigadas que pasaron revista ese día 18 en Estación Yermo, fueron las siguientes:

Brigada Villa, comandada por el general José E. Rodríguez y los coroneles Andrés U. Vargas, Carlos Almeida y tenientes coroneles Saúl Navarro, Antonio Villa, Santiago Ramírez, y Tomás Rivas ("Chapo" Rivas). Antonio Villa era hermano del general.

Brigada Benito Juárez, de los hermanos, generales Maclovio y Luis Herrera con los coroneles Eulogio Ortiz, Ernesto García, Chapoy y Triana.

Brigada Madero, del coronel Máximo García y los jefes subalternos, tenientes coroneles Benito García, Alejandro Ceniceros, Carlos García Gutiérrez y Juan Pablo Estrada.

Brigada González Ortega, del general Toribio Ortega y Porfirio Ornelas.

Brigada Guadalupe Victoria, del coronel Miguel González, con los jefes subalternos M. N. Montes, Mercedes Luján y Liborio Pedraza, etc. Con esta gente andaban el capitán Francisco Montoya Meléndez y el teniente coronel Fortunato Casavantes.

Brigada Leales de Camargo, del general Rosalío Hernández.

Brigada Zaragoza del general Eugenio Aguirre Benavides y los coroneles Raúl Madero y Julio Piña. Toda esta gente era de la región lagunera

Fracción de la brigada Juárez de Durango, al mando del coronel Manuel Mestas, Jesús Díaz Couder, Pedro Favela, etc.

Brigada Cuauhtémoc del coronel Trinidad Rodríguez, con los jefes subalternos Isaac Arroyo, Rafael Licón, Manuel Tarango, Macedonio Aldama, etc. Esta gente era de la región de Huejotitlán, Chih.

La artillería, con 28 cañones y 300 artilleros, al mando del brigadier Felipe Angeles; coroneles Martiniano Servín y Manuel García Santibáñez, con los mayores Federico Cervantes, Miguel Saavedra Pérez Salinas, José Felipe Martínez, etc.

El cuerpo sanitario al mando del coronel doctor Andrés Villarreal, con muchos doctores, entre ellos Luis García Cardoso, Miguel Silva, Uranga, etc. Este cuerpo fue el mejor de todos los que se organizaron durante la Revolución.

Estos fueron los últimos de los distintos cuerpos a que les pasó revista. La escolta del general Villa se componía de 300 y tantos hombres escogidos. Poco tiempo después se aumentó el número de sus plazas. Más adelante se da una lista de los nombres de estos famosos centauros.

Por fin se da un descanso a la tropa y el general Villa cita a junta de jefes, en la cual, con la mayor sencillez, expone su plan.

La táctica del general Villa se basó siempre en la *Sorpresa y Rapidez de Movimiento.* Sus jefes subalternos aceptaron sin objeción sus planes. Se discutía sí, pero nunca se llegó a exponer una idea que superara al plan del general Villa. Por ejemplo, si el señor general Felipe Angeles, persona muy culta y con una sólida preparación militar, exponía algunas ideas, terminaba por ser el primero en apoyar y en hacer suyo el plan del general Villa. Si el general Angeles era un militar de carrera, el general Villa era un guerrero nato. Además, los federales, a pesar de ser técnicos, fueron en todo tiempo vencidos, y de los encuentros que sostuvieron contra las fuerzas del general Villa, siempre salieron los desdichados con las quijadas bien flojas. Por eso no debe sorprender a nadie el hecho de que aun hoy, a 40 años de distancia, veamos a los adictos al huertismo retorcerse de rabia con sólo oír mencionar el nombre de Francisco Villa.

Las fuerzas de la Federación que se aprestaban a la defensa de la plaza lagunera de Torreón, Coah., eran 12,000 hombres entre soldados de

línea, irregulares, orozquistas y Defensas Sociales, formadas por los adictos del lugar al gobierno de Huerta. Contaban con abundantes elementos de las tres armas y estaban bajo el mando del general José Refugio Velasco, con los generales subalternos, entre otros: Benjamín Argumedo, Eutiquio Munguía, Eduardo Ocaranza, Ricardo Peña y Federico Reyna y varios coroneles, entre ellos Pedro Meraz y J. Perafán, etc., teniendo bien defendidos todos los puntos clave para la defensa de la misma plaza.

El plan del general Villa era muy sencillo: todo se concretaba a la acción. Se decidió, de acuerdo con lo expuesto por el propio general Villa, atacar desde luego las avanzadas de los federales en Mapimí, Bermejillo y Tlahualilo, Dgo. Aniquilarlos o empujarlos hasta encerralos en la plaza de Torreón.

Los trenes de la División del Norte han hecho alto en Estación Yermo. Dgo., de donde se desembarca a la caballada y las tropas de caballería pasan la noche en su campamento, al descubierto.

En torno al carro del cuartel general se mantenía una multitud de jefes y oficiales; muchos de ellos venían a disponibilidad del mencionado cuartel general.

Cuentan los sobrevivientes de aquella jornada: «El general Villa salió de su carro-comedor donde se encontraba con los miembros de su estado mayor, coronel Manuel Madinabeitia, licenciado Luis Aguirre Benavides, Enrique Pérez Rul, Miguel Trillo, Darío W. Silva, Enrique Santos Coy, además del general Angeles y los coroneles Raúl Madero y Roque González Garza que de continuo estaban juntos; monta su caballo que le acababa de traer Andrés L. Farías, junto con el general José E. Rodríguez y Bernardino Salazar, pagador general de la División, y se van a recorrer los campamentos. Una pequeña escolta lo sigue a poca distancia: Son Juan B. Vargas, Gabriel Valdivieso, Chón Murga, Jesús M. Ríos, José Cañedo, Manuel Bracamontes y Nicolás Fernández, entre otros. Llega a un campamento: hace alto, hace preguntas y da instrucciones. Sigue a otro campo; llama al jefe Eugenio Aguirre Benavides, quien informa estar listo, y el general Villa le dice:

»—Necesito que usted salga a las 4 de la mañana y espere órdenes en Tlahualilo.

»Así recorre campo tras campo. Trata de asegurarse de que todo esté listo, que nada haga falta».

Rememora el ex-mayor Juan B. Muñoz: «Cuando llegó a nuestro campamento el general Villa, bajó de su caballo y se acercó a nuestra lumbre donde asábamos carne, y al vernos comer tan a gusto, nos pidió un pedazo. Estábamos el coronel Andrés U. Vargas, el teniente coronel Saúl Navarro,

los capitanes Pancho Portillo y Canuto Pérez y el suscrito. Lugo le dice a Vargas:

»—Mira, compadre, quiero que antes de que entres al combate con toda tu gente, te asegures de que toda jala por parejo. Tú traes mucha gente nueva. Quiero que recuerdes lo que siempre les he dicho, que la gente nueva no toda se resigna voluntariamente a entrar al combate. Hay que ayudarla a entrar en calor, para que tenga ánimo. Te mandaré unos muchachos de mi escolta para que te ayuden y no sufras algún revés. Así, no se te "colgará" gente a la hora de los balazos».

Y luego hizo muchas preguntas a Vargas y a Navarro. Se retiró diciendo:

«—Hasta mañana, Dios mediante, en Santa Clara».

A las 4 de la mañana salió de Conejos, la brigada Villa, al mando de su ameritado jefe, general José E. Rodríguez, yendo en la vanguardia Cruz Domínguez y Macedonio Franco, cuyas fuerzas hicieron contacto con las avanzadas del enemigo, que rápidamente se replegó. Los dragones, tanto de Domínguez como de Franco, le seguían muy de cerca en su retirada hasta llegar a Bermejillo, Dgo., donde los federales de Eutiquio Munguía y los rurales de Benjamín Argumedo ofrecieron fiera resistencia.

Prosigue el ex-mayor Juan B. Muñoz: «Cuando nuestra vanguardia hizo contacto con las avanzadas del enemigo, éstos fueron obligados a retroceder a Bermejillo, y al llegar el grueso de la tropa, nos desplegamos en un arco de círculo y atacamos con la determinación de vencer o morir, tal era la consigna. El enemigo estaba mandado por los valientes generales Benjamín Argumedo y Eutiquio Munguía, con Pedro Rodríguez Triana y Lázaro Alaniz».

A la gente del coronel Andrés U. Vargas cabe el honor de haber sido los primeros en llegar a la estación, gente de Namiquipa y Cruces, Distrito Guerrero, Chih.

«Los rurales al mando de Benjamín Argumedo contratacaron con mucho arrojo y violencia y se entabló encarnizado combate. Entró la gente del teniente coronel Saúl Navarro dando una carga y los rurales de Argumedo abandonaron el campo en precipitada fuga.

»Nunca olvidaremos que en aquella ocasión se distinguió el valiente capitán José Bencomo con sus muchachos de Cruces, municipalidad de Namiquipa, Chih. —continúa Juan B. Muñoz—. Sucedió que José Bencomo hizo alto con sus muchachos en una depresión del terreno, obedeciendo órdenes de Vargas por supuesto, cuando en eso llega el coronel Rodolfo Fierro y desde una distancia de 50 metros y con mucha insolencia, como era su costumbre, les gritó:

»—¿Qué hacen ustedes allí, en esa ratonera, tales por cuales. Afuera de esa ratonera, hijo de...

»—Esperamos órdenes de nuestro jefe —le contestó el capitán José Bencomo. —Y luego agregó—. Bueno, y después de todo, a usted, hijo de la tal por cual, ¿qué explicaciones tenemos que darle?»

»El coronel Rodolfo Fierro clavó las espuelas a su corcel y lo sentó frente a Bencomo. Mientras tanto, el subteniente Tomás Camarena, que estaba a un lado de Bencomo, sacó la pistola y se encaró al coronel Fierro, preguntándole:

«—¿—Qué se le ofrece?»

En aquel instante llegó el coronel Andrés U. Vargas y le grita a Bencomo:

«—¡Ahora, sí, muchachos, arriba!».

Todos salieron y con Vargas a la cabeza cargaron sobre el enemigo. El coronel Fierro se quedó, oyendo que Bencomo le gritaba:

«—Si quiere saber que hacemos, ¡síganos!».

»Esa noche, al llegar al campamento, es decir, al cuartel general que lo acababa de establecer mi general Villa en la hacienda de Santa Clara, le dijo el jefe Villa al coronel Andrés U. Vargas:

«—¿Dónde están el mayor José Bencomo y el teniente Tomás Camarena?»

El coronel Vargas, algo sorprendido, le contestó que José Bencomo era solamente capitán y que en cuanto a Tomás Camarena era subteniente.

«—Bueno —contestó mi general Villa—, pero qué ¿no merecen un ascenso?»

Así fue, aquellos dos paisanos ascendieron al grado inmediato, por su entereza. José Bencomo llegó a teniente coronel y el año de 1916 cayó muerto junto con el coronel Candelario Cervantes, en manos de los soldados de la expedición punitiva. Tomás Camarena llegó a capitán primero y fue a quien le tocó fusilar a los dos americanos en Boca Grande, Chih., el día 8 de marzo de 1916, la víspera del asalto a Columbus, N. M., cayó prisionero del ejército americano y estuvo 5 años en la prisión de Santa Fe, N. M. Su familia aún vive y reside en Gómez Farías, Chih.

Así fue como se fueron formando los hombres que habían de seguir al general Villa en sus más audaces e inigualables hazañas.

«Por otro lado —me cuenta el teniente coronel Reynaldo Mata—, el general Villa dispuso que un escuadrón de la escolta al mando de los hermanos Vargas tomara la vanguardia». Como ya es bien sabido de todos, bajo la férrea disciplina del general Villa, surgió el cuerpo de la escolta como un grupo idóneo y como unidad para el ataque; era ya para aquella fecha la más poderosa de la división. Así que al llegar a Estación Ferrand

los 100 dragones desbarataron en cuestión de minutos a la avanzada federal, que abandonando sus bagajes huyen rumbo a Bermejillo. Luego llegaron los del resto de la escolta y todos los del estado mayor, con el coronel Manuel Madinabeitia y al llegar a Bermejillo, nos encontramos con que la brigada Villa ya había derrotado a los rurales de Benjamín Argumedo y Eutiquio Munguía.

Mientras tanto, la brigada Morelos, que desde el mes de enero, permanecía acantonada en la hacienda de Las Nieves, Dgo., residencia del general Tomás Urbina, recibió orden del cuartel general de incorporarse al grueso de la división en Bermejillo, con la consigna de ocupar la plaza de Mapimí, que estaba guarnecida por los federales de Federico Reina.

El día 19 de marzo al amanecer sale de Las Nieves, la vanguardia bajo el mando del coronel Faustino Borunda y al pasar por el pueblo de Pelayo se incorpora el coronel Mateo Almansa. Prosiguen la marcha hasta el pueblo de Cadena, donde pasan la noche en espera de órdenes. Al siguiente día el coronel Borunda prosigue la marcha con la vanguardia y ocupa Mapimí. Ante la presencia de los revolucionarios, los federales abandonan Mapimí sin presentar combate. Faldeando la sierra se van para Gómez Palacio. Esto sucedió el día 20 de marzo.

Resumiendo:—El mismo día 19 de marzo de 1914 el general Villa mueve el grueso de sus contingentes de Yermo a Estación Conejos. Amaneciendo el día 20 sale la brigada Villa en la vanguardia, rumbo a Bermejillo y la columna que formará la izquierda del avance villista, bajo el mando del general Eugenio Aguirre Benavides parte para Tlahualilo. La columna de Aguirre Benavides se compone de las brigadas Zaragoza, Madero, Guadalupe Victoria y la Cuauhtémoc. Esta última toma la vanguardia y es la primera en hacer contacto con el enemigo que se repliega a Tlahualilo y como los persiguen de cerca, allí se traba un furioso combate. Este fue muy reñido y lo decidió en gran parte la vigorosa acción de los cuatrocientos hombres de que se componía la brigada del valiente, como pocos, coronel Trinidad Rodríguez. Ante el empuje de los revolucionarios, los federales abandonan el campo de batalla y huyen rumbo al sur y se reúnen en Sacramento, donde son reforzados por fuerte auxilio que les mandan de Gómez Palacio, amén del fuerte contingente de irregulares huertistas que comandaba el general Juan Andrew Almazán que procedente de San Pedro de las Colonias, llega a darles oportunamente refuerzo.

*
* *

Volvamos al general Villa.

Eran las tres de la mañana del 21 de marzo cuando el general Villa va de una a otra fogata en el campamento de la escolta. Solo y con su

mirada que todo lo examina, lo indaga y todo lo abarca, va por todo el vivac de sus hombres a los cuales saluda llamándolos por su nombre a cada cual. Toma una taza de café con los oficiales José Corral, José Ruiz Ramón Tarango y Francisco Solís. Dirigiéndose a los oficiales de su escolta, les dice:

«—De nosotros depende en mucho que la causa del pueblo no se pierda. Hagan que el enemigo esté siempre en la mira de sus carabinas, y no lo pierdan de vista».

Ya para retirarse les agrega:

«—A las cuatro y treinta nos vamos para Bermejillo. Pancho alista un escuadrón». Se refería a Pancho Chávez.

Luego se presentó en el campamento del regimiento Onésimo Martínez, de la brigada Villa, que formaba parte de la vanguardia y después de que hizo preguntas y recomendaciones, se llevó a los jefes Andrés U. Vargas y Saúl Navarro para el cuartel general. Es en aquel preciso momento cuando llegan el coronel Antonio Mestas y el mayor Félix Guzmán de la brigada Contreras, llevando a un oficial que acababa de presentarse en una de las avanzadas de dicha brigada. Este oficial había desertado de los federales y era pagador, se llamaba Abdón Pérez. El general Villa lo interrogó mucho y cuando se aseguró que aquel hombre se producía con verdad, le dijo:

«—Lo acepto y, desde hoy, pasa a mi estado mayor».

Pero como allí estaba el coronel Andrés U. Vargas, le dice:

»—Aquí tienes a este oficial; queda a tu cuidado».

Luego el mencionado prisionero nos contó que él sabía de otros oficiales que ya se habían hecho el propósito de desertar de los federales para incorporarse a las filas del general Villa. Que entre los oficiales que sólo esperaban una oportunidad para desertar, estaban José I. Prieto, Pedro Sosa y Santiago Gómez. Y efectivamente esa misma noche se presentaron a un puesto de avanzada el mayor José I. Prieto y el capitán Santiago Gómez (José I. Prieto llegó a general villista y fue jefe de brigadas y, entre paréntesis, es él quien dirigió el ataque de las fuerzas villistas a la plaza de Hermosillo, Son., los primeros días de diciembre de 1915). El otro oficial, Pedro Sosa, desertó y se presentó el día 28. Llegó también a general, pero no en el bando villista donde militó hasta octubre de 1915 en que, con el grado de mayor, se incorporó a las fuerzas del coronel Francisco Serrano, a su paso por la región lagunera, rumbo a Douglas, Ariz., vía Estados Unidos. Es quien descubrió el lugar donde se encontraba el general Francisco Murguía, en Tepehuanes, Dgo., el año de 1922.

Mientras tanto, el general Villa sale de su cuartel general y acompañado de los coroneles Andrés U. Vargas, Saúl Navarro, Rodolfo Fierro y

Manuel Banda, regresa a Bermejillo, seguido del escuadrón de su escolta al mando de Pancho Chávez, donde sostiene una prolongada conferencia con el general Felipe Ángeles, estando presentes los señores doctor Miguel Silva, coroneles Roque González Garza y Manuel Madinabeitia.

En los momentos que el general Angeles sostenía una comunicación telefónica con el general José Refugio Velasco que comandaba las fuerzas federales que defendían Torreón, llegaron a Bermejillo los primeros heridos procedentes de la hacienda de Sacramento, lugar que estaba siendo atacado por las fuerzas de las brigadas: Zaragoza, Madero, Guadalupe Victoria y Cuauhtémoc bajo el comando del valiente general Eugenio Aguirre Benavides.

En aquel momento llega el señor doctor García Cardoso y, personalmente, informa al general Villa que entre los heridos que acababan de llegar procedentes de la hacienda de Sacramento se hallaba el coronel Trinidad Rodríguez. En aquel momento los atendían en uno de los carros del servicio sanitario. Más tarda el general Villa en escuchar tal informe, cuando ya está cerca de Trinidad Rodríguez (su compadre) escuchando con ávida paciencia a "Trini" (como cariñosamente le decía) que le relata las peripecias de la batalla que en aquellos momentos se estaba librando en Sacramento. Junto a ellos permanecía el coronel Antonio Villa, hermano del general y a quien todos querían y llamaban "Toño". El general Villa sentía por "Trini" un afecto casi paternal. Motivos sólidos los ligaban desde años atrás.

Llega el coronel Roque González Garza y juntos regresan a la estación. En aquel momento se acerca un civil, y le muestra un papel al coronel González Garza y éste lo pasa al general Villa quien, con un "está bien", lo aprueba y González Garza le pone el Vo. Bo. El coronel Roque González Garza era el presidente del Consejo de Guerra; pero por orden superior él daba su Visto Bueno a las órdenes de pago para que pudieran ser cobradas. Villa fue siempre muy exigente en cuanto al manejo de los fondos.

El general Villa hace preguntas y da órdenes:

«—¿Cuánto ganado hay para la provisión de las tropas? ¿Qué hay de los forrajes para los caballos?»

Telegráficamente le urge al general Manuel Chao que apure el envío de más reses y caballada que se han de procurar en la región de la sierra de Chihuahua.

Se presentó el general Rosalío Hernández a recibir órdenes. Estas fueron precisas y terminantes:

«—Necesito que la hacienda de Sacramento caiga en nuestro poder. Allá está combatiendo el general Eugenio Aguirre Benavides. Sale usted

inmediatamente a darle una mano a dicho jefe para que desalojen al enemigo de aquel lugar».

Ya estamos por iniciar el ataque sobre Gómez Palacio y Ciudad Lerdo, Dgo.

Dice el mayor Rito E. Rodríguez: «Yo no estuve cerca del coronel Trinidad Rodríguez en el combate de Sacramento, porque por orden de él me quedé al cuidado de su carro y pertenencias en Bermejillo». Al coronel Trinidad Rodríguez lo llevaron herido de una paleta y ese mismo día llevaron también al teniente coronel Isaac Arroyo, herido con un balazo en la boca. Este jefe tenía los dedos de una mano chuecos por efectos de un balazo que le dieron en la batalla de Tierra Blanca, Chih., meses antes.

El mayor Julián Pérez, de Pedernales, Chih., miembro de la escolta del general Villa en aquella fecha, me contó lo siguiente: «Sucedió que al emprender la marcha todas las tropas, de Bermejillo para la hacienda de Santa Clara, lugar donde tenía el general Villa su cuartel general, se quedaron muchos soldados dispersos entre los trenes, con intenciones de no entrar al combate. El general Villa que en todo estaba, ya que nada escapaba a su mirada, hizo que el mayor Miguel Baca Valles y Jesús Ríos ayudados por una fracción de la escolta, le reunieran a todos aquellos rezagados. El general Villa se molestó mucho por aquel acto. Resulta que los mencionados rezagados pasaban de 1,000. Después de que el general Villa los amonestó y les hizo comprender su falta de hombría, todos dieron un paso al frente en señal de obediencia y de estar listos para cumplir con su deber». Con esta gente se formaron los primeros batallones de la segunda brigada Villa y se pusieron a las órdenes del teniente coronel Santiago Ramírez. Posteriormente mandó dicha gente al general Natividad Reza Pérez, que aún vive.

«Cuando nos disponíamos a salir para Santa Clara, llegaron con unos heridos que traían de la hacienda de Sacramento y como el general Villa viera que entre éstos se hallaba el coronel Máximo García, se detuvo y habló con dicho jefe por muy buen rato. Traía un balazo en los riñones. También estaban heridos el teniente coronel Isaac Arroyo y el mayor Macedonio Aldama y el capitán Miguel N. Montes.

»Una vez que el general Villa se hubo enterado de lo que le informaban los heridos, llamó a Miguel Baca Valles y le ordenó que con 30 hombres de la escolta se fuera para Sacramento y ayudara al general Aguirre Benavides. Entre estos 30 hombres me tocó ir a mí —prosigue el mayor Julián Pérez—. Fue la noche del día 21 al 22 de marzo; el mayor Samuel Rodríquez, (Samuelillo hermano de Trinidad) es quien enteró de lo ocurrido».

Tras de haberse batido contra los federales que guarnecían Tlahualilo, la brigada Cuauhtémoc se encarga de la persecución de éstos cuando derro-

tados huyeron rumbo al sur. Pisándoles los talones, los siguen de cerca y a las 6 de la tarde están frente a la hacienda de Sacramento, donde los federales se hacen fuertes. Trinidad Rodríguez a la cabeza de sus tropas, se lanza al ataque, ignorando que ya para esa hora Juan Andrew Almazán se había concentrado en dicho lugar con fuerte contingente de tropas irregulares orozquistas, procedente de San Pedro de las Colonias. Se hacen fuertes en las casas grandes, la iglesia del lugar y la estación.

La brigada Cuauhtémoc había salido ese mismo día amaneciendo, a la vanguardia de las brigadas del general Eugenio Aguirre Benavides y sosteniendo fiero combate en Tlahualilo y después de perseguir a los huertistas hasta Sacramento ya los están atacando a las 6 de la tarde del mismo día —20 de marzo—. La tropa no había probado bocado y había cabalgado durante todo el día. Estaba pues esa gente muy castigada. A la medianoche se retiran de la línea de fuego, para reanudar el ataque amaneciendo el día 21 que es cuando comienza a llegar el grueso de las brigadas. Es precisamente en el combate que se registra esta mañana cuando caen los heridos que llevaron a Bermejillo. Trinidad camina de un lado para otro de la línea de fuego, alentando a sus compañeros, cuando una bala lo detiene. Sus soldados lo rodean y lo sacan fuera del peligro.

Herido Trinidad Rodríguez y su segundo el teniente coronel Isaac Arroyo, queda al frente de la brigada el valiente Samuel Rodríguez, con la eficaz ayuda de los mayores Manuel Tarango, Juan Pedroza y Rafael Licón.

Esta brigada tenía a un lado a la brigada Guadalupe Victoria comandada por el coronel Miguel González, Rafael Castro, Mercedes Luján, Domingo Gamboa y Miguel N. Montes.

Aquí formó durante esta batalla el joven capitán Francisco Montoya Meléndez. Para los amantes de la historia, será importante conocer y recordar los nombres de los que aquí cito; porque son, unos primero y otros después, de quienes el general Villa se valdrá y hará acompañar en sus audaces hazañas militares.

En otro lado de esta gente estaba la brigada Madero que por haber sido herido su jefe, el coronel Máximo García, ese día 21 de marzo al mediodía, la comanda su hermano el teniente coronel Benito García con el también teniente coronel Alejandro Ceniceros, Juan Pablo Estrada y Carlos García Gutiérrez. Los capitanes que mandaron los escuadrones de esta brigada en este combate fueron los capitanes primeros Juan Madrid, Mario Salazar, José B. García, Alberto Carbajal y Aureliano Rodríguez. De éstos, José B. García llegó a general y fue uno de los jefes que acompañó al general Villa hasta el último momento.

«Al lado del general Eugenio Aguirre Benavides estuvo el coronel Raúl Madero, Coronel Toribio V. de los Santos, coronel Julio Piña, entre otros», termina el relato del mayor Julián Pérez.

Este jefe fue de los hombres de confianza del general Villa, pero en 1917 lo traicionó y se pasó al enemigo en la hacienda de Rubio, Chih., como más adelante lo veremos. Cuando él me hizo este relato fue el año de 1954, y por respeto no me atreví a preguntarle cuáles habían sido los motivos que lo obligaron a separarse del general Villa.

El jefe Reinaldo Mata me confirmó lo anterior, dándolo por absolutamente cierto.

Se combatió durante todo el día 21 sin lograr resultados decisivos y si los federales se mantuvieron durante ese día y la noche, fue gracias a los refuerzos que estuvieron recibiendo y que el coronel Toribio V. de los Santos no logró impedir que les llegaran de Gómez Palacio; pues a éste jefe se comisionó para que con su gente "retaguardiara" al enemigo.

Se siguió combatiendo muy duro y los federales se mantenían en sus reductos a pesar del arrojo con que los villistas los atacaban. Ya para aquella hora funcionaba con eficacia la artillería villista.

Dice el general Andrew Almazán, refiriéndose a esta batalla: «En Sacramento, algo más de trescientos hombres con que organizábamos nuestras defensas en tinieblas, resistimos el ataque de 5,000.

Resumiendo: «Nos atacaron infructuosamente en Sacramento, dos mil quinientos hombres de Aguirre Benavides; dos mil de Rosalío Hernández y más de quinientos regionales del coronel Toribio V. de los Santos; total más de 5,000 hombres contra algo más de trescientos con que improvisamos nuestras defensas en las tinieblas». Efectivamente, no es exagerado el número de trescientas bajas que nos atribuye González Garza, porque prácticamente los que no morimos de los nuestros, quedamos heridos.

»Dije que el alma de los ataques a Tlahualilo y a Sacramento era la brigada Cuauhtémoc, como que en esas acciones, entre las muchísimas bajas que la diezmaron, se contaron su jefe Trinidad Rodríguez; su segundo, teniente coronel Isaac Arroyo, y el mayor de la misma Macedonio Aldama».

Contrariando la afirmación del general Juan Andrew Almazán, diré que los acontecimientos se desarrollaron de una manera muy distinta. Por ejemplo, los federales fueron atacados a las 6 de la tarde del día 20 por la gente de la brigada Cuauhtémoc, la cual se componía de 400 hombres. Ahora bien si éstos se replegaron después de haber combatido hasta la medianoche, se debió a que tenían vacías sus cartucheras. No fue sino hasta el día 21 al aclarar, cuando comenzaron a llegar las demás brigadas y después de que se municionó la tropa se reinició el combate. Nuevamente es la brigada Cuauhtémoc la primera en entrar a la batalla junto con la brigada Madero,

cuyos efectivos eran 400 hombres. Total, Sacramento estaba siendo atacado por 800 soldados villistas durante la mañana del día 21 de marzo.

Además, si la brigada Cuauhtémoc había sido la más castigada —según las palabras de su propio jefe, coronel Trinidad Rodríguez—, se debió a que como ya lo hemos dicho, cabalgó desde el amanecer del día 20 y yendo en la vanguardia desde que salieron de Estación Conejos, fue la que mayor participación tuvo en el combate de Tlahualilo y, sin haber descansado, siguió la marcha en persecución de los derrotados huertistas, a los cuales los comenzó a combatir de nuevo a las 6 de la tarde del mismo día 20, por 6 horas consecutivas, sin que los soldados hubieran probado alimentos y sin municiones, se replegaron a la medianoche. A eso se debió el castigo a que se refería el coronel Trinidad Rodríguez y no al genio de don Juan Andrew Almazán. ¿Pruebas? Abundan los testimonios de testigos oculares de esa batalla.

Fue el día 21 después de mediodía o poco antes, cuando llegó la brigada Leales de Camargo, compuesta por 600 hombres. Total: las fuerzas que bajo el mando del valiente general Eugenio Aguirre Benavides atacaron Sacramento, fueron en número, más o menos exacto, las siguientes:

Brigada	Zaragoza con	1,500	hombres.
id.	Guadalupe Victoria	500	id.
id.	Cuauhtémoc	400	id.
id.	Madero	400	id.
id.	Leales de Camargo	600	id.

3,400 hombres en conjunto y no 5,000 como lo asienta nuestro distinguido general Juan Andrew Almazán, que mintiendo a la historia, trata de crearse prestigio a costa de denigrar a los constitucionalistas.

La verdad es que si los huertistas se sostuvieron en Sacramento, se debió a los continuos y poderosos refuerzos que estuvieron recibiendo de Torreón.

Solamente el último de los refuerzos que recibieron consistió de 1,000 hombres.

Es de suponerse que el "Chacal" Victoriano Huerta debe haber estado furioso con los nuevos triunfos de los constitucionalistas y decidido a detener a Francisco Villa en su avance, máxime que como de costumbre, se hallaba bajo la influencia del alcohol y de su cigarrito. De ahí que los defensores de Sacramento hayan recibido órdenes de sostenerse a toda costa en sus posiciones frente a los revolucionarios del general Villa. Así lo quería el asqueroso "Chacal".

Sin embargo, el día 22, poco después de mediodía huyen los federales: aprovechando una fuerte tolvanera que se levantó, abandonan sus posiciones dejando cerca de 300 muertos y heridos. En aquel momento se pasa al

bando villista un grupo de 40 soldados federales, bien montados, armados y con todos sus pertrechos. Lo anterior demuestra que la situación de los huertistas no era tan desahogada en aquellos momentos en Sacramento, como lo cuenta el general Almazán.

En su fuga, los federales reciben un fuerte auxilio y tratan de resistir en Porvenir, punto cercano a Gómez Palacio y Torreón. Allí son derrotados y obligados a dejar en poder de los constitucionalistas tres trenes con abundantes provisiones de boca y algunos prisioneros. De este lugar sale el coronel Toribio V. de los Santos con la orden de destruir la vía férrea entre Jamenson y San Pedro de las Colonias.

Las pérdidas de los villistas fueron 50 muertos y 75 heridos. Lo que demuestra que a pesar de la jactancia del general Almazán, entre los villistas no estaban cayendo los muertos a montones. Ahora, si los principales jefes de las brigadas Madero y Cuauhtémoc salieron heridos de dicha batalla, es que éstos se hallaban siempre en la primera línea de fuego y no tomando la copa como el distinguido defensor del "Chacal" Victoriano Huerta acostumbraba hacerlo según sus propias palabras.

Así concluyó la batalla de Sacramento, donde tan infructuosamente trataron los *pelones* de sostenerse.

Una vez más, los huertistas daban la espalda ante el grito de guerra: ¡Viva Villa!

No tengo ni el mínimo deseo de seguir ocupándome del general Juan Andrew Almazán; sólo diré que la opinión general entre mis paisanos chihuahuenses, es de que el general Juan Andrew Almazán es un derrotado, a quien el complejo de la derrota tortura de contínuo.

Nosotros, los mexicanos, hombres del pueblo, sabemos que el general Almazán tiene mucho dinero para repartir entre los escritores conservadores y malvados para que escriban desprestigiando a los revolucionarios, y sabemos que con esto sólo logrará hacer ruido sin que él, Juan Andrew Almazán, adquiera ninguna fuerza ante la opinión del verdadero pueblo, porque la fuerza y el ruido no son idénticos. Tal vez, algunos de los hombres que tratan de denigrar la Revolución sean hombres grandes por sus muchos millones de pesos y dólares que poseen en los bancos. Pero en lo personal, son hombres grandes sin grandeza. ¡Allá ellos! Los hombres valen por lo que hacen y no por lo que dicen.

«Así se estaban desarrollando los acontecimientos —rememora el mayor Juan B. Muñoz—. Es decir, mientras en Sacramento y Porvenir eran los federales atacados y derrotados, mi general Villa —impaciente—, se aprestaba para iniciar el ataque a Gómez Palacio, donde tenía su cuartel general el general federal José Refugio Velasco. Estamos acampados en la hacienda de Santa Clara. Era el día 22 de marzo cuando pasado el mediodía llegó

el general José E. Rodríguez, con los coroneles Anacleto Girón. Andrés U. Vargas y Pablo C. Seáñez. Estando en el puesto de mando me pude dar cuenta de que en Bermejillo se habían quedado el día anterior no menos de 1,000 rezagados o marrulleros; de lo cual se había enterado el general Villa, causándole muy mala impresión aquella falta de sentido de responsabilidad. Bien, pues a ese hecho se debió que desde esa fecha se comenzaron a destacar Enrique Banda, José Cañedo, Carmen Delgado, Jesús Ríos, Roberto Frías, y muchos otros, sobre todo Miguel Baca Valles. Banda y José Cañedo, que desde luego dieron muestras de tener un apetito de orangután.

»De ahí que al salir de Santa Clara, viéramos pasar una fracción de los futuros *Dorados* de mi general Villa con el capitán José Cañedo. Estos iban con la consigna de hacer entrar en combate a los *marrulleros*.

»El coronel Andrés U. Vargas, que sentía por el general Villa un afecto de hermano, amén de ser su compadre y conocido de él desde el año de 1902, nos reunió a todos los oficiales y en presencia del teniente coronel Saúl Navarro, nos habló más o menos con las siguientes palabras: "El general Villa ha puesto sus ojos en nosotros que somos sus viejos compañeros. Nadie nos obligó a darnos de alta con él y nadie nos ha puesto un puñal en el pecho para que estemos aquí con él. Así que vamos a cumplir con nuestro deber para ser dignos de la confianza de Pancho Villa».

Dios gracias, entre nuestra tropa no hubo *marrulleros*. Todos eran hombres del tipo mestizo, serios, formales, dignos de las grandes causas.

A este capitán José Cañedo es a quien le ha de tocar ser el jefe del pelotón que estuvo a punto de fusilar al general Obregón, en la ciudad de Chihuahua.

Serían las tres de la tarde de aquel día memorable —22 de marzo—, cuando la gente de Namiquipa que en aquellos momentos comandaba el teniente coronel Saúl Navarro, salía del campamento de Santa Clara y poco después tomaba su puesto en la formación de combate que se iba acercando a Gómez Palacio. Eran tropas de la brigada Villa que comandaba el joven y temerario general José E. Rodríguez.

Como a unas tres leguas de Gómez Palacio, se reunieron los exploradores con las fuerzas de las brigadas Villa y Juárez, de Durango. Por ellos se tuvo conocimiento de las posiciones que ocupaba el enemigo. Con los exploradores se hallaban los oficiales Pablo Medrano, Lucio Contreras (sobrino de Eladio Contreras) y Pablo Alvarado. El general José E. Rodríguez, acompañado del coronel Rivas, recorrió la línea de su brigada que avanzaba en línea de tiradores en una extensión como de dos y medio kilómetros, haciendo contacto en su extremo izquierdo con la gente de la Juárez de Durango, que en aquella ocasión mandaban el coronel Manuel Mestas, Dio-

nisio Triana, Eladio Contreras y Maclovio Sánchez. Este último iba junto al regimiento Onésimo Martínez de la brigada Villa, y le seguía al lado derecho, el regimiento del bravo coronel Andrés U. Vargas.

Como a las seis de la tarde comenzaron a gritar los soldados: "¡Allá está el enemigo!" Comenzó la artillería enemiga a dejar oír su voz ronca y los villistas avanzan al trote de sus caballos, luego al galope y, por último, a toda rienda. Cuando el clarín de la gente de Andrés U. Vargas tocó "ataque", ya los soldados se habían lanzado a una señal del temerario Pablo C. Seáñez.

El fuego enemigo fue muy nutrido. Los villistas llegaron hasta las primeras casas de Gómez Palacio. Movidos por el ardor del entusiasmo, hicieron a punta de balas, salir a los huertistas de sus posiciones. Junto al jefe Andrés U. Vargas iba el capitán Carmen Ortiz, de la escolta del general Villa, cuando, en el preciso momento que se les incorpora el teniente coronel Saúl Navarro, estalla una granada enemiga y caen heridos Saúl Navarro y Carmen Ortiz, (de Namiquipa). Andrés U. Vargas le decía al general José E. Rodríguez que la tropa no había esperado órdenes.

Aquí cabe preguntar: ¿Pues no dicen los defensores del "Chacal" Victoriano Huerta que, con la tardanza que sufrieron los revolucionarios en Sacramento, se habían sentido deprimidos? Esa es una de las muchas mentiras de que se valen los huertistas para darse importancia. Los revolucionarios, movidos por el ardor del entusiasmo de un pueblo en arrebato de libertad, pudieron haber cometido errores, tácticos y estratégicos, por desconocer la técnica de la guerra, esto es lógico. Sin embargo, sus actos iban dando resultados concretos, pues los federales perdieron desde el primer momento varias posiciones y sufrieron sensibles pérdidas en hombres. ¿Qué no? «Nosotros hallamos muchos federales muertos en sus fortificaciones», rememoran los centauros sobrevivientes

La orden era la de encadenar la caballada dejando un soldado por cada seis caballos y avanzar pie a tierra; pero en cuanto se oyó el grito de: "¡allá está el enemigo!", salió al frente el coronel Pablo C. Seáñez, con un grupo de oficiales que le acompañaban; haciendo una señal, clavaron las espuelas a sus corceles y se lanzaron al galope sobre el enemigo. En cuestión de segundos ya los soldados de todo el frente sin esperar órdenes, se habían lanzado al asalto. A pesar de que el avance de los villistas fue en campo abierto, no sufrieron muchas bajas a causa del fuego de la artillería. Las ametralladoras que el enemigo tenía emplazadas en la Casa Redonda y el Panteón, fueron las que causaron muchas bajas entre las filas de los revolucionarios. Dos oleadas de dragones llegaron hasta escasos diez metros de las claraboyas de los federales en el Panteón. Fue lá gente de San Andrés,

Satevó, y Ciénaga de Ortiz. La mandaba Javier Hernández, revolucionario de 1910, al mando de Villa.

«—Fue un milagro —dice el ex-mayor Juan B. Muñoz, que habiendo estado frente al enemigo aquella tarde al oscurecer del día 22 de marzo, en medio de una granizada de balas y no haber sacado más que un simple rozón en la muñeca de la mano derecha.

»Ya de noche nos fuimos metiendo y ocupamos las primeras casas de Gómez Palacio. El jefe Vargas, irritado por nuestra imprudencia, ordenó retroceder. Nos revolvimos en la oscuridad y de buenas a primeras nos topamos con sus oficiales que resultaron ser de la gente del coronel Juan Palma, que también andaban como quien dice, perdidos, desempeñando su comisión.

»El coronel Andrés U. Vargas, hombre entre los hombres de mucha ley, se irritaba sobremanera por el hecho que nuestras "bombas de dinamita" no explotaban. En la madrugada se "reparquéo" a la tropa. Se les dio el parque en morrales de lona, que el propio Vargas gestionó.

»De la Casa Redonda hacían un fuego infernal y los bravos soldados del coronel Eladio Contreras y Manuel Mestas se aferraban contrastando el fuego federal.

»Sería en la madrugada cuando el general José E. Rodríguez llegó al puesto de mando del regimiento acompañado del coronel Rivas y manifestó estar apenado porque el general Villa se había molestado mucho por la forma en que habíamos asaltado las posiciones del enemigo.

»—Tenemos que retroceder para que nuestra artillería bombardee las posiciones enemigas —ordenó, y se apartó del grupo con Vargas y Javier Hernández. Había disparado tanto su pistola el general Rodríguez que sólo le quedaban 7 cartuchos. Tras de abandonar el puesto de mando comenzaron a caer granadas a corta distancia. En una acequia se habían reunido muchos heridos a los cuales tuvimos que sacar a retaguardia en medio del fuego enemigo.

»Nuestra gente, es decir, la gente del coronel Andrés U. Vargas, abandonó sus posiciones y se retiró con orden de descansar en el campamento, donde ya se habían matado muchas reses y desde luego se nos repartió carne. El combate siguió con mucha furia».

Se pasó lista y faltaron 35 hombres. Entre los heridos estaban el capitán Carmen Delgado, el teniente Roberto Frías (estos dos oficiales son de los que acompañaron al general Villa hasta el fin) y el capitán José Almeida, de Bachíniva, Chih.

Entre tanto la plaza de Gómez Palacio estaba siendo atacada vigorosamente por el norte, es decir, por la vía del ferrocarril, por la infantería con la cual se habría de formar la segunda brigada Villa y que la

comandaba el valiente teniente coronel Santiago Ramírez. Entre los oficiales de esta gente iban en esa acción, José María Jaurieta, Leobardo Alvarez, los hermanos Oaxaca (hijos de la dueña de la casa de huéspedes Oaxaca tan conocida en la ciudad de Chihuahua). Detrás de estas tropas iba la artillería al mando del general Ángeles y el cuartel general.

Por el lado poniente atacaban con no menos arrojo las fuerzas de las brigadas Benito Juárez, del sordo general Maclovio Herrera, y González Ortega, del general Toribio Ortega.

Dos regimientos de la brigada de Maclovio Herrera, mandados uno por el coronel Eulogio Ortiz y el otro por el teniente coronel José Borunda avanzaron tanto que se vieron seriamente comprometidos y casi fueron destrozados. El propio general Herrera con su escolta y oficiales de su estado mayor tuvo que ir a dar ayuda a Ortiz y a Borunda para que no fueran aniquilados. Salieron heridos: José Martín Valles, Pascual de Anda (el primero de Camargo y el segundo de Jiménez, Chih.) y muchos otros; hasta el propio coronel Triana, José Borunda y un primo hermano de los Herrera, Apolonio Cano.

«A la mañana siguiente, 23 de marzo, el general Villa dispuso que el general Maclovio Herrera atacara Ciudad Lerdo, que quedaba a la derecha del extremo de la línea de ataque de las fuerzas de Ortega, que era la gente de Cuchillo Parado, San Carlos, Santa Elena y Ojinaga, Chih. Con los jefes Porfirio Ornelas, Isidro Chavira, José San Román, Canuto Leyva y J. Terrazas, con los dos hermanos Machuca, de Barrancos de Guadalupe, Chih.» —recuerda vivamente los detalles de esta acción sangrienta este soldado Martín Rivera, fue posteriormente miembro de la escolta del general Villa y es de los que nunca abandonaron a su famoso jefe.

Reforzado el general Maclovio Herrera con nuevos elementos, se dispone al ataque de Ciudad Lerdo. Las tropas que se destinan para esta acción son mandadas directamente por los coroneles Porfirio Ornelas (segundo del general Toribio Ortega), Eulogio Ortiz, que manda uno de los regimientos de la brigada Juárez, el coronel Fernando Reyes, a quien se le dio el mando de un regimiento para esta batalla; el teniente coronel José Borunda, comandante de otro regimiento de la brigada Juárez. La escolta de Maclovio Herrera la mandaba en aquella ocasión el mayor Ernesto García. También tomó parte en dicha acción el coronel Angel Ocón.

Encadenaron la caballada al pie del cerro de San Ignacio y en línea de tiradores se fueron acercando a las posiciones del enemigo. Pero los federales salieron al encuentro resueltos a detener a los revolucionarios y flanqueándolos trataban de envolverlos. El general Villa, que seguido de su escolta hacía un recorrido de inspección en el lugar que el general Angeles emplazaba su artillería, al ver que la situación era seriamente com-

prometida para el general Herrera, al frente de su escolta dio una carga de caballería derrotando a los huertistas que, espantados, huyeron dejando muertos, heridos y prisioneros. Por los prisioneros se supo que al retirarse en precipitada fuga, se habían llevado mortalmente herido al coronel Federico Reyna.

La escolta del general Villa la mandaba en aquella ocasión el mayor Jesús María Ríos, de Bachíniva, distrito de Guerrero, Chih., que aún vive para contarnos los hechos de aquella lucha. Vive también el valiente centauro Celso Apodaca, de Namiquipa, que formaba en la famosa escolta.

La sola presencia del general Villa bastó para que los soldados se lanzaran sobre los federales, pues entre la tropa, tenía un efecto tonificante que levantaba la moral y aún los soldados más prudentes se tornaban agresivos en cuanto estaban cerca de Villa. Cuando los soldados de Maclovio Herrera vieron a los de la escolta con el general Villa pasar cerca, todos a una voz aclamaron gritando: "¡Viva Villa!" Al caer la noche, los suburbios de Lerdo ya estaban en poder de los constitucionalistas. Serían las 8 de la noche cuando se dio la orden de lanzarse al asalto. Y la plaza cayó en poder de Villa. Luego se estableció el servicio de vigilancia. Una patrulla estuvo al mando del mayor Manuel Bracamontes. Se nombraron las fajinas para recoger los muertos; éstos fueron muchos por ambos bandos. *Aunque a los huertistas les arda y les arde todavía: Villa iba destruyendo al enemigo del pueblo mexicano.*

En el puesto de mando de la División que en aquellos momentos estaba establecido en El Vergel, se reunieron todos los generales y jefes con mando de tropas. Hasta aquel momento, día 24, todas las brigadas habían tomado participación en la lucha con notable vigor; pero a pesar de ello, todos se encontraban listos, pese al cansancio, para entrar en acción. Por otro lado, en el campamento se habían estado reconcentrando nuevos elementos que aun no habían tomado parte en los combates.

«—No quiero nada con tropas cansadas —les decía el general Villa a sus jefes.

»—¿Cómo andas de *marrulleros*? —preguntó el general Villa a Andrés U. Vargas».

Entre los serranos chihuahuenses no hubo de esos.

Palabras del señor coronel José María Jaurieta son estas: «Desde el año de 1914, pude darme cuenta cabal de que el general Villa era uno de los más grandes conductores de hombres que hemos conocido. Su sicología ofrecía un amplísimo campo para el estudio. Por ejemplo: recuerdo, cómo se comportaba mi general Villa ante los generales que se hallaban bajo su mando durante el ataque a la plaza de Torreón, Coah.; el día 24 de marzo, el general Villa cita a sus generales a junta, para

discutir la situación. El general Villa comienza por hacerles ver que el enemigo es fuerte, que sus fortificaciones son poderosas y sus armamentos de calidad superior. La voz de mi general Villa, que era voz de mando, su inteligencia penetrante, amén de su poderoso don de persuasión, hacían de él un conductor de hombres formidable. Ponía su mirada resuelta en los ojos de la persona que tenía enfrente y sin pestañear hacía preguntas o daba explicación sobre los acontecimientos y luego daba órdenes. Estas observaciones hacía yo en aquellos días en que estábamos frente al enemigo en Gómez Palacio. Dada mi condición de oficial ayudante, desempeñé algunas comisiones ordenadas directamente por mi general Villa y por lo tanto, tuve la oportunidad de estar cerca de él. Desde nuestro avance de Bermejillo, estuve comisionado con el teniente coronel Santiago Ramírez, durante los días del 21 al 24 que pasé comisionado a la brigada Benito Juárez con el coronel Eulogio Ortiz —durante el combate de ese día y durante la noche del ataque al Cerro de la Pila. También el capitán Pablo Martínez y el mayor Pedro Luján y el mayor J. de la Luz Vázquez estuvieron en esa acción con el famoso *Güero* Ortiz. El general Villa tuvo conocimiento de que al coronel Ortiz le intrigaba con la tropa el mayor Pedro Sosa y que había algunos oficiales, entre ellos el capitán Miguel Orozco, que no obedecían órdenes de Ortiz. Pudimos comprobar que la mala voluntad de los Herrera contra el coronel Eulogio Ortiz se debía a la amistad que éste tenía con el general Manuel Chao, a quien los Herrera odiaban. Este incidente es de tomarse muy en cuenta si se consideran las intrigas que se desataron en contra del general Villa días después de la batalla de Torreón».

El ataque al cerro de la Pila

Entre 8.30 y 9 de la noche, 500 hombres de la brigada Benito Juárez del general Herrera, 1,000 hombres de la brigada Villa del general José E. Rodríguez con los jefes Andrés U. Vargas y Pablo Seáñez, y 1,000 hombres de la brigada Morelos del general Tomás Urbina, se desplazaron en línea de combate a través de la llanura, acercándose al enemigo que fortificado en tres posiciones formidables en la cresta del cerro de la Pila los abatía con fuego terrible y decidido a retener sus magníficas fortificaciones.

Veamos lo que de esta batalla cuentan los sobrevivientes: Juan B. Muñoz capitán primero, ayudante en esa ocasión del coronel Andrés U. Vargas. Fue uno de los hombres que hicieron posible aquella victoria y que aún vive para relatarnos lo que él vio.

«A las 8.45 de la tarde comenzamos a ser municionados y desde luego nos fuimos acercando a tomar nuestro puesto antes de entrar a la llanura, pues para llegar a las estribaciones del cerro de la Pila, hay que salvar una regular distancia por puro llano. A nuestra derecha iba la gente del general Tomás Urbina y en la extrema derecha la gente del general Herrera. La gente de nuestra brigada iba bajo el mando directo de nuestro jefe José E. Rodríguez; pero los soldados fueron mandados en el combate por los jefes Andrés U. Vargas, Pablo C. Seáñez, Nicolás Fernández, Javier Hernández y entre los oficiales iban Pedro Luján, Carmen Ortiz (herido, con una oreja atravesada) José Barrios, José Sosa, Francisco Portillo (de Jiménez, Chih.), iban también los oficiales Loyo y Munguía (de los cuales no recuerdo sus primeros nombres) había naturalmente muchos más jefes y oficiales; pero éstos que menciono, son los que a mí me consta por haberlo visto.

»De nuestra gente se formó la primera línea de tiradores compuesta por cien hombres al mando de Javier Hernández, bien espaciados y avanzaron resueltos. En la misma forma avanzaba la primera línea de la gente del general Urbina. A estas líneas de tiradores es a lo que generalmente se le llama "oleadas".

»Tras la primera "oleada" siguió la segunda y la tercera, conservando una distancia entre una y otra como de unos trescientos metros.

»Cuantos heridos iban cayendo eran recogidos inmediatamente por los ayudantes del servicio sanitario de nuestra división. ¡Qué valientes y cumplidos eran esos ayudantes! Muchos de ellos cayeron y tuvieron que ser sacados en sus propias camillas.

»El resplandor de los fogonazos de los cañones en el Cerro de la Pila iluminaba las posiciones del enemigo».

«Nada podrá darnos una idea más próxima a la realidad, que nosotros vimos con nuestros ojos, que lo dicho por el general Villa y ahora recientemente, por el general Roque González Garza —destacado jefe villista:

«La derecha, mandada por los generales José Rodríguez, Urbina y Herrera, asalta vigorosamente el cerro de la Pila, arrebatando a los enemigos dos de las cinco posiciones artilladas que tenían en lo alto de dicho cerro. Luego la extrema derecha, al mando de Herrera, se apodera de la parte comprendida entre Gómez Palacio y Ciudad Lerdo, de donde huye el enemigo, reconcentrándose en Gómez Palacio. El centro, lo forman las brigadas González Ortega y Guadalupe Victoria que se batieron bizarramente teniendo un efectivo como de 2,400 hombres. Desgraciadamente, el ataque no tuvo el resultado apetecido, debido a que el ala izquierda no entró en acción hasta la 1 a. m. Formaron el ala izquierda las brigadas Hernández y Zaragoza. Se debió esto a que por no perder el contacto avanzaron con

suma lentitud; así es que a la una de la mañana que se lanzaron al asalto, ya las fuerzas de la derecha estaban rendidas de fatiga, y no pudieron secundar aquel empuje vigoroso de la izquierda. Fue realmente notable el ardor con que se batieron estas últimas fuerzas de la derecha, al comenzar la noche; y también fue digno de llamar la atención el movimiento que hizo la artillería recorriendo un gran arco frente al cerro de la Pila.

»Imponente y aterrador es el espectáculo del asalto por nuestros soldados al cerro de la Pila. Empezó a las 8:45 de la noche. Apenas se había iniciado, y ya era ensordecedor el estrépito de la fusilería, de los gruesos cañones, de las terribles bombas de dinamita y de las mortíferas ametralladoras. El ruido producido podría compararse con el del mar embravecido o del furioso torrente que se despeña sobre las rocas, sacando los árboles de cuajo. Ni un solo momento, mientras duró el asalto, pudo reinar la obscuridad en el cerro, pues que en todo instante lo iluminaban siniestramente los fogonazos de aquellos luchadores estoicos y bravíos. Y la columna asaltante, primero en la llanura, muy presto en la falda del cerro, luego en la mitad, por fin en lo alto, avanza arrolladora e incontenible, por más que fuera impetuosa y desesperada la defensa. Y a la hora justa en que comenzaron el asalto, las fuerzas constitucionalistas coronaban el cerro, tan vigorosamente disputado por los contendientes. Y entonces, ya en la cumbre, vinieron a registrarse actos de supremo denuedo, acciones que escapan a la observación más minuciosa; pero que deben consignarse para ejemplo de los que nos sucedan. Entre otros, hemos visto a los constitucionalistas, llegar hasta el pie de los reductos, meter la boca del fusil por las aspilleras, disparar hacia adentro, desafiando el fuego certero y mortífero de los defensores. Un soldado de nuestras fuerzas pudo meter la mano por la aspillera, coger la boca de un fusil enemigo y arrebatarlo vigorosamente, dejando inerme a su contrario. Dentro del fortín, certeramente cañoneado por el coronel Santibáñez, soldados federales y un oficial, murieron los soldados a mano de los nuestros y apenas si el oficial, fingiéndose muerto, pudo escapar con vida trabajosamente. Los doce hombres a que nos referimos se metieron dentro del fortín cuando ya no les fue posible salir huyendo en compañía de otros federales que antes habían defendido las posiciones. En este asalto terrible y magnífico perdió la vida el general Ricardo Peña y salió herido el general Eduardo Ocaranza. En concepto de los que esto escriben, el asalto al cerro de la Pila es la más grande de las acciones de guerra que se registraron en nuestra historia revolucionaria a partir de 1910. Dos mil hombres atacan un cerro no más largo que un kilómetro, con una inclinación de 30 grados, perfectamente fortificado en su cumbre y falda y defendido por más de 500 hombres, 4 cañones, 8 ametralladoras y sostenido por el fuerte de Santa Rosa y las baterías de Gómez Palacio.

»El enemigo, comprendiendo que si los constitucionalistas logran apoderarse de los tres fortines restantes del cerro de la Pila aniquilarían a las fuerzas que se hallan dentro de la ciudad, emprenden un contraataque vigoroso sobre las dos fortificaciones perdidas la noche anterior; después de un rudo combate se apoderan de ellas perdiendo muchos hombres. Las escenas de la noche anterior se repiten a la vista de todos. Los constitucionalistas se ven obligados a abandonar las mencionadas posiciones en vista de la superioridad numérica del enemigo y para evitar un flanqueo que podría serles fatal».

Afirma el general Adolfo Terrones Benítez que, el plan que se tenía preparado para dar el asalto definitivo a la plaza de Gómez Palacio, para el día 26 de marzo en la noche, no se pudo llevar a la práctica, porque efectivamente, el alto mando se durmió en sus laureles; puesto que el enemigo se dio cuenta de los preparativos, por haberse hecho éstos a la vista y frente a sus posiciones; por eso el general Velasco, viejo zorro, considerándose perdido, no tuvo más que planear la evacuación de sus tropas en forma relámpago, y sin ningún aviso preventivo a sus subordinados; por lo tanto, pensó que ejecutando un alarde temerario de fuerza de caballería frente al enemigo, llamaría poderosamente la atención de nuestros altos jefes; y así sucedió, puesto que la retaguardia, formada por todos sus contingentes de dragones, al mando de los generales Almazán, Argumedo y otro jefes, se desplazaron sobre nuestras líneas de fuego, como con intenciones de atacar, pero sólo ejecutaron una especie de finta; porque efectivamente llevaban órdenes de retroceder, y en caso de ataque, defenderse en retirada, protegiendo únicamente la referida evacuación.

Sucedió, que dicho día 26 de marzo como a las cuatro de la tarde, los federales trataron de atacar las posiciones de los constitucionalistas y hacen avanzar su caballería hasta una distancia de unos 800 metros. El general Villa observa aquel movimiento y ordena que no se haga fuego hasta ver qué es lo que pretenden, y con sorpresa ve que la caballería regresa al centro de la ciudad de Gómez Palacio. El fuego ha cesado y en el cerro de la Pila no se nota ningún movimiento.

Prosigue el mayor Muñoz: «Ocupamos aquellas dos fortificaciones de ese mentado cerro de la Pila a sangre y fuego, y vimos caer muchos compañeros, unos heridos y otros muertos; de la gente nuestra, solamente de la región de Namiquipa y Cruces faltaron 26 cuando se pasó lista en el campamento. Muchos de éstos, sanaron pronto de sus heridas y pasaron a formar parte de la escolta del general Villa, como Carmen Delgado, Faustino Heras, Refugio Aviña, Celso Apodaca y Carmen Ortiz, herido por segunda vez en 6 días de lucha». (Este namiquipense dijo en esa ocasión, que la bala que lo había de matar no la fabricaban todavía, como si presintiera que el destino tenía para él otro epílogo; pues el día 12 de junio

de 1916, sería colgado públicamente frente al palacio municipal de Deming, N. M. Estados Unidos, por haber sido de los que atacaron Columbus).

A la brigada Villa se le dio un descanso de cuatro horas, y a las 3:30 todos los efectivos de esta gente pasaron a ocupar el puesto que se les señaló, de acuerdo con el plan que se resolvió ponerse en práctica para el asalto definitivo esa noche. Serían las cuatro de la tarde cuando se escucho un grito de las patrullas: ¡El enemigo avanza! Efectivamente, se vio cómo una fuerza de caballería salía aparentemente resuelta al asalto de nuestras posiciones. Cuando estuvo a tiro de fusil, hizo alto, y regresó para el centro de la ciudad. Nosotros esperábamos la orden de ataque —rememoran Juan B. Muñoz y Martín D. Rivera— cuando se ordenó avanzar con cautela, porque no se notaban movimientos del enemigo. La orden de avanzar la corrió el mayor Juan B. Vargas, y cayó la noche; sin aire, silenciosa; ni un movimiento. Pero de pronto, hacia la derecha, se rompió el fuego con una andanada de cañonazos de la ciudad. Y sin más, de todo lo largo de la línea villista partió la respuesta. Es cuando se da la orden de avanzar; pero al ir arrastrándose los soldados villistas en la oscuridad, surgió repentinamente un vocerío con un inmenso grito de triunfo. ¡Gómez Palacio había sido evacuado! Lo relataron dos corresponsales de guerra, G. Brondon y John Reed.

El enemigo había evacuado la plaza de Gómez Palacio, Dgo., retirándose para la ciudad de Torreón, llevándose cuanto pudo, cargando también con las familias de los adictos al gobierno de Huerta en su retirada. Los soldados de la División del Norte, entran en Gómez Palacio dueños ya de aquella situación. Para esa hora, es cuando los federales cañonearon la estación de Gómez Palacio. Se nombraron varias fajinas para recoger los muertos y en el cerro de la Pila se encendían fogatas quemando muchos cadáveres. Fue público y notorio entre las tropas, que los federales habían quemado a todos los heridos nuestros que no lograron salir de Gómez Palacio, la noche del primer asalto. Este detalle nos consta a todos por ser rigurosamente cierto. Mienten los huertistas cuando afirman que dejamos esa noche del primer asalto a Gómez Palacio a muchos indios desarrapados y borrachos que ellos encontraron muertos. Los constitucionalistas no llevamos *indios*, en primer lugar, y en segundo, el general Villa no permitía el uso de bebidas embriagantes entre la tropa durante las batallas. Eso sólo los huertistas acostumbraban hacerlo para emular a su asqueroso jefe, el "Chacal" Victoriano Huerta.

Hasta aquel momento, día 26 de marzo, los federales habían perdido una a una todas las posiciones que tan tercamente defendieron; ahora están concentrados, todos, en la ciudad de Torreón, Coah., bajo el mando del general José Refugio Velasco, objetivo de las fuerzas de la División del Norte.

Aquí cabe hacer un recuento de los pormenores de aquella lucha: Hace 21 meses que Francisco Villa fue detenido y conducido preso a la Ciudad de México, donde permanece por espacio de cerca de 7 meses en prisión. Como ya es de todos bien sabido, de la prisión escapa y en los primeros días del mes de enero de 1913, aparece en El Paso, Texas, y, el día 8 de marzo del mismo año se interna a territorio nacional, acompañado de 9 hombres y desde ese día inicia la Revolución en el estado de Chihuahua, organizando un ejército de hombres del campo en su mayoría, y después de varios encuentros con los federales, logra expulsarlos del estado de Chihuahua; 21 meses después, el día 27 de marzo de 1914, tiene embotellado al grueso de la división del ejército federal que manda el general José Refugio Velasco, en la ciudad de Torreón, después de haberlos derrotado en Mapimí, Bermejillo, Tlahualilo, Horizontes, Sacramento, Porvenir, Lerdo y Gómez Palacio, Dgo.

Este hombre, Pancho Villa, ha venido probando estar mejor dotado que otros para fundirse en la Revolución. Pero, no de un salto, ni de un golpe, sino poco a poco, ha venido adueñándose de su genio. Ha desafiado el sentido común; ha burlado los linderos del cansancio y de los peligros; ha venido avanzando, siempre avanzando, imponiéndose en todas partes, con aquel aplomo de hombre hecho y derecho; de impaciencia no reprimida, pasando por sobre todas las cosas y a través de las cosas; acorazado contra todo retroceso. En él sobresalen las cualidades de firmeza del verdadero jefe y, que, precisamente, son las que incitan más a la envidia.

El día 28 de marzo de 1914, en el cuartel general, que acababa de establecerse en Gómez Palacio, el general Villa citó a todos los generales a una junta y, reunidos frente a él, les expone el plan a seguir, para apoderarse de Torreón. No se hacen objeciones al plan propuesto por Villa.

—Tenemos una tropa compuesta por lo mejor de los hombres. Necesito, de cada uno de ustedes, la voluntad y audacia de verdaderos capitanes —les dijo Villa, a sus generales, y todos se sintieron halagados.

Estaban frente a Villa, los generales: Orestes Pereyra, Calixto Contreras, Severino Ceniceros, José E. Rodríguez, José Isabel Robles, Eugenio Aguirre Benavides, Samuel Rodríguez, en representación de Trinidad Rodríguez, que estaba herido; Benito García, en lugar de su hermano Máximo, que estaba herido; el coronel Miguel González, Felipe Angeles, jefe de la artillería y el doctor coronel Andrés Villarreal, jefe del servicio sanitario. el general Villa escuchó la opinión de todos sus jefes. Él, que siempre fue un certero juez de hombres, los estimaba por su valor personal y así se lo hacía comprender. Él admiraba el valor, no lo envidiaba: por eso estimaba a sus jefes, los estimulaba y les hacía entender que él comprendía la importancia que ellos tenían como hombres revolucionarios. Es por

tal motivo que éstos lo apoyaban decididamente. El general Villa fue siempre un hombre humilde, aunque muy enérgico y de mucha acción; pero con la mayor sencillez les trazaba el plan de ataque y sus jefes siempre lo aprobaban.

El prestigio y la autoridad del general Villa crecía sin cesar; todos sentían que irradiaba su ascendiente imperioso, rememoran los jefes y oficiales supervivientes de aquella época, coronel Palma, generales Juan B. Vargas, Albino Aranda; coronel Alfonso Gómez Morentín, coronel José María Jaurieta; mayor Juan B. Muñoz; teniente coronel Reynaldo Mata, capitán Francisco Montoya Meléndez y muchos otros que aún viven.

Me afirmaba el teniente coronel Reynaldo Mata: «Entre 4 y 5 de la tarde del día 28, después de la junta de generales, el jefe Villa pasó revista a varias corporaciones que apenas se habían organizado y que iban por primera vez a entrar en combate algunas de ellas, como por ejemplo: Cazadores de la Sierra, del coronel Pablo López; el regimiento del coronel Agustín Estrada, que fue la base de la brigada Guerrero y tenía como segundo al también coronel Julián Granados; el batallón que se organizó con oficiales del coronel Severino Ceniceros y que fue base para una de las brigadas Ceniceros, que mandó el coronel Maclovio Sánchez y otros cuerpos, que con la infantería del teniente coronel Santiago Ramírez, avanzó por el centro, al ataque de Torreón.

»Mi general Villa con su secretario, licenciado Luis Aguirre Benavides; el mayor Enrique Santos Coy, Darío W. Silva, Leobardo Alvarez, los jefes Frías y Loya y un escuadrón de su escolta al mando del mayor Jesús María Ríos se adelanta a las fuerzas, encontrándose con los generales Urbina, Reyes, Ornelas (Tomás) y otros jefes».

El ataque a Torreón se había iniciado de la siguiente manera: por el oriente atacaban las caballerías de los generales Maclovio Herrera, Eugenio Aguirre Benavides y José Robles y por el poniente, Calixto Contreras y Orestes Pereyra.

Cerca de la medianoche, en el puesto de mando de la brigada Villa se encontraban con el general Rodríguez, los jefes: coronel Andrés U. Vargas, coronel Candelario Cervantes, Javier Hernández, capitanes Martín D. Rivera y Juan B. Muñoz, cuando el coronel Nicolás Fernández, hoy general de división, y Andrés L. Farías con la orden del general Villa de que las brigadas Villa, Morelos, Ortega y la Victoria avancen por el centro inmediatamente, y apenas inician el ataque, se deja sentir el cañoneo enemigo. Al lado derecho de la brigada Villa se despliega la Morelos, con Mateo Almansa, Pablo Rodríguez y Faustino Borunda, y a la izquierda, la Victoria, con el coronel Miguel González, teniente coronel Fortunato Casavantes, mayor Mercedes Luján y teniente coronel Domingo Gamboa; a un lado la

Cuauhtémoc, con el teniente Samuel Rodríguez en lugar de Trinidad, que estaba herido, con el mayor Rafael Castro, y la tropa al mando de los mayores: Rafael Licón, Juan Pedroza y Manuel Tarango, avanzando hasta estar cerca de la línea de fuego, donde esperaron órdenes. Para aquella hora el combate ya se había generalizado. Se combatía con terrible dureza durante la noche. El avance del centro era apoyado por la artillería del general Angeles y la artillería de García Santibáñez protegía el avance de las fuerzas de Calixto Contreras y Orestes Pereyra.

Al puesto de mando de la brigada Madero, llegó el teniente coronel Manuel Ochoa (éste es uno de los 9 hombres con los que Villa inició la Revolución en 1913); lo acompañaban Pablo Luna y Gabriel Valdivieso, con órdenes del general Villa para el teniente coronel Benito García, jefe accidental de la brigada. Estos hombres portaban dos cananas de parque terciadas en el pecho y otra fajada en la cintura y eran oficiales de la confianza del general Villa. Después de que estos citados oficiales cursaron la orden del general Villa, a todos los puestos de mando de las brigadas que se habían acercado, comenzaron el avance y la brigada Villa lanzó a este combate 800 hombres. Sigamos a uno de estos hombres en sus "Memorias" el capitán Martín D. Rivera: «A esa hora, la plaza de Torreón, estaba siendo atacada por nuestra gente por los lados oriente y poniente, cuando nosotros, al mando de Andrés U. Vargas nos acercábamos por el lado norte, por el camino de Lerdo que va a los cerros del Coyote. Las granadas de la artillería nuestra pasaban bramando por arriba de nuestras cabezas y retachaban explotando en los cerros de la Polvorera y el de Calabazas. Primero nos cargamos avanzando y haciendo fuego sin cesar sobre las faldas del cerro de Santa Rosa, donde, codo con codo, los de la brigada Morelos, que mandaban Pablo Rodríguez y Faustino Borunda, y los muchachos de La Madero, de Benito García, y los bravos capitanes Juan Madrid y Marcos Salazar, que con Manuel Acosta mandaban los escuadrones que se batían allí en el cerro de Santa Rosa, nos envolvíamos en nuestro afán de escalar las laderas del cerro. ¡Viva Villa!, se oía por todos lados.

»Los federales que defendían aquella posición eran en verdad unos valientes. No querían rendirse y a pesar de verse perdidos, seguían ofreciendo sus vidas. Cuando rebasando las defensas de los federales llegamos a la cima del cerro, se prendió una "luminaria", que era la señal convenida para anunciar nuestro triunfo.

»Después, ya en el camino a los cerros del Coyote, nos alcanzó el coronel Manuel Madinabeitia con unos oficiales de estado mayor y gritaba:

»—¿Dónde está Vargas?

»Luego supimos que ya estaban tomados los cerros de la Polvorera y Calabazas.

»Las granadas de nuestros cañones seguían pasando con su ruido tan peculiar y se confundía su estallido con el ruido de la fusilería. Para aquella hora, la gente de la brigada Contreras y la de Orestes Pereyra sostenían una furiosa batalla en la que, según el decir de los prisioneros, el enemigo, por aquella parte de la línea de fuego, estaba comandado directamente por el general José Refugio Velasco y el aguerrido Argumedo. Nuestro servicio de ambulancia recogía heridos uno tras otro.

»Al mediodía del día 29 de marzo entró a la lucha el grueso de nuestra brigada Villa, al mando directo del general Rodríguez y el total de la Morelos, del general Urbina, bajo su mando; y en nuestro avance empujamos al enemigo hasta los cerros de la Presa del Coyote, donde concentró poderosos elementos. Nuestra artillería, emplazada en el cerro de Santa Rosa, que habíamos quitado al enemigo durante la lucha de la madrugada, hacía fuego sobre éste, que nos mandaba andanadas de plomo. El combate se había generalizado y continuamos peleando durante todo el día. Hasta antes de oscurecer comenzó a cesar el fuego. La noche de ese día, 29 de marzo, fue tranquila en todo el frente de batalla, en los alrededores de Torreón».

Por el lado de la Alameda, los generales Aguirre Benavides, Maclovio Herrera y José Isabel Robles, arrollaron a los federales, entrando hasta las defensas de los cuarteles, de los cuales dos cayeron en nuestro poder. En uno de dichos cuarteles hallaron muchos federales heridos a los cuales respetaron. Entre los oficiales que mandaban la gente que se apoderó de este cuartel iban: Manuel Leyva, de Ojinaga; Manuel Mendoza, de Santa Rosalía de Camargo, Chih.; y Justo Avila, de Múzquiz, Coah. También iba una fracción de los futuros *dorados* bajo el mando del temible Miguel Baca Valles. Este era un hombre bastante grueso y había sido ranchero, dueño de un rancho cerca de Parral, Chih. Para este hombre la vida humana no tenía más valor que la de los animales; para él, matar no tenía mayor importancia que la de darse un baño de agua fría. Andaba otro Baca, este era Manuel Baca González, de Namiquipa, y que había sido compañero y amigo del general Villa desde años antes de la Revolución. Los dos eran del cuerpo de la escolta y los dos eran igualmente fríos y crueles; alternaban con Urbina, Fierro y Seáñez en crueldad.

Durante esta hazaña, los revolucionarios sufrieron sensibles pérdidas. El propio general Isabel Robles salió herido. Sin embargo, se hicieron fuertes en las propias defensas de los federales y pusieron a salvo a sus heridos y a los de los federales.

El general José Isabel Robles informa al general Villa del desarrollo de la batalla en aquel frente y rehusa retirarse de la línea de fuego para atender sus heridas. Pide la ayuda de la artillería para desalojar a los huertistas que se han hecho fuertes en el hospital de Torreón. La orden del general Villa es terminante, y una sección de cañones se puso a las órdenes de dicho general Robles.

Cuando esta artillería comenzó a dar su apoyo a dichos generales, con sus primeros disparos dio la oportunidad que éstos esperaban y el general Ugalde, de la gente de Robles, se metió hasta adentro de la ciudad, con unos 150 hombres.

A las cinco de la mañana del siguiente día 30, la lucha empieza otra vez; primero con unas cuantas descargas aisladas que pronto, de pequeñas escaramuza, se convierten en combate general a lo largo de todo el frente.

Para entonces, el grueso de las fuerzas de Contreras y Orestes Pereyra se concentran y comienzan con el alba a trepar por las laderas de Calabazas, que había recuperado el enemigo en la carga que mandó el propio general Velasco.

Aquí se trabó una lucha furiosa. Los revolucionarios avanzaban y luego se veían obligados a retroceder y en esa forma se peleó por varias horas. (Estos son los combates que el general Adolfo Terrones Benítez nos describe tan brillantemente en su obra).

Entre los oficiales que estuvieron con esa gente se encontraban: José Castro, Margarito Machado, Donato Alvarado, Adolfo Rosales, José María Rodríguez, Lorenzo Avalos, Indalecio Galán, Victoriano Galán, Pedro Rocha y Manuel Rocha. Todos llegaron a figurar prominentemente y varios son ahora generales y coroneles.

El día 30, el general federal José Refugio Velasco, pidió una tregua, con el fin de recoger a los heridos y dar sepultura a los cientos de cadáveres que había por todas partes, aun dentro de los mismos cuarteles. El general Villa no aceptó; pidió la rendición incondicional de las fuerzas federales. Los federales demostraron ser soldados de vergüenza; como soldados estaban cumpliendo con su deber, ellos tal vez pensaban en el prestigio del ejército nacional, en la dignidad profesional. No aceptaron rendirse. El cónsul inglés sirvió de emisario entre ambos jefes. En el puesto de mando de la brigada Villa, que en aquellos momentos estaba establecido en un tajo, por el lado de Lerdo, esperábamos con ansia el resultado de aquella tregua que pedía el general Velasco. En las trincheras del enemigo, se izó una bandera inglesa, que era la señal que se esperaba. Con esto se dio a entender que los federales, por segunda vez, rehusaban rendirse incondicionalmente. El general Villa, impaciente, no pierde el tiempo

y ordena en el acto abrir el fuego, que inmediatamente se fue generalizando por toda la línea del frente. Mas ya nadie duda de parte de quién se inclina la victoria final.

Los soldados de Villa arrollaban todo. Por los cerros de Calabazas rebasaron las líneas enemigas y capturaron muchos prisioneros. La ciudad de Torreón estaba en aquel momento recibiendo el fuego de los revolucionarios que la estaban atacando por el poniente, oriente y norte. Los asaltos eran aislados, pero sí con pasión salvaje. A lo largo de la línea de fuego se escuchaba el grito de los oficiales de la escolta de Villa: "Ni un paso atrás, adelante, compañeros". Entre paréntesis, los *dorados* de Villa desempeñaron a perfección, las mismas misiones que en la última guerra mundial les tocó desempeñar a los famosos *comandos*.

Con la brigada Madero, iban varios *dorados,* al mando de Manuel Madinabeitia, entre ellos Francisco Solís, José Solís, Pedro Gómez; los hermanos Chon y Juan Murga e Ismael Maynes y Manuel Escárcega. Para aquella fecha se llamaba *Guardia del General Villa.*

Por el lado poniente, las brigadas Benito Juárez, al mando de Herrera; la Zaragoza, de Aguirre Benavides y la Robles, al mando de Chabelo Robles y el general Sixto Ugalde, porque el jefe José Isabel estaba herido, sostenían un fuego cerrado sobre los federales, que poco a poco se estaban replegando.

Un batallón de la brigada Juárez, al mando del coronel Eladio Contreras y la gente del regimiento Carranza, que estaba a las órdenes del general José Carrillo, más la gente del general Orestes Pereyra, por la vía férrea de Durango a Torreón, tenían orden de avanzar, y la gente de Carrillo no sólo no logró avanzar, sino que fue obligada a retroceder. Hicieron responsable al general Carrillo de haber entregado, prácticamente, al enemigo, las posiciones que debió defender y que había costado tanta sangre conquistar. Se le formó consejo de guerra y lo sentenciaron a sufrir la pena capital. El general Villa intervino, después de que los principales jefes lo hubieron convencido de que no había razón para que se procediera tan drásticamente en contra del general José Carrillo, puesto que su comportamiento había sido siempre en los combates, digno de un verdadero soldado. El general Villa solamente reprochaba a Carrillo que se hubiera portado tan altanero, durante el juicio.

Mientras tanto, los principales jefes pidieron, y se estuvo de acuerdo, en que los jefes y oficiales que pertenecían al regimiento Carranza que mandaba el general José Carrillo, se formara un batallón de infantería, cuyo mando se pensó darlo al coronel Fernando Reyes y, por fin, quedó como jefe de dicha unidad el coronel Martiniano Servín. El general Villa los arengó y les advirtió que de su comportamiento y valor a la hora del

combate esa misma noche, dependía la vida del general José Carrillo. Inmediatamente, los elementos de este batallón, tomaron sus posiciones frente al enemigo que defendía el panteón y el cerro de la Cruz. Cuando el general Villa pasaba revista a los contingentes de las diversas corporaciones tendidas en la línea de combate, esa misma noche, volvió a arengarlos una vez más, al batallón de Servín y los felicitó por lo bien organizados que se encontraban. Un grupo de 15 oficiales de la escolta del general Villa, fue intercalado en el mencionado batallón, entre ellos Pedro Luján, Carmen Ortiz, Celso Apodaca, Manuel Arámbula, Bernabé Cifuentes, Martín Rivera, Pancho Portillo, José Bencomo, etc.

En los momentos que se reunía un grupo de jefes con mando de tropa, casi frente a la casa que ocupaba el general Tomás Urbina, en Gómez Palacio, comenzó a caer una lluvia de granadas que la artillería enemiga mandaba en andanada tras andanada. Era el momento en que, efectivamente, se estaban embarcando los 893 heridos a los trenes que los conducirían a los hospitales de Parral y Santa Rosalía de Camargo, Chih. Nuestros trenes retrocedieron a una distancia fuera de peligro. En aquel mismo momento del cañoneo estaba encadenada, debajo de una hilera de árboles, la caballada del escuadrón de la escolta de mi general Villa, que siempre permanecía lista para cualquier emergencia al mando del mayor Cipriano Vargas. Y, aunque dicha caballada ya estaba acostumbrada al estruendo de las batallas, se asustó y hubo oficiales que sudaron la gota gorda para tomar las riendas de sus corceles. Corrió la voz de que las granadas que el enemigo nos había disparado pasaban de 350. Hubo algunos heridos, pero de tan poca importancia que sólo unos cuantos se reportaron. Uno de los heridos resultó ser el capitán Pablo Martínez, compañero de los hermanos Pablo y Martín López y que había llegado del frente precisamente a reunirse con el teniente coronel Martín López, que con el general Luis Herrera estaban por arribar procedentes de Chihuahua.

Esa misma tarde llegaron los mil hombres procedentes de Chihuahua, Chih., y el general Villa les pasó revista; a muchos de ellos los saludaba llamándolos por su nombre, pues venían muchos hombres que desde el principio habían andado a las órdenes de él, personalmente, por ejemplo, los hermanos Baray. De esta gente se le dio el mando al general Luis Herrera, con los tenientes coroneles Benito Artalejo y Martín López.

Sucedió que cuando el general Villa abandonó Chihuahua en nuestro avance hacia el sur, con miras al ataque de Torreón, dejó un batallón que pertenecía a la brigada Juárez y otro a la brigada Villa para que, junto con el batallón Pino Suárez, que mandaba el coronel Roberto Limón, que a la vez era el comandante militar de la plaza de Chihuahua, sirvieran

de guarnición de ésta. Rememora el teniente coronel Reynaldo Mata (q. e. p. d.). Acaba de morir.

Estos dos batallones sin pérdida de tiempo, una vez que se les dotó de suficientes municiones, pasaron a tomar su puesto de combate, frente al enemigo, apostándose a lo largo de la margen derecha del río Nazas, desde el barrio de la Paloma hasta el puente del ferrocarril. A esta tropa también se agregó un grupo de miembros de la escolta del general Villa, comandados por el coronel Manuel Baca Valles. Hay que recordar que donde éstos tomaban parte, obedecían órdenes directas de Villa. (Salieron heridos Rafael Mendoza, Ramón Tarango, Joaquín Alvarez, José de la Luz Vázquez, José Meléndez y otros).

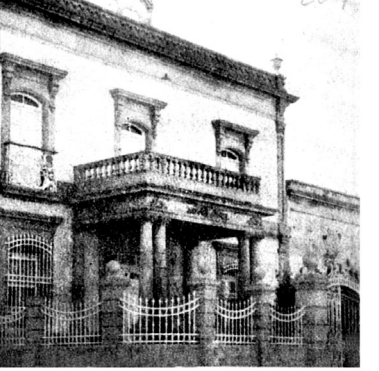
En el cuartel general de la división, establecido en aquellos momentos en Gómez Palacio, Dgo., estaba recibiendo, a cada momento, partes que rendían los distintos jefes con mando de tropa.

El día 28 de marzo de 1914, se libró un fuerte encuentro entre las fuerzas federales del general Joaquín Maass y las tropas del coronel Toribio V. de los Santos, de la brigada Zaragoza, que trataba de impedir que los federales auxiliaran a los defensores de Torreón. A punto estaban de ser derrotados los revolucionarios, cuando llega el general Toribio Ortega con las brigadas González Ortega y la del general Rosalío Hernández, y se libró la batalla de estación Bolívar, donde los federales del general Javier de Maure son obligados a retroceder hasta San Pedro de las Colonias, Coah.

«Sucedió —rememora el capitán Matilde Flores—, que nosotros, los de la brigada González Ortega, acampamos en la hacienda del Burro, para descansar, y los de la brigada de Rosalío Hernández acantonaron cerca del ranchito y mandaron por maíz para la caballada, al lugar; en eso llegan los federales y tirotean a los del general Hernández, provocando una confusión. Por un buen rato peleamos contra los soldados del general Hernández El grueso de los federales regresa y nos dimos cuenta del equívoco y luego nos fuimos sobre los huertistas, derrotándolos. En medio de una tolvanera llegamos hasta los tajos de San Pedro. Les tomamos muchos prisioneros y todo lo que tenían. Allí permanecimos. Dimos un ataque y entramos hasta la plaza, tomando muchos prisioneros. Hasta que se nos escaseó el parque regresamos a los tajos, donde permanecimos hasta el día que se dio el ataque formal, 13 de abril de 1914. Serían las 8 de la noche del 30 de marzo cuando llegamos a Gómez Palacio con el parte de novedades del general Toribio Ortega y los heridos que conducía una fuerte escolta con el mayor Ramón Mendoza. Entre tanto, la lucha por la posesión de la plaza de Torreón continuaba intensa y terrible».

Estado mayor de la brigada Trinidad Rodríguez. 1.—Hermano de Rafael Castro. 2.— Capitán Javier Quirós (vive en Chihuahua). 3.—Capitán Rito E. Rodríguez (vive en Ciudad Juárez). 4 y 5.—Mayores Juan y Liborio Pedrosa. Todos ellos sentados en la primera fila. Sentados en la segunda fila. 1.—No se recuerda el nombre. 2.—Teniente coronel Macedonio Aldama. 3.—Teniente coronel Fortunato Casavantes. 4.—Coronel de estado mayor Samuel Rodríguez. 5.—General Isaac Arroyo. 6.—Coronel Rafael Castro. 7.—Teniente coronel Manuel Tarango. En la tercera fila: 1.—Eustaquio Quintana. 2.—Trinidad Arroyo (vive en Chihuahua). 3.—No se recuerda. 4.—Capitán Tomás Quintana. 5.—Capitán Francisco Hernández. 6.—Capitán Francisco Armendares. 7.—Mayor José Rodríguez, "El Rorro", muerto en acción en Torreón el año 1916. 8.—Jorge "El Arabe". 9.—Vicente Caro, pagador de la brigada (vive en Valle de Allende, Chih.). 10.—Capitán Miguel García (vive en Chihuahua).

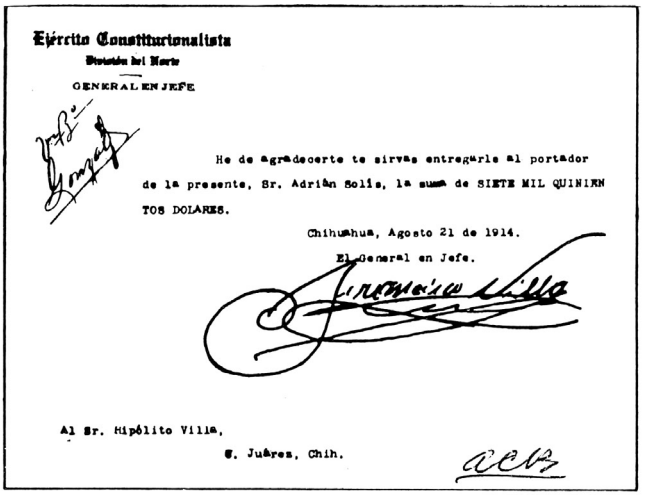
General Enrique León Ruiz veterano de la Revolución desde 1910. Originario de la villa de Seris, Son. Pundonoroso militar y hombre valeroso que llenó páginas gloriosas de la historia revolucionaria.



"Quinta Luz", casa particular del general Villa, en Chihuahua.

Don Francisco I. Madero rodeado de su estado mayor.

1.—Don Francisco I. Madero. 2.—Don Abraham González. 3.—Don José María Maytorena. 4.—Don Venustiano Carranza. 5.—Don Francisco Vázquez Gómez. 6.—General Pascual Orozco. 7.—General Francisco Villa. 8.—Don Gustavo Madero. 9.—Giusseppe Garibaldi. 10.—José de la Luz Blanco. 11.—Sánchez Azcona



Ejército Constitucionalista
División del Norte
GENERAL EN JEFE

He de agradecerte te sirvas entregarle al portador de la presente, Sr. Adrián Solís, la suma de SIETE MIL QUINIENTOS DOLARES.

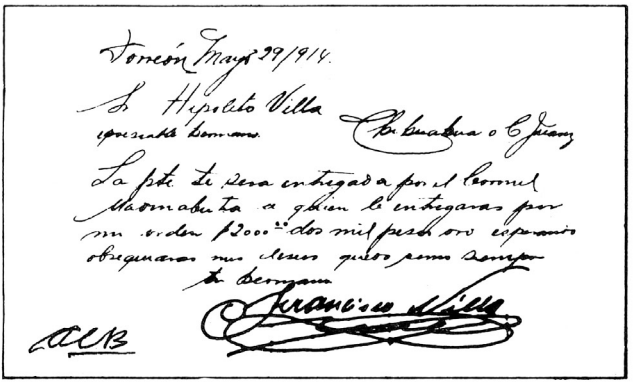
Chihuahua, Agosto 21 de 1914.

El General en Jefe.

Francisco Villa

Al Sr. Hipólito Villa,
S. Juárez, Chih.

ACB



Torreón Mayo 29/914.

Sr Hipólito Villa
queridito Hermano.

Chihuahua o Ojinaga

La pte. te será entregada por el Coronel Maximiliano a quien le entregarás por mi orden $2000.00 dos mil pesos oro cuyo importe obsequiarás mis deseos quedo como siempre tu hermano

Francisco Villa

ACB

Ordenes de pago firmadas por el general Villa. Del archivo del general Hipólito Villa.

General Francisco del Toro, compañero del general Orozco.

Como a las 9 de la noche, ese día 1º de abril, se inició un formidable cañoneo por parte de la artillería constitucionalista, emplazada en los tajos de Luján, el de Sacramento y el cerro de Santa Rosa. Para aquella hora ya el fuego se estaba generalizando por toda la línea de combate.

El asalto a los cerros del Coyote, fue una operación muy atrevida. Se combatió con verdadera saña y si los villistas avanzaban, los federales permanecían firmes en sus puestos. Y así se estuvo peleando y avanzando los revolucionarios hasta que la lucha tuvo que sostenerse cuerpo a cuerpo. Como a las 12 de la noche, la ciudad de Torreón quedó completamente a oscuras, pues los constitucionalistas se apoderaron de la planta de luz y cortaron el circuito de la ciudad. A esa hora, los revolucionarios de las brigadas, primera de Durango, del general Orestes Pereyra, con los coroneles Orestes Pereyra Jr. y Gabriel Pereyra, la Benito Juárez del general Maclovio Herrera y el batallón del coronel Martiniano Servín, combatían al enemigo, ya dentro de las calles próximas a la plaza de Torreón. Para entonces, la gente del coronel Luis Herrera seguía sosteniendo una lucha terrible y con un saldo de muertos y heridos superior en número al enemigo que combatían. Por fin, ya no fue posible para los federales sostenerse y los que lograron escapar huyeron en desbandada, para el centro de Torreón. El campo quedó regado de muertos y heridos; se encontró sin vida al temerario y leal teniente coronel Benito Artalejo, de Parral, Chih., y a varios oficiales y jefes; entre los heridos Pablo Mendoza, José Hermosillo y el capitán Martínez Olivas. En medio de la oscuridad de la noche, los revolucionarios seguían atacando con verdadero furor. El tableteo de las ametralladoras y los disparos de la fusilería era ensordecedor. Se combatía con fiereza por el lado del cerro de la Cruz, la Presa del Coyote y el Panteón. Caídos los coroneles Benito Artalejo, Pablo Mendoza y Hermosillo, el temerario coronel Luis Herrera, ayudado por el valiente coronel Martín López y José Martín Valles, seguían desalojando al enemigo de sus posiciones. Allí hubo muchas bajas. Los villistas tomaron la Presa venciendo a los federales en sus posiciones, pero perdiendo 79 hombres que murieron y 261 heridos. Allí pelearon los infantes del coronel Servín. Otra fracción de la escolta del general Villa, tomó parte en el asalto sobre La Presa del Coyote, en La Boquilla de Calabazas, entre ellos, Juan B. Vargas, Chón y Juan Murga, Ramón Contreras, Reynaldo Mata, Marcos Torres, Jesús M. Ríos, Pedro Gómez, Merced Arroyo, José Castillo y Ernesto Ruiz.

El coronel Manuel González, jefe de la brigada Guadalupe Victoria, con los de igual grado, Carlos Almeida y Canuto Pérez, logró flanquear el Cerro de la Cruz, después de haberse apoderado del Barrio de San Joaquín; al mismo tiempo, puede decirse, que los coroneles Eladio y Antonio Contreras tomaron el fuerte de La Polvoreda y ponen en fuga al enemigo que

estaban en la Empacadora. En aquellos momentos el coronel Margarito Salinas con gente de la brigada Robles y ayudado por la gente del coronel Eladio Contreras, se enfrenta en furioso combate al enemigo que en gran cantidad se había concentrado por dicho rumbo y el de la Alameda. En el patio de la estación se entabló un rudo combate y la gente del coronel Eladio Contreras se apoderó de varias cuadras contiguas a la estación del ferrocarril. En todos estos encuentros tomó parte muy activa la gente de los coroneles Orestes Pereyra Jr. y Gabriel Pereyra, de la primera brigada Durango. Los federales, en número de unos dos mil hombres, más o menos, contratacando con mucho arrojo, en un esfuerzo supremo con vistas a recuperar el cerro de Calabazas. Se combatió con mucho furor y los federales fueron obligados a retroceder, después de que los agarraron entre fuegos, al flanquearlos, los regimientos de Pablo López, Andrés U. Vargas y el "Onésimo Martínez" con C. Almeida y gente de la brigada Morelos, con los coroneles Mateo Almansa y Faustino Borunda.

El día 2 de abril, en el cuartel general de la división en Gómez Palacio se deducía que los federales estaban prácticamente vencidos, pues según los partes que rendían todos los jefes de brigada, regimiento y batallón, el enemigo había sido rechazado en todo el frente de batalla. Sin embargo, serían las 10 de la mañana cuando la artillería enemiga inició un furioso bombardeo sobre toda la ciudad de Gómez Palacio, sin cesar por espacio de dos horas. Mas a pesar de haber sido muy intenso dicho bombardeo, las granadas no causaron daños de consideración.

Después de las 12 del día, llegó al cuartel general el general Villa, acompañado del general Angeles, coronel Agustín Estrada y varios oficiales superiores, Pablo Siáñez, Rodolfo Fierro, Enrique Banda, Nicolás Fernández, Porfirio Ornelas y otros. Ahí estaba en aquel momento el hoy coronel Cirilo Pérez. Los oficiales del estado mayor se movían de un lado a otro muy activos y el coronel Angel Ocón hablaba con varios jefes. Los miembros de la escolta del general Villa desmontaron y desensillaron sus corceles. Era un ir y venir de jefes y oficiales. El bombardeo de la artillería enemiga había cesado y sólo se escuchaban descargas muy lejos.

Se ordenó a todos los jefes con mando de tropa en la línea de combate conservar sus posiciones arrebatadas al enemigo y que se les llevara comida.

Se comentaba en el cuartel general, que para aquella hora, la una de la tarde del día 2 de abril, la División del Norte había sufrido las siguientes bajas: más de mil heridos, entre soldados, oficiales y jefes; el número de muertos aún no se podía calcular, pero se sabía de dos coroneles, Benito Artalejo y Pablo Mendoza; heridos cuatro generales de brigada, Trinidad Rodríguez y Máximo García, heridos en la batalla de Sacramento, Coah., José

Isabel Robles, herido ligeramente combatiendo en la Alameda de Torreón, y Calixto Contreras, herido combatiendo frente a la estación, más varios coroneles heridos. Faustino Borunda, herido en el contrataque de los federales sobre el cerro de Calabazas; Samuel Rodríguez, herido durante la misma acción, y en el mismo combate salieron heridos los mayores Candelario Cervantes, José I. Prieto y José Ruiz "Mápula" y los tenientes Alisandro Rascón, José Corral, Santiago Gómez Paliza y Faustino Méndez entre muchos.

A las 2 de la tarde, llegaron al cuartel general los generales Toribio Ortega y Rosalío Hernández, conduciendo los prisioneros que habían capturado en el combate de estación Bolívar y los cuales venían al cuidado del coronel José Torres. Y entre sus oficiales superiores iba el hoy general de división Práxedes Giner Durán.

A las seis de la tarde se cambió la guardia. Se hizo cargo el mayor Pablo Rodríguez, el serrano chihuahuense. Recuerda el capitán Rivera, que entre los miembros de la escolta del general Villa, se comentaba a esas horas: "La plaza de Torreón, ya es nuestra; mañana, será asunto de puro *colear*." Es en aquel momento cuando llegó el capitán José María Jaurieta con las pertenencias del coronel Benito Artalejo, de quien había sido muy amigo. Jaurieta fue uno de los oficiales que acompañaron el cuerpo de Benito Artalejo hasta Parral, donde fue sepultado.

Desde aquella hora, el general Villa, permaneció en el cuartel general, de donde no se desprendió hasta el día siguiente, en que hizo su entrada triunfal a la plaza de Torreón, Coah.

Serían las 10 de la noche cuando llegó el coronel Enrique Banda en una motocicleta, dirigiéndose al coronel Bauche Alcalde y al mayor Pablo Rodríguez, les dijo:

«—La tropa está combatiendo con mucho valor; no he encontrado *marrulleros* —así les decían a los soldados que se colaban a la hora de entrar al combate».

El recorría la línea de fuego en busca de los que no entraban a la pelea y los hacía entrar o los *quebraba*. Luego salió el coronel Anacleto Girón y ordenó al mayor Francisco Sáinz que alistara cien hombres de la escolta.

De acuerdo con los informes que estaban llegando a cada momento al cuartel general, los federales ya casi estaban vencidos; los villistas estaban prácticamente dentro de la plaza de Torreón, decíale el general José Bauche Alcalde al coronel Porfirio Ornelas que, junto con otros jefes, esperaba ser recibido por el general en jefe.

Serían las 11 de la noche cuando el coronel Miguel González salió con unos oficiales de la Guadalupe Victoria, con el capitán Francisco Tafoya

Meléndez y otros de los que habían sido de la gente de Maclovio Herrera. Con ellos salió el mayor Jesús Ríos y el capitán Alejandro Aranda, en patrulla de exploración.

Desde el comienzo de la batalla, el general Villa había estado entregado por completo a la atención y dirección de la lucha y continuamente había recorrido la línea de fuego y estado en todos los puestos de mando de las brigadas, consultando, ordenando y resolviendo todo aquello que requería su presencia; animando a sus jefes y proporcionándoles los elementos que solicitaban. Comentaba el doctor Trillo, con su colega Silva:

«El general Villa ha trabajado por 19 horas consecutivas sin darse un descanso, y no había cerrado los ojos. Este hombre, decíales a los oficiales del estado mayor, ha puesto toda su alma, empuje y coraje para ganar esta batalla». Por supuesto, que ellos tampoco habían dormido. Villa tenía un dominio completo sobre su sueño, dormía unos minutos y estaba en un estado de ánimo como si su resistencia física hubiera sido inagotable. Oficiales nativos del pueblo de Namiquipa, que les tocó estar de guardia y andar en la escolta del general Villa, recuerdan estos detalles.

A las 12 de la noche salió del campamento el coronel Santiago Ramírez, acompañado del coronel Anacleto Girón, se les unieron cien hombres y Manuel Madinabeitia con un grupo de oficiales que iban a explorar.

Llegaron oficiales con varias viandas de comida y "picheles" con café. Los recibió el mayor Enrique Santos Coy. Llegó el general Maclovio Herrera, acompañado de unos señores civiles. El coronel Nicolás Fernández ordena que se aliste la escolta del general Villa.

Por considerarlo de importancia, reproduzco un extracto del siguiente documento histórico:

«Al margen un sello que dice: Estados Unidos Mexicanos. Ejército Constitucionalista de la División del Norte. Brigada Villa.

»Informe del 3 de Abril, Torreón, Coah. 1914.

»El día 3. Precauciones. El saqueo es evitado. Las fuerzas Constitucionalistas, entran ordenadamente. Centenares de heridos y prisioneros. El orden se restablece. 1 a. m. Continúan en el centro de Torreón las descargas en la misma forma, no hay duda que el enemigo ha evacuado la plaza, sin embargo, nuestras fuerzas exploran avanzando con mucha prudencia para evitar una sorpresa. Concluye: de dos a seis de la mañana, calma completa. En el Campamento de Gómez Palacio, Dgo., son aprehendidos algunos soldados federales que, al desertar del ejército enemigo, han ido a caer prisioneros de nuestras fuerzas, precisamente por ignorar el camino propio para escaparse.

»Los generales Pánfilo Natera y Eulalio Gutiérrez acompañados de sus respectivas escoltas, llegan al cuartel general, se dirigen al norte del

país con objeto de arreglar importantes asuntos militares. 7 a. m. El pueblo de Torreón en pequeños grupos inicia el saqueo, en el ex-cuartel general de Velasco y en la estación del F. C. Central; pero castigados severamente algunos individuos por las fuerzas del general Herrera (coroneles R. Colunga y Eulogio Ortiz) se dispersan los grupos y se evitan actos que hubieran arrojado una mancha sobre la gloriosa jornada. 8 a. m. Hacen su entrada al centro de Torreón los generales Maclovio Herrera, Eugenio Aguirre Benavides, Orestes Pereyra y el coronel Raúl Madero; por la izquierda y por la derecha entraron las fuerzas de Calixto Contreras hasta coronar la cumbre de todos los cerros y por el centro lo hicieron las fuerzas de la brigada Villa, con José E. Rodríguez, la Morelos con el general Urbina, la Guadalupe Victoria con Miguel González y el regimiento del coronel Carlos Almeida y la brigada Madero con el coronel Benito García. A las 9 a. m. el señor general en jefe acompañado de su escolta y estado mayor sale de Gómez Palacio para Torreón; en el camino lo acompañan algunos jefes y oficiales, entre ellos el coronel Juan Palma con parte de su gente; en el camino se detienen para admirar el heroismo de sus soldados que cayeron al pie de las trincheras enemigas; se emociona visiblemente con semejante prueba de valor y ordena que inmediatamente se de honrosa sepultura a los que supieron morir en defensa de los nobles ideales. A las 10 a. m. hace el general Villa su entrada triunfal a Torreón, siendo aclamado con entusiasmo por el pueblo; se nota que no aparecen por ninguna parte los que pertenecen a las clases acomodadas, es que han huído con el enemigo. A las 11 a. m., miles de soldados desfilan por la ciudad dirigiéndose a sus alojamientos; desde luego se nombran numerosas comisiones que se ocupen de volver la ciudad a su aspecto normal. Las fajinas recogen centenares de cadáveres que yacían amontonados en los cuarteles, lo mismo que en las calles de la ciudad. En los edificios del Banco de la Laguna y Casino de Torreón, donde el enemigo improvisó hospitales de sangre, hay unos cartelones en los que se lee: "Quedan bajo la protección de las Fuerzas Constitucionalistas y del general Francisco Villa y de los cónsules extranjeros". No puede apreciarse el número de los heridos abandonados despiadadamente por el enemigo en virtud de que entre ellos hay muchos cadáveres en pleno estado de descomposición, y en estos sitios la atmósfera es realmente irrespirable; después se comprueba que a pesar de todo lo dicho por la prensa reaccionaria y gobiernista, los pobres heridos de la Federación no han recibido casi ninguna atención facultativa. A las 12 del día desfila por el centro de la ciudad la artillería constitucionalista al mando del señor general Felipe Angeles.

»Los habitantes de la ciudad quedan sorprendidos al ver que la artillería constitucionalista es realmente numerosa y está en magníficas con-

diciones. Desesperados por lo sangriento y duro de los asaltos, defendiéndose entre cadáveres y habiendo perdido la esperanza de recibir auxilio, el enemigo decide evacuar la plaza aprovechando una fuerte polvareda que oscurece la comarca. Se comprueba que su salida ha sido con precipitación, porque ha dejado un inmenso botín de guerra; por estarse recibiendo cada momento nuevos informes, no podemos precisar hasta donde alcance el botín perdido por los federales; pero al cerrar este informe se sabe que los constitucionalistas han recogido varios cañones y ametralladoras, algunos miles de cartuchos, más de 2,000 granadas de fabricación extranjera, muchos carros cargados con mercancías y sobre todo 125,000 pacas de algodón que pertenecían a los enemigos de la causa popular.

»Las bajas de los federales son más de 2,360 muertos y 3,257 heridos; 1,500 desertores y 1,491 prisioneros. Los constitucionalistas pierden 1,781 muertos y 1,937 heridos; a la fecha ya han sido cubiertas las bajas en el Ejército del Pueblo por nuevos contingentes. Doce horas después de ocupada la plaza de Torreón por las fuerzas constitucionalistas, todos los servicios están al corriente; el comercio abre sus puertas y apenas si hay algunos indicios para recordar lo que poco antes fuera teatro de sangrienta lucha».

*
* *

La Perla de Laguna, Torreón, Coahuila está en poder de los soldados de la División del Norte bajo el mando directo de su jefe nato general Francisco Villa quien representa el odio, odio legítimo de un pueblo que ha sido ultrajado injustamente por la brutalidad de la fuerza porfiriana.

El general de brigada Enrique León Ruiz recuerda los comentarios que el general federal Gustavo Salas hacía respecto a estas batallas: «Nosotros, los federales, combatíamos a los constitucionalistas a la *prusiana* y ellos nos destrozaban a la *mexicana*».

Efectivamente así fue: los constitucionalistas pudieron haber cometido muchos errores tanto estratégicos como tácticos, pero el hecho real es que los federales siempre salieron derrotados.

Para el día 4 de abril ya los constitucionalistas habían tomado posesión cabal de la ciudad de Torreón, Coah. Por orden directa del general Villa se hizo cargo de la jefatura de armas el general Eugenio Aguirre Benavides y, se aprovecharon los servicios de muchas personas civiles que se presentaron ante los vencedores manifestando sus deseos de colaborar con la revolución. Por orden del cuartel general se nombraron diversas comisiones, que ayudaron a restablecer la normalidad en la ciudad.

A las fuerzas federales, que en precipitada fuga abandonaron Torreón, se sumaron muchas de las familias de la clase acomodada, enemigos de los revolucionarios, dejando sus propiedades al cuidado de sus criados, los cuales sólo esperaron la entrada de los constitucionalistas a la ciudad para presentarse a éstos a denunciar a los amos como enemigos de la revolución, y ellos, la servidumbre de los patrones, fueron los primeros en disponer de cuanto objeto pudieron cargar de la casa del amo. Todo cuanto se pudo arrebatar de las propiedades abandonadas por sus dueños fue saqueado por la misma gente del lugar.

Todos los enemigos de la Revolución fueron uno a uno denunciados por los vecinos de la ciudad y que en muchos casos obraron impulsados más por la venganza que por simpatía a la causa popular. Muchas personas fueron detenidas y fusiladas por causas justificadas, pero desgraciadamente no fue la mayoría. Hubo muchos fusilamientos por causas que sólo obedecían a motivos de venganza personal.

Toda aquella furia tuvo que haber sido el resultado lógico de la conmoción social, además de que, si se toman en cuenta, las atrocidades que los revolucionarios pudieron haber cometido, que ya antes los federales habían hecho gala de crueldad para los desafectos al gobierno de la usurpación.

La prensa reaccionaria hacía responsable directo al general Villa de todas las atrocidades que se iban cometiendo por los elementos de la Revolución y, a él le colgaron infinidad de pecados, de los cuales sólo fueron responsables los adictos a la dictadura porfiriana, que se encargaron de hacer una realidad, a base de sangre y fuego del apotegma: "de que el poder se hizo para abusar de él". «Cualquiera que esté dispuesto a hojear las páginas de nuestra historia y, con espíritu sereno, repasar el dilatado y complicado proceso de formación de nuestra nacionalidad desde la época precortesiana, a través de las luchas de la Independencia y de las sucesivas convulsiones hasta los días de nuestra Revolución, tendrá que descubrir en las manifestaciones más salientes de la vida del organismo nacional, que todos los males de que adolece nuestra sociedad han sido engendrados por la asquerosa corrupción de lo de arriba y la inconsciencia y miseria de los de abajo». Como lo dijera el ingeniero Pani: «Nuestra sociedad, como de todos es bien sabido, está constituída económicamente por dos únicos grupos, ricos y pobres; siendo los ricos, naturalmente los de arriba, que han ejercido influencia decisiva sobre el poder público, para poner al servicio de sus intereses particulares no sólo la superioridad del dinero, sino también el poder político, la soberanía del Estado, la fuerza administrativa. Y los de abajo, han sido los del otro grupo, los pobres, los débiles, los eternamente expoliados, los hambrientos, los ignorantes, parias de la vida política, y como consecuencia forzosa de la desigualdad de los grupos, el ambiente

tenía que estar impregnado de odios, rencores y desconfianzas». Por tal motivo, los triunfos de los constitucionalistas suscitaban regocijo popular entre los de abajo y desaliento y terror entre los de arriba: los ricos.

El gobierno de Victoriano Huerta había nacido de la agresión y para la agresión. Sólo con hombres demoledores se pudo haber castigado esa corrupción porfiriana y no con una "corte de arcángeles".

Todos los hombres ricos que no lograron escapar de la ciudad a la entrada de los constitucionalistas, fueron reunidos y llamados a cuentas y tratados severamente por el general Villa; principalmente a los ricos de nacionalidad española, no por el hecho de ser españoles, sino por constituir una maffia de expoliadores de la clase pobre de nuestro pueblo. Entre paréntesis: hubo españoles que fueron amigos de los revolucionarios y varios fueron amigos sinceros del general Villa, entre ellos don Angel Delcaso. Sobre estos acontecimientos se han escrito muchas historias y se han inventado muchas novelas, pero, ¿para qué negar que la verdad fue otra? Cabe recordar, que las riquezas se habían amasado casi en su totalidad y, principalmente las de los extranjeros, simplemente con tres componentes: 5% de inteligencia; 20% de actividad y perseverancia y 75% de brutalidad, física y espiritual, con base en fruslerías y egoísmo ciego, desenfrenado. Lo que antecede, fue expresado por el señor Desiderio Marcos, claro es, que hubo capitales que conocieron sus deberes para con la sociedad y la Patria; por desgracia sólo fue una insignificante minoría.

Las fuerzas federales en su retirada siguieron el camino a Viesca y se alejaron al sur. Por ese mismo camino habían estado recibiendo refuerzos de tropas y elementos de guerra en abundancia y regularmente, hecho que obligó al general Villa a prolongar el asedio a las fortificaciones enemigas sin haber logrado resultados decisivos en varios días. El hecho de que el general Villa no haya ni siquiera intentado cortarles a los federales esa vía de comunicación, no es un misterio.

Las consecuencias del descalabro sufrido por los federales en la batalla de Torreón, no se hicieron esperar: El general federal Joaquín Maass, comandante de la División del Nazas, concentró poderosos elementos en San Pedro de las Colonias, amenazando a Villa por el oriente y otros elementos de la Federación, fuertes en 8,000 hombres, por el lado de Paredón. Posteriormente se comprobó, que en Paredón había 5,000 hombres al mando de los generales Ignacio Muñoz y Francisco Osorno, y en Ramos Arizpe, Pascual Orozco con 3,000 irregulares, con Caraveo, Landa y el valiente Manuel Gutiérrez, teniendo Osorno y Muñoz abundante artillería. Era seguro que los federales tratarían de organizarse a todo trance, para lo cual no ahorrarían esfuerzo, tratando de atraer la atención del general Villa hacia varios puntos a la vez, obligándolo a dividir sus efectivos para batirlo, con mayores probabilidades de éxito.

Pero, el general Villa comprendió desde luego la necesidad de evitar que los federales se repusieran de los descalabros que habían venido sufriendo y que acumularan elementos de guerra en cantidad peligrosa, y se dispuso a no darles tregua, para cuyo objeto se planeó mandar varias brigadas a combatir a San Pedro de las Colonias, cuya dirección estaría encomendada al general Tomás Urbina. Esta determinación se tomó después de una conferencia que el general Villa sostuvo con sus principales jefes, en la cual todos los generales expresaron libremente sus impresiones.

Desde el día 8 de marzo de 1913, que el general Villa con nueve hombres inició la lucha en el norte, hasta la fecha de tomar Torreón, 13 meses de lucha constante, ha tenido que lamentar 2,000 bajas y cerca de 2,500 heridos que se encuentran distribuidos en los hospitales de Parral, Chihuahua y Ciudad Juárez. Estas bajas han sido cubiertas con creces en esta fecha; de todas partes afluía gente a Torreón, a incorporarse al general Villa. (De los 9 hombres que acompañaron a Villa el día 8 de marzo de 1913, sólo quedan con él 7, Pedro Sapién murió en el combate de Torreón, Juan Dozal se separó de Villa).

La ciudad de Torreón, era en aquella fecha, persa de febril actividad. Se organizaban nuevos cuerpos bajo el mando de nuevos jefes. Se acoplaban refuerzos en las tropas que arribaban a Torreón a incorporarse a la División del Norte. De Zacatecas llegó el coronel Pancho López, con un fuerte contingente de tropas, con sus jefes: Amado Zúñiga y el aguerrido Porfirio Agüero, de Cuencamé, Dgo. Con esa gente iba el hoy capitán Ambrosio Calderón Rosales. Se organizaron nuevas brigadas. La Bracamontes al mando del general Pedro Bracamontes, con los coroneles Macario Bracamontes, Manuel Bracamontes, Indalecio Godoy, Juan Fermiza, teniente coronel Pascual Contreras, los mayores Francisco Valles, de Camargo, Chih., el mayor José Manuel Contreras, el general Hernández, capitán Manuel Gutiérrez (a éste el general Villa le decía el *Kirique*), teniente Valente de Anda, de Jiménez, Chih., teniente Arcadio Rodríguez (a quien posteriormente lo hicieron, perdedizo, durante la campaña almazanista (1941) en Torreón Coah.). Se organizó la brigada Guerrero al mando del general Agustín Estrada, con los coroneles Julián Granados, Cruz Domínguez, teniente coronel Valentín Vázquez, Julián Pérez, Alejandro Aranda, Leovigildo Gómez, Gumersindo Estrada.

Se acoplaron muchos y nuevos elementos en las brigadas Juárez de Maclovio Herrera, Cuauhtémoc de Trinidad Rodríguez y en la Zaragoza, que siendo de Eugenio Aguirre Benavides, la mandaba en esa ocasión el general Raúl Madero.

En aquella tarea de organización de hombres y suministros intervinieron jóvenes oficiales que el general Villa había venido formando, los cuales

demostraron que a más de inteligencia y preparación técnica en estas labores se requería aplomo, energía y la firme decisión de servir con lealtad.

El día 3 de abril, por la noche salió de Torreón, la vanguardia de la brigada Robles, con los generales Sixto Ugalde y Canuto Reyes y poco después el grueso de dichas fuerzas. Siguió la Zaragoza, con Raúl Madero; E. Aguirre Benavides permanece en Torreón, como comandante militar de la plaza. Luego los regimientos del coronel Ernesto García y del teniente coronel R. Colunga, del teniente coronel José Borunda y el del coronel Eulogio Ortiz, todos de la brigada Benito Juárez de Maclovio Herrera. Y por último los batallones del general Luis Herrera con el teniente coronel Martín López y Chón Murga, todas estas tropas quedaron bajo la jefatura del general Urbina que iba al frente de su brigada Morelos.

Para el día 5, amaneciendo, ya se habían concentrado las brigadas: Contreras, Guadalupe Victoria, la Madero y se había incorporado el regimiento del coronel Toribio de los Santos y la brigada Chao, que mandaba el coronel Sóstenes Garza, más las tropas del general Agustín Estrada.

Todas estas fuerzas ocuparon su sitio de acuerdo con el plan que se trazó para atacar San Pedro de las Colonias, mismo que fue propuesto por el general Tomás Urbina y aprobado en principio por el general Villa.

Se tendió el frente de batalla en una línea cuyo centro lo ocuparon las brigadas de Urbina, José E. Rodríguez, Rosalío Hernández y Maclovio Herrera, que es donde quedó la jefatura de operaciones. Este centro estaba al poniente de San Pedro, y se extendía a la derecha es decir, hacia el sur, con las brigadas de Calixto Contreras que, por hallarse herido, las mandaba el coronel Severino Ceniceros; la Robles, la Zaragoza al mando de Raúl Madero; por el lado izquierdo se desplazaron las fuerzas de las brigadas de Toribio Ortega, la Victoria de Miguel González, los regimientos de Agustín Estrada y el de Toribio V. de los Santos. Esta línea formó casi un semicírculo.

Se inició el avance de los constitucionalistas por las fuerzas del centro y el día 6 de abril, amaneció con las fuerzas revolucionarias a menos de un kilómetro de la estación de San Pedro de las Colonias, es decir, de los suburbios de dicha población. Los federales estaban atrincherados detrás de grandes pacas de algodón en hileras y gracias a tan buenos parapetos lograron detener el avance de los constitucionalistas. Atacaban: José Valles y Joaquín Terrazas.

Las avanzadas de la Zaragoza —Julio Piña— se tirotearon con la caballería federal (2,000) que luego se supo era la gente del inquieto general Benjamín Argumedo que, sin ánimo de pelear formalmente, se coló para San Pedro de las Colonias. El día 7 por la mañana, las avanzadas que ocupaban la Candelaria avistaron una columna de caballería, y se aprestaron a hacerle frente. Resultó ser la misma caballería del general Argu-

medo que trataba de regresar por el mismo camino que había andado el día anterior. Tuvo que regresar a San Pedro, tras de encontrarse con los soldados del buen Raúl Madero, dejando algunos prisioneros, varios heridos y muertos.

El día 8 de abril, se sostuvo un furioso encuentro entre una columna de caballería como de 2,000 hombres que se protegía con artillería. En esta acción tomó parte la gente de la Durango, de Ceniceros, el regimiento de Maclovio Sánchez y de la Robles, del coronel Margarito Salinas.

El general Villa, según sus *Memorias,* dice que él tuvo conocimiento de que aquellas tropas federales fueron mandadas por el general Joaquín Maass en ese combate, frente a Santa Elena, Coah. Y que dicho movimiento tuvo por objeto facilitar la salida de Argumedo que conducía 500,000 cartuchos para el general José Refugio Velasco, que le esperaba en el pueblo de Soledad, Coah.

Dice el capitán Martín D. Rivera: «El día 9 de abril mi general Villa al frente de los oficiales ayudantes de estado mayor y su escolta, con la cual iba yo, llegamos al puesto de mando del general Tomás Urbina a San Pedro de las Colonias. Acompañaban a mi general Villa los jefes, Benito García, Rodofo Fierro, Nicolás Fernández, Cruz Domínguez y otros muchos que esperaban órdenes. Cuando salimos de Torreón, nosotros íbamos a la cabeza de las tropas de la brigada Cuauhtémoc que accidentalmente la mandaba el coronel Isaac Arroyo. Fue precisamente durante esa marcha, cuando me enteré por los demás compañeros de que se había ido para Chihuahua el coronel Martín Triana cuando el general Villa había ordenado que se le aprehendiera. Pues sucedió que durante los combates de la noche del día 1º de abril en Torreón, Triana había abandonado su puesto dejando solos a sus oficiales y se había ocultado y que había robado a un comerciante de abarrotes. El mayor Jesús María Ríos se lo iba platicando a los hermanos Juan y Ramón Vargas».

El coronel Candelario Cervantes, que en esa fecha era mayor, salió herido de un brazo en la batalla de Torreón la noche del día primero de abril, pero la bala no tocó hueso y ya iba incorporado en la escolta. Es a quien el general Villa comisionó al frente de 20 hombres de la escolta para que se pusiera al mando del coronel Severino Ceniceros y entre ellos iba Martín D. Rivera.

Sigue su relato el capitán Martín D. Rivera: «El día 10 de abril para las tres de la tarde, según el recuerdo de los compañeros de esa acción, ya estaban combatiendo frente al enemigo del lado del Panteón. Desde esa mañana, y ya eran las cinco de la tarde, no habíamos bebido un trago de agua. A esa hora se ordenó la retirada por la proximidad de las fuerzas federales que venían de Soledad, al mando del general Velasco. Nosotros, Candelario y yo, estábamos cerca del coronel Ceniceros

y de Santos Sánchez, cuando llegó un oficial con la orden del coronel Raúl Madero para que nos replegáramos y esperáramos órdenes. Esa noche el coronel Severino Ceniceros nos obsequió dos monedas de plata del dinero que ellos habían acuñado en Cuencamé, Dgo. Junto al coronel Ceniceros estaba el ahora general Lorenzo Ávalos que vive en Jiménez, Chih., y el coronel González.

»Se comentaba que el combate había sido desastroso para el enemigo, porque solamente en el Panteón había sufrido cientos de bajas y por la Estación había quedado el terreno sembrado de cadáveres, en 10 horas de combate sin tregua.

»Sería la medianoche y habíamos cenado con el coronel Severino Ceniceros cuando llegaron Pedro Fabela y Félix Guzmán. Yo hice amistad con el coronel Félix Guzmán y lo traté bastante y durante los últimos días del mes de agosto de 1915, me tocó presenciar su muerte. Sucedió que regresábamos al norte en la columna volante que al mando del general Canuto Reyes, con los generales Rodolfo Fierro, José Ruiz y Tiburcio Maya, mandó el general Villa a la retaguardia del general Obregón, y cuando ya de regreso pasábamos por el estado de Zacatecas, al llegar a la hacienda de Jaralillo, allí encontramos al general Félix Guzmán y enterado el general Canuto Reyes que éste se había rendido al enemigo que mandaba el general Eduardo Hernández, lo mandó aprehender y lo increpó diciéndole:

»—¿No me prometiste esperarnos? ¿Dónde está el caballo que te regalé?

»Se había pasado al enemigo con todos los elementos que se le habían confiado y por eso lo mandó fusilar».

Al aclarar, se presentó el mayor Juan B. Vargas con una orden del general Villa, y acompañado de sus oficiales fue al puesto de mando de la división. Lo acompañaban los mayores José Castro y Adolfo Rosales. Estos llegaron a coroneles en 1915.

«Mientras tanto —prosigue el capitán Rivera—, llegó el capitán Margarito Machado, de Paraje, Dgo., con la noticia de que ya habían concentrado una gran partida de ganado y comenzado a matar reses para la tropa. En esos momentos pasaba la artillería del coronel Raúl Madero. Por el mayor Juan B. Vargas supimos que el general Villa iba a tener junta de generales para trazar el plan del ataque que se iba a dar. "La hora de iniciarse no la sé" —nos dijo el mayor Vargas.

»Entre tanto, nos incorporamos a la escolta con el mayor Juan B. Vargas. Nos municionaron 200 cartuchos y un morral de parque máuser para carabina, por plaza.

»Cuando las fuerzas constitucionalistas del coronel Raúl Madero, que eran las que ocupaban la extrema derecha, comenzaron a retroceder, corrió

la voz de que era necesaria la presencia del general Villa, sin comprender que aquel repliegue obedecía solamente a una medida de protección, para evitar ser envueltos por las fuerzas de Velasco que se acercaban a San Pedro.

»Para las 8 de la noche ya todas aquellas tropas se hallaban dentro de la población. Cuando esto sucedía, el general Villa se encontraba en Concordia.

»El día nos amaneció esperando la orden de combate. Dentro de San Pedro se habían reunido los dos ejércitos de la federación. El general Velasco que, derrotado en Torreón, había de hacer frente, una vez más, al temible Villa, que al frente de sus brigadas se preparaba para dar una batalla decisiva, con el ánimo de destruir allí a la mejor de las fuerzas que Huerta ofrecía al avance triunfante de la División del Norte.

»El día 12 de abril, por fin, comenzamos a avanzar, acercándonos y tomando posiciones frente al enemigo. Entre las brigadas Guadalupe Victoria y la Madero, se desplegó en formación de combate el regimiento de Agustín Estrada; lo sostenía el regimiento del coronel Julio Acosta, con la gente de Témoriz, Guazapares, Yoquivo y Ciudad Guerrero, Chih. Toda esta gente era de la vieja guardia. El capitán Julián Pérez, de Pedernales, y los ex-vaqueros de la hacienda Rubio, al mando del valiente Belisario Ruiz y los hermanos Jalomo, de San Pedro de Madera, Chih.».

Serían las 3 de la mañana del día 13 de abril, cuando los constitucionalistas de la División del Norte listos, fusil en mano, esperaban la orden de ataque que había de dar el general Villa, desde su puesto de mando. A las 3:30 se inició el asalto general sobre la plaza de San Pedro de las Colonias. Durante los primeros momentos se pudo apreciar que la victoria se inclinaba de parte de los constitucionalistas. El coronel Miguel González, con los mayores Mercedes Luján y Domingo Gamboa por un lado y Manuel Tarango y Juan Pedraza, de la gente de la brigada Cuauhtémoc por otro, llegaron hasta cerca del cuartel general del general Joaquín Maass.

El estruendo de la fusilería y cañones y bombas de dinamita era sencillamente infernal. Cerca del cuartel general enemigo se produjo un encuentro verdaderamente furioso y los constitucionalistas se sostuvieron a pesar del tremendo fuego de los federales y después de una media hora de combate llegaron los escuadrones de la gente de la brigada Madero, al mando de los capitanes Alberto Carbajal, Aureliano Rodríguez y Juan Madrid, con el mayor Manuel Acosta y reforzaron a los aguerridos chihuahuenses. Con el general Agustín Estrada iban muchos muchachos exmineros del mineral de Cusihuiriachic, Chih., muy hábiles en el manejo de la dinamita, y todos atacaban a los federales con bombas de dinamita. ¡Viva Villa!, grito que se oía por todo el frente de batalla de los revolu-

cionarios, que combatían con mucho denuedo contra doce mil federales que constituían la flor y nata del ejército de Victoriano Huerta.

Los coroneles Margarito Salinas, Maclovio Sánchez y teniente coronel Santiago Ramírez, en combinación con las fuerzas de Faustino Borunda, de la brigada Morelos y el coronel Eladio Contreras, desbandaron a los federales desde los primeros asaltos.

Por el lado de la estación, los constitucionalistas, al mando del general Tomás Urbina, avanzando en medio de las brigadas Villa y Herrera, ocupaban posiciones del enemigo en su avance tan dentro de la zona enemiga, que la artillería federal tuvo que suspender momentáneamente su fuego. El enemigo estaba retrocediendo ante el empuje de los hombres de Pancho Villa, que avanzaba sin cesar conquistando terreno enemigo, al cual iba quedando sembrado de cadáveres. ¿Qué no? Que lo digan los supervivientes de los Leales de Camargo y los namiquipenses del coronel Andrés U. Vargas, como también los sobrevivientes de la escolta del general Villa, capitán José Torres Rocha, capitán Jesús Téllez Cedillo, los hermanos del general Albino Aranda y el propio general de división Nicolás Fernández, que fue testigo ocular de todos estos hechos de armas gloriosos.

Serían la 3 ó 4 de la tarde, cuando la caballería federal de Argumedo trató de hacer una salida por el lado sur, cual si tratara de ejecutar un movimiento envolvente por el lado donde estaban la gente de Raúl Madero de José Isabel Robles y las brigadas Juárez de Durango. Siendo los federales batidos por lo vigoroso del ataque de los constitucionalistas, retroceden y se alejan en desorden rumbo a Saltillo. A la misma hora, los constitucionalistas de los generales Toribio Ortega, Orestes Pereyra y los batallones del coronel Luis Herrera, se enfrentan a la caballería huertista de Juan Andrew Almazán. Unos 20 minutos después de estos hechos, corrió la orden a lo largo de todo el frente, de arreciar el ataque porque se consideraba que el enemigo ya estaba por abandonar sus posiciones. Para esa hora se apreciaban muchas humaredas de incendios que los federales estaban provocando.

Ese día 13 de abril, el general Villa obtuvo una doble victoria: hizo pedazos a dos ejércitos federales en la batalla de San Pedro de las Colonias. Para ganar esta batalla, el general Villa tuvo que sostener una lucha encarnizada y su plan se basó, como de costumbre, en la rapidez de movimiento y aprovechando al máximo las sorpresas, tanteos y cargas de caballería.

Se enfrenta a un enemigo fuerte de 12,000 hombres mandado por los mejores generales federales y ayudados por los irregulares: Almazán, Argumedo y Campo. Sin embargo, la audacia y rapidez con que efectuó

sus movimientos, sorprendió y arrolló por el movimiento envolvente que el propio general Villa, personalmente, dirigió.

Sucedió que durante lo más álgido del combate, el coronel Rafael Castro, bajó de su caballo a levantar el sombrero del general Villa que se le había caído y, en ese instante, recibe un rozón de bala por la sien, sin herirlo; pero cayendo al suelo desplomado. Los capitanes José María Jaurieta y José E. Fernández bajan de sus bestias a fin de auxiliar a Castro y Fernández recibe un balazo en la pierna derecha y a Jaurieta le matan su caballo. Tan dentro del combate andaba el general Villa, seguido de sus temerarios guardias, que siempre acudían a los lugares de más peligro para conseguir la victoria.

El general Villa se hizo cargo de la dirección de aquella batalla que comenzó a las tres y media de la mañana, y para las primeras horas de la noche, ya los constitucionalistas eran dueños del campo de combate. Los federales abandonaron la población en completa derrota y en situación desastrosa. El general Villa no ordenó la persecución de los federales porque sus hombres tenían combatiendo desde el día 20 de marzo y tanto hombres como bestias se encontraban ya incapacitados para exigirles mayores sacrificios. Como de costumbre, Villa basó su plan de ataque en la rapidez de movimiento y cargas salvajes sobre las fortificaciones enemigas. Las bajas fueron tremendas, pero ante el hecho de la derrota de los federales, la gloria de esta victoria le pertenece al ejército del pueblo y a su rudo y astuto general: Francisco Villa. Un motivo más de envidia para los eternos malquerientes.

Así vio este combate el coronel José María Jaurieta que en aquella fecha era capitán ayudante del general Villa y, posteriormente, me confirmó los mismos detalles el teniente coronel Reynaldo Mata, que al igual que Jaurieta y Nicolás Fernández siempre estuvo cerca del general Villa.

Por ser muy importante esta victoria de los constitucionalistas y para darnos cabal idea de este hecho, reproduzco el parte que el general Francisco Villa, telegráficamente, rinde al primer jefe del ejército constitucionalista Venustiano Carranza, que se hallaba en Chihuahua:

«San Pedro, Coah., 14 de abril de 1914. —Primer Jefe— Chihuahua. Confirmó en todas sus partes mi anterior, agregando que el enemigo en número de 12,000 hombres estaba comandado por los generales Velasco, Valdés, Maass, Caso López, De Maure, García Hidalgo, Romero, Mariano Ruiz, Arturo Alvarez, Monasterio, Bátiz, Paliza, Aguirre Cárdenas, Corrales, Campa, Argumedo y otros poco conocidos. En su precipitada fuga abandonaron trenes, mucho material rodante, once cañones, los más inutilizados, varios cientos de granadas útiles; carros de municiones, ambulancias y muchos heridos. Antes de salir forzaron a las familias para que abandonaran la plaza; después incendiaron el mercado, el hotel México, el Almacén

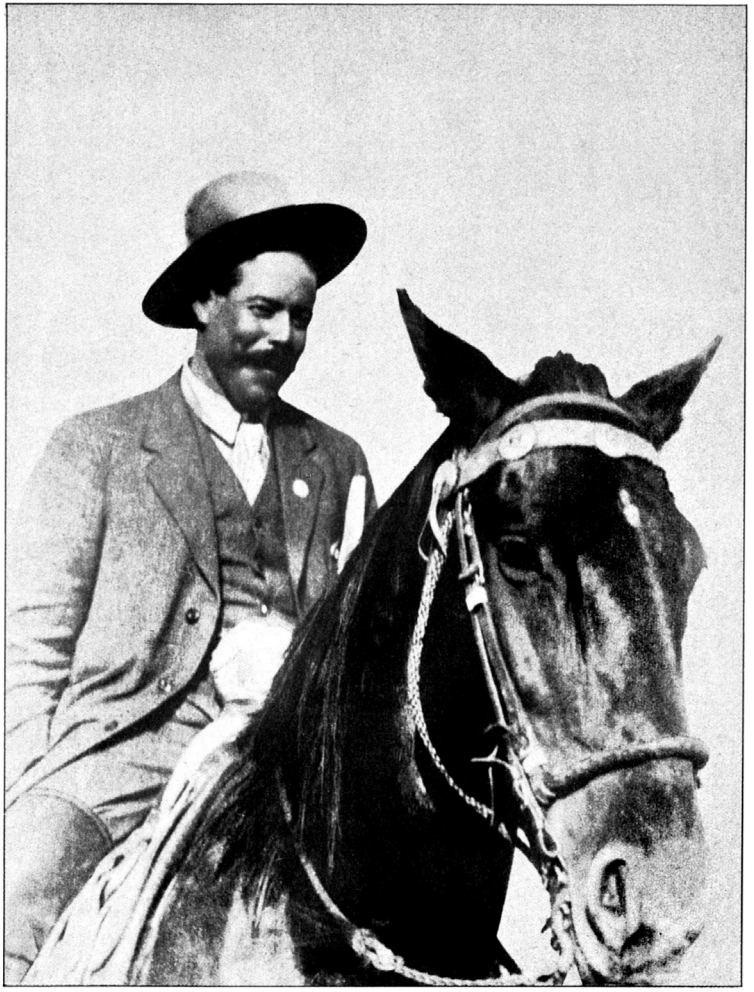
"Las Amazonas" y todas las propiedades de los señores Madero. Son incalculables las pérdidas sufridas por este acto de barbarie. Afortunadamente no lograron incendiar el resto de la población, porque los elementos civiles y nuestras fuerzas impidieron que se propagara el fuego. Según datos fidedignos, el resto de las divisiones aquí reunidas caminan desordenadamente y en las peores condiciones. Todos los habitantes, ricos y pobres, han sufrido diez días sin nada que comer; me preocupo por remediar este mal. No puedo calcular todavía el número de bajas hechas al enemigo, pero puedo asegurar que pasan de tres mil quinientos muertos, heridos, prisioneros y dispersos. Por nuestra parte, seiscientos cincuenta heridos, no contándose ningún jefe, mayor de coronel. No terminaré de levantar el campo hasta mañana, porque es muy extenso. Me permito insistir sobre el pronto envío de dinero para poder levantar a esta comarca, así como satisfacer las necesidades de los 16,000 hombres a mis órdenes. Me es satisfactorio comunicar a usted que todos los brigadieres a mis órdenes supieron cumplir con su deber. Dígnese aceptar el cariño y subordinación de siempre.

»El general en jefe de la División del Norte
Francisco Villa».

El general Villa solicitaba dinero del primer jefe del ejército constitucionalista a sabiendas de que no disponía de fondos suficientes ni para los gastos de sus hombres. El general Villa sabía que el primer jefe, con promesas y engaños, había despojado al señor gobernador Maytorena de los fondos en metálico que de su propio peculio tenía depositados en un Banco de los Estados Unidos. Los jefes villistas y otras personas que estuvieron cerca del general Villa suponen que éste quería que el señor Carranza reconociera y lo confesara que no disponía de fondos para ayudar a las necesidades, siquiera en parte, de los fabulosos gastos que se hacían para el sostenimiento de la División del Norte. El general Villa, se notaba, quería ser grato al Primer Jefe.

Villa disponía del dinero que se había fabricado en la ciudad de Chihuahua. Los primeros millones salieron el día 10 de febrero de 1914. No estaban firmados por el general Villa como algunos escritores han asegurado, sino por el general Manuel Chao y el señor J. M. Muñoz y Sebastián Vargas Jr.,

Primero se pagaron los haberes de la tropa y luego se repartieron varios millones en víveres entre la gente pobre. El general Villa ordenó publicar un decreto con la amenaza de prisión y fuerte multa a todo aquel que se niegue a reconocerlos por el valor oficial. El comercio protestó y despreció el papel moneda, al principio, pero luego todos cooperaron y todo caminó como por sobre rieles.



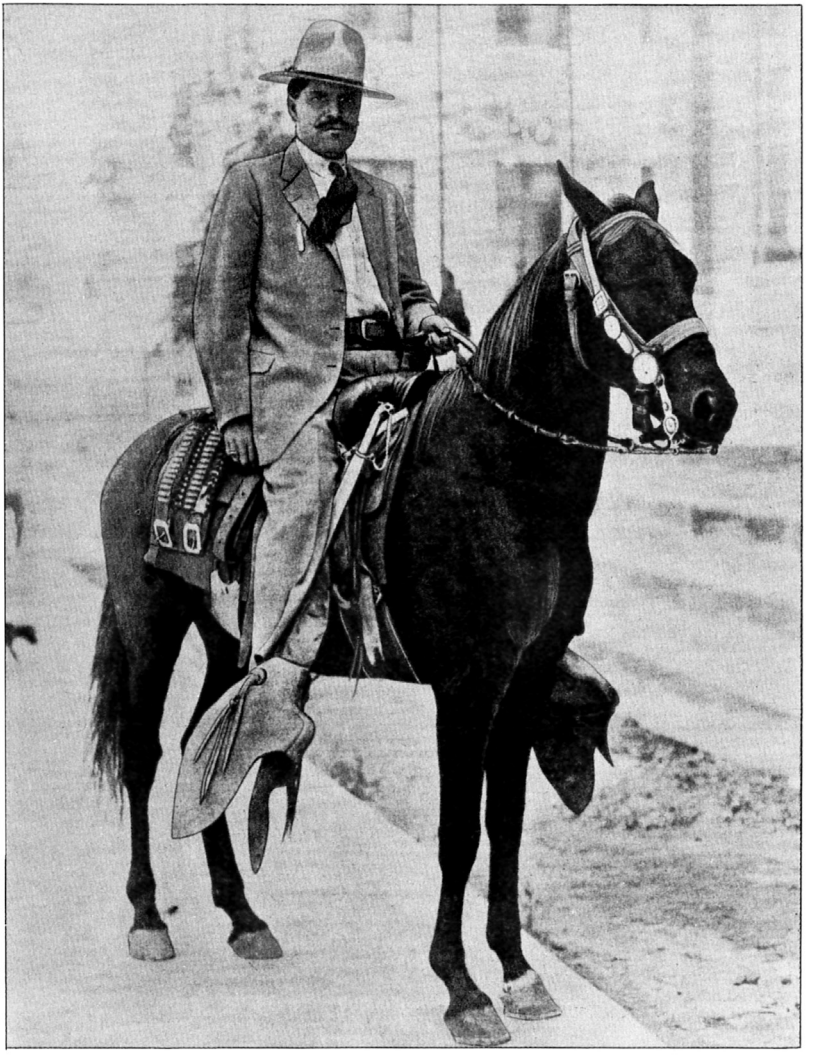
Pancho Villa montando la yegua negra, obsequio del Sr. Madero, por su hazaña al desarmar a los jefes rebeldes José Inés Salazar, Lázaro Alanís y Luis García y sus fuerzas, en sus propios cuarteles, sin disparar un solo tiro, en abril de 1911, en Casas Grandes, Chih., durante el avance de los revolucionarios hacia Ciudad Juárez, Chih.

Clave secreta, usada por Pancho Villa, para transmitir mensajes Militares.

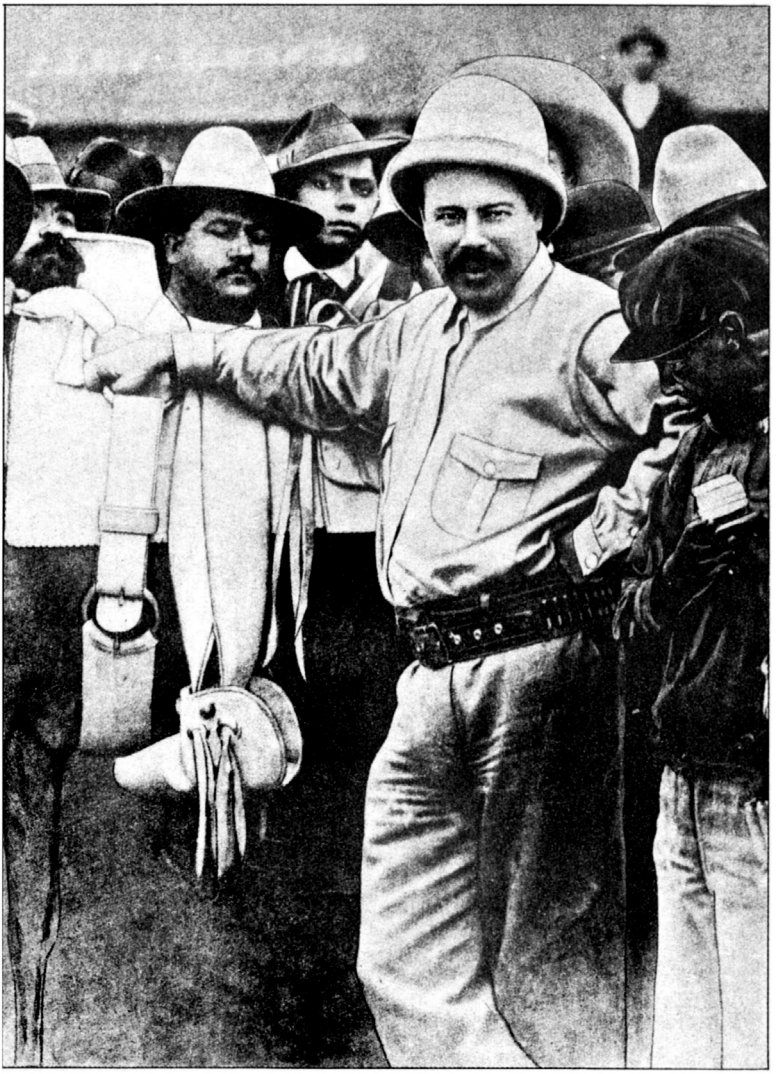
Tabaco.....	Gral. Villa--encuéntrase en
Mandema ( ) Kilos.....	Tras ( ) hombres
Azúcar.....	Canuto Reyes
Puros.....	Pablo C. Seáñez
Cigarros.....	Calixto Contreras
Lunes.....	Alrededores de Chihuahua
Martes.....	" " " Casas Grandes
Miércoles.....	" " " Villa Ahumada
Jueves.....	" " " Torreón
Viernes.....	" " " Durango
Sábado.....	" " " Parral
Domingo.....	" " " San Buenaventura
Enero.....	Urgente
Febrero.....	Necesita fondos.
Marzo.....	Todo está bien
Amigo.....	Avanza Hacia
Licores.....	Obregón
Naranjas.....	Gavira
Limón.....	Luis Herrera
Mango.....	Jacinto B. Treviño
Plátano.....	Elías Calles
Capulín.....	Sonora
Calabaza.....	V. Carranza
Boniato.....	Pablo González
Cuidado.....	Trenes de pasajeros corren cada
No hay cuidado.....	Trenes de carga corren cada
Libros.....	Solamente corren trenes militares hasta
Nueces.....	Rifles-- carabinas-- pistolas
Tinteros.....	Parque
Lápices.....	Urge conteste esta via
Maíz.....	El Paso, Texas
Cebada.....	New Orleans
Judías.....	Habana
Estúpido.....	Cónsul Carrancista
Guayaba.....	Comuníquese con Gral. Villa

a-r	e-g	i-k	m-l	q-n	u-p	y-s
b-f	f-a	j-e	n-t	r-y	v-w	z-m
c-q	g-c	k-b	o-i	s-x	w-u	
d-z	h-d	l-h	p-j	t-o	x-v	

Es copia auténtica del archivo del Coronel A. G. Morentín.



General Rodolfo Fierro en Chihuahua, el 16 de septiembre de 1914, montado en la yegua con la que se ahogó, un año más tarde, en la laguna de los Mormones, víctima de su imprudencia.



El general Villa a su llegada a la Ciudad de México, en junio de 1914. Detrás, con sombrero tejano, el general Miguel Baca Valles.

Una vez que se hubo levantado el campamento de batalla en San Pedro de las Colonias, el general Villa dispuso que Parras de la Fuente y demás lugares a lo largo de la vía, de ahí a Torreón, fueran guarnecidos por fuerzas que él designó.

En cuanto el general Villa terminó de levantar el campo y organizar los servicios públicos en San Pedro, emprendió la marcha rumbo a Torreón, de donde prosiguió hasta la ciudad de Chihuahua, acompañado de su estado mayor y famosa escolta. Era el 15 de abril de 1914. Fue en esa ocasión cuando, al sostener una conferencia con el general Angeles, tuvo esta exclamación: "Para ganar esta batalla, he tenido que *arriar con una recua* de 22 generales". El mayor Juan B. Muñoz es uno de los sobrevivientes que estaba cerca del coronel Vargas cuando el general Villa tuvo esa expresión.

Densas columnas de tropas se desplazaban por los caminos, levantando una nube polvosa que hacía trabajosa la respiración de los soldados. El general Villa, que jamás saciaba su sed de acción, había recorrido el campo de la lucha y ahora rebasaba las cabezas de las columnas al galope de su brioso corcel, seguido de su escolta. Nada escapa a su ojo avizor. Se multiplicaba para estar en todas partes donde era necesaria su presencia. Hombre fuerte y leal compañero. Cuando llega a Torreón, se encuentra con una densa multitud de gente de todas las condiciones frente al cuartel general que tratan de verle. Todos quieren conocerlo.

Por lo demás, se sigue la tradicional costumbre de las antiguas revoluciones. Toda la población civil secundaba al movimiento revolucionario adhiriéndose a éste en los momentos de victoria... La población civil estaba encantada, por doquier se veían gentes de la clase pobre cargando bultos. Y, como afluía de los lugares circunvecinos, había gente amontonada por todos lados y la clase media vivía en fiesta. Por todas partes se encontraban los cilindreros tocando con sus cilindros la popular "Adelita", "Jesusita en Chihuahua" y "La Cucaracha". Hombres, como vulgarmente se dice, armados hasta los dientes, recorrían las calles... ¡Viva Villa!.. ¡Viva la Revolución! grita el populacho. La gente trataba de conocer y ver de cerca al general Villa. Todo el mundo quería conocer al "Centauro del Norte", al "Tigre del Norte" y al "Ciclón del Norte", como le decían unos y otros, al valiente Pancho Villa. La gente humilde se apiñaba cerca de los campamentos y cuarteles esperando que se les diera un pedazo de carne... Torreón era presa de una actividad que jamás antes había visto. Salían y llegaban trenes... La gente gritaba al paso de las tropas: "aquél es el general Herrera"; "allí va Martín López, mira qué joven es". "Ahí viene Nicolás Fernández; ese es Baca Valles". En la estación central, se apiñaba la gente pobre a recibir un tanto de maíz y frijol, que los constitucionalistas repartían entre la gente pobre. Las tiendas de toda clase se

mantenían abarrotadas de gente civil y militar. Los hoteles estaban atestados de jefes y oficiales. Todas las noches había serenatas públicas... Miles de retratos del general Villa circulaban entre la multitud. Lo recordaba el general Juan B. Vargas y posteriormente me lo confirmó el coronel José María Jaurieta.

Dejaremos por un momento al general Villa, para hacer un forzado paréntesis, para conocer los siguientes hechos: desde mediados del año de 1913, el señor don Venustiano Carranza, Primer jefe del ejército constitucionalista, tuvo que abandonar el estado de Coahuila, del cual era gobernador, ante la imposibilidad de hacer frente a las fuerzas federales de Victoriano Huerta.

El día 12 de septiembre del mismo año llega a Chinibampo, Sin., de donde manda al gobernador del estado de Sonora, el siguiente telegrama:

«Señor Gobernador de Sonora: Acabo de llegar a ésta acompañado de mi Estado Mayor y una escolta de caballería, habiendo recorrido los estados de Coahuila, parte de Zacatecas, todo el estado de Durango y parte de Chihuahua. En las cercanías de Torreón, a cuyo asedio concurrí personalmente, dí instrucciones a los Generales Calixto Contreras, Tomás Urbina, Cándido Aguilar y Orestes Pereyra y Coroneles Martín Triana, José Isabel Robles, Luis y Eulalio Gutiérrez, Sixto Ugalde y Eugenio Aguirre Benavides.

»En el trayecto para Durango, dí instrucciones, en Pedriceña, al general Pánfilo Natera. En la ciudad de Durango, al general Domingo Arrieta y gobernador ingeniero Pastor Rovaix. En Canatlán, se presentó el prestigiado ciudadano don Juan E. García, candidato popular que fue al gobierno de Durango y los de sus hermanos con las armas en favor de nuestra causa. De este último punto me dirigí a Tepehuanes, en donde dí instrucciones a los generales Manuel Chao y Maclovio Herrera, poniéndome en comunicación con los brigadieres Francisco Villa y Rosalío Hernández. En Durango, todas las vías están en poder de nuestras fuerzas; a mi paso por el Estado no había ningún ex-federal dentro de su territorio. Las fuerzas, al sur de Coahuila, están en posesión de Gómez Palacio, Lerdo y de la vía hasta Peronal, al norte, y hasta estación Marte, al oriente. Los numerosos pueblos por donde pasé son todos adictos a nuestra causa, habiendo sido objeto, como primer jefe del E. C., de entusiastas manifestaciones hasta en las más cortas poblaciones. Esta tarde continuaré mi marcha hasta El Fuerte, y espero tener pronto el gusto de verlo. Salúdolo afectuosamente.—*Venustiano Carranza*».

El día 14 de septiembre llega a El Fuerte, Sin., donde por primera vez se dan la mano el primer jefe del ejército constitucionalista y el futuro caudillo sonorense Alvaro Obregón. El señor Carranza llega escoltado por 150 hombres. Se saludaron en términos muy afectuosos y el general Alvaro

Obregón le da el trato de primer jefe. Esto es lo que más satisface al señor Carranza. El primer jefe era hombre de una pieza. Hombre de carácter entero, valiente, sereno y reposado. Sin embargo, se sintió emocionado con el recibimiento que le hacía el vencedor de Santa María y Santa Rosa.

Después de las presentaciones y saludos, el primer jefe y el general Alvaro Obregón se retiraron a un lado de las demás personas y, solos, conversaron por espacio de 45 minutos. Nadie pudo enterarse de lo que allí hablaron los dos jefes.

Emprenden la marcha rumbo a San Blas, Sin., juntos y de ahí para el estado de Sonora, pero, siempre, juntos el primer jefe y el genial Alvaro Obregón.

Mientras tanto, en la edición del día 18 de septiembre de *La Voz de Sonora,* se anunció que el gobernador del Estado don José María Maytorena, salió para San Agustín de Arriba, a recibir al señor Carranza, y que al día siguiente llegarían los dos jefes a Hermosillo.

El día 20 del mismo mes llega el primer jefe y su comitiva a estación Maytorena, Son., donde lo esperaba el gobernador de Sonora.

Reproduzco un extracto de lo escrito por el señor Adolfo Wilhelmy, quien, siendo redactor de *La Voz de Sonora,* hizo la crónica de la llegada del primer jefe:

«El señor Maytorena y su comitiva avanzamos al encuentro de los que llegaban, mientras don Venustiano, deteniendo su caballo, echaba pie a tierra con agilidad de jinete consumado y salvaba con andar firme y continente majestuoso, la distancia que lo separaba del gobernante sonorense, tendiendo la diestra:

»—¿Cómo está usted, señor gobernador?

»—A las órdenes de usted, jefe.

»El desfile se organizó a pie por la polvosa carretera. Abrían la marcha don Venustiano Carranza, ataviado con un modesto uniforme de holanda, color claro, pantalón de montar y bota fuerte, tocado con un sombrero texano de anchas alas y anudado al cuello un blanco pañuelo de seda. El gobernador Maytorena y los generales Obregón, que había ido hasta San Blas a recibir al jefe, y Salvador Alvarado; seguíamos la comitiva que acompañó al gobernador desde Hermosillo; después, la escolta personal del señor Carranza y, por último, las tropas que se iban incorporando a la marcha conforme avanzaban los que les precedían.

»Llegamos a Estación Maytorena en medio de vítores atronadores entre los que predominaba el grito estentóreo de la muchedumbre: "Viva Madero".

»Una vez instalados en el carro expres, sonó un nuevo toque de atención y el primer jefe, parado en medio de la ancha puerta, saludó a

las tropas agitando su sombrero; con un ademán reclamó silencio y habló brevemente elogiando el patriotismo de los sonorenses, excitándolos a seguir la lucha hasta vencer.

»¡Viva Madero!, respondieron aquellos miles de hombres ahí congregados.

»Don Venustiano, visiblemente contrariado, yo le observaba atentamente y pude percatarme de ello, se retiró algunos pasos hacia el interior del carro y llamando por señas al licenciado Fabela, le dijo:

»—Es menester, licenciado, que hable usted a esa gente y les haga comprender que ya Madero es sólo un símbolo y que nuestro grito de guerra debe ser otro y de hoy en adelante: "¡Viva el Ejército Constitucionalista!", por ejemplo. Vaya usted, licenciado.

»Fabela cumplió el encargo, terminando su arenga: "¡Viva Venustiano Carranza!" "¡Viva el Ejército Constitucionalista!"

»Los que estábamos en el carro y una pequeña minoría de los circunstantes, secundamos el vítor "Viva Carranza", pero una abrumadora mayoría de yaquis y mayos gritaba a más no poder: "¡Viva Madero!" "¡Mueran los pelones!"

»Don Venustiano, impaciente y nervioso, tiraba suavemente de sus luengas barbas, mientras alguien disculpaba:

»—No han entendido al licenciado, señor; la totalidad de inditos que usted ve no habla ni entiende el español. A eso se debe su incomprensión.

»No sé por qué, en esos momentos, pensé pesimista: —Este es el primer disgusto del jefe, en Sonora. ¿Cuántos, más irá a recibir o a originar?

»El señor Carranza pareció aceptar la disculpa y solicitó de don Pepe, como familiarmente llamaba todo mundo al demócrata y popular gobernador, se continuara la marcha hacia Hermosillo.

»El camino de regreso a la capital sonorense, hecho ya en tres largos trenes preparados al efecto, fue una verdadera marcha triunfal de cuyos más mínimos detalles daba yo cuenta a *La Voz,* por telégrafo. La dirección había mandado colocar en la puerta de los talleres del periódico y en la estación del ferrocarril, grandes pizarrones donde aparecía constantemente el texto de mis mensajes, escritos en grandes caracteres, para conocimiento de las compactas muchedumbres reunidas en ambas partes».

*
* *

Llega a Sonora el señor Carranza en condiciones lamentables, tanto en lo militar, como en lo económico. Encontrándose con la grata sorpresa de que el general Alvaro Obregón ya había limpiado de federales el estado de Sonora.

Por lo tanto, allí en Sonora, podría el primer jefe, descansar y organizar su gobierno, con calma y sin peligros. Pues, si en el general Obregón ha encontrado el apoyo militar, en el señor Maytorena ha encontrado el apoyo económico que tanta falta le hace. Es opinión general que, sin estos apoyos, que encontró en Sonora el primer jefe, ahí habría terminado su aventura, quedándose rezagado, con su comitiva disuelta y él, en el último de los casos, pasándose a los Estados Unidos. El apoyo militar y económico que Sonora le brindó al señor Carranza, fue determinante.

Las consecuencias de aquella conversación que a solas sostuvieron el primer jefe y el general Alvaro Obregón, no se hicieron esperar; al agradecer profundamente aquellas demostraciones de simpatía popular y adhesión oficial, expresó el señor Carranza que con esa fecha, 20 de septiembre de 1913, la primera jefatura de la revolución designaba jefe del cuerpo del ejército del noroeste, al general Alvaro Obregón. El primer jefe había cedido ante la elocuencia del general Alvaro Obregón.

A la llegada del señor Carranza, los constitucionalistas se hallan distanciados, divididos por cuestiones puramente locales.

A raíz del asesinato de los señores Madero y Pino Suárez, el señor Maytorena solicitó de la Legislatura del Estado permiso para separarse de su puesto por 6 meses. Se nombra gobernador interino al general don Ignacio Pesqueira. Pasa el tiempo, y cuando el señor José María Maytorena anuncia su regreso, por estar próxima la fecha en que se vence su licencia y estar de nuevo dispuesto a ocupar su puesto de gobernador del Estado, nace el disgusto entre los revolucionarios. Por un lado, los amigos del gobernador Maytorena y, por otro, sus enemigos, que no cesaban de atacarlo y expresar su inconformidad con que hubiera vuelto nuevamente a hacerse cargo del gobierno de Sonora, después de haber abandonado su puesto, en los momentos en que era necesario el desconocimiento al gobierno del general Victoriano Huerta por parte del gobierno sonorense. Los efectos de esta pugna han de repercutir en Chihuahua, desde el primer momento en que el primer jefe pise tierra chihuahuense. Por eso echo mano de los recuerdos de personas sonorenses distinguidas con el fin de conocer el origen de la tormenta de intrigas que se desató con la llegada del primer jefe a la ciudad de Chihuahua.

Mientras tanto, el primer jefe da principio a la organización de su gobierno y, entre otras cosas, manda llamar al general Felipe Angeles, que se encontraba en Europa. El señor Carranza procede en sus labores de organización como si ignorara la división que existía entre los jefes sonorenses.

El general Alvaron Obregón se pone al frente del cuerpo de ejército del noroeste e inicia su avance al sur. Para esa fecha, ya el general Benjamín G. Hill, había librado la célebre batalla de Los Mochis, Sin., donde

triunfó derrotando a los federales. En aquellos momentos el general Ramón F. Iturbe sostenía brillante combate contra los federales en el Puerto de Topolobampo, Sin, derrotando a los huertistas.

El Primer Jefe había trazado el plan militar que habría de ponerse en práctica en lo sucesivo. Los tres Cuerpos de Ejército de la Revolución deberían avanzar al sur para dar la batalla final en El Bajío, o sea en Guanajuato.

El Cuerpo de Ejército del Noroeste, al mando del general Obregón, avanzaría sobre Culiacán, Sin., Tepic, Nay., y Guadalajara, Jal. La División del Norte, comandada por el general Francisco Villa, marcharía sobre Torreón, Coah., y Zacatecas. El Cuerpo de Ejército del Noroeste, al mando del general Pablo González, avanzaría de Monterrey, Saltillo y San Luis Potosí.

Mientras tanto, llega el general Ángeles y desde el primer momento en que pisó tierra sonorense, fue atendido con toda clase de honores y atenciones por parte del Primer Jefe.

Algunos días después el señor Carranza nombra al general Felipe Ángeles Ministro de Guerra y Marina en su gabinete. El general Ángeles aceptó agradecido aquel nombramiento; pero declaró categóricamente: "Puedo serle más útil a usted y a la Revolución, en campaña".

El general Obregón, que al frente del Cuerpo del Ejército del Noroeste marchaba rumbo al sur, cuando tuvo conocimiento de que el primer jefe había nombrado Ministro de Guerra y Marina al general Felipe Ángeles, detuvo su marcha y regresó violentamente al norte. Se enfrentó al primer jefe. Nadie absolutamente, sabe qué fue lo que discutieron, porque ni el uno ni el otro externaron a nadie una sola palabra de lo que ellos trataron, solos, sin que nadie los haya escuchado. Todo lo que se sabe es que el general Obregón regresa a ponerse al frente de su ejército y que el señor Carranza mandó decirle al general Ángeles que había cambiado de manera de pensar y que no lo iba a nombrar ministro, sino subsecretario de ese ministerio. ¿Qué motivó dicho cambio tan repentino? ¿Qué razones hubo para que el primer jefe haya cambiado de manera de parecer? Nunca se ha sabido. Los motivos pudieron ser poderosos o no; pero lo que sí es un hecho irrefutable, es que la firmeza del primer jefe cedió ante la elocuencia del caudillo sonorense.

Era público y notorio que los subordinados del primer jefe de la Revolución, tanto los civiles como los militares y principalmente aquellos que habían sido discípulos del general Ángeles en el Colegio Militar, experimentaban cierto placer, ufanándose en humillarlo; rebajándolo y ofendiéndolo. Por tal motivo, el general Felipe Ángeles estaba resentido y disgustado.

Rememora el general Enrique León Ruiz: «Era yo capitán segundo, comandante del primer escuadrón del regimiento Voluntarios del Norte, que comandaba el mayor Ignacio C. Enríquez, hoy general, y formábamos parte de la escolta del señor Carranza; por lo tanto, me pude dar cuenta que desde la llegada a Sonora del general Ángeles, había mala atmósfera para este jefe, principalmente, entre aquellas personas que rodeaban al señor Carranza».

Ahora, invoco los recuerdos del señor José María Maytorena. Fue durante la administración del general Ramón Yucupicio cuando el señor José María Maytorena regresó a Sonora después de largos años de destierro en los Estados Unidos. Un día del mes de agosto de 1937, se reunieron varias personas amigas del exgobernador, en la huerta-casa del señor ingeniero don Casimiro Benard, en Hermosillo, en ocasión de una comida que obsequiaba el dueño de la misma. Después de platicar de muchas cosas del pasado, llegaron a los incidentes de la época de la Revolución, de lo cual todos tenían algo que recordar. El señor Maytorena fumaba un buen puro y decía: «Yo he desmentido categóricamente que mi disgusto con Alvaro Obregón hubiera tenido su origen en el nombramiento que de Jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste hiciera el señor Carranza, en favor de Obregón. Todos nosotros aprobamos dicho nombramiento, porque no había quien regateara a Obregón sus méritos como militar. Esperábamos que con dicho nombramiento en favor de Obregón, cesarían las hostilidades en contra de mi gobierno». Textual.

Poco rato después, dijo que: «No recordaba con precisión con qué motivo él le había hablado algo al primer jefe sobre Villa, y que el señor Carranza se había interesado vivamente por conocer cuál era su opinión respecto al general». Decía que él conservaba cartas que Villa le había escrito: una de la ciudad de México, estando preso; otra, de El Paso, Texas, y la última de Santa Isabel, Chih. Que en la primera de dichas cartas cartas Villa le hablaba del peligro en que se encontraba el señor presidente Madero. Que en la segunda carta le daba las gracias por la ayuda que él, Maytorena, le había impartido, consistente en $ 2,000.00 pesos y en la tercera le manifestaba que ya disponía de regular cantidad de dinero para equipar su ejército. Que se había apoderado de una gran cantidad de barras de plata y que en vista de que dichas cartas no contenían nada que comprometieran a nadie, él se las había mostrado al señor Carranza. Sin embargo, que desde ese día había notado cierto y marcado cambio en el señor Carranza hacia él.

Por esos mismos días, el general Ángeles, resentido por el trato de que a diario era objeto de parte de los hombres de la comitiva del Primer Jefe, visitaba con frecuencia al señor Maytorena, unas veces en su despacho y otras en su residencia. Que él, le había hablado al señor Enrique

Llorente para que hablara con el licenciado Luis Cabrera y vieran si podían convencer al general Villa de que el general Ángeles le sería de mucha ayuda y que solicitara del Primer Jefe los servicios del gran artillero. Que después de unos días supo que el licenciado Cabrera había telegrafiado al señor Carranza suplicándole permitiera que el general Ángeles cooperara a la organización de la artillería de la División del Norte. Que el mismo Villa había mandado otro telegrama al Primer Jefe solicitando los servicios del mencionado general Ángeles. Que el señor Carranza había accedido a que el general Ángeles se incorporara a la División del Norte; pero que 24 horas después de que el general Ángeles había salido para Chihuahua, el señor Carranza había vuelto a pensar diferente y había tratado de ordenar que Ángeles regresara. Que el señor Carranza había celebrado, con demostraciones de júbilo, todos los triunfos del general Villa, hasta aquel momento y que, de buenas a primeras, se había comenzado a decir pestes sobre éste, en los corredores y antesala del Primer Jefe.

Por fin, el día 26 de marzo de 1914, se formó en la plaza principal de Agua Prieta la tropa que habría de escoltar al Primer Jefe de la Revolución en su marcha a través del Cañón del Púlpito con destino a Chihuahua. Las tropas eran del cuarto batallón de Sonora y el regimiento de caballería Voluntarios del Norte. Como jefe de dicha escolta iba el coronel Francisco R. Manso. Ese mismo día, las fuerzas de la División del Norte se apoderaban de la plaza de Gómez Palacio, Dgo. Ya nadie dudaba del triunfo de los constitucionalistas.

El día 6 de abril de 1914, llegaba el Primer Jefe de la Revolución a Ciudad Juárez, Chih., siendo recibido con honores y muchas atenciones por parte de las autoridades militares, representadas por los generales Tomás Ornelas y Fidel Ávila, y la civil, por el coronel N. Medina y una comisión especial encabezada por el señor Silvestre Terrazas. El general Villa se hallaba en campaña, dirigiendo los preparativos para el ataque a la plaza de San Pedro de las Colonias. De aquí prosigue el Primer Jefe su viaje rumbo a la capital del Estado y es recibido con entusiasmo desbordante por las autoridades y pueblo en general. Los recibió en la estación el general Manuel Chao, gobernador del Estado, coronel Pedro Bracamontes, presidente municipal de la ciudad; coronel Roberto Limón, comandante militar de la plaza, y una nutrida concurrencia.

Las fuerzas del regimiento Pino Suárez que comandaba el teniente coronel Mariano Tames y las del cuartel del 12 de Rurales, que se había puesto al mando del coronel Miguel Baca Valles, formaron la valla que se extendió desde la estación del Central hasta el monumento al Benemérito de las Américas. Allí contraesquina, está la hermosa Quinta Ahumada, que se destinó para alojar al Primer Jefe y principales miembros de

su comitiva; el resto se alojó en la Quinta Gameros y en el Hotel Robinson, pues la comitiva del señor Carranza era muy numerosa.

El Primer Jefe está en Chihuahua, Estado que pertenece en firme a la Revolución, gracias a la audacia y energía del rudo Pancho Villa, que a pesar de haber iniciado la Revolución en Chihuahua con sólo 9 hombres, ha sabido agrupar bajo su férrea disciplina a todo un poderoso ejército. (En esa fecha, 20,000 hombres).

¿Cuáles fueron los pensamientos del Primer Jefe a su llegada al territorio dominado por Pancho Villa? Nadie lo ha sabido.

¿Tal vez recordaría que allá, muy al principio de la lucha, él había comisionado al escritor Aldo Baroni para que hablara con Villa y lo invitara a reconocer el Plan de Guadalupe? ¿Quién sabe?

Él había abandonado su estado natal, del cual era gobernador, por no poder sostenerse ante el enemigo huertista y había emprendido una larga peregrinación entrevistándose con varios jefes revolucionarios sin lograr nada efectivo hasta su llegada a Sonora, donde encontró el apoyo que tanto necesitaba.

A su paso por Durango no recibió ningún apoyo sino moral, de los hermanos Arrieta y del general Tomás Urbina, $ 60.00 y una montura. No lo ayudaron, a pesar de que habían saqueado el comercio de Durango y disponían de mucho dinero.

Ahora llega a Chihuahua y se encuentra con que el general Villa ha organizado la poderosa División del Norte y el gobierno civil y todo camina como sobre rieles. Muy justo, Villa ha trabajado con un empeño inigualable. En medio de aquella prosperidad hay algo que a los miembros de la comitiva del señor Carranza parece molestarlos.

El general Villa es popular hasta la exageración ¡Viva Villa! Se oye gritar por todas partes. Los muchachos de las escuelas gritan: ¡Viva Villa! y Villa se menciona por todas partes. Todo es rigurosamente cierto. Sin embargo, a don Venutiano Carranza se le tributó un grandioso recibimiento.

Al siguiente día don Venustiano Carranza recibe por telégrafo el Parte de Guerra que le rinde el general Villa, comunicándole haber destruído a los federales en San Pedro de las Colonias.

Las campanas de la catedral y demás templos, pitos de la fundición de Avalos, la Cervecería y las Casas Redondas anunciaban al pueblo chihuahuense el nuevo triunfo de las armas constitucionalistas. ¡Viva Villa! gritaba la gente en aquel arrebato de entusiasmo. Los carrancistas sólo oían gritos aclamando al general Villa y ni un solo ¡Viva Carranza!. ¡Viva la División del Norte! ¡Viva Pancho Villa! Era todo lo que se oía.

Acompañaban al señor Carranza en su comitiva personas de mucho valor; pero también le rodeaba una media docenas de intrigantes chis-

mosos. El Primer Jefe era, ante todo y sobre todo, un político y, por ende, envidioso y celoso de su obra y claro, le halagaba el chisme de sus intrigantes, que de ese modo se hacían los indispensables. Esta es la opinión de la mayoría de los chihuahuenses.

Años después, el señor general de división Francisco R. Manso, en presencia del hoy general de división P. A. Gustavo G. León, me platicó lo siguiente: «Que cuando él, con el grado de teniente coronel mandaba el 4º de Sonora, batallón que fue organizado por el general Alvaro Obregón, y que daba escolta al ciudadano Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, en su viaje de Sonora al estado de Chihuahua, pudo darse cuenta cabal de que muchas de las personas que acompañaban al señor don Venustiano Carranza, se daban a inventar mentiras en contra del general Villa. Claro que, con el señor Carranza, estaban muchas y muy distinguidas personalidades; pero había otras que parecía que sufrían de un complejo de persecución; a cada paso veían "moros con tranchetes". Por todas partes esperaban una emboscada de los villistas. Eran unos chismosos que sólo servían para inventar cuentos. La verdad es que el general Villa no debió ser tratado en tal forma. Yo no puedo comprender de dónde y con qué objeto inventaban tantos chismes acerca del disgusto del general Manuel Chao con el coronel Bracamontes. En verdad, en Chihuahua, el general Villa, ajeno por completo a todo lo que en derredor de él se decía, nos recibió muy contento y alegre. Días antes de nuestra salida de Chihuahua, con destino a Torreón, el general Villa, personalmente, me regaló esta pistola»; la guardaba en una vitrina del comedor de su casa y nos la enseñó. Ignoro si su familia aún la conserva.

Mientras tanto el general Villa, tras de destruir a los dos ejércitos federales en San Pedro de las Colonias, Coah., se prepara a regresar al norte: Chihuahua.

El día 18 de abril de 1914 —una semana después de la llegada del Primer Jefe a la ciudad de Chihuahua—, sale de la estación de Gómez Palacio, Dgo., un largo convoy arrastrado por una máquina con el aspecto de ser nueva y que tiene pintada en cada uno de los lados un escudo nacional con la siguiente leyenda: "Ejército Constitucionalista —División del Norte— General en Jefe". Y en la trompa un círculo con fondo blanco y el escudo nacional y la leyenda: "División del Norte". —"Cuartel General".

Con el general Villa van los generales Rosalío Hernández, Felipe Ángeles, Maclovio Herrera, Tomás Urbina. También lo acompañan los tres escuadrones de su escolta. Me cuenta el capitán Martín D. Rivera: «Nosotros íbamos en un tren del servicio sanitario de la división y llegamos a Chihuahua unas dos horas antes que el tren del general Villa. Serían las 11 de la mañana del día 19 de abril, cuando se oyó el silbato del tren

Cuartel General y al descender mi general Villa lo recibió en el andén de la estación un numeroso grupo de jefes, entre ellos el general Chao, Silvestre Terrazas, secretario general de gobierno; el coronel Roberto Limón, teniente coronel Mariano Tames y un numeroso grupo de personas conocidas.

»Acompañado de los generales: Urbina, Herrera y Hernández, abordó su automóvil manejado por el capitán Benjamín Bustamante y se fue a la Quinta Ahumada, donde lo esperaba el señor Carranza».

«Los dos jefes se estrecharon en fuerte abrazo y se saludaron en forma muy calurosa. Nosotros nos sentíamos halagados viendo cómo nuestro primer jefe saludaba a nuestro comandante general Villa —prosigue el teniente coronel Reinaldo Mata—. A un lado del general Villa estaba parado, firme y arrogante, el general Ángeles, y a otro lado, los generales: Urbina, Hernández y Herrera, y un poco atrás el general Chao y Treviño. Pasado un momento el Primer Jefe y el general Villa se alejaron y pasaron solos a una pieza donde hablaron y nadie los oyó en su conversación».

¿Qué se dijeron? ¿Qué acordaron?

Nadie sabe a ciencia cierta qué haya dicho el señor Carranza a Villa y qué haya contestado éste. Todo lo que se conoce sobre este hecho no corresponde a la realidad.

Esa misma tarde el general Villa sostuvo una plática en su casa Quinta Prieto, con el coronel Manuel Baca a quien lo había comisionado con un grupo de oficiales para que saliera de Torreón desde el día 4 de abril para Chihuahua, con la comisión de Policía Especial, que dependía directamente del general Villa y en forma absolutamente reservada.

Al emprender la marcha al sur, el general Villa había dispuesto que el presidente municipal distribuyera ciertos carros-jaula de reses entre la gente humilde, y dicha orden no se cumplió en virtud de que el gobernador, general Chao, dio contraorden. El presidente municipal Pedro Bracamontes hizo hincapié de que era orden del general Villa, a lo cual el general Chao contestó enérgicamente que él y no Villa, era el gobernador del Estado. Así las cosas, el general Villa mandó llamar al general Chao y éste antes de ir a la casa Quinta Prieto, fue a la Quinta Ahumada y conferenció con el señor Carranza.

La Quinta Ahumada está en la esquina de las avenidas Colón y Juárez y la Quinta Prieto, residencia de Villa, en la avenida Juárez, a menos de una cuadra y casi frente a la primera.

El general Villa esperaba al general Chao y al saber que se había quedado con el señor Carranza no hizo comentario alguno.

El general Villa estaba sentado a la mesa con otras personas y al llegar el general Chao se ponen de pie y abandonan la pieza dejando solos a

Villa y a Chao. El mayor Andrés L. Farías cierra la puerta y quedan los dos generales a solas.

El jefe de la guardia ese día era el mayor Arizmendi. En la secretaría estaban el licenciado Luis Aguirre Benavides y Enrique Pérez Rul.

Es de suponerse que algo debe haber dicho el general Chao al señor Carranza; porque a los diez minutos de haber salido el general Chao, llegaron unos oficiales dizque a hablar por el general Chao en nombre del Primer Jefe. A los cuales el general Villa despachó con cajas destempladas diciéndoles:

«—¡No se apuren tanto por el general Chao, él ya está en su casa. ¡Véanlo allá!»

De ahí nació la burda mentira que urdió la imaginación de algunos intrigantes de los muchos que rodeaban a don Venustiano Carranza. Que Alfredo Breceda había llegado a tiempo en los momentos que Felipe Ángeles dictaba el acta que se levantaba para fusilar el general Manuel Chao. Que a Chao lo habían tenido preso en el cuartel del general Abel Serratos, que era jefe de la brigada Villa. Y así por el estilo, una serie de falsedades.

Por el propio general Villa se supo la verdad de su disgusto con el general Chao: «El general Chao no reconoció validez a las recomendaciones que el general Villa había hecho, respecto al Decreto para que se les repartiera tierra a los campesinos de unas haciendas. El general Chao intervino en los manejos de la comisión confiscadora de bienes del enemigo oponiéndose a que se cumpliera con las indicaciones del general Villa, alegando que él, Chao, era el gobernador, y que el general Villa nada tenía que ver en los asuntos del gobierno civil».

El general Villa, a su vez, ni tardo ni perezoso, llamó el general Chao, la mañana del día 20 de abril de 1914, y le dijo lo siguiente:

«—Es usted el gobernador del Estado por obediencia mía a un mandato del primer jefe, y porque yo no puedo ocuparme de esos negocios, llevando el peso de la guerra; pero sepa usted, amigo, que aquí mando yo, pues así lo exige la pelea en que todos andamos. Quiero decirle que, ahora mismo, lo voy a mandar fusilar, para que no tenga más ideas en perjuicio de mi respeto». (*Memorias del General Villa.* M. Luis Guzmán).

El general Chao se sinceró y prometió no volver a hacer nada que fuera contrario a las órdenes de Villa y a no estorbarle, sino a cooperar con él.

Por lo demás, no estuvo nunca el general Chao detenido y menos preso. El general Abel Serratos, no era jefe de la brigada Villa, la cual estaba al mando del general José E. Rodríguez, y durante esos días dicha brigada se hallaba acantonada en Ciudad Lerdo, Dgo., y Torreón, Coah., y no en Chihuahua.

Sería muy largo citar todas las falsedades en que se enredaron las personas a quienes se debe la paternidad de las burdas mentiras que sobre el general Chao se hicieron circular. Es opinión general en Chihuahua.

Cuando se informó al general Villa de las falsedades de ciertos ayudantes del Primer Jefe, tuvo este comentario:

«—Si el general Chao hubiera sido un peligro para mí, yo lo hubiera fusilado. ¿Quiénes eran esos falderillos para impedírmelo?»

El caso es que la intriga había empezado y las consecuencias no se harían esperar por mucho tiempo —serían 58 días— el día 15 de junio de 1914 lo habríamos de ver...

Mientras tanto, el día 1º de mayo, los generales Villa y Chao dan un banquete y baile en el teatro de Los Héroes en honor del Primer Jefe. Después de dicho agasajo los generales Villa y Chao acompañaron al Primer Jefe a su residencia y se despiden de él en términos muy cordiales.*

El día 2 por la tarde en casa del coronel Antonio Villa (Toño), se celebraba una fiesta familiar en la cual el general Chao anunciaba el próximo matrimonio del coronel Roberto Limón, con la distinguida señorita Antillón, hija del señor Francisco Antillón Vázquez, primo hermano de Pascual Orozco y dueño de la mueblería La Estrella, en la calle Libertad de la ciudad de Chihuahua. Fue en esa ocasión cuando el general Chao se quejó con el general Villa de que el coronel Manuel Baca lo había ofendido. Todos los ahí presentes rieron a carcajadas cuando el general Villa le dijo al general Chao:

«—Bueno, ¿usted no se basta para Manuel Baca, que no dispone más que de una mano?»

El mismo Chao se rió de buena gana, pues el coronel Manuel Baca, había sido herido de la mano izquierda en la batalla de Tierra Blanca y por razones desconocidas nunca le cicatrizó dicha herida. Traía la mano vendada y suspendida del cuello con una mascada negra. De ahí el mote de "Mano Negra".

Estando juntos Chao y Villa, en la casa del coronel Antonio Villa, les llega la noticia de que el puerto de Veracruz había sido bombardeado por la escuadra norteamericana, al mando del contralmirante Fletcher; que el día 21 de abril de 1914 protegió con un terrible cañoneo el desembarco de los marinos yanquis. Esta noticia bastó, por sí sola, para caldear los ánimos.

Esta incomprensible actitud de los Estados Unidos, al romper las hostilidades con nuestro país, sin previa declaración de guerra, y sobre todo, sin que existiera un motivo poderoso para dar tal paso, causó, como es de comprenderse, un gran desconcierto en la opinión pública; tomando esto

*—Fue una fecha memorable para todos los villistas que asistimos a ese banquete... Jamás lo olvidaremos— Juan B. Vargas.

como que sólo una preconcebida intención y mala fe pudo ser causa de tan injusto atropello; unos minutos después se comunicaron con el señor Carranza y por la noche, el Primer Jefe se apresuró a enviar un mensaje de protesta al presidente Wilson por ese ultraje a la soberanía nacional, con copia a las naciones hispanoamericanas.

El general Álvaro Obregón se hallaba en Culiacán preparando su marcha hacia el sur.

Esa misma noche salieron de Chihuahua, rumbo a Ciudad Juárez los generales Villa y Ángeles, escoltados por los famosos *Guardias* del Centauro del Norte. Lo acompañaban los mayores Juan B. Vargas, Nicolás Fernández, Manuel Banda, Rodolfo Fierro, es decir, la flor y nata de los hombres de mayor confianza del general Villa.

El Primer Jefe permanece en la ciudad de Chihuahua, cuyos habitantes si bien no lo querían, admiraban el valor de este jefe en todas sus manifestaciones. Pues el señor Carranza era amante de desafiar el peligro; el miedo nunca lo arredró «Tenía mucho valor personal y cívico» —me decía el señor Silvestre Terrazas, que era el secretario del gobierno del Estado en esa ocasión.

Los habitantes de El Paso, Texas, se alarmaron cuando los periódicos de la frontera publicaron la noticia de la llegada de los generales a Ciudad Juárez.

El general Villa se reúne con el general Fidel Ávila y el coronel Juan N. Medina y es en esa ocasión cuando se le oye decir:

«—¿Cómo podrá ser posible que después de este atropello nosotros podamos pensar en amistad y mutuo respeto?»

En seguida, el general Ángeles interviene diciendo:

«—Debemos hacer todo lo posible por evitar una guerra de nuestro país con los Estados Unidos, sería para nosotros muy desastroso».

Eran días de angustia; los jefes no ocultaban su preocupación. Refería el general Vargas que él nunca vio al general Villa tan molesto como en esa ocasión. Por otro lado, el general Villa veía que los hombres que rodeaban al Primer Jefe no lo querían a él y que algo se tramaba en su contra. Esa noche, después de la cena, manifestó al general Fidel Ávila:

«—Quiero, compadre, que usted se haga cargo del gobierno civil en el Estado; a mí me huele a tanteada. Son muchos los civiles y militares intrigantes que acompañan al Primer Jefe y a lo mejor, Chao se deja engaratusar y me traiciona». (No lo traicionó y no se dejó engaratusar).

El coronel José María Jaurieta, que como ayudante acompañaba al general Villa esa ocasión, me confirmó estos hechos, y vive el general Darío W. Silva, que fue uno de los oficiales intérprete que lo acompañó, siendo miembro del estado mayor. El general Villa hizo todo lo posible para que siguieran siendo cordiales las relaciones con los Estados Unidos

y en ese empeño puso lo mejor de su voluntad, ya que era brutalmente sincero. Para esa fecha la prensa americana relegaba a la cuarta página las noticias sobre la guerra europea y daba preferencia en la primera plana a las noticias sobre el general Villa. Comentábase en dicha prensa: «El señor Venustiano Carranza se autonombró Primer Jefe de la Revolución. Es un político de la vieja escuela, con inteligencia académica y a pesar de ser muy astuto, deja entrever sus sentimientos; se siente amargamente celoso de los triunfos militares del general Francisco Villa, que con su cadena de triunfos se ha venido captando, día a día, las simpatías del pueblo en general, no sólo dentro de México, sino fuera de las fronteras del país y en cuanto a popularidad, entre el pueblo norteamericano, es enorme».

El Paso Morning Times decía: «Con su estrategia militar, el general Villa se convierte en un genio de la guerra». En otras ocasiones lo llamaron *El Napoleón de la América* y en seguida el *Tigre del Norte*. Pero el general Villa comprendía que en todos aquellos halagos no había ni una brizna de sinceridad. Sabía que era labor de los enemigos de la Revolución que estaban desparramando dinero para dividir a los revolucionarios.

Los generales Villa y Ángeles regresan a Chihuahua después de haber hecho declaraciones en Ciudad Juárez, a la prensa americana, por medio de las cuales dijeron que nuestro país, México, deseaba seguir cultivando sus buenas relaciones con los Estados Unidos. Esto sucedió el día 24 de abril por la noche.

El general Villa tenía obsesión por acabar con Victoriano Huerta; así es que todo su tiempo lo empleaba en procurarse los medios para equipar y organizar sus fuerzas que ya eran numerosas. Por tal motivo, permanece en Ciudad Juárez apenas el tiempo necesario y regresan los dos generales a Chihuahua, entrevistándose desde luego con el Primer Jefe de la Revolución.

El señor Carranza les expresa que no estaba de acuerdo con su actitud, y que no aprobaba las declaraciones que habían hecho a la prensa yanqui. El general Villa le expuso al Primer Jefe sus razonamientos y de ninguna manera estuvo éste de acuerdo. El general Ángeles nada replicó al Primer Jefe; pero tan pronto como abandonaron el palacio federal, que es donde se entrevistaron, comenzó a censurar la actitud del señor Carranza por la nota que había enviado al gobierno de Washington con motivo de la ocupación del puerto de Veracruz. El general Ángeles le expresó al señor licenciado Miguel Alessio Robles que él quería que esa nota de protesta se hubiese tratado en Consejo de Ministros. Así es que, por angas o por mangas, estos jefes se estaban distanciando más cada día.

Villa, a su vez, se esforzaba por hacer ver al señor Carranza que él, Pancho Villa, era parte de la Revolución. Carranza lo comprendía y pre-

cisamente por eso no lo quería; él quería carrancistas y no revolucionarios Así lo comprobaron los hechos posteriores.

Algunos carrancistas se han ufanado diciendo que en cuanto los generales de la División del Norte se habían enterado del asesinato (?) que se trató de cometer en la persona del general Manuel Chao, se habían presentado al señor Carranza, ofreciéndole que ellos podían acabar con Villa esa misma noche. Cabe preguntar; ¿cuáles eran esos generales? Citan a los generales Pánfilo Natera (no era de la División del Norte); junto con el general Eulalio Gutiérrez, se hallaba acompañado de una pequeña escolta allí en Chihuahua, arreglando asuntos personales. Al general Maclovio Herrera lo acompañaba Luis su hermano, y Miguel Orozco; en cuanto al coronel Martín Triana, había llegado de Chihuahua huyendo de Torreón donde, por las faltas que cometió, se le iba a procesar: había robado y desertado. El general Villa a su vez, tenía en Chihuahua a su famosa escolta y más de 1,200 hombres de los regimientos Pino Suárez y el de Rurales al mando de jefes de su absoluta confianza: Roberto Limón. Antonio Villa, su hermano; Mariano Tames, Miguel Baca Valles, Telesforo Terrazas y el coronel Gabino Durán, que en esos días no se separaba del general Villa, él también fue a Juárez. Amén de su escolta y el coronel Rodolfo Fierro.

Me decía el coronel José María Jaurieta: «Hay gente que, mintiendo a la historia, llega tan lejos como hasta decir que el coronel Martín Triana era de los jefes que habían protestado ante el Primer Jefe por la arbitraria (?) actitud del general Villa». Martín Triana era quien, durante el combate en Torreón, abandonó a sus hombres en la línea de fuego y se ocultó durante la noche en lugar seguro a retaguardia y, a la entrada de las tropas constitucionalistas a Torreón, cometió un robo, y siendo denunciado, el cuartel general ordenó que se le aprehendiera para que fuera juzgado; pero huyó para Chihuahua abandonando sus tropas y fue a buscar protección con el Primer Jefe que se hallaba en Ciudad Juárez.

El señor Carranza era hombre de una pieza y era inflexible; pero en cuanto a la tan festejada rectitud del Primer Jefe, esta era circunstancial.

Triana estaba acusado de doble delito: robo y deserción. El señor Carranza lo amparó contra la orden del Consejo de Guerra que lo pedía para juzgarlo. Rehusó ordenar que personas de su confianza hicieran una investigación para comprobar la culpa o la inocencia de Triana. ¿Dónde, pues, estaba la rectitud del Primer Jefe? Llamó al general Villa y le manifestó que deseaba que no se molestara al coronel Triana y Villa, en obediencia a dichos deseos, dejó por la paz al mencionado Triana y le ordenó que se fuera a Torreón, a ponerse de nuevo al frente de su gente, unos 200 hombres que habían sido del jefe Luis Maya.

Por supuesto que el general Villa tenía el suficiente "colmillo" para comprender que Triana ya estaba bien aleccionado para obrar de acuerdo con las instrucciones del Primer Jefe y, con dicho sujeto, las cosas irían de mal en peor.

En apoyo a lo dicho por el coronel Jaurieta, respecto a que Triana era *Chucha Cuerera*, invoco el testimonio de un distinguido jefe revolucionario, el general Enrique León Ruiz: adelantándome a la fecha, algunos años después, 1924, siendo jefe de las operaciones militares en el estado de Durango el general Enrique León Ruiz, recibió de la Secretaría de Guerra y Marina la orden telegráfica de practicarle minuciosa inspección administrativa al regimiento del general Martín Triana y que, de encontrar malos manejos, refundiera los elementos de dicho cuerpo en otras corporaciones.

El general Enrique León Ruiz comisionó al general Desiderio García para que pasara dicha inspección. Mas el general Martín Triana, quiso arreglar dicha inspección con un flamante automóvil que le obsequió al general Desiderio García, el cual tuvo que ser devuelto al mencionado Triana, por orden de general Enrique León Ruiz.

«En seguida, el general León comisionó al jefe de su estado mayor para que fuera al cuartel de Triana y pasara inspección.

»El general Martín Triana no espera más y se presenta al general León en su habitación, con aire de suficiencia, tratando de arreglar el asunto, y el general León con tono imperioso le corta la palabra, ordenándole que se fuera al cuartel general y allí esperara. Total, se practicó la inspección y Triana dejó de ser el jefe de aquel regimiento». Es este jefe a quien el señor Carranza defendió, dizque contra la arbitraria actitud del general Villa. Tiempo tendremos para comprobar que el señor Carranza no exigía rectitud en sus hombres, sino sumisión incondicional a su autoridad. Es la opinión de muchos y muy distinguidos generales, de los cuales no doy los nombres por no estar autorizado para ello.

Una mañana, entre diez y once, el general Villa fue a la Quinta Ahumada donde estaba alojado el Primer Jefe, don Venustiano Carranza; lo encontró sentado en una banca del jardín; estaba absolutamente solo. Al general Villa lo acompañaban 8 oficiales, seis de su escolta y el coronel José Torres (Cheché) con el Capitán Joaquín Rodríguez Carrasco. El general Villa bajó de su caballo y avanzó con paso firme hasta el sitio donde estaba el señor Carranza. Al llegar el general Villa, el señor Carranza se puso en pie y se saludaron. Nadie absolutamente, pudo haber oído lo que ellos hablaron porque nadie estaba lo suficientemente cerca como para escucharlos. Solamente se apreciaba que el Primer Jefe apuntaba hacia el general Villa con el dedo índice de la mano derecha, como llamándole la atención o dándole instrucciones. Luego tomaron asiento los

dos. Hablaron por un buen rato y en seguida el general Villa se puso de pie y se despidieron dándose la mano y los dos reían. Esto lo recuerda el hoy ex-coronel Joaquín Rodríguez Carrasco, al igual que el ex-coronel José Burciaga, a quienes les tocó en suerte ser de los que acompañaban al general Villa en aquella ocasión. Aquí fue cuando el general Villa descubre que el señor Carranza no necesitaba los anteojos; decíale el general Villa al coronel Roberto Limón:

«—Don Venustiano tiene muy buenos ojos, no necesita ayuda de sus antiparras, sólo las usa para esconder sus sentimientos...»

¿Se equivocó Villa?

Así las cosas, mientras tanto, el Primer Jefe salió de Chihuahua para Torreón, Coah., donde por orden del general Villa se le dispensó un banquete por todos los generales de la División del Norte. Precisamente en dicho banquete, tomó la palabra el general Eugenio Aguirre Benavides, diciendo, entre otras cosas: «Que todos los que estaban sentados a la mesa eran maderistas, porque donde estaba pisando don Venustiano y las personas que lo acompañaban en aquel momento, era la tierra de Madero, haciendo resaltar:

»—Toda esta región, la región lagunera; es tierra de Madero».

Esto agitó las discordias. Luego habló el general Santos Coy y en tono apasionado hizo resaltar las virtudes del señor don Francisco I. Madero. Por último, habló el señor Venustiano Carranza, diciendo casi al final, «que sentía mucho gusto de estar en aquella tierra que también era la suya, puesto que era de Coahuila, y que se sentía satisfecho de ver que todos los comensales de aquella reunión sentían profundo respeto y cariño por el señor Madero». El señor Carranza prosigue su viaje rumbo a Durango y el general Villa recibe la orden de atacar Paredón y Saltillo, Coah.

A su llegada a Torreón, el general Villa es aclamado por sus jefes, amigos y pueblo. Llega acompañado de los generales Maclovio y Luis Herrera; Rosalío Hernández y Felipe Angeles. Cuando habla a solas con sus generales de confianza les dice:

«—No encuentro cómo se pueda esperar confianza y respeto entre los americanos y nosotros; es mi opinión que, ahora, quieren un alto precio a cambio de la ayuda que nosotros necesitamos de ellos. Algo grande quieren de nuestro país. No sé quién pueda tener ese corazón para traicionar a su patria».

Esto dijo el general Villa a sus jefes, José E. Rodríguez, Porfirio Ornelas, Sóstenes Garza, Andrés U. Vargas y entre otros estuvo el capitán Juan B. Muñoz con su jefe Andrés U. Vargas. Nunca, otra vez, lo volvieron a oir mencionar ni una sola palabra, sobre este asunto. Sólo hasta el día que habló con el general Scott, se le notó cierta confianza. Villa fue

siempre un hombre muy hosco en cuanto a comunicar sus intenciones o a externar sus sentimientos. Sólo decía algo de lo que él sentía, a los verdaderos hombres de su confianza. Muchos hombres anduvieron cerca de él y por mucho tiempo, y sin embargo nunca lograron lo que él tanto amó. El trato de amigos. Él era de una sola pieza; no tenía dobleces, y el que quisiera llegar a contar con su amistad de amigo tendría, forzosamente, que ser de su misma talla.

El día 11 de mayo de 1914, sale una brigada tras otra, de Porvenir, Coah., con destino a Estación Hipólito, lugar fijado para la concentración de las fuerzas. La brigada Villa fue la primera en emprender la marcha. Siguieron después por el mismo camino, las brigadas, Juárez de Durango, con el general Ceferino Ceniceros; la Guadalupe Victoria, con Miguel González; la Cuauhtémoc, con Isaac Arroyo; la Morelos, con Mateo Almansa; la Juárez de Maclovio Herrera; la Madero, con Benito García. Muchas de las fuerzas iban al mando del general Felipe Ángeles, yendo como jefe inmediato el general Emilio Madero y muchos de los cuerpos independientes de las brigadas. Estas tropas se fueron vivaqueando a un lado del camino que constantemente se mantuvo con fuerzas sobre la marcha. Las infanterías hubieron de salir por tren y parte de la impedimenta. Junto, casi detrás de las tropas, "arriaban" gran cantidad de ganado, dividido en cuatro partidas, bajo el cuidado del coronel Candelario Cervantes. El día 13 de mayo comenzó el avance del grueso de las fuerzas, salieron de Hipólito y ranchos donde habían establecido varios vivacs, a lo largo del Río Patos, rumbo a Saucedo. La brigada Guadalupe Victoria, del general Miguel González, acababa de ser ascendido a ese grado, siguió por el Río Tortuga y la seguía la fracción de la Morelos, mandada por Mateo Almansa. El día 13 de mayo por la mañana, 10:30, la cabeza de la brigada Villa llegó a Saucedo y el día 15 todavía continuaron llegando trenes militares y tropas que avanzaban por tierra.

En Paredón, Coah., se encontraba un fuerte destacamento de tropas federales que mandaba el general federal Ignacio Muñoz y otro contingente mandado por el general Francisco Osorno, en la hacienda Anhelo; los efectivos de ambos jefes sumaban más de 5,000 hombres.

El día 17 de mayo por la tarde, la vanguardia de los revolucionarios estableció contacto con las avanzadas de los federales. Hacia las 4 de la mañana del siguiente día 18, en Icamole, ya las fuerzas constitucionalistas se iban acercando al enemigo por el lado sur de la vía de Saucedo a Paredón, listas para entrar en acción. El plan a seguir consistía en efectuar la aproximación al enemigo en un movimiento frontal con la mayor rapidez posible.

El general Villa pasó la mayor parte de la madrugada recorriendo los campamentos de las tropas y cambiando impresiones con los jefes de bri-

gada; estaban en Icamole. Nada había escapado a sus ojos altamente experimentados en los menesteres de la campaña. El cuerpo de *Dorados* fue fraccionado e intercalado en las brigadas. Este grupo de *Dorados,* que así se dio en llamarlos por el color del uniforme que usaban, se componía de capitanes primeros; fue organizado por el general Villa, quien personalmente los había aleccionado; se trataba de hombres en quien Villa había adivinado —por decirlo así—, la lealtad, comprobado el valor y arrojo y de ellos hubo de rodearse y hacia ellos se sentía obligado. Los estimulaba, les guardaba toda clase de consideraciones y en recompensa a su valor y habilidad los ascendió y algunos llegaron a jefes. Este grupo constituía la élite de la oficialidad. Eran unos verdaderos centauros, hombres de armas y de energía inagotable, cualidades que no se dan con frecuencia en los cuadros del ejército.

Cuando los federales descubrieron que los revolucionarios iban avanzando, comenzaron a cañonearlos desde la hacienda Anhelo, y eran tan certeros los disparos que al lugar donde estaba el puesto de mando de la brigada Madero llegaban las piedras que saltaban al impacto de los cañones. En esos momentos se encontraban allí con el coronel Benito García, jefe accidental de la brigada, por estar herido el jefe, Máximo García, los jefes, entre otros: Manuel Madinabeitia, Gabriel Valdivieso, Manuel Garay, José Corral, José Meléndez, Manuel Montalvo, Andrés Ávila, todos de la escolta y estado mayor del general Villa, y por alguna razón se hallaba allí también Práxedes Giner Durán, con Benedicto Franco. Además, el coronel Alejandro Ceniceros; capitán segundo, Herculano Sarabia; mayor Manuel Acosta y los coroneles Carlos García Gutiérrez y Juan Pablo Estrada que comandaba el regimiento Gregorio García. Luego, los federales se reconcentraron de Anhelo a Paredón, por tren.

A las 6 de la mañana del día 18 de mayo, un *Dorado,* Ramón Tarango, que se hallaba junto al coronel Roque González Garza, lanzó una granada de mano a cierta distancia y ésta fue la señal convenida para lanzarse al asalto. Aquella señal produjo un efecto electrizante entre los 6,000 dragones ya listos, carabina en mano, con las riendas de sus caballos liadas en la muñeca del brazo izquierdo y al grito de guerra, ¡Viva Villa!, se lanzaron al asalto. Los federales comenzaron a retroceder desde el primer momento, ante el empuje de los revolucionarios al mando directo del general Francisco Villa.

Ocurrió que a la señal convenida, las caballerías del general Villa se precipitaron sobre los federales en una avalancha, cual huracán de fuego, con tal violencia, que cuando los huertistas quisieron reaccionar ya era tarde. Los constitucionalistas en su arrollador avance penetraron hasta la retaguardia de los federales por varios puntos, por donde el terreno les era favorable. Cuando los federales trataban de replegarse, sólo se agrupaban

y formaban lo que llaman "bolsas", las cuales eran envueltas por la caballería villista, que ya para entonces combatía muy a retaguardia en persecución de los que huían. Los revolucionarios combatieron cargando sobre los federales como unos verdaderos demonios. Fue tan violento el ataque que los federales, ya a los 20 minutos de haber comenzado la pelea, no sabían qué hacer, eran presa de terrible confusión. ¡Viva Villa! gritaban los revolucionarios, con sus rostros cubiertos del polvo que los cascos de sus corceles levantaban al correr de un lado a otro como enfurecidos, y con la mirada afiebrada cargaban sin piedad sobre el adversario.

En precipitada fuga el general Francisco Osorno hizo que los soldados que le quedaban abordaran apresuradamente los trenes y emprende la retirada con rumbo a Saltillo; pero ocurre que la vía férrea es de subida en ese tramo y por tal motivo los trenes se movían muy lentamente; en esto, las fuerzas de la brigada Villa, junto con las de Tomás Urbina les cortan la retirada y los obligan a pelear. En cuestión de minutos, los federales son completamente derrotados y los revolucionarios se dan a levantar el campo y a registrar los trenes, encontrando al general Osorno oculto en uno de los carros tanques de agua, junto con varios oficiales, los mismos que en el acto fueron pasados por las armas. Allí se recogió mucho equipo de guerra, tal como varios rifles nuevos con mucho parque. Se hicieron muchos prisioneros y el campo quedó cubierto de cadáveres.

Al identificar a los prisioneros, se separaron los oficiales y entre éstos se encontraron primero, al subteniente Rubio Navarrete; se le preguntó si era pariente del coronel Guillermo Rubio Navarrete, contestando afirmativamente. Luego encontraron al subteniente R. Peña. Los dos fueron plenamente identificados por el capitán exfederal José Jesús Fuentes, de la escolta del general Villa, como sobrino el primero, del coronel Rubio Navarrete y el segundo sobrino del general Ricardo Peña. Fueron llevados los dos a presencia del general Villa, quien les dijo:

«—Ustedes escojan; si quieren incorporarse con nosotros, pueden hacerlo, y si quieren irse con los suyos, pueden también hacerlo; se les proporcionarán los medios; están en libertad de hacer lo que gusten».

Así pagó el general Villa la deuda de gratitud que tenía pendiente con el coronel Rubio Navarrete, que fue quien le salvó la vida cuando Huerta lo quiso fusilar y en cuanto al subteniente Peña, comentó con sus jefes, que el general Peña había sido un hombre de mucha ley. Así fue siempre el general Villa: admiraba el valor aunque se tratara de enemigos.

Una de las bajas que el general Villa tuvo que lamentar profundamente fue la del general Miguel González, recién ascendido, hombre de toda la confianza y estimación del general Villa. Era el comandante de la brigada Guadalupe Victoria, compuesta por gente de la región de la sierra de Chihuahua. Sucedió que al darse la carga de caballería esa mañana, cuyo

espectáculo fue digno de grabarse en la pupila del más exigente de los soldados, iban junto al general Miguel González, Fortunato Casavantes, Carlos González, Rafael Mendoza, José Barrios, Joaquín Álvarez y el capitán Francisco Montoya Meléndez —aún vive—, quienes levantaron al valiente general González, villista de corazón. Como los jefes y oficiales en su mayoría eran de la región de Satevó y Balleza, Chih., y en virtud de ser nativos de la misma región la mayoría de los elementos de la brigada Cuauhtémoc, se resolvió, por acuerdo de la mayoría, que las brigadas Guadalupe Victoria y la Cuauhtémoc se fundieran en una sola. Así se hizo, por lo que la brigada Cuauhtémoc alcanzó casi el grado de división por el número de sus efectivos, quedando como comandante el general Trinidad Rodríguez, a quien acababan de ascender.

General Isaac Arroyo—Jefe del Estado Mayor.
Teniente Coronel Fortunato Casavantes—Ayudante.
Coronel Rafael Castro—Subjefe de Estado Mayor.
Jefe de la escolta—Coronel Samuel Rodríguez.
Comandantes de los regimientos:—Rafael Licón, Manuel Tarango.
Coroneles: Juan Pedrosa, Macedonio Aldama.

Tenientes coroneles: Mercedes Luján, Miguel L. Montes, Domingo Gamboa y la oficialidad que ya se describió. Elementos de esta brigada acompañaron al general Villa hasta el último momento, como se comprobará más adelante.

Cuentan los sobrevivientes de la brigada Villa: «El coronel Andrés U. Vargas, que mandaba fuerzas de esta corporación, sufrió una terrible caída, cuando su caballo recibió un balazo en la frente, al atacar a los federales por las lomas que están al sur de la vía que va de Saucedo a Paredón, y como iba corriendo, salió de su montura como disparado por catapulta cayendo de cara al suelo. Inmediatamente le dieron otra bestia, la cual no bien la había montado, cuando se la matan de nuevo. Instantes después una bala le rozó la frente. Su asistente cayó muerto a sus pies y su ayudante, capitán Juan B. Muñoz, sangraba del brazo izquierdo».

*
* *

Para entonces, las fuerzas irregulares que estaban estacionadas en Ramos Arizpe, bajo el mando de Pascual Orozco, con Marcelo Caraveo, Manuel Gutiérrez y Landa, las cuales sumaban algo más de 3,000 hombres, se retiraron con destino a Saltillo, en cuanto sintieron la proximidad de los dragones de José Isabel Robles. Después de una débil resistencia abandonan la capital del Estado, que Isabel Robles ocupa. El general Villa hace su entrada triunfal con el grueso de las fuerzas, con el fin de establecer las autoridades civiles, según las instrucciones del primer jefe del

ejército constitucionalista, Venustiano Carranza. Con el general Villa arriban las brigadas Villa, la Juárez, de Maclovio Herrera, la Morelos del general Urbina, con Mateo Almansa. La Juárez de Durango, con el general Severino Ceniceros, por estar herido el general Contreras. La Cuauhtémoc, con Isaac Arroyo. El recibimiento que el pueblo de Saltillo le dispensa al general Villa a su llegada, sólo puede compararse con el que le harán luego al Primer Jefe de la Revolución.

Sobre estos acontecimientos, el capitán Matilde Flores Franco nos dice lo siguiente: «El día 13 de mayo se tuvo noticia de que la extrema vanguardia de las fuerzas de la División del Norte habían pasado de Saucedo. El día 15 llegamos el general Toribio Ortega, José San Román y el suscrito a estación Hipólito, donde había una aglomeración de trenes. Me tocó en suerte estar junto al general Toribio Ortega cuando se presentó el coronel Vito Alessio Robles con el informe del general Ángeles, quien se hallaba en estación Saucedo. El coronel Alessio Robles era acompañado por el capitán José Jaurieta, ayudante de estado mayor.

»En presencia de las personas que acompañaban al general Villa, el coronel Alessio Robles extendió un mapa y sobre la mesa hizo las explicaciones de lo que, según el general Ángeles, el general Villa debía conocer, para que librara sus órdenes. Mandó llamar al general José Isabel Robles y le ordenó que con sus fuerzas y parte de las nuestras, brigada González Ortega, al mando de José San Román, partiera de Hipólito y acortando la distancia, ocupara Estación Certuche, con miras a cortar la retirada de los federales que ocupaban Paredón. Se dispuso asimismo, que el general Ángeles, con la artillería y una fuerza de 400 hombres, siguiera al norte y rodeara por La Tortuga, Treviño y Las Norias y que el grueso de las caballerías e infanterías avanzaran por el cañón de Josefa. Además del general Ortega, se hallaban con el general Villa en el carro comedor de su tren especial, el coronel Manuel Madinabeitia, licenciado Luis Aguirre Benavides, las personas que acompañaban al licenciado Luis Acuña, licenciad Enrique Pérez Rul y el general Emilio Madero. Al día siguiente por la tarde, arribamos a la hacienda de cerca de Icamole. Se dio descanso a las tropas y se mató ganado para alimentación de las fuerzas. (Cuando los oficiales de la escolta del general Villa se disponían a escoger una res gorda para ellos, llegó el coronel Miguel Baca Valles y entró al corral a escoger, decía él, una vaquillita gorda, fue correteado por un novillo bravo al cual Candelario Cervantes mató de un balazo en la cabeza y como Baca Valles era un hombre corpulento y no podía correr recio, salió dando unos "resoplidos de ballena").

»A nuestro campamento llegó el coronel Manuel Madinabeitia con instrucciones para el general Ortega de iniciar el avance al aclarar. De los oficiales que acompañaban a Madinabeitia, se quedaron con nosotros Ra-

fael Mendoza, Ramón Tarango, Joaquín Álvarez, Reinaldo Mata, Ernesto Ruiz y Román Franco. Señal inequívoca de que íbamos a combatir».

Estos oficiales desempeñaban función de cuerpos de asalto, que en la Guerra Mundial II se les dio el nombre de *Comandos*. Su misión era participar en los puntos de mayor peligro para decidir la victoria.

«Pasada la medianoche llegó el general Villa seguido de su escolta. Lo rodeaba la crema de sus oficiales: Nicolás Fernández, Tiburcio Maya, José Ruiz, Martín López, José Barrios, José Sosa, los hermanos Joaquín, Cipriano, Ramón y Juan Vargas. Jesús Ríos, Manuel Arámbula, Juan Velázquez, Nieves, Quiñones y entre otros, Andrés Ávila y Francisco Solís. (Estos hombres quedarán unidos, históricamente, al general Villa). Nos hallábamos en los momentos que anteceden a una gran batalla. Ibamos a iniciar el avance para enfrentarnos a los federales en Paredón, Coah. Después de la batalla de Paredón acompañamos al general Villa en su entrada a Saltillo Coah., sin que nos hayamos separado de él, en ningún momento en las fiestas que le organizaron los saltillenses».

*
* *

Por su parte, el mayor Juan B. Muñoz, refiere: «Una vez que nuestra brigada hubo tomado posesión de su alojamiento, en Torreón, nos fue concedida una licencia y pase para ir a Chihuahua y a Namiquipa. Ya lejos del teatro de la lucha y hablando y escuchando uno a sus familiares, se daba a la meditación... ¡Cuántos compañeros habían ido quedando en los campos de batalla! Ya no regresarán jamás. Y sus familiares se le acercaban a uno en busca de noticias, queriendo saber algo de ellos... Al recoger el campo en Paredón, después de que ya todo había concluído, nos encontramos el cuerpo del capitán José Olivas, era de la gente de Andrés U. Vargas, de nuestra brigada Villa, paisano y amigo. Guardaba en la bolsa de su camisa una carta; yo la recogí y Vargas me dijo:

»—Léala.

»Era de su única hermana. Le decía, entre otras cosas: "Cuando vengas, no se te olvide traerme el par de zapatos que me ofreciste, y el rebozo que yo te encargué", y daba el número del calzado.

»El coronel Andrés U. Vargas se quedó en silencio; pero cuando yo fui a despedirme de él, días después en Torreón, para salir a Chihuahua disfrutando de mi licencia, me entregó un bultito, diciéndome, con tono de cierta tristeza:

»—Entrégale este bultito, a la hermana de los Olivas; dile que se lo manda su hermano José y dile que él salió para un lugar que se llama gloria, muy al sur, que no tenga cuidado.

»Tan pronto como llegué a Namiquipa, saludé a mis familiares y me fui a buscar a la hermana de los Olivas; la encontré en la hacienda, vivía sola. Le entregué el encargo y le di el recado tal como me lo dijo Vargas. Ella se quedó muy contenta. Gracias a Dios que todos nuestros compañeros que perdieron la vida, no la perdieron en una lucha estéril. Murieron por un ideal, quiéranlo o no los enemigos del villismo. Murieron por el ideal de la Revolución. No importa a quién le haya tocado hacer que ese ideal se convirtiera en una realidad viviente. Lo que importa es saber que no se luchó en balde, sino por el mejoramiento del pueblo mexicano. ¿Qué no? Ahí está la Ley Agraria, la Ley del Derecho Obrero, la Ley del Subsuelo, los Tribunales para Menores. Todo esto se logró gracias al esfuerzo de los revolucionarios que desde 1910 empuñaron las armas y yo fui uno de ellos. ¿Que fuimos villistas?... Tanta más satisfacción, eso quiere decir que peleamos, que estuvimos en la lucha, de cerca, en ella. El ideal de la Revolución, fue uno, único, y era el mismo que sostuvieron carrancistas y villistas».

La estrella fulgurante de Francisco Villa se aproxima a su cénit.

UNA VEZ QUE el general Villa hubo establecido en el poder a las personas designadas por el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista para ejercer la autoridad civil en la capital del estado de Coahuila (licenciado Jesús Acuña), regresa apresuradamente al norte. Corrían los postreros días del mes de mayo de 1915, y en esa fecha se hallaba en Durango el primer jefe de la revolución, a quien el general Villa había rendido parte detallada de la batalla de Paredón y ocupación de Saltillo.

El general Villa no pierde tiempo; apenas ha dictado sus órdenes en su cuartel general, cuando ya lo vemos ir rumbo a Chihuahua, que es la base de aprovisionamiento de su cada día más poderosa División del Norte. Lo acompaña el jefe de su estado mayor. Sale de Torreón el día primero de junio. El coronel Manuel Madinabeitia, prosigue a Ciudad Juárez y los oficiales permanecen al mando del teniente coronel Enrique Santos Coy, subjefe de estado mayor.

El general Villa llega a la ciudad de Chihuahua. En la estación lo recibe, en primer lugar, el general Manuel Chao, gobernador del Estado; general Tomás Ornelas y coroneles Manuel Baca, Roberto Limón, Joaquín Terrazas, Julio Acosta, Pedro Bustamante y don Silvestre Terrazas, secretario general de gobierno.

En aquellos días, la ciudad de Chihuahua se encontraba abarrotada de gente que de todas partes del Estado había estado llegando; se trataba de hombres jóvenes en su mayoría, que deseaban causar alta en las filas de la División del Norte; y otros, que ya se habían enrolado, deambulaban por

las calles y a la llegada del general Villa todos ellos habían hecho acto de presencia en la estación y unidos a la población de la ciudad, no pudieron contenerse en su entusiasmo y al ver al general Villa soltaron el acogedor grito: ¡Viva Villa! Las calles fueron barridas y regadas. Las campanas de las iglesias echaron a vuelo su repique y la población en masa recibió al general Villa, su ídolo.

La gente del pueblo parecía no cansarse de mirar a Villa, cuya figura marcial imponía, y aquí nos viene a la mente las palabras del coronel villista Juan Palma: «A pesar de tanta gloria ganada en deslumbrantes batallas, el general Villa nunca dejó de ser lo que siempre había sido: humilde».

La gente del pueblo no se cansaba de mirar a Villa y admirarlo, lo seguía por las calles, excitada pero en silencio, para luego estallar con el grito singular de fuerza contagiosa: ¡Viva Villa! Para la gente pobre, con Villa no había hambre. A eso se debía que cada vez que Villa regresaba de campaña a Chihuahua, la gente se apiñaba frente a su casa. Villa, que era de carácter variable, a veces los recibía con cariño y para ayudar a la gente pobre se quitaba hasta la camisa y otras veces los regañaba, diciéndoles: "¿qué pasa que no trabajas?" y les reprochaba la falta de vergüenza por no buscarse un trabajo, para no pedir limosna; pero de todos modos les daba, los ayudaba y, para qué negarlo, para eso él peleaba.

Pero el general Pancho Villa, como cariñosamente le dice la gente, cediendo como siempre a sus impulsos, que vienen desde el fondo de su ser, como recuerdos dolorosos que vienen de sus años de miseria y sufrimientos, no pierde el tiempo en agasajos; no se deja engañar; sabe muy bien que aun está todo por hacerse, que el enemigo está concentrándose en la plaza de Zacatecas y, sin titubeos, llana y claramente, para dejar todo esclarecido, le dice al general Manuel Chao:

«—El estado de Chihuahua constituye la base de aprovisionamiento para mis tropas, que ya son muchas, y que no deben sufrir escasez de elementos. El proveedor general de mi división, tiene instrucciones muy precisas».

Y el general Chao, que ha visto la mirada resuelta de Villa, sabe muy bien, entiende muy claro, que no hay lugar a equívocos. Villa es el jefe y se pone incondicionalmente a las órdenes de éste.

El día 2 de junio de 1914, recibió el general Villa una comunicación del primer jefe manifestándole haber designado jefe de la escolta de la primera jefatura al general Manuel Chao, para cuyo fin, se le ordenaba pusiera 300 hombres a las órdenes de dicho general, y mandara que se presentara en Saltillo, para hacerse cargo de su puesto.

A esto el general Villa guardó silencio. Cuando el general Chao se enteró de dicha disposición, enfadado se presentó al general Villa y le dice:

«—Pancho, ¿qué hay de esto? ¿Qué significa?»

Villa, por toda respuesta, le mostró la comunicación telegráfica. Se apartaron a un lado de las personas presentes y hablaron por un rato, sin que nadie los haya escuchado. Lo cierto es que ni uno ni otro dieron mayor importancia al hecho.

Se reorganiza la brigada Chao, pues durante la pelea en Paredón, el general Villa quitó el mando de jefe de estado mayor de dicha brigada al coronel Manuel Bauche Alcalde y lo degradó por el abuso que cometió con unos oficiales, y que estuvo a punto de ser muerto por el en aquel tiempo capitán Reinaldo Mata. Quedando como jefe nato de la brigada el coronel Sóstenes Garza, de San' Buenaventura, Coah. Con esta brigada se acopló el regimiento Pino Suárez, del teniente coronel Mariano Tames, con el coronel Pablo Luna como segundo y el mayor Emiliano Sarabia, jefe del primer regimiento.

Zacatecas estaba en el punto de mira del general Villa, y hacia ese fin concurrían todos los preparativos que tan escrupulosamente en persona dirigía. Para esa fecha ha hecho lo imposible, y es así como lo hemos de ver salir a la vanguardia de los demás generales de la Revolución.

Entre tanto, allá en la capital del estado de Durango, el señor Venustiano Carranza se prepara para salir de Torreón, de paso, rumbo a Saltillo, y el día 4 de junio de 1914, se reúne en la estación su numerosa comitiva y su escolta para abordar tres trenes.

El primer tren se llena de soldados del cuarto batallón de Sonora, en el cual iban los oficiales que se habían formado bajo el mando del general Alvaro Obregón:

Capitanes primeros: Guillermo Palma, J. Ochoa, Pablo Macías, Luis Rueda Flores, Benito Bernal y Pedro J. Almada.

Capitanes segundos: Abelardo L. Rodríguez, José María Palma, Anselmo Armenta, Tiburcio Ibarra, al mando del teniente coronel Francisco R. Manso y del mayor Francisco Bórquez.

El segundo tren lo abordó el primer jefe con toda su comitiva.

El tercer tren lo ocuparon los soldados y caballos del regimiento Voluntarios del Norte, a las órdenes del mayor Ignacio C. Enríquez y capitán primero Cruz Gálvez.

Alrededor de este viaje del señor Carranza, se han hecho circular algunas falsedades. En las *Memorias* de don Adolfo de la Huerta, se consigna en sus páginas 155 a 156, lo siguiente:

«Carranza se había ido a Durango, dejándome a mí, en el Hotel Salvador, un cuarto, para que aparentara vivir ahí, teniendo mi residencia en otro sitio. Tal consejo me dio él por conducto de un agente de apellido Villavicencio. Yo seguí su indicación.

»El cuartel del general Villa estaba en frente y ahí estaba también Angeles; y diariamente, a las 10 en punto de la mañana, Villa venía a la banqueta del hotel Salvador a platicar conmigo. Le acompañaba siempre una especie de asistente o mozo, que se sentaba a la orilla de la banqueta mientras nosotros dábamos vueltas o nos recargábamos contra los muros del hotel o bien nos sentábamos a la orilla de la banqueta, charlando, charlando... (?).

»Era la época de sus confidencias y mis consejos. Confidencias de él y apreciaciones mías, sobre cada uno de los actos de su vida pasada, que me relataba, y mis indicaciones sobre cómo debía normar su conducta. Y estuve como dos meses así. (?) Carranza estaba en Durango.

»Hubo momentos de situación embarazosa para mí, cuanto que se trataba de detener al señor Carranza en Torreón, a su paso para Coahuila. (?) Lo mandé informar con don Luis Meza Gutiérrez sobre esos rumores, tratando de inclinarlo de que se marchara a Sinaloa, se incorporara con las fuerzas de Sonora y Sinaloa y se fuera a México por aquella vía.

»Pero Carranza no atendió mi indicación, sino que se vino a Torreón, *pasando a la madrugada* (como yo se lo aconsejé). Yo le había dicho: creo que lo mejor que usted puede hacer es marcharse a Sinaloa; pero en caso de que decidiera, a pesar de estos informes que están confirmados por Urquizo, regresar por acá, la mejor hora para que pase usted, casi sin ser sentido, es en la madrugada. Yo le aconsejaba así, porque a diario había francachelas y todos los jefes dormían hasta las nueve o diez de la mañana».

Lo que antecede, si no fuera porque es absolutamente falso, sería ridículo. Tal vez desde el otro mundo estarán, tanto Villa como el señor de la Huerta y Carranza, riendo de la tan infantil imaginación de quien urdió semejante mentira. Me supongo que es necesario aclarar la anterior afirmación. «El Primer Jefe, señor Venustiano Carranza, salió de Durango el día 4 de junio de 1914, a las diez de la mañana y arribó antes de oscurecer a estación Avilés, punto cercano a Torreón, y allí pasó la noche con su comitiva y su escolta, y al día siguiente, a las ocho de la mañana, arribó a Torreón, donde permanece durante todo el día y la noche y a las diez de la mañana del día seis sale para San Pedro de las Colonias».

Viven muchos y distinguidos testigos de aquel viaje del señor Carranza que, de quererlo, podrán confirmar que lo dicho en las *Memorias de Don Adolfo de la Huerta,* respecto a que el señor Carranza pasó por Torreón en la madrugada sin ser sentido por las autoridades militares villistas, es absolutamente falso. Invoco el testimonio del señor ingeniero Vito Alessio Robles, que fue una de las personas que en ese viaje acompañaba al señor Carranza y su comitiva. «Arribé a Durango por llamado especial del Primer

Jefe del Ejército Constitucionalista, en la tarde del día 29 de mayo de 1914.

»Después de haberme sacudido el polvo del camino, me dirigí al edificio del Banco de Durango, en donde estaba alojado don Venustiano Carranza. Después de un largo interrogatorio, el Primer Jefe me dice:

»—Permanezca usted en esta ciudad y espere mis órdenes.

»Me despedí francamente disgustado de esta conferencia. Esperé los días: 1º, 2, 3 y el día 4 de junio, con una anticipación de dos horas, se reunió en la estación de Durango la comitiva y la escolta de don Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. Esperando los tres largos trenes. El delantero con los soldados del coronel Francisco R. Manso.

»El segundo tren se componía de dos coches especiales, que ostentan en sus costados grandes águilas con letreros en que se lee: "Ejército Constitucionalista; Suprema Jefatura". Dos coches de primera clase, tres de segunda y varios carros caja; el tercer tren lleno también de soldados y carros-jaula que conducen la caballada del regimiento que comanda el mayor Ignacio C. Enríquez.

»En los coches de primera clase nos instalamos todos los que desempeñábamos alguna comisión y los que estamos esperando órdenes. Los dos carros especiales están destinados al Primer Jefe y a sus íntimos, y en sus dos vestíbulos hay instalados centinelas dobles. Por fin, a las diez de la mañana, los convoyes se pusieron en marcha, y en los dos coches de primera se formaron varios grupos que departían sobre el tema obligatorio: ¿Quiénes serían los designados para integrar el gabinete del primer jefe? Barrera Peniche lamentaba el despojo de sus cincuenta mil chivas; el licenciado Isidro Fabela y don Fernando Ramos, hablando sobre graves problemas de Derecho Internacional; don Leopoldo Hurtado y Espinosa Mireles decían que todos los problemas de México eran económicos; Iglesias Calderón hablaba de sus rectificaciones históricas y, mientras tanto, llegamos a una estación insignificante, Chorro. Nos asomamos a las ventanillas al escuchar los acordes de una música de viento; en el andén se habían congregado diez mustios campesinos que miraban azorados aquellos largos convoyes; había también un arco formado con ramas de mezquite; pero mi sorpresa llegó al colmo, cuando percibí y oí a Heriberto Barrón que debajo del arco triunfal, daba la bienvenida al Primer Jefe, a nombre de los vecinos de Chorro. Aquello rebasaba los límites de la comedia.

»La representación se repitió en todas las estaciones de tránsito. Era para provocar risa, porque nos hacía que pareciéramos una compañía de acróbatas.

»Al oscurecer llegamos a Avilés, a corta distancia de Torreón. El Primer Jefe dio la orden de pernoctar allí. Seguramente quería llegar du-

rante el día a la populosa ciudad lagunera. Después se dijo que la detención se debió al temor de que los trenes fueran volados por los villistas (?).

»El 5 llegamos a Torreón a las ocho de la mañana. Nadie nos recibió en la estación. A mediodía, don Venustiano y todo su séquito concurrieron a un banquete que se sirvió en el casino de la Laguna. El señor licenciado Isidro Fabela fue el encargado del brindis. Pude advertir que las relaciones entre los jefes de la División del Norte y Carranza eran muy tirantes».

El general Villa se había marchado a Chihuahua, desde el día 30 de mayo.

«Deberíamos partir de Torreón, el día 6 de junio a las 8 de la mañana; pero el viaje se retardó una hora porque el jefe de los servicios ferrocarrileros de la División del Norte se negaba a proporcionar locomotoras para el arrastre de los convoyes, alegando que no había órdenes de sus jefes inmediatos. El señor Carranza se impuso con energía y a las diez de la mañana emprendimos la marcha. En las estaciones que están entre Torreón y San Pedro de las Colonias no hubo ni ramadas, ni tocó la música, ni hubo arengas de Barrón.

»Llegamos a San Pedro de las Colonias a las dos de la tarde y nos dirigimos al casino donde se sirvió un banquete de 150 cubiertos.

»El día 7 de junio salimos a las dos de la mañana, de San Pedro de las Colonias y pasamos a las 5 de la tarde por Paredón. Un poco antes me mandó llamar el señor Carranza. Entré al coche del Primer Jefe, que tiene una especie de saloncito, un comedor y varios camarotes. Me hizo tomar asiento y me pidió que le relatara cómo se había desarrollado el combate de Paredón. Lo hice en breves palabras; le dije que la víspera del referido combate, el general Villa había mandado una fuerza de caballería a Estación Certuche para interceptar la línea de comunicaciones del enemigo; que el combate había sido fulgurante y decisivo, gracias al choque de una gran masa de caballería, en una carga que había durado 25 minutos, que el general Villa dirigió. Que la artillería nuestra, 36 cañones, no habían tenido oportunidad de disparar una sola granada. Que se había capturado la artillería del enemigo consistente en 10 piezas.

»La conversación se prolongó por más de una hora. Cuando yo le refería los detalles del combate de Paredón, le brillaban los ojos a través de los cristales azules y advertí que lo entusiasmaba con el brillo de la gloria militar.

»A las 8 de la noche llegamos a Saltillo, en donde se dispensó a Carranza una brillante recepción. La estación estaba repleta y en las calles por donde pasó el primer jefe había una valla de tropas de caballería. Al descender del tren, se inició una balacera. Todos los soldados hacían fuego de regocijo disparando al aire libre sus fusiles. Aquello parecía un

combate y apenas se percibía el rumor grato de los armoniosos bronces de Saltillo echados todos a vuelo».

Así estaba la situación; para el día 8 de junio, las nuevas fuerzas de la División del Norte se comenzaron a concentrar en la plaza de Torreón.

Dos días después de que el Primer Jefe pasó por Torreón hizo su arribo el general Villa y siguieron llegando trenes militares, y todavía el día 10, seguían arribando tropas.

El día 8 de junio llegó a Jiménez el tren militar que conducía elementos, tropas y oficiales pertenecientes a la brigada Villa, y allí, en Jiménez, lo abordaron 60 jóvenes que acababan de ser enrolados en la región de Balleza. Vienen al mando de un capitán que el mes de noviembre de 1919 habría de ser muy mentado: capitán Gabino Sandoval y Félix Salas, que fueron a quienes se debió la captura del general Felipe Ángeles. Todos ellos eran de Valle de Olivos y Huijotitlán. Iban a ser incorporados en la brigada Villa.

Detrás de este tren arribó el del general en jefe de la División del Norte. Con el general Villa estaban los doctores Andrés Villarreal, Miguel Silva y Luis García Cardoso y los generales Rodolfo Fierro, Porfirio Ornelas, Pablo Luna, José E. Rodríguez, su secretario particular licenciado Luis Aguirre Benavides, con Darío Silva, licenciado Enrique Pérez Rul y capitanes Miguel Trillo y José María Jaurieta.

El andén de la estación estaba lleno de oficiales que descendieron del tren con el coronel Manuel Madinabeitia, Baudilio Uribe, Práxedes Giner, Manuel Mendoza, Tiburcio Moya, José Torres (Cheché). Al descender de su carro especial el general Villa se veía arrogante y lleno de optimismo. Vestía pantalón y camisa color pardo, con salacot. El primero en saludarlo fue el general Trinidad Rodríguez y Andrés U. Vargas. Ni cerca, ni lejos de Villa, se hablaba una sola palabra acerca del Primer Jefe. (Auténtico).

Al llegar a Torreón se encontraban en la estación los jefes Felipe Ángeles, Roque González Garza, Raúl Madero, Eugenio Aguirre Benavides, Calixto Contreras, Severino Ceniceros, Mateo Almansa y gran número de oficiales superiores, entre ellos Durán González ("Gonzalitos"), Miguel Saavedra Pérez, Jesús Hurtado, etc.

A su paso por Torreón, el Primer Jefe había tenido un contratiempo con el jefe del Servicio de Trenes de la División del Norte, señor Eusebio Calzado, que se negaba a proporcionar las locomotoras por no tener orden de sus jefes inmediatos, mas con la presencia del general Villa en esa plaza, todo tomó de nuevo su curso normal y Eusebio Calzado ocupó nuevamente su puesto de Jefe del Servicio de Trenes Militares de la División del Norte, lo mismo que el despachador de trenes, señor Quirino García, pues el Primer Jefe los había cesado en sus puestos.

Para el general Villa no había más preocupación que destruir a su enemigo Victoriano Huerta. Es tan manifiesto su propósito que, entregado por completo a la organización de su cada día más poderosa División, no pierde tiempo; lo gana.

El día 9 de junio se preparan desde temprana hora las tropas de la División del Norte, para pasar revista. A los contingentes de las tropas de las veteranas brigadas se suman nuevos cuerpos independientes recién organizados. En la alameda de Gómez Palacio y Ciudad Lerdo, desfilan ante el general Villa las tropas de las nuevas brigadas: la Chao, la Bracamontes, la Segunda Villa, la Guerrero y la Cazadores de la Sierra, más varios cuerpos independientes de las brigadas. También pasan revista las veteranas brigadas, municionadas y reorganizadas.

«Al pasar revista la brigada Villa, del valiente general José E. Rodríguez, con los bravos coroneles Andrés U. Vargas, Abel Serratos, Saúl Navarro y Pablo C. Seáñez, se pudo comprobar que nuestros efectivos —cuenta el mayor Juan B. Muñoz—, pasaban de 2,800 hombres. Nosotros, los de Namiquipa, estuvimos en varias ocasiones bajo el mando del entonces coronel Nicolás Fernández, hoy general de división, como que él, desde el principio de la lucha, era de la absoluta confianza del jefe y siempre cerca de él; en ocasiones de urgencia o peligro, siempre mandó gente, hasta el mismo coronel Candelario Cervantes anduvo bajo el mando del jefe Fernández. Yo estaba muy cerca del coronel Andrés U. Vargas, cuando el de igual grado Saúl Navarro le contó a éste que el general Villa no iba a permitir que le cercenaran las tropas, que esto era lo que el señor Carranza pensaba hacer, a fin de que mermara el poderío de la División del Norte.

»No fue un secreto para nadie de los que andábamos en la brigada Villa que las relaciones entre el primer jefe del ejército constitucionalista y nuestro jefe, general Villa, eran cada día más y más tirantes. Es muy cierto que desde la batalla de Zacatecas tomó la escolta el nombre de *dorados* del general Villa».

Ese mismo día pasó revista la brigada Cuauhtémoc en la alameda de Torreón.

Dejemos que el mayor Rito E. Rodríguez nos relate lo sucedido: «Pasábamos revista a toda la división en Torreón, Coah., días antes de marchar a Zacatecas, cuando el general en jefe se fijó en la escolta de nosotros y, modestia aparte, estrenábamos uniformes tipo cazadora y lucíamos sombreros texanos nuevos. Y haciendo alto frente a nuestro grupo, preguntó:

»—¿De quién es esta escolta?

»En nuestros texanos llevábamos unos listones, con esta leyenda: *Brigada Cuauhtémoc. Escolta de Trinidad Rodríguez. Dorados.* Y "Trini" que se hallaba a un costado de nosotros, contestó:

»—Es mía, general; ¿por qué?

»—Está muy bien; te felicito. Y esos listones ¿qué dicen?

»—Pues dicen así —y al decir el nombre de *dorados,* exclamó el general Villa:

»—Te voy a robar el nombre para ponérselo a mi escolta y tú pónle otro.

»Entonces dice "Trini":

»—Muy bien; póngale a su escolta *dorados,* y los míos serán desde ahora los *plateados.*

»Nos dieron orden de quitarnos aquellos listones y jamás se acordaron del asunto, y pocos días después (13 días), moría nuestro querido jefe y no hubo *plateados*».

Así nació el nombre del cuerpo de hombres escogidos y entrenados para la guerra por el general norteño, Francisco Villa, *Los Dorados.*

Luego pasa el general Villa frente a la brigada Benito Juárez, del general Maclovio Herrera, magníficamente organizada. Los comandantes de los regimientos impecablemente uniformados: general Luis Herrera; coroneles: Eulogio Ortiz, José Borunda, S. Artalejo (hermano de Benito); Enrique Colunga, Federico Chapoy (maestro de escuela federal de Múzquiz, Coah.) y Ernesto García. El primero en aclamar al general Villa fue el coronel Federico Chapoy y, por un capricho del destino, habría de ser también el que lanzara el primer "Muera Villa", cuando lo traicionaron los Herrera, en Parral, Chih.

Allí estaba, pues, el rudo Pancho Villa, pasando revista a la División del Norte, en vísperas de la gran batalla que habría de dar el triunfo a la Revolución. Allí estaba Villa frente a los generales que le habían ayudado a limpiar de federales todo el estado de Chihuahua. Casi todos amigos de él y valientes.

Era evidente que el general Villa abrigaba el propósito de poner los nuevos cuerpos de tropas en la batalla que estaba por librarse; pues en la elección de jefes y oficiales de los cuadros en las nuevas tropas él, personalmente, tomó parte, y tuvo el cuidado que se incluyeran muchos de los hombres fogueados y que él conocía por experiencia. Terminada la revista a la División del Norte, se comprueba que sus efectivos eran 27,000 hombres.

Al día siguiente, el general Villa recibe del primer jefe, el famoso primer telegrama. Él ya tenía conocimiento pleno de que el primer jefe Venustiano Carranza pensaba cercenarle sus fuerzas. Si el señor Carranza estaba decidido a deshacerse de Villa, éste no había permanecido mientras tanto con los brazos cruzados. Tiene en Torreón, 27,000 hombres, la mayoría bajo el mando de jefes nuevos, jefes que él ha formado, comprometidos únicamente con la Revolución y con él, Francisco Villa.

Lo sucedido es demasiado conocido para volver sobre ello en forma cabal. Sin embargo, es necesario citar con obligada brevedad, lo más importante, reproduciendo los telegramas que se cambiaron el primer jefe del Ejército Constitucionalista y el general Francisco Villa. Estos telegramas nos revelan con admirable vigor la seriedad de aquella situación, pues las relaciones entre los generales de la División del Norte y el señor Carranza llegaban a su máxima tensión.

Estos telegramas fueron publicados en el folleto *Ejército Constitucionalista. División del Norte,* editado en los talleres de la Escuela de Artes y Oficios de la Ciudad de Chihuahua, el mes de septiembre de 1914.

Primer telegrama:

De Saltillo a Torreón.

Junio 10 de 1914 - Recibido 5:25 p. m.

Señor General Francisco Villa. Comunicóme general Natera que hoy empieza operaciones sobre plaza Zacatecas y que tiene fundadas esperanzas triunfo. Sin embargo, ordene usted al comandante de las fuerzas próximas, pertenecientes a su guarnición, que esté listo para reforzar a las fuerzas de los Generales Natera, Triana y Carrillo. Caso de ser necesario— Salúdolo— Afectuosamente—.

El P. J. del E. C.—V. Carranza.

Villa contesta:

De Torreón a Saltillo.

Junio 10 de 1914 - Remitido a las 7. p. m.

Sr. don Venustiano Carranza.

Enterado de su mensaje de hoy relativo a que el General Natera con esta fecha empezará operaciones sobre Zacatecas. Manifestándole que ya procedo a cumplir sus superiores órdenes en sentido indicóme. Salúdolo afectuosamente.

El General en Jefe de la División del Norte, Francisco Villa.

Esa misma noche, el general Villa sostuvo una conferencia con los generales. Muchos generales de la División del Norte expresaron, sin embargo, no creer prudente ir a una batalla bajo las órdenes de Natera. Toribio Ortega y Maclovio Herrera recordaban la falta de capacidad del general Natera para una operación de aquella magnitud. Rosalío Hernández, José Rodríguez y otros hablaban en voz baja. Pero todos tuvieron algo que decir en contra de las intenciones del señor Carranza.

Todos aquellos generales habían probado ser superiores a Natera, Arrieta, Triana y no digamos a Carrillo. Natera, cuando tuvo el mando en la batalla de Ojinaga, demostró no estar capacitado para grandes empresas.

En Ojinaga su actuación fue un desastre. Así las cosas, el día 11 llega el siguiente telegrama.

De Saltillo a Torreón.
Junio 10 de 1914.

Señor General Francisco Villa.—Ayer ordené a usted que de las fuerzas más próximas a Zacatecas, mandara usted un refuerzo al general Natera que empezó ayer ataque a aquella plaza. Si no lo ha reforzado todavía, ordene usted que en número de 3,000 hombres cuando menos salgan a reforzar al General Natera. Llevando dos baterías de artillería.

El J. J. del E. C.
V. Carranza.

Es cuando los generales Trinidad Rodríguez, Toribio Ortega, Rosalío Hernández, José E. Rodríguez, Máximo García, Maclovio Herrera, Andrés U. Vargas y muchos otros le manifestaron al general Villa sus deseos de no separarse y la conveniencia de permanecer todos unidos. Esto, sucedió en el carro especial del general Villa.

Villa contesta:

De Torreón a Saltillo.
Junio 11 de 1914.

Señor Venustiano Carranza. Refiérome a su mensaje relativo a movilización de fuerzas Zacatecas, para cooperar en el ataque a dicha plaza. Permítome manifestarle, salvo su superior aprobación, la conveniencia de que hagamos desde luego el movimiento de toda la División de mi mando con el objeto de asegurar el éxito de las operaciones y aminorar también los sufrimientos de las tropas; pues al hacer el movimiento general llevando conmigo todos los elementos de guerra y boca, necesarios para la campaña. Si usted cree pertinente mi proposición sería conveniente que ordenara al señor general Natera que suspendiera el ataque a la plaza, hasta mi llegada, para no sacrificar gente inútilmente, pues tengo noticias de que ha sido rechazado en sus intentos de tomar la plaza. Sírvase resolver sobre el particular, para proceder como usted lo ordene. Salúdolo afectuosamente.

General Francisco Villa.

De Saltillo a Torreón.
Junio 12 de 1914.

Señor General Francisco Villa.—Muy urgente.

Ayer ordené a usted que mandara 3,000 hombres con la artillería a reforzar las tropas que están atacando Zacatecas. Hoy me comunica general Arrieta que han ocupado magníficas posiciones en aquella ciudad y que necesita parque y artillería para ocuparla. Creo que habrá usted mo-

vido a aquella ciudad las fuerzas a que me refiero. Si no hubieren salido que salgan inmediatamente bajo las órdenes del general Robles, pues no debe perderse todo lo ocupado de la ciudad, que con un ligero refuerzo quedará en nuestro poder. En lugar de los 3,000 puede usted mandar 5,000, *y, si es posible, mande usted algún parque* 30-30 *y Máuser, para municionar las fuerzas de los generales Natera y Arrieta, que se encuentran atacando aquella ciudad.*

Salúdolo afectuosamente.
El P. J. del E. C.
Venustiano Carranza.

De Torreón a Saltillo.
Junio 12 de 1914.—Por la noche.

Señor V. Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. Refiriéndome a su atento mensaje de hoy, en que se sirve ordenarme auxilie al general Natera, siento mucho manifestarle que de momento no puede ir el general Robles porque encuéntrase enfermo desde hace varios días. Muchos deseos tengo de movilizar desde luego las fuerzas de mi mando; pero tropiezo con el gran inconveniente que, a consecuencia de los fuertes y grandes aguaceros, hay algunos deslaves en la vía férrea. Ya ordené que inmediatamente se hagan las reparaciones del caso para cumplimentar sus superiores órdenes.

Salúdolo afectuosamente.

El General en Jefe de la División del Norte.
Francisco Villa.

Conferencia Telegráfica.

General Villa: «Saludo a usted afectuosamente. No puedo auxiliar al general Natera antes de 5 días, porque el movimiento de tropas no se puede hacer antes de ese plazo. Señor: ¿quién les ordenó a esos señores fueran a meterse a lo barrido, sin tener seguridad del éxito completo, sabiendo usted y ellos que tenemos todo para ello? El problema que usted me pone es difícil por lo siguiente: Primero, que Robles está en cama; segundo, que si mando a Urbina con la gente, no congeniaría con Arrieta y no podría hacer nada en esta forma. Ahora dígame usted señor, si al salir yo con la división a mi mando, voy a quedar bajo las órdenes de Arrieta o Natera. Y si tomo la plaza para que ellos entren. Seguramente que al entrar a una plaza como esa, si las fuerzas de dichos generales cometen desórdenes estando yo ahí, no lo permitiré, y, de esta forma, creo que todos los pasos que damos vamos para atrás. Sírvase decirme cómo vamos hacer.

»¿Por qué si he demostrado mi capacidad para vencer al enemigo y si Zacatecas está en la línea que me corresponde, no permite usted que la división a mi mando se encargue de esa empresa?»

Carranza contesta: «No tengo que dar usted explicaciones: son órdenes dadas y mis órdenes no se discuten. Yo lo ordeno».

General Villa: «Ahora, si usted cree que yo estorbe a la división que forman los antes dichos generales y quiere que alguna persona reciba las fuerzas de mi mando, desearía saber quién es ella, para que si la juzgo apta y capaz para que se cuide de ellos, como yo mismo, está bien, pues yo hago a usted esta observación con el único fin de cuidar de mis soldados y como soldado más fiel que rodea a usted. Sírvase contestarme sobre estos puntos lo que a bien tenga».

Primer Jefe: «Retorno a usted afectuosamente su saludo y espero que me comunique el objeto de la conferencia que acaba de solicitar. Ordené a usted antes de ayer mandara tropas a reforzar al general Natera que ataca Zacatecas, por convenir así a las operaciones y porque el refuerzo que ordené creo que es bastante para que se tome aquella plaza.

»El general Natera y sus jefes me manifestaron cuando estuve en Sombrerete, que con las fuerzas del general Arrieta que uniera a la de aquéllos, podría tomar Zacatecas, y más se afirmaron en esa creencia cuando unidas dichas fuerzas derrotaron las guarniciones de los pueblos inmediatos a aquella ciudad, haciendo se concentraran a ella los federales que escaparon y otras guarniciones que no combatieron. Empezando el ataque a Zacatecas han tomado las posiciones de Guadalupe, Las Mercedes y las próximas al Grillo, habiendo sido rechazados al intentar tomar La Bufa y la estación. No es tiempo ahora de censurar a dichos jefes porque, sin estar seguros del éxito atacaron Zacatecas; pues ellos, lo mismo que usted, están inspirados en el deseo de contribuir al triunfo de la causa y adquirir del enemigo los elementos de guerra que con tantas dificultades podemos introducir. Ahora, usted ha sufrido también un error semejante cuando atacó Chihuahua y después de algunos días de combatir tuvo usted que retirarse. Tampoco hubiera usted tomado Torreón si no hubiera yo ordenado que se pusieran bajo sus órdenes los generales, Robles, Contreras y fuerzas de Arrieta bajo el mando del general Carrillo y algunas otras fuerzas bajo el mando de inferior graduación y, así como ordené que todos esos jefes con sus fuerzas cooperaran con usted para atacar al enemigo y obtener el triunfo que usted ha obtenido, he creído conveniente ordenar ahora que parte de las tropas que están bajo sus órdenes pasen a reforzar al general Natera, para el auxilio en el ataque de Zacatecas. Por lo expuesto, comprenderá usted que no trato de que vaya usted a ponerse bajo las órdenes del general Natera, sino que una parte de sus fuerzas opere con él en la toma de la plaza y se expedite el camino para el paso de usted al

sur. No es necesario, ni creo conveniente la separación de usted del mando de las fuerzas que están ahora bajo sus órdenes; pero si tuviere que tomar tal determinación, procedería como debiera en bien de la causa y del Ejército Constitucionalista que me honro en mandar como Primer Jefe. Espero que haciendo a un lado cualquier consideración que no tenga importancia y allanados los obstáculos que se presenten para que salga el refuerzo, moviendo sus fuerzas sobre Zacatecas, que con los primeros que mandara como unidas a las que están atacando, tomarían dicha plaza. Indicaba a usted que al mando del refuerzo fuera el general Robles, tanto porque no tendría dificultades con el general Natera, como por el conocimiento que tiene del terreno en que va a operar; pero estando enfermo el general Robles, podría ir el general Benavides, el general Ortega, el general Contreras o cualquiera de los jefes que usted creyera conveniente. El general Natera me dice que podrá sostenerse dos días más en las posiciones que ocupa, en cuyo plazo empezarían a llegar los refuerzos y no se perdería lo que ya se tiene conquistado. El auxilio al general Natera procederá usted a mandarlo avisando al citado general la salida y probable llegada del refuerzo a Zacatecas».

General Villa: «Estoy resuelto a retirarme del mando de la División; sírvase decirme a quién la entrego».

Primer Jefe: «Aunque con verdadera pena, me veo obligado a aceptar se retire usted del mando en Jefe de la División del Norte, dando a usted las gracias en nombre de la Nación, por los importantes servicios que ha prestado usted a nuestra causa. Esperando pasará usted a encargarse del gobierno del estado de Chihuahua. Antes de designar el jefe a quien usted debe entregar las fuerzas, sírvase usted llamar inmediatamente a la oficina telegráfica de esa estación, en donde usted se encuentra, a los generales: Angeles, Robles, Urbina, Contreras, Aguirre Benavides, Ceniceros, J. Rodríguez, M. Herrera, Ortega, Servín y Máximo García, y una vez reunidos, espero se servirá avisarme, pues espero aquí. E. P. J. del E. C. Venustiano Carranza».

Cuarto Telegrama.

De Saltillo a Torreón.

Junio 13 de 1914.

Señores generales: Robles, Urbina, Contreras, Aguirre Benavides, Ceniceros, T. Rodríguez, M. Herrera, Ortega, Servín, Almansa, Máximo García y Rosalío Hernández: saludo a ustedes afectuosamente. Después de conferencia que acabo de tener con el señor general Villa, ha hecho dimisión del mando de las fuerzas como Jefe de la División del Norte, que está bajo sus órdenes, y habiendo yo aceptado su dimisión, he llamado a ustedes para que, con el carácter de Jefe Interino de la expresada División del Norte, me indiquen el jefe que entre ustedes deba sustituirlo. Sé que el

general Urbina está ausente y que el general Robles se encuentra enfermo; a éste pueden comunicarle el objeto con que he mandado reunir a ustedes y que por escrito remita su opinión. Si hubiera en esa algún otro general de quien no tuviere yo conocimiento, cítenmelo ustedes inmediatamente para que concurra a la junta.

Creo que el señor general Villa estará presente; impónganle ustedes del contenido de este mensaje.—El P. J. del E. C.—Venustiano Carranza.

Contestación.

De Torreón.

Junio 13 de 1914.

Señor don Venustiano Carranza.

Le suplicamos atentamente reconsidere resolución respecto a la aceptación de la renuncia del general Francisco Villa como Jefe de la División del Norte, pues su separación de dicha jefatura en los actuales momentos, sería sumamente grave y originaría muy serios trastornos, no solamente en el interior sino también en el exterior de la República.—Firman los generales:

Toribio Ortega, Aguirre Benavides, Maclovio Herrera, Rosalío Hernández, Severino Ceniceros, Martiniano Servín, José E. Rodríguez, Mateo Almansa, Felipe Angeles, José Isabel Robles, Tomás Urbina, Calixto Contreras, Orestes Pereyra, Máximo García, Madinabeitia, coronel Raúl Madero.

Quinto Telegrama.

De Saltillo a Torreón.

Junio 13 de 1914.

Señores generales: T. Ortega, Aguirre Benavides, M. Herrera, R. Hernández, S. Ceniceros, M. García, M. Servín, José Rodríguez, M. Almansa, F. Angeles, J. L. Robles, T. Urbina, C. Contreras y O. Pereyra. Al aceptar del general Villa la dimisión que ha presentado del mando de la División del Norte, he tomado en consideración las consecuencias que su separación pudiera traer a nuestra causa. Por lo tanto, procederán ustedes luego a ponerse de acuerdo acerca del jefe que he dicho me indiquen para sustituir al señor general Francisco Villa en el mando de la División del Norte para inmediatamente procedan enviar el refuerzo a Zacatecas que a él le había yo ordenado.

Atentamente. El P. J. del E. C.
Venustiano Carranza.

Contestación.

De Torreón a Saltillo.

Junio 13 de 1914.

Señor don Venustiano Carranza.

Podríamos, siguiendo al señor general Villa en su proceder, dejar el mando de nuestras tropas disolviendo con ello la División del Norte; pero

no podemos privar a nuestra causa de un elemento de guerra tan valioso. En consecuencia, vamos a convencer al jefe de esta división, para que continúe la lucha contra el gobierno de Huerta, como si ningún acontecimiento desagradable hubiera tenido lugar y amonestamos a usted para que proceda de igual manera, con el objeto de vencer al enemigo común.

Firman.

Todos los generales de la División del Norte.

Sexto Telegrama.

De Saltillo a Torreón.

Junio 13 de 1914.

Señores generales, los antes citados.

Siento tener que manifestar a ustedes que no me es posible cambiar la determinación que he tomado de aceptar la dimisión del mando de la División del Norte que el señor general Villa ha presentado por exigirlo así la disciplina del Ejército, sin la cual vendría la anarquía en nuestras filas. Hace tres días ordené al general Villa, enviara refuerzos al general Natera, y hasta ahora no lo ha hecho, sin tomar en consideración que bien pudo no mandar fuerzas de la División del Norte que son las suyas, sino las de los generales Contreras, Pereyra, Aguirre Benavides y García. Y las que pertenecen al general Carrillo, que no son de la División del Norte y que agregadas a las de él por mi orden han contribuido a los últimos triunfos.— Espero que tanto ustedes como el señor general Villa sabrán cumplir con sus deberes de soldados y aceptarán las disposiciones que he dictado con motivo de la dimisión del mando del general Villa. Creo ustedes habrán tomado sus acuerdos sin la presencia del expresado general y si no hubiere sido así, lo harán después de impuestos de lo anterior.

Atentamente. El P. J. del E. C.

Venustiano Carranza.

Contestación.

De Torreón a Saltillo.

Junio 14 de 1914.

Señor Venustiano Carranza.

La resolución irrevocable que hemos tomado de continuar bajo el mando del señor general Francisco Villa, como si ningún acontecimiento desagradable hubiera tenido lugar, ayer, ha sido detenidamente meditada en ausencia del jefe de la División del Norte. Nuestras gestiones acerca de este jefe han tenido éxito y marcharemos prontamente al Sur.— Todos los firmantes pertenecemos a la División del Norte: Toribio Ortega, Maclovio Herrera, Trinidad Rodríguez, Severino Ceniceros, Martiniano Servín, Felipe Angeles, José Rodríguez, Orestes Pereyra, Canuto Reyes, Tomás Urbina, José Isabel Ro-

bles, Eugenio Aguirre Benavides, Máximo García, Mateo Almansa, Rosalío Hernández, Manuel Madinabeitia, Agustín Estrada, Raúl Madero, Andrés U. Vargas y F. Avila.

Séptimo Telegrama.
De Saltillo a Torreón.
Junio 14 de 1914.

Señores generales: F. Angeles, Trinidad Rodríguez, J. Rodríguez, Tomás Urbina, Maclovio Herrera, C. Contreras, Máximo García, M. Almansa, José I. Robles, M. Servín, Orestes Pereyra, Aguirre Benavides, Madinabeitia, Reyes, R. Hernández. Su mensaje de hoy— al haber mandado que se reunieran ustedes para que me indicaran el Jefe que en su concepto debería sustituir en el mando de la División del Norte al señor general Francisco Villa, que acaba de hacer dimisión de él ante esta Primera Jefatura del Ejército Constitucionalista, lo hice únicamente para evitar en lo posible dificultades, que pudieran haber suscitado entre ustedes, si el que yo hubiera nombrado no fuera el más apropiado, para desempeñar tal cargo; pues ustedes saben que es de las atribuciones de esta Primera Jefatura hacer tal designación. En vista del contenido del mensaje de ustedes de hoy, podría yo designar quien deba sustituir al señor general Francisco Villa, en el mando, pero antes de hacerlo deseo proceder aún de acuerdo con ustedes, para lo cual creo conveniente, que vengan a esta ciudad mañana para tratar este asunto los generales, Angeles, Urbina, M. Herrera, Ortega, Aguirre Benavides y R. Hernández.

Atentamente. El P. J. del E. C.
Venustiano Carranza.

Contestación.
De Torreón a Saltillo.
Junio 14 de 1914.
Señor don Venustiano Carranza.

Su último telegrama nos hace suponer que usted no ha entendido o no ha querido entender nuestros dos anteriores.— Ellos dicen en su parte más importante que nosotros no tomamos en consideración la disposición de usted que ordena deje el general Villa el mando de la División del Norte, y no podíamos tomar otra actitud en contra de esa disposición antipatriótica, anticonstitucionalista y antipolítica.— Hemos convencido al general Villa de que los compromisos que tiene contraídos con la Patria, lo obligan a continuar con el mando de la División del Norte como si usted no hubiera tomado la malévola resolución de privar a nuestra causa democrática de su jefe prestigiado en quien los liberales y demócratas mexicanos tienen cifradas sus más caras esperanzas.— Si lo escuchara usted, el pueblo mexicano que ansía el triunfo de nuestra causa, no sólo anatematizaría a usted por solución tan

disparatada, sino que vituperaría al hombre que en camino de dar libertad a su país de la opresión brutal de nuestros enemigos, abandonaba las armas por sujetarse a un principio de obediencia, a un jefe que va defraudando las esperanzas de el pueblo, por su actitud dictatorial, su labor de desunión en los Estados que recorre y su desacierto en su dirección de nuestras relaciones exteriores.— Sabíamos bien que esperaba usted la ocasión de opacar a un Sol que opaca el brillo de usted y contraría su deseo de que no haya en la Revolución hombre de poder que no sea incondicional carrancista; pero sobre los intereses de usted están los del pueblo mexicano, a quien es indispensable la prestigiada y victoriosa espada del señor general Villa. Por lo expuesto participamos a usted que la resolución de marchar hacia el sur es terminante y por consiguiente no pueden ir a esa los generales que usted indica.—De usted atentamente.

Firmados.—Calixto Contreras, por sí y por el general Urbina, Mateo Almansa, T. Rodríguez, Severino Ceniceros, E. Aguirre Benavides, José E. Rodríguez, Orestes Pereyra, Martiniano Servín, J. I. Robles, Felipe Angeles, Rosalío Hernández, Toribio Ortega, Maclovio Herrera, Máximo García, Manuel Madinabeitia, Raúl Madero, Agustín Estrada y Andrés U. Vargas.

Días antes a esta fecha telegrafió el señor Venustiano Carranza al general Manuel Chao, ordenándole escoger trescientos hombres y ponerse al frente para pasar a Saltillo a hacerse cargo como jefe de la escolta de la Primera Jefatura, y el día 15 de junio por la mañana llegó a Torreón de paso para Saltillo; pero al enterarse de lo que pasaba inmediatamente se presentó ante el general Villa acompañado del coronel Sóstenes Garza, después de haber puesto el siguiente telegrama.

De Torreón a Saltillo.
Junio 15 de 1914.
Señor don Venustiano Carranza.
Primer Jefe del Ejército Constitucionalista.

Confirmo en todas sus partes y hago mío el mensaje que le dirigieron a usted anoche los generales de la División del Norte, incorporándome a ella desde luego.

Respetuosamente.
General Manuel Chao.

Con este acto el general Chao les advertía a los chismosos carrancistas que él no había tragado el anzuelo de sus intrigas —él y nadie mejor que él sabía cuáles eran sus relaciones con el general Villa—; de un plumazo mandó al diablo la intriga inventada por un falderillo que acompañaba al Primer Jefe.

Zacatecas

Los FEDERALES SE hallaban fortificados en la plaza de Zacatecas en número de más de 12,000 hombres, entre soldados federales y orozquistas; los primeros a las órdenes del general Medina Barrón y los segundo al mando del aguerrido general Benjamín Argumedo, con abundantes municiones y cañones; decididos, no sólo a detener a Francisco Villa, sino a destruirlo.

La victoria sobre las fuerzas huertistas que defendían dicha plaza, significaba el tiro de gracia para el gobierno de la usurpación. El general Villa así lo comprendía, y el general Victoriano Huerta lo sabía, que allí se iba a jugar sus mejores y últimas cartas.

Desde la primera semana de junio los exploradores villistas ya habían llegado hasta la estación La Mancha, de donde se activaban los trabajos de reparación de la vía férrea hasta la estación La Colorada.

El día 15 de junio sale de Torreón la cabeza de la División del Norte, la brigada Cuauhtémoc, del valiente Trinidad Rodríguez. Llegan a estación Calera y los trenes se detienen entre Calera y Pimienta, el 17 de junio. Al siguiente día, las tropas del coronel Rafael Licón hacen contacto con el enemigo —avanzadas al mando del general Argumedo, según las declaraciones de unos prisioneros, que exploraban y que fueron los que se encontraron con el general Felipe Ángeles, quien hacía un reconocimiento del terreno, acompañado de unos oficiales de Natera y una pequeña escolta. Al ser atacado por los huertistas, lo auxilian las tropas de Trinidad Rodríguez, que eran los del regimiento del coronel Licón (de Camargo, Chih.). Se libró dicho encuentro en el rancho de San Vicente.

Las brigadas fueron llegando una tras otra a estación Calera, donde se estableció el cuartel general, bajo el mando accidental del general Tomás Urbina, mientras llegaba Villa.

El plan de operaciones fue trazado por el general Urbina, ligeramente modificado por el general Ángeles y aprobado por el general Villa.

Desde el día 18 se empezó a combatir entre las avanzadas de ambos lados, a medida que los constitucionalistas se iban acercando a las posiciones del enemigo, avanzando del norte y extendiéndose por el poniente y oriente hasta cercar, cerrando el cerco, con las fuerzas del general Natera que avanzaban del lado oriente —al sur de la mina de San Cristóbal, y el cerro del Padre—. Natera empezó su avance con sus fuerzas desde un punto entre la hacienda del Visitado y El Orito.

Las fuerzas de la División del Norte fueron avanzando y combatiendo con las avanzadas de los federales y poco a poco se iban acercando a las posiciones del enemigo, al cual tuvo que combatir constantemente, pues éste no se resignaba a dejarse sitiar y de continuo trataba de romper el cerco que se le estaba poniendo.

Las brigadas, Zaragoza, comandada por el general Raúl Madero; la Ceniceros, al mando del general Severino Ceniceros, Pedro Fabela, Santos Sánchez, Maclovio Sánchez, Lorenzo Ávalos, Bernabé González; la brigada Robles, mandada por el general Eugenio Aguirre Benavides, por estar herido José Isabel Robles, Sixto Ugalde, Margarito Salinas, Eugenio Padilla, Canuto Reyes y Félix Guzmán, la Morelos, comandada personalmente por el general Tomás Urbina, Faustino Borunda, Petronilo Hernández, Mateo Almansa, la Guerrero al mando del general Agustín Estrada, Julián Granados, Cruz Domínguez, Julio Acosta y Pablo Rodríguez —el serrano—, cubrieron el sector noroeste.

Las brigadas, Villa, comandada por el general José E. Rodríguez, con los coroneles Saúl Navarro, Andrés U. Vargas, Abel Serratos, José Torres Day; la Cuauhtémoc, al mando del general Trinidad Rodríguez recién ascendido, con el coronel Isaac Arroyo, tenientes coroneles Manuel Tarango, Rafael Castro, Juan Pedrosa, Macedonio Aldama, Rafael Licón, Mercedes Luján, Liborio Pedrosa, Miguel L. Montes y con los capitanes Francisco Montoya Meléndez, Rito E. Rodríguez, Miguel García, Francisco Armendáriz Eustaquio Quintana, Tomás Quintana, José Rodríguez —sobrino de *Trini*—; los tenientes coroneles Samuel Rodríguez y Fortunato Casavantes, y el famoso *Arabe*, etc., la brigada del general Rosalío Hernández, gente de Camargo, Chih., con Práxedes Giner Durán, Francisco y Domingo Bustamante, Manuel Licón, Miguel Medina, etc. Estas fuerzas hacían contacto con las de Mateo Almansa y las de Servín por el extremo derecho noroeste y éstas a su vez, con las de la brigada González Ortega, las de Maclovio Herrera y las de la brigada Chao, los cuales se unían en su derecha sureste con las de Pánfilo Natera, Santos Bañuelos, José T. Cervantes; Rafael y Pedro Caloca, seguían a la derecha sur y sureste. Las fuerzas de Durango, de Arrieta y Carrillo, mas las de Martín Triana, quedaron de reserva; haciendo contacto en su derecha con las fuerzas de Urbina, Ceniceros, Zaragoza, de Raúl Madero y el regimiento de Herón González, *Gonzalitos*. Con el general Chao iban los coroneles López Payán y Sóstenes Garza. Con Maclovio Herrera iban su hermano Luis, Enrique Colunga, Federico Chapoy, Alfredo Artalejo, Pedro Sosa, Ernesto García, Apolonio Cano, Eulogio Ortiz y José Ballestero, yendo como jefe de la escolta Miguel Orozco.

«La brigada González Ortega, que comandaba el general Toribio Ortega participaba en aquella batalla con el total de sus efectivos al mando del coronel Porfirio Ornelas, porque sucedió lo siguiente —rememora el capitán Matilde Flores.

»Cuando nos íbamos acercando a tomar posiciones frente al enemigo, que fue la noche del día 21 de junio, nos comenzó a llover. Se nos había dotado de unos capotitos de hule cortos y que tenían uno como especie de capuchón que cubría la cabeza. El general Toribio Ortega no llevó con-

sigo su capote y se mojó mucho. Para la madrugada, ya no pudo dar ni un paso, lo atacó una fiebre terrible que casi le cortaba la respiración. Llevaron al doctor Silva y en cuanto lo vio se sorprendió que se hallara allí con semejante fiebre. Se lo llevaron en una camilla y el general Villa acudió inmediatamente al carro del Servicio Sanitario y ordenó que se alistara una máquina con un carro especial y se llevaran inmediatamente a Chihuahua al general Ortega. Sufría un ataque de fiebre tifo. Lo iba a acompañar yo —dice el capitán Matilde Flores—; pero el general Villa dispuso que fuera el coronel Epitacio Villanueva —sobrino del general Ortega—, con Crispín Juárez y Melitón Ortega, quienes lo acompañaron con un doctor muy joven de apellido Gutiérrez.

»Al iniciarse el asalto sobre los federales nos tocó entrar y combatir a los defensores del Cerro frente a Guadalupe —ellos estaban fortificados en una serie de trincheras que les permitía cambiarse de una a otra sin peligro. El combate fue brutal. Poco a poco fuimos escalando por la falda del cerro y sólo, gracias al certero fuego de nuestra artillería, nos movíamos adelantando. Pasado el mediodía, los federales comenzaron a dejar sus fortificaciones y bajaban del cerro por el otro lado para la ciudad. Se dio la orden de entrar todos pie a tierra. Cuando combatíamos ya en las primeras casas de la orilla de la ciudad, iban junto a mí los soldados de la gente de los capitanes Becerra; a uno de ellos le dieron en el estómago y murió luego.

»Por alguna razón, me ordenó el coronel Porfirio Ornelas que yo entrara a caballo y cuando llegamos a la primera casita, los muchachos tomaron prisionero a un muchacho y lo iban a fusilar, cuando una señora —su madre—, y otra, que era su esposa, me abrazaban de las piernas, pidiéndome que no fusilaran a su hijo; que no era soldado, y que los federales se habían metido a su casa quitándose la ropa y despojando a su hijo de la de él, pues la casa se hallaba llena de federales casi desnudos; se quitaban el uniforme tratando de escapar. La casa era de dos pisos y la parte de arriba estaba llena de federales, los cuales nos entregaron sus armas y espadas. Salían en ropas menores para no ser identificados, es decir, los oficiales. Los apresó la gente del mayor José Valles. Daba lástima ver a esos soldados, barbudos, con el cabello largo y sin sombreros.

»Entre tanto, se nos comenzó a venir encima, en los momentos en que nosotros sacábamos por la fuerza a los soldados nuestros que se metieron a una cantina quebrando la puerta. En esos precisos momentos se escuchó una explosión tremenda que sacudió las casas. Los federales empezaron a correr y las cuatro ametralladoras de la gente de San Román, desde el cerro de Guadalupe empezaron a "traquetear", haciendo una matazón horrible de los federales que a todo trance trataban de escapar por Guada-

lupe. En la fase final de aquella terrible lucha murió el jefe Isidro Chavira. Zacatecas era un cementerio. Cadáveres por todas partes».

La artillería quedó emplazada de acuerdo al plan dispuesto por el general Ángeles.

La victoria de las fuerzas constitucionalistas sobre Zacatecas significaba el tiro de gracia para el gobierno de Victoriano Huerta. Y en esa apreciación el general Villa estaba en lo justo. Esa fue su opinión y la incrustó en la mente de cada uno de sus jefes. Villa no anidaba en su pecho ni la envidia ni la mezquindad. Él quiso que todos sus jefes tomaran participación en aquella operación por igual. Convenció a sus generales de la necesidad e importancia para la causa constitucionalista de destruir a los huertistas en Zacatecas. Él no les habló a sus generales de otra cosa que no fuera destruir a Huerta. Así, los convenció, los animó y aprovechó de sus generales lo mejor de su voluntad y los conocimientos militares técnicos del general Ángeles y sus oficiales del Colegio Militar. Así lo demuestran los preparativos y la forma armoniosa en que cada jefe iba tomando su sitio para el asalto final.

«Desde el día 20 hasta el día 22 que acantonamos en Las Pilas y Hacienda Nueva —dice el mayor Juan B. Muñoz— estuvimos sosteniendo encuentros aislados continuamente con los federales. A nosotros, de las brigadas Villa y Cuauhtémoc, nos tocó iniciar el ataque sobre el cerro de Loreto, partiendo de la Hacienda Nueva el día 23 de junio de 1914 a las 10 de la mañana.

»Por nuestra parte, entró en línea de tiradores una fracción del regimiento del coronel Andrés U. Vargas. Aquí iba yo —rememora el mayor Juan B. Muñoz—, por sobre nuestras cabezas pasaban las granadas de nuestra artillería y limpiaban el terreno a nuestro frente, por el costado que da para el lado del cerro La Bufa. El ruido que producía la artillería de ambos lados y la fusilería con las ametralladoras era sencillamente, infernal. Cuando uno comienza a avanzar en el combate, o mejor dicho, a entrar al combate, la nerviosidad le hace a uno disparar sobre todo lo que uno ve o cree que se mueve al frente; todo le parece a uno que es el enemigo. Grita y dispara uno casi inconsciente, en los primeros minutos de la pelea. Así se pasó el tiempo y a las 11 del día me mandó el coronel Andrés U. Vargas con un parte al puesto de mando de la brigada. Allí estaba el general Villa con el general José E. Rodríguez y muchos otros jefes, entre éstos el mayor Mercedes Luján por quien me enteré de la herida mortal que había recibido el general Trinidad Rodríguez.

»El coronel Vargas le pedía al general Rodríguez que le diera su auxilio para acallar la ametralladora que no nos dejaba avanzar. En aquel preciso momento llegó el general Ángeles con el mayor Cervantes y el general Rodríguez aprovecha la ocasión y pide que le haga disparos direc-

tos de artillería al punto que señalaba el coronel Vargas. "Adelante, dijo el general Villa, no quiero sacrificios inútiles. Que Vargas se mantenga en el sitio que ocupa mientras le silencian la ametralladora"».

Ahora veamos lo que nos afirma el mayor Rito E. Rodríguez, otro de los supervivientes de aquella jornada: «El general brigadier, Trinidad Rodríguez, fue herido por una bala perdida en la batalla de Zacatecas el día 23 de junio de 1914, en la mañana, cuando íbamos subiendo un cerro entre La Bufa y El Grillo a tomar posiciones. La bala le pegó en el cuello y según el parte del médico en jefe de la brigada sanitaria, doctor Garza Cárdenas, le atravesó la médula, por lo cual quedó paralizado todo el cuerpo y además perdió el habla y se comunicaba con nosotros por escrito. Cuando recibió el impacto, se cayó de la yegua que montaba y se quedó atorado de un estribo, por lo cual el animal, asustado, lo arrastró varios metros. Todos los de la escolta corrimos a levantarlo y lo acomodamos en una cobija a modo de camilla y en compañía de Samuel, su hermano (*Samuelito*) lo bajamos por un cañón hasta donde se pudo llegar a su automóvil, y en él, lo llevamos hasta Calera donde estaba el cuartel general.

»Al saber el general Villa que *Trini* —como él le decía— no obstante ser su compadre, se encontraba herido, fue a nuestro encuentro y al verlo se conmovió hasta el grado de saltársele las lágrimas. Y, acto seguido, le ordenó a Manuel Banda que formara un tren especial el cual fue compuesto por un carro caja para la escolta y uno de pasajeros para nosotros los que lo acompañábamos, pues *Samuelito* nos escogió a los oficiales y entre ellos a Eustaquio Quintana, primo de *Trini*.

»La orden era de llevarlo hasta Chihuahua, pues por medio de un papel y un lápiz le pidió al doctor Garza Cárdenas (quien por órdenes del general Villa se fue con nosotros) que le diera vida hasta llegar a Chihuahua y ver a su hijo Samuelito y después no le importaba morir. (Su hijo único vive en Santa Bárbara, Chih., domicilio conocido).

»En Torreón, Coah., y tras de acordar con *Samuelito*, el doctor Garza Cárdenas, ordenó que lo bajáramos, y en una ambulancia, lo internamos en el Sanatorio Español, donde dejó de existir uno de los hombres más valientes de la División del Norte, como a las 5 de la tarde del día 25 de junio de 1914.

»Una vez muerto el general, fue embalsamado su cadáver por tres médicos de Torreón, y nada más recuerdo el nombre de uno de ellos, que creo vive en El Paso, Texas, Andrés Villarreal.

»En una caja de lámina herméticamente cerrada, lo pusimos en el mismo tren y emprendimos la marcha rumbo a Chihuahua y con muchos contratiempos, pues estaban los ríos, sobre todo el de Jiménez, Chih., crecidos y los puentes arrasados, y teniendo que hacer varios cambios de trenes; por fin llegamos a la capital del Estado, donde fueron recibidos los restos

con los honores correspondientes a su grado, disponiendo la viuda que se le diera sepultura en el Panteón de La Regla y en el centro de dicho panteón se cavó la sepultura».

Volvamos a Zacatecas.

Cuando las brigadas Villa, Cuauhtémoc y la Rosalío Hernández se aprestaban para empezar a emprender el avance a tomar posiciones, el general Villa estaba en Hacienda Nueva, donde da las últimas instrucciones a los generales José E. Rodríguez, y a su querido compadre Trinidad Rodríguez. "Vencer o morir" tal era la orden.

Media hora después, ya el cerro de Loreto en uno de sus costados estaba en poder de los constitucionalistas. Se estaba librando con terrible furia la batalla de Zacatecas.

Los regimientos de los coroneles Manuel Tarango y Juan Pedrosa estaban empeñados en el combate. Sabían que su general Trinidad Rodríguez ya no estaba con ellos. El coronel Isaac Arroyo se había hecho cargo de la comandancia de la brigada Cuauhtémoc. ¡Viva Villa! gritaban a todo pulmón los constitucionalistas.

La fiereza con que se estaba combatiendo era prueba evidente de que el general Villa no se había equivocado en su juicio cuando advirtió al Primer Jefe lo peligroso de empeñar pocos elementos en aquella batalla. La bizarría con que los federales se defendían era prueba de lo poco que hubiera significado el auxilio al general Natera de 3,000 hombres que ordenaba el señor Carranza.

Me decía el general Juan B. Vargas y me lo confirmaba poco después el coronel Jaurieta: «Serían las 9:30 de la mañana cuando el general Villa dispuso que sus oficiales y su escolta *Dorados*, se fraccionara en varios grupos para que tomaran parte en la batalla, sirviendo en varias corporaciones el coronel Candelario Cervantes, con los mayores Carmen Ortiz, Pedro Luján, Carmen Delgado, José de la Luz Nevarez y los capitanes José Cañedo; José Solís y el inseparable de Cervantes, Martín Rivera, se habían batido como "leones africanos", entre la gente de Maclovio Herrera».

El teniente coronel José I. Prieto y los mayores José Ruiz Núñez, actualmente general, Pedro Gómez Paliza, Pablo Martínez (hoy coronel) Cirilo Pérez, capitanes Jesús Fuentes, Benjamín Bustamante (éste y Damián M. se hicieron cargo del automóvil del general Villa, después de que Benjamín Bustamante dejó de hacerlo) todos *Dorados* ayudaron a los oficiales del general Toribio Ortega a no dar un paso atrás. Y en la fase final de la batalla o sea a las 5 de la tarde, se unieron al grupo que encabezaba el temerario Gabriel Valdivieso, Manuel Arámbula, Roberto Yáñez, Belisario Ruiz —de la Hacienda de Rubio; los hermanos Alvarez—, Juan y Joaquín, Eligio Hernández —de la Hacienda de Santa Clara, Municipa-

lidad de Namiquipa— que ayudaban a entrar a las tropas del general Manuel Chao y que con arrojo increíble se acercaban al enemigo.

Por otro lado, el coronel Manuel Baca y los mayores Jesús M. Ríos, Andrés L. Farías, Julián Pérez, Chón y Juan Murga, Ramón Vargas, José Nieto, Ismael Maynez, Félix Garay, Baudilio Uribe, Tiburcio Maya, y los capitanes Juan Lazo —de Dolores, Chih—; Roberto Frías, Alejandro Aranda, Reinaldo Mata y Cruz Chávez (éste último es a quien le toca ser el guía de las fuezas villistas que atacan Columbus; era nativo de Cruces, Municipalidad de Namiquipa). Todos estos jefes y oficiales comandando los tres Escuadrones de la Escolta del general Villa, tomaron a su cargo la dura tarea de hacer entrar a todos los soldados a la pelea por parejo y estuvieron en los puntos de mayor peligro, cumpliendo órdenes directas de Villa, quien sólo conservó cerca de él a Nicolás Fernández, Juan B. Vargas, Rodolfo Fierro, Manuel Banda, Merced Arroyo y los oficiales de su estado mayor con el coronel Madinabeitia, Enrique Santos Coy, José María Jaurieta, Darío W. Silva, Leobardo Álvarez y otros. Así me lo relató el teniente coronel Reinaldo Mata, muerto no hace mucho.

El general Villa distribuía así a sus *Dorados* y a los soldados de su escolta para tener hombres de su confianza en toda la línea de fuego y saber que ningún jefe flaqueaba. Nadie flaqueó en esa gran batalla.

«Para antes de las 12 del día ya las fuerzas nuestras —dice el mayor Juan B. Muñoz— estaban concentradas y amparadas por el cerro de Loreto contra el fuego del enemigo. Allí estaba la infantería que según es mi recuerdo, pertenecía a las brigadas Madero, Bracamontes y las del Cura Triana. No eran las brigadas completas. Estaba la gente nuestra de la brigada Villa y la Cuauhtémoc. En aquellos momentos se combatía muy duro sobre las laderas de La Sierpe. Allí también combatía infantería que pertenecía a las brigadas ya mencionadas, pero al mando del general Martiniano Servín (recién ascendido a general). Lo seguía o reforzaba a su derecha la infantería del general Mateo Almansa. Con estas fuerzas iba el primer escuadrón de la Escolta del general Villa y una fracción de los Dorados, con el coronel Miguel Baca Valles, Gabriel Valdivieso y otros oficiales, entre ellos Rafael Mendoza —serrano chihuahuense, lo mismo que Pancho Portillo». (Sus familiares viven en su rancho de Sirupa, Chih.; él falleció en Casas Grandes, Chih., en 1956.

De este frente de combate sacaron muchos heridos y se tuvo que pelear encarnizadamente por espacio de una hora. En este lapso bramaban los cañones, no cesaba el traqueteo de las ametralladoras y la fusilería hacía fuego nutrido. ¡Viva Villa! gritaban los que estaban en el cerro de Loreto y otro cerro que da frente a La Bufa, donde las fuerzas de los generales Severino Ceniceros, Eugenio Aguirre Benavides, Sixto Ugalde, Canuto Reyes y la gente del coronel Herón González, todos bajo el mando

del general Tomás Urbina, conquistaban terreno al enemigo palmo a palmo. Con estas fuerzas cooperó otro escuadrón de la escolta del general Villa y una fracción de los Dorados al mando del teniente coronel José I. Prieto. Aquí iba el hoy coronel Cirilo Pérez (éste es de la vieja guardia); éstos desalojaron al enemigo, quedando el campo regado de cadáveres.

Es muy cierto que la infantería constitucionalista se desplazó en un frente que formaba un gran arco de círculo que abarcaba desde frente al cerro La Sierpe hasta frente a otro cerro La Bufa, principales posiciones magníficamente defendidas por los federales y en cuyas cimas funcionaban todas las noches unos reflectores, que iluminaban todas las quebradas alrededor de Zacatecas.

«No obstante lo bien fortificados, entre los éxitos que para aquella hora 11 de la mañana, alcanzados por los constitucionalistas en duros combates, estaba el cerro de Loreto y el de La Sierpe. Para conseguir esa primer victoria, se tuvieron que vencer grandes dificultades, porque el enemigo se hallaba muy fuerte en sus fortificaciones y su moral combativa era realmente alta —rememora el valiente coronel Cirilo Pérez.

»La cantidad de muertos y heridos de ambas partes nos demuestra que si los constitucionalistas estábamos decididos a morir o a vencer, igualmente lo estaba el enemigo. ¡Había que ver cómo hallábamos las fortificaciones cuando llegábamos después de desalojar a los federales! ¡Increíble! ¡Sangre por todas partes! Muertos, con el fusil en la mano. Al mismo tiempo se hacía manifiesta la importancia que le atribuían los federales a sus posiciones en los cerros mencionados. Casi todos nosotros, los de la Escolta, sacamos heridas. El coronel Rodolfo Fierro salió con dos balazos en la pierna derecha, desde los primeros momentos de la lucha en el cerro de Loreto.

»Yo con un rozón en una pierna y otro en un brazo que me sangró mucho —continúa el coronel Cirilo Pérez—. Desde la noche del 22 al 23 que fue cuando las fuerzas nuestras se acercaron a tomar posiciones, nos tocó hacer un recorrido por toda la línea y cuando llegamos a donde estaba el general Pánfilo Natera, ya sus fuerzas se habían posesionado de un cerro que le decían Cinco Hermanos, fuerzas que mandaba el general J. Trinidad Cervantes. Cuando hablamos con el general Natera, lo acompañaban en aquel momento recibiendo órdenes los generales Tomás Domínguez, Santos Bañuelos, José Caloca (éste había ocupado ya posiciones frente al enemigo). Nos acompañaron hasta donde estaba el coronel Martín Triana, Juan Fermiza, Ignacio Galván y otros. (Juan Fermiza mandaba gente de la brigada Robles, lo mismo que Félix Guzmán)».

«Cuando atacamos la Estación me tocó conocer a varios jefes y oficiales zacatecanos en plena acción —dice el capitán primero de caballería villista Martín D. Rivera, ayudante del coronel Candelario Cervantes de Nami-

quipa, Chih.—. Allí vi entrar al combate a la gente del general J. Trinidad Cervantes, José R. Caloca, Ignacio Galván cuando estos jefes y sus oficiales reconocieron a los *Dorados* Candelario Cervantes, Carmen Delgado, Pedro Luján y Carmen Ortiz con los de la escolta del general Villa, nos saludaron con el acogedor ¡Viva Villa! ¡Cómo eran valientes esos zacatecanos! ¡Daba gusto verlos! Ya para esa hora los zacatecanos del general Pánfilo Natera habían tomado el Cerro del Padre, y así que ayudaban, codo con codo, a los chihuahuenses del sordo y temerario Maclovio Herrera a combatir en la estación.

»Al puesto de mando de la brigada Chao, llega el coronel Payán y pide autorización para lanzarse él con sus muchachos al asalto del Corralón, por el lado de la estación. "No trague ansias" —le contestó el general Chao. Payán andaba sangrando un poco de una pantorrilla y rodilla; pero no quiso separarse de la pelea. A este jefe lo ascendió mi general Villa a general, y le dio el mando de la segunda brigada chao».

«Apenas las fuerzas de Urbina, Ceniceros, Eugenio Aguirre Benavides y el coronel J. Herón González se apoderaron de La Sierpe, cuando ya nosotros —rememora el mayor veterano villista Juan B. Muñoz—, los de la brigada Villa, con la brigada Cuauhtémoc, al mando de Isaac Arroyo, nos lanzábamos al asalto del cerro el Grillo, por un lado, y por otro la brigada Zaragoza, al mando del coronel Raúl Madero (recién ascendido a general). El primer regimiento de nuestra brigada Villa, al mando del coronel Saúl Navarro y los hombres del namiquipense Andrés U. Vargas —con éstos iba yo, dice Muñoz—, comenzamos a tendernos en línea de tiradores sobre la falda del Grillo, en medio de aquel aguacero de balas.

»Habíamos visto correr a los federales cuando los sacamos del cerro Loreto, y cómo habían corrido con rumbo a la plaza los defensores de La Sierpe; ahora nos tocaba sacar de dicho cerro (El Grillo), a los bien atrincherados federales en esta magnífica posición y no menos bien defendida. Las piedras saltaban al impacto de nuestras granadas y a nosotros nos llegaban pedacitos. El cerro del Grillo estaba siendo atacado por dos de sus costados, y sus defensores se sostenían firmes y nosotros avanzábamos, en tres líneas de tiradores, bien espaciados. Junto a mí iba el mayor Murguía, no recuerdo su primer nombre. El ruido producido por la artillería de ambas partes era tremendo. El nuestro era muy nutrido, relativamente. El fuego de los federales que más nos dañaba era el de sus ametralladoras.

»Los namiquipenses Reyes Ortiz, Celso Apodaca, Manuel Bustillos y Refugio Licano no se separaban del jefe Vargas, a pesar de que casi todos traían heridas leves.

»Para esa hora ondeaba la bandera villista en la cima de los cerros Loreto y La Sierpe y nosotros, los de la primera línea de tiradores, ya estábamos a la mitad de la ladera del cerro del Grillo y de ahí no pasábamos porque el fuego de la artillería enemiga era terrible. Hubo un momento en que el jefe Vargas se comenzó a inquietar, pues el avance era imposible. En aquel momento llegaron muchos soldados y oficiales con el coronel Manuel Banda y se nos unen y comenzaron a gritar o a entonar nuestro grito de guerra ¡Viva Villa! ¡Arriba Villa, muchachos! ¡No se "cuelguen"! Y sucedió que en aquel momento arreció con terrible furia el fuego de la artillería nuestra sobre las posiciones enemigas que nosotros teníamos al frente. Luego, el capitán Rafael Medrano, grita: "¡Adelante, compañeros!" Y todos lo seguimos; pero sólo por unos cuantos pasos, pues luego tuvimos que buscar abrigo en donde se podía; el fuego enemigo era muy certero sobre nuestra línea. Allí estaban unos atrás y otros a los lados de la gente de Vargas los soldados de los jefes Palma, Serratos, Navarro y Rivas. Allí estaban los oficiales José Torres Rocha, Reinaldo Mata, Desiderio Márquez, Jesús Téllez Cedillo, Manuel Machuca, Pedro Saldaña, José Bencomo, Pedro Almeida y muchos otros valientes que escapan a mi memoria».

En el puesto de mando del general Villa, que en aquel momento se hallaba establecido en la cara de la mina de Loreto, tenían un cañón que hacía fuego a los federales del Grillo, y una bala hizo explosión en la mano de uno de los oficiales artilleros y mató a varios y dejó heridos a otros, cayendo al suelo el propio general Villa y Ángeles que estaban cerca. Al coronel Juan B. Vargas le causó una herida en la paleta izquierda y al coronel Lucio Fraire, lo hirió el golpe al pegar contra el suelo. (Allí se encontraba el hoy general Federico Cervantes).

El general Villa les hablaba a los oficiales artilleros ayudantes de Cervantes y les decía:

«—Muchachos, la bala que iba a explotar, ya explotó, tenemos que seguir dando nuestra ayuda a los revolucionarios que se sacrifican en El Grillo».

Y poco a poco se recobró la confianza y todos volvieron a cargar y ayudar a pasar los cartuchos de la pieza y ésta a funcionar.

Me decía el general Vargas (en aquél entonces era coronel), que el capitán Leobardo Alvarez, había quedado tan sordo a consecuencia de la explosión, que tenían que gritarle para que oyera bien. (Este era capitán ayudante del general Villa). Agrega el general Vargas: «Todos los partes que se estaban recibiendo eran alentadores. El general Villa los leía en voz alta y todos nosotros nos enterábamos del progreso de la batalla: Arrieta y Martín Triana hacían estragos en las filas de los federales desde Guadalupe y El Crestón Chino. El general Manuel Chao en combinación

con el general Toribio Ortega combatían desde la estación, de la cual se apoderaron después de salvar los Corralones; en la última fase de la batalla en ese frente, cayó mortalmente herido el general Toribio Ortega. Al general Villa se le humedecieron los ojos cuando recibió la noticia y mandó al coronel Madinabeitia para que viera en qué condiciones se encontraba el general Toribio Ortega y que se hiciera acompañar de un doctor».

El cuerpo del general Toribio Ortega fue conducido en tren especial hasta la capital de Chihuahua, donde fue recibido con los honores correspondientes a su grado, al igual que el coronel Isidro Chavira.

Con las fuerzas del coronel Martín Triana tomaban parte los *Dorados*, teniente coronel José I. Prieto y el hoy coronel retirado Cirilo Pérez, con una fracción del 3er. escuadrón de la escolta del general Villa.

Si bien es cierto que el coronel Martín Triana tenía mucha inclinación a permanecer lejos de la línea de fuego, lo es también que sus oficiales y tropa eran de calidad y arranque y con la ayuda de los *Dorados* y la presencia de las fuerzas zacatecanas que eran de la mejor calidad, se batían como verdaderos leones contra los federales que para aquella hora ya estaban cediendo terreno a lo largo de todo el frente.

La infantería villista, formando un gran arco de círculo, avanzaba perfectamente organizada, instruida y disciplinada. La infantería de Pedro Bracamontes, mandada por el coronel Juan Fermiza, tenientes coroneles Macario Bracamontes (sonorenses), Pascual Contreras, Indalecio Godoy Fernández (zacatecano); Mayores Manuel Bracamontes (sonorense); José Manuel Contreras y otros. A esta gente se incorporaron por orden del general Villa, estando en la línea de fuego, el mayor Francisco Valles Jordán y el capitán primero Manuel Gutiérrez, a quien el general Villa le decía "Kirique". El mismo día pasan a formar parte de los cuadros de dicha gente de Bracamontes varios oficiales, entre ellos el teniente Valente de Anda (de Jiménez, Chih.), y Enrique Higueras (sonorense).

«Se comprobó que el cerro de La Bufa estaba defendido por 3,000 federales comandados por el general Cruz Guerrero. La artillería nuestra, hábilmente dirigida, estaba haciendo añicos las fortificaciones en ese cerro y luego entraron las infanterías, rememora el teniente coronel Reinaldo Mata; las tropas que atacaban en el punto por donde nos tocó a nosotros pelear (escolta y *dorados* del general Villa), eran del general Severino Ceniceros y los mandaban los coroneles Lorenzo Avalos, José Castro, Adolfo Rosales (zacatecano); Santos Sánchez, Manuel Rocha (zacatecano); José María Rodríguez, de Estación Quila, Dgo., lo mismo que el mayor Donato Alvarado; coronel Pedro Rocha, teniente coronel Margarito Machado, teniente coronel Victoriano Galán y el capitán Indalecio Galán (el mayor Donato Alvarado era hermano del general Pablo Alvarado, de Pasaje, Dgo.)».

Después de furioso combate, los federales abandonan su posiciones en La Bufa, sufriendo terribles bajas muriendo el general Cayetano Romero y el valiente coronel Altamirano.

El general Faustino Borunda, de las fuerzas del general Tomás Urbina, es de los primeros jefes villistas en llegar a la cima de La Bufa y al toque de diana se izó la bandera villista.

El puesto de mando del general Villa era todo actividad. Un ir y venir de jefes y oficiales, trayendo partes de novedades y saliendo con órdenes para los distintos jefes de tropas en combate, recordaba el coronel José María Jaurieta. Las tropas de la brigada Chao, al mando del coronel Amando de Isaac Payán habían entrado a la estación reforzados por la gente del coronel Lauro Pulido; rechazaba al aguerrido Benjamín Argumedo, y en ese momento llegan noticias de que el teniente coronel Fortunato Casavantes, de la gente del general Trinidad Rodríguez, en unión de la gente del coronel Carlos Almeida con tropas de la brigada Villa, habían izado la bandera villista en la cima del cerro del "Grillo". Fue en esos momentos cuando se supo que el coronel Isidro Chavira, de Ojinaga, Chih., acababa de caer sin vida, allí en el puesto de mando del general Villa. Otros del cerro de Loreto, estaban con el coronel Manuel Madinabeitia, el teniente coronel Práxedes Giner y otros oficiales, entre ellos uno de los hermanos Bustamante, de Camargo, Chih. (Estos jefes pertenecían a la brigada del general Rosalío Hernández, pero con frecuencia andaban comisionados con el coronel Manuel Madinabeitia).

Del puesto de mando del general Villa salían órdenes para cada uno de los jefes de tropas y los partes que se recibían sólo consistían en la notificación de haber cumplido las órdenes recibidas. Así era; todo se hacía por orden directa del general Villa; en todo estaba él. El jefe que pedía ayuda, la recibía en el acto. Ya se tratara de municiones o fuego de artillería; a todo atendía; sus oficiales de estado mayor y sus ayudantes, no descansaban recorriendo la línea de fuego. Igualmente los *Dorados* todos estaban presentes en los puntos que el general Villa les señalaba, y cumplían con celo las órdenes del jefe y hasta se extralimitaban cumpliéndolas.

«Cuando el mayor Gustavo Durán González recibió la orden de mover sus cañones a otro sitio, del cual pudiera dar efectivo auxilio a las fuerzas que atacaban el "Grillo", tuvo que, pistola en mano, obligar a sus ayudantes a cumplir dicha orden, pues la artillería enemiga les asediaba certeramente. Y el general Villa mandó una fracción de *Dorados* a dar auxilio al mayor Durán González —recuerda el teniente coronel Reinaldo Mata, y añade— que, el valor de aquellos artilleros era mucho, pero que la maniobra era demasiado audaz. Sin embargo, los atacantes del "Grillo" recibieron la ayuda de artillería que tanto necesitaban y triunfaron».

Entre tanto, la artillería villista seguía causando graves estragos en las líneas de los federales y acallando en varias partes la artillería de los huertistas y destruyendo algunos edificios de la ciudad lo cual provocaba el pánico entre los moradores civiles y los federales que retrocedían ante el avance de las infanterías revolucionarias.

Serían las 5.30 de la tarde cuando el "Grillo" cayó totalmente en poder de las fuerzas de las brigadas Villa, Cuauhtémoc, Robles, con Raúl Madero, Rosalío Hernández y contingentes de la Madero y Refugio Servín.

Los federales comienzan a evacuar la plaza, para cuyo fin el valiente coronel Ildefonso Azcona en vano se sacrifica tratando de despejar el camino a Guadalupe, que lo defienden las fuerzas del general Natera, Martín Triana y los Arrieta. Los federales, desesperados, no encuentran por donde salir del cerco que les tienen puesto los villistas y los de Natera.

Cuando las fuerzas de los coroneles Juan Pedrosa, Manuel Tarango, Rafael Licón y Domingo Gamboa se aprestaban para entrar a la población bajando del "Grillo", hacen prisioneros a unos federales que confiesan que el general Argumedo ya no obedecía órdenes y que ya sólo procuraban la manera de salir de Zacatecas. Los capturó el capitán 1º Francisco Montoya Meléndez, chihuahuense, serrano.

Efectivamente, es en esos momentos cuando el general Argumedo al frente de su caballería, vestido de charro, trata a toda costa de abrirse paso por Guadalupe. Sólo logra facilitar la salida de Medina Barrón, Valdés, Olea, Castro, el mismo Argumedo y otros jefes y algunos oficiales con muy poca tropa. Fue una horrible matanza; con fusiles, ametralladoras y pistolas eran cazados en su huida por los constitucionalistas. Hay testigos presenciales de esa terrible matazón que opinan que tal vez no fue necesaria esa carnicería, porque se trataba de un enemigo ya derrotado. De los 12,000 federales, según unos, pues otros aseguran que éstos eran 15,000, sólo escapó el cincuenta por ciento; unos 2,500 lograron salir y el resto se dispersó o se ocultó. Los que lograron escapar fueron a dar a Aguascalientes en desastrosas condiciones. Allí se encontraban Pascual Orozco, Marcelo Caraveo y otros con 2,000 *colorados.*

En esta acción tomó parte el coronel Eulogio Ortiz con su regimiento de la brigada Juárez de Herrera; también Colunga, Chapoy, el coronel Emiliano Triana y Dolores Portillo, persiguiendo a los federales que confundidos y presos de pánico huían por el camino de Guadalupe.

Las victoriosas tropas de la División del Norte habían tomado la plaza de Zacatecas, cuyas calles se hallaban sembradas de cadáveres. Cuadro tétrico y horrible.

Por todos lados, en las afueras de la ciudad, se escuchaban dianas y en medio de la obscuridad de la noche no cesaba de repetirse el terrible grito de guerra, frío y desafiante: ¡Viva Villa! ¡Viva la Revolución!

Los trenes del servicio sanitario de la División del Norte habían llegado hasta El Bote, lugar próximo a Zacatecas (8 ó 9 kilómetros) y ahí se estaban embarcando los heridos con destino a los hospitales de Chihuahua, Ciudad Camargo, Parral, Torreón y Ciudad Juárez, Chih.

Todos los heridos villistas, con la rapidez que lo requería el caso fueron puestos en trenes con destino al norte.

Al amanecer del día 24 de junio de 1914, la población se encontró al abrir sus puertas con las calles sembradas materialmente de muertos y sangre regada. Banquetas y paredes estaban salpicadas de rojo por la sangre.

Reproduzco un extracto del relato que hace el general Adolfo Pérez Caro:

«El día 24 de junio fue para nosotros imborrable fecha. A temprana hora abandonamos nuestro pobre hogar, impulsados por la curiosidad de observar los resultados de la batalla. Sólo habíamos dado unos cuantos pasos; nos detuvimos porque recibíamos una extraña sensación: cadáveres por todos lados y rincones; destrozadas ropas militares, calzado, excrementos de bestias, autos abandonados, pedazos de armas ligeras, cascos de granada, gorras militares, fornituras, botellas vacías, y, en general, basura en abundancia; vimos también velas encendidas en las escaleras de la "Santa Escuela". Hastiados de mirar tanto cadáver insepulto, experimentamos una especie de real y sincera compasión por los vencidos; sobre todo cuando observamos apretados grupos de prisioneros que eran conducidos frente a nosotros. Descalzos y hambrientos unos; en calzoncillos y sin gorras otros, y llenos de mugre los más. A su paso por las calles provocaban lástima y pavor a la población civil que repuesta un poco de las horas de angustia salía de sus casas a darse cuenta del final de la lucha.

»Para aliviar la situación creada por la abundancia de cadáveres en la ciudad, se procedió a su incineración en calles, plazas y callejones».

Anota el mayor Juan B. Muñoz:

«Cuando llegamos a las fortificaciones que habían ocupado y defendido heroicamente los federales recibimos un golpe de vista tan tremendo, que difícilmente se puede describir. Hallamos entre los escombros de los fortines a cuerpos de soldados destrozados, cabezas desprendidas del tronco; brazos y piernas tirados; aquí y allá había cuerpos completamente destrozados. Otros con las caras desfiguradas. Y, entre todo aquel cuadro de horror, había trastos con arroz, azúcar y café. Latas de sardina. Botellas de cerveza, tequila y aguardiente sin destapar y muchas botellas vacías entre los cadáveres. Gorras militares, capotes, zapatos y fornituras tirados por el suelo. Algunos muertos tenían reflejado en su rostro la agonía de la muerte. El olor era insoportable. Yo conté más de 400 muertos y no pudiendo soportar más aquella atmósfera nos retiramos. Cuando llegamos a ese sitio de la defensa federal del "Grillo", íbamos con el coronel Andrés

U. Vargas, José Bencomo, Tomás Camarena y yo. Nos fuimos a visitar a nuestros compañeros heridos».

Años después, el general Eulogio Ortiz, me contó lo siguiente: «Que él nunca antes ni después, vio tanta sangre ni tanto muerto en un combate que había durado sólo nueve horas. Que por el número de prisioneros que se le hicieron al enemigo, los heridos y dispersos que éste tuvo que lamentar y la magnitud de la victoria en esa batalla, sobrepasó en todo y por todo a lo que se esperaba.

»Que no había cabido duda que la razón militar la había tenido cabalmente el general Villa. Que el Sr. Carranza pudo muy bien, tal vez, haber tenido motivos de orden político. Pero que en cuanto al juicio del Sr. Carranza, respecto a la toma de Zacatecas, había estado muy lejos de la realidad».

Una de las primeras medidas que tomó el general Villa fue evitar el saqueo de la población.

En virtud de que los 3,000 y tantos prisioneros federales no se bastaban para despejar las calles de cadáveres, se decretó la orden de que la población civil cooperara en esa tarea. Pues los callejones coloniales estaban sembrados de soldados muertos.

Al salir de Torreón, el general Villa iba acompañado de los señores licenciados Miguel Alessio Robles y José Ortiz Rodríguez, que en representación de la División del Noreste, iban a conferenciar con los generales de la División del Norte, y que según indicación del general Villa esperaban en el tren del cuartel general que terminara la batalla que se estaba librando en Zacatecas.

El día 24, por la mañana, sale el capitán 1º José María Jaurieta a buscar a dichos abogados y no los encuentra porque éstos han emprendido la marcha a pie para la ciudad.

Veamos lo que a este respecto ha dicho el propio licenciado Miguel Alessio Robles:

«El Ejército del Noreste envió a dos delegados a Torreón: al Sr. José Ortiz Rodríguez y a mi para conferenciar con Villa y con los principales jefes de la victoriosa División del Norte, y les hiciéramos ver la inconveniencia de esa actitud, cuando todavía no se acababa de derrocar el gobierno usurpador de Victoriano Huerta, y lo que era más triste y doloroso todavía, que el puerto de Veracruz permanecía ocupado por las fuerzas invasoras norteamericanas. La razón militar la tenía Villa, absoluta, completa; pero el Sr. Carranza tenía varios motivos políticos para obrar así.

»Los delegados del Ejército del Noreste salimos de Saltillo para Torreón a conferenciar con el general Villa. No creíamos que el célebre guerrillero volviera a reconocer la autoridad de la Primera Jefatura, desconocida por los principales jefes de la División del Norte en históricos telegramas. Cuan-

do llegamos a Torreón, toda la División del Norte había marchado ya sobre Zacatecas. El general Villa iba a salir para esa plaza momentos después de haber llegado nosotros a Torreón. A las siete de la mañana nos presentamos en la casa del vencedor de Ojinaga y Tierra Blanca. El tremendo guerrillero se estaba desayunando una taza de atole de maizena. Inmediatamente le abordamos la cuestión.

»—Venimos a ver a usted en nombre de los jefes del ejército del noreste para hacerle ver la conveniencia de que vuelva la División del Norte a reconocer la autoridad de la primera jefatura del Ejército Constitucionalista. Es antipatriótica semejante actitud cuando aún no se aniquila al enemigo, y lo que es más grave todavía, que el puerto de Veracruz permanece ocupado por las fuerzas invasoras.

»El general Villa se quedó sorprendido al recibir semejante embajada. No la esperaba. Interrumpe el desayuno y nos dice inmediatamente:

»—"Estoy para salir en estos momentos al ataque de la ciudad de Zacatecas. Ya está entablado el combate y me esperan a mí para dar el asalto general sobre esa plaza; yo no puedo resolver nada sobre la proposición de ustedes, porque todos los jefes de la División del Norte están combatiendo en estos momentos, pero pueden ustedes acompañarme en mi tren, y después de que ocupemos Zacatecas, convocaré a una junta a todos los generales para ver qué resuelven". Nosotros aceptamos la invitación de Villa, y marchamos con él a aquella plaza. Tres o cuatro millas antes de llegar a Zacatecas, se detuvo el convoy. No podía seguir adelante porque las tropas federales y las revolucionarias combatían furiosamente. El estallido de los cañones, de las ametralladoras y de los fusiles se escuchaban por todas partes. Era un ruido infernal. El general Villa monta su brioso caballo y escoltado por *Los Dorados* se dispone a marchar a la línea de fuego, pero antes de partir nos dice a nosotros:

»—¿Se quedan en el tren o me acompañan?

»—Nos quedamos —contestamos secamente nosotros—. Nunca habíamos estado en ningún combate, ni llevábamos siquiera pistola é ibamos, además, vestidos de paisano.

»—Entonces mi cocinero que los atienda, y tan pronto como entremos a Zacatecas, les mandaré hablar "para que pasen a lo barrido".

»—¡Buena suerte, general! —exclamamos nosotros, mientras Villa arrancaba precipitadamente al lugar de la lucha encarnizada y sangrienta, seguido por la aguerrida y célebre escolta de *Los Dorados.*

»Tan pronto como la plaza de Zacatecas estuvo en poder del Ejército Constitucionalista, el general Villa nos mandó decir que pasaramos a la ciudad para conferenciar con todos los generales.

»Nosotros emprendimos a pie una caminata de tres o cuatro millas. Llegamos a Zacatecas cuando todavía no se levantaba el campo de batalla. Era

un horror contemplar aquel espectáculo pavoroso. La calzada de Guadalupe estaba materialmente sembrada de cadáveres de soldados federales. No se podía caminar. Por donde quiera había caballos muertos, uniformes arrojados aquí y allá, que los soldados sitiados arrojaban desesperadamente para poder escapar de una muerte segura. La pluma de Edgard Poe no hubiera podido describir ese cuadro horrendo que crispaba los nervios y nublaba la vista. Había manchas de sangre en las aceras, y en medio de las calles los grandes hacinamientos de cadáveres que ya entraban en descomposición, debido al calor de los ardientes rayos del sol de junio. El cerro de La Bufa extendía su soberano crestón erizado bajo un cielo azul y resplandeciente. Las puertas y ventanas de las casas cerradas a piedra y lodo después de varios días de rudo y sangriento combate. Las calles empinadas y desiertas. En las plazas, grupos de soldados ebrios que celebraban la victoria. Ruinas y escombros se veían por todas partes, porque los soldados federales antes de abandonar la plaza habían volado unos edificios con dinamita. La bella catedral de Zacatecas ostentaba sus filigranas de piedra y levantaba sus torres magníficas en medio de esa tragedia.

»Nosotros nos presentamos al día siguiente al cuartel general para conferenciar con Villa y con los demás jefes militares que habían asistido a la toma de Zacatecas. Ángeles, Urbina, Toribio Ortega, José Rodríguez, Raúl Madero, Ceniceros, Bañuelos, Natera, Calixto Contreras, Roque González Garza, Orestes Pereyra, Chao, Maclovio Herrera, Rosalío Hernández, Máximo García.

»Allí estaba también presente el culto y generoso doctor Miguel Silva, que era el jefe de la brigada sanitaria de la División del Norte. Antes de cumplir nuestra difícil y delicada misión, les manifestamos a los jefes de la División del Norte que, para iniciar las pláticas, era indispensable que le enviaran un telegrama al Sr. Carranza, participándole el brillante triunfo que acababa de obtener la Revolución al ocupar esa ciudad.

»Tomó la palabra el señor doctor Miguel Silva en nombre de todos los generales de la División del Norte y manifestó lo siguiente:

»—Nosotros no desconocemos la autoridad del Sr. Carranza, como primer jefe, pero queremos que una ley de todos los hombres revolucionarios declare cuáles son los alcances y límites de esa autoridad. Porque, según nuestro parecer, el Sr. Carranza está para que nuestra Revolución tenga un Jefe Supremo y siga caminos ordenados, mas no para disponer él, a su capricho de nosotros, los hombres que hacemos la guerra con nuestra sangre; ni para sujetarla a los propósitos de su persona en perjuicio de los intereses del pueblo. Que sea él nuestro jefe, si señor, pero que lo sea oyéndonos, no atropellándonos, y que lo sea conforme se necesite, pero nada más, en lo cual tendrá nuestro respeto, sin merma para nosotros ni olvido de nuestra causa.

»En el acto accedieron el general Villa y los otros jefes militares en enviar ese mensaje al Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. El señor Carranza contestó desde Saltillo, felicitándolos por esa victoria.

»Después de discutir largamente en esa junta, se llegó al acuerdo de que estaban dispuestos los jefes de la División del Norte a reconocer nuevamente la autoridad de la Primera Jefatura de la Revolución, siempre que se celebraran en Torreón unas conferencias con representantes del Ejército del Noreste y con delegados de la División del Norte para fijar ciertas bases. El Ejército del Noreste aceptó desde luego esa proposición; pero el Sr. Carranza, que culpaba al general Felipe Ángeles de la rebeldía e insubordinación del ejército villista, le envió en esos delicados momentos un mensaje al antiguo director del Colegio Militar, destituyéndolo del cargo de subsecretario de Guerra en el Gabinete de la Revolución, cargo al que no había renunciado al incorporarse a la División del Norte. Ese telegrama produjo un efecto tremendo en el sector de los jefes villistas. Nosotros estábamos colocados en una situación muy comprometida. Villa se puso frenético, furioso, pero, afortunadamente, pudimos salvar esas graves dificultades y conseguimos que al fin se celebraran las famosas conferencias de Torreón».

La División del Norte con su jefe al frente, general Francisco Villa, ha ganado, una vez más, una gran batalla, acabando con 40,000 de los mejores soldados de Victoriano Huerta, entre heridos, muertos, prisioneros y dispersos, contándose en el estado de Chihuahua las fuerzas federales a las órdenes del general Salvador Mercado y los *Colorados* a las órdenes de Pascual Orozco y Marcelo Caraveo, con las derrotas sufridas el 15 de noviembre en Ciudad Juárez, el 23 del mismo mes en Tierra Blanca, el 10 de enero de 1914, en Ojinaga, Chih., en que los supervivientes de esa jornada se internaron en los Estados Unidos y fueron hechos prisioneros, a excepción de los generales Marcelo Caraveo, José Inés Salazar, con los coroneles Desiderio García, Federico Córdoba, Silvestre y Rodrigo Quevedo, que con unos 15 hombres más, se internaron a territorio americano, montados, regresando a territorio nacional por Lajitas, Chih. siendo batidos y dispersos en la Tinaja de Márquez, oriente de la Sierra de Palomas, saliendo Caraveo, con Desiderio García y Federico Córdova y otros, al sur, y José Inés Salazar, los Quevedo y tres más, se internaron a territorio americano, cruzando el Río Bravo entre Santa Elena y Lajitas. (Estos datos fueron confirmados por el general Marcelo Caraveo al general de brigada Enrique León Ruiz años después).

A esto hay que agregar las batallas de la región Lagunera: Bermejillo, Tlahualilo, Mapimí, Sacramento, Gómez Palacio, Lerdo, Torreón, San Pedro de las Colonias, Paredón. Y con esto se llega a los cuarenta mil soldados huertistas aniquilados por el huracán que fue la División del Norte bajo el mando directo del general Francisco Villa.

A ningún otro jefe revolucionario se le ha insultado tanto como al general Villa. Sus enemigos de ayer se quebraron los dientes tratando de morderlo. Los enemigos gratuitos de hoy tratan en vano de morderlo, pero sólo logran llenarlo de babas.

Con la batalla de Zacatecas, la estrella de Villa ha llegado a su cénit. El destino ha determinado que esta batalla sea la última que él sostenga teniendo a su lado a la flor y nata de generales que bajo su mando se han formado.

Pasará un tiempo, corto, y veremos descender momentáneamente su estrella, para luego agigantarse ante propios y extraños.

De regreso al Norte

La División del Norte se concentra en la ciudad de Torreón, Coah., donde permanece el grueso de sus efectivos, mientras que algunas fuerzas son distribuidas en varias plazas del estado de Chihuahua. Las brigadas Juárez de Maclovio Herrera y la Chao del general Manuel Chao, que comanda el coronel Sóstenes Garza, toman cuarteles en la plaza de Parral. Por su parte la brigada de Rosalío Hernández, se acuartela en Ciudad Camargo, mientras la brigada Villa, en la ciudad de Chihuahua.

Se procede a organizar la brigada Cuauhtémoc y se le cambia de nombre; en lo adelante se llamará brigada Trinidad Rodríguez, en memoria de su querido jefe. La comandará el general Isaac Arroyo —recién ascendido—, quedando como jefe del estado mayor el coronel Samuel Rodríguez —hermano de Trinidad— y el teniente coronel Fortunato Casavantes de subjefe. Los regimientos seguirán bajo el mando de los mismos jefes: Rafael Castro, Manuel Tarango, Macedonio Aldama, Rafael Licón, Domingo Gamboa y Juan Pedroza.

Se organiza la brigada Chao —la segunda— y se le da el mando al general Isaac López Payán. Provisionalmente con los coroneles Eulogio Ortiz, Mariano Tamés y R. Limón.

Los regimientos de la brigada Villa se convierten en varias brigadas: la primera al mando del general José E. Rodríguez, con los coroneles Andrés U. Vargas, Carlos Almeida y José Rivas (El Güero) y otra al mando del general Saúl Navarro. con el también general Miguel Fernández, y otra al mando del general Pablo C. Seáñez y coronel Pablo Luna y Gabino Durán. Con las infanterías de los hermanos generales Julio y Natividad Reza Pérez se forma la segunda brigada Villa, pues las primeras tres brigadas (caballería) forman parte de la primera que manda el general José E. Rodríguez. Total, los efectivos de la División del Norte han aumentado considerablemente: pasan de los 40,000 hombres.

Pasan los días y las famosas conferencias de Torreón se han celebrado sin que se haya logrado ningún beneficio práctico. Sólo se ha perdido el tiempo, que al Sr. Carranza favorece.

Mientras tanto, el día 15 de julio, la prensa anuncia que el pelón, traidor y asesino Victoriano Huerta, ha dimitido en favor del licenciado Francisco S. Carvajal. Esa misma noche, "El Chacal" Victoriano Huerta sale de la ciudad de México con una comitiva que ocupa un convoy de 22 automóviles con rumbo al puerto de Veracruz, dejándolo en el caos que él había provocado y se embarca para Europa. Para los Estados Unidos la emprenden el resto de los "achichincles" del asqueroso mariguano Victoriano Huerta, entre ellos su actual defensor García Naranjo.

Al siguiente día, que fue el 16 de julio, la ciudad de Chihuahua se entera del fallecimiento del general Toribio Ortega y, por la tarde, por medio de una esquela se anuncia oficialmente la muerte del ameritado revolucionario. Por su parte, la familia Ortega repartió entre sus amistades la siguiente esquela:

Hoy, a las 10.15 a. m., falleció en esta ciudad el Sr. GRAL. TORIBIO ORTEGA *a la edad de 44 años.*

Su atribulada esposa, madre, hijos, hermanos, parientes y amigos, lo participan a Ud. poseídos del más profundo dolor, suplicándole eleve las preces que su piedad le dicte por el eterno descanso del alma del finado y se sirva asistir al sepelio que tendrá lugar mañana a las 5 tarde.

Chihuahua, J. 1914.

El duelo se recibe en la casa No. 307 de la Avenida Independencia y se despide en el Panteón de la Regla.

Agencia "La Nacional" *Imprenta del Norte, S. A.*

Una poderosa y bien formada columna de caballería le rindió los honores correspondientes a su grado.

El día 24 del mismo mes arribaron a Chihuahua las fuerzas de la aguerrida brigada González Ortega. Ya no alcanzaron a ver a su querido jefe. La tarde de ese día 24, se recubrió la tumba del general Toribio Ortega con coronas de flores que los jefes y oficiales de la brigada le llevaron y todos sus viejos compañeros: Canuto Leyva, los Machuca, Porfirio Ornelas, José M. Valles, José San Román, Joaquín Terrazas, Crispín Juárez, Ramón Mendoza y sus sobrinos, Epitacio Villanueva y Melitón Ortega lloraron al inolvidable jefe. El general Villa, leal compañero, mandó que le construyeran una cripta especial a su valiente lugarteniente. Allí permaneció guardando respetuoso silencio el fiel ayudante, capitán J. Matilde Flores.

Entre tanto el día 10 de agosto, llega la vanguardia del ejército del general Obregón al pueblo de Teoloyucan, Mex., yendo los capitanes del estado mayor, Aarón Sáenz, Jesús M. Garza. Carlos Robinson, Adolfo Cienfuegos y Camus y Lorenzo Muñoz Merino.

El día 11 del mismo mes, llega el primer jefe Sr. Venustiano Carranza a dicho pueblo y, por segunda vez, se saludan el Sr. Carranza y el general Obregón.

Mientras tanto, el general Villa hace una jira, visitando Parral, Chihuahua y Las Nieves, Dgo.; invitado por los hermanos Herrera y el general Tomás Urbina.

El día 18 de agosto de 1914, se da la orden para que la escolta de *dorados* del general Villa, embarque en carros-jaula la caballada y también las monturas de los oficiales de estado mayor. Se embarcan los regimientos de la brigada Villa, mandados personalmente por el general José E. Rodríguez, Andrés U. Vargas y Candelario Cervantes.

El carro especial del cuartel general lo abordaron el licenciado Luis Aguirre Benavides, generales Rodolfo Fierro, José E. Rodríguez, Uriel López Loya y Pablo C. Seáñez. Coroneles Candelario Cervantes, Cruz Domínguez, Manuel Baca y los ayudantes de estado mayor, Darío W. Silva, Miguel Trillo y Leobardo Álvarez.

En Ciudad Camargo se incorpora el general Lucio Fraire, recién ascendido. El mayor Jesús María Ríos era el oficial de guardia. El coronel Juan B. Vargas iba de jefe de la escolta, y en las plataformas de los carros del cuartel general, había doble centinela.

Rememora el namiquipense capitán 1º Martín D. Rivera: «A mí me tocó ir en el coche que ocupaba la banda de música del general Villa, con el general José I. Prieto y el coronel "Toño" Villa.»

Todo era alegría; nadie sospechaba que habríamos de combatir de nuevo, que fuera entre nosotros mismos los revolucionarios, constitucionalistas. Cuando llegamos a Parral, se volcó el pueblo, materialmente, para saludar al general Villa. Las fuerzas de las brigadas Chao y Juárez formaban una valla y los clarines tocaban atención y marcha de honor. La banda de música del general Villa inicia la marcha tocando la marcha "Zacatecas", que hizo vibrar de entusiasmo a la multitud que gritaba con todas sus fuerzas ¡Viva Villa! El general Villa caminaba en medio de los generales Luis y Maclovio Herrera, siguiéndole los generales que lo acompañaban. Allí recibía el general Villa una de las aclamaciones más grande y sincera, por venir del pueblo, que más lo conocía, y al cual él pertenecía. No se sabe si el Sr. Lic. don Adolfo López Mateos conocía este hecho, pero el corresponsal de *Excélsior,* Sr. Jesús M. Lozano dice lo siguiente:

«Hidalgo del Parral, Chih., 23 de mayo de 1958. El pueblo de Parral sigue comentando las palabras que pronunció el licenciado Adolfo López Ma-

teos ante los millares de personas que le tributaron entusiasta bienvenida en esta minera e histórica ciudad».

Entre los párrafos más salientes del discurso, figura el siguiente:

«Este lugar, como todo el estado de Chihuahua, fue testigo de las hazañas del Ciclón del Norte, Francisco Villa. Él logró los triunfos militares que hicieron realidad los ideales de Madero y que después, cuando la traición de Huerta, *liquidaron el huertismo en México. Pero su significación no estriba solamente en sus triunfos militares. La gran significación de Villa consiste en que era como ustedes y como yo, hijo del pueblo, al servicio del pueblo*».

Aquí se encontraba presente el hijo de Villa, Hipólito, que fue diputado y quien no pudo contener su emoción ante el homenje a su padre.

Volvamos al general Villa, que ha llegado a la ciudad de Hidalgo del Parral. Una vez en la plaza, suntuosamente decorada, el general Villa, rodeado de los generales, que lo acompañaban y de los que lo recibían, además de una selecta comitiva, estrechó con efusión al señor Pedro Alvarado que al frente de los principales hombres de negocios iban a darle la bienvenida. Para esa hora ya los famosos *Dorados*, montados en sus briosos corceles, se hallaban apostados al derredor de la plaza. Villa recibió infinidad de regalos y cuando la señorita —casi niña— Elisa Greise, acompañada de un nutrido grupo de señoritas de la mejor sociedad de Hidalgo del Parral, le entregaron un hermoso ramo de flores, se emocionó visiblemente. Bailes, carreras de caballos y serenatas se sucedieron en honor del Centauro del Norte durante los cuatro días que permaneció en dicho lugar.

Al siguiente día de su llegada comió en la casa de la familia Herrera, (y por cierto que tuvo en sus brazos a un niño [Roberto], hijo del general Luis Herrera).

El había colmado de favores y atenciones a don José de la Luz Herrera, padre de los generales Luis y Maclovio, que no obstante ser generales, respetaban a don José de la Luz a tal extremo, que ni siquiera se atrevían a fumar en su presencia. Tal era el carácter de este hombre.

No se trató una palabra acerca de las relaciones del Primer Jefe y Villa. Éste con su ojo altamente experimentado, oteaba y pulsaba el ánimo de los Herrera.

El Sr. don Pedro Alvarado, el hombre que más dinero había tenido en la región, platicando con Villa, de quien era amigo desde años atrás, le hizo esta advertencia:

—Pancho, no creas mucho en las atenciones que te dispensan los Herrera. Don José de la Luz Herrera es ambicioso y, según yo he sabido, emisarios del Sr. Carranza le han dicho al oído algo acerca de la gubernatura del Estado. Haz como si no tuvieras nada que sentir de ellos.

Así fue; Villa siempre contó con la amistad de gente de la más humilde y a la vez de la más rica también. Tenía ese raro don de hacer amigos entre la gente de todas las condiciones sociales, con la misma facilidad que hacia enemigos.

El general Villa seguía recibiendo agasajos, sin dejarse dominar por el halago. El Sr. Alvarado le dijo:

—Pancho, siempre has estado alerta ante la contingencia; pues así debes seguir. Ten presente que los generales Herrera y Chao se odian entre sí y tratan de eliminarse el uno al otro; pero es el caso, que es a costa tuya.

«Pasan los tres primeros días y al cuarto se presenta la oportunidad que Villa ha estado esperando. El coronel Alfredo Artalejo llama urgentemente a los *Dorados* al restaurante frente a la plaza, porque allí se está desarrollando una escena de mucha significación. El coronel Eulogio Ortiz, en compañía de Artalejo (hermano del bravo Benito Artalejo, que murió en la presa del Coyote, durante la batalla de Torreón), se sienta a la mesa y pide a una orquesta de cinco músicos que le toquen "La Adelita". Todo pasaba dentro de lo normal, pero en eso llega Pedro Sosa, el "Mocho" y no saluda al coronel Ortiz, quien lo manda llamar con uno de los meseros del lugar y lo increpa duramente. Sosa se retira sin decir nada. Sosa era el jefe de la escolta de Maclovio Herrera. Un momento después se presentan en el citado restaurante Maclovio, Sosa y el mayor Apolonio Cano. Sin que mediara palabra alguna entre ellos, se fueron derecho a la mesa de Ortiz y lo agarraron a golpes con las pistolas. En ese momento llegan cuatro de los *Dorados* de Villa, con el coronel Juan B. Vargas, los hermanos Juan y Chón Murga. Ante la presencia de éstos el general Luis Herrera se lleva detenido al coronel Eulogio Ortiz. Esto cae al general Villa "como anillo al dedo", pues en cuanto el coronel Vargas lo entera del suceso, manda llamar a don José de la Luz Herrera y le pide que inmediatamente le entreguen al coronel Eulogio Ortiz. Villa quiere probar hasta qué grado, los Herrera andan desviados de él. Maclovio Herrera se presenta ante Villa y le entrega al coronel Ortiz, el cual queda de momento con los miembros de la escolta del general José E. Rodríguez. El general Maclovio Herrera da por explicación al general Villa, que Eulogio Ortiz andaba diciendo a todo mundo en la plaza, que el general Manuel Chao era el único y verdadero jefe, que fuera de Chao, no había más jefe. Luego, el coronel Ortiz, declaró ante el general José E. Rodríguez que los Herrera trataban por todos los medios de crear dificultades entre el general Chao y el general Villa. Que Chao nada tenía que ver en lo que los Herrera se traían». (Esto coincidía con lo dicho por el señor Pedro Alvarado al general Villa). Si algún día se llegan a publicar completas las *Memorias* del general Villa, sin duda que él dará muchos datos sobre este incidente.

»Villa sale de Parral con rumbo a Las Nieves, Dgo. A los Herrera les ha dicho que dentro de unos días los verá de nuevo y que a su regreso desea hablar con ellos, ya que de momento no dispone de tiempo.

»En Las Nieves, espera a Villa el recibimiento del general Tomás Urbina, quien lo ha invitado para que le bautice un niño. El general Urbina, tiene acantonada a toda su brigada Morelos —cerca de 3,500 hombres— y no escasa de dinero ni de provisiones de boca. A la llegada de Villa, hay serenatas rancheras, coleaderos, jaripeos, bailes y peleas de gallos. Todos toman licor, menos los que van con Villa, ni él tampoco. Villa no nació para perder el tiempo en ligerezas. Él sabe que Urbina lo quiere como amigo y que lo respeta. Pero también sabe que lo envidia y algo más; sabe lo teme. Urbina, a su vez, sabe quién es Pancho Villa. Sabe que es hombre de extremos. Terriblemente malo y brutalmente bueno. Él, Urbina, no hace mala cara. Sin embargo, sabe que Villa lo domina y por eso se le cuadra, Llega el general Villa acompañado de la primera brigada Villa y la escolta de *Dorados,* con los cuales se bastaba, según sus propias palabras, para cualesquier contingencia. Las fiestas han comenzado. Todo mundo allí goza y se emborracha, menos los hombres de Villa. El gozo en ellos era natural. Así lo ha dispuesto el jefe». (Todo lo anterior es relato de dos de los testigos oculares de aquella jornada: el general de división Eulogio Ortiz, que años después fuera jefe de las operaciones militares de la región lagunera, y el general brigadier Juan B. Vargas, que a la sazón mandaba un regimiento en la misma fecha, 1935, con base en Torreón, Coah).

Villa no era envidioso ni traidor. Odiaba a los traidores y admiraba y sentía veneración por la lealtad. Desconfiado por naturaleza, deja que Urbina hable y diga todo lo que quiera. Él se atiene a su colmillo que no es poco para descubrir en Urbina el primer síntoma de traición. Él presiente algo raro. Pero por una de esas contradictorias maneras que él tiene de proceder, se entrega a sus amigos. Lo hemos de ver con el licenciado Luis Aguirre Benavides, a quien se entregó sin reservas. Él creía que era su amigo y por eso lo sintió tanto cuando se le separó a fines de 1914.

Estando el general Villa en la hacienda de Las Nieves, recibe la noticia de que el primer jefe Venustiano Carranza había entrado a la capital de la República, el día 20 de agosto y que el general Alvaro Obregón la había ocupado con su cuerpo de Ejército de Noroeste desde el día 15, del mismo mes. A propósito, ese mismo día se había declarado la primera guerra europea.

Villa, perseverante y audaz, por nacimiento, apenas ha bautizado al niño del general Tomás Urbina, cuando le manifiesta a éste que, negocios urgentes reclaman su presencia en el estado de Chihuahua.

—Compadre —le dice Urbina—, esté usted alerta, porque Carranza acecha, espera el momento para eliminarlo. Ya, usted lo sabe; aquí tengo

mi brigada y, todo es que usted lo ordene, para que se ponga en marcha, según sus órdenes.

Villa, listo, como él lo era, le pide a Urbina más detalles sobre lo que él sepa, y le dice Urbina:

—Tengo un emisario de Pablo González, detenido, y pienso fusilarlo.

Villa nada comenta de momento, pero al emprender la marcha, pide a Urbina que le entregue al citado emisario de González y se lo lleva para Chihuahua. También ordena Villa que toda la brigada Morelos se concentre en la ciudad de Chihuahua, donde deberá participar en el desfile militar que se efectuaría el día 16 de septiembre.

Transcribimos a continuación, el relato del teniente coronel Reinaldo Mata, testigo presencial de los hechos.

«Todavía, Villa no está plenamente desengañado de la deslealtad de los Herrera, y dispone hacer escala en Parral, de regreso a Chihuahua. Al llegar a un punto que se llama Adrián, abordan el tren del general Villa, el coronel Manuel Ochoa y el teniente coronel José Ballesteros. El primero es uno de los ocho hombres que acompañaban a Villa cuando éste se internó a territorio nacional para iniciar la Revolución, y el segundo era el subjefe del regimiento de Eulogio Ortiz. Por ellos se entera el general Villa de que los Herrera ya, prácticamente, no estaban con él. Luego, abordan el tren los generales Freire y Moya, insistiendo ante Villa de que se les debe quitar a los Herrera el mando de la brigada Juárez, porque saben que éstos ya no están con los de la División del Norte.

»Llegan a Parral y se encuentran con que los Herrera, padre e hijos, están en la estación, lo esperaban en el andén, lo reciben con muestras de mucha amistad. El general Villa, mañosamente, ha hecho llegar primero a la brigada Villa, con el general José E. Rodríguez y el coronel Carlos Almeida. Los soldados de las fuerzas de Maclovio Herrera están apostadas a lo largo de la calle partiendo de la estación. No han terminado los saludos cuando empiezan a llegar las tropas de la brigada Morelos. Los caballos de la escolta de *Dorados,* están en sus carros, pero ensillados y listos para cualesquier emergencia. Si los Herrera tuvieron la intención de aprehender a Villa, a su llegada, no tuvieron la menor oportunidad; Villa tenía mucho "colmillo" para dejarse atrapar. Villa, astuto, por nacimiento, les puso a los Herrera una prueba más todavía: invitó a don José de la Luz Herrera para que lo acompañara a Chihuahua, y en el trayecto, procuró que don José de la Luz platicara con los generales que iban en la comitiva, para que por boca de éstos supiera que lo que Villa hacía, era por ser de la voluntad de todos los generales de la División del Norte, y que éstos estaban bien unidos. El general Villa estimaba mucho a los Herrera —principalmente a Maclovio— y a eso se debía que no hacía caso de lo que le decían sus generales. Todavía, el general Máximo García

hizo viaje especial de Torreón a Chihuahua para poner a Villa al tanto de que Maclovio Herrera había hecho una invitación a varios generales, entre ellos a él, para separarse de Villa y unirse a don Venustiano Carranza. Pues nada, Villa seguía teniendo la esperanza de que todo aquello no pasara de ser habladas».

El general Obregón en Chihuahua

Dos días después de haber regresado el general Villa a la capital del estado de Chihuahua, llega el general Alvaro Obregón acompañado de su estado mayor y una pequeña escolta de 15 hombres, comisionado por el Primer Jefe, para evitar el rompimiento, ya inminente, de la División del Norte y la Primera Jefatura, y pedir al general Villa que lo acompañara a Sonora para solucionar los conflictos, surgidos entre el señor don José María Maytorena y el general Plutarco Elías Calles.

El general Obregón fue muy bien recibido por los generales de la División del Norte y el mismo general Villa estuvo en la estación del Central a darle la bienvenida, acompañado de varios generales. Nadie, sólo los malvados, podrán asegurar que Villa haya recibido mal al general Obregón. Villa estuvo en todo momento, cordial. Juntos, Obregón y Villa, estuvieron con las autoridades militares del lado americano, en El Paso, Texas. Se retrataron los dos juntos con el general John J. Pershing el día 27 de agosto. Juntos fueron a Nogales en sus respectivos carros especiales por la vía férrea americana, el día 28 de agosto. En Nogales, Son., se entrevistaron con el señor Maytorena y en dicha junta estuvo presente con los generales Francisco Urbalejo y José María Acosta, el namiquipense coronel Cenobio Rivera Domínguez, general Castillo Brito y otros serranos. Los conflictos surgidos en Sonora quedaron resueltos, aparentemente. Pues sólo se trataba de ganar tiempo, por parte del señor Carranza. No pasaría mucho tiempo para que Villa se entere de que no hay sinceridad de propósito. Villa era brutalmente sincero, franco y en su pecho no anidaban ni la envidia ni la mezquindad. Era desconfiado de los hombres por una experiencia aprendida en muy duras lecciones. Se había rodeado de elementos de mucha valía, creía en ellos, y los consultaba en todo lo importante; pero no se dejaba cegar por las apariencias. Sin embargo, el general Alvaro Obregón los estaba envolviendo.

El día 4 de septiembre de 1914, sale de la capital de Chihuahua, el señor general Alvaro Obregón; lo acompañan, además de su pequeña escolta, el teniente coronel Francisco R. Serrano, el capitán Carlos Robinson y los señores licenciado Miguel Díaz Lombardo, el español Angel del Caso y doctor Miguel Silva. Le presentarían en nombre de la División del Norte y del Cuerpo de Ejército del Noroeste un extenso memorándum al señor Carranza.

Referíame el general Juan B. Vargas: «Yo fui comisionado por mi general Villa con tres oficiales mi hermano Ramón, Rafael Medrano y José Solís para acompañar a dicha comitiva hasta Torreón. Fue en esa ocasión cuando me tocó conocer al señor general Álvaro Obregon, con quien estuvimos platicando por horas seguidas durante el trayecto y al despedirnos de él mis oficiales y yo, me manifestó que si algún día deseaba yo ir para Sonora, él tendría gusto en recibirme en su ejército. Yo le dí las gracias, agradecido por aquella atención.

»De regreso a Chihuahua me tocó llevar una comunicación para el general Maclovio Herrera, que se hallaba con su brigada en Hidalgo del Parral, Chih. Según me pude enterar, era una orden del general Villa para que se incorporara con su brigada Juárez en la ciudad de Chihuahua, donde se iba a pasar revista general y a efectuar el desfile militar con la mayor parte de los contingentes de la División del Norte, con motivo de las fiestas patrias del 15 y 16 de septiembre. Por toda contestación el general Herrera me indicó que regresara yo a Chihuahua y que las órdenes de mi general Villa serían cumplidas. Esa fue la última vez que ví y oí hablar al general Maclovio Herrera».

«Nosotros —refiere el mayor Juan B. Muñoz—, la gente del coronel Andrés U. Vargas celebrábamos el 16 de septiembre, en Namiquipa, con una "coleadura", cuando llegó el coronel Candelario Cervantes con la orden de que nos alistáramos inmediatamente para salir para Chihuahua, "que algo malo había sucedido en Parral", según las palabras de Cervantes a Vargas».

Regreso del general Álvaro Obregón

Llega por segunda vez a Chihuahua el señor general Álvaro Obregón, día 16 de septiembre, por la mañana, siendo recibido en la estación por los generales César Felipe Moya, Rodolfo Fierro, Agustín Estrada y Castillo Brito, con varios oficiales. Le manifiestan que el general Villa lo espera en el Palacio de Gobierno, desde donde han de presenciar el desfile de los contingentes de la División del Norte. El general Obregón llega al Palacio de Gobierno a las 9:30 de la mañana acompañado del teniente coronel Francisco R. Serrano y de los capitanes Robinson y Villagrán.

Lo sucedido en esa ocasión es demasiado conocido para los afectos a la Historia de la Revolución. Sin embargo, no es por demás, invocar el testimonio de testigos presenciales de aquellos hechos para aclarar algunas falsedades.

Comenzaré por la versión del coronel Carlos Robinson, que nos ayudará a conocer lo que estaba sucediendo entre el Primer Jefe de la Revolución y los generales de la División del Norte.

«Eran las 9 de la noche del día 13 de septiembre de 1914, cuando el teniente coronel Francisco R. Serrano ordenaba a los capitanes Robinson y Villagrán que se alistara el tren para salir para Chihuahua esa misma noche. Los miembros del estado mayor de Obregón no ocultaban sus temores respecto a lo peligroso, lo atrevido y lo terrible que iba a resultar la audaz aventura del vencedor de Santa María y de Santa Rosa».

¿Por qué consideraban tan peligrosa la visita que por segunda vez hacía el general Obregón a la capital del estado de Chihuahua?

El lector, que desconoce estos hechos históricos, tiene forzosamente que preguntarse y, ¿por qué tanto temor a ese viaje? Pues, ¿a qué iba Obregón a Chihuahua, si como decían que iba Obregón comisionado por el señor Carranza, a convencer a Villa y a sus generales en forma amistosa de la conveniencia de conservar la unidad revolucionaria, entonces, a qué temer si se iba obrando de buena fe? La verdad es que el general Obregón no iba en busca de la unidad revolucionaria. Todo lo contrario. Entonces, ¿a qué iba el general Obregón a Chihuahua? La respuesta nos la ha dado anticipadamente el mismo señor Carranza. Desde el mismo momento que el señor Venustiano Carranza llega a Saltillo, la noche del día 7 de junio de 1914, corrió la voz entre sus allegados de que el Primer Jefe había decidido cercenarle fuerzas a la División del Norte, restándole elementos hasta eliminar por todos los medios a Francisco Villa. ¿A qué iba a Chihuahua el genial sonorense? ¿Más claro?

Por esa razón consideraban peligrosa la aventura del general Obregón, porque en verdad fue muy atrevido dicho viaje a la fortaleza de Pancho Villa. «Aunque no sería en verdad, la primera vez, ni la última, que el general Obregón desafiara el peligro. Era sencillamente temerario o amante de desafiar el peligro». Son palabras del licenciado Miguel Alessio Robles.

Después del desfile, se despidieron Villa y Obregón para verse poco más tarde. El general Obregón, con sus ayudantes, fue a comer a la casa del general Raúl Madero, donde lo acompañaron los generales Aguirre Benavides y José Isabel Robles, más los coroneles Roque González Garza y Luis Aguirre Benavides. Eran las 3 de la tarde. El general Villa acompañado de los generales Manuel Chao y Fidel Avila se fue a comer a la casa de "Toño", coronel Antonio Villa, su hermano, habiendo mandado antes al coronel Manuel Baca para que tomara nota de lo que se trataba en la casa del general Raúl Madero. Villa ya había olfateado algo, pero como era tan hosco en cuanto a comunicar lo que sabía, nada decía.

Según la versión del coronel Manuel Baca, confirmada después por el general Raúl Madero, el general Obregón, con mucha calma y elocuencia, empezó a hacerles ver lo funesto que sería para la patria la división del elemento revolucionario. El general Eugenio Aguirre Benavides manifiesta que aunque Villa no entendía de razones, ellos deberían hacer lo posible

para evitar el ya inminente rompimiento de la División del Norte con el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. Esta fue la gota que derramó el vaso. Al oír esta declaración del general Aguirre Benavides, los generales José Isabel Robles y Raúl Madero, prorrumpen, mirando resueltamente al general Aguirre Benavides:

—Muy bien, y ¿cuáles son esas razones que el general Villa no entiende?

Aguirre Benavides no contestó. Luego, sin rodeos, le manifiestan al general Álvaro Obregón, que no es el general Francisco Villa quien haya venido provocando ese distanciamiento, sino el señor Carranza, con su actitud tan manifiestamente autocrática y en forma clara, para evitar equívocos, le recalcan al general Obregón, que los generales de la División del Norte no estaban de acuerdo con las ideas del señor Venustiano Carranza.

Poco rato después llega a la casa del general Madero, el señor don José de la Luz Herrera, y saluda al general Álvaro Obregón, haciéndole patente los saludos de su hijo, el general Maclovio Herrera. El general Obregón, risueño, dio las gracias. Desde aquel momento, para nadie fue ya un secreto, el por qué Maclovio Herrera no se encontraba allí en Chihuahua, y que era porque, precisamente, ya no quería estar cerca del general Villa. Un anticipo de lo que se tramaba.

El coronel Manuel Baca sale de la casa del general Madero, y se reúne con el general Castillo Mena, a quien le expone claramente que, según lo que él acababa de observar, el general Aguirre Benavides y los Herrera, estaban en entendimiento con el señor general Álvaro Obregón. El general Castillo Brito lleva en su mano una comunicación del gobernador de Sonora, para el general Villa. Llegan a la residencia de éste, siendo recibidos en el acto. El general Villa escucha el informe que le rinde el coronel Manuel Baca y luego se entera de la comunicación de Maytorena, que era el gobernador de Sonora. Se comunica telegráficamente a Ciudad Juárez, con el general Felipe Ángeles. Pasados unos cuarenta y cinco minutos, manda llamar al general Álvaro Obregón, con el coronel Juan B. Vargas. Lo espera en su casa, Quinta Prieto. Acabando de hablar con el general Manuel Chao, quien se retira, llega el señor general Obregón. Villa, que difícilmente domina sus impulsos, lo recibe cortés, pero fríamente. El destino ha puesto frente a frente a los dos más grandes generales de la Revolución Mexicana.

Epílogo

Noragua

Memorias del coronel de Caballería Veterano Legionario CENOBIO RIVERA RAMIREZ; *recogidas directamente por el autor.*

Si al formular estos apuntes me he inspirado en el cariño que tengo por mi tierra natal, que he tratado de forjar en mis Memorias, que recuerdo la abnegación de mis mayores, y el valor de mi casa paterna donde mi madre me cobijó, con el amor único que existe, el de la madre, y mi señor padre me guió por el camino del bien, que sólo se encuentra en el trabajo y el reposo campestre, no quiero seguir más adelante sin rememorar los tesoros de mi juventud que fueron los viejos residentes, los viejos amigos de mi familia, esa gente noble y buena que he querido por ahora llamar Las Raíces...

Considero que el vocablo está bien fijo para no olvidar lo que fuimos en realidad, y lo que nos recuerdan *Las Raíces*, los viejos ciudadanos de aquel pueblo tranquilo del siglo pasado. Namiquipa.

Las raíces de mi existencia son: mis padres; los padres de mis amigos de infancia, de los hombres que me ayudaron con su consejo, con su experiencia, que no olvido ni dejo de aprovechar durante toda mi vida.

Hombres de avanzada edad, unos hasta cien años, otros 80, otros 75. Hemos de comenzar primero con raíces del árbol edificante genealógico de la familia: don José Rivera, mi abuelo paterno, cien años al menos tenía cuando lo visitaba yo, muy niño aún, lo encontraba haciendo zapatos; le gustaba el oficio, mi padre don Juan Rivera Salcido, nos obligaba a pasar a su casa todos los días a saludarlo y a besar su frente. El noble anciano cuidaba de que la cincha estuviera bien fija, y el freno de la bestia no muy ajustado; que no hubiera motivo de caída del nieto. Re-

comendaba no salir lloviendo, para evitar los resbalones. Imposible tolerar que los niños y jóvenes, dijeran mentiras, ni mucho menos detenernos en el camino a casa con los amiguitos; fijaba la hora para medir en su mente si llegaríamos a casa antes de la puesta del sol, ya que vivía un poco retirado de El Chupadero, nombre de la casa paterna. ¡Qué anciano tan delicioso, tan sabio, tan cristiano, sincero, y tan serio! Hablaba sólo lo muy necesario y le gustaba oír; me dejaba solo en las pláticas, y dos o tres semanas después me pedía le contara otra vez aquéllo, me corregía por la variación y me enseñaba a no decir mucho, que puede olvidarse...

Don Faustino Heras —padre de Francisco Heras, *Dorado* de Villa, ayudaba a mi abuelito, y procuraba divertirse con la plática amena del abuelito José. Don Pedro Tena, padre de todos los Tena de Namiquipa, o al menos abuelo o bisabuelo. Tendría unos 110, cuando en el año de 1896 dejé de verlo. Era todo un cerebro de cultura natural, humano, paciente, cristiano a su modo, pero sin afectación. De su pequeño capitalito y trabajo construyó en el barrio Casas Coloradas una capilla, esto es reformando una pared que allí estaba desde la conquista y nos ofreció un lugar de oración, además de el hogar, La Capilla del Santo Niño. Así se llamaba el lugar donde nos llevaban todos los domingos.

Don Pedro Tena a pesar de su edad avanzada no dejaba de moverse, y animar a sus hijos al bien. Nadie faltaba al rosario todas las tardes menos los domingos que había fiesta y los días de San Isidro, San Pedro y San Pablo; el día 3 de mayo, de La Santa Cruz, siempre había fiesta pueblerina y muy ocasionalmente venía el señor Cura; pero había quien lo sustituyera. Don Pedro Tena era padre de don Francisco Tena, padre de muchos hijos e hijas que vivieron para el bien. Don Prisciliano Tena, padre de Ezequiel y otros hijitos. Hija de don Pedro Tena, era la esposa de don Vicente Rascón madre de José Rascón Tena, Pedrito y Aurelia, y no de Juan el más pacífico. Los barrios de La Hacienda y Casas Coloradas; estaban habitados por hijos y descendientes de los Rivera y de los Tena. Los Rascón y los Luján y algunos Heras.

Por El Molino radicaba don José Muñoz, teniendo un rancho de ganado en La Mosca. Don José Muñoz fue un hombre noble y prominente. Me inclino reverente ante la memoria de don José Muñoz y de su señora esposa doña Cenobia Ponce de Muñoz. Fueron mis padrinos de bautismo católico en la iglesia de mi pueblo, por consiguiente, aprendí a tener para mis padrinos alto respeto y estimación. (También fueron los padrinos del autor de esta obra, Alberto Calzadíaz Barrera). Su ocupación era comercio agrícola y ganadero. El señor Muñoz era uno de los hombres orientadores en asuntos de interés nacional de la época. Su cultura lo acercaba a todos los hombres del mando civil, sin intimar de ninguna manera con persona de ideas propias de la época, a mediados del siglo pasado. Don

José Muñoz conoció y trató por mucho tiempo al general Francisco Villa junto con Manuel Baca y Andrés Luján, desde el año de 1902, en el pueblo de Cruces, municipalidad de Namiquipa. Me propongo aumentar estas Memorias a la ligera, con alguna narración de carácter íntimo y personal de las personas que merecen mi recuerdo. Son Longinos Rivera, padre de una media docena de hijos hombres y una mujercita. Otros vinieron después que no son de la época que se menciona.

Don Prisciliano y Emilio Barrera (éste último, abuelo del autor de esta obra) habían pasado ambos hermanos mucho tiempo en los Estados Unidos, trabajando con un tren de carros de bueyes, por los minerales de Clifton y Silver City, y otras partes. Buena fortuna les proporcionó su trabajo y se instalaron después en su tierra natal, ocupados en sus negocios de ganadería y agricultura, que supieron cultivar. Estas personas son familiares del que escribe; por lo tanto, no será extraño que recuerde de ellos con cariño, y sin pensar en otra cosa que el descanso de sus almas y sus cuerpos elevados al más allá; ajustados en principios al Cristianismo Apostólico.

Don Macedonio Arana. ¿Quién no recuerda de aquel viejecito? de más de 115 años. Alegre, listo, madrugador, muy afecto al Tesgüino que le obsequiaban los viejos de su camada para que los entretuviese con su inspiración natural; narrando cuentos, parte de la vida real, como inventados por el inocente indito tarahumara. Don Macedonio no sabía leer, pero utilizaba dos Guajitos, con piedritas blancas y naturales que seleccionaba, para contar lo que le interesaba, inclusive fechas, ya que lo demás lo sabía por Los Atris, que han sido por siglos el Relox de los aborígenes y fueron míos también.

¿Por qué no habíamos de conocer como don Macedonio Arana, Las Cabrillas, Los Tres Reyes y Marías, Las Cuadrillas, el Lucero de la Mañana; los movimientos de la luna, que a veces, igual que el sol, avisaba a los filósofos inditos cuándo haría calor, cuándo llovería, o bien, agüero de enfermedades? Don Macedonio era ducho en eso, y me pasaba horas enteras recibiendo sus enseñanzas que apliqué siempre, y me llevaron a la urgencia de estudiar nociones de Astronomía. Don Macedonio escarbaba su huerta de chile y cebollas, trabajaba, a su edad, al menos 6 horas; admirable resistencia de aquel justo, de quien se atrevían a "mofarse" algunos de los vecinos, a quienes nunca contestaba, sino que callaba sin mover palabra para no tener contacto con quienes comprendía, "no lo querían o creían". Don Macedonio tenía sus hijos José Gabriel, Eloísa y Margarita. José Tena fue mi inseparable amigo toda la vida y estuvo siempre cerca de mí cuando había obras útiles qué hacer, o un fuerte que dominar. Tenía don Macedonio sus bueyes, terrenos agrícolas, una buena casa de adobe, igual que la paterna El Chupadero.

Don Macedonio fue para nosotros un bueno; nos castigaba si veía algo mal y guiaba si le pedíamos consejo. Entonces, podían castigar; se ayudaba a los padres así: no había modo de hacer la pinta o robar nidos de los pajarillos...

Don Manuel Antillón, hombre serio, aparte de todo lío, vivía con su familia en su casa. José Angel, León y otros Antillón, eran sus hijos; Chabelita y otra niña. Eran mis grandes amigos, los grandes, y don Manuel me aceptaba diligente en su casa, donde me pasaba muchas horas conviviendo con esa gente.

Don Jesús Barrera, era "don Jesús", primo de nuestro tío, don Prisciliano Barrera. Tenía su esposa, sus dos hijas —Beatriz y Crucita—, su esposa, abnegada y útil como todas las madres de mi tierra, honestas, cristianas, pacíficas; allí no fumaban las mujeres; bailaban tangos, lanceros, cuadrillas, polkas, valses, y todo eso no muy cerca del compañero; utilizaban el brazo para estar separadas, para el caso de que si a algún bailador se le pasara el "Tesgüino". En mis últimos años en mi tierra natal, allá por el año de 1897, ocurría cada vez que tenía un apuro a ver a mi padrino —me había confirmado—; me gustaba mucho por lo bueno, aparte, solitario, no tenía amigos y observaba todo; tenía tiempo para asimilar lo bueno y practicarlo. Muchos consejos me dio, mucho bien me prestó, y para que no anduviera buscando caballos, me mandó a su rancho a escoger dos potros, para que los amansara y me sirvieran por cuatro años, con la única condición de que los cuidara y no fuera nunca a tomar caballos ajenos, ya que sabía que mi padre estaba preso en Ciudad Guerrero, con don Jesús Cano y Cornelio Espinosa. Política y esas cosas, qué sé yo, y la verdad todos en mi pueblo tenían miedo que yo hiciera algo malo... Los caballos de don Jesús Barrera que yo monté en mi tierra, buenos y mansotes se llevaron a la manada.

En esa fecha me ayudaba Francisco Vázquez Torres (primo de Pascual Orozco Jr., y cuñado de Alberto Calzadíaz Barrera autor de esta obra) amigo muy querido y buen jinete. Vivía casi siempre en su rancho, con rumbo a Cruces. Tenía sólo a una hermanita, Lola, y su mamá; pasaba yo muy buenos ratos con esas santas gentes, que no ví más; seguro ya están en el lugar a donde vamos todos, y que estén contentos conque yo aún puedo orar ferviente, al asentar estos apuntes.

Don Reyes Ortiz, grande hombre, carpintero, útil y muy inteligente, me enseñaba carpintería, y me daba consejos en mis días terribles, mis días, de juventud. Nunca me fallaron sus consejos; me cuidaba, como si fuera su hijo, o hermano. Sabían que yo no haría nada malo; eso sí, no pudieron detenerme para castigar a quienes tanto daño habían causado a mis padres y a mi familia. Este buen hombre, Reyes Ortiz, salía a cazar osos y me llevaba.

En una ocasión salió con un cuñado de nombre Juan Salazar, hermano de su esposa Elenita, y Juan descuidó al pasar unos osillos en la Sierra del Oso; se habían desviado y tuvo la mala suerte de que una fiera lo matara y su cuerpo fue un festín para los miles de animales que en esa época había en las sierras de aquella región. Nunca más quiso Reyes Ortiz que yo lo acompañara, temía algo, se conformaba con darme cuero de venado para que Francisco Ruiz lo curtiera y me hiciera unas *Tehuas,* calzado dividido y fácil para andar. Allá no había callos, porque los calzados eran a la medida y no se usaban ajustados para hacer chico el pie.

El querido tío, don Pilar Rivera, me decía: "dígale a mi papá que nos deje venir a ver el castillo". Era cohetero a la manera de su tiempo. Hacía buenos castillos y figuraba a San Pedro Alcántar en la torrecilla, que se veía moverse al disparar los petardos. El tío Pilar, era chaparrito y su esposa Josefa, era muy alta; así que lo que él no alcanzaba, de la altura, su mujer podía... El tío Pilar era popular, único cohetero, abastecía a todo el pueblo, en todas las fiestas, ya que nuestras gentes por siglos, teníamos la costumbre de gastar en humos lo poco que teníamos. Todavía pasa, por más caro; el tío Pilar falleció en el Arroyo Hondo, de Arivechic. Hay un puente para pasar de uno a otro lado. Tal vez el tío llevaba tesgüino en el estómago, resbaló y murió del golpe. Toda la gente del pueblo lo sintió mucho y se unió a nuestra pena.

Así, hubo muchos que no hemos de olvidar, y nos limitamos a recordar a unos cuantos a reserva de que al final de esta memoria figure la lista general de abuelos y bisabuelos, padres y personas que hemos de llamar siempre las *Raíces,* las raíces de esos retoños, tan útiles en la vida nacional, en diversos aspectos que el destino les ha deparado.

Después de los viejitos, los bisabuelos y abuelos, empiezan los troncos, los que asimilaron lo bueno del pasado; los honestos, los abnegados, que cuidaron de los tesoros, de la riqueza mayor de México, que ha tenido y tiene el Hombre, el Indio y el Mestizo; todos obreros, agricultores, ocupados en sus honestos trabajos.

Recordemos a don Prisciliano Tena, Vidal Tena, Gabino Cano, don Encarnación Delgado, Santiago Simonet, Maximiano Moreno, Cosme Galván, don Procopio Calzadíaz Hernández (padre de Luis, José María y Alberto Calzadíaz Barrera autor de esta obra); don Rafael Ruiz, Crescencio y Cayetano Guerrero, Martín Rascón y un centenar, que, como en los anteriores, había mucho bueno en cada uno. Me enseñaron a montar, amansar brutos; cuidar borregos, manejar atajos y dominar. Estos son troncos de las raíces, que nos traen poco a poco al convencimiento de que es necesario seguir el proceso de nuestra vida, y no ser soberbios cuando hemos llegado a alguna altura, que no es sino un paso más adelante, pero

nunca superior a nuestros abuelos, de quienes recibimos enseñanzas que a veces no hemos querido aprovechar.

La historia de las luchas por la libertad se enriquece, con verdades, con hechos naturales, que sin ambición, sin ostentación han ejecutado los Noragua de México, los obreros, los indígenas, los verdaderos pedestales de la vida nacional.

De Namiquipa, ofrendaron sus vidas los retoños de aquellos árboles genealógicos de mi tierra natal: Félix Chávez, José de la Luz Nevárez, José Rascón y Tena, con Pedro y otros de sus parientes; los Cervantes, Pedro Luján, Carmen Ortiz y otros que no se olvidarán en el apéndice de estas Memorias. Los Frías, de don Albino, todos de la mata de los abuelos Frías que llegaron a Namiquipa a mediados del año de 1854. Los Frías, Lino Chávez y otros Chávez, Juan Marrufo y Rafael López, valientes hombres todos. A las órdenes de José Rascón y Tena, tomaron participación en 1910, desde el principio de la Revolución, José María Calzadíaz, Juan B. Muñoz, Carmen Ortiz, Pedro Luján, Toribio Camarena, Faustino Heras, Francisco Heras —hermano de Fidel—, Gabino Cano, los Cervantes y un centenar quizá, salía al principio de la lucha y tomaban parte en todas las batallas libradas en los albores de la contienda. En Pedernales, Cerro Prieto, Guerrero, Mal Paso, El Valle, La Cantera, Agua Prieta, Sonora, región de la sierra de San Andrés, hasta Ciudad Juárez, Chih., José Rascón y Tena tomó parte en esa batalla con la gente de Namiquipa, que había hecho su primer ensayo en su tierra natal en 1910 del mes de noviembre. Durante la batalla de Ciudad Juárez, Chihuahua, José Rascón y Tena, con la gente de Namiquipa estuvieron al mando de Pancho Villa, y después de que Villa fue licenciado, quedaron bajo las órdenes de Pascual Orozco. Muere José Rascón y Tena y los hombres de Namiquipa se ponen al mando de Villa, al defeccionar Orozco y al lado de Villa los hemos de ver durante la campaña de 1912 y del 1913 y por fin muchos de ellos hasta el último momento, asistiendo, como es natural, a más de quinientas acciones de armas. Recuérdese que de la gente de Namiquipa, formó el general Villa el pie veterano de su fuerza especial, llamada *Los Dorados*, organizada por hombres formados en la lucha armada, y valentía y voluntad a toda prueba.

Juan B. Muñoz —sólo alcanzó al grado de mayor, en 1910 y 1916, que cayó en poder de los yanquis. Los ascensos a mayores fueron justificados. Los *Dorados* de Villa, todos eran jefes, desde mayores hasta generales, ya que su misión era presentarse en sitios de más peligro para determinar todas las victorias.

De Namiquipa, fueron, Gabino Cano, Albino Frías, los Chávez, López, Carmen Ortiz, Candelario Cervantes, Andrés Vargas, Martín Rivera, Agus-

tín Tena, Juan B. Muñoz, José Rascón y Tena, su hermano Pedro, Abraham Orozco, José de la Luz Nevárez, su hermano Carmen Delgado, etc...

Entonces, justificado es, recordar las Raíces, de donde se prendió las hojas de la libertad; precisamente de las raíces, de los viejos. Ellos habían vivido la Lucha de la Reforma, nos contaban los hechos de la Independencia, frescos en la memoria de los viejos de Namiquipa; nos vino el significado de la libertad, de la justicia. De sus métodos de vida de los viejos, nos llegó el principio, para normar la conducta ciudadana, que para eso el hombre tiene que ser honesto, justo, luchador, rebelde ante el mal, ante el déspota, el tirano.

Muy extenso sería dejar comenzada al menos la Historia Liberal de los hombres de Chihuahua, que en Namiquipa como en otras partes del Estado, muy especialmente de la Sierra Madre, se habían retirado los liberales que conservaron sus ideas, y las transmitieron a sus hijos, a las generaciones, alcanzando a los hombres de la Revolución de 1910.

De ahí, que si en Dolores, Moris, La Trinidad y las montañas de Guerrero, salieron los primeros hombres de la Revolución de 1910, en la que tomaron parte los siempre rebeldes de Chihuahua, los después importantes en la lucha. El general Villa fue uno de los más fuertes y seguros puntales humanos, que hicieron posible la victoria de 1910 hasta 1914, contra el dictador, contra Victoriano Huerta, y contra todos los que no habían querido salirse del rebaño y teorizaban sobre los asuntos de alta trascendencia nacional.

Con el general Villa desde la toma de Ciudad Juárez, estuvo el coronel José Rascón Tena y sus hermanos, Juan B. Muñoz, Candelario Cervantes, Carmen Ortiz, Albino Frías, Martín Rivera, Andrés Vargas, Gabino Cano, José Licano, José María Calzadíaz, Refugio Licano, Francisco Heras, Pedro Luján, Carmen Delgado, José Bencomo, etc., y otros muchos más de Namiquipa (al retirarse del servicio el general Villa —se agruparon con Orozco para luego pasarse al lado de Villa— con excepción de José Rascón y Tena, que murió y José María Calzadíaz a quien Candelario Cervantes asesinó arteramente) a quienes debemos reverenciar por su esfuerzo y lealtad a su jefe y a la doctrina justa, moral, fuerte y duradera de don Francisco I. Madero.

Por esa razón hemos de seguir hurgando en los viejos papeles que no han caído en manos de los neófitos de la Revolución, y que han utilizado para hacer Historia sin base, sin justicia, sin reconocimiento de causa, ni análisis de los efectos.

No negaremos jamás, que algunos altos personajes, antes dormidos o abúlicos vacilantes y temerosos, llegaron después a prestar servicio a la Patria, pero eso fue en tiempos cuando ya la incógnita de la Revolución maderista se había despejado, y podían bien encontrar acomodo, los que

para proteger su fortuna, usar sus riquezas y obtener mando supremo, pero no habrá que olvidar tampoco, que a los que primero se presentaron valerosos antes y en 1910, son quienes deben pasar a la historia con la verdad de su obra que aprovecharon los que poco a poco, buscaron la forma de destruir a los precursores, los liberales, para abrirse en lo futuro campo para satisfacer sus ambiciones. Centenares de hombres útiles y liberales, cayeron después, unos so pretexto de la influencia de Pascual Orozco.

Orozco terminó su historia corta en la Revolución al aceptar los halagos de los enemigos que lo sobornaron y puso la base para que el monstruo audaz, Victoriano Huerta, sirviera mejor a los fines que se proponía: restablecer al antiguo régimen; pero con más criminalidad que el caudillo del "Ipiranga", porque se aprovechó de la nefasta obra de Félix Díaz, Blanquet, Mondragón y otros del Cuartelazo de 1913, gentes y hombres que tenían todo hecho, abierto el campo para derrocar a Madero, pero éstos y todos los cómplices de estos criminales no utilizaron ni esfuerzo, ni talento del que carecían, faltos de honor, de valentía, quienes enviaban antes a otros de alguna importancia como don Bernardo Reyes, quien cayó a las puertas del Palacio ante la arrogancia y destreza del ciudadano general Villar.

A esos derrotó Francisco Villa, fuertemente diestro y leal. Con este jefe de abolengo, serrano y libre, estuvieron los hombres de Namiquipa, de los pueblos de la Sierra de Chihuahua, que determinaron la derrota del enorme monstruo, traidor y cobarde, Victoriano Huerta.

Viven aún: Juan B. Muñoz —otra vez habrá que mencionarlos— Martín Rivera, Matilde Flores, otro centenar quizá de Namiquipa, que han quedado fuera de su casa, y que aún sienten la fuerza en su mente y en su alma de haber sido hombres útiles y leales. Porque Namiquipa tuvo raíces con profundo fundamento, troncos fuertes y retoños útiles, que han hecho perdurable el árbol genealógico de los hombres de México.

Sonora tuvo grandes caudillos, leales, fuertes y útiles: Juan G. Cabral, Salvador Alvarado, Severiano Talamantes, Fermín Carpio, Benjamín G. Hill, Flavio A. Bórquez, Carlos Salazar, Severiano Gámez, Pedro Vázquez, Antonio Avila, Rosario Barriga, Francisco Salido, Miguel S. Samaniego y otros más que esbozo en el curso de esta Memoria. (1910).

Namiquipa, tiene orígenes muy fuertes. Durante la conquista, los misioneros jesuitas atendieron El Partido de la Purísima de Papigochic (Ciudad Guerrero) que comprendía los pueblos de Santo Tomás de Villanueva (antes Tojerare) San Pablo Basuchic. Partido del Triunfo de los Angeles (Matachic), San Rafael de Matachic. San Miguel de (Temosachic) Tomosachic, San Miguel de Yopomara, pasando al Río Santa María por San Jerónimo, rancherías varias, Agua Caliente (Namiquipa) y la Santa

Cruz. Rancherías todas de Indios Tarahumaras cuyo desenvolvimiento comandaba con la Conquista, fue poco a poco perdiendo sus características Tarahumaras, con gentes que quedan de los hombres de la conquista, hasta formar un pueblo y una ramada para los Ejercicios de los Misioneros, comenzando según la descripción en El Molino cerca de los Brites hermosos de Agua que existen...

Todo lo que podemos estudiar, nos robustece, ya que no es la gente de Namiquipa del año de 1877 la misma dueña de aquella hermosa región y allí retirado del centro, se incubó la Reforma; antes la Independencia, y al correr los años la revolución de 1910, donde pusieron al servicio nacional toda su fuerza, su cariño y su valor los hombres que adquirieron renombre universal, por la forma fuerte y constante como intentaban cortar el mal, corregir al malvado y buscar la justicia.

Como la mayoría de la generación de 1877, poco antes o después, fue de origen humilde, agricultores, arrieros, ganaderos, borregueros y gente toda de trabajo desde las cuatro de la mañana, hasta las seis de la tarde, o sea la puesta del Sol. Todos amigos buenos; los hijos de estos leales, activos, veraces, que por ello se le denominó Noraguas, como decían los tarahumaras de la sierra, son en Tutuaca o en Arivechic. El Noragua, que tiene la puerta abierta de la cabaña del indio, y que toma asiento en el suelo a saborear los alimentos, sea pozole, venado, zorrillo, pinole, sin faltar el Tesgüino. Noragua, es una distinción que usan los gobernadores o jefes tarahumaras, para designar en algunas regiones de la sierra, el forastero de origen humilde, que camina en sus recuas, sus burritos, y trae y lleva lo que la tierra produce.

En esta corta explicación que obedece a mi devota memoria por los viejos de mi tierra, por los troncos de lo que hubo de bueno, por los retoños que en nuestra época cumplieron como buenos, bajaron a la tumba como leales y dejaron a sus deudos para imitar su ejemplo; de valentía, de desinterés, de abnegación, de fuerza física y elevado carácter que los construyó en mi concepto "*Altos Valores Humanos de las Luchas por la Libertad*".

En estos cortos y mal hilvanados pensamientos, invito al lector a repasar su propia existencia, que no se narra otra cosa sino la vida campesina de mi pueblo, de mi estado, de México; Noragua, no es una persona única que son todos los hombres que algo quisieron hacer, y que no siempre fue del todo bien porque se atravesó la mentira, la traición y la ambición. Noragua es el lector, ya que estos apuntes no son para los de arriba, de donde vienen los males, sino para los de abajo, que dignifican la vida; con el trabajo, con el esfuerzo, con el sufrimiento.

INDICE

	Págs.
Prólogo, por el DR. JOSÉ DE LA FUENTE RIVEROL	9
Nota bibliográfica, por EDUARDO W. VILLA	17
El rebelde que se adelantó a la fecha señalada por el destino, para que el humilde tomara venganza contra el fuerte	19
La Revolución Mexicana	31
Villa en acción.—Postrimerías de 1913.—Pancho Villa en la Frontera	98
Nace la División del Norte	126
Marcha al Sur	176
La estrella sigue su ascenso	251
Epílogo	298

HECHOS REALES
DE LA **REVOLUCIÓN**
PRIMER TOMO

Alberto Calzadíaz Barrera

fue editado por el

Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México

Se terminó en la Ciudad de México en juiio de 2023.

Alberto Calzadíaz Barrera (1902-?) nació con el siglo XX en Namiquipa, Chihuahua, como todo niño chihuahuense de su época, vivió de cerca la violencia de la Revolución. La imponente figura de Francisco Villa, que en una ocasión le propuso unirse a sus tropas, pobló sus principales recuerdos de la infancia. Dedicó gran parte de su vida a pilotar un avión por la sierra, ello le permitió conocer y entrevistar a muchos veteranos sobrevivientes de la gran División del Norte. Ese cúmulo de información enriqueció notablemente su gran obra de historia narrativa *Hechos reales de la Revolución mexicana* publicada en 1957.

Leyendo los libros de Calzadíaz se rebela en cada página la vocación de un investigador natural que en ocasiones falló en lugares, en nombres, en fechas, pero a cambio de ello aportó muchos detalles de lo que él mismo vio, o del testimonio derivado de sus entrevistas.

Calzadíaz fue un precursor de la entrevista, como fuente historiográfica. Podemos apostar a que ningún otro historiador de la Revolución tuvo la fortuna de entrevistar a tantos revolucionarios como lo hizo él. Y no sólo entrevistaba a los protagonistas del villismo, sino también a quienes habían militado en las otras corrientes: carrancistas y obregonistas; así se refleja en cada uno de sus libros.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
INEHRM
2023 Francisco VILLA